



EL RETRATO

Patricia Villanueva



EL RETRATO



Patricia Villanueva Polo

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Primera edición: septiembre 2018

Título original: El retrato

@ 2018 Patricia Villanueva Polo

Maquetación: Patricia Villanueva Polo

Diseño de cubierta y título: Ana B. López

Imágenes de portada: Depositphotos

Código Registro SafeCreative: 1808228104307

Gracias a mis padres, María Jesús y Miguel Ángel, probablemente este libro nunca hubiera visto la luz sin vuestro inestimable apoyo a todo cuanto hago, aunque sea una pequeña locura. Gracias por dejarme ser así. Y a mi hermana Cristina, a quien quiero, porque sé que le encantan los momentos moñas (léase con ironía).

Para mi familia, los que seguís aquí y los que no. Me acuerdo mucho de todos vosotros. Abuelitos, no leáis las escenas “verdes”. A mi tita María Luisa, sé que esto te hubiera encantado, por favor sigue cuidando tan bien de nosotros.

Para mis enanos, no arméis mucho jaleo allá dónde estéis. Y a Bowie, que decidiste por tu propia cuenta y riesgo unirme a esta familia, gracias por hacerme mamá gata.

Para los lectores de TR, en especial el caballero Marthyn, que fueron los primeros en engañarme diciéndome que tenía talento en este género y que me animaron a escribir este libro.

Para mis queridos Tabernarios, los mejores amigos que una gnomita podría soñar tener. Laedris, Lyra, Aminha, Darken, Burzum, Liriel, Ireth, Gylia y tantos otros no menos importantes. Gracias por compartir vuestras historias y leer las mías. Y por supuesto a Smiling, por crear La Taberna. Un lugar incorruptible y seguro que, a pesar del paso de los años y la gigantesca distancia que nos separa, siempre logra reunirnos una y otra vez.

Para mis niñas: Ana, Belén, Eva, Fátima, Sonia y Javi (a pesar de ser un desertor), porque la amistad va más allá del trabajo. Gracias por compartir esta sana afición y a Eva por ser mi lectora cero y empujarme siempre a seguir con esto. Chicas, ¡por muchas locuras más! ¡Valéis mucho!

A mis profesores, compañeros de estudios, trabajo y amigos. Por todos los momentos compartidos.

Y para ti, E., que llegue pronto nuestra tormenta.

Índice

[Advertencias](#)

[PRÓLOGO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[EPÍLOGO](#)

Advertencias

A quienes os habéis atrevido a comprar este libro, gracias de corazón. No se admiten devoluciones. Pero espero leer vuestros comentarios, buenos o malos.

A quienes no lo habéis comprado, lo menos que podéis hacer para que os deje de remorder la conciencia, es ir a mi web o página de Facebook y contarme qué os ha parecido.

<https://patriciavillanuevaautora.wordpress.com/>

<https://www.facebook.com/patricivillanueva.autora/>

No, no hay ningún error en Google Maps. Por más que busquéis, Brandsbury solo existe en un rinconcito oscuro de mi mente, al igual que Dark Garden y sus maravillosos personajes.

A los especialistas en historia, lo lamento si me tomé algunas licencias.

Al resto...

...deseo...

PRÓLOGO

Brandsbury, 1714

La celda estaba envuelta por una densa y fría humedad que hacía que los pulmones le dolieran cada vez que inspiraba una bocanada de aire.

Parpadeó varias veces tratando de acostumbrar sus ojos a la negrura reinante, buscando atisbos de sombras que le recordaran figuras conocidas. No le gustaba la oscuridad. La aborrecía desde niño, pero se había acostumbrado a ignorarla siempre que pudiera reconocer su entorno.

El camastro de madera hacía que tuviera rígida la espalda. Trató de ponerse de lado para aliviar la tensión de los doloridos músculos, pero no halló el descanso que necesitaba.

En algún rincón, no lejos de donde se encontraba, oía el incesante goteo que repiqueteaba sobre una superficie de metal. Tal vez la escudilla con la que tropezó al ser arrojado en el pequeño habitáculo y sobre la que, de vez en cuando, dejaban caer algún mendrugo rancio. Podía haberse enderezado y empujado el plato a un lado para detener el molesto sonido, pero no se sintió con fuerzas para moverse. Quería quedarse allí y tratar de borrar los recuerdos que lo atormentaban cada vez que caía inconsciente, presa del sueño.

Las llamas. El fuego imparable que se abalanzaba sobre los cuerpos indefensos, envolviéndolos como una segunda piel. Negra, arrugada y crujiente. Aún podía oler a carne y pelo quemados. Pensó que aquel olor no iba a abandonarlo nunca. Igual que los gritos de angustia que perforaron sus tímpanos mientras veía los cuerpos quemándose, dando sacudidas entre las lenguas amarillas y rojas, como en un macabro baile que parecía que nunca iba a terminar.

Se le inundaron los ojos de lágrimas y usó sus heladas manos para abrazarse a sí mismo y darse un poco de consuelo.

Algo sonó bajo el camastro. Patitas pequeñas que empujaban la

arena del piso y arañaban la roca bajo ella. Estaba plagado de ratas. Tal vez, pensó por un momento, si se dejaba caer al suelo acabarían por devorarlo y pondría así fin a la pesadilla que era su vida. Tal vez...

Regodeándose en aquel pensamiento, fue testigo de cómo un leve halo de claridad empezaba a colarse por el diminuto ojo que se abría sobre su cabeza. Un hueco enrejado a suficiente altura como para impedirle contacto con el mundo exterior.

Con una honda inhalación volvió a sentir cómo el aire de la madrugada se volvía hielo en su interior. Sacudió la cabeza y enderezó el cuerpo hasta quedar sentado con los pies firmemente apoyados en el suelo. De una patada lanzó el plato contra la puerta de la celda, las ratas huyeron en desbandada y el sonido que le taladraba los oídos cambió a un golpeteo sordo contra el suelo mojado.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué seguía vivo? ¿Qué pretendían hacer con él? ¿Lo echaría alguien de menos si no volvía a salir de su celda?

Bueno, para la última pregunta sabía la respuesta. No. Nadie iba a echarlo de menos cuando desapareciera. Todos estaban muertos, y los pocos que seguían con vida y que alguna vez tuvieron la desgracia de conocerlo lo olvidarían pronto.

Wallander. Él se opuso a su partida. Se esforzó por convencerlo de que siguiera con ellos, pero la venganza era un plato demasiado dulce para dejarlo escapar. De igual modo, tarde o temprano, él también acabaría por olvidarlo.

El suelo tembló ligeramente. Los cascos de los caballos resonaron sobre su cabeza cada vez más cerca.

El amo volvía a su castillo.

Un coro de voces se aglutinó en la entrada, a pocos metros delante de donde él se encontraba y lo bastante lejos para ser incapaz de distinguir algo con sentido entre tanta palabrería. El trote cesó, la tierra se calmó y las voces se extinguieron.

Podía imaginar el modo en que descendía de la carroza. La ristra de sirvientes en fila, frente a la puerta principal, dispuestos a recibir a su señor. El lacayo desplegaría el escalón con premura y un pie calzado de oscuro, con una cinta de raso a juego con las medias, descendería sobre él y acabaría encaminándose en dirección al interior de la casa.

Su carcelero, su verdugo.

Avanzando paso a paso por los pasillos alfombrados hasta llegar a la

escalera que daba acceso al pasadizo subterráneo, al final del cual se encontraba él ahora mismo encogido, los pies sobre el camastro, con las rodillas apretadas contra su pecho, los brazos cruzados para calentarse un poco y los ojos cerrados, húmedos y enrojecidos.

Pasó la manga de la sucia camisa por la cara secándose las mejillas. Tomó aire una vez más para serenar el impulso de su corazón en el pecho y se puso en pie. No lo encontrarían derrotado. Aún le quedaba algo de dignidad y orgullo.

La puerta de la celda chirrió al abrirse, hiriéndole los oídos. Guiñó los ojos hasta que solo fueron rendijas para protegerse de la luz exterior. Manos más fuertes que las suyas lo agarraron de los brazos y los hombros y lo obligaron a caminar fuera de su prisión.

Tiraban de él tan rápido por los pasillos que se limitaba a arrastrar los pies casi sin fuerzas.

Llevaba días alimentándose solo de pan y agua. Había perdido la cuenta de las veces que el sol iluminó la celda mientras estuvo preso.

Lo situaron en medio de un salón frío e impersonal. Allí no había alfombras cubriendo los suelos de piedra clara del color de la arena ni cuadros que sellaran los muros que se levantaban a su alrededor. Tan solo un negro crespón hondeando tras un macizo sillón de hierro y madera sobre el cual estaba su captor.

Alzó la mirada con serenidad, y una única pregunta brillaba en sus ojos oscuros.

¿Por qué?

Hubo palabras, gritos más bien. No entendió nada. Era como estar en un sueño del que no podía despertar y al que se veía arrastrado sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Nadie habló con él. Ni siquiera le dirigieron una sola mirada. Todo estaba dicho. Todo decidido.

Quiso gritar. Obligarlos a prestarle atención. Obtener respuestas. Demandarles alguna clase de disculpa.

En lugar de ello, se quedó quieto en mitad de la sala, esperando, tratando de mantenerse erguido. Forzando a sus rodillas a permanecer firmes y no dejarlo caer al suelo.

Sonó un cántico extraño. No comprendía las palabras. La voz de su captor, grave y profunda, resonando una y otra vez en pausada cadencia, acompañada por dos voces femeninas en las que no distinguió ni pizca de

dulzura.

Lo giraron de cara a un objeto que hasta ese momento permaneció oculto bajo una gruesa tela negra.

Al descubrirlo, arrojando la tela al suelo, su corazón se detuvo y el aliento se le congeló en los labios. Lo miró horrorizado mientras era conducido hasta él. Sacudió el cuerpo con todas sus fuerzas, que no eran muchas, debatiéndose por huir de su destino.

El cántico cesó de repente.

Su grito hendió el aire. Luego, desapareció.

I

Arrastró su cuerpo unos centímetros más, dándose impulso con los pies y con las manos mientras la frialdad del mármol vetado se le clavaba en el estómago a través del algodón de la camiseta.

Miró hacia delante. La separaban unos dos metros de la puerta de la biblioteca. Ahí estaría a salvo. Si lograba encerrarse en su interior antes de que la alcanzara, podría usar el teléfono inalámbrico que estaba cargándose en su base.

Escuchó los jadeos y maldiciones del hombre a su espalda. Un par de pasos pesados y vacilantes aproximándose a ella. Más jadeos. Otro paso.

Volvió a hacer fuerza con los pies, pero las rodillas le temblaban tanto que no logró levantarse y continuó reptando por el suelo, resollando como un caballo tras una larga carrera, con los ojos emborronados por las lágrimas y un fuerte dolor en la parte superior de la espalda, justo donde sintió el primer golpe.

La garra se ciñó alrededor de su tobillo izquierdo, sudorosa, caliente y tan firme como un cepo. Tiró de su cuerpo hacia atrás, alejándola de su destino y provocando un irritante sonido al rozar sus palmas desnudas contra el suelo.

Trató de patear con el pie derecho, pero solo encontró aire tras ella. Giró hasta tenderse de espaldas, buscando una oportunidad para herirlo o liberarse, agitando los brazos, las piernas y cada músculo de su cuerpo para lograr su propósito.

El peso del hombre cayó a plomo sobre su abdomen, vaciando sus pulmones como si fueran un fuelle. La vista se tornó borrosa por un momento debido a la falta de aire en su cerebro y por su mente cruzó una imagen de pocas horas antes, una decisión que podía haberla mantenido a salvo de haber sabido lo peligroso que era volver al hogar.

Al girar la llave, el zumbido del motor se apagó y el rítmico rapeo de Jay Z y su versión de la mítica Forever Young se silenció, siendo sustituida por el sonido del viento entre los árboles.

El asiento del SUV XC90 estaba caliente. Se quedó allí un rato, viendo las motas de polvo flotar sobre los rayos de sol, sin decidirse a bajar del coche. No es que tuviera miedo de entrar. Nada en aquella casa podía lastimarla, excepto sus recuerdos.

Más bien, pensó Genevieve, se imaginaba la casa como una de esas cámaras selladas en las que nunca entraba el aire, preservando lo que había en su interior de las inclemencias y el paso del tiempo. Si se apeaba del coche y abría la puerta, todo lo que una vez guardaron esas cuatro paredes podría desvanecerse como una pastilla efervescente en el agua.

Hizo tamborilear los dedos sobre el volante y miró el reloj una vez más. Las siete de la tarde. Llevaba más de media hora allí sentada.

Desde su posición averiguó que al jardín le hacía falta un buen afeitado. Algunas tejas en la parte superior del edificio parecían flojas y el porche delantero estaba necesitado de una buena mano de pintura. Ahora era más gris que blanco.

Podía seguir allí hasta que oscureciera, pero eso no cambiaría nada. Tarde o temprano tendría que entrar y enfrentarse a los hechos, por mucho que estos dolieran.

La recordó seis meses atrás. De noche, iluminada por las luces de navidad que su tía encendía por toda la vivienda. También se había quedado allí fuera, sobre el suelo helado, con la maleta en la mano tras despedir al taxista, disfrutando del parpadeo de colores a través de las ventanas, encogida en su abrigo de lana y escondiendo la nariz bajo la bufanda que le regaló las navidades anteriores.

En esa ocasión sonreía y tarareaba una alegre cancioncilla navideña, Jingle Bells o algo similar. No lo recordaba. Ahora solo podía reprimir las lágrimas y dejar que el estribillo de Forever Young la volviera aún más melancólica.

Golpeó la alfombrilla del Volvo con el pie, arrancó las llaves del contacto y salió del vehículo. Basta de lamentaciones. Hizo crujir la arena bajo sus zapatos de tacón mientras sacaba las bolsas del maletero y se dirigía hacia la entrada principal.

Pasó sobre el escalón en el que había dejado marcada la palma de su mano cuando era una niña. La mesa y la mecedora en la que su tía solía

sentarse a beber limonada estaban a su izquierda. La puerta la estaba esperando al frente, como un muro de contención a todo lo que acababa de perder.

Introdujo la llave y se abrió paso en silencio, muestra de que los goznes estaban bien engrasados.

Los olores que la recibieron la hicieron sonreír. Masa de galleta, flores silvestres y el perfume de su tía flotaban en el aire. Si existía un aroma para identificar el hogar, sin duda debía ser similar a este.

Claire había pasado a limpiar hacía poco. Lo supo porque el recibidor estaba plagado de flores frescas y no se apreciaba ningún pétalo a los pies de los jarrones o en el suelo, ni polvo sobre la barandilla de la escalera.

El reloj de pared la devolvió a la realidad. Las agujas no marcaban la hora correcta y el péndulo estaba inmóvil en su caja de pino. Igual que Margerite, pensó sin poder evitar hacer la comparación.

Soltó las maletas en el suelo. Dio cuerda al reloj, movió las manecillas al lugar correcto y empujó el péndulo hacia un lado para que comenzara a balancearse. El tic tac no se hizo de rogar.

Ojalá todo tuviera tan fácil solución.

Subió la escalera hasta su dormitorio para dejar las bolsas que habían viajado con ella desde Madrid. La saludó el poster de Dirty Dancing pegado a la pared, entre la cama y el armario, sobre la mesilla.

Su móvil sonó. Otra vez él. Lo dejó en la cómoda junto a la puerta y volvió a bajar.

La última vez que habían hablado por teléfono fue para informarle de la muerte de su tía. Mientras el hombre le relataba los hechos a través del auricular, sostenía en la otra mano el billete de avión que acababa de adquirir para ir a verla al hospital. Tarde, demasiado tarde.

No lloró entonces. Informó a Sara y a Celaya, comprobó que llevara todo lo necesario en su bolsa de viaje para el día siguiente y se sentó a ver viejas películas en el televisor. Ya nada podía hacerse, excepto asistir al funeral.

Había algo en la expresión de Vivien Leigh recortada sobre el cielo rojo del atardecer de Tara que hizo que se desmoronara. No recordaba cuánto rato había pasado llorando, solo que cuando se serenó, Rhett llevaba a su hija Bonnie en brazos tras haberse caído del poni.

Pero estaba bien. Iba a estar a bien.

O al menos eso se repitió en el avión camino a Londres, donde su tía quería ser enterrada; y al día siguiente cuando tuvo que regresar a Madrid por cuestiones de trabajo; y toda la semana siguiente mientras planeaba volver a tierras inglesas para ocuparse de Dark Garden; y ahora mientras recorría una a una las estancias que tan bien conocía y recordaba su pasado.

Se vio a sí misma con diez años corriendo por los pasillos de la planta superior, escondiéndose en los dormitorios vacíos, jugando al escondite. Con doce, cuando se torció el tobillo en la escalera jugando con unos tacones viejos que su tía ya no utilizaba. Con quince, deslizándose barandilla abajo con sus vaqueros llenos de agujeros. A los dieciséis, acurrucada en el viejo butacón de la biblioteca, frente al escritorio, preparando los exámenes finales.

Y en la cocina. Bueno, allí es donde más les gustaba estar a ella y a su tía. Cocinando. Siempre que se sentía mal por algo o estaba nerviosa, su tía la llevaba allí, cocinaban, hablaban y arreglaban cualquier problema y, si este no tenía solución, simplemente lo dejaban ir con viento fresco. Y galletas, toneladas de galletas.

Los documentos que tanto temía estaban organizados en pequeños montones sobre la mesa del comedor. Una única pluma, plateada, brillando con malicia sobre el papel la saludó al asomarse. La ignoró, acabó su recorrido por la planta baja y luego subió para ponerse cómoda y organizar sus ideas mientras tomaba un largo baño de agua caliente y volvía a llorar.

Esa casa nunca había estado tan silenciosa.

Tampoco se había sentido insegura en ella, al menos hasta ahora.

—Así que la madriguera tenía un conejito escondido. —La voz del hombre la despejó de golpe y la trajo de vuelta a la realidad.

De algún modo se las había apañado para esquivar todos y cada uno de sus golpes y ponerla de nuevo sobre su estómago. Le juntó las manos a la espalda y estaba tratando de anudarlas con algo que le provocaba quemaduras al rozarse con su piel.

—Quítate de encima, maldito bastardo. —Genevieve seguía forcejeando.

Cuando escuchó ruidos desde su habitación, lo primero que hizo fue

maldecir al ver la batería de su móvil descargada. El aparato estaba sobre la mesita de noche, al lado de la cama. Debía haber recibido llamadas suficientes para acabar con su autonomía, convirtiéndolo en un trasto estéril y sin vida.

No se amedrentó. Desenroscó una de las barras del cabecero de su cama, la que tantas otras veces sirvió a sus juegos infantiles en el pasado, y se deslizó con sigilo, descalza, hasta la planta baja.

Reinaba la oscuridad, a excepción del rayo de luz arrojado por una linterna, tras la puerta del salón, y el brillo de la luna colándose por las ventanas que bordeaban la puerta principal.

La biblioteca era su destino más lógico. Una robusta puerta de madera con cerrojo y un teléfono cargado y listo para usarse. Pan comido. Salvo por un pequeño detalle.

Cuando acababa de rebasar la puerta que daba al salón, esta se abrió y recibió un fuerte golpe en la espalda que la arrojó al suelo. La barra del cabecero cayó con un sonoro estruendo lejos de ella y lo único que pudo hacer fue girar y lanzar una patada, con todas las fuerzas de que disponía, contra la entrepierna del enorme bulto informe que se materializó tras ella.

Acertó a la primera y el bulto se dobló sobre sí mismo, resollando y vociferando maldiciones que Gene jamás había oído antes.

Ahora, mientras sus brazos estaban siendo inutilizados a su espalda, las rodillas del tipo se clavaban en los huesos de su cadera y la mejilla se apretaba contra el frío suelo, Gene pensaba que tal vez debió intentar hacerle más daño, algo que lo hubiera mantenido ocupado por más tiempo. En cuanto al qué y al cómo, bueno, eso era algo que se veía incapaz de resolver en ese momento.

El tipo se inclinó sobre ella. Lo supo porque su cálido y húmedo aliento sopló contra su nuca despejada y pudo oler el ajo y la cerveza en él. Reprimió una náusea e intentó mantenerse alerta y concentrada, buscar una salida, una vía de escape.

La cadenita que llevaba al cuello se movió. El hombre la agarró entre los dedos y tiró de ella para verla de cerca. Debió de gustarle porque un segundo después el tirón se hizo más fuerte, ahogándola y arañándole la piel. Necesitó tres intentos para romper los eslabones y arrancarle la joya.

—¡No!

Gene se quejó retorciéndose bajo él mientras el colgante desaparecía de su vista, posiblemente en algún bolsillo de los pantalones del tipo.

—No puedes llevártelo. Por fav...

Un trapo con sabor a... Jesús, no tenía ni la menor idea de qué era aquello y tampoco quería averiguarlo, asfixió sus palabras y le atoró su principal vía respiratoria. El miedo y la ansiedad hacían que los diminutos agujeros de su nariz no transportaran bastante oxígeno a sus pulmones y, por ende, a su cerebro. Así que, hola de nuevo, visión borrosa.

No es que al tipo pudiera preocuparle que la oyeran gritar. Nada más lejos. Dark Garden estaba a unas buenas diez millas de la casa más cercana. ¿Y si gritaba? Ni siquiera la escucharían desde la carretera.

El hombre se deslizó hasta dejar caer el peso sobre sus tobillos. Sus sudorosas manos ascendieron por sus pantorrillas y siguió subiendo, rozando la curva de sus rodillas, los muslos, hasta meter los dedos por debajo de la pernera del pantaloncito del pijama.

Volvió a retorcerse bajo su cuerpo buscando un modo de arrojarlo lejos de ella. En respuesta, recibió una dolorosa cachetada en la nalga derecha y lo oyó sorber, como si estuviera salivando.

Gene se estremeció al prever lo que podía venir a continuación.

Al parecer, Carlson tenía razón. Dark Garden no era lugar para que estuviera sola.

Carlson era el abogado de la familia desde que Gene tenía uso de razón. Había pasado la última semana, previa a su viaje a Brandsbury, tratando de convencerla de vender la casa. Alguien estaba interesado en comprarla y convertirla en un museo o alguna tontería similar.

—Un museo que cuente la historia del pueblo daría mucho caché a Brandsbury, aumentaría el turismo y con ese jardín se pueden hacer maravillas.

Gene no estaba en absoluto interesada. No convertiría su hogar en una atracción de feria. Era lo único que le recordaba que una vez tuvo una familia.

Por eso sabía que debía firmar los papeles, aunque no se sintiera capaz de ello.

Cuando el timbre de la puerta sonó, unas horas después de su llegada a la casa, estaba a punto de hacerlo. La mano le temblaba y por eso se maldijo a sí misma cuando la interrumpieron. Así que soltó la pluma y fue a

abrir.

—Vi luz e imaginé que seguirías despierta. —Carlson entró sin ser invitado y recorrió el lugar con la mirada. Genevieve suspiró furiosa y cerró la puerta tratando de contenerse—. ¿Te has instalado bien? ¿Necesitas alguna cosa? —inquirió solícito.

—Carlson, ¿qué es lo que quieres? Es tarde y estaba a punto de acostarme.

—Solo quería asegurarme de que lo encontrabas todo bien y ver si necesitabas alguna cosa. —“Hacerte desaparecer”, estuvo a punto de responder la mujer, pero se mordió los labios.

El hombre solo estaba siendo amable.

—No, Carlson —dijo moderando el tono de su voz hasta hacerlo menos duro—, está todo bien. Gracias por preocuparte.

—No es molestia. —El hombre entró en el comedor secándose el sudor de la frente con un pañuelo. Genevieve trató de recordar cuándo había sido la última vez que lo vio sin uno en la mano. No lo consiguió—. ¿Son las escrituras?

—Carlson, de verdad, es muy tarde y no quisiera que Veda se preocupara por ti. No le gusta que conduzcas de noche, ya lo sabes. —El hombre hizo un gesto con la mano restándole importancia a sus palabras y tomó los documentos con descuido.

—Están sin firmar, ¿acaso has cambiado de opinión? Porque si es así, yo...

—¡No! —Había gritado. Se mordió la lengua, pero ya no tenía remedio—. No, Carlson, no he variado de opinión. —Suavizó la voz para no asustarlo—, Dark Garden es mía y no tengo intención de deshacerme de ella.

—Gene, querida, sé que es el hogar de tu infancia. Pero admitámoslo, no vas a dejar tu trabajo y trasladarte aquí, y estas viejas casas no aguantan mucho deshabitadas. Yo podría...

—He dicho que no —lo cortó ella tajante—. Vete a casa, por favor. El viaje ha sido muy largo, llevo en pie desde la madrugada y estoy muy cansada.

—Esta casa es demasiado grande e insegura para una persona sola. Ven con Veda y conmigo. Allí estarás acompañada. Puedes encargarte del resto por la mañana. Sabes que Veda estará encantada de tenerte con nosotros siempre que vengas de visita. No necesitas esta vieja casa.

Ah. Pero es que ella sí que necesitaba esa vieja casa. Su hogar, el

único que había conocido y al que aún podía llamar así.

—Gracias, Carlson. De verdad. Pero esta es mi casa y va a seguir siendo así.

—Eres tan tozuda como Marge. Si no se hubiera empeñado en quedarse aquí sola, habría llegado al hospital mucho antes, y entonces... — Las palabras brotaron sin control de sus labios y no pudo frenarlas a tiempo.

Genevieve se puso blanca y observó al hombre con la mirada desencajada de rabia. Por suerte, él se dio por enterado y salió de allí a todo correr, mascullando una disculpa tras otra mientras caminaba por el jardín hacia su coche.

El marco de la puerta se quejó ante la rabia con que la mujer golpeó la hoja en su lugar.

Llevaba semanas tratando de convencerse a sí misma de que no era culpable de la muerte de su tía. Ella quería vivir en Dark Garden a pesar de que estaba sola y ya no era tan fuerte como antes. Gene no logró convencerla de que se trasladara a Madrid con ella. Su tía siempre fue muy independiente, algo que también había logrado inculcar en su sobrina. Por eso la entendió y no quiso insistir. Pero ahora...

Ya no estaba tan segura de que su decisión fuese la más acertada.

Como sea. Margerite quería que la casa le perteneciera y cumpliría la última voluntad de su tía. Volvió al salón, agarró la pluma y firmó la escritura de propiedad de Dark Garden. Cuando hubo terminado, arrojó la estilográfica a un lado, rebotó y cayó sobre el suelo.

Ahora que la casa era legalmente suya todo se volvió más real y supo que su tía abuela Margerite no iba a volver jamás.

El hombre se puso en pie, liberándola de su peso. Gene arrojó a un lado los duros recuerdos de esa noche y aprovechó el interludio para tratar de llevar más aire a sus pulmones. La luz de la linterna parpadeó iluminando el pasillo frente a ella y luego saltó hasta situarse a un lado.

El tipo la dejó en el suelo, asegurándose de que iluminaba todo lo que deseaba ver.

—Preciosa. Sí que lo eres.

Dejó caer una bolsa de nailon frente a ella. Gene distinguió la cubertería de plata y algunos objetos que reconocía a duras penas.

Un ladrón. Justo esa noche tenía que colarse en la casa un maldito ladrón. Había tenido más de un mes para entrar allí sin toparse con nadie, y tuvo que elegir esta condenada noche para hacerlo.

Si tan solo se hubiera acordado de enchufar el móvil antes de irse a la cama...

La chaqueta del hombre cayó al suelo con un susurro y un chasquido metálico. Lo oyó arrodillándose tras ella revolviendo con algo que parecía tela y que hizo que se imaginara que podría estar desabrochándose el pantalón o la camisa. La bilis acudió de nuevo y tuvo que concentrarse para deshacerse del malestar si no quería ahogarse en su propio vómito.

La agarró por la cinturilla del pantalón y se lo sacó de un tirón que hizo que sus rodillas golpearan contra el duro suelo y soltara una exclamación ahogada por el paño que tenía en la boca.

Las bragas fueron lo siguiente en desaparecer, aunque esta vez las desgarró e hizo que se le clavaran en la piel antes de dejar los restos colgando de su cintura.

Sin pensar, movida por un fuerte instinto de supervivencia y sabiendo que ocurriría después si no conseguía liberarse, Gene se revolvió de nuevo poniéndose bocarriba. Ignorando el dolor que sintió en sus manos atrapadas bajo su peso, alzó ambos pies a un tiempo y lanzó una patada que trató de acertar en el cuello o la cara del tipo.

Si conseguía golpearlo en la nuez, tal vez pudiera noquearlo el tiempo suficiente para terminar de arrastrarse hacia la seguridad de la biblioteca.

Falló. El condenado era más ágil de lo que hubiera previsto. Le apartó las piernas con el antebrazo y se lanzó sobre ella, sujetándola del pelo y forzando una postura que le permitió golpearle la cabeza contra el mármol. Lo hizo dos veces hasta que Gene dejó de moverse y luego volvió a ponerla sobre su estómago.

Una ráfaga eléctrica le recorrió la cabeza desde la base de la nuca, se mareó y perdió parcialmente la visión. Los músculos de su cuerpo se aflojaron y se quedó muy quieta, intentando no desvanecerse del todo.

Si perdía el conocimiento, ya nada podría pararlo.

Joder. Maldita puta de mierda.

Cuando Carl vio una mujer pelirroja caminando a hurtadillas por el

pasillo, no esperaba que la hija de puta se girara y estuviera a punto de cascarle los huevos. De hecho, ella ni siquiera debería estar allí. Se suponía que la vivienda permanecía vacía.

Por suerte, la había dejado aturdida en el suelo y aunque ahora culebreaba alejándose de él, no tardaría en alcanzarla y entonces le daría su merecido.

Reponiéndose poco a poco, metió la mano en su bragueta y comprobó que todo seguía donde debía estar. Se acomodó a sí mismo y avanzó con dificultad hacia ella.

Disfrutó peleando con la chica hasta que la tuvo bien sujeta y pudo detenerse a mirarla.

Por Dios. Esos ridículos pijamas que usaban ahora... era como si fueran todo el día desnudas por ahí. Exhibiéndose.

Bueno, no iba a ir nadie a socorrerla, no le había visto la cara y para cuando acabase con ella, incluso si lo hacía, eso daría igual.

Tenía toda la noche por delante para divertirse y luego acabar de saquear la casa.

La vivienda era grande, tres plantas al menos, y muchas habitaciones. No las contó, pero se hacía una idea. Sin sistema de seguridad para protegerla era como si una furcia se le abriera de piernas y le indicara la entrada con un letrero luminoso. Imposible resistirse. El trabajo más fácil de su vida.

Normalmente era un profesional. Casas vacías. Cuando había gente dentro, las cosas siempre tendían a complicarse y sumar cargos que no deseaba que aparecieran en su ficha. Debería haberla dejado atada y amordazada, revisar el resto de la vivienda, llevarse lo que había venido a buscar y largarse. Pero la muy puta le había tocado los cojones. Literalmente.

Eso no estaba bien. Tendría que enseñarle modales.

Y menudo trasero tenía. Redondo, prieto, succulento. Joder, estaba babeando y todo. Mierda, como el perro ese con la comida, el de la campana. Qué más daba su nombre.

Sacarle la ropa había sido divertido, esquivar la patada no tanto, casi le acierta. Pero después de reventarle la cabeza contra el suelo seguro que se lo pensaba dos veces antes de volver a intentarlo. Se divertiría un rato y luego, bueno, tendría que matarla. No podía arriesgarse a que lo señalara en una rueda de reconocimiento si alguna vez lo pillaban.

Le separó las piernas y se inclinó. Sí, ahí abajo también era preciosa. No tenía demasiado vello, mejor, así no tendría que apartarlo, eso siempre lo

cabreaba. Y era tan rosadita y tan tierna que se le estaba poniendo dura solo con imaginarse dentro de ella.

Le pasó un dedo por encima, frunció el ceño. Mierda. Estaba seca. Bueno, eso cambiaría pronto. Volvió a acariciarla. Era muy suave y caliente al tacto. Sonrió como un loco.

Hacía mucho que no estaba dentro del cuerpo de una mujer. Una de verdad. No esas fulanas que se mataban por unos cuantos peniques en un sucio callejón del extrarradio y que estaban tan dilatadas que apenas sentía nada al follárselas.

La saliva le goteó del labio y fue a parar sobre el muslo de ella. Esa lágrima brillante sobre su piel le endureció aún más. Se desabrochó el pantalón y bajó la cremallera para liberar a la bestia.

Algo lo detuvo.

Mierda, el semen. Si la dejaba cubierta de ese pringue, aunque la matara después, la policía podría identificarlo por el ADN o alguna mierda de esas. Joder. Tendría que rebuscar en sus bolsillos, en alguna parte tenía que tener un condón. ¿Dónde carajo estaría?

Al sentir los dedos de aquel tipo tocándola, Gene trató de escapar mentalmente de allí, ya que su cuerpo no parecía querer responder a sus órdenes.

Le dolía muchísimo la cabeza. Frente a sí solo era capaz de percibir un cúmulo de estrellas sobre un fondo negro. Los brazos se le habían dormido y, aunque notó la saliva del hombre resbalando por su muslo, las piernas no se movían. Cada vez le costaba más respirar. Se ahogaba y la enfurecía saber que no podía hacer nada para impedir lo que iba a pasar.

La última vez que se sintió así de asustada solo tenía ocho años y no hacía mucho que se había ido a vivir a la casona.

Llevaba pocos meses viviendo con su tía en Dark Garden, y menos tiempo aún en su nuevo colegio, y las cosas no iban bien. Nada bien. Las clases no le interesaban. No atendía a sus profesores ni se relacionaba con los demás niños. Pasaba las horas mirando al infinito o dibujando

horripilantes escenas en su libreta.

Su maestra y el director del colegio estaban muy preocupados y poco dispuestos a lidiar con alguien como ella. Los otros niños le tenían miedo y ninguno quería participar con ella en clase.

Aquella tarde, Gene se encontraba en la terraza del salón, oculta tras las gruesas cortinas naranjas del interior. Espiaba a su tía y al director. Hablaban de internarla en un centro especial con profesionales que pudieran ayudarla a superar su trauma.

Tembló de los pies a la cabeza.

Ya había perdido a sus padres, su casa y sus amigos. Estaba muy sola, salvo por su tía y la enorme casa que siempre olía a galletas, y aquel hombre trataba de convencer a Margerite de internarla lejos de allí.

Se sintió como si decenas de manos tiraran de ella hacia un agujero oscuro cavado en la tierra y quisieran dejarla en el fondo, atrapada.

Gritó con fuerza y corrió hacia el invernadero tan rápido como se lo permitían sus cortas piernas. Escapando. Huyendo. Tratando de encontrar un lugar seguro en el que sentirse querida y protegida, y entonces cayó al suelo. Y algo cayó con ella.

Una imagen cruzó fugaz en mitad de aquel recuerdo, una imagen que la hacía sentir segura y a salvo cuando era pequeña. Tan familiar y conocida que deseó tenerla junto a ella en aquel preciso momento.

El hombre a su espalda estaba haciendo presión con los dedos entre sus piernas. Le arañaba la piel de los muslos y le causaba un fuerte escozor en su intimidad.

Volvió a huir con su mente hacia esa imagen protectora que tanto deseaba tener a su lado. Le dio forma en sus recuerdos y la abrazó intentando aislarse de lo que la rodeaba.

—Un conejito estrecho —murmuró el hombre con el rostro pegado a su oreja.

La saliva le humedeció la mejilla y se estremeció de asco conteniendo una náusea que amenazaba con ahogarla.

—Justo como a mí me gust... —El hombre enmudeció de repente y Genevieve dejó de sentir el peso de su cuerpo sobre ella.

Escuchó varios golpes a su espalda, una serie de improperios y luego

se hizo el silencio. La luz de la linterna, que había sido arrojada contra la pared en varias ocasiones, parpadeó dos veces antes de apagarse por completo y dejarla sumida en las sombras.

Unos brazos la levantaron del suelo con delicadeza.

Se sintió mareada de nuevo y apenas pudo enfocar la vista en el rostro que tenía frente a sí. Lo veía todo borroso y los párpados le pesaban. El trapo desapareció. Pudo mover los labios y tomar aire con desesperación. Quiso hablar, pero tenía la boca reseca y solo salían gruñidos roncós de su garganta. También le soltó las manos, pero no tenía fuerzas para sostenerse a nada con ellas.

Dejó caer la cabeza, sintiéndose débil y agotada, y topó contra un pecho duro y cálido que la acogió con cariño. Le hablaban, pero no entendía las palabras. En cambio, las vibraciones graves y fuertes que resonaban a través de su caja torácica sí lograron alcanzarla, acariciándola tiernamente y aletargando el miedo y la ansiedad que, poco a poco, desaparecían.

Una parte de su subconsciente le alertaba que debía ponerse en guardia y enfrentar un nuevo enemigo. El resto de su ser, sin embargo, se sentía seguro y a salvo entre aquellos brazos robustos y el cálido cuerpo, cuyo olor le traía a la mente largos paseos por los bosques de la costa gallega. Era un olor fresco, a eucalipto y brisa marina.

La alzó del suelo. Se desplazaban. Hizo un último esfuerzo por aclararse la vista y contemplar a su salvador, pero finalmente acabó por sumirse en una acogedora y plácida oscuridad.

II

Cox golpeó el embarrado arcén de la comarcal con el pie derecho y se dio un leve impulso para salir del vehículo oficial. Se sacudió la camisa immaculada, en cuyo bolsillo se mostraba la insignia del departamento de policía de Brandsbury, y se dirigió a una zona acordonada y rodeada por el equipo médico, justo detrás del quitamiedos de la carretera. Al aproximarse, una mujer uniformada se acercó a él y comenzó a darle el parte.

—Varón, cuarenta y muchos años. Lo han encontrado unos excursionistas esta mañana. Le han dado una buena paliza. Los sanitarios lo están atendiendo en estos momentos. El equipo forense ya ha sacado fotos y recogido huellas. Han sido muy rápidos esta vez.

—¿Algún tipo de documentación?

—En cuanto Sam me lo permita, le registraré los bolsillos. Por el momento, no nos ha dejado tocarlo. Creo que está bastante grave.

Cox apartó la vista de Emily y se centró en la labor de los sanitarios. Sam había ordenado desplegar la camilla a los hombres que lo acompañaban en la ambulancia. El médico estaba agachado sobre el cuerpo de un hombre de mediana edad y de cabello oscuro. El rostro era apenas distinguible bajo los moretones y la hinchazón en ojos y mejillas. Le habían partido el labio superior y el brazo derecho parecía estar doblado en un ángulo extraño. El hombre se limitaba a gemir sin articular palabra mientras Sam se aseguraba de que pudieran moverlo sin causarle más daños.

Davis Cox esperó pacientemente hasta que el hombre estuvo alojado sobre la camilla y los dos auxiliares lo empujaron dentro de la ambulancia para hablar con Sam.

El médico alargó una mano enguantada en látex y le tendió una cartera y una navaja al policía. Davis cogió la cartera e indicó a Emily que guardara la navaja en una bolsa para pruebas mientras ojeaba la documentación.

—Carl Demphthon —leyó Cox en voz alta—. Emily, llama a Betty y

que lo busque en la base de datos. —Le tendió el carnet de conducir y prosiguió rebuscando en su cartera sin encontrar nada de utilidad—. ¿Cómo está?

Sam se quitó los guantes, metiéndolos en el bolsillo trasero del pantalón y guiñó los ojos, molesto por el sol que le daba de frente. El médico estaba cerca de jubilarse, pero no había perdido la agilidad a la hora de moverse ni la rapidez para tomar las decisiones más críticas. Trataron de sacarlo de la ambulancia hacía algunos años y darle un trabajo más tranquilo, pero Sam estaba hecho para la calle y ahí era donde quería estar mientras su salud se lo permitiera. Se sacudió el barro de las rodillas y agitó la cabeza con pesar.

—Sinceramente, Dave, espero que se lo mereciera. Han utilizado su abdomen y su cara como si fuera un saco de boxeo. Probablemente, pierda la visión en el ojo izquierdo. Le han saltado varios dientes, dislocado el hombro derecho y partido el brazo a la altura del codo. Quien haya hecho esto debía estar muy furioso. Se ha ensañado con ganas. Y hay más traumatismos bajo la piel del tórax y abdomen.

—¿Saldrá adelante?

—No sin esfuerzo, amigo. No sin mucho esfuerzo.

—¿Le habéis sacado algo? ¿Algún nombre?

—Solo balbucea sílabas y gruñidos. Los excursionistas tal vez puedan darte algún dato más. Los está atendiendo Rick allí atrás. No querían seguir viendo el cuerpo. Están algo nerviosos.

—Capitán. —Emily volvía tras haber contactado con Betty por radio. Cox se fijó en que Sam no apartaba los ojos de sus caderas.

Emily Clark era la clase de chica que hubiera pasado desapercibida en un desfile de moda de alta costura. De unos veinte y muchos años, alta, delgada, con aspecto delicado, piel morena y unas facciones que podían competir con las de la mismísima diosa Afrodita. Sin embargo, siempre quiso ser policía. Así que ahí estaba ella, con el sedoso cabello rubio recogido en un apretado moño bajo y vistiendo un uniforme nada femenino que era incapaz de ocultar ni uno solo de sus atributos.

Cox disimuló una sonrisa fingiendo un acceso de tos y centró su atención en la mujer.

—Volvemos a tener problemas con los servidores. Ha anotado los datos, nos llamará en cuanto sepa algo. —Davis sacudió la cabeza con gesto derrotado y masculló una maldición entre dientes. Desde el último

ciberataque sufrido a nivel mundial hacía poco más de dos días, los servidores que daban acceso a la base de datos del condado daban más problemas que soluciones y el departamento de IT estaba desbordado.

—Está bien. Iré a hablar con los excursionistas. Tú acompaña a Sam y no pierdas de vista al tipo hasta que averigüemos quién es y qué le ha pasado.

—A sus órdenes, jefe. —Emily se cogió del brazo que Sam le tendía con galantería y juntos atravesaron los pocos metros que los separaban de la ambulancia.

La pareja hacía un extraño contraste. La juventud y lozanía de ella frente a la madurez y las arrugas de él. A pesar de todo, Davis pensó que, de espaldas, esas diferencias no se apreciaban. Ciertamente que él tenía el cabello completamente blanco desde muy temprana edad y podría ser su abuelo, pero era alto, fibroso y la ancha espalda parecía más la de un joven treintañero que la de un hombre que le doblaba la edad. Las chicas siempre se fijaban en sus ojos, de un azul que tan claros como eran parecían casi blancos. Y a Emily no parecían importarle las arrugas de su rostro, por otro lado, afable y siempre sonriente.

Curiosa pareja.

Rick atendía a los excursionistas unos pasos más allá de la carretera. Cox se alejó del quitamiedos y caminó hacia ellos sacándose las gafas de sol de aviador y colgándoselas del cuello de la camisa.

Un hombre y una mujer, de unos sesenta y cinco o setenta años, vestidos con pantalones cortos caqui y camisas naranjas a juego se abrazaban mutuamente y mantenían la vista puesta sobre el agente que los estaba entrevistando.

—Capitán. —Rick se hizo a un lado y le tendió un bloc de notas de bolsillo con algunas palabras garabateadas en él.

Cox las leyó rápidamente y alzó una mano para estrechar la del hombre que tenía frente a sí.

—Peter Mingalle, ¿correcto? —El hombre asintió y le estrechó la mano.

—Ese hombre ¿se va a poner bien?

—Eso dice el médico. —Tampoco era cuestión de entrar en detalles —. ¿Me pueden contar cómo lo han encontrado?

El hombre se volvió ligeramente hacia su esposa. La mujer gimió quedadamente y asintió indicando al hombre que continuara.

Mingalle no tenía mucho que añadir. Encontraron al hombre tirado en

el suelo, balbuceando cosas incomprensibles, muy cerca del quitamiedos, sobre el césped que bordeaba la carretera comarcal. Al aproximarse y ver el estado en que se encontraba, no se atrevieron a tocar nada, ni siquiera a él. Llamaron inmediatamente a los servicios de emergencia y se quedaron a su lado tratando de calmarlo.

—No parecía oírnos. Hemos visto muchas películas policíacas y sabemos que no hay que tocar nada para no contaminar el escenario. Lo hemos hecho bien, ¿verdad? —Dave asintió con una cálida sonrisa en el rostro y lo animó a seguir hablando—. No se le entendía nada. Aunque nos pareció escuchar una palabra, pero no puedo estar seguro de que fuera eso. Decía —Miró a su esposa, que de nuevo asintió—, decía “monstruo”.

Cox alzó las cejas con sorpresa y anotó la palabra en la libretita de Rick antes de devolvérsela.

—Está bien. Si no les importa, mi compañero los acompañará a la comisaría para tomarles declaración por escrito. No les llevará mucho tiempo y luego puede dejarlos donde ustedes quieran. Agradecemos su colaboración. —El tono del capitán era dulce y amable.

Los acompañó con un suave gesto de su mano hasta el coche de Rick y se despidió de los tres mientras giraba de regreso a su vehículo.

Desde luego, el que había hecho semejante estropicio con su cara debía ser un monstruo. Pero le llamó la atención el término. Esperaría a que el hombre fuera atendido en el hospital y pasaría más tarde a tomarle declaración. Ahora mismo nada de lo que dijera iba a servir de mucho.

—Dave. —Sam corría hacia él desde la ambulancia bajo la atenta mirada de Emily—. Olvidé darte esto, lo llevaba en el bolsillo del pantalón. Es tan fino que no lo había notado al darte el resto.

Cox tomó lo que Sam le colocó en la mano y lo observó intrigado.

Era una finísima cadena de plata de la que colgaba un diminuto zafiro, bordeado de pequeños cristales Swarovski incoloros. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Corrió hacia su coche sin mediar palabra. Arrancó y volvió a la carretera con brusquedad pisando a tope el acelerador. No estaba lejos, solo necesitaba dos minutos y comprobaría que todo estuviera bien.

Tenía que estar bien.

¡Por Dios que estuviera bien!

Genevieve abrió los ojos sobresaltada.

Tardó varios minutos en darse cuenta de que no seguía en la biblioteca. De algún modo, había logrado deshacerse del violador, ponerse de nuevo el pantalón del pijama, aunque sin nada debajo, subir las escaleras, tumbarse en la enorme cama con dosel de su tía y cubrirse con una manta.

Le dolía terriblemente la cabeza y sentía cierta picazón entre las piernas, donde el hombre la había arañado la noche anterior. La luz que entraba por la ventana le anunció que ya había amanecido. Trató de recordar los últimos sucesos de la noche. ¿Cómo consiguió escapar? Estaba a punto de meter sus asquerosos dedos en... pero no lo hizo. Se sintió liviana de repente y...

El timbre de la puerta sonó con insistencia, alguien golpeaba la hoja sin dejar de aporrear el timbre y tuvo que levantarse. Se cubrió con la manta y bajó las escaleras con el corazón en un puño. Al abrir se topó con unos ojos color caramelo que la miraron con ansiedad.

—Gene. Gracias a Dios.

El capitán de policía de Brandsbury, Davis Cox, se lanzó a sus brazos, estrechándola con cariño y un visible gesto de alivio en el rostro. El abrazo se prolongó varios minutos antes de que el hombre se apartara para mirarla con detenimiento. Tenía una fea marca en el cuello, donde estaba la cadenita de plata, un moratón en la frente y ojeras bajo los ojos. Por lo demás, parecía estar perfectamente.

La mujer se quedó muda al ver a Dave tan preocupado. Cuando la abrazó, se dejó sumergir en la cálida protección del agente y cerró los ojos con un suspiro de gratitud. Después del miedo que pasó aquella noche, tener ahí a su querido amigo y policía era como un bálsamo para ella.

Ambos se habían criado juntos de niños, compartiendo colegio, instituto y ratos de ocio. Era su mejor amigo y nunca perdieron el contacto cuando ella se marchó a España para estudiar informática y conocer la ciudad natal de su madre.

El agente se pasó la mano por el cortísimo cabello castaño, como solía hacer siempre que estaba preocupado.

—Gene, dime. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero ¿cómo has...? —El agente dejó colgar la cadena entre los dedos índice y pulgar mostrándosela a ella. La mujer se llevó la mano a la boca con asombro y las lágrimas brotaron de sus ojos mientras empezaba a temblar descontroladamente.

—Tranquila. Estoy aquí contigo, Gene.

—Entró alguien anoche, me atacó, quería... ¡Dios, Dave! Iba a... — Lloró con más insistencia y el agente volvió a abrazarla. La acompañó al salón para que tomara asiento y permitió que se desahogara.

Minutos después, la mujer pareció empezar a serenarse y alzó el rostro empapado para mirarlo.

—Te he puesto perdida la camisa. —Se lamentó la joven entre hipidos, sin dejar de abrigarse con la manta de ganchillo que llevaba alrededor de los hombros.

—No tiene importancia. ¿Por qué no subes arriba, te arreglas y te acompaño al hospital?

—No me ha... bueno, no llegó a...

—Está bien. Pero quiero que te vean de todos modos. Podrás ducharte cuando volvamos. ¿Lo entiendes? —Ella se limitó a asentir con la cabeza—. Tenemos al hombre custodiado. Le han dado una soberana paliza si esto te sirve de consuelo.

—Un poco. —Sorbió por la nariz e hizo un puchero con los labios antes de respirar hondo y ponerse en pie.

—¿Hay alguien más contigo?

—No. Como te dije, he venido sola. Pero había alguien. Me lo quitó de encima. —Hacía esfuerzos por recordar.

—Está bien, Gene. Eso después. Ve arriba.

Dave la guió hasta la escalera. Le puso el colgante en la palma de la mano y le hizo una seña con la cabeza para que subiera.

Unas horas después, ambos se sentaban a una de las mesas del Roy's Caffé, una cafetería situada frente a la comisaría, que hacía el mejor pastel de queso del mundo. Con sendas porciones y un par de tazas de café caliente entre las manos, Gene y Dave trataban de relajarse tras una dura mañana.

En cuanto la mujer se encerró en su dormitorio, volvió a llorar. No podía creer que alguien hubiera irrumpido en su casa y hubiese estado a punto de... ¡Por todos los santos! Ni siquiera era capaz de decirlo para sus adentros.

Sacudió la cabeza, respiró hondo y tomó la firme determinación de no dejarse avasallar por el miedo y la ansiedad. Se lavó la cara y se vistió

rápidamente, vaqueros oscuros y una camisa holgada sin mangas de color amarillo. Se calzó unas sencillas sandalias de tiras negras y bajó dispuesta a soportar el escrutinio hospitalario y el interrogatorio en la comisaría. Cuanto antes lo hiciera, antes podría olvidarse de todo aquel asunto.

En el hospital se sintió aliviada al saber que, tal y como sospechaba, el hombre no pudo llegar muy lejos. Unos analgésicos para el dolor de cabeza fue todo cuanto necesitó para superar los daños físicos.

El interrogatorio en la comisaría fue harina de otro costal. Dave le hizo contarle la misma historia hasta tres veces, añadiendo preguntas en cada ocasión con la intención de recabar todos los detalles necesarios.

Acusarían al tal Dempthon de allanamiento de morada, robo e intento de violación. Gene, probablemente, tendría que estar presente en el juicio. Lo haría, sin lugar a dudas. No permitiría que su miedo le impidiera meter a ese tipejo entre rejas. Sin embargo, al llegar al final de su relato, los detalles de la noche se desdibujaban como una pintura al agua.

—Entonces, ¿había alguien más en la casa? —Dave insistió por enésima vez. Debían estar seguros de que Dempthon no trabajaba solo.

—Bueno, alguien tuvo que quitármelo de encima y llevarme hasta el dormitorio. Pero estaba muy mareada y perdí el conocimiento enseguida, no pude verlo. Lo siento, Dave.

—No te disculpes. Si había alguien más allí, lo encontraremos. Mis chicos tomarán huellas y registrarán cada palmo hasta que den con algo. No te alteres. Lo dejarán todo como estaba, te lo prometo.

Gene no se quedó tranquila sabiendo que un grupo de agentes campaba a sus anchas por Dark Garden, registrando cada recoveco de la casa en busca de pruebas. Solo de imaginarlo se le ponía el pelo de punta.

La vieja casa era su hogar, el único lugar tranquilo y seguro al que podía llamar así. Verla llena de gente extraña la hacía sentir como si violaran su intimidad. Trató de no pensar en ello, forzándose a recordar algo más que pudiera resultarle útil al policía. Lo único que le venía a la mente una y otra vez era su olor. Ese aroma a eucalipto y brisa marina que le inundó las fosas nasales como si estuviera aspirando cloroformo y contribuyó a sosegarla y dejarla fuera de combate. Sonaba tan absurdo que decidió que aquel era un dato que guardaría para sí. Al fin y al cabo, su olor no los ayudaría a encontrarlo y ya se sentía bastante mal con todo lo ocurrido. Estaba agotada y deseando meterse en la cama lo antes posible.

—Tal vez deberías quedarte con alguien. Sabes que tengo un cuarto de sobra en casa. —Dave alargó la mano para rozar la de Gene y llamar su atención. La joven tenía la mirada perdida en algún punto invisible sobre el linóleo del suelo de la cafetería.

—Es mi casa, Dave —contestó despertando de su ensoñación—, si me mudo a la tuya ahora, jamás seré capaz de volver a quedarme sola en ella, y es mi único hogar. No quiero perderlo.

—Lo entiendo, Gene. Es solo que no quiero que te pase nada malo.

El móvil sonó interrumpiendo la respuesta de la mujer aún antes de que pudiera abrir la boca de nuevo. El policía se llevó la mano al bolsillo derecho sin soltar con la otra la de la mujer y extrajo el ruidoso aparato. Contestó enseguida y se quedó callado escuchando a alguien que hablaba al otro lado del auricular. Gene volvió a centrar su atención en el pastel que tenía a medio comer, degustando con verdadero deleite la crema untuosa y dulce y el bizcocho a su alrededor.

—¿Qué? —Dave acababa de colgar y la miraba con una amplia sonrisa en el rostro.

—Parece que tienes un ángel de la guarda.

—¿Cómo dices?

—No han encontrado más huellas en el escenario y Emily acaba de interrogar al asaltante. Al parecer insiste en que una especie de monstruo de ojos negros y colmillos afilados ha tratado de matarlo.

—¿No cree que fuera su cómplice?

—Eso queda descartado. Rick ha logrado encontrar su ficha policial. Al parecer, el tipo es un consumado ladrón. Su hoja está llena de cargos por hurto y violencia con agravantes. Pero siempre trabaja solo. Lo de la... violación... es algo nuevo.

—¿Tengo que sentirme halagada?

—Ni mucho menos. Lo añadiremos a su ficha con mucho gusto, y esta vez no podrá librarse del juicio y la pena. Me aseguraré de ello. Fue toda una suerte que ese misterioso sujeto pasara por allí.

—Sí. Aunque me hubiera gustado poder darle las gracias. No quiero ni imaginar lo que podría haber pasado de no ser por él.

—Tal vez sea mejor así. Si lo encontramos, tendré que detenerlo y, aunque está mal que yo lo diga, lo hubiera lamentado bastante. —La

muchacha sonrió.

Dave siempre era especialmente protector con ella desde que eran muy niños.

La enfermera que la atendió en el hospital tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no echarlo del box mientras la atendía, pues no paraba de insistir en que se asegurara de que todo estaba bien, que no tenía ningún daño, ni parcial ni oculto. Gene tuvo que ponerse de parte de la muchacha cuando él insistió en hacerle un T.A.C. y una ecografía y asegurarse de que no tuviera lesiones internas que no se apreciaran a simple vista.

Se alegraba de no estar sola en Brandsbury. Al menos podría contar con él siempre que lo necesitara, y siendo agente de policía la tranquilizaba aún más.

Después de comer, Cox condujo el vehículo oficial de regreso a Dark Garden. Gene insistió en despedirse de él allí mismo. No era necesario que volviera a registrar la casa. El agresor estaba detenido y sus hombres ya habrían causado bastantes daños mientras investigaban. Le dio un beso en la mejilla y se apeó del coche camino a la puerta principal. La abrió y se giró nuevamente para agitar la mano en señal de despedida antes de volverse y cerrar la puerta tras de sí.

Suspiró agradecida por estar de vuelta en casa. A simple vista todo parecía normal. Recorrió la planta baja sintiendo cómo el corazón se le aceleraba al aproximarse a la biblioteca. Empujó la puerta con los dedos, las piernas flojas como un flan. Miró por encima del hombro. Nadie. Cruzó la estancia. Todo estaba tal y como ella lo había dejado. Al parecer, los chicos de Davis se aplicaron para dejarlo todo limpio y recogido en deferencia a ella. La barra del cabecero había vuelto a su lugar, al igual que la costosa cubertería y lo que hubiera en la bolsa de nilón.

La puerta de la terraza del salón, cuya cerradura forzó el asaltante para entrar, había sido sustituida por una mucho más resistente, regalo de los chicos de la policía. Ser amiga del capitán tenía sus ventajas.

Sonrió.

Subió después al dormitorio de su tía Margerite. La ropa de cama estaba revuelta y la manta tirada sobre el colchón de cualquier manera, tal y como la dejó antes de ir al suyo a arreglarse y cambiarse de ropa. No lo había imaginado, alguien la había acostado allí la noche anterior.

Un hondo suspiro agitó su cuerpo y se dejó caer a los pies de la cama, sobre el colchón. Quizá no había sido tan buena idea viajar hasta allí ella sola.

Sara insistió en acompañarla para echarle una mano, pero Gene finalmente se negó.

Algo en su interior deseaba que Dark Garden siguiera siendo la de antes, y la presencia intrusiva de Sara en la mansión habría acabado con su sueño. No quería que nada cambiara. Aquella casa las había cobijado a ella y su tía durante años, y temía perder parte de su esencia si algo más se alteraba. Pero ahora que aquel tipo había dejado su marca en la casa, se arrepentía profundamente de su decisión. *Mañana le pediré que venga*, pensó para sí, dejando vagar la mirada por el dormitorio y llenándose de recuerdos de noches de tormenta abrazada a su tía, las dos metidas bajo las mantas y la dulce voz de la anciana relatándole historias sobre sus padres para calmarla y evitar que ella los olvidara.

Entonces, su vista se posó en un viejo cuadro que colgaba de la pared frente a ella. Casi lo tenía olvidado. Aquel viejo retrato era su favorito desde muy niña. Tanto era así que, al poco de llegar ella a la casa, su tía le permitió colgarlo en su dormitorio y Gene se acostumbró a tenerlo allí, cuidando de ella. Decía que la hacía sentirse segura. Su tía no la entendía, pero le pareció bien, y desde entonces recurría a aquel viejo retrato siempre que se sentía asustada y, cuando lo contemplaba, el miedo desaparecía por completo. Al trasladarse a vivir a Madrid, insistió en colgarlo de nuevo en la habitación de su tía para que no se sintiera sola.

Y allí estaba ahora, cubierto de polvo. El marco de madera oscura y algo ajada por el paso de los años era liso, excepto en el extremo superior que, con una graciosa filigrana, dibujaba una especie de corona de hojas y ramas finas. Tenía forma ovalada, unos cuarenta y cinco centímetros de alto y algo menos de ancho.

Apenas se distinguía su contenido, así que se puso en pie y pasó el dorso de la mano, descubriendo unos rasgos varoniles que conocía muy bien, pues habían formado parte de sus juegos y fantasías durante años. Los ojos negros y penetrantes, el cabello largo y oscuro que le caía hasta el mentón, las facciones angulosas y serenas, la fuerte mandíbula, los hombros anchos... Todo ello formaba parte de la imagen de un hombre atractivo de una época ya lejana en el tiempo. Un ser sin nombre, sin identidad, sin más historia que la que Gene viviera con su imagen cuando era niña.

Una idea fugaz surcó su mente, dejándola sin aliento durante un instante.

—¡Oh! Gene —Se reprendió sacudiendo la cabeza y saliendo del

dormitorio—, hay veces que pareces una niña tonta.

Pasó una hora larga metida bajo el chorro caliente de la ducha. Se frotó el cuerpo hasta que tuvo toda la piel roja y sensible. Sentía la imperiosa necesidad de borrar las marcas de aquel tipo de su cuerpo, de purificar cada zona que él se atrevió a tocar. El ritual de limpieza evitó que volviera a echarse a llorar de nuevo y la agotó físicamente.

Poco a poco el vapor de agua llenó el baño y tuvo el efecto de relajar sus tensos músculos y calmar la ansiedad que todavía sentía. Llenó sus pulmones lentamente y vació el aire contenido hasta que sus pulsaciones fueron normales. Se sumergió en la bañera hasta que lo único que oyó fueron los latidos de su corazón.

La primera vez que había estado tan desvalida y asustada fue cuando aquel hombre de asuntos sociales le dijo que sus padres habían muerto. Quedó en estado de shock. Ni siquiera fue capaz de reaccionar cuando su tía abuela llegó a recogerla. Recordaba levemente verla discutir con el hombre de asuntos sociales. Margerite se puso furiosa al ver que no la habían esperado a ella para darle la noticia a su sobrina. Se la llevó de allí y pasó toda la tarde y toda la noche con ella, no la dejó sola ni un minuto.

Hasta aquel momento, Gene siempre había creído que su tía era un mujer delicada y mayor que necesitaba que fueran cuidadosos con ella. Apenas llegaba al metro sesenta y cinco, era muy delgada, hasta el punto de que, cuando la abrazaba, notaba cada hueso bajo su piel y pensaba que, si la apretaba demasiado, acabaría quebrándose entre sus brazos. Recordaba sus manos grandes de dedos largos y finos y muy arrugadas, pero que resultaron ser mucho más fuertes de lo que aparentaban. Le entusiasmaban los libros y siempre olía a masa para galletas.

La visitaban dos veces al año, en navidades y en las vacaciones de verano, y la niña la adoraba. Hacían galletas y pasteles juntas y luego preparaban limonada y salían al porche delantero a merendar. Jugaban al parchís y a las cartas, aunque no la dejaba ganar nunca. No había ninguna lección importante en ganar sin esfuerzo y su tía no hacía nada sin tener un buen motivo para ello.

Al quedar huérfana, se ocupó de ella. Su marido murió un par de años antes y la mujer vivía sola en la vieja casona. A menudo solía pensar en lo

duro que debió de resultar para ella, a su edad, hacerse cargo de una niña pequeña y traumatizada. Por eso, Gene sabía que su tía era mucho más fuerte de lo que aparentaba.

Está bien. Nada de pensamientos negativos. Ni hablar. Si su tía pudo hacerlo y además crió a una niña sin ayuda, a pesar de su avanzada edad, ella también podía seguir adelante. Sería fuerte y positiva, como lo fue Margerite.

Se envolvió el cabello en una toalla pequeña para que absorbiera la humedad y cogió una más grande para secarse el cuerpo antes de cubrirse con ella y salir del baño dispuesta a tomar una larga y reparadora siesta.

Estaba a punto de meterse en la cama cuando un golpe contundente contra el suelo en el dormitorio de su tía la sobresaltó.

Las pulsaciones se le dispararon en un visto y no visto, se le secó la boca de repente y se quedó lívida. De pronto, volvió a ella todo el miedo y la ansiedad de la noche anterior y sintió una leve flojera en las rodillas. Sacudió la cabeza con fuerza. No era momento para acobardarse. No tenía la más mínima intención de dejarse asustar por cada sonido de la vieja casa. Su agresor permanecía custodiado en el hospital con una tremenda paliza que le imposibilitaba andar. Y se había asegurado de dejar todo bien cerrado antes de subir a su dormitorio. No había motivo alguno para tener tanto miedo.

Respiró hondo varias veces para controlar sus pulsaciones y se decidió a recorrer los pocos metros que la separaban de la habitación y abrir la puerta de golpe dispuesta a enfrentarse con sus fantasmas.

El retrato estaba en el suelo.

Suspiró aliviada y se rio de ella misma por el miedo que acababa de pasar.

—Estúpido cuadro —masculló mientras volvía a colgarlo del gancho de la pared. En ese momento, lo que vio al otro lado del cristal que protegía el lienzo la dejó paralizada, incapaz de soltar el marco que aún tenía entre las manos.

—Pensé que era uno de tus favoritos. —La voz grave y varonil sonó a su espalda, sobresaltándola, y dejó caer los brazos, quedándose totalmente rígida por la impresión, pero incapaz de apartar la mirada del lienzo—. Puedes volverte, yo no voy a hacerte ningún daño.

A duras penas lo hizo. Se giró tan despacio que parecía moverse a cámara lenta y casi se dejó caer al suelo cuando sus ojos se posaron en el dueño de aquella voz.

Alternó la mirada entre el lienzo, ahora oscuro y vacío que tenía tras

ella, y el hombre que tenía frente a sí con la espalda apoyada en la pared junto a la puerta. Mantenía una pose relajada. Los pies cruzados a la altura de los tobillos, los brazos anchos y musculosos sobre el pecho y la miraba con una sonrisa divertida bailándole en los labios.

Para Gene, sin embargo, su simple presencia ya era lo bastante inquietante. Los ojos negros, oscuros como profundos pozos, se clavaban en ella intimidándola bajo unas espesas pestañas oscuras que no hacían sombra a unas cejas pobladas y bien definidas. El cabello azabache, cayéndole hasta los hombros en suaves ondas desde el nacimiento de la frente en forma de uve. La nariz, redondeada y perfectamente simétrica. Unos labios carnosos de unos tonos más oscuros que el resto de su morena piel, estirados en una amplia sonrisa que dejaba entrever unos dientes blancos y alineados con precisión. La mandíbula cuadrada, unida al cuello ancho y robusto. Todos aquellos rasgos tan parecidos a... pero eso no era posible.

Su mente cansada y aún convaleciente le causaba alucinaciones. No podía ser de otro modo. Lo que sus ojos sugerían debía ser una broma de mal gusto, un sinsentido. Los cerró con fuerza, segura de que al abrirlos él habría desaparecido y la imagen del cuadro permanecería inalterada. Trató de convencerse a sí misma de que lo estaba imaginando. Respiró con fuerza y un aroma conocido flotó hasta su nariz como si se riera de ella.

Eucalipto y brisa marina.

«Definitivamente, Gene, estás alucinando».

Volvió a abrir los ojos. Él estaba muy cerca ahora. Solo debía estirar la mano para poder tocarlo y darse cuenta de que no era real.

Separó un brazo de su cuerpo y lo alargó despacio hacia la inmensa figura que tenía frente a sí.

Llevaba una camisa beige parcialmente desabrochada que dejaba ver el vello rizado y oscuro de su torso. Hacia allí dirigió una mano temblorosa. Con cuidado, como si tuviera miedo de que al rozarlo se convirtiera en humo y la envolviera, ahogándola. Retuvo el aliento a escasos centímetros de su piel. Al fin sus dedos alcanzaron su objetivo. El pelo encrespado le hizo cosquillas en la yema de los dedos al rozarlo. Avanzó un poco más y situó la palma abierta en el mismo centro de sus pectorales. Estaba duro, caliente y se apreciaba suavidad bajo toda aquella maraña oscura que se le enredaba en los dedos.

Alzó la vista y se cruzó con los iris negros de él.

—¿Convencida? —La vibración que sintió bajo la palma de la mano

al hablar él, unida al olor, ahora más intenso, que desprendía su cuerpo, le trajeron una imagen a la memoria.

En ese momento, tampoco se percató de que llevaba todo aquel tiempo rígida, en tensión y sin respirar, hasta que sintió un ligero mareo y acabó por desvanecerse.

Ya está. Era eso.

Estaba acostada sobre la cama. Notaba el colchón bajo su cuerpo y cómo el cabello aún húmedo por el baño se esparcía sobre la almohada y algunos mechones se colaban bajo su cuello y su mejilla refrescándole la piel. Ni siquiera se había puesto el pijama. Aún tenía la toalla en torno al cuerpo. ¿Tan cansada se sentía que no recordaba haberse echado sobre la cama? Pero sin duda debió de ser eso. Se habría quedado dormida incluso antes de apoyar la cabeza y lo soñó todo. Acababa de estar en el dormitorio de su tía limpiando el polvo de aquel pequeño retrato que tanto adoraba.

Siempre se sintió atraída por el personaje que representaba. De niña era como un protector, un gigante que la cuidaba y procuraba que nadie le hiciera daño. En su adolescencia, mientras las demás niñas soñaban con sus cantantes o actores favoritos, ella soñaba con él, con su misterioso hombre sin nombre que se colaba a escondidas en su dormitorio y le daba su primer beso y...

Algo se movió a su lado.

«¡Ay no, por Dios!».

Apretó los ojos, no quería abrirlos. Tenía que ser un sueño, un sueño absurdo y alocado de su mente cansada. Solo eso. Solo un...

Sonó un carraspeo muy cerca, como si la animara a abrir los ojos.

«¡Señor, por favor, no!».

Tragó saliva para aliviar el nudo que tenía en el pecho. Lentamente, se obligó a despegar los párpados y enfocar la vista. Frente a sí, el rostro del hombre caía sobre ella, observándola con una singular sonrisa en los labios a escasos centímetros de su cara. Sus macizos brazos se apoyaban verticales a un lado y otro de su cabeza, sobre la almohada, bloqueándole las salidas. Gene se llevó las manos al pecho en un instintivo acto reflejo de protección y volvió a tragar.

Tal vez Davis se equivocaba. Tal vez el tal Demphthon sí que tenía un

cómplice y había permanecido oculto hasta encontrarla sola y ahora pretendía...

—No voy a hacerte ningún daño, preciosa.

Hablaba con suavidad, sin alzar la voz, como si tratara de acariciarla con sus palabras. No hizo el más mínimo movimiento amenazador, se limitó a quedarse allí quieto, sin apartar la vista de ella, como si le gustara lo que estaba viendo.

Gene pensó que debería estar aterrorizada. El hombre era dos veces más grande que ella, no podría quitárselo de encima ni con una grúa, y si decidía hacerle algo, estaría perdida. Además, no llevaba nada debajo de la toalla. Le resultaría tan fácil arrancársela del cuerpo y dejarla...

«No, Gene, no pienses en eso».

Por Dios, ¿de verdad la imagen de aquel hombre despojándola de su única capa de ropa era capaz de hacer que...? Eso no podía estar pasando.

«Gene, estúpida niña pervertida, sácatelo de encima y consigue un teléfono para llamar a Dave y que lo detenga».

Pero es que había tenido fantasías con él desde que tuvo edad para pensar en besos y en salir con chicos. ¿Un momento? ¿Con él? ¿Con un dibujo? Definitivamente, no. Los dibujos no cobraban vida ni estaban tan bien hechos.

«¡Gene, basta!».

Tenía que averiguar quién era, qué quería y de qué demonios se estaba riendo. Entonces, sus labios se abrieron y empezó a hablar rezando para que no le temblara la voz.

—¿Quién...?

—¿Quién soy? —La ayudó él sin dejar de sonreír—. Creo que me llamabas tu príncipe vikingo o tu ángel protector, entre otros. Ambos nombres me gustaban mucho entonces, aunque claro, de eso hace muchos años, ¿verdad? Todavía eras una niña. Pero ahora —Sus pupilas reflejaron lujuria y ella sintió que algo se removía en el estómago—, ahora eres toda una mujer.

Percibió cómo el calor le subía de golpe a la cara, sin duda debía haberse puesto roja. El pecho le palpitaba acelerado y tuvo ganas de tocarlo. Su cabello estaba tan cerca. Le caía a ambos lados del rostro y parecía tan suave que quiso acariciarlo con los dedos. Él pareció darse cuenta, pues se inclinó más hacia ella, despacio, como si estuviera tratando de no asustarla. Los mechones oscuros le rozaron la mejilla.

Estaba cada vez más cerca de ella, tan próximo. Entreabrió los labios como si fueran a recibirlo. El corazón saltándose varios latidos. Entonces sus palabras se hicieron un hueco entre todas aquellas desbocadas sensaciones que sentía. ¿Cómo sabía él...? Ella nunca había pronunciado esos nombres en voz alta, no con testigos, solo cuando estaban solos. Es decir, se corrigió, cuando estaba sola. Era un secreto, su secreto que nadie más sabía, ni siquiera su tía, ninguno de sus amigos. Si él los conocía, entonces, eso quería decir...

No cabía duda.

Estaba sumergida en un sueño. Una fantasía de su mente. Era la única explicación razonable y aunque de niña fantaseara con personas que no existían, ahora era adulta y una mujer madura con los pies firmemente asentados en la tierra. Y las personas como ella no creían en cuadros que cobraban vida.

Envalentonada por la firme convicción de que estaba sumergida en un sueño y nada malo podía pasarle allí, decidió que ya era hora de tomar el control de la situación.

Colocó las manos sobre su pecho e hizo presión con la intención de apartarlo. Sorprendentemente, el hombre no opuso resistencia y se dejó mover, quedando sentado al borde de la cama y liberando el cuerpo de ella para que pudiera rodar sobre sí misma hacia el otro extremo y quedar de pie junto a la cama que ahora era lo único que los mantenía separados.

—Vale. Está claro que esto no es real. Estoy sufriendo de estrés postraumático y mis sueños se han descontrolado —dijo más para sí misma que para él.

—¿Quieres volver a tocarme? —El hombre empezó a rodear la cama acercándose a ella.

—No. —La respuesta sonó como un estallido en sus oídos y al ver que él volvía a sonreír como si hubiera ganado alguna clase de juego, se enfadó—. No tengo el más mínimo interés en tocarte, muchas gracias. Sé que no eres real, y punto.

—Entonces, no tienes motivos para temerme, preciosa —insinuó él sin dejar de avanzar—. Si estás soñando, no puedo hacerte ningún daño.

Gene se sujetaba la toalla entorno al cuerpo con ambas manos. Tenía la extraña sensación de que estaba jugando con ella. Pero, por Dios, solo era su maldita mente haciendo de las suyas. Sus fantasías adolescentes unidas al miedo y la angustia de aquella noche que, al mezclarse, estaban dando como resultado un cóctel de lo más peligroso. Solo tenía que aguantar un rato más.

Seguramente se despertaría enseguida y se reiría de sus absurdos sueños. Podían charlar hasta entonces, no era necesario que ellos... que él la... No, solo iban a hablar y luego se despertaría.

Alzó la vista para enfrentarlo. Pero ¿en qué momento había rodeado la cama para estar frente a ella?

«*Da igual, Gene, tú céntrate*».

—Vale. Muy bien. Admitamos que esto es real. ¿De verdad quieres convencerme de que has salido del cuadro?

—Así es. He salido del retrato solo porque tú así lo has deseado. —Ya estaba muy cerca de ella, si estiraba el brazo podría tocarlo, pero no, no iba a hacer tal cosa.

—¡Sí, claro! —exclamó riéndose de semejante afirmación—. ¿Por qué iba yo a desear que alguien saliera de un cuadro? ¡Es de locos!

El hombre soltó una carcajada como si ella acabara de contarle un chiste muy gracioso.

Madre mía, estaba divino cuando se reía. Esas pequeñas arruguitas en torno a los ojos y cuando se le estiraba la piel de la cara al sonreír. Sencillamente divino.

—Preciosa —dijo sin dejar de reír—, deseaste que te protegiera y por eso estoy aquí, para protegerte.

Se quedó sin habla.

¿Protegerla? ¿Acaso fue él quien propinó aquella paliza a su asaltante?

No podía pensar con claridad, y aquella posibilidad era tan remota como que Superman hubiese acudido a rescatarla. Ella ni siquiera era Lois Lane.

Volvía a tenerlo muy cerca de ella. Sus cuerpos casi se rozaban. Podía ver sus musculosos hombros a través de una camisa de piel sin mangas color beis, ajustada con un cinto de piel ancho y más oscuro. Los pantalones también eran de piel beige y calzaba unas botas de cuero marrones. Parecía una especie de vikingo de piel curtida sacado de una época lejana en el tiempo, tan alto y tan corpulento que la hacía sentir pequeña a su lado.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al sentir la intrusiva proximidad del hombre. Pero a pesar de la escasa distancia que los separaba, él no le puso la mano encima, y ella lo agradeció. No habría tenido fuerza para impedirselo. Y no se veía capaz de entablar una nueva batalla por preservar su intimidad intacta.

—Esto es un sueño. Solo es un sueño. Un sueño. Solo es un sueño. —
Se repitió a sí misma apretando fuertemente los párpados como si aquel
mantra fuera a despertarla mágicamente.

—¿Eso deseabas? —le estaba susurrando al oído. Tenía los labios
muy cerca del lóbulo de su oreja y el calor de su aliento le provocó un
escalofrío—. ¿Que fuera un sueño? Yo creo que deseabas mantenerme aquí.
Querías que me quedase contigo. —Gene abrió los ojos.

Por favor, lo tenía encima. Tan cerca que sentía el calor que
desprendía su cuerpo alrededor de su piel. Pero lo que sugería...

¿Acaso estaba diciendo que ella...? No podía hablar en serio. No. Ella
no quería que él estuviera allí, quería estar sola, estar cuerda, no loca como
una regadera.

Insinuar que ella deseaba que un hombre apareciera desde el interior
de un retrato y permaneciese allí con ella sin duda era una absoluta y
completa estupidez. ¿Cómo podía sugerir él que...? Pero no, eso no era cierto.

—Márchate —le ordenó con cierta rudeza.

—Lo haría, preciosa, pero no es eso lo que deseas, y yo solo puedo
ceñirme a tus deseos. ¿No lo sabes? Si no deseas algo de verdad, no puede
cumplirse.

¿Cómo se atrevía a hablarle así? Aquel tipo era un petulante,
orgullosa y creído espécimen de hombre que iba a obedecerla porque era su
sueño, y en sus sueños mandaba ella. Se lo pensaba demostrar. Ahora mismo
iba a esfumar...

La besó.

Un beso largo, apasionado, durante el cual trató de abrirse paso entre
sus labios buscando su lengua, pero ella mantuvo la boca apretada, los ojos
abiertos en una expresión de asombro y los brazos muy juntos contra su
pecho, como si le sirvieran de escudo frente a él.

El hombre no hizo amago de tocarla, manteniendo las manos asidas
tras su espalda. Tan solo dejó sus labios ahí, junto a los de ella, durante un
tiempo interminable, dejándola casi sin aliento, como si una descarga le
recorriera el cuerpo desde los labios hasta la punta de los pies. Cuando por fin
se separó, la contempló con una pícaro expresión en sus ojazos oscuros.

—¿Por qué...?

—Porque tú lo deseabas. Ya te lo he dicho, yo solo cumplo tus
deseos. —En ese momento, Gene le propinó un bofetón.

Él parecía tan seguro de sí mismo. Se burlaba de ella, jugaba con ella

y eso no lo soportaba. Le hería ese dichoso aire de superioridad que parecía embargarle. Y entonces lo deseó de verdad, deseó que desapareciera.

Un instante después, el familiar rostro regresaba al retrato y el hombre se esfumaba de la habitación. Genevieve suspiró aliviada, furiosa con él por cómo la había tratado, y furiosa consigo misma por no saber controlarse, ni siquiera en sus sueños.

Decidió ponerse el camisón y acostarse, tal vez si se dormía dentro del sueño, despertaría en el mundo real y todo aquello no habría sido más que un subterfugio de su mente para enfrentarse al estrés del ataque que sufrió esa noche.

Volvió a su dormitorio, cerrando la puerta de su tía con brusquedad y oyendo como el retrato volvía a caer al suelo, pero sin molestarse en regresar a recogerlo. Una vez vestida, se recostó sobre su cama, cerrando los ojos, y dejó que poco a poco la invadiera una mullida somnolencia. Unos minutos después, estaba profundamente dormida.

III

El timbre de la puerta la despertó bruscamente. Creyó estar sufriendo un *déjà vu* hasta que, al abrir los ojos, comprobó que estaba en su habitación y no en la de su tía. También recordó que unos días antes de viajar a Londres había hablado con Ben desde Madrid para que pasara por Dark Garden aquel día.

Se echó una bata por los hombros y corrió escaleras abajo para abrirle la puerta con un gesto de disculpa en el rostro.

En la entrada, embutido en un mono de trabajo azul marino y con una sonrisa encantadora, se erguía, con su metro ochenta de estatura y toda su corpulencia, un hombre de unos cincuenta años con una mirada límpida y azul. Llevaba una caja de herramientas en una mano y un maletín con un taladro percutor en la otra.

—Buenos días, Genevieve —saludó con un marcado acento alemán.

—Buenos días, Ben. Lo siento, me temo que me he quedado dormida —se disculpó, haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

El hombre se encogió de hombros para quitarle importancia a sus palabras y se apresuró a pasar al interior de la casa.

—¿Café? —Él asintió, depositó las herramientas en el suelo de la entrada y ambos se dirigieron hacia la cocina, donde Gene puso a calentar la cafetera eléctrica.

—Dije azulejos no caían. —El hombre golpeó con los nudillos sobre la isla que se encontraba en el centro de la moderna cocina.

A pesar de que llevaba más de media vida viviendo en Inglaterra, Owen Müller, alemán de nacimiento, seguía teniendo serios problemas con el idioma.

La mujer lo miró con cariño y asintió. Ben les había instalado la cocina hacía ya más de una década y seguía sin sufrir el más mínimo desperfecto. El hombre sonrió pasándose la mano por el cabello corto y canoso que llevaba peinado hacia un lado. Estaba muy orgulloso de todos y

cada uno de sus trabajos.

Gene contempló la multitud de arrugas que surcaban aquel rostro dulce y algo bobalicón que le daban un aspecto avejentado y tierno.

A pesar de todo por cuanto había pasado con la prematura muerte de su hijo, Owen continuaba sonriéndole a la vida. Lo cual, unido a su sempiterna expresión, podría hacerle parecer un tonto, pero nada más lejos de la realidad. Su tía solía decir que era más listo que el hambre.

No había habitante en Brandsbury, ya fuera nativo o foráneo, que no hubiera reclamado sus servicios en alguna ocasión. Y es que Ben era la clase de persona a la que llamabas siempre que hubiera una tarea que requiriera del uso de herramientas y algo de fuerza bruta.

Los domingos por la tarde solía sentarse en una cafetería cerca del parque donde iban a jugar los niños. Llevaba una pequeña maletita consigo que dejaba sobre una silla mientras sorbía su zumo de tomate y esperaba. La mayor parte de esos días una pequeña cola de infantes se situaba cerca de él con sus juguetes rotos entre las manos y Ben los arreglaba completamente gratis. No importaba si era algo mecánico o simplemente coser un brazo de trapo. Disfrutaba esos días como ningún otro, sobre todo desde que su hijo los dejara. Gene no había llegado a conocerle, pues murió antes de que ella naciera. La mujer de Ben decidió recluirse en casa a llorarle, pero el alemán prefirió llevar su pena a su manera, como hacía con todo. Y así era feliz.

Le sirvió una taza y sacó una caja de galletas de la alacena. Por suerte, aún no habían caducado. Se dijo que tendría que salir a hacer la compra lo antes posible.

Dejaría a Ben metido en faena y se vestiría para ir al pueblo. El hombre tenía trabajo por delante.

Antes de viajar a Brandsbury, Gene le telefoneó. Había planeado estar unas tres semanas allí y esperaba que fuera tiempo suficiente para adecentar la vieja casa. Ya hacía algunos años que Gene se había dado cuenta de que la casa comenzaba a tener algunos desperfectos, pero su tía se negaba a arreglarlos. Decía que ya era vieja para aguantar el polvo y los ruidos de las obras. Ben se haría cargo de todo. Revisaría palmo a palmo cada rincón, redactaría el presupuesto con detalle y se lo entregaría a Gene para que diera el visto bueno.

—El técnico llegará a lo largo de la mañana. —Gene acompañó a Ben a la biblioteca después de que ambos terminaran el café y lo pusiera al día de algunas de las cosas que necesitaba arreglar—. Por favor, no dejes que

destruye nada. Esta habitación es lo más sagrado que hay en la casa.

El hombre asintió y agitó la mano para que se despreocupara. Él se encargaría de vigilar al técnico y pararle los pies si era necesario.

También tuvo que contratar los servicios de una compañía londinense para instalar internet en la casa. Su tía no era muy amiga de tales modernidades, pero Gene iba a necesitar la conexión mientras estuviera allí.

Trabajaba como consultora en una gran empresa madrileña. Su jefe y también amigo le había permitido tomarse unas semanas para solucionar todo lo referente a la muerte de su tía a cambio de que ella trabajara en remoto y prometiese seguir en contacto para terminar algunos proyectos que llevaba entre manos en ese momento. Así que la conexión le era indispensable.

—Ah, y, por favor, ¿podrías arreglarme esto? —Gene extrajo la cadenita y el colgante de zafiro que le habían robado hacía dos noches y lo colocó sobre la palma del hombre.

Ben alzó sus ojos casi albinos y la miró sorprendido. Él mismo se encargó de reforzarle los eslabones hacía años para que la pequeña Gene no perdiera su preciado regalo.

El colgante, demasiado caro para una niña de ocho años, pertenecía a su madre y fue uno de los pocos enseres que Margerite logró recuperar tras el accidente. Se ocupó de que Ben revisara la cadena y el cierre para que la niña no pudiera perderlo, y se lo entregó. Gene se lo colgó al cuello en cuanto lo tuvo entre sus manos y no se había separado de él desde entonces, consciente del valor sentimental, más que económico, que tenía aquel recuerdo.

Margerite viajó una vez con Genevieve hasta Madrid para encargarse de la casa de su hijo y su mujer. La propiedad se vendió junto con la mayor parte de los muebles y objetos que en ella había. Unos pocos recuerdos y la totalidad de las pertenencias de Gene fueron a parar a Dark Garden, pero aquel colgante, el que su madre nunca se quitaba, era lo más querido que la joven tenía.

—No se ha roto, Ben —dijo ella para tranquilizarlo—. Alguien pensó que podía quedárselo sin mi permiso.

La mujer encogió los hombros, no estaba dispuesta a dar más explicaciones. El hombre se fijó en las marcas moradas que tenía en el cuello, y tampoco insistió.

—Estará listo cuando tú venir. —Sonrió y se puso a trabajar en él de inmediato.

Una vez dejó a Ben en su salsa, se apresuró a arreglarse y ponerse

algo encima, cogió el coche de alquiler que contrató en el aeropuerto y bajó al pueblo en busca de suministros.

Brandsbury era un pueblo pequeño y afable situado al norte de Worcester. Una aldeíta que solía pasar desapercibida en los mapas y a la que llegaban pocos turistas, la mayoría durante el verano, dispuestos a buscar paz y tranquilidad y aislarse de la agitada vida de la ciudad.

El pueblo se construyó en torno a una pequeña iglesia de piedra gris, cuyo campanario, hasta hacía unas décadas, era la construcción más alta de todas. En torno a la iglesia se fueron edificando pequeñas casitas que no superaban las dos plantas de altura. A Gene le encantaban, guardaban la esencia de siglos de antigüedad. A menudo había paseado por allí con su tía, admirando las pintorescas construcciones.

Margerite prefería aquellas pintadas en blanco y adornadas con vigas de madera oscura para enmarcar puertas y ventanas. Le parecían más limpias y alegres, con sus tejaditos de paja oscura como gorros para protegerse del sol. Por el contrario, a su sobrina le encantaban las edificaciones en roca. Los grises y tostados que tomaba la piedra y los tejados de pizarra le resultaban más auténticos que el calado blanco que tanto gustaba a su tía. Pero ambas por igual admiraban los tiestos de coloridas flores que la mayoría de los vecinos mostraba en sus ventanas y balcones.

Otro motivo por el que Gene adoraba aquel pueblo eran los vecinos. Todos se conocían entre sí y estaban muy unidos. Esto también hacía que las noticias volaran raudas de una punta a otra de la localidad. Gene siempre había pensado que esto era una gran ventaja que las ciudades grandes, como Madrid, no se podían permitir. Hasta entonces.

Ben le había encargado varios materiales antes de salir y junto con su propia lista de la compra se propuso recorrer el pueblo de tienda en tienda y regresar rápidamente a la casa por si Ben la necesitaba. Por desgracia, a cada paso que daba se veía obligada a detenerse, recibiendo el sentido pésame de sus vecinos.

Estos apreciaban mucho a Margerite e insistían en relatarle anécdotas sobre su tía de las que, en su mayoría, ella misma había sido testigo, como aquella ocasión en que invitó a todos los chicos del pueblo a magdalenas caseras con la excusa de presentarles a su sobrina recién llegada de España; o la vez en que, mucho antes de que Gene naciera, se la había visto bailando en el interior de la fuente junto con su marido, una noche de verano especialmente calurosa, para que las fiestas del pueblo no decayeran; y ese

día...

Cada historia venía acompañada de una segunda y a su vez de una tercera hasta que Gene conseguía, muy amablemente, despedirse de ellos y proseguir con su camino, esforzándose para olvidar todos aquellos viejos recuerdos, al menos, hasta que se sintiera más fuerte.

Cuando al fin logró regresar a la casa estaba física y psicológicamente agotada.

Se había propuesto ignorar todo lo sucedido hasta esa misma mañana. El ataque y su estrafalario sueño quedaron relegados a un cajón escondido de su memoria, al que le echó el cierre con intención de no volver a abrirlo hasta que ambas cosas le provocaran la risa.

Probablemente nunca.

Volver a estar en casa la llenaba de energía y la hacía feliz. Iba a aprovechar eso para armarse de valor y afrontar el resto de sus días sin su querida tía. Pero las historias, los rostros afligidos, las palabras de sus vecinos... No necesitaba que le recordaran a cada instante que era la última de su familia.

Ella lo sabía perfectamente.

Se colocó su máscara de *todo va bien* y pasó el resto del día adecentando la casa lo mejor posible y ayudando a Ben con las reparaciones.

Al finalizar, derrotada, decidió aprovechar que internet ya funcionaba y llamó a su amiga Sara por Skype buscando algo de consuelo para no venirse abajo.

A Sara la conoció nada más llegar a Madrid. Resultó ser la compañera de habitación perfecta e iban y venían juntas de la residencia a todas horas. Fue su mayor apoyo en aquella ciudad que le era tan desconocida y diferente a su amado Brandsbury y lo seguía siendo ahora que ya eran adultas. Sara era la alocada y aventurera y Gene la voz de la razón y la cordura, por lo que formaban un tándem perfecto.

—¡Sara, por favor! —Su amiga siempre conseguía escandalizarla.

—Gene, te lo aseguro, tiene un culo tremendo. Cada vez que lo veo de espaldas le daría azotes hasta que se me cayera la mano de cuajo. Una pena que no se nos permita intimar con pacientes.

—No tienes remedio. —Apenas podía dejar de desternillarse. Sara siempre era tan desvergonzada y gráfica.

Se llevó el dorso de la mano a los ojos para apartar las lágrimas que se le saltaban de tanto reír.

Por Dios. Después de los días tan horribles que había pasado, aquello era justo lo que necesitaba.

—Ahora en serio, tía. —Su amiga se puso seria y le habló con la mayor de las solemnidades—. Por fin he encontrado un once.

—Bromeas. —Sara tenía una escala de medida para los hombres que conocían. La denominaba “Escala de tíos *empotrables*”.

La bautizó así un año después de que Gene llegara a España, cuando conoció a su primer novio. Un adonis rubio de ojos verdes de nombre Gianni, que cursaba Erasmus en Madrid. Estudiaba enfermería, igual que Sara, pero podría haberse dedicado a asaltar las pasarelas más famosas del mundo de la moda.

Por desgracia, Gianni no alcanzó más que un ocho en la escala de Sara. Un cinco para Gene, que no le iba mucho ese tipo de chicos por mucho que costara quitarle los ojos de encima.

La escala de Sara llegaba hasta el número diez, por lo que sacar un once era poco menos que ser un dios hecho para el sexo.

—Ni lo más mínimo. Es el novato. El nuevo médico de urgencias, y tiene a todo el personal y las pacientes revolucionadas. Menudo *pibón*. Te juro que podría con las dos a la vez.

—Estás fatal.

—Tú di lo que quieras, pero en cuanto vuelvas pienso proponerle hacer un trío. Está cañón es decir poco, pero es que encima es un fuera de serie. Tendrías que ver cómo ha dejado a Ramírez esta madrugada. Le ha cantado las cuarenta sin siquiera despeinarse, y eso que se acaba de incorporar a la plantilla.

—Me alegro, ya era hora de que alguien lo pusiera en su lugar. Lo habrás grabado, ¿no?

—Qué va. Me dejé el móvil en la taquilla, pero creo que uno de los pacientes sí lo ha hecho. Esta noche cuando entre a trabajar pienso localizarlo y pedir que me haga una copia. Eso tiene que preservarse para la posteridad.

—Tú ve despidiéndote de tu novato. Si se ha metido con Ramírez, no durará mucho. —Ramírez, el jefe de urgencias del hospital donde trabajaba Sara, era conocido por su mal talante, su total falta de empatía con respecto a los pacientes y una innata facilidad para deshacerse de cuantos se atrevían a cruzarse en su camino.

Gene lo conoció una tarde que se acercó al hospital a recoger a Sara para ir juntas al cine. Su amiga la hizo subir hasta el área de oncología para

echar una mano con un ordenador que parecía haberse vuelto loco. Y al bajar, Ramírez estaba echando una bronca monumental a uno de los compañeros de Sara. Ambas mujeres tuvieron que intervenir para templar los ánimos y, desde entonces, Gene decidió que aquel tipo era un completo energúmeno.

—Ya te contaré. Pienso hacerme amiga suya mañana mismo y cuando vuelvas, te lo presentaré. No lleva anillo.

—Eres incorregible. Deja de meterte en mi vida y búscate un buen chico católico con el que casarte y darle muchos nietos a tu madre —dijo Gene imitando el acento gallego de la madre de Sara.

A su amiga aquella frasecita la sacaba de quicio. Solía decir que su madre estaba más chapada a la antigua que los documentales del NODO.

—Te odio, mamá.

—Yo también te quiero, tesoro.

Veinte minutos más tarde, cuando por fin desconectó, ya era tarde para seguir en pie, así que decidió dejar descargando los correos del trabajo en su buzón personal y acostarse temprano. Mañana sería un gran día. Lo tenía decidido.

Mientras se preparaba para irse a dormir, no pudo evitar sonreír al recordar la conversación con su amiga. Sara estaba dispuesta a hacer todo cuanto estuviera en su mano por encontrarle un buen chico a Gene. Hasta el momento no había tenido mucha suerte en el tema del amor y, aunque se sentía feliz tal y como estaba, Sara era como una avalancha. Ahora que la morena amiga de Gene tenía a alguien en su punto de mira y se sentía la mar de alegre con ello, quería que su amiga se sintiera igual de afortunada. Soñaba con largas cenas de dobles parejas y excursiones de fin de semana y, aunque la idea no estaba mal, Gene no tenía ninguna prisa por llevarla a cabo. Se había acostumbrado a vivir sola y sus malas experiencias anteriores no eran un buen caldo para cultivar su interés por tener nuevas relaciones.

Desde el punto de vista de Gene, el amor podía esperarla sentado.

Lo que ella no sabía es que nadie controla al dios Cupido.

Unos días más tarde, Dark Garden recuperaba su vida de antaño. Todos los ventanales se descubrieron, dejando pasar la luz del sol. La casa brillaba y relucía de nuevo. El suave olor del jazmín y las rosas ambientaban con sus templadas fragancias. Ben había acabado las labores de

mantenimiento que, por suerte, fueron mucho menores de lo que Gene temió en un principio. Las tejas sueltas se habían repuesto con facilidad y el tema de la pintura era solo estético. Le alegró saber que la casa estaba en tan buen estado. Tan solo el jardín trasero continuaba agreste y salvaje.

Su tía siempre lo cuidó con esmero hasta que la edad y la artritis le entorpecieron la tarea y tuvo que dejarlo libre para crecer y expandirse alrededor de la casona. Gene sugirió contratar a alguien para que se encargara, pero su tía no quería ni oír hablar de ello. Nadie pondría sus manos sobre su amado jardín. Así que la joven se encargaba de cuidarlo cuando iba allí de visita, lo cual no era tan a menudo como le hubiera gustado.

El tercer día condujo el coche de alquiler hasta Worcester y cargó el maletero en uno de los supermercados Tesco. Las tiendas locales de Brandsbury le gustaban mucho más, pero no quería arriesgarse a pasar otro día conteniendo las lágrimas, así que se decidió por conducir unos kilómetros y despejarse un poco.

El resto de esa semana se mantuvo ocupada terminando un par de proyectos pendientes para su jefe y empaquetando la ropa y enseres de su tía. Ya había preparado varias cajas que irían directas a la beneficencia. Cuanto antes se deshiciera de ello, antes acabaría con aquel asunto.

A diferencia de su tía, Gene no era muy dada a almacenar recuerdos. Los que tenía podía contarlos con los dedos de una mano. Dos, ahora que había decidido guardarse las alianzas que Margerite llevaba siempre consigo. La suya propia y la de su marido, que portaba siempre colgada al cuello junto a su corazón, como solía decir ella.

Guardó también un conjunto de pulsera y gargantilla que a Sara siempre le había gustado mucho cuando viajaba con Gene a ver a su tía. A su amiga le haría ilusión conservarlo. Ambas mujeres se llevaban muy bien a pesar de las enormes diferencias que había entre ellas.

La tarde del séptimo día que pasaba en Dark Garden, Dave llamó con una excelente noticia que darle. Finalmente, no tendría que declarar en el juzgado. Demphthon se enfrentaba a varios años de cárcel y la agresión solo era uno más de los delitos que el fiscal le imputaba. Para Dave, aquello era caso cerrado.

En cuanto a su salvador, ninguna de las huellas y el resto de pruebas que su equipo recogió en la casa había obtenido resultado. Tampoco consiguieron nada de la descripción que el agresor había hecho del tipo que

lo atacó. Lo interrogaron en varias ocasiones, y ni siquiera ahora que parecía estar más lúcido era capaz de darles información que sirviera para averiguar su identidad. Cada vez que contaba la historia, el tipo en cuestión era más alto y amenazador que antes. Consiguió que admitiera que no era ningún monstruo, pero poco más.

—¿Quién sabe? —dijo el policía al otro lado del teléfono—. Tal vez sí que era un ángel después de todo.

—Tal vez —admitió Gene, aunque algo en su fuero interno le decía que la respuesta a ese enigma se encontraba un piso más arriba mirando el suelo del dormitorio de su tía—. Como sea, me hubiera gustado poder darle las gracias. Pero me alivia que todo haya acabado por fin.

—Yo también. Debo dejarte, tengo mucho papeleo todavía y no quiero llegar tarde a casa. ¿Te llamo mañana?

—Claro. Gracias, Dave, por todo.

Tras colgar el aparato, Gene suspiró con alivio. Lo que menos le apetecía era tener que sentarse delante de un montón de gente y revivir la experiencia de aquella primera noche. Hacerlo removería viejos temores de infancia cuando se vio obligada a contar una y otra vez todo lo que recordaba sobre el accidente en el que murieron sus padres a pesar de que, en esa ocasión, no logró recordar nada después del golpe.

Prepararía limonada.

Era hora de empezar a celebrar las buenas noticias.

La pequeña Gene estaba enfadada.

Llevaba meses esperando con ansia la visita que hacían todos los veranos a su tía abuela Margerite. Se acordó de ponerlo todo en su maletita de Hello Kitty: su baraja de cartas, el tablero con la oca y el parchís que le regalaron por su cumpleaños con pequeñas fichas imantadas para no perderlas entre las hojas del jardín; el diábolo, su muñeca preferida, Elsa, y una buena colección de camisetas y pantaloncitos cortos que podía manchar sin preocuparse mientras jugaba entre los altos plumeros.

El viaje a Londres siempre le resultaba excepcionalmente largo a pesar de que el avión no tardaba más de un par de horas y media en sobrevolar la distancia que los separaba de Madrid. Era casi tan insufrible como esperar la llegada de los Reyes Magos en navidad. Y para colmo de

males, su madre la había obligado a vestir uno de sus mejores vestidos, los dichosos zapatos blancos que le apretaban los pies y viajar en coche a ver a no sé qué señor que los estaba esperando para cenar con ellos.

¿Y todo por qué? Por el estúpido trabajo de su padre.

No le bastaba con pasar fuera la mayor parte del año, yendo de un lado a otro del mundo, ahora también tenía que hacerlo en vacaciones.

Sí. Definitivamente, Gene estaba terriblemente molesta. Pero eso no iba a cambiar nada. El trabajo era el trabajo y esa lección la tenía bien aprendida.

Miró de nuevo a Elsa. La muñeca le devolvió una sonrisa de zurcidos negros y curvados y pareció guiñarle un ojo de trapo de color azul. Mamá dijo que la casa a la que iban de visita era mucho más grande que Dark Garden. Tal vez, mientras papá trabajaba, ella y Elsa podrían escabullirse sin que nadie las viera y echar un vistazo por ahí. A Elsa le gustaba mucho jugar a descubrir cosas. En eso se parecía un poco a papá.

Gene dirigió su vista hacia delante. Mamá se giró para sonreírle y, echando la mano hacia atrás, entre los asientos, alcanzó a cogerle la rodilla y estrechársela con cariño. La pequeña Gene sonrió y se cogió a su mano. Le gustaba sentir la mano de mamá en la suya. Era mucho más grande y le cubría por completo la rodilla y parte de la pantorrilla.

Luego miró el grueso maletín de piel, lleno de cremalleras y hebillas, que estaba en el suelo, tras el asiento del conductor. Papá llevaba ahí todos sus papeles importantes, que debían ser muchos, porque el maletín siempre parecía a punto de explotar. También asomaba por un lateral uno de los dibujos que ella le había hecho y que siempre llevaba encima. Era un dibujo de ellos tres, Elsa y el gatito que quería tener y que todavía no habían ido a adoptar.

Mamá le quitó la mano de la rodilla y Gene rio al ver que le rozaba la pierna derecha a papá. Siempre que hacía eso, papá le cogía la mano y dejaba ambas apoyadas sobre la pierna izquierda de mamá, hasta que tenía que cambiar de marcha. Pero esa vez no. La tuvo ahí mucho tiempo. Le habían dicho que el coche era automático.

Gene esperaba ver algo parecido al coche fantástico, pero no era más que un aburrido coche marrón con el morro cuadrado y que hacía un ruido como de tos seca mientras avanzaba por la carretera. Pensó que quizá se conduciría solo, pero tampoco. Así que no sabía por qué lo llamaban automático si hacía lo mismo que el que tenían en casa.

Papá le acariciaba a mamá el dorso de la mano con el pulgar y ella se agitaba en el asiento delantero. Gene sabía que mamá tenía muchas cosquillas por todas partes. Pero ella no, así que siempre ganaba cuando hacían peleas de cosquillas.

Se volvió a mirar por la ventanilla cuando sintió que el coche disminuía la velocidad. A su izquierda se extendía un inmenso campo agrícola del color del trigo, vasto y aburrido. A su derecha, por el contrario, todo era verde y frondoso, como los bosquecillos en los que vivían las hadas.

Unos metros más allá se detuvieron en la intersección. En ese momento, todos los sonidos se apagaron de golpe. El ruido rasposo del motor, la música clásica que sonaba en la radio, el ruido del aire sobre los campos y los árboles, los grillos cantarines. Como si se hubiera quedado sorda de repente.

Algo golpeó su asiento desde atrás, desde el interior del maletero, como si tratara de llamar su atención. Se volvió, pero nada salía del asiento, el respaldo seguía en su lugar. Entonces giró el rostro hacia la ventanilla izquierda.

Gene abrió los ojos.

El corazón le latía con fuerza y tenía el cuerpo rígido y envuelto en un sudor frío. Tomó una larga bocanada de aire y después otra, hasta que poco a poco fue recuperando la movilidad y se tranquilizó.

Hacía años que no soñaba con el accidente, pero no le extrañó. La muerte de su tía, la agresión, la visita al hospital y la comisaría, la conversación de aquella tarde removiéndolo todo...

Se quitó la sábana de encima a patadas y se estiró bocarriba, relajando los músculos de la espalda y dejando que la brisa que entraba por la ventana le secara el sudor del cuerpo.

Si su tía la veía, se enfadaría mucho. Le diría que así solo iba a conseguir pillar una buena pulmonía. Pero ya era adulta. Podía hacer lo que quisiera. Y en ese momento necesitaba refrescarse.

Dejó caer el brazo sobre la frente y se quedó muy quieta contemplando las sombras que bailaban en el techo de la habitación. La luz de la luna llena jugaba con las ramas del árbol que crecía frente a su ventana, reflejando extrañas figuras sobre el estuco blanco.

Una de ellas le trajo a la memoria un par de profundos ojos negros que se cruzaban con los suyos desnudándola por dentro, como si fueran capaces de leer en su interior. A los ojos les siguieron unos labios, carnosos, suaves y varoniles que se afirmaban en los suyos haciéndola temblar. Y a los labios, unos pectorales duros y cálidos, cubiertos por una densa mata de vello oscuro que se le enredaba en los dedos.

Metiendo ambas manos por debajo de la almohada, Gene se cubrió la cara con los laterales y emitió un quedo grito de irritación al tiempo que golpeaba el colchón con la planta de los pies.

¿Es que no iba a poder quitarse a ese hombre de la cabeza?

Trató de comparar el sueño que acababa de tener con el de hacía cinco noches. Fue imposible. La pesadilla ya se había desdibujado de su memoria. No era más que un conjunto de escenas borrosas y salpicadas entre sí. Trató de traer a su mente el tacto de la mano de su madre sobre su rodilla desnuda, pero no sintió ni el más leve cosquilleo. En cambio, el otro lo recordaba y lo sentía como si acabara de vivirlo en carne propia.

¿Y cuántos sueños de ese calibre era ella capaz de recordar a lo largo de su vida?

Ninguno.

Pero si no fue un sueño, tendría que admitir que había sido real. ¿Y en qué situación la dejaba eso?

Por un lado, si todo era real, al menos tenía a su salvador, pues él mismo admitió que salió para protegerla. Y viniendo del interior de un retrato no habría necesidad de presentárselo como tal a Dave y arriesgarse a que lo encerrara por agresión. Y si como él le dijo, debía obedecer sus deseos, siempre estaría protegida. ¿O no?

Por otro lado, si no lo era... Bueno, tendría que decidir si ir al psicólogo o al psiquiatra, y ninguno de los dos le hacía ninguna gracia.

Las dudas la corroían por dentro. Sabía que solo tenía que ir al dormitorio, tomar el cuadro entre sus manos y desear que apareciera delante de ella para convencerse de que no eran más que imaginaciones suyas y así, por fin, podría descansar tranquila, aunque seguiría sin saber quién la ayudó. Y también estaba el tema de estar volviéndose loca.

Pero ¿y si aparecía? ¿Qué querría decir entonces aquello, que la magia existía? ¿Y los vampiros? ¿Y las hadas? ¿Cómo se suponía que iba a poder lidiar con algo así? Ella no creía en todas esas tonterías. Era una mujer cabal y moderna del siglo veintiuno.

Lo que sabía, sin lugar a dudas, es que si volvía a posar sus ojos sobre el retrato, los deseos de verlo de nuevo acabarían traicionándola. Aún podía sentir el ligero calorcillo que invadió su cuerpo cuando lo tuvo encima de ella en la cama sonriéndole de aquella forma tan desvergonzada. No se había sentido así antes con nadie, al menos no con alguien que acabara de conocer. Por favor, ¡si incluso había deseado que la besara! O al menos eso dijo él. ¿Lo habría hecho?

—¡Basta ya, Gene! —se dijo—. No fue real, no puede ser real, y ya está. Además, ¿qué ibas a hacer tú con un hombre así? —Guardó silencio con la mirada perdida en las sombras que se dibujaban en el techo de su dormitorio.

La suave brisa se colaba por la ventana sacudiendo las cortinas blancas, que se hinchaban como las velas de un barco antes de volver a desinflarse con un suave susurro. Al hacerlo dejaban entrever las estrellas que poblaban el firmamento con sus titilantes destellos y una luna llena y blanca, rodeada por una aureola azulada y difusa, tan grande que parecía estar allí mismo al alcance de su mano.

—Pero... —Se mordió los labios, consciente de que otra vez perdía la batalla—. ¿Y si no fue un sueño? ¿Cómo es posible que una imagen cobre vida y se convierta en un ser real, de carne y hueso?

Porque era real. Dios mío. Era muy real.

Aún le picaba la mano al recordar lo que había sentido al tocarlo, al deslizar los dedos por el vello de su pecho y rozarle la piel que había debajo. Era tan firme, tan musculoso y estaba tan bien hecho. Sin duda, Sara lo habría incluido dentro de los valores más altos de su escala. Pero ella era informática, se guiaba por la lógica, las fórmulas matemáticas, la razón. No había nada razonable ni lógico en todo aquello, y aún así... deseaba tanto saber cómo era posible... suponiendo que fuese real...

—Creí que no volverías a llamarme. —La voz masculina sonó junto a la puerta de su habitación, frente a los pies de la cama. Estaba allí mismo. Iluminado a penas por la luz de la luna, parcialmente envuelto en penumbra. Apoyado de lado contra el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, observándola con su peculiar sonrisa. Se alzó en la cama sobresaltada y lo miró de hito en hito.

—Yo no te he llamado.

Él resopló con hastío y sacudió la cabeza, contrariado.

—Preciosa, creí que había quedado claro. Solo puedo aparecer si tú

así lo deseas. Si estoy ahora aquí es porque deseabas que estuviera.

—No es cierto —insistió ofendida—, y para que lo sepas, lo único en lo que yo estoy interesada es en averiguar cómo alguien puede salir de un cuadro. Eso no es ni remotamente parecido a desear que aparezcas en mi habitación sin ser invitado —concluyó haciendo un mohín de disgusto.

—Es casi lo mismo —dijo encogiéndose de hombros y avanzando para tomar asiento a los pies de la cama. Gene encogió las rodillas contra el pecho para apartarse de él—. Solo yo puedo contestar a esa pregunta, preciosa.

—¿Quieres dejar de llamarme así? Tengo un nombre.

—Y ¿cuál es?

—Pues es... —Demonios. ¿Él no lo sabía? ¿Conocía los nombres por los que lo llamaba de niña y no sabía el de ella?

Tal vez, pensó, nunca lo hubiera pronunciado delante del cuadro. Al fin y al cabo, no tenía por costumbre llamarse a sí misma y su tía solía referirse a ella por apelativos cariñosos cuando estaban solas. Entonces sería lógico pensar que no lo supiera, pero, un momento ¿lógico? ¿Qué había de lógico en todo eso? ¡Si estaba hablando con un maldito cuadro! Ah no, ni siquiera eso, se había vuelto a quedar dormida y de nuevo soñaba. Definitivamente, se había vuelto loca de atar.

Entonces el hombre carraspeó para llamar su atención. Era obvio que esperaba algún tipo de respuesta por su parte. Así que, convencida de nuevo de que estaba en un sueño, resolvió ver a dónde la conducía esta vez.

—Mi nombre es Genevieve Geraldine Hanglin y...

—Geney —dijo él usando un diminutivo más cariñoso—. Me gusta. Yo...

—He dicho Genevieve, te agradecería que hicieras un esfuerzo por llamarme por mi nombre —le regañó ella con acritud, el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea.

El hombre sonrió. Al parecer no le molestaba gran cosa hacerla enfadar, al contrario, parecía divertirse.

—Está bien, lady Genevieve —dijo él poniéndose en pie frente a ella y haciendo una profunda reverencia—. Erik Blair, a vuestro servicio.

Gene lo ignoró, acababa de levantarse y se estaba cubriendo con una fina bata de algodón que había dejado junto a la cama sobre una silla. El diminuto pijama veraniego de pantalón corto y camiseta de tirantes la hacía sentir demasiado expuesta en ese momento.

El hombre volvió a enderezarse y contempló fijamente cómo se anudaba el lazo a la cintura, relamiéndose los labios con el deseo pintado en sus oscuros ojos. Al darse cuenta de esto, la joven se ruborizó, pero no iba a permitir que él se divirtiera a su costa.

Sentía curiosidad por saber qué más podía lograr con sus deseos, aparte de hacerlo aparecer a voluntad. Y puesto que estaba claro que no iba a despertarse de inmediato, quizá era hora de agarrar el toro por los cuernos y ver a dónde la conducía aquel extraño sueño.

—Bien. Pues ya que estás aquí hagamos algo útil. —Él alzó la comisura del labio y dio un paso hacia ella, llevándose las manos al botón superior de su camisa, como si la idea le encantara—. Dime —ordenó dándose cuenta de que no era eso lo que él esperaba que dijera—. ¿Cómo es posible que cobres vida?

Dejó caer las manos de nuevo a ambos lados de sus caderas, parecía algo decepcionado, pero, aún así, no borró la mueca de sus labios ni aquel gesto que parecía decir que quería comérsela con los ojos.

—¿Lo deseas? —la picó él.

—Lo deseo —respondió sin el más leve atisbo de temblor en su voz.

Erik tomó asiento de nuevo, se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre sus rodillas y dejó caer los brazos entre las piernas abiertas. Allí sentado, vestido con los pantalones de cuero negros y la camisola del color del vino tinto, el colchón de metro treinta y cinco parecía muchísimo más pequeño que cuando ella lo ocupaba. Tardó unos minutos en hablar de nuevo. Durante ese tiempo, Gene, de pie frente a él, seguía sin poder quitarle el ojo de encima. Se pasó la mano por el pelo desde la frente hacia la nuca, apartándolo hacia atrás, parecía costarle decidir por dónde debía empezar con su explicación. Finalmente, se aclaró la garganta y dejó la mirada perdida en algún punto en el espacio que lo separaba de la puerta del baño que estaba tras ella.

—Cuando yo vivía aquí, esta era la habitación de mis hermanos. —El inicio de la historia la dejó perpleja. ¿Acaso sugería que él había vivido allí, en Dark Garden? ¿Cuándo?—. Mi padre la adquirió allá por el año mil seiscientos ochenta y cinco. —¿Es que acaso le leía la mente? Erik estiró los labios en una fugaz sonrisa y continuó hablando—. Y acabamos por asentarnos aquí, aunque él pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando en la ciudad. Era un lugar tranquilo, alejado del bullicio de la metrópoli, donde podíamos encontrar algo de descanso a la ajetreada vida londinense. Ha

cambiado mucho desde entonces —susurró con un timbre nostálgico en la voz.

Gene lo sabía. La casa databa de mil seiscientos diez. El nombre, Dark Garden, se lo pusieron porque en aquel entonces estaba rodeada de un grueso manto de árboles de hojas oscuras que apenas dejaban pasar los rayos solares en su inmenso jardín. Con el paso de los años, el terreno perteneciente a la casa menguó y parte de aquel bosque fue talado, por lo que, en la actualidad, no podía medirse el jardín en hectáreas, sino en metros cuadrados, y solo era oscuro y fresco en la parte trasera de la vivienda, donde aún se alzaba la sombra de varios árboles propios.

—Así que —se aventuró a decir ella al ver que el hombre guardaba silencio más de lo esperado— no solo tienes ¿qué?, ¿varios siglos de edad?, sino que además viviste en esta casa. ¿Y eso cómo explica lo del retrato?

Erik alzó la vista hacia ella, que enmudeció de golpe. Por un instante, le pareció percibir algo oscuro en el fondo de sus ojos. Pero el gesto mutó tan rápidamente en una amplia sonrisa que ella se figuró que lo habría imaginado. Últimamente, imaginaba muchas cosas.

—Iremos al meollo de la cuestión, pues. ¿Alguna vez has conocido a alguien con habilidades especiales?

—¿Como ser capaz de aguantar la respiración diez minutos seguidos o sacarse los calzoncillos sin desvestirse primero?

¿Pero qué le pasaba?

«¿Calzoncillos, Gene? ¿En serio? Piensa en otra cosa que no tenga que ver con desnudarlo, por el amor de Dios».

Erik rio al tiempo que negaba con la cabeza. Ella se había puesto roja como un tomate, lo sentía y dio gracias por que la oscuridad de la habitación evitaría que él lo notara.

—No, Geney. Habilidades especiales de verdad.

—¿Estás hablando de magia? —Asintió—. ¿A lo David Copperfield o más bien Gandalf?

—¿Gandalf? —El nombre le resultó gracioso, pero negó con la cabeza—. A lo que me refiero es a magia auténtica. Nada que puedas ver sobre un escenario.

—No. Esa clase de personas no existen.

—Comprendo tu escepticismo. Yo también pensaba así antes de quedar atrapado en el retrato.

—¿Me estás diciendo que alguien te lanzó un conjuro y te encerró ahí

dentro?

—Algo así. Solo que no fue un conjuro, sino, más bien, una maldición.

—Debiste cabrearlo mucho.

—No te haces una idea de cuánto.

—Y ¿solo te deja salir si alguien te llama?

—Solo puedo salir si la dueña —recalcó la *a* de dueña— del retrato me invoca.

—¿Para cumplir sus deseos? —Asintió de nuevo.

A Gene aquello empezaba a parecerle un episodio de *Cuentos asombrosos* o *Más allá del límite*, lo cual la convencía aún más de que estaba teniendo otro de sus extravagantes sueños.

Cansada de permanecer de pie, tomó asiento junto a él, procurando mantenerse lo más apartada posible. Lo cual era difícil, pues el hombretón ocupaba gran parte de la longitud del colchón.

Se ciñó la bata al pecho y se cubrió las piernas con ella casi sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Por su parte, Erik no apartaba la mirada de ella, siguiendo cada uno de sus movimientos sin perder detalle.

—¿Qué hiciste para que te maldijera?

—Jugar con la jovencita equivocada —agitó la mano como si no tuviera importancia.

—¿Así que enfadaste a su padre? —se aventuró a adivinar.

—Exacto.

Gene alzó una ceja como si no creyera nada de lo que decía. ¿Qué suponía que era todo eso, un cuento de hadas? Barajó por un instante la posibilidad de insistir, pero su curiosidad la llevaba en otra dirección.

—Y ¿cómo funciona? —La joven estaba pensando en el genio de la lámpara de Aladino—. ¿Simplemente deseo algo y lo cumples?

—Eso es.

—¿Sea lo que sea?

—Sí. Siempre que esté dentro de mis posibilidades.

—Entonces imagino que resucitar a los muertos y llenar una bolsa con oro queda descartado —dijo ella con fingido tono de decepción. Él rio por la ocurrencia. Aquella mujer le resultaba tremendamente entretenida.

—Mis límites, se encuentran exactamente en el mismo lugar que los de cualquier mortal, si prefieres enfocarlo así. Con una excepción.

—¿Y cuál es?

—No puedo darte hijos.

En ese momento, Gene se atragantó y la sangre le subió rápidamente al rostro. ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso no funcionaba bien ahí abajo? ¿O simplemente era estéril?

«Por Dios, ¿y a ti qué más te da, Gene? Y no pienses ni por un solo segundo que él y tú...».

Sacudió la cabeza alejando los pensamientos que empezaban a asaltarla. Un momento. ¿Eso que había visto era una sonrisa? No. Imposible. Él no podía estar riéndose, no lo había dicho en voz alta. ¿O sí? Tosió una vez más para aclararse la voz y dijo.

—Bueno, eso es comprensible. No es posible quedarse embarazada de un sueño.

—¿Aún crees que estás soñando?

—Por supuesto. Es la única explicación racional a todo esto.

Despacio, acortó la distancia que los separaba hasta que sus rodillas estuvieron a punto de rozar los muslos de ella. Gene se cerró las solapas de la bata al ver la maniobra y desvió la mirada nerviosa. Erik se inclinó sobre ella quedando a pocos centímetros y se detuvo.

La proximidad de su cuerpo la asustaba, pero el hecho de que no se moviera ni dijera nada hacía que la boca se le secara y el corazón le latiera a mil. Armándose de valor, volvió el rostro hacia él, recordándose que no era real y que, pasara lo que pasara, tarde o temprano acabaría por despertar.

Cuando sus ojos se encontraron, estaba serio. La miraba de un modo que hizo que sintiera un pellizco en el pecho. Sus ojos oscuros se introdujeron en los verdes de ella. La taladraba con la mirada y se sumergía más y más en su interior, escarbando cada centímetro de su conciencia. Se sintió desnuda mientras la escrutaba. Incapaz de apartarse. Incapaz de apartarlo.

No le salían las palabras. Los miles de dudas que se agolpaban en su cabeza se esfumaron como por arte de magia y solo quedaron sus ojos. Tan negros, tan profundos. Le daba la sensación de que podía atravesarla y leer dentro de ella, y eso la asustó.

Lentamente, él volvió a moverse. Despacio, fue acercando el rostro al de la mujer, que entreabrió los labios inconscientemente, conteniendo la respiración. Su corazón latía muy deprisa. Sus deseos y anhelos la traicionaban, por eso él iba a besarla otra vez. Porque ella, involuntariamente,

lo deseaba. Odiaba perder el control de aquella manera. Quiso apartarlo de sí, enviarlo lejos y despertarse y al mismo tiempo...

El hombre se detuvo a escasos milímetros de sus labios. Ella podía sentir el cálido aliento rozando la comisura de su boca, un cosquilleo en el fondo de su estómago, las manos del hombre que se aferraban a las sábanas, la diestra cerca de sus piernas y la otra a su espalda, muy cerca de su cuerpo. Su imponente presencia tan cerca de ella.

Erik se apartó y antes de que ella pudiera reaccionar, sus manos la tendieron sobre la cama y empezaron a desnudar con habilidad el lazo de su bata, deslizando las solapas a ambos lados y descubriendo el pijama gris y rosa que llevaba debajo. Sus labios besaron la curva que descendía desde su garganta hacia el hombro, justo donde aún quedaban restos de las señales que le marcaron el cuello cuando Demphthon le arrancó la gargantilla. Lamieron la piel dañada y succionaron con suavidad, apartando a un lado la cadenita de planta antes de volver a besarla.

Sus dedos acariciaron la cintura y se deslizaron bajo la camiseta de algodón, rozando el inicio de unos senos pequeños y firmes que temblaron bajo su contacto. Siguió subiendo, arrastrando la camiseta con él hasta desnudar el pecho y poder fijar su vista en él. Despegó los labios con avidez y se inclinó sobre ella para metérselo en la boca. Sonrió al sentir la agitada respiración de la joven y oír cómo trataba de ocultar sus gemidos mordiéndose el labio inferior aferrada al cabecero de la cama.

Gene tenía los ojos cerrados, incapaz de presenciar lo que él le hacía. Se había dejado por completo a sus manos, aunque, por la expresión de su rostro, su mente aún se debatía tratando de recuperar el control.

Pudo sentir la mano grande y áspera de aquel hombre recorrer su pierna en dirección a la cintura. Jugó un rato con el elástico del pantaloncito gris mientras seguía devorando la carne prieta de su seno desnudo, ensalivándolo y succionando como si fuera un flan que quisiera tragar de una sentada.

¿Cómo era posible que un sueño fuera tan vívido? Ya había tenido sueños eróticos antes, muchas veces, pero nunca tan intensos y reales como ese. Normalmente, los vivía difuminados en su mente, como envueltos en sombras. Se descubría a sí misma anhelando que la mano bajase más o el cuerpo se moviera más rápido o la boca se situara más arriba, pero el sueño nunca la obedecía y al despertar, a pesar de sentir un cosquilleo en la pelvis, siempre se sentía insatisfecha y decepcionada, casi como en cada relación que

había tenido en la vida real.

Y ahí estaba ahora en el sueño más extraño que hubiera tenido nunca. Sintiendo la cadera de aquel hombre presionando sobre sus muslos, su boca lamiéndola en el punto preciso y la mano recorriéndola descaradamente, pero justo donde ella lo quería en cada momento. ¿Sería verdad? ¿Había tomado al fin el control sobre sus propias ensoñaciones? Y si esto era así, ¿por qué una parte de ella se empeñaba en alertarla y le aconsejaba parar todo eso? Quería relajarse, dejarse llevar hasta el final y sentir por fin la explosión de placer que ansiaba experimentar.

Pero esa no era ella. No la Gene lógica y responsable que conocía. Ella jamás hubiese permitido que un desconocido se sobrepasara de aquella manera. Que fuera arrebatadoramente hermoso y se moviera con tanta pericia sobre su cuerpo no era excusa. Aunque la Gene curiosa, la Gene que estaba tremendamente excitada en ese instante, no veía cuál era el problema. Al fin y al cabo, los sueños no conllevaban consecuencias. ¿Por qué no dejarse llevar entonces?

La nariz masculina le hizo cosquillas en el cuello, la diestra le acarició el pezón resbaladizo y con la mano libre seguía jugueteando empezando a meterse bajo sus pantalones. La mordió en el cuello y continuó introduciéndose bajo la tela mientras ella se encorbaba y dejaba de morderse el labio para tomar aire y gemir suavemente bajo sus caricias.

Cuando la mano de Erik alcanzó la goma de sus braguitas dispuesta a colarse bajo ella, y la yema de sus dedos rozó el monte de Venus, la Gene responsable se reveló tomando el control de la situación.

—¡Basta! ¡Para de una vez! —gimió desesperada, agarrándolo por la muñeca y obligándolo a detenerse—. ¡Apártate de mí! ¡No vuelvas a tocarme nunca! ¿Lo has entendido? —Ni ella misma sabía dónde nacía aquella explosión de ira que había surgido de repente.

Estaba furiosa consigo misma por haberse dejado arrastrar de aquel modo. Se lo sacó de encima de un empujón. El hombre, centrado aún en el pecho desnudo que se agitó de un lado a otro cuando ella se enderezó en la cama, tardó un instante en atender sus palabras.

Gene tiró del borde de la camiseta rosa para cubrirse al percatarse de hacia dónde dirigía él la vista, y se apartó el pelo de los ojos sin atreverse a mirarle a la cara. Solo quería que se esfumara de allí, que volviera al lugar al que pertenecía y despertarse en su cama, sola y a salvo de su penetrante mirada.

El hombre estaba haciendo un gran esfuerzo por contenerse. Se notaba en lo rígido de su posición, aún sentado sobre el colchón, pero lejos ya de ella. Tenía la mandíbula apretada con fuerza y el ceño fruncido, tratando de recuperar el aliento. Al fin se puso en pie y se volvió a mirarla.

El bulto que tenía entre los pantalones le indicó a Gene que estaba excitado y a punto estuvo de preguntarse cómo sería verlo sin la presión de la tela sobre su miembro, pero él alzó la voz, que resonó como un latigazo en sus oídos.

—Es tu deseo, y como dueña del retrato debo obedecerte, así que me marcharé, pero te lo advierto —Y su voz sonó dura antes de amenazarla—, antes de lo que crees volverás a llamarme y quizá cuando lo hagas ni siquiera tus órdenes sean capaces de pararme, mujer. Hay instintos más poderosos que tus deseos. Piensa en ello antes de volver a invocarme.

Dicho esto, se diluyó en la nada, como si nunca hubiera estado allí.

Gene se quedó boquiabierto. Le hervía la cabeza, como si un centenar de hormigas se hubieran colado por su oído y caminaran sin ton ni son por su cerebro, marchando sin tregua.

Volvió a repetirse por enésima vez que estaba dormida. Se desprendió de la bata y se metió bajo las sábanas. Temblaba tratando de contener el llanto, asustada por sus sensaciones y por la posibilidad de que hubiese sido real. Pero no podía serlo, ¿verdad? Es decir, la magia, las maldiciones, lo sobrenatural. Nada de eso existía realmente, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo?

Trató de recordarse a sí misma que, aunque fuese real, le dijo que tenía que cumplir sus deseos. De otro modo, tal vez, no habría logrado librarse de él. Ella sabía que no era tan fácil detener a un hombre cuando estaba tan excitado como aparentemente lo estaba este.

—Duérmete, Gene —lo dijo en voz alta para escuchar su propia voz y tener algo a lo que agarrarse.

Cerró los ojos y empezó a pronunciar mentalmente el título de todos y cada uno de los libros que conformaban su biblioteca particular. Adquirió esa costumbre cuando era una niña y tenía miedo para alejar los pensamientos oscuros que la aterrorizaban. Al principio, la lista era muy pequeña, pero, conforme crecía, la lista iba aumentando considerablemente, casi tanto como el tiempo que le costaba serenarse empleando aquel truco. Y aunque era un excelente ejercicio memorístico, ella necesitaba que surtiera efecto lo antes posible. Tenía que apartarlo de sus pensamientos si pretendía volver a

dormirse y despertar de su pesadilla.

Casi una hora después de empezar a recitar, logró al fin perder la consciencia.

IV

Londres, 1.684

El niño permanecía sentado con los pies colgando laxamente del banco de madera oscura de la sala. Tenía los pequeños puños cerrados con firmeza sobre el regazo, la vista fija en la punta de sus zapatos y el ceño fruncido como si estuviera levantando un terrible peso sobre su menuda espalda.

“No debes llorar. Los hombres de verdad no derraman lágrimas”.

Su padre se lo había repetido hasta la saciedad. No debía llorar. Así que dejó que la niñera lo llevara hasta la sala del velatorio una vez le puso su traje negro de los domingos y lo dejara sentado en el primer banco, junto al ataúd. No levantó la vista del suelo en ningún momento y se concentró en no pensar que lo que estaba delante de él era el cuerpo sin vida de su madre.

Su corazón necesitó tres largos días para dejar de latir. Durante ese tiempo, el pequeño permaneció junto a ella, acostado a su lado y abrazado a su cuerpo que, cada vez, estaba más frío y más quieto. Quería quedarse despierto y guardarla, pero el sueño lo vencía a ratos y se veía obligado a cerrar los ojos y descansar.

Aquella madrugada, al abrirlos, su madre lo miraba fijamente sin parpadear, con el rostro casi translúcido y la mirada turbia. Supo que estaba muerta en ese preciso momento. Alargó su pequeña mano y la deslizó insegura sobre sus párpados para cerrarlos. Le dio un beso en la frente y miró a su alrededor. Nadie. Permaneció casi dos horas abrazado al cadáver de su madre con los ojos anegados en lágrimas y un llanto silencioso y continuado que duró hasta que su padre entró en la estancia y contempló la escena.

Lo tomó por debajo de los brazos y lo levantó de la cama. El pequeño se inclinó para dejar que lo abrazara, pero, en lugar de eso, el hombre lo depositó en el suelo y le ordenó que dejase de llorar. No necesitó alzar la

voz, al niño siempre le había dado miedo la imponente figura de su progenitor. Hasta ese momento no le importaba, porque su madre siempre estaba ahí para abrazarlo y calmarlo cuando estaba asustado, pero ahora ya no tenía a nadie.

Se dispuso que el velatorio durara el resto de la noche y parte de la mañana. El entierro tendría lugar al atardecer. El servicio de la casa familiar se situó ordenadamente en función de su categoría al fondo de la sala, siempre en pie para honrar a su señora. El padre decidió permanecer arrodillado junto al féretro mientras que, al niño, que no tenía más de cinco años, se le ordenó permanecer sentado en primera fila, silencioso, durante todo el velatorio.

Con el paso de las horas sentía cómo se le dormía el trasero y los puños le dolían de tenerlos tan apretados. Ya no tenía ganas de llorar, la pena y el miedo al verse tan solo fueron sustituidas por una extraña sensación de irrealidad y un leve adormecimiento.

La niñera se aproximó al cuerpo inclinado de su padre y le susurró algo al oído con todo el respeto de que fue capaz. El padre negó y ella pareció insistir.

—Era su madre. —Se le oyó decir cuando alzó furioso la voz—. Permanecerá velándola hasta que sea enterrada. Es un hombre y aguantará. Lo hará por la mujer que le dio la vida.

La mujer se enderezó con el rostro lívido de ira. Giró y se inclinó sobre el niño, que permaneció quieto, como si fuera una estatua, sin variar la posición.

—Aguanta un poco más, mi niño, luego podrás ir a dormir —le susurró al oído mientras le acariciaba el cabello antes de volver a su puesto con el resto del servicio.

El niño sabía que no podría irse y si se dormía, su padre montaría en cólera, y eso era lo que más temía de todo. Pero estaba tan cansado. Se llevó la mano derecha a la muñeca izquierda y usó las uñas para presionar sobre uno de los tendones que le recorría el brazo. Apretó tanto como fue capaz, hasta hacerse daño y que le empezaran a escocer los ojos.

Permanecería despierto.

No iba a dormirse.

La mujer dejó caer los rubios cabellos sobre la espalda. Tenía la piel muy blanca y los labios destacaban enrojecidos sobre un rostro níveo y delicado. El niño pensó que era muy bonita, vestida con aquel largo vestido blanco lleno de encaje y diminutas perlas repartidas por el corpiño y la falda. Igualita a un ángel. Sonreía mucho y tenía una voz dulce y cariñosa.

—¿Te agrada? —La voz de su padre resonó por toda la estancia, tan seria e intimidante como siempre. Él no sonreía.

—Me va a encantar ocuparme de ella. Está muy bien conservada y es muy bonita.

El ángel se refería a la casa, la enorme mansión en la que vivían su padre y él junto al numeroso servicio. Ella estaba girando sobre sí misma como si fuera una bailarina de ensueño y lo miraba todo ilusionada y feliz.

Él estaba deseando que le prestara algo de atención, pero sabía que tenía que esperar. No debía interrumpir a los mayores. Él no era importante. Se agitó levemente sobre sus pies, tratando de mantener la postura erguida, los bracitos atrás de su espalda y el rostro inclinado hacia abajo respetuosamente, pero estaba tan emocionado que le costaba mantener el equilibrio. Si se caía, su padre lo azotaría y todavía tenía marcas escociéndole que le molestaban al sentarse.

Por fin, el precioso ángel que tenía frente a sí pareció reparar en él. Contuvo el aliento e irguió aún más todo lo que daba de sí su pequeña estatura. Quería causarle buena impresión.

—¿Este es el niño? —El corazón del pequeño dio un vuelco en su pecho y se encogió como un ratoncillo asustado. Aquellas palabras no sonaban dulces y cariñosas, no como hasta ahora.

Soltó el aire despacio y se concentró en lo que ocurría a su alrededor. Tal vez hubiera escuchado mal, tal vez sus oídos le jugaban malas pasadas.

—Sí. No hace falta que te ocupes de él. Para eso tiene un tutor.

—Excelente. ¿Me enseñas la parte de arriba?

La rubia tomó del brazo a su padre y ambos desaparecieron por la puerta de la sala principal en dirección a las escaleras.

El chiquillo se quedó allí de pie, quieto, respirando con dificultad, como si hubiera recibido un puñetazo en pleno plexo solar. Incapaz de moverse se limitó a parpadear para aclarar la visión, que se nubló al quedarse sin aire en los pulmones.

¿Qué es lo que había hecho mal?

Se miró desde la punta de los pies hasta donde alcanzaba la vista. Los zapatos limpios y bien abrochados. El pantalón perfectamente planchado sin una arruga y abrochado correctamente a su cintura. La camisa, impecable, sin mancha alguna. Corrió hacia el fondo de la sala, donde un espejo de cuerpo entero iluminaba una esquina del salón, y se miró en él.

Se había lavado a conciencia antes de bajar a recibir a la nueva mujer de su padre. Quizá aún tenía el cabello húmedo o algunos mechones se habrían movido al bajar las escaleras. No, no era eso, estaba perfectamente peinado. Pero ¿entonces? Tampoco olía mal. Olía a limón, como le gustaba a su madre. Se había restregado el jugo justo después de salir del baño y todavía permanecía adherido a su piel.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y se mordió el labio inferior con rabia tratando de detenerlas.

Los hombres de verdad no lloran.

Los hombres de verdad no lloran.

Los hombres de verdad no lloran.

Logró contenerlas y, a continuación, regresó arrastrando los pies hasta su habitación. Esa noche cenaría allí. Su padre quería estar a solas con su nueva esposa y no lo querían tener cerca.

—Nata —dijo el pequeño a la doncella que se ocupaba de desvestirlo y prepararle la cama para acostarse unas horas más tarde—. ¿Me pasa algo malo?

La doncella lo miró de arriba abajo con gesto inexpresivo. Le recolocó la camisola de dormir y lo alzó para acostarlo.

—Nata. Me pasa algo, ¿verdad? Por eso no le gusto ni a lady Rowena ni a mi padre.

—El señorito hace muchas preguntas y es hora de dormir —se limitó a contestar la doncella con tono brusco.

Su niñera no se habría negado a contestarle, pero claro, ella ya no estaba con él, solo el viejo y rígido tutor que su padre había contratado para sustituir a la niñera. Quería que fuera un hombre de provecho el día de mañana.

Le echó una manta por encima tras ahuecarle la almohada y se volvió para apagar la luz que había sobre la mesita de noche. Luego tomó el candelabro que había depositado junto a la puerta y la abrió para marcharse.

—Deja una vela, Nata, por favor —suplicó el niño.

—Su padre no lo consiente. Dejar una vela encendida toda la noche es un desperdicio innecesario.

La puerta se cerró tras ella, dejando la habitación envuelta en penumbras. El niño se cobijó bajo la manta y enterró la cabeza en la almohada, encogiéndose sobre sí mismo.

No le gustaba la oscuridad.

Cuando todo estaba oscuro, escuchaba una respiración extraña que lo acompañaba toda la noche y surgían sombras aterradoras por todo el cuarto. Sombras que antes de apagar la luz él juraba que no estaban allí.

Como cada noche, el niño cerró los ojos apretujándose contra el colchón como si quisiera desaparecer y pronunció, en voz muy baja, el nombre de su madre, una y otra vez, como un mantra que pudiera protegerlo. Esa noche, sin embargo, la visión de la que creía un ángel dulce y protector invadió sus pensamientos.

Era tan bonita, sonreía tanto. Había contemplado cada rincón de la casa con devoción en la mirada. Fue cortés y amable con los empleados del servicio, pero no con él. A él lo despreciaba. Tal vez no fuera un ángel, tal vez solo fingía serlo. Porque los ángeles eran buenos con todo el mundo, los cuidaban a todos, ¿no era cierto? Excepto a la gente mala. Quizá a ellos no los protegían. ¿Y si él era malo? ¿Y si ella lo había notado y por eso se comportó de esa manera? ¿Y si su madre se había marchado porque no era un niño bueno?

Un trueno hendió el aire y poco después un resplandor blanco azulado iluminó la habitación, destacando las sombras terroríficas que se cernían sobre él. Su madre lo dejaba dormir a su lado cuando había tormenta. Pero su madre ya no estaba, y él debía comportarse como un hombre.

El cielo volvió a tronar y el niño se refugió más adentro, cubriéndose la cabeza con las mantas y encogiéndose tanto como su cuerpo se lo permitía. Volvió a repetir el nombre de su madre tan rápido como podía, sin alzar la voz para no enfadar a su padre si lo oía. Hasta que, finalmente, cayó rendido y se durmió.

Aquella mañana no pudo salir a pasear como de costumbre. Tenía una reunión a primera hora, por lo que se levantó temprano y tras una rápida ducha, preparó café en abundancia y fue a sentarse frente a su ordenador en la biblioteca, con una taza humeante entre las manos.

Su móvil soltó un sencillo *pop* cuando un mensaje de WhatsApp abarcó parte de la pantalla. Celaya necesitaba el número de teléfono para llamarla y conectarla a la conferencia. Lo tecleó rápidamente y encendió el portátil. Tardaría apenas unos minutos en tenerlo operativo y listo para contestar cualquier pregunta que le hicieran.

El teléfono que estaba sobre el escritorio emitió una repetitiva tonada hasta que ella descolgó, pulsando el botón del manos libres, y lo dejó sobre la mesa cerca de ella. Contestó y Celaya le indicó que aún no estaban listos para empezar, faltaban varios miembros aún por conectarse.

Mientras esperaba a que la reunión diera comienzo, dejó vagar la mirada por la sala, sorbiendo el café como si llevara años sin probarlo.

La biblioteca poseía altos ventanales que daban a la puerta delantera de la mansión. Una suave claridad entraba por ellos iluminando la estancia sin necesidad de encender la lámpara del techo. Una gruesa lágrima de cristal que iluminaba como si se hubiera encendido el sol en la habitación. Las paredes estaban cubiertas de estanterías antiguas a las que se les había añadido bisagras y puertas de cristal transparente para guardar los libros del polvo y la suciedad. El ebanista que diseñó los marcos de las puertas fue muy diestro, conservando el estilo original de las estanterías en ellos para que no desentonaran.

Había cientos de libros allí, y no solo en las paredes. También había varios baúles de madera con las tapas cerradas y acolchadas que servían tanto de asientos como para guardar más ejemplares. Y en el centro mismo de la estancia se encontraba un escritorio estilo Luis XV con el tablero en color verde oscuro y una elaborada decoración en dorado que recorría los laterales

del mueble y daba forma a las aldabas de los cajones. El sillón de oficina de piel negra no combinaba demasiado bien con la decoración general de la habitación, pero era tremendamente cómodo, y su tío, el marido de Margerite, se empeñó en ponerlo allí cuando compraron la casa. Y allí seguía después de tantos años.

Gene se preguntó si, entre tantos libros, alguno hablaría de la casona y sus anteriores habitantes. Recordaba haber visto algo similar hacía muchos años cuando le preguntó a su tía por una portezuela menuda que encontró en el ático tras un viejo armario.

La casona, en realidad, había sido una mansión en sus inicios. Un incendio que databa de mil ochocientos cincuenta, aproximadamente, había quemado un ala entera de la edificación y parte del bosque que bordeaba el terreno a su alrededor. Tuvieron que tirarla abajo por completo para poder conservar la zona que había quedado intacta.

Por algún motivo que Gene desconocía, esa ala de la mansión nunca se había vuelto a levantar. Aun así, la casa seguía pareciéndole impresionante cuando la contemplaba desde el exterior. Rodeada de verde y beige por todos lados.

Sentía curiosidad por saber si sus sueños de los últimos días se habrían fraguado en base a recuerdos ocultos en su subconsciente. De niña pasaba muchas horas allí con su tía, y había ojeado muchos de esos libros. Tal vez algún recuerdo enquistado en su memoria surgía ahora debido al miedo y al estrés de esa fatídica noche.

Estaba a punto de levantarse del sillón y revisar los viejos volúmenes de las estanterías cuando una voz al otro lado del teléfono la sobresaltó.

—Gene, ¿sigues ahí?

—Aquí estoy, Celaya. Cuando queráis. —Tras varias voces saludando y presentándose a los demás, Celaya volvió a hablar.

—Bien. ¿Has podido revisar los ficheros que te envié ayer?

—Sí, y creo que tengo una ligera idea de dónde puede estar el problema.

—¿Es el formateo? —Celaya deseaba que Gene dijera que sí.

El cliente estaba muy descontento. Tenían un plazo que cumplir para la puesta en funcionamiento del nuevo proceso que debía tratar los datos de su empresa, y aquel problema los estaba retrasando mucho. El tratamiento de los ficheros corría por cuenta del cliente, por lo que si la suposición de Celaya era correcta, la empresa de Gene quedaba libre de culpa, y en aquella

parte del proyecto eso era lo único que importaba.

Gene sonrió para sus adentros. Estaba preparada para una eventualidad similar.

El jefe de IT del cliente la había tratado como a un pedazo de carne que quisiera morder desde el primer momento que la vio entrar por la puerta. Gamboa se negaba a escucharla y aceptar sugerencias por su parte. Llevaban dos días atascados porque insistió en que Gene y su equipo no hacían bien su trabajo. ¿Qué podía esperarse de una muchachita con ínfulas?

Por suerte, José Celaya, el jefe de Gene, no era ningún tonto. Consiguió echar mano de los ficheros que generaba el equipo de Gamboa y enviárselos a Gene, que no tardó ni medio minuto en confirmar sus sospechas.

Si Gamboa se hubiera molestado en revisarlos él mismo, el problema se habría podido solucionar en menos de una hora. Pero aquel zopenco engreído no quiso dar su brazo a torcer. Esta vez Gene no iba a ponérselo fácil. La próxima vez que se vieran las caras, de vuelta en Madrid, el hombre iba a tener que besarle los zapatos si quería su ayuda.

—Después de revisar los archivos y tras hacer una completa batería de pruebas y revisar los textos de error que habéis obtenido estos días, he de decir que —Redoble de tambores, por favor— sí. El problema está en el formateo de los ficheros.

No podía verlo, pero se imaginaba a Celaya agitando el puño cerrado por debajo de la mesa en señal de victoria y sonriendo de oreja a oreja, eso sí, siempre por dentro. Ante todo, él era un profesional y debía mostrarse serio y sereno frente a su cliente en todo momento.

—Genevieve —Era la voz de Salvador, el director de sistemas del cliente, jefe de Gamboa y, por supuesto, de Celaya—, ¿crees que podrías mandar un informe detallado a Gamboa con el formateo correcto? Sé que no es labor vuestra, pero ya nos hemos retrasado mucho y necesitamos que esto eche a andar lo antes posible.

Gene bailó delante de la mesa sin hacer el menor ruido e hizo un gesto que quería decir, *chúpate esa, Gamboa*, antes de contestar con su voz más formal y correcta.

—Por supuesto. Se lo mando por email en media hora.

—Muchísimas gracias, Genevieve. Te agradezco mucho el esfuerzo, en serio.

Por Dios, ese tono de voz. Celaya le había contado lo de su tía, estaba

segura. Tragó saliva para que el nudo que se le había hecho en la garganta bajara y poder contestar con un sincero gracias.

Un rato después, finalizada la reunión, Celaya marcó su número de móvil para hablar con ella en privado.

—¿Te he dicho ya que estoy profunda e irremediablemente enamorado de ti?

—¿Y yo te he dicho que soy una inocente niña católica con vocación de monja?

—Joder, Gene, eres genial. Tienes a Salvador comiendo de tu mano.

—El mérito no es mío, en realidad es enteramente de Gamboa. Deberías pensar en meterlo en nómina. —Ambos rieron a carcajadas.

—Por favor, dime que no estoy soñando.

—Te pellizcaría si estuviera allí. Ya lo sabes. Este tío estaba tan pendiente de menospreciar mi trabajo que no se ha preocupado para nada del suyo, aunque seguramente le cargará la culpa a alguno de los chicos de su equipo. Una pena, estoy convencida de que tiene gente muy válida, pero no los trata nada bien.

—Bueno, de cualquier modo, eso no es asunto nuestro. Y nos ha beneficiado mucho. ¿Vas a tener el documento listo ahora?

—José, ¿en serio? —Se mordió los labios como si escondiera una travesura y añadió—. Lo tengo listo desde ayer. Solo tengo que enviarlo.

—Gene, cariño, tómate el resto del día libre. —Celaya soltó una sonora carcajada que ella acompañó a su vez—. Escucha ¿Va todo bien por ahí? ¿Necesitas algo?

Gene recobró el aliento rápidamente y cerró los ojos un instante antes de contestar.

Celaya le gustaba mucho. Tenía unos diez años más que ella, aunque aún conservaba una lustrosa cabellera castaña y una forma física envidiable para su edad. No era como los demás jefes con los que trabajó en su empresa. A él nunca lo había visto vestir traje, aunque no le hacía falta. Tenía una elegancia natural y un ropero muy bien provisto para cada situación. Amoldaba su carácter a cada circunstancia con una facilidad que a Gene le resultaba envidiable. Cuando asistía a las reuniones con él, parecía capaz de hipnotizar al público. Conseguía los proyectos más jugosos y reconducía al cliente por el camino que más les interesaba a ambos. Era más peligroso que un encantador de serpientes.

Hacía tres años que trabaja con él y siempre se comportaba

correctamente con ella. Era todo un caballero, además de un profesional de los pies a la cabeza. Formaban un perfecto equipo de trabajo y habían logrado fraguar una amistad sana y duradera en el poco tiempo que hacía que se conocían.

—Va todo bien. Ayer mismo terminé la tercera fase del proyecto y en cuanto Gamboa solucione su *problemilla* —dijo con cierto tono sarcástico en la voz—, podremos comenzar con la última.

—¡Al cuerno con el proyecto! No te he preguntado eso, Genevieve. —La joven suspiró. ¿Acaso últimamente todo el mundo podía leerle la mente? No le gustaba ser tan transparente.

—Admito que los primeros días han sido algo complicados. Muchos recuerdos, y que esto sea un pueblo pequeño donde todos nos conocemos no ayuda —se sinceró al fin—. Pero la casa ha quedado muy bien. Tal vez podáis venir Sara y tú en primavera a pasar unos días. Me gustaría verla con algo más de vida.

—Claro, cariño. Ya sabes que puedes contar conmigo. Espero que vaya por allí ese amigo tuyo. El poli.

—¿También te has enamorado de él?

—¿Por quién crees que estoy dando esos interminables cursillos de inglés?

Gene rio. Hacía un año que Davis había ido a Madrid a visitarla. Cenaron en su casa con Sara y José y los dos hombres, que apenas se entendían en sus respectivos idiomas, se habían enfrascado en una curiosa conversación hasta altas horas de la madrugada. Los tuvieron que separar casi a la fuerza porque estaban divirtiéndose mucho.

—Se lo diré de tu parte.

—Dile que le enviaré *some flowers for him*. Qué demonios, tómate dos días libres. Esto se merece una celebración en toda regla. —Tras soltar una sonora carcajada añadió—. Cuídate, Gene. Y por favor —prosiguió con una voz más seria—, llama si necesitas algo. ¿De acuerdo?

—Eso está hecho, jefe. Hablamos pronto.

Tenía que admitir que adoraba a aquel hombre. Desde que José Celaya la había solicitado como su nuevo recurso para un proyecto que los traía de cabeza, se habían vuelto inseparables, y su vida laboral mejoró considerablemente. Al menos él sabía valorarla y usar sus conocimientos para algo más que traer fotocopias.

Depositó el móvil sobre el escritorio y agarró de nuevo su taza de

café. Estaba frío. Lo miró con desagrado y regresó a la cocina en busca de más.

Tenía el día libre.

Y nada con qué llenar el tiempo.

Estaba pensando en acercarse al pueblo a por un cubo de helado con el que darse un atracón de *Juego de Tronos* cuando algo regresó a su memoria con claridad.

Se puso en pie y empezó a revisar los libros de las estanterías que quedaban frente al escritorio. Eran los más antiguos y los que su tía cuidaba con mayor mimo, ya que muchos de ellos trataban sobre la construcción del pueblo y la propia casa, información que sus tíos eran muy aficionados a recopilar.

Su tío abuelo Etham compró la casa hacía unos setenta años. Siempre le había gustado aquel estilo de finales del diecisiete y no pareció importarle que estuviera incompleta y algo estropeada cuando la adquirió. Aunque tardó años en hacerlo, pudo permitirse reformarla.

Había heredado una cuantiosa suma de sus abuelos y su trabajo como arquitecto lo dotaba de cierta solvencia económica, muy conveniente para su gran afición. Muchos de los libros, cuadros y alfombras que decoraban ahora la vivienda estaban ya allí cuando se mudaron. Salvó todo lo que pudo y lo conservó. Su tía, además, era muy aficionada a la lectura, por lo que cuidar de esos libros era más un placer que un trabajo.

Reconoció uno por el color del lomo y las doradas letras grabadas en él. Tiró para sacarlo y lo llevó al escritorio. Lo abrió con cuidado, algunas hojas estaban sueltas y no quería doblarlas al pasarlas.

Tomó asiento y lo ojeó lentamente, como si temiera que fuera a romperse. Estaba escrito con una caligrafía cursiva que imitaba al manuscrito original. Era una recopilación de alrededor de mil novecientos y estaba lleno de ilustraciones a plumilla con esquemas arquitectónicos del siglo diecisiete y escenas, casi fotografías en blanco y negro, de cómo se llevó a cabo la edificación. La mayor parte de los datos hacían referencia a cuestiones técnicas de la construcción de la época, demasiado aburridas para conseguir que ella se interesara. Hacia la mitad del libro ya empezaba a pensar que aquello era una idea absurda. No iba a encontrar nada relacionado con sus sueños. Debería terminar de arreglarse y salir a...

Un momento.

Una de las ilustraciones la obligó a volver atrás. Se fijó en una

impresionante belleza rubia que sonreía cogida del brazo de un hombre bastante mayor que ella que sostenía su peso sobre un bastón finamente lacado y muy sobrio. La mujer, que rondaría la cuarentena, podría haber sido un ángel de Victoria Secret o la última portada de *Vogue* de haberlo querido. Junto a ella, dos muchachos de unos veinte años, de rasgos muy parecidos a la mujer, se cogían por los hombros posando para el artista. Parecían una familia feliz. A excepción del hombre, tal vez, que resultaba excesivamente rígido para la escena.

A punto estuvo de pasar por alto una quinta figura, se encontraba a la izquierda del hombre, y algo más atrás, en un plano apartado, pero no lo bastante como para no considerarlo miembro de la familia allí retratada.

En ese momento, Gene se llevó una mano a la boca y el libro casi cayó al suelo al perder parte de su apoyo. Algunas hojas se deslizaron hacia fuera y acabaron sobre la alfombra oval que sustentaba el escritorio.

La mujer volvió a tomar el libro y dejó la mirada perdida en la ilustración. Los muchachos, gemelos por el parecido que había entre ellos, tenían el cabello largo y rubio como su madre y unas facciones delicadas, casi femeninas, que los hacían muy hermosos a la vista. El muchacho, unos cinco o seis años mayor que ellos, que ostentaba una posición más apartada, por el contrario, tenía el cabello oscuro y recogido en una cola a la altura de la nuca. Se parecía mucho a su padre. Y sus facciones...

Por Dios. No es posible.

Era él. Era Erik.

Lo hubiera reconocido en cualquier parte. Aunque tendría unos diez años menos, no había lugar a duda. Al contrario que el resto de su familia, su mirada se dirigía a un punto inespecífico a su izquierda y no sonreía. No era la rígida seriedad que mostraba su padre, que parecía un teniente o un capitán de ejército, tan firme y circunspecto. Era otra cosa, aunque no era capaz de identificar el qué.

Durante varios minutos no se vio capaz de apartar la vista de la imagen. Se repitió tantas veces que todo fue un sueño que tenerlo allí delante en un libro le parecía casi irreal. Nunca había pensado que el hombre del retrato pudiera haber existido en realidad y aún menos allí, en Dark Garden. Por algún motivo, seguramente debido a su total ignorancia, siempre pensó que no era más que un adorno, y la representación allí dibujada, un ser surgido de la mente de algún artista.

En una ocasión se detuvo a revisar el marco que bordeaba la imagen.

El cristal se añadió mucho después para proteger la pintura que contenía, y la trasera que sustentaba el lienzo se reemplazó hacía años. Como en la pintura en cuestión no había firma alguna apreciable, no hubiera sido sencillo adivinar la identidad del artista o el nombre de la obra. Por lo que el cuadro en sí era un absoluto misterio. Un misterio que alentó la imaginación de una niña triste y asustada.

—Está bien, Gene. —Se lamió los labios y respiró hondo—. Esto solo quiere decir que tenías su imagen grabada en tu inconsciente. Evidentemente, tu mente había conectado el cuadro con este libro hace años, pero no lo has sabido hasta ahora. Eso es estrés postraumático. Nada más.

Pero ni ella misma acababa de creerse lo que decía.

Al acomodarse en la silla escuchó el roce que las ruedas hacían con las hojas que habían ido a parar al suelo y se dispuso a recogerlas antes de pasarles por encima y dañarlas. Las dejó sobre el escritorio y, con ayuda de la página marcada en la esquina inferior de cada una, se entretuvo en colocarlas dentro del libro. Las cuatro primeras encajaron con facilidad, pero la siguiente...

No pertenecía al libro.

El tacto era diferente. Era un dibujo hecho a pastel. A Gene le daba escalofríos, aunque no estaba segura del motivo.

Su amiga Sara tenía unos gustos un poco siniestros en relación al arte. Sus artistas favoritos eran Olivier de Sagazan y H.R. Giger, entre otros. Estaba harta de disfrutar de su insólita colección de ilustraciones cuando iba a visitarla y ninguno de ellos le causaba tanta desazón como la pintura que tenía delante en esos momentos. Aunque la razón le decía que sentirse así no era lógico.

La lámina estaba cubierta de carboncillo al fondo. Sobre él se había dibujado una inmensa hoguera que ardía reduciendo una especie de edificación hasta los cimientos. Al frente, una figura femenina se reflejaba en un espejo en el cual había introducido la mano que desaparecía misteriosamente al otro lado. No tenía rostro, aunque Gene estaba segura de que sonreía. Toda ella estaba dibujada en un cálido color crema y rematada en marrón oscuro para formar las siluetas de sus miembros y la curvatura de sus senos y su ombligo. Y sus cabellos eran llamas que se confundían con el fuego de la hoguera que había tras ella.

La melodía del móvil la asustó, devolviéndola de golpe a la realidad. Dejó caer la laminilla en el interior del libro, revisó el número en el

identificador de llamadas de la pantalla, suspiró con cansancio y descolgó.

—Hola, Carlson.

—Hola, Gene. ¿Tienes un rato? Me gustaría hablar contigo de algo.

—Están a punto de llamarme para una reunión —mintió—, pero si es sobre lo del museo...

—No, no, eso queda descartado. Lo siento, Gene. Sabes que a veces no puedo evitar ser tan insistente. Mi vena comercial. No quería enfadarte, de verdad. —Su tono de voz era tan lastimero que a la mujer le costó mucho esfuerzo seguir molesta con él.

—Está bien, Carl. No estoy enfadada, pero tengo que colgar. En serio, estoy trabajando.

—De acuerdo. ¿Podríamos vernos esta tarde o mañana?

—Eso depende de cómo vaya todo hoy. Ya te dije que no estoy aquí de vacaciones.

—Vale, vale. Llámame mañana a primera hora si quieres y quedamos. ¿Te parece bien?

—Está bien. Ahora he de colgar, mañana hablamos.

Gene arrojó el móvil sobre la mesa y resopló con fuerza. ¿Qué demonios quería ahora?

Sus ojos volvieron a la ilustración de la familia de Erik. A pie de página había una anotación: Stephen y Rowena Blair con sus hijos Aaron, Bernard y Erik. Mil setecientos.

Hasta los nombres y el apellido concordaban con el sueño.

Se centró de nuevo en el rostro de Erik. Parecía... tan fuera de lugar. Era como si no encajara en aquella ilustración, pero sin duda era él. Aunque eso no resolvía el misterio real o imaginario. Cada vez que se hacía esa pregunta una vocecita en su interior, traviesa, recalcitrante y nada amistosa le sugería que ella ya tenía la respuesta a esa pregunta. Pero no. No era posible, y punto.

Gene tenía una personalidad fuerte e independiente, mayoritariamente gracias al modo en que su tía la educó. Jamás se dejaría avasallar por alguien tan creído y pagado de sí mismo como el tal Erik. Y en cuanto a lo del beso.

Definitivamente, no. Ella nunca deseó que él la besara. Y el resto de lo que le hizo...

La mujer se llevó las manos a la cabeza. Tomó la taza de café y volvió a la cocina a servirse otra. Contempló el jardín trasero desde la ventana mientras sorbía la bebida turbia con gusto. Iba a requerir mucho trabajo

dejarlo como a su tía le gustaba. En el cobertizo tenía todos los aparejos necesarios para arreglar el jardín. Y una larga jornada por delante sin nada útil que hacer.

Por otro lado. El retrato seguía arriba tirado en el suelo del dormitorio de su tía. Y gracias a la reunión y al café cargado, esta vez sabía, sin lugar a dudas, que estaba despierta. Podía subir las escaleras, invocarlo y...

Las últimas palabras de él le llegaron entonces como un golpe a la boca del estómago.

"...antes de lo que crees volverás a llamarme y quizá cuando lo hagas ni siquiera tus órdenes sean capaces de pararme, mujer, hay instintos más poderosos que tus deseos...".

Estaba segura de que si él quería lastimarla, no podría hacer nada por detenerlo. Era mucho más grande y corpulento que ella, y esa oscuridad que había en sus ojos cuando se despidió le daba miedo. Casi tanto como pensar que pudiera ser real. Iba a tener que cuidarse mucho de sus deseos hasta que pudiera averiguar cómo manejar la situación. Pensó que quizá lo más sensato sería destruir el retrato. Al fin y al cabo, ya no lo necesitaba. De niña, su fantasía la mantenía segura, pero ahora la intimidaba más de lo que era capaz de admitir. Y Gene no permitía que nadie la tratase así.

Sin embargo, había algo que le impedía tomar aquella decisión.

«Por Dios, no es Jumanji, es solo un maldito retrato».

Regresó a la biblioteca y se dispuso a guardar el libro en su lugar, acabarse el café y ponerse manos a la obra con el jardín.

Aún había varias hojas más que debía volver a colocar en su sitio. Prosiguió con el orden marcado en las páginas y terminó el trabajo en pocos minutos. Se levantó con intención de devolverlo a su lugar cuando algo llamó su atención.

Bajo el escritorio, bocabajo, quedaba aún una página más.

Frunció el ceño. Las había contado una a una en el orden marcado, sin saltarse ninguna. Se agachó sobre la alfombra y alargó la mano para recogerla.

Nada más tocarla supo que no pertenecía al libro. Tal vez fuera otra ilustración, como la de la mujer en llamas.

Lo que vio al volverla la dejó sin aliento e hizo que quedara sentada sobre el suelo de la habitación con los ojos fijos en la lámina. Tras unos interminables minutos, la decisión estaba tomada.

Dejó el libro sobre la mesa, la lámina volvió a volar hasta el suelo y

se dirigió a toda prisa a la planta superior, al dormitorio de su tía.

El retrato estaba tumbado boca abajo sobre el suelo. Lo recogió con cuidado, como si temiera que un nido de víboras pudiera salir de debajo y picarla. Él estaba ahí. Solo era una pintura. Soltó el aire contenido y se encaminó de regreso a la planta baja.

Con los años, la inmensidad del terreno que pertenecía a Dark Garden fue menguando. Gran parte se cedió al pueblo como reserva natural de Brandsbury, otra parte se cedió cuando construyeron la carretera. Aún así, el jardín de la parte posterior de la casa era lo suficientemente grande como para montar un par de campos de fútbol profesional en su interior. Margerite y su marido habían vallado una zona mucho más menuda en la que situaron el garaje, un pequeño cobertizo y el invernadero para las flores de Margerite. El resto de la finca la mantuvieron agreste, pues era demasiado terreno para ellos solos.

Gene atravesó el porche trasero y se encaminó hacia el cobertizo. Apenas podía distinguirlo entre los altos plumeros que habían crecido salvajes por todas partes, dando un aspecto árido a toda la zona. Ni siquiera era capaz de vislumbrar el columpio que colgaba de uno de los árboles en el centro de la parcela, y donde solía jugar de niña. Le costó atravesar la maleza y se arañó el tobillo con unas ortigas que tendría que eliminar más tarde.

Al alcanzar el cobertizo, depositó el retrato en el interior de un tonel metálico que solían emplear para quemar las malas hierbas. Ahora estaba vacío, pero pronto tendría que llenarlo si pensaba desbrozar el jardín.

Abrió la puerta del cobertizo y se entretuvo un rato hasta que encontró una pequeña lata de gasolina y un mechero. Eso bastaría para quemar el cuadro. Ardería deprisa. No iba a arriesgarse.

VI

—Maldición. —Descargó su furia contra la mesa que había junto a su cama. De una patada la hizo golpear contra la pared y, al bambolearse, el candelabro que se encontraba encima cayó con un estruendo metálico sobre el suelo alfombrado en tonos burdeos y verdes—. Esta vez sí la has hecho buena, maldito idiota.

Al volverse, el espejo de cuerpo entero que se encontraba sobre la pared le devolvió una deplorable imagen de sí mismo. Las mejillas encendidas, los ojos llenos de diminutas venitas enrojecidas, el cabello largo alborotado y una mirada de desprecio que hubiera sido capaz de congelar el infierno de hallarse en este.

Un puño rápido y certero voló contra la superficie cristalina y el espejo se hizo añicos bajo su mano, desvirtuando aún más su reflejo. No sintió dolor, a pesar de que su nudillo se llenó de cortes y sangró profusamente entre las esquirlas adheridas a su piel.

Se quedó ahí quieto contemplando cómo la sangre resbalaba por los dedos y caía goteando sobre la alfombra, formando marcas que debían ser negras y marrones sobre el tejido.

Erik suspiró expulsando el aire viciado de sus pulmones, dejó caer el puño herido a un lado de su cuerpo, casi con derrota y, tras volver a inhalar una nueva bocanada, levantó de nuevo la vista hacia el espejo.

Decenas de ojos oscuros le devolvieron la mirada. Sacudió la cabeza alejando los malos pensamientos que comenzaban a arremolinarse en su mente. Tomó asiento sobre el colchón llevándose la mano sana a la cabeza para apartar algunos mechones rebeldes de la frente.

La primera vez que lo envió de vuelta no estuvo preocupado. Ni siquiera el hecho de haber recibido una bofetada lo inquietó. Las emociones la superaban. Podía sentirlo en cada fibra de su ser, en cómo se protegía con las manos firmemente asidas a aquel paño blanco y diminuto que envolvía su esbelta figura. Y en cómo hacía todo lo posible para no mirarlo a los ojos. Su presencia la intimidaba y, por algún motivo, le costaba creer que estuviera

allí. No era capaz de fiarse de sus ojos, ni de lo que sentía al tocarlo. Le resultó divertido verla luchar contra él.

En ese momento, se percató de que desconocía el poder del retrato. Realmente no fue consciente, en ningún momento, de haberlo invocado. Aunque su deseo resultó claro y nítido para él en cuanto lo pronunció.

Seguía asustada, confusa, perdida y dolorida. No era extraño que se hubiera deshecho de él.

Regresó con tranquilidad a su mundo en sombras y aguardó con todos sus sentidos atentos a su próxima llamada, pues no le cabía duda de que sería invocado de nuevo. La semilla estaba plantada. La mente de esa mujer era inquisitiva, necesitaba saber y además lo deseaba, aunque se negara a creerlo. Lo deseaba.

Cuando la besó y la sintió estremecerse, supo que aquel contacto abriría el camino para que ella quisiera más. No iba a bastarle solo con un beso. Querría saber cómo sería hacerlo con él. Lo había visto otras veces y no siempre por un beso. A menudo bastaba una sonrisa, una palabra suya o su sola presencia. Su mente le devolvió una imagen de ellos dos acostados, él sobre ella. Fue una imagen fugaz, pero muy nítida. No tardaría en reclamar sus servicios, aunque la espera se le hizo eterna.

Y esta segunda vez... ¡Por Dios!

Estaba tan hermosa. Recostada sobre el colchón, con las sábanas blancas enredadas en los pies y aquel extraño atuendo que apenas cubría sus encantos. La pálida luz de la luna que entraba a raudales por la ventana reflejándose sobre su piel, permitiendo que él la admirara desde las sombras. Las suaves hondas color rubí esparcidas en torno a su delicado rostro. Los ojos verdes y brillantes fijos en el techo de la habitación. Las manos ocultas bajo la almohada, a ambos lados de su cuerpo. La suave curvatura de sus pechos insinuándose bajo una camiseta de tirantes rosa que se ceñía a ella como una segunda piel.

Dios.

Tenía que probar esos senos. Ansiaba metérselos en la boca y tragarlos enteros. Palpar su dulce sabor con la lengua y comprobar la textura con sus labios.

No se dio cuenta de que él estaba allí mismo hasta que habló. Y en esos preciosos minutos disfrutó como un niño que contempla un regalo aún por abrir con un ligero picor en la yema de los dedos que anticipaba lo que iba a sentir cuando la desnudara y acariciara cada palmo de su anatomía.

Se sorprendió al recordarlo.

Normalmente, las dueñas del retrato no le causaban el más mínimo interés. Pero Geney... Oh, sí. Ella era diferente a todas las demás. Por muchos motivos. Y sin embargo, había esperado que se comportara como el resto. Qué estúpido por su parte.

Y cómo le había hecho reír. La preciosa Geney no era consciente de lo fácil que le resultaba leer sus pensamientos. Se desviaban una y otra vez hacia su entrepierna y la idea de tenerlo desnudo sobre ella. Aquellas imágenes eran más vívidas y desvergonzadas que las que hubiera podido captar en sus anteriores poseedoras, tal vez con alguna excepción. No pensaría en ello. Le costó mucho ocultar su sonrisa y no estallar en carcajadas. No quería revelarle aún sus secretos. Pronto, pero todavía no.

Cuando al fin la tuvo a su alcance, el cálido y suave tacto de su piel bajo la palma de su mano hizo que se estremeciera. Después de tanto tiempo atrapado, de estar a punto de perder la esperanza por ser rescatado de su prisión, poder sentir de nuevo era como estar en el paraíso.

Y entonces fue cuando vio las marcas de su cuello. Aquel bastardo le había lastimado la piel. Sintió el irrefrenable deseo de sanarla. Cubrió las heridas con su boca, lamiéndolas, succionándolas, como si deseara hacerlas desaparecer. Y mientras, se abrió camino hacia su premio. El seno que quedó desnudo en un santiamén. Aún podía recordarlo, firme y erecto, con el pezón diminuto y oscuro erguido hacia él, suplicándole ser besado.

Sacó la punta de su lengua y lo notó duro al lamerlo. Le encantó jugar con él, rodearlo y meterlo poco a poco en su boca. Sabía tan bien. Y ella respondió a sus caricias arqueando el cuerpo y permitiéndole tocarla. Al menos hasta que lo obligó a detenerse.

Lo deseaba. Estaba seguro de ello. Lo sintió desde que entró en esa habitación hasta que regresó al retrato. Se moría de ganas de estar con él, de dejarle hacer lo que quiera que fuera a hacerle. Pero, extrañamente, también quería mantenerlo alejado. Se negaba a creer que fuese real. Había estado tentada de dejarse llevar porque solo era un sueño. Algo en su interior, sin embargo, debía decirle que no lo era porque finalmente se asustó. Se asustó de lo que estaba sintiendo y lo apartó.

Y qué estúpido fue en ese momento.

Le habría gustado echarle la culpa a la erección que empezaba a ser palpable bajo sus pantalones. Pero lo cierto es que los largos años de soledad y encierro debían haberlo vuelto descuidado. Debía llevar al menos un siglo

sin salir, o eso creía, no era fácil llevar la cuenta de los días en su inmutable encierro. Suficiente para meter la pata hasta el fondo. La había amenazado y el terror que se reflejó en sus ojos, instantes antes de desaparecer de la habitación y dejarla sola, lo hirió como un puñal de hielo.

—Estúpido. No eres más que un maldito y redomado imbécil.

Pateó el suelo con los pies tratando de despejar la ira que le roía por dentro y que solo quería destruir y hacer daño.

Seguramente, sus palabras la tenían atemorizada y ella se negaba a invocarlo de nuevo. Pero él anhelaba ser invocado. Salir de la terrible monotonía que sufría cada vez que volvía al retrato, alejarse del pasado. Y la deseaba a ella. Deseaba sentirla bajo su cuerpo, suave y delicada. Quería ver cómo temblaba bajo sus caricias, escucharla gemir con lo que él le haría. Y, sobre todo, deseaba estar dentro de ella. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan excitado por una mujer de verdad. Demonios. Hacía tanto tiempo que no sentía nada en absoluto. Pero sus deseos no tenían el más mínimo valor.

La música comenzó a sonar en el salón de baile. La fiesta de aquella noche estaba a punto de empezar. Hubiera dado cualquier cosa por quedarse allí encerrado en su dormitorio con el cálido recuerdo de la mujer aún en su lengua y sus labios, pero la maldición era inamovible. Resistirse no serviría de nada, así que se puso en pie con la intención de sacudirse las esquiras de cristal de sus nudillos, pero... nada. Simplemente no quedaba marca alguna de su reciente lesión.

Alzó la mirada. El candelabro estaba de nuevo sobre la mesita, esta vez con las velas encendidas y alumbrando la estancia. El espejo recompuesto le mostraba una imagen distinta de sí mismo. Aunque igual a cada noche. Los pantalones, botas y chaleco de piel negra, la camisa blanca con el escote en v, el cinto burdeos y el cabello recogido en una cola baja a la altura de su nuca.

Nada había cambiado. Todo estaba como siempre.

La música tiraba de él, le impelía a abrir la puerta de su aposento y descender las escaleras, atravesar el largo pasillo de la planta baja y cruzar la puerta que, al final del mismo, daba al gran salón de baile. No se resistió. No tenía sentido.

Conforme se aproximaba a su destino, sus sentidos se iban

despertando poco a poco, como si hubieran estado dormidos hasta ahora. No fue la explosión de sensaciones y realidad que le acometía al salir del retrato, sino más bien un cosquilleo como quien siente despertar la piel anestesiada. Ahora podría sentir dolor, pero para ello necesitaría algo más que simples esquiras rasgando sus nudillos. El tacto seguía almohadillado, como si se negara a despertar del todo. Por ello se sintió algo torpe al agarrar el pomo de la puerta y hacerlo girar. Algunos colores llenaron su retina al contemplar el amplio salón que se extendía frente a él, pero eran apagados y desvaídos. Los olores acariciaban su nariz, pero no era capaz de distinguir su procedencia. Tal vez alguna sutil fragancia floral en el cuello de una de las damas o el olor a madera quemada de la chimenea, no sabría distinguirlo.

Una de las doncellas le ofreció una bandeja repleta de copas de plata llenas de vino especiado. Alargó la mano más por obligación que por necesidad, se aseguró de tenerla bien sujeta y se la llevó a los labios con desagrado. El vino entró en su boca, le costó retenerlo ahí, pues apenas sentía el metal en sus labios. Tragó procurando no paladearlo demasiado. El sabor era insulso y la textura casi inapreciable, pero aún así le provocaba arcadas.

Miró al frente.

La música de los violines y la viola, por el contrario, lo alcanzó con toda su intensidad. Eran para él como el sonido del *pungi* para las cobras. Lo obligó a caminar hacia su derecha. Allí, alrededor de una mesa cubierta de canapés, frutas, carnes y pastelillos se congregaban cinco damas elegantemente vestidas con trajes largos y escotes en u de diversos colores. Junto a ellas, charlando animadamente, se encontraba un caballero de unos treinta años con una larga cabellera rubia suelta sobre los hombros. El rostro delicado y hermoso, de cejas finas, ojos azules y redondos, pómulos marcados, nariz pequeña y labios finos y húmedos de vino. La diestra descansaba sobre los hombros de una de las damas mientras la zurda agarraba con delicadeza una copa a medio llenar.

—¡Ah, mi querido hermano! Al fin nos honras con tu presencia. — Las mujeres se volvieron a mirarlo.

Sus expresiones de deseo y fascinación lo dejaron frío. En algún momento debió de sentir algo por ellas. Probablemente se viera obligado a ajustar lo que tenía entre las piernas para disimular una erección, pero no ahora. Su cuerpo, por el momento, permanecía adormilado y ajeno a cuanto lo rodeaba, pues no era necesario que hiciera nada más. Él sabía, sin embargo, que no sería por mucho tiempo.

—Mis saludos, nobles damas. —Las palabras salían de su boca sin que pudiera evitarlo. Ya ni siquiera lo intentaba.

Hizo una venia y volvió a incorporarse al tiempo que sus manos se aseguraban de tomar otra copa y un panecillo dulce de la mesa.

Odiaba el tacto del bollo en su boca. Era como masticar goma arenosa e insípida. Tuvo que reprimir una nueva arcada y sonreír.

Una de las mujeres, una algo mayor que él, con un generoso escote que no dejaba nada a la imaginación, vestida de un tono que a él le pareció un rosa tenue, aunque lo más probable es que fuera un rojo intenso, se aproximó y le guiñó un ojo con coquetería.

—Viviane te estaba esperando, hermano —prosiguió el rubio sin quitarle las manos de encima a la morena que tenía a su lado.

—Hacía mucho que no gozábamos con el placer de vuestra compañía —dijo él y, a continuación, le tomó la mano y le rozó el dorso con los labios.

Ella sonrió llevándose la mano libre al rostro para ocultar el gesto, como si hubiera algo de timidez en su cuerpo. Erik sabía que todo su rubor, sus gestos contenidos y su supuesto azoramiento no eran sino fingidos. Un juego de seducción que gustaba practicar cuando estaba con ellos.

—Mi marido insistió en que lo acompañara en uno de sus viajes. —La voz cantarina se le metió en los oídos con estridencia, pero no pudo hacer nada por acallarla—. Estas semanas se me han hecho eternas, mi lord. Tanto tiempo alejada de Brandsbury... —Frunció los labios rojos como si sintiera una honda tristeza y, a continuación, acarició el antebrazo del hombre con atrevimiento, llamando su atención sobre ella.

Un gemido a sus espaldas les hizo volver la cabeza.

Un hombre rubio, similar al que se había dirigido a Erik, tenía el rostro enterrado en el escote abierto de una dama rubia y despeinada, que trataba de no derramar el vino de las dos copas que sostenía en ambas manos.

Aaron siempre era el primero en empezar y el último en acabar.

Bernard, junto a él, le dio un suave codazo en las costillas y le guiñó un ojo. Luego tomó a la morena que llevaba asida por la cadera y se alejó del grupo. Las otras tres mujeres siguieron comiendo y hablando entre ellas sin quitar los ojos de encima a Aaron.

—Mi lord —susurró la dama a su oído, inclinándose sobre él hasta que Erik pudo sentir sus turgentes senos apoyados en su brazo—, me muero de hambre.

A Erik le hubiera encantado servirle un plato de bistec frío que había

sobre la mesa y hacérselo tragar hasta que quedara saciada, pero ni era eso lo que ella quería comer, ni a él le estaba permitido variar un ápice los sucesos de aquella noche.

Por desgracia, a su cuerpo tampoco.

Usando la mano que le quedaba libre, cogió la de ella y la obligó a atravesar la sala.

Cerca de la chimenea, al otro lado de la improvisada orquesta que lo hacía bailar a su son, se encontraba un alto butacón orejero de color verde oscuro con borlones dorados. La condujo hasta allí y tomó asiento sin soltar la copa que portaba con él. Se acomodó mientras contemplaba decepcionado cómo, nuevamente, su pene luchaba por abrirse paso a través de la gruesa tela de sus calzones bombachos.

La dama se lamió los labios y, como si estuviera a punto de hacer una reverencia, se agarró la falda con ambas manos y se agachó lentamente hasta quedar de rodillas en el suelo frente a él. Sus dedos se deslizaron con suavidad por sus pantorrillas, acariciándolo hasta alcanzar los muslos firmes y musculosos. Se abrió paso entre ellos y los separó sin encontrar impedimento alguno, arrastrándose sobre el suelo hasta situarse entre sus piernas abiertas.

Él siguió mirando incapaz de apartar la vista mientras veía cómo sus manos, blancas y delicadas, danzaban por sus piernas hasta alcanzar el cinto burdeos. Los hábiles dedos femeninos se deshicieron de la prenda y se aprestaron a la tarea, algo más complicada, de deshacer el nudo que mantenía presa a la bestia.

Al otro lado de la sala, sus hermanos daban buena cuenta de las mujeres que los acompañaban. Podía oír los gemidos de ambos como si se tratara de un coro bien afinado. No necesitaba mirar para saber qué hacían. Conocía los gustos y perversiones de esos dos hombres a la perfección. Y aún no había comenzado la fiesta.

Maldijo para sus adentros cuando el pene erecto salió despedido a través de la tela, golpeándole el estómago por encima de la camisa. Nuevamente, una noche más, su cuerpo lo seguía traicionando. Sabía que, si se dejaba llevar, si dejaba de luchar contra la repulsión que le causaba el acto en sí, sus sentidos se agudizarían mucho más y podría sentirlo todo casi como si fuera real. Pero no lo era, y saberlo, tras tantos años de encierro, no le causaba ya placer ni gusto alguno por lo que estaba viviendo.

De haber podido, habría despachado a esa mujer lejos de él y se

hubiera limitado a cubrirse los ojos y los oídos hasta que todo concluyera. Pero la maldición no se lo permitía.

Le obligó a sonreír cuando ella alzó el rostro y lo contempló con lujuria, a tomarla del mentón y acariciarle las mejillas con los dedos, empujando para abrirle la boca y hacer que le lamiera los pulgares antes de acompañarla hasta su polla erguida y anhelante. También se vio obligado a recostarse y sentir cómo la boca de ella le abarcaba el sexo y lo humedecía con la lengua.

Su contacto le resultaba tan desagradable como si estuviera acariciando una piel expuesta y llena de pústulas supurantes. La bilis le subió por la garganta al sentir cómo se excitaba con las caricias de ella. Como cada noche, se sintió sucio, humillado y rezó por que acabara cuanto antes, aunque sus ruegos nunca obtenían respuesta.

Entonces, levantó la cabeza y dirigió la vista hacia el espectáculo que acontecía a su alrededor.

No quedaba nadie junto a la mesa con las viandas. Mientras su atención estaba puesta en sí mismo y la mujer que tenía consigo, el suelo se fue cubriendo con vestidos, calzones, medias, corsés y otras prendas de ropa cada vez más íntimas. El decoro brillaba por su ausencia.

Dos de las féminas retozaban entre mullidos cojines, enfrascadas en una batalla de lenguas ávidas que se desvivían por rozarse y acariciarse en una hipnótica danza. Se palpaban los pechos desnudos y pellizcaban los pezones, arrancando gritos de placer la una de la otra, al tiempo que sus largas piernas se enredaban acercándolas más íntimamente.

Bernard disfrutaba observándolas mientras introducía un dedo largo y fino entre las piernas de la morena que tenía firmemente sujeta a una gigantesca cruz de San Andrés, al tiempo que una segunda palpaba su erección a través del pantalón que aún no se había quitado.

Por su parte, Aaron tomó entre sus brazos a la dama que había estado calentando con su fusta y la obligó a inclinarse dándole la espalda. La contempló desde atrás, acarició sus glúteos prietos y bien formados, separó ambos pasando un dedo fino entre ellos. No tardó en penetrarla haciendo uso de su miembro grueso y largo, arrancando gritos de sus labios.

Como cada noche, trató de cerrar los ojos y aislarse de lo que veía, oía y sentía entre las piernas. Pero no le estaba permitido.

Trató de imaginar cómo sería tener a Gene allí con él.

La vio arrodillada entre sus piernas, con el diminuto pantaloncito

gris cubriéndole los glúteos mientras se inclinaba sobre él y una cascada de cabello rojizo le cubría los muslos. Alargó una mano y retiró los cabellos hacia un lado para verle el rostro.

La rubia alzó los ojos para mirarlo directamente a los suyos.

Eran verdes. Para él eran del color de la esmeralda y estaban fijos en él mientras recorría lentamente la carne con sus labios hasta llegar a la punta.

La mujer se sacó el pene de la boca y procedió a lamerle la base mientras tomaba en una mano los testículos y los amasaba con fuerza. Le hizo daño, y Erik le correspondió dando un fuerte tirón de sus cabellos, que tenía enroscados alrededor de la mano. La rubia lagrimeó al notar un ramalazo de dolor en el cuero cabelludo, pero, aunque disminuyó la presión, no dejó de darle placer con la mano y con la boca.

Los rizos cobrizos le llenaban la mano. Eran suaves y densos y hacían un bonito contraste con el tono moreno de su piel. Mientras contemplaba a Gene, allí frente a él, dándole placer, sometida, al fin pudo dejarse llevar y las sensaciones se volcaron con fuerza sobre él como un torrente al que no pudiera ponerle freno. Por eso, cuando ella le apretó los testículos, pudo sentir el dolor y, a cambio, le hizo sentir dolor a ella. Quería arrancarle el pelo y mostrarle quién mandaba ahí. Pero al ver las lágrimas asomar a sus ojos, se quedó helado.

Se dio cuenta de que, si la maldición se lo hubiera permitido, la imagen de Gene con los ojos llenos de lágrimas le habría desinflado la erección inmediatamente. En lugar de eso, la borró de su imaginación y volvió a tener a la mujer rubia agachada frente a él y las sensaciones de nuevo anestesiadas, casi imperceptibles. Inhaló con fuerza al percatarse de que había estado conteniendo el aliento.

Acostumbrado a la impecable inmutabilidad del retrato, aquel cambio en su quehacer diario lo sobresaltó.

El único modo de soportar aquellas repetitivas e inacabables sesiones siempre era el mismo. Traía consigo, mentalmente, a una de las dueñas del retrato, la que más inquina le provocara en ese momento, y la obligaba a arrodillarse y tragarse su miembro hasta dejarlo satisfecho sin importarle hacerle daño o ser desconsiderado con ella, observándola desde su privilegiada posición. Su posición de poder.

Pero las lágrimas. Sus lágrimas. ¿Qué le ocurría?

Gene aún no había tenido ocasión de hacerle daño. Ni él de aborrecer

su contacto. Mala elección. Debió conformarse con cualquiera de las otras. Era pronto para imaginarla a ella allí.

Demonios. Si incluso se había excitado de verdad. Ni recordaba la última vez que fue capaz de sentir algo más que asco reviviendo aquella noche.

La puerta del salón se abrió de par en par y una joven de cabellos oscuros y ojos azules ataviada con una fina capa de color azul entró en la sala. Por un instante, nadie le prestó atención. Aunque Erik sabía que estaba allí a la misma hora, como cada día. Solo cuando los primeros orgasmos de una noche que prometía estar plagada de ellos comenzaron a apagarse se dieron cuenta de que ella había llegado.

Aaron, sin el más mínimo miramiento, hizo a un lado a la joven a quien estaba sodomizando para encarar a esta nueva diosa de marfil que se presentaba succulenta ante él.

La joven se desprendió de la capa mostrando un cuerpo de pechos redondos y firmes que difícilmente podrían ser abarcados por una sola mano. Los pezones, de un rosa oscuro, eran pequeños y se metían hacia dentro a pesar de estar endurecidos de excitación. El estómago apenas sobresalía curvándose hacia el interior de las piernas y dejando ver un vello oscuro recortado en diminuto triángulo. Era perfecta, bella y delicada. El hombre la contempló con deseo y su mirada se tornó salvaje y peligrosa.

Erik lo olió. Sus fosas nasales se llenaron con el olor dulzón y raposo que provoca un fuego arrasando madera. Frunció el ceño extrañado. Ese olor no debería estar allí. Nunca lo estuvo. Pero no provenía del interior del retrato.

Entonces pudo ponerse en pie. Apartó a un lado a la rubia y se guardó el miembro dentro de los pantalones. La estancia se estaba llenando de humo. Un humo denso y gris. Pero nadie más parecía percatarse de ello.

¿Qué estaba sucediendo?

Vio un destello de llamas, aún sin saber muy bien de dónde provenían.

Entonces la oyó.

Era ella, lo estaba invocando. Percibió el temor en su voz y la urgencia con que lo llamaba. Se apartó del butacón y abandonó el retrato como tantas otras veces a lo largo de su existencia.

Sintió calor, un calor abrasador que estuvo a punto de consumirlo, pero logró apartarse. Fue entonces, al estar al otro lado del retrato, cuando se

dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.
Y su corazón se encogió de temor.

VII

Londres, 1.685

El primero en asomar la cabeza fue Aaron. La nodriza lo extrajo de inmediato, limpiándole la boca y la nariz y dándole un fuerte azote para que echara a llorar. Pero el bebé hizo caso omiso de la mujer y se limitó a toser y mirarla con sus pequeños ojillos azules. La nodriza iba a intentarlo de nuevo cuando escuchó los berridos angustiados de su madre.

Rowena se agarró a la mano de su doncella y se inclinó hacia delante empujando con todas sus fuerzas, pero lo que empezó a salir a través del canal alojado entre sus piernas no fue la placenta, como todos esperaban, sino una cabecita pelona y diminuta.

La nodriza dejó acostado al bebé que tenía en brazos y se apresuró a hacerse cargo del segundo.

Media hora después, Rowena acunaba a un niño en cada brazo.

La felicidad de la madre era directamente proporcional al cansancio que sentía tras el duro esfuerzo por dar a luz a los mellizos. Pero no iba a permitir que nadie la alejara de sus niños. La doncella insistió en llevarlos a la cuna y ella declinó la oferta con una feroz sacudida de cabeza y una mirada que dejó muda a la muchacha.

Tras asegurarse de que el parto había concluido satisfactoriamente para los tres, la nodriza se dispuso a salir de aquella casa. Ni siquiera se detuvo frente al niño que esperaba preocupado al otro lado del dormitorio de su madrastra.

Cuando la puerta se abrió, Erik pudo vislumbrar las cabecitas de sus nuevos hermanos, poco más.

Se preguntó si el nacimiento haría que Rowena dulcificara su carácter y le permitiría acercarse a los bebés. Nunca había visto uno de cerca. La gente decía que olían bien y eran preciosos. Sabía que no lo dejarían jugar con ellos porque eran muy pequeños todavía. Tal vez, cuando

fueran algo mayores, querrían ser sus amigos.

Aunque los niños malos no tienen amigos. Igual que los niños malos no tienen una mamá que los quiera porque no se lo merecen.

Arrugó el entrecejo y se encaminó a su dormitorio. El tutor le regañaría por llegar tarde, pero le daba igual. Ya estaba acostumbrado a sentir la vara sobre la palma de las manos y el trasero. Y en cuanto a los gritos, él podía hacer caso omiso de ellos. Además, le gustaba ver cómo se le hinchaba la vena que tenía en la frente. Imaginaba que estallaba y lo ponía todo perdido de sangre y luego se callaba por fin.

Eso sería muy agradable.

Aunque algo sucio.

Daba igual, él no tendría que limpiarlo, para eso estaban las doncellas. Desde luego, su padre se enfurecería mucho. Tendría que buscar un nuevo tutor, y Erik sabía lo mucho que le desagradaba tener que ocuparse de él.

Las clases terminaron una hora más tarde para recuperar el tiempo perdido. Eso tampoco le importó. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer.

Cuando salió del estudio se dirigió a la cocina. Robaría un bollo de pan o algo de queso. Todavía faltaba mucho para la cena y tenía hambre. Rowena no había querido bajar a almorzar ese día, pues tenía unos dolores de parto muy fuertes. Llamaron enseguida a la nodriza y toda la acción de la casa se centró en el dormitorio de su madrastra. Evidentemente, nadie se acordó de él y, cuando bajó a comer, la mesa no estaba puesta, ni la comida servida. Ni tampoco ocurrió nada durante las dos horas siguientes que se mantuvo allí sentado esperando.

Cogió la hogaza más grande y tostada que encontró y un cuarto de queso sobrante que todavía no habían llevado a la alacena. Lo envolvió todo en un paño y salió corriendo en dirección a las cuadras. Los caballos le gustaban mucho, nunca lo delataban y le permitían ocultarse entre el heno y la paja. Si alguien se acercaba mucho, golpeaban la puerta y lo ahuyentaban.

A mitad de camino se fijó en que algunos miembros del servicio se estaban congregando a la entrada de la casa por la puerta trasera. La doncella personal de Rowena llevaba algo entre los brazos.

En cuanto escuchó exclamar a la pequeña multitud allí reunida, supo enseguida de qué se trataba. Estaban conociendo a sus hermanos. Supuso

que él sería el último en poder verlos. Se encogió de hombros y corrió a la cuadra. Abrió la portezuela de un precioso jamelgo color canela, se internó en su habitáculo y cerró. Al fondo corría peligro de recibir una coz, pero se encontraría a salvo de miradas indiscretas. Apoyó la espalda contra la pared e hizo un pequeño montoncito con el heno que tenía frente a sí. Ahora nadie lo vería.

Masticó el pan y el queso, partiéndolo a mordiscos mientras se preguntaba si ahora que Rowena tenía sus propios hijos, su padre decidiría que ya era hora de deshacerse de él. Pensó que vivir en la calle no sería tan malo. Allí no había tutores, ni doncellas gruñonas, ni madrastras, ni nadie que lo mirara por encima del hombro como si fuera un apestado.

Cuando acabó de comer, se sintió somnoliento y decidió cerrar los ojos un rato. No pensaba quedarse dormido, pero lo cierto es que no pudo evitarlo.

Lo despertaron las voces de los caballerizos que gritaban su nombre a pleno pulmón. Ya era de noche, y bastante tarde por la posición de la luna en el cielo. A duras penas se puso en pie y salió de detrás de su improvisado refugio. Cuando el jefe de caballerizas lo vio asomar desde el habitáculo, lo tomó fuertemente del brazo y tiró de él para llevarlo de vuelta a la casa. Atravesó el patio principal y entró por el portón del servicio llevándolo casi en volandas.

—¿Dónde estaba? —La voz calmada de su padre le puso los pelos de punta.

Los gritos era algo a lo que sabía enfrentarse. Solo había que esperar que pasara el temporal y darle respetuosamente la razón a todo cuanto le preguntara. Pero la calma y el silencio...

—En las caballerizas, mi lord. En el habitáculo de uno de los caballos de su señoría.

—¿Y cómo entró si lo tiene prohibido? —El siseo que escapó de labios del hombre le indicó a Erik que estaba metido en un serio apuro. A él nadie le había dicho que no podía ir a ver los caballos.

—Señor, debió de ser durante el descanso.

«En realidad, fue mientras mirabas a mis nuevos hermanitos».

—No puedo confiar en un jefe de caballerizas que no es capaz ni siquiera de gestionar a sus empleados para cumplir una sencilla orden. —Su padre seguía sin alzar la voz, pero cuando extendió la mano e hizo sonar la campanilla que tenía junto a sí, sobre una mesita de madera lacada, el niño

supo exactamente lo que vendría a continuación—. Estás despedido. Humphton —Se dirigió a su mayordomo personal que acababa de entrar por la puerta—, el señor Nolder se marcha, entréguele lo que se le deba y acompáñelo a la puerta. Y haga pasar a la señora Heldgar.

Ni Nolder ni Humphton añadieron nada más. Salieron por la puerta y lo dejaron allí solo con su padre. Pasaron apenas unos minutos hasta que la señora Heldgar, el ama de llaves de la casa, hizo acto de presencia.

A Erik lo asustaba.

El ama de llaves era una mujer mayor, con el cabello muy blanco recogido siempre en un prieto moño sobre la cabeza. Su cuerpo era tan delgado y alto que parecía un esqueleto viviente. Tenía el rostro lleno de arrugas y uno de sus ojos siempre tenía una capa lechosa y blanquecina que lo cubría por completo. Al niño le daba mucho miedo mirarla a la cara. Imaginaba que con aquel ojo podía hacerle cualquier cosa. Y siempre iba vestida de negro de los pies a la cabeza, como un espíritu errante y maldito.

—Puesto que has decidido comportarte como un niño, recibirás un castigo adecuado a ello. Que sean diez, no, quince azotes, señora Heldgar. Por lo demás, ya sabe qué hacer.

El ama de llaves asintió y arrastró al niño de la muñeca para sacarlo del estudio de su padre.

Lo llevó a su despacho y tomó asiento en la silla que había tras la mesa donde hacía las cuentas de la casa. La giró hacia un lado y le indicó con una mano que se acercara.

Quiso negarse, pero sabía que el castigo después sería mucho peor. Caminó lentamente hacia la mujer mientras su amenazadora figura lo observaba sin hacer el más mínimo movimiento. Cuando se puso a su alcance, le indicó que se desnudara de cintura para abajo. Erik negó con la cabeza, pero ella fue inflexible y finalmente no le quedó más remedio que ceder.

Lo tomó por la cintura y lo hizo recostarse sobre sus huesudas piernas. El pequeño sentía cómo las rótulas de la mujer se le clavaban en el estómago y le costaba respirar. Pero se olvidó enseguida de ello cuando la mano de la mujer se descargó sobre sus tiernas nalgas con toda la fuerza de su brazo, que, aunque a simple vista pudiera parecer débil, lo cierto es que no lo era en absoluto.

Cuando concluyó el castigo físico, el niño tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque hizo todo lo posible por no llorar. Sorbió sonoramente y

esperó a que le ordenara subirse la ropa de nuevo.

Por desgracia, aún no habían terminado.

En cuanto estuvo vestido, lo condujo al final del pasillo, pensó que saldrían a recoger el estropicio que había hecho con el heno, pero en lugar de eso, antes de salir por la puerta trasera, torcieron a la derecha y bajó tres escalones. Justo allí una portezuela daba a un escobero que hacía años que no se usaba. El habitáculo era estrecho, frío y oscuro. Erik se negó a entrar, pero el ama de llaves no le dio lugar a réplica. Lo empujó sin miramientos y bloqueó la salida en cuanto la puerta estuvo cerrada.

Se sentó en el suelo doblando las rodillas hacia el pecho y rodeando las piernas con los brazos temblorosos. Le ardía el trasero y el frío del suelo casi resultó un alivio.

Cerró los ojos y contó hasta treinta antes de volver a abrirlos y darse unos minutos para acostumbrarse a la oscuridad. Buscaba algún indicio de luz, el que fuera.

Por las noches, la claridad de la luna y las teas encendidas de la entrada bajo su ventana solían bastarle para tranquilizarse. Le daba nombre a las figuras oscuras que se silueteaban en su dormitorio para perderles el miedo. Sin embargo, en aquel escobero no entraba ni un débil rayo de claridad por ningún sitio, por lo que la oscuridad era absoluta, y el miedo lo fue invadiendo lentamente como una mano helada que se arrastrara por su espalda y se le agarrase a la nuca desnuda.

Volvió a cerrar los ojos meciéndose adelante y atrás en el reducido espacio.

Los hombres no se asustan de la oscuridad.

Los hombres no se asustan de la oscuridad.

Los hombres no se asustan de la oscuridad.

Lo repitió una y otra vez hasta que se dio cuenta de que la voz le temblaba cada vez más y su mente empezaba a jugar con él llenándose de terroríficas imágenes de manos azules y frías que se cernían sobre su cuerpo tratando de atraparlo, y criaturas de todos los tipos que se dirigían reptando para subirse por sus delgadas piernas.

El terror se adueñó de él y no pudo contenerse por más tiempo. Se arrodilló frente a la puerta y comenzó a aporrearla con los puños menudos, rogando para que lo sacaran de allí.

Nadie acudió.

VIII

Erik se materializó en su antiguo dormitorio, justo el lugar donde sintió que lo reclamaban.

Genevieve estaba agazapada en un rincón de la habitación, junto a la ventana. Sostenía el retrato entre sus brazos y de vez en cuando tosía al inhalar el humo que llenaba la estancia. Por la puerta abierta de par en par se vislumbraba el resplandor de las llamas que estaban asolando la casa y de las cuales ella trataba de huir.

La imagen lo dejó bloqueado por unos segundos hasta que se obligó a reaccionar.

Sin perder un minuto, arrancó de cuajo una de las tupidas cortinas, lanzándola sobre la línea de fuego que los separaba de las escaleras. Regresó a la habitación y tiró de la que quedaba, envolviendo con ella el tembloroso cuerpo de la joven, que no soltó el cuadro ni un instante, abrazándose a él como a un bote salvavidas. La tomó entre sus brazos y avanzó con precaución, recorriendo la casona hasta encontrar una salida, procurando protegerla en todo momento con su propio cuerpo.

Una vez fuera, la alejó de las llamas todo lo posible y ambos contemplaron cómo Dark Garden ardía.

De las ventanas, que brillaban con el color rojo y anaranjado del fuego, salía un humo negro y espeso que ascendía en largas columnas hacia la noche estrellada. Parte del primer piso estaba comenzando a resquebrajarse entre aullidos lastimeros y volutas de ceniza llovían desde el tejado.

La joven comenzó a toser a causa del humo inhalado y él la depositó en el suelo apartando la cortina para dejarla respirar.

El cuadro estaba a salvo. Erik lo cogió de manos de la joven y lo apoyó contra el tronco de un árbol cercano, luego volvió a tomarla entre sus brazos. Ella se agarró a él completamente atemorizada y comenzó a llorar, empapándole la camisa. Trató de tranquilizarla susurrando a su oído y estrechándola más fuerte contra sí, enternecido, porque, aunque ella no lo supiera, probablemente lo había salvado de un destierro eterno.

—La han quemado —gimió ella aún con los ojos anegados de lágrimas—. Han quemado Dark Garden.

Desenroscó el tapón de la pequeña lata de gasolina con una mano y se lo acercó para otear por el agujero abierto. El fuerte olor del combustible la golpeó con fuerza haciéndola arrugar la nariz en un acto reflejo. Alargó el brazo para mantener el recipiente lejos de sí, evitando impregnarse con el aroma, y lo dirigió hacia el tonel en el que había depositado el retrato.

Contempló por última vez los rasgos varoniles que la miraban desde el lienzo y se detuvo. Aquella imagen llevaba con ella desde que era una niña. Su imaginación recurría a él siempre que estaba asustada o preocupada por algo, formaba parte de cada juego que jugaba a solas, la protegía de sus pesadillas y conseguía serenarla cuando nada más lo hacía.

Le tembló el brazo y tuvo que dejar caer la lata sobre el suelo arenoso.

Si destruía el retrato ahora, todas las preguntas que asaltaban su mente desde que se cruzó con Erik el primer día jamás tendrían respuesta. Por no decir que quizá fuera una injusta manera de pagarle los servicios prestados a lo largo de los años.

¿Pero en qué pensaba? Ni siquiera donar su oso de peluche favorito le supuso tanto esfuerzo como deshacerse de ese cuadro, y eso que solo tenía 16 años. Ella no se dejaba arrastrar por inútiles sentimentalismos hacia los objetos inanimados. Era consciente de lo fácilmente que podían perderse los objetos y las personas a lo largo de la vida, y decidió que atesoraría recuerdos y sensaciones, ya que eso nunca le fallaba y siempre podían acompañarla a cualquier parte. La muerte de su tía no la había alejado de esta idea, aunque hiciera algunas excepciones, como el colgante de su madre o la vieja casona. ¿Cómo era posible entonces que se aferrara con tanta intensidad a ese endemoniado cuadro?

Tal vez significara para ella más de lo que quería admitir.

Años después de marcharse de Brandsbury, aún se sorprendía a sí misma pensando en él, fantaseando con su imagen. Aunque sus fantasías ya no eran tan tiernas e inocentes como en la adolescencia. Pero no era más que un pasatiempo, algo a lo que le gustaba jugar a solas, o al menos eso trataba de decirse a sí misma para convencerse de lo absurdo de sus dudas.

Y después de lo que acababa de ver en la biblioteca... ¿Iba a

arriesgarse a que fuera real? ¿Y si le mintió? ¿Y si no tenía obligación de cumplir sus deseos y podía atacarla en cualquier momento? Pero en ese caso, ¿por qué la protegió cuando estaba a punto de ser v...? Se mordió los labios con disgusto. Seguía sin poder pronunciar aquella palabra.

Había demasiadas incógnitas. Demasiados cabos sueltos. Y Gene odiaba dejar las cosas a medio hacer. Necesitaba saber, hallar todas las respuestas antes de tomar una decisión definitiva. Pensaría el mejor modo de hacerlo. Tal vez pudiera tenderle una trampa la próxima vez que lo invocara y obligarle así a contestar todas sus preguntas, sin ponerse en peligro.

Con un suspiro de determinación, volvió a tapar y guardar la lata en su sitio y, sacando el retrato del tonel, lo llevó de regreso al dormitorio de su tía, depositándolo en el suelo contra la pared. No estaba dispuesta a escucharlo caer de nuevo.

Se ocuparía del jardín. El ejercicio físico le aclararía las ideas y podría pensar qué hacer a continuación.

La tarea fue más ardua de lo que esperaba. Estuvo trabajando en él hasta que la luz natural se hizo insuficiente y decidió dar la labor por concluida hasta el día siguiente.

No llegó a ningún sitio mientras pensaba qué hacer con Erik. El sueño amenazaba con vencerla, al fin y al cabo, había madrugado mucho esa mañana y ya no tenía costumbre de hacer tanto esfuerzo físico. Se dirigió a la cocina y tras una frugal cena, se dio un baño y se metió en la cama.

La alarma anti incendios de la biblioteca la despertó. Las llamas habían arrasado la planta baja y ya comenzaban a ascender por las escaleras, hacia los dormitorios. Se asomó al balcón de su dormitorio. Descender por las enredaderas quedaba descartado, el jardín era un verdadero infierno.

Por un momento, le pareció ver una sombra arrastrándose en la periferia de la valla que delimitaba el jardín de la casa, pero no se quedó a comprobarlo. Debía encontrar el modo de salir lo antes posible.

Cerró la ventana y corrió en dirección al pasillo. Al llegar, la escalera estaba impracticable. Largas lenguas de fuego ascendían devorando los escalones y buscando más combustible para dar rienda suelta a todo su devastador poder.

Miró a su espalda. En el tercer piso, una de las habitaciones daba a la parte delantera de la casa, tal vez pudiera dejarse caer desde ahí y ponerse a salvo. Corrió hacia la escalera que se encontraba al fondo del pasillo y, para su desesperación, la encontró llena de humo oscuro y denso. No podría ir por

ahí tampoco.

¿Cómo era posible? Es como si el incendio tuviera varios focos y todos se hubieran iniciado a la vez.

Retrocedió sin saber qué hacer, qué dirección tomar. Y acabó en el dormitorio de su tía, donde siempre buscaba refugio y seguridad por la noche en brazos de Margerite.

Miró a todas partes con desesperación, no sabía cómo sería capaz de salir de allí. Entonces tropezó con algo. Era el retrato.

Por algún extraño impulso se sintió mejor al sostenerlo entre sus brazos. Se acurrucó con él al fondo del cuarto. Tenía que encontrar una salida.

Sin darse cuenta, la cálida sensación que la recorrió al encontrarse en brazos de Erik tras el ataque de la primera noche en la casa acudió a su mente. Deseaba volver a sentirse así.

Entonces, él apareció.

Tenía el rostro y la ropa manchados de hollín. Sucios surcos polvorientos en sus mejillas, el cabello le caía desordenado sobre la espalda y temblaba de pies a cabeza.

Genevieve volvió a toser al tiempo que intentaba enjugar sus lágrimas con el dorso de la mano. Respiró hondo tratando de serenarse y recuperar el control de sus extremidades. Sin embargo, cada vez que sus ojos vagaban hacia la mansión incendiada, un nudo le cerraba la garganta y garras afiladas como cuchillas parecían desgarrarle el pecho.

Había permanecido abrazada a Erik contemplando cómo el hogar de su infancia y todos sus recuerdos se consumían entre las llamas, hasta que se había quedado sin lágrimas y entonces se limitó a dejarse sostener por los brazos de él mientras su cuerpo se sacudía y las rodillas le flaqueaban ante el dantesco espectáculo.

—La han quemado —repitió cuando por fin pudo hablar—, la he perdido para siempre.

Erik se estremeció al oírla hablar.

En aquel momento, arrullada entre sus brazos, le pareció que la mujer había menguado, como si el terror que acababa de pasar la hubiera encogido hasta hacerla diminuta y delicada. El cabello y los ojos lucían apagados y su

piel estaba tiznada de gris. Se agarraba con ambos puños a su camisa, tratando de sostenerse en pie, y apoyaba la cabeza contra su pecho. Tiritaba y su mente estaba llena de dolor, miedo, angustia y desesperación. Una avalancha de imágenes inconexas se repetía una y otra vez sin que él pudiera distinguirlas con claridad. Pero todas ellas le habían hecho daño a ella en un momento u otro de su vida. Eso sí podía sentirlo.

—Averiguaremos quién ha hecho esto y se lo haré pagar —le susurró al oído sin dejar de mecerla entre sus brazos.

Incluso a él le sorprendió la vehemencia que había en sus palabras. Realmente lo sentía. Quería dar con el culpable y destrozarle uno a uno cada hueso del cuerpo por haberle hecho daño a ella. No tuvo tiempo para pensar mucho sobre aquel nuevo sentimiento, pues la joven se agitó y logró desembarazarse de él. Caminó unos pasos hacia la casa y la contempló con el rostro surcado de lágrimas secas y ennegrecidas por la ceniza.

—¿Tú también piensas que ha sido provocado? —La confirmación de este hecho parecía atemorizarla.

Y sin embargo, qué otra explicación había. Un fallo en una conexión eléctrica no habría causado semejante despliegue en tan poco tiempo. La idea de que había varios focos activos rodeando la casa y la sombra que se movió fugaz entre los arbustos no se le iba de la cabeza. Provocado. ¿Por quién?

—Geney, yo...

Las sirenas de los bomberos comenzaron a invadir el aire con su discordante ulular interrumpiendo las palabras del hombre. Ambos dirigieron su atención hacia la carretera. Erik, crispado y tenso, listo para saltar sobre aquel monstruo de pesadilla que parecía avanzar a toda prisa hacia ellos. Gene, decepcionada y furiosa al mismo tiempo. ¿No se daban cuenta de que llegaban demasiado tarde?

—¡Escóndete! —exclamó Erik recogiendo una gruesa rama del suelo que no había ardidado aún y aprestándose a presentar batalla—. Sea lo que sea, me ocuparé de ello.

Al principio, lo miró sin entender con los ojos muy abiertos, incapaz de adivinar qué pasaba ahora por la mente del hombre. Pero conforme fue recordando que aquella persona no provenía de su tiempo, sino de uno mucho anterior, una luz se fue abriendo paso a través de su mente.

—No vienen a atacarnos —trató de explicar—, son los bomberos. Vienen a apagar el fuego. —Él la miró no del todo convencido. Aquel sonido estridente parecía surgido del mismísimo Averno. No conocía nada sobre la

faz de la tierra capaz de generar semejante alboroto—. Confía en mí — insistió ella posando su mano sobre el antebrazo de él y obligándolo a bajar la improvisada arma—, solo es el camión de bomberos. Lo que oyes no es más que la sirena. Vienen a ayudar, aunque ya sea tarde.

Con sus últimas palabras, la tristeza volvió a embargarla y un pellizco desolador le agitó el pecho.

Al sentirlo, casi tan vívido como si se hubiera originado en su propio corazón, Erik dejó caer la rama e hizo amago de volver a atraerla hacia él. Tenía la extraña necesidad de darle consuelo. Sin embargo, ella negó con la cabeza y se apartó.

—Debes irte, van a hacerme muchas preguntas y no hay manera de que les explique quién eres. Vuelve al...

—Espera —dijo posando la mano en sus labios para obligarla a callar—. Si me marchó, podrían hacerte daño, deja que me quede. —Gene negó con la cabeza y le apartó la mano a un lado.

—No van a hacerme daño, ya te he dicho que vienen a ayudar y querrán saber qué ha pasado. ¿Cómo les explico tu atuendo? ¿Y quién les digo que eres? No van a creer que tú...

—Pues ven conmigo —la interrumpió tirando de ella hacia el lugar donde reposaba el retrato.

—¿Ir contigo? ¿A dónde?

—Al retrato, ven conmigo ahora, podríamos... —Algo estaba formándose en la mente del hombre, que miraba la casa y el retrato alternativamente, tratando de perfilar los últimos detalles—. Escucha —dijo tomándola por los hombros y mirándola fijamente—, tengo una idea. Ellos no podrán devolverte tu hogar. Si te quedas, lo habrás perdido para siempre, pero si vienes conmigo ahora, podemos recuperarlo y te ayudaré a averiguar cómo impedir que suceda.

A medida que hablaba, su tono de voz era cada vez más apremiante, dada la cercanía de las sirenas. Trataba de convencerla de algo que, sin duda, para ella resultaría una locura. ¿Cómo convencer a una mujer asustada y aún más confusa, que apenas si creía en la magia, en él y su existencia, de que arriesgara la vida acompañándolo a un lugar que para él mismo era una pesadilla? Tenía que hacerlo en pocos minutos, debía hacer que ella lo deseara.

Las sirenas tardías eran reales. Cuando los alcanzaran, habría un despliegue de bomberos, la policía acordonaría la zona y unas manos

amigables la apartarían a un lado y se asegurarían de que estuviera bien. Pero ella no estaba bien, y no iba a estarlo.

Tendría que volver al hospital y volver a declarar en la comisaría y también le harían preguntas los bomberos y el agente de seguros y sus amigos y la gente del pueblo y se apiadarían de ella, como ocurrió a su llegada a Brandsbury. La gente la miraría pensando: pobre Gene, pobre niña que ha perdido a su familia y su hogar y casi la violan. Y ella detestaba dar pena, detestaba que le tuvieran lástima.

Lo que él parecía estar proponiendo no era más real que pensar que lo solucionaría todo con solo chasquear los dedos. Incluso ahora dudaba de estar observando a un ser de carne y hueso. Su mente se empecinaba en negar la evidencia, aunque lo tuviera allí ante ella. Luchaba contra el sueño y la locura que creía estar viviendo. Pero ¿acaso no la acababa de rescatar de las llamas? Podía notar el fuego sobre su piel, el calor que emanaba de la casa en aquel preciso instante. Y eso era muy real.

—Ven conmigo. Ven a mi mundo. Deja que te devuelva lo que te han arrebatado. Por favor, tienes que desearlo, Geney.

—Genevieve —corrigió ella de modo casi mecánico con la mirada perdida en algún punto fijo en el infinito que se desplegaba tras el hombro derecho de él.

Erik aumentó la presión de sus manos sobre los hombros de la mujer, la estaba perdiendo. Sus pensamientos comenzaban a esconderse de él, a replegarse dentro de la joven que estaba a punto de derrumbarse. No iba a conseguir convencerla. Ni siquiera él las tenía todas consigo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Necesitaba que confiara en él, y se le devolvía la casa lo haría.

—Cuando eras una niña —empezó a hablar a la desesperada, recurriendo a todo su arsenal—, me pediste en una ocasión que te llevara lejos, ¿lo recuerdas? —Gene seguía mirando al vacío, sin dar muestras de estar escuchando. Parecía muy ajena a él y a lo que la rodeaba, aun así prosiguió—. Tus padres acababan de morir y tu tía te trajo aquí a vivir con ella, estabas tan perdida como ahora, ¿te acuerdas, Geney? Piensa en ello, haz memoria. —La urgencia de sus palabras, las vívidas imágenes de lo acontecido tras morir sus padres, los dedos que le presionaban los hombros, todo ello hizo que una parte de ella despertara.

Lo recordaba como si hubiera sido ayer. El accidente de coche que los apartó de su vida para siempre. El intenso vacío y sensación de abandono y

traición que se apoderó de su corazón. El odio y la ira por sentir que la habían dejado sola. El miedo, el frío e intenso temor que se agarró a sus entrañas cuando se dio cuenta de lo que significaban todas aquellas palabras que trataban de hacerla entender lo sucedido.

No quería ver a nadie, ni hablar con nadie. Se refugiaba en su dormitorio y pasaba las horas contemplando el retrato de aquel poderoso vikingo que parecía ser el único incapaz de abandonarla. Se apartó de su tía por miedo a perderla y volver a sentirse sola y traicionada, sufría pesadillas nocturnas tan reales y vívidas que la hacían estremecer de pies a cabeza y levantarse gritando en mitad de la noche. Pero entonces lo miraba, contemplaba sus ojos y parecía que quería decirle algo, que quería protegerla.

—Viniste a mí, arrancaste el retrato de la pared y corriste lejos, a través del jardín, hasta el viejo invernadero. Lo sostenías con fuerza contra tu pecho, igual que esta noche, Geney, exactamente igual que hoy.

Las lágrimas se apoderaron de nuevo de sus ojos y su mente voló al pasado con el retrato firmemente asido entre sus brazos, apartando las viejas zarzas que le impedían el paso. Lo recordaba, se acordaba de las palabras del director del colegio tras la puerta del comedor. Quería alejarla de allí, internarla en un sanatorio y apartarla de su única familia. Y ella tenía tanto miedo, no quería ir, no quería abandonar Dark Garden. Su único hogar.

—Por favor, llévame lejos. No dejes que me encierren. No dejes que me aparten de aquí. Quiero ir contigo, quiero estar a salvo. Ángel protector, por favor.

—Niña, ¿qué haces ahí? —Su tía la sorprendió bajo las grandes hojas que colgaban de un viejo macetero. Sus ojos se humedecieron al contemplar a la pequeña, completamente aterrada y envuelta en un mar de lágrimas, y la abrazó meciéndola contra su pecho—. Mi pequeña, mi dulce chiquilla, jamás dejaré que te aparten de mi lado.

—Tú no cumpliste mi deseo. —Se apartó de él y se volvió hacia el retrato—. Te supliqué que me alejaras de aquí, y no lo hiciste. ¿Por qué?

—No te pertenecía entonces, no podía cumplir tus deseos. Pero ahora sí puedo. —Volvió a posar sus manos sobre ella obligándola a mirarlo—. Ahora puedes desear venir conmigo, deja que te devuelva tu hogar. Por favor. —Las sirenas estaban prácticamente encima de ellos, si no se marchaban de inmediato, los verían y entonces nada podría hacerse.

Contempló de nuevo las ruinas en que se estaba transformando su casa y el humo que ascendía difuso sobre ellas. Sus ojos, aún húmedos, se perdieron en el oscuro cielo estrellado. Él la llamó urgiéndole una respuesta.

Lo que le estaba pidiendo era aterrador. Creer en la magia. Era algo que no se veía capaz de hacer. Tras la muerte de sus padres había dejado de creer en el ratoncito Pérez, las hadas o los Reyes Magos. ¿Cómo podía creer ahora en maldiciones, cuadros que llevaban a otros mundos u hombres que cumplían deseos? Sencillamente no se atrevía a hacerlo. Porque, si lo hacía, empezaría a pensar que tal vez hubiera habido un modo de salvar a sus padres, de recuperarlos, y ella sabía que aquello no era posible.

Oyó su voz llamándola, muy lejos, como si estuviera a miles de kilómetros de distancia y el viento se limitara a arrastrarla hacia sus oídos. Quería que se metiera dentro del retrato, viajar a un mundo desconocido. Solo pensarlo hacía que quisiera esconderse bajo las mantas de la cama como una niña pequeña con terrores nocturnos.

Cerró los ojos, y al hacerlo recordó a su vieja tía sentada en la mecedora del porche delantero, contemplándola con aquellos ojos tan verdes como los suyos. El cabello teñido de color castaño cobrizo muy corto y rizado que le cubría las orejas y la nuca en rebeldes bucles. Su vestido veraniego de color crema a juego con sus zapatos de tacón bajos y el collar de perlas alrededor del cuello. Sonreía mientras ella grababa su diminuta mano en el cemento fresco de la escalera recién reconstruida y garabateaba líneas y curvas bajo ella, como hacían las estrellas de Hollywood en el paseo de la fama.

Su padre se había enojado al verlo, pero su querida tía no le había permitido regañarla. La subió a su regazo, le enjuagó la mano en la palangana que tenía sobre la mesa y luego le dio un enorme vaso de limonada casera.

—Ahora, querida mía —le decía su tía apartándole el pelo de la cara mientras ella bebía hasta saciarse—, Dark Garden siempre será tu hogar.

Y así fue. Desde la muerte de sus padres Dark Garden se convirtió en su hogar. Una casa por la que ella correteaba perseguida por imaginarios enemigos de fantasía. Una casa donde veía a su tía abrazándola, sonriendo desde la puerta, preparando galletas y limonada en la cocina, acunándola cuando tenía aquellas terribles pesadillas.

La imagen dibujada que había encontrado dentro del libro aquella

mañana la asaltó. En el dibujo una casa se quemaba al fondo, y la mujer que ocupaba el primer plano no parecía mostrar miedo en su rostro. Curiosamente, recordaba que aquella mañana se había sentido extraña al estudiar el dibujo, pero ahora... Es como si fuera un presagio o una invitación. Una invitación para atravesar el espejo... o tal vez. Miró hacia el retrato.

Y entonces, Gene y Erik, desaparecieron.

Esperaba junto a la puerta, como cada vez que se desplazaban hasta allí, mirándose la punta de los zapatos primorosamente pulidos. Se sabía de memoria los trazos que las sombras de los bancos metálicos, llenos de agujeritos, proyectaban sobre el suelo de PVC de color crema con pintas canela que cubrían cada pasillo de la zona de espera de la planta de oncología.

Nada más llegar tomó asiento en el banco que quedaba más cerca de la sala de exploración. Se sentó lo más derecha que pudo dada la incómoda forma del asiento, juntó los pies uno contra otro, puso las manos sobre su regazo y esperó.

A su abuelo no le gustaba salir de casa. Hubiera preferido trasladar los carísimos aparatos que usaban para controlar el avance de su enfermedad a su propia mansión, pero no fue posible. Así que su maldita enfermedad le exigía desplazarse al moderno hospital que se levantaba a pocos kilómetros del hogar del que hacía siglos que no salía.

Pudo esperar en la casa, él así se lo había dicho, pero se negó a dejarlo solo. Además, aunque se sintiera un poco culpable por ello, la verdad es que esperaba con ansias aquellas visitas, pues era una de las pocas veces que podía abandonar la casa en la que nació y creció.

Esa tarde la sala estaba más concurrida de lo habitual, y eso la animó a centrarse en los estímulos que tenía a su alrededor, uno de sus pasatiempos preferidos mientras esperaba.

Frente a ella, un matrimonio de unos cuarenta años charlaba en voz baja mientras que su hijo, un adolescente de unos trece años, centraba toda su atención en una máquina de videojuegos que no dejaba de emitir constantes e irritantes pitidos cada vez que el muchacho pulsaba un botón, lo cual solía suceder muy a menudo. Le intrigaba saber lo que el niño encontraría de

interesante en golpear aquellos botones negros de plástico una y otra vez sin variar apenas de postura.

La madre se giró y le ordenó algo en voz baja. El niño asintió sin perder atención de la diminuta pantalla y sopló echando el labio inferior hacia delante para apartarse el flequillo de la frente. La mujer volvió a inclinarse hacia él, esta vez su tono era amenazante. El chico volvió a resoplar, pulsó otra serie de botones, miró a su madre con un gesto que parecía querer decir *¿ya estás contenta?*, y volvió a centrarse en el aparato que, esta vez, no emitió ningún sonido.

Una melodía de violines la hizo volver disimuladamente el rostro a su derecha. Dos asientos más allá, una joven algo mayor que ella extrajo un teléfono móvil del interior de su mochila negra. Deslizó el dedo por la pantalla y se lo llevó a la oreja con una sonrisa en el rostro. Al poco se levantó y caminó en dirección contraria a la que ella se encontraba, alejándose de la sala de espera en dirección al pasillo que conducía a las escaleras.

Hablaba sin medir el volumen de su voz y no le costó enterarse de que, sin duda, sería su novio el que la llamaba. Los apelativos cariñosos y una mención, algo fuera de lugar a lo que pensaba hacerle aquella noche cuando se vieran, parecían refutar esta cuestión.

A su izquierda, al otro lado de la puerta, un hombre de unos sesenta años miraba fijamente la pantalla de un *ebook* concentrado en su lectura. Y un asiento más allá una mujer mayor, acompañada de una joven vestida con un traje de firma pulcramente estirado sobre su cuerpo, trataba de hablar a la que sin duda era su hija mientras esta no dejaba de aporrear la pantalla de lo que debía ser un iPad de color blanco brillante.

Arya pensó que todas esas personas eran muy extrañas.

Preferían centrar su atención en aquellos aparatos electrónicos en lugar de relacionarse entre sí.

Luego comprendió que ella misma no se atrevería a dirigirle la palabra a ninguno de ellos, al fin y al cabo, ¿qué podía decirles? Todos eran desconocidos y ella no tenía muchas habilidades sociales siempre encerrada en casa con su abuelo, sin ver a nadie más que el servicio y las pocas visitas que recibía de sus tíos.

Pensó que sería agradable tener uno de esos móviles con conexión a internet para entretenerse mientras duraba la espera, aunque estaba segura de no ser capaz de manejarlo. El único que disponía de aquel tipo de aparatos

era su tío William. Su abuelo despreciaba la tecnología moderna y no le permitía relacionarse con ella. Con William era una batalla perdida, al contrario que con Arya, mucho más dócil y deseosa de contentar a su abuelo. Además, ¿con quién iba a usarlo ella?

En una ocasión la había sorprendido con una de las ayudantes de cocina. La muchacha le mostraba a Arya un vídeo que habían publicado en algo llamado Facebook, usando el móvil que ocultaba en su bolsillo para ello. Arya lo contemplaba conteniendo una carcajada, ambas escondidas en la despensa de la cocina para no ser descubiertas. Por desgracia, su abuelo la buscaba con urgencia y no tardaron en dar con las chicas y echar de allí a la ayudante de cocina.

La joven estaba convencida de que eso no hubiera sucedido diez años atrás cuando su abuelo era un hombre sano y alegre que la miraba con adoración y procuraba hacerla feliz a ella y a cuantos lo rodeaban.

Por desgracia, la enfermedad lo había cambiado. Y no era solo el aspecto físico. Ya apenas sonreía. Y Arya echaba de menos esas sonrisas. Cuando era pequeña, su abuelo siempre estaba feliz. Su hija, la madre de Arya, murió muy joven al dar a luz a la pequeña y, aún así, su abuelo no se dejó llevar por la tristeza. La cuidó como si fuera un tesoro muy valioso y nunca le faltó de nada. Todos en la casa se desvivían por ella y la querían.

La puerta de la consulta se abrió y de ella salieron una enfermera pulcramente vestida de blanco y un anciano en una silla de ruedas de la cual pendía una bombona de oxígeno, a la cual iba conectada una mascarilla que el hombre llevaba sujeta en la mano derecha. Tras ellos salió un muchacho pelirrojo de unos treinta y cinco años, que mostraba claras muestras de cansancio en el rostro. Se giró un instante para saludar con la mano a la muchacha y, a continuación, empezó a revisar la lista de pacientes para localizar al siguiente.

Arya se puso en pie de inmediato y se situó junto a la silla de su abuelo. Juntos, avanzaron por el pasillo hasta el ascensor y la enfermera pulsó el botón de la planta novena una vez estuvieron dentro.

Mientras ascendían lentamente hacia su destino, haciendo diversas paradas en el resto de plantas para dejar y recoger a otros visitantes del hospital, Arya fijó la mirada en el suelo del ascensor. Las conversaciones se sucedían entrecortadas a su alrededor. Cada pasajero tenía su propia historia, su propia dolencia, su propio drama familiar. Arya los ignoró a todos, centrada en el único ser de aquel reducido habitáculo que le interesaba.

Como de costumbre, su abuelo no despegó los labios en ningún momento. Se limitaba a mantenerse tan erguido como le era posible y, de tanto en cuanto, llevarse la mascarilla al rostro para tomar una o dos bocanadas antes de dejar caer la mano sobre su regazo.

La muchacha hubiera preferido empujar ella la silla y ocuparse de él, pero para eso pagaban a una enfermera titulada. No había discusión a ese respecto. Pero ojalá no fuera tan sobria y estirada, al menos así tendría a alguien con quien hablar de regreso a casa. Su abuelo caería rendido como siempre y dormiría todo el viaje de vuelta. Las salidas al aire libre lo dejaban agotado, por eso las aborrecía tanto.

En la sexta planta, un niño de unos ocho años entró llevando a su abuelo de la mano. El anciano saludó con cortesía al entrar al ascensor y se situó al fondo tras pulsar el botón de la planta baja. Alguien susurró que aquel aparato era de subida, pero el hombre se encogió de hombros y murmuró que no tenían prisa. Arya vio cómo el niño se situaba frente a su abuelo con las piernas separadas y mirando a todo el mundo como si los retara a decir o hacer algo que molestara al anciano. El viejo no dejaba de sonreír.

—Es mi leal guardaespaldas —explicó el hombre a Arya.

Como para darle la razón, el niño cruzó los brazos sobre su pecho en digna actitud y la miró desafiante. Arya alzó las manos con las palmas vueltas hacia él dándose por vencida y luego le devolvió la sonrisa al anciano.

Su abuelo y ella fueron así hace mucho tiempo.

Al fin la puerta se abrió en la novena planta y se dirigieron al ala este, donde lo introducirían en aquel gigantesco aparato que desvelaría el tamaño del tumor que lo estaba matando. De nuevo, tomó asiento en la sala de espera y siguió la silla de ruedas con la mirada hasta que se perdió al fondo del pasillo, guiada por las hábiles manos de la enfermera.

Allí no había nadie más.

Suspiró con resignación. Tendría que esperar al menos una hora hasta que pudieran irse a casa. Allí había ventanas, así que decidió ponerse en pie y asomarse al exterior. La vista le devolvió un patio interior cercado por la fachada del hospital. La mayor parte de las ventanas tenían cortinas corridas que imposibilitaban la visibilidad al interior, pero algunas estaban abiertas y le permitieron contemplar un par de consultas y una habitación en la que acababa de entrar un enfermero con un carrito lleno de jeringas y botes de cristal. Al parecer, se disponía a suministrar algún medicamento al residente

de la habitación, alguien a quien no conseguía ver.

Le pareció algo indecente por su parte fijar la atención de esa manera en alguien que, sin lugar a dudas, debía estar sufriendo si se encontraba allí alojado, así que decidió apartar la mirada y volver a su asiento.

Se encontraba sumida en la laboriosa tarea de contar las manchas de suciedad del suelo que tenía bajo sus pies cuando lo sintió.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral de abajo a arriba y se quedó alojado en su nuca. Arya cerró los ojos y se dejó caer en el asiento con los labios entreabiertos y los puños firmemente asidos al borde de la silla. La sensación comenzó a expandirse lentamente por su cuello y su cráneo, envolviéndole la cabeza como si de un casco invisible se tratara. Respiró con dificultad hasta que su cuerpo se acostumbró a la intrusión.

La primera vez que sufrió el ataque era muy pequeña, la despertó en mitad de la noche y creyó que iba a ahogarse. Tardó un tiempo en darse cuenta de que el mejor modo de pasar por ello era simplemente dejando que sucediera. Así que, armándose de paciencia, le ordenó a su cuerpo que se relajara y dejó entrar la visión en su mente.

Cuando por fin abrió los ojos, la enfermera de su abuelo estaba frente a ella sujetándole el cuello hacia delante para que no se hiciera daño, pero sin intervenir. Le sorprendió verla allí. No era posible que llevara casi una hora sumida en su visión, ¿o sí?

—¿Qué es lo que has visto, Arya? —La voz rasposa y cansada de su abuelo la devolvió al presente.

Le hubiera gustado mentir. Hacerle creer que simplemente se había quedado dormida mientras esperaba. Pero de nada serviría. Su abuelo sabía perfectamente cuándo ella tenía uno de sus ataques. Aun así, sacudió la cabeza y encogió los hombros tratando de restarle importancia. Supo que era un gesto inútil, estaba demasiado alterada para mostrarse tranquila e indiferente. A su abuelo no iba a gustarle, seguramente le haría empeorar.

—Habla, Arya. Ahora.

La muchacha tragó saliva. Sabía que lo que iba a decir pondría en marcha toda una serie de acontecimientos, como un alud de nieve que nadie podría detener. Tan solo esperaba que el final no fuera un completo y absoluto desastre.

IX

Cuando deseó atravesar el retrato, en realidad no sabía a lo que se estaba exponiendo. La imagen de la mujer del cabello de fuego cruzando serenamente el espejo le dio el empujón final que necesitaba para decidirse. Por desgracia, nadie le dijo lo que eso implicaba.

La gente en las películas se desmaterializaba todo el tiempo con una brillante sonrisa en el rostro. Atravesaban portales, se trasladaban grandes distancias y viajaban en el tiempo con una sonrisa en el rostro.

Y una mierda.

Era lo más desagradable que Gene había sentido en su vida. La cabeza le dio vueltas, estaba mareada, con ganas de echar hasta la primera papilla, pero sintiéndose incapaz de hacerlo. Tenía un nudo en el estómago que parecía contraerse como si tuviera un agujero negro en su interior, tratando de absorberla. Al mismo tiempo, algo tiraba de ella, de cada parte de su cuerpo, en todas direcciones.

Hubo de cerrar los ojos porque no era capaz de asumir lo que veía ni mantenerse derecha. ¿O acaso estaba tumbada? ¿O del revés? No tenía la más remota idea.

Y de repente, todo cesó. La cabeza estaba en su sitio, al igual que el resto de los miembros de su cuerpo. El estómago se serenó y pudo volver a respirar. Lo cual fue un alivio, ya que pensaba que debía llevar un mes al menos sin llevar aire a sus pulmones.

Después de tan violenta experiencia, cedió y acabó desmayada en brazos de Erik.

Se habían materializado en el dormitorio de él, el que era de Margerite en el futuro. ¿O era el presente?

Erik alargó los brazos tan pronto posó los pies en la habitación y tomó a la mujer entre ellos. Se había desmayado. Lo cual no le resultó extraño. Él estuvo a punto de hacerlo la primera vez que viajó al retrato. El día que lo encerraron en su prisión.

Salir no resultaba tan molesto, pero viajar al interior podía convertirse

en un auténtico tormento.

Gene rebulló enseguida recuperando la conciencia y se enderezó desprendiéndose de su amarre. Saltó a un lado, sobresaltada, y dejó vagar la mirada por el cuarto. Erik cruzó los brazos sobre el pecho y se limitó a vigilar sus movimientos mientras la joven se acostumbraba al cambio.

Seguía teniendo los ojos de un brillante color esmeralda y el cabello rojo y revuelto flotando alrededor de sus mejillas y su garganta.

Le sorprendió distinguir la intensa gama de colores que componían la anatomía de la mujer y entonces se percató de que los colores no era lo único capaz de apreciar ahora. Aunque seguían siendo algo desvaídos, recordándole que volvía a estar en su prisión, con la mujer allí todo parecía cobrar más fuerza, más intensidad, sobre todo, aquello que se relacionaba con ella. Su cabello tenía un color mucho más intenso que el fuego de la chimenea, incluso su delicioso aroma le llegaba con mayor nitidez que el de la madera al quemarse en el hogar.

Al sostenerla, sus brazos fueron plenamente conscientes del peso de su cuerpo. Como también lo eran de la suavidad de su piel, convertida en un detallado mapa bajo la yema de los dedos. En cambio, su propia ropa, apenas emitía un ligero cosquilleo allí donde le rozaba.

Reprimió el impulso de besar a la mujer, quería confirmar que también podía notar su sabor en la punta de la lengua y el suave contacto sobre los labios. De la comida o la bebida dudaba, de ella no.

—No puedo creerlo.

Gene se miró las manos, el cuerpo y luego volvió a recorrer la estancia con la mirada hasta que finalmente la posó sobre Erik. Se pellizcó el brazo y siseó al sentir el dolor.

—No puedo creerlo —repitió.

—¿Creíste que iba a mentirte sobre esto? —Alzó los brazos tratando de abarcar todo cuando había a su alrededor y avanzó unos pasos hacia ella.

—Creí que eras producto de mi imaginación —confesó la mujer sin el más leve atisbo de vergüenza—. Entonces, ¿podemos volver? ¿Podemos recuperar mi casa?

Gene se tambaleó y tuvo que tomar asiento en la cama que había junto a ella. Se había vuelto a marear y notaba las rodillas flojas y el cuerpo tembloroso.

Erik se apresuró a ir junto a ella. Se arrodilló en el suelo frente a la pelirroja y colocó las manos a ambos lados de sus caderas, sobre el colchón.

—Lo haremos. Pero no ahora. Estás demasiado afectada por el viaje.

—No quiero estar aquí más tiempo del necesario —se rebeló tratando de apartarlo y ponerse de nuevo en pie.

Erik la retuvo tomándola de los brazos antes de que pudiera levantarse. Se alegró de no tener que medir la presión de sus manos para no hacerle daño. Con ella sabía exactamente cómo debía hacerlo, sin necesidad de pararse a pensarlo.

Él tampoco quería alargar la visita, trescientos años de encierro eran suficientes para aborrecer un lugar. Había arriesgado mucho llevando a Gene allí y quería asegurarse de que todo salía bien y, para ello, la mujer debía estar en condiciones de mantenerse en pie por sí misma, entre otras cosas.

—Nos iremos lo antes posible. Tienes mi palabra. Pero en tu estado no sería prudente hacer nada ahora mismo. Debes descansar. El primer viaje siempre resulta brusco.

—Tengo frío.

Acababan de pasar de una agradable temperatura de inicios de verano al frío más crudo e intenso del invierno y ella solo llevaba ese minúsculo pijama que apenas la cubría. Estaba prácticamente desnuda. Por mucho que a Erik le agradara la moda actual, no podía dejar que Gene se congelara en su mundo.

Le hizo una seña para que esperara justo donde estaba. Se levantó y abandonó el cuarto durante unos pocos minutos, en los cuales, la joven se limitó a contemplar la imagen que el espejo que tenía frente a sí le devolvía.

Tenía la cara, los brazos, las manos y los muslos manchados de ceniza, al igual que el pijama. Miró a ambos lados y descubrió una palangana bajo la ventana.

Con paso inestable se desplazó hasta allí. Junto a la palangana encontró una jofaina llena de agua y un paño blanco con un intrincado diseño bordado por toda su superficie. Lamentó ensuciar algo tan bonito y delicado, pero necesitaba lavarse.

Vertió el agua en la palangana e introdujo las manos juntas, a modo de cuenco, para recoger el líquido y echárselo sobre la cara y el cuello. Frotó con fuerza e igual hizo con las manos y los brazos y más tarde las piernas.

Se dio cuenta que estaba descalza al ver chorrear hilos de agua sobre su piel y caer sobre la moqueta que estaba pisando. No le importó.

Tomó el delicado paño y lo usó para secarse.

A esas alturas, su cuerpo se agitaba en pequeñas sacudidas y los

dientes le castañeteaban. Se abrazó a sí misma, soltando el paño húmedo y manchado de ceniza y polvo sobre la mesilla, justo en el momento en que Erik regresaba a la habitación.

El hombre se apresuró a tomarla de las manos y la ayudó a volver a la cama. Colocó una prenda amplia de color champagne frente a ella, se la ofreció para que se cambiara y se volvió a marchar.

Gene se desprendió de la camiseta y el pantaloncito cubiertos de hollín y se embutió el camisón por la cabeza. La prenda le llegaba a la altura de los tobillos. Tenía las mangas largas y amplias y un generoso escote que dejaba los hombros bastante expuestos y que podía cerrar atando unos lazos entrecruzados frente al pecho. La tela era suave y se sintió reconfortada en cuanto se la hubo ajustado al cuerpo.

Erik regresó poco después. Traía consigo una jarra y un par de copas de metal muy elaboradas. Dejó una sobre la mesilla que se encontraba junto a la cama y vertió el líquido en la otra, ofreciéndoselo a Gene.

—Te ayudará a entrar en calor.

—¿Cómo es que tú estás impecable? —inquirió ella, al fijarse que ni la ropa ni la piel de él estaban sucios de hollín.

—Es por el retrato. Siempre ocurre cuando vuelvo a él —contestó al tiempo que con un gesto de la mano la animaba a beber.

La joven se llevó la copa a los labios y, sin detenerse a averiguar su contenido, le dio un largo sorbo hasta terminarlo. Sabía delicioso.

El líquido era amargo y dulce a la vez, con un fuerte regusto a canela y estaba templado. Maldijo en cuanto reconoció el sabor. Vino.

—Ay, no.

—¿Qué ocurre? —Erik se adelantó preocupado y le arrebató la copa de las manos.

—Esto tiene alcohol.

—Claro. Es vino templado. Te entonará.

—Va a hacer mucho más que eso —contestó la mujer, notando como la lengua se le volvía de trapo y un ligero atontamiento se adueñaba de su cerebro.

Los párpados le pesaban y sabía, sin temor a equivocarse, que de seguir así acabaría por perder el equilibrio.

Gene no toleraba el alcohol. Un sorbo la atontaba y una copa podía dejarla en un bochornoso estado de borrachera en un visto y no visto.

La primera vez que se tomó una cerveza acabó cantando la *Macarena*

y bailándola recostada en el suelo, donde fue a parar por un tropiezo de sus torpes pies. No hubo un segundo intento.

«Genial, Gene. Borracha en un mundo que no es el tuyo y con un hombre del cual desconoces sus intenciones. Te has cubierto de gloria. Estúpida. Estúpida».

Erik sonrió al percibir sus pensamientos.

Para entonces Gene estaba bastante inestable y se vio obligada a dejarse caer sobre el colchón, al borde de perder la conciencia.

Un incendio. Un viaje al interior del retrato. Y una terrible borrachera. Suficiente por un día.

El hombre se inclinó junto a ella y la ayudó a acomodarse sobre la almohada antes de cubrirla con las mantas. La mujer emitió un quedo suspiro y cerró los ojos. Erik tenía intención de salir y dejarla dormir, pero entonces algo le retuvo. Una palabra murmurada en sueños.

—Quédate.

Se quedó congelado en el sitio. Con la mano en el picaporte y la vista fija en la hoja de madera que le impedía el paso.

—Ángel protector... quédate...

El resto de sus palabras se perdieron en la inconsciencia.

Erik se volvió a mirarla sorprendido. La última vez que lo llamó así no era más que una niña. Una sensación de calidez le inundó el pecho al pensar, tan solo por un instante, que ella pudiera verlo como su protector otra vez.

Se aproximó a ella. Dormía plácidamente. Se había lavado a conciencia y ahora podía apreciar mejor la palidez de su rostro, el desvaído color que tenían sus labios entreabiertos, todo ello enmarcado por el fuego de sus enredados bucles. La recordaba de niña, sentada sobre el suelo de su habitación, fingiendo que estaba presa en manos de siniestros enemigos. Con las muñecas asidas a la espalda y un pañuelo a modo de mordaza. Entonces llegaba él y la rescataba y juntos vencían a sus enemigos.

La había visto crecer. La niña asustada y triste que se refugiaba en su imagen para sentirse segura. La adolescente que empezaba a soñar con su primer beso. La preciosa muchacha centrada en sus estudios, vivaz, alegre, fuerte hasta que se marchó a un lugar en el que él ya no podía sentirla, ni verla.

Un leve soplo de aire en el árido desierto de su encierro.

Y ahora era su dueña. Y no sabía prácticamente nada de la mujer en

que se había convertido.

Se sorprendió a sí mismo contemplando sus manos en busca de una alianza. No. No estaba casada. Supuso que tampoco tendría a nadie en su vida. Estaba sola en la vieja casona y nadie corrió a buscarla cuando el violador la atacó. Ningún hombre que se preciara de serlo dejaría tan desvalida a su mujer.

Hirvió de ira al recordarlo.

Algo se le clavaba en las manos causando una ligera molestia. Agachó la vista. Tenía los puños fuertemente cerrados y se estaba clavando las uñas en las palmas. Se obligó a tomar aire y relajar los músculos.

Su reacción era de lo más inusual. Genevieve solo era su vía de escape. Como tantas otras antes que ella.

Lo único que le interesaba de la mujer era complacerla para que deseara sacarlo de su prisión y así gozar de la escasa libertad de que disponía. Gene no era más que la oportunidad para abandonar el retrato y despertar sus adormecidos sentidos. No sentía el menor aprecio por ella. Era un medio para lograr un fin. Nada más.

Se obligó a meditar sobre el asunto. Nunca había permanecido tanto tiempo encerrado. Incluso había comenzado a hablar solo, algo impensable en otros tiempos. El breve contacto con la Gene niña fue un respiro a su insondable soledad y verse liberado al fin... la alegría tan inmensa que lo embargó al sentir como la maldición tiraba de él hacia el exterior. Casi había perdido por completo la esperanza. Y entonces la vio. La dueña del retrato y aquel malnacido sobre ella.

Si le sucedía algo a Gene, volvería a quedar atrapado. Quién sabe durante cuánto tiempo esta vez. Y ese leve contacto con el mundo real tan breve fue como si se le escapara entre los dedos. Sin duda, fue ese pensamiento lo que le hizo perder los estribos hasta el punto de que poco faltó para que matara al violador.

Era la explicación más plausible a lo que le estaba pasando.

Demasiado tiempo encerrado, sumado al hecho de ver peligrar su libertad hizo que se encariñara rápidamente de su nueva dueña. Pero no era más que eso. Su ama.

La pelirroja se agitó en sueños. Apretó los párpados y se enredó entre las sábanas. Erik tomó asiento junto a ella, aún pensativo y le retiró el pelo de la cara. Su contacto parecía tranquilizarla y, curiosamente, eso le gustó. Le recordó tiempos pasados. Otra persona, cuyos malos sueños también lograba

mitigar con sus caricias.

Separó la mano y ella volvió a agitarse.

No podía dejarla así. Gene debía descansar si querían tener alguna posibilidad de retroceder en el tiempo y recuperar la casa.

Debatió consigo mismo y finalmente decidió recostarse a su lado sobre las mantas. La envolvió con un brazo y pegó su cuerpo al de ella. Esperaría hasta estar seguro de que dormía serena y tranquila y luego se marcharía para revisar el resto de la vivienda.

Él no precisaba dormir. Nunca lo hacía dentro del retrato. Cerró los ojos para descansar la vista. Le escocían, seguramente debido al humo del incendio. O eso pensaba. Lo cierto es que se estaba realmente bien allí echado.

Inhaló profundamente. Olía muy bien. A una mezcla de flores suaves, jazmín tal vez, rosas.... ¿Galletas? Inhaló de nuevo. Sí, parecía que olía a galletas.

Galletas y flores. Qué extraña combinación...

Abrazados. Así se encontraban horas después cuando la luz artificial de la luna en el retrato traspasó el vidrio medio congelado de los cristales y se posó suavemente sobre sus rostros.

Gene fue la primera en despertar.

En su mente, aún somnolienta, se mezclaron imágenes en rápida sucesión. El incendio, el rescate, el viaje al retrato, la copa de vino. Sí. Se había emborrachado. Como una auténtica idiota. Tenía frío, estaba agotada y tenía ganas de llorar. El camión estaba calentito y el sabor del vino especiado era delicioso, tanto que vació la copa de un solo trago antes de pararse a pensar en lo que hacía.

Abrió los ojos y se quedó mirando al hombre que yacía junto a ella rodeándola con los brazos en actitud protectora.

«¡Ay! No».

Su primera reacción la llevó a mirar hacia abajo, hacia sus cuerpos. Ambos estaban vestidos. Él dormía sobre las mantas y ella, debajo. Luego se detuvo a comprobar las sensaciones que le devolvía su cuerpo. Nada preocupante de cuello para abajo. Bien, perfecto. Suspiró aliviada.

Tal vez debería dejar de desconfiar de él y darle una oportunidad.

Visto así de cerca, mientras dormía, no parecía tan amenazador. De hecho, incluso, debía admitir que le parecía atractivo.

Respiraba con suavidad muy cerca de su mejilla, por lo que su aliento le hacía cosquillas sobre la piel. El cabello espeso y oscuro le caía hacia atrás y sobre el cuello, formando ondas no muy pronunciadas y dejándole la frente despejada. Se fijó en que tenía pequeñas cicatrices cerca de la sien y el tabique de la nariz ligeramente desviado hacia la izquierda, como si se la hubiesen roto y no se hubiera curado bien. Las pestañas no eran demasiado largas, pero sí muy abundantes y temblaban con el ligero movimiento de sus ojos bajo los párpados cerrados. Y los labios. Los labios eran carnosos, de color tostado claro y parecían muy suaves. De hecho, Gene sabía que lo eran.

Recordó el beso y el calambre que la recorrió por dentro enervando cada centímetro de su ser. Fue extraño. Dulce, reposado. No trató de abrirse camino a la fuerza. Le acarició los labios con la lengua, eso sí. Despacio, con suavidad. Sin forzarla. Retirándose en cuanto entendió que ella no iba a dejarlo pasar. Tampoco la tocó con ninguna otra parte del cuerpo. Y aun así, le parecía que había sido el beso más sensual de su vida. Empezó a imaginarse, estando tan cerca de él, cómo sería morder esos labios, succionarlos y lamerlos con la lengua. Solo debía adelantar el cuello unos centímetros para lograrlo.

Se le cortó la respiración al darse cuenta de lo que estaba pensando. Una oleada de calor la golpeó de lleno en el centro mismo de su cuerpo y se expandió hacia las extremidades.

Tenía que levantarse de la cama antes de que acabara haciendo alguna tontería, como dejarse arrastrar al interior de un cuadro por un hombre al que apenas conocía. Las emociones no eran buenas consejeras. Hora de dejar actuar a su cerebro.

Trató de hacerlo a un lado para salir de su abrazo, lo cual hizo que él se reacomodara, aún inconsciente, y la encerrase aún más. Siguió retorciéndose cada vez con más ahínco hasta que una voz ronca, muy cerca de su oído, la detuvo.

—¿Tratando de escapar? —Erik la miraba con los ojos entrecerrados, sin aflojar el amarre.

—No digas bobadas, solo quería incorporarme.

—Desayunemos primero. Estoy muerto de hambre.

El hombre se relamió los labios despacio. Era como si fuera a abalanzarse sobre ella y devorarla en cualquier momento. Se estremeció de

pies a cabeza y volvió a empujarlo usando las manos y los antebrazos para hacer presión contra su pectoral y hacerlo a un lado.

—Prepararé algo.

—Tengo todo lo que quiero aquí mismo —insistió él mientras la desnudaba mentalmente.

Entonces Gene volvió a repetirse lo estúpida que había sido. Podría gritar, pero nadie vendría a socorrerla. Y tal y como estaba comprobando, ni un tanque la ayudaría a moverlo de ahí.

Una vívida imagen de lo que Erik era capaz de hacerle la asaltó súbitamente e hizo que su rostro se tiñera de temor. Tenía que ver con arrancarle la ropa de un tirón y clavar sus dientes en ciertas zonas de su cuerpo.

Erik estalló en carcajadas, provocadas por la desvergonzada mente de la mujer y aflojó un poco la presión que ejercía sobre ella, sin llegar a soltarla. Despertar a su lado y recordar de golpe que podía sentirla hacía que estuviera de muy buen humor y quería disfrutarlo un poco más.

—Mujer, que no voy a morderte. Al menos... no por ahora —concluyó arrastrando las palabras melosamente.

Gene le dio un fuerte empujón mandándolo al otro lado de la cama y al fin logró ponerse en pie. Se giró, con cuidado de no tropezar con los faldones del camisón que llevaba puesto y lo enfrentó, procurando que no le temblara la voz al hablar y disimulando lo nerviosa que él la hacía sentir.

—Vale. Dejemos las cosas claras. No me importa si usas esto como tu picadero personal. El único motivo por el que accedí a venir es porque prometiste devolverme Dark Garden. Y no —Lo señaló con un dedo para dar énfasis a sus palabras—, de ninguna manera estoy interesada en hacer otra cosa que no sea recuperar mi casa. ¿Queda claro?

—¿Mi picadero personal? —inquirió él divertido al tiempo que se ponía en pie y caminaba hasta ella—. ¿Eso piensas? ¿Que traigo mujeres aquí dentro para acostarme con ellas? —Ante el silencio de la mujer, Erik prosiguió con más calma. Notaba la atracción que ejercía sobre ella y le intrigaba lo mucho que se esforzaba la mujer por resistirse a sus encantos. Con lo bien que lo podrían estar pasando los dos en ese preciso instante—. Geney, tú eres la primera que acepta acompañarme al interior del retrato. Ninguna otra se ha atrevido nunca a cruzar estos límites.

—¿Ninguna? —Él asintió. Eso haría que Gene se sintiera especial por...—. ¿¡Ninguna!?! —El grito furibundo de ella lo confundió y le borró la

sonrisa de autocomplacencia de un plumazo—. Así que soy la primera dueña del retrato que traes aquí. ¡Eres un maldito embustero! —lo insultó golpeándolo en el pecho con la punta del dedo índice—. No tenías ni la más remota idea de si esto funcionaría o no. Me has traído aquí engañada. ¿Con qué propósito? ¡Ay! —Gene se apartó llevándose las manos a la boca.

Erik alzó los brazos intentando calmarla y se atrevió a avanzar otro paso hacia ella.

La cautela sustituyó de inmediato al pánico, aunque ya fuera tarde. Su mano rozó el borde de la copa que había vaciado la noche anterior y la enarboló como si su improvisada arma pudiera defenderla de él.

—No te acerques más. —Erik se detuvo—. Pero qué imbécil he sido. ¿También causaste tú el incendio? ¿Quemaste mi casa para hacer que viniera aquí contigo y poder hacerme lo que sea que...?

—Te estás equivocando.

—¿En serio? —Gene no estaba dispuesta a creerlo. Erik y el violador habían aparecido al mismo tiempo en su vida y desde entonces los acontecimientos la habían precipitado a aceptar su invitación y refugiarse en su mundo—. ¿Quieres decir que lo de enviar a aquel tipo a mi casa a... a atacarme tampoco es cosa tuya? Aparecer como el misterioso héroe, al rescate, siempre en el último momento, hasta conseguir convencerme de venir aquí. ¡Que no te acerques!

Erik volvió a detenerse. Quería llegar a ella, obligarla a soltar la copa que mantenía alzada con intención de arrojarla contra él. Quería sosegarla, hacerla entrar en razón. Si seguía avanzando, ella se pondría todavía más nerviosa y podría acabar haciéndose daño o haciéndoselo a él.

—Geney... —Genevieve. Bramó la mente de la mujer—. Genevieve, por favor, escúchame. —Pronunciaba las palabras como si alguna de ellas tuviera el poder de hacer estallar una bomba—. Sé que estás asustada, es comprensible, pero no tienes nada que temer de mí. Tú eres la dueña del retrato —se apresuró a recordarle cuando la duda asomó a los ojos de la mujer—, debo cumplir tus órdenes, sean cuales sean. No albergo el menor deseo de dañarte, pero si no me crees, solo tienes que ordenarme hacer algo y yo me veré obligado a cumplirlo. Ni siquiera tienes que pronunciar la orden en voz alta. Vamos. Compruébalo por ti misma.

La mujer pareció poner en duda sus palabras al principio. Luego, poco a poco, su mente se iba convenciendo de la lógica que encerraban y una idea fue surgiendo cada vez más nítida y clara hasta que Erik se vio obligado a

llevarla a cabo.

Retrocedió hasta golpearse la espalda contra la pared, junto a la chimenea y a continuación aproximó la mano hacia el fuego que ardía en ella, sin apartar los ojos de la mujer que cada vez estaba más sorprendida y aterrada. Él, por el contrario, sintió un inmenso alivio al verse arrastrado por la maldición.

Llegó a temer que los deseos de Gene no funcionaran en el interior del retrato. Era la primera vez que una mujer aceptaba cruzar el portal al otro lado y no estaba seguro de qué reglas regirían allí. Y aunque la sensación de las llamas sobre su piel, avivada por la presencia de la pelirroja, comenzaba a resultar dolorosa, valdría la pena si con ello lograba que confiara en él.

—No. Espera. Detente.

—¿Te convences ahora? —No había rencor en su voz, tan solo una inusitada suavidad entre sus dientes apretados.

Apartó la mano y la apretó contra su pecho con un gesto de dolor. Estaba enrojecida y varias ampollas le levantaban la piel desde la muñeca hasta la punta de los dedos.

Joder, cómo dolía. Casi echaba de menos no poder sentir nada.

Gene soltó la copa, que cayó al suelo con estrépito y corrió hacia él. Lo tomó por el brazo y observó las consecuencias de su deseo.

Erik captó sus emociones con la misma facilidad que leía su pensamiento. Se sentía culpable. Culpable por haber dudado de él y por haberlo lastimado de aquel modo.

La miró contrariado. Era la primera vez que captaba esa emoción en una de sus amas. Algo se removió en su pecho y casi le roba el aliento, pero decidió descartarlo. La esperanza era algo que no podía permitirse. Ya se la habían arrebatado demasiadas veces.

—No es nada.

—¿Estás de broma? Por Dios, mira cómo te he dejado la mano.

Le acarició lentamente la palma y el dorso, alrededor de las heridas, evaluando los daños.

Gene tenía las manos frescas y más pequeñas que las de él. Mientras inspeccionaba la piel, Erik no podía apartar la mirada de ella. Se quedó muy quieto para no asustarla, impresionado por la preocupación que emanaba de la mujer. No estaba habituado a aquel tipo de contacto físico. Se dio cuenta de que no estaba seguro de cómo debía reaccionar, qué hacer o decir, y a eso tampoco estaba habituado. Ella no parecía dispuesta a soltarlo, y él necesitaba

ponerle punto y final a esa situación. Sin brusquedad se deshizo de su amarre y ocultó la mano tras la espalda.

—Se curará. No es necesario que te preocupes más.

—Lo siento. No volverá a pasar. Te lo prometo.

—Gene, no tienes porqué disculparte. Sé que esto —Señaló cuanto les rodeaba con un gesto de su mentón— es difícil de asimilar y el incendio... no debe haber sido fácil ver quemarse tu hogar.

—No. Pero eso no es excusa para hacerte daño. —Se quedó frente a él, abrazándose a sí misma y mordiéndose los labios con arrepentimiento.

Señor. Le había destrozado la mano. Tendrían que volver de inmediato y que lo viera un médico.

Pensó que, si le pedía hacer algo tonto, como saltar a la pata coja no demostraría nada. Al fin y al cabo, empezaba a sospechar que aquel hombre le leía la mente. Pero si en cambio le solicitaba algo que resultara dañino para él... bueno. No lo haría si no estaba obligado a ello. ¿No?

Erik hubo de tragar saliva varias veces para deshacer el nudo que se le estaba formando en la garganta.

Pasados unos minutos de incómodo silencio, movió el brazo y puso la mano herida al alcance de la vista de Gene.

—¿Ves? No tiene importancia.

Gene no podía creer lo que estaba viendo. La piel seguía enrojecida y, al contacto con sus manos, caliente y rugosa. Apenas quedaba rastro de las ampollas, incluso las pequeñas marcas que las sustituían seguían desvaneciéndose poco a poco ante sus ojos hasta que el tacto volvió a ser suave y sin mácula.

—Esto es... es... imposible. ¿Cómo has...? Espera —Una enrevesada idea cruzó por su cabeza en ese instante y se apartó de él alarmada.

—Es la magia del retrato, Gene. Nada por lo que debas asustarte —explicó él, malinterpretando el repentino cambio en el estado de ánimo de la pelirroja.

—Lo sabías. Lo has vuelto a hacer —maldijo ella retrocediendo—. Solo es un truco. ¿No es así? Querías que bajara la guardia. Puedes leerme la mente y sabías que deseara lo que deseara no tendría efecto sobre ti.

—Vamos, Geney. —¿Por qué tenía que ser tan desconfiada?—. No es eso en absoluto. Aquí estás a salvo, nada puede dañarte. Yo solo pretendía ayudarte a recuperar tu hogar.

—¿Nada? ¿Ni siquiera tú? —inquirió ella, sin dejar de caminar hacia

atrás para alejarse de él.

—¿Por qué habría de hacerte daño cuando darte placer es todo cuanto ansío? —dijo tratando de recurrir a la atracción que la mujer sentía por él para ayudarle a convencerla—. Eso y mi ayuda para recuperar tu hogar son los únicos motivos por los que estamos aquí. —A Gene no le pasó inadvertido cómo el hombre acababa de abrirse el chaleco de cuero negro, dejándolo caer al suelo.

Tragó saliva. Tenía la boca seca.

Otro dibujo. Uno muy diferente al que la había llevado allí, se coló entre los pliegues de su memoria y le heló la sangre en las venas.

—Te equivocas si crees que voy a dejar que me hagas lo mismo que les hacíais a ellas.

En ese momento, el semblante del hombre cambió. Se detuvo con un pie delante de otro y el largo cabello cayendo sobre los hombros. Mostraba tal mirada de pánico que Gene supo que no se equivocaba.

«¡Ay Gene! ¿En qué lío te has metido?».

Lo sabía. De algún modo ella había logrado averiguar la verdad sobre él. Una parte al menos. Cuando la conoció, estaba seguro de que Gene desconocía por completo la historia del retrato, lo cual era una gran ventaja teniendo en cuenta que ella era, sin lugar a dudas, la dueña más desconfiada y asustadiza de cuantas había conocido. Ocultarle la verdad le permitiría seguir jugando con ella. Moldearla para que cumpliera con sus necesidades y disfrutar así de su esporádica libertad.

Cuán equivocado estaba.

Dio otro paso adelante para detenerla y entonces ella le arrojó la jofaina, que halló a su alcance, contra la cabeza. Tras esquivarla, se percató de que la mujer acababa de volverse hacia la puerta del dormitorio con la intención de escapar de él.

—Gene, espera.

Las imágenes se sucedían atropelladamente en la mente de la pelirroja. látigos, mordazas, cadenas, cuero, cera derretida.

Tenía que detenerla.

Las dos veces que había recorrido la mansión no se había topado con ninguno de sus habitantes habituales, pero eso no quería decir que fueran los únicos en ocuparla. Sus hermanos podrían aparecer en cualquier momento si finalmente la fiesta se repetía y, aunque aquello parecía poco probable, no iba a permitir que Gene se topara con ellos si podía evitarlo.

Logró retenerla por la muñeca un instante antes de que ella lograra desaparecer pasillo abajo. Dobló el brazo para pegarla a su cuerpo, entrar en el dormitorio y volver a cerrar la puerta. Ella se debatió, le propinó una patada en la espinilla con el talón desnudo y tiró para desasirse de su amarre, algo que, obviamente, no logró.

Erik poseía una fuerza formidable. Le bastó una sola de sus manos para sujetarle ambas muñecas al frente y rodearle la cintura con la otra. Ella seguía agitándose, golpeando e intentado morderle, pero no servía de nada, el hombre la tenía completamente a su merced.

Entonces recordó la última vez que se había sentido indefensa. El asqueroso aliento de aquel tipo en su mejilla. La saliva goteando sobre su piel, sus manos rudas y el peso de su cuerpo sobre ella, inmovilizándola. No iba a dejar que le pasara de nuevo. Otra vez no.

El deseo golpeó a Erik, lanzándolo por los aires y haciendo que su cuerpo se estrellara contra el espejo, haciéndolo añicos y dejándolo a él momentáneamente aturdido, bocabajo sobre los pedazos rotos.

Al desaparecer el agarre del hombre, Gene perdió el equilibrio y acabó de rodillas sobre el suelo.

No podía creer lo que acababa de hacer. Se arrastró hasta que su espalda tocó el borde de la cama y se mantuvo allí un instante con las piernas dobladas contra su pecho, los brazos alrededor de las rodillas, observando el monumental cuerpo que yacía entre los cristales.

No mentía. Sus deseos sí que funcionaban allí.

¿Y ahora? ¿Lo habría matado? No se movía. Estaba... demasiado quieto.

Controlando unas irrefrenables ganas de llorar y tirarse de los pelos, Gene se arrastró hacia el hombre, con cuidado de no cortarse con la multitud de cristales rotos que bañaban la alfombra del suelo. Rozó con dos dedos el cuello descubierto hasta sentir el pulso latiendo bajo la piel. Respiró aliviada.

No soportaba la idea de arrebatarse la vida, desde luego, pero tampoco quería enfrentarse al retrato ella sola. ¿Y si no podía volver a su mundo sin él? Quedaría allí atrapada para siempre. Esa idea la hizo estremecer. Sus hermanos podrían seguir allí, ¿o no?

Sacudiendo la cabeza para alejar tan oscuros pensamientos, giró al hombre con cuidado de no hacerle daño y acomodó su cabeza sobre sus piernas. Tenía una fea herida sangrando en la sien izquierda y pequeños cortes en la nuca, aunque imaginó que sanarían igual de rápido que las yagas

de su mano. No parecía grave.

Él se agitó, rozando la mejilla sobre sus muslos a través de la tela del camisón. Parecía... demasiado cómodo.

Gene frunció el ceño. Lo dejó de nuevo recostado sobre el suelo y se acercó a la ventana. La palangana que había usado la noche anterior —¿o había sido esa misma noche? Era difícil orientarse allí dentro— seguía llena de agua. La tomó con ambas manos, volvió sobre sus pasos y arrojó el contenido al completo sobre el rostro del hombre.

Erik abrió los ojos y saltó del suelo como si lo hubieran pinchado con un clavo ardiendo en el trasero. Sentado, con las piernas separadas y las manos apartando el cabello mojado a los lados, la miró entre aliviado y sorprendido.

Bueno. Al menos ella seguía allí. Por un instante, al verse impulsado por el desgarrador deseo de la mujer, temió perderla para siempre y volver a quedar atrapado por otra eternidad. No esperaba que Gene tuviera tanto poder en su prisión, resultaba impresionante.

—Arriba. Ya va siendo hora de que cumplas tu palabra. —Ahora parecía un sargento de caballería—. Vas a devolverme la casa y después, después... ya pensaré qué hacer contigo luego.

—Puedo darte unas cuantas ideas —sugirió poniéndose en pie y sacudiendo las esquiras pegadas a su ropa.

Las heridas, como Gene habían predicho, ya empezaban a sanar, incluso su pelo se secaba deprisa.

—¿Tú? Tú no eres de fiar. No sabías si los deseos funcionarían aquí, no teníais ni la más remota idea. ¡Maldita sea! Ni siquiera ahora sabes si vas a poder devolverme mi casa. ¿No es así? Y sigues empeñado en... ¿qué?... hacerme... esas cosas... lo que hacíais aquí. No pienso consentirlo. Grábatelo en la cabeza. No vas a tocarme.

—Aclaremos esto. —Gene estaba colmando su paciencia. Ninguna otra mujer le había puesto las cosas tan difíciles, bueno, tal vez con una excepción que no quería recordar—. Yo estoy aquí para cumplir tus deseos. Los tuyos. No los míos. Lo que quiera que sea que hayas averiguado sobre mí y esta casa no va a pasar. Nunca. Jamás. Y el único motivo por el que te he traído aquí es para devolverte tu hogar y evitar que ocurra el incendio. Y para que eso ocurra debes confiar en mí.

—¿Confiar en ti? ¿Estás de broma? Hace un minuto sugeriste que también querías...

—Un error por mi parte que no volverá a suceder. Me ha quedado claro que no quieres que te toque.

—Exacto. Nunca. Que te quede bien claro —sentenció cruzando los brazos sobre su pecho.

—Confiar en mí es el único modo de lograr lo que quieres. Ahora sabemos que tus deseos funcionan. Tal vez antes no estuviera totalmente seguro de poder conseguirlo, pero ahora lo sé. Puedo recuperar la casa para ti. Ya estás a salvo. Lo acabas de comprobar. Confía en mi palabra y saldremos de aquí. Por favor, Geney.

Al ver que ella continuaba dudando, Erik se dirigió al escritorio que reposaba junto a la chimenea, extrajo una daga de un cajón, la desenvainó y se la tendió a Gene con la empuñadura por delante.

—Preferiría no haber llegado a esto —se lamentó él, que ansiaba la libertad escasamente saboreada por encima de cualquier otra cosa—. Tienes dos opciones, puedes dejar de desconfiar y tenerme miedo para que pueda devolverte tu casa y convertirme para ti en un esclavo perpetuo y complaciente o puedes acabar conmigo en este instante. Tú eres la única que puede liberarme de mi prisión. Acaba con mi vida y regresa a tu mundo si es lo que quieres. Pero, por lo que más quieras, no me condenes a permanecer aquí encerrado de nuevo. No podría soportarlo.

Al ver que ella no hacía el menor intento por sostener el puñal, Erik alargó la mano libre, tomó la diestra de ella y la obligó a empuñarlo situándolo sobre su corazón.

Gene estaba impactada. No podía hablar en serio. ¿Acabar con su vida? ¿Pero de qué demonios estaba hablando? Ella no iba a matarlo.

Entonces algo llamó su atención por encima del drama que se vivía en la estancia. La expresión en el rostro del hombre la reconoció enseguida. Era la misma que ella tuvo tras la muerte de sus padres. Él estaba tan perdido ahora como lo había estado ella de niña, como se había sentido tras la muerte de su tía.

—¿Qué decides, preciosa?

Miró hacia abajo. La mano del hombre seguía apretando la suya. La empuñadura del cuchillo se le clavaba en la palma y le molestaba. Él presionó de nuevo contra su pecho, la punta casi había desaparecido entre los pliegues de la tela de su camisa. Gene supuso que, si dejaba caer todo el peso de su cuerpo sobre el arma, el filo acabaría por atravesarlo. Piel, carne y hueso. Hasta llegar al corazón.

—Suéltame —ordenó ella con un hilo de voz. Erik obedeció.

El puñal seguía presionando contra su pecho. Ya había abierto un pequeño agujero en la camisa. Un poco más de presión y la pesadilla habría concluido. Eso estaba bien. Estaba tan cansado. Tan jodidamente agotado. No era el final que esperaba, pero daba igual. Si alguna de sus dueñas era lo bastante valiosa para conocer aquel secreto y acabar al fin con su existencia sin duda era ella. La única que no había querido lastimarlo.

Habría deseado poder disfrutar de la libertad que daba estar fuera del retrato un poco más. Después de tanto tiempo encerrado en su prisión, salir y conocer a Gene era un agradable soplo de aire en sus pulmones, oxidados por estar tanto tiempo cegado en sus sensaciones. Si tenía que elegir, volver al retrato, prolongar su encierro quién sabía por cuánto tiempo o morir... Bueno, la decisión era clara. La muerte sería una dulce compañía tras más de tres siglos de no vida.

El cuchillo besó el suelo alfombrado con un golpe sordo.

Erik siguió la trayectoria relumbrante de la hoja hasta que se quedó inmóvil a sus pies. Parpadeó una, dos, tres veces. Alzó la mirada y la fijó en la de ella.

—No quiero hacer esto —murmuró Gene, dejando claro que no iba a quitarle la vida.

La joven anduvo hasta tomar asiento en el borde de la cama. Cubrió los ojos con las palmas de las manos y se los frotó, como si al hacerlo y volver a abrirlos todo eso no fuera más que un extraño y horrible sueño que pudiera olvidar.

Erik dejó vagar la mirada a través del cristal. De nuevo nevaba y los copos de nieve formaban pequeños montoncitos sobre el quicio de la ventana.

Él no tenía todas las respuestas. A pesar de poder leer sus pensamientos, sentir sus emociones y escuchar sus anhelos, nada de esto parecía suficiente para comprenderla.

—Eres una mujer muy extraña, Geney —susurró sin volverse a mirarla—. Aún me tienes miedo. Percibo tus emociones. Has tenido la opción de acabar con mi vida y librarte de mí, pero no lo has hecho. Puedes abandonar el retrato y dejarme aquí prisionero para siempre, pero tampoco quieres hacerlo. Te resistes a confiar en mí y —Dudó un segundo antes de seguir hablando. Sabía que lo que iba a decir a continuación iba a afectarla, pero no podía callarlo, tal vez ser sincero ahora, descarnadamente sincero, pudiera arreglar la situación— y, sin embargo, me sigues deseando. Anhelas

meterte entre mis brazos desde que nos encontramos la primera vez. Saber lo que puedo hacerle sentir a tu cuerpo. ¿Por qué te resistes? ¿Qué te impide averiguarlo? Eres la dueña de mi voluntad. Puedes hacer conmigo todo cuanto se te pase por la cabeza y nadie lo sabrá jamás. Sin consecuencias. Sin dar explicaciones. Sin arrepentimientos. Tienes el poder de doblegarme, de usarme y desecharme. ¿Por qué no lo haces?

Era como oír la voz de su conciencia. Ni una sola de las palabras era errada o una falacia. La verdad más pura y sencilla esgrimida por un hombre al que acababa de conocer y que, sin embargo, tenía el don de leer en ella, de saber lo que pasaba por su mente en cada momento.

¿Qué podía decir? No lo sabía. No tenía las respuestas. ¿O sí?

Suspiró y parpadeó repetidamente para controlar las lágrimas que asomaban ya a sus ojos. A veces podía llegar a ser emocionalmente inestable. Le ocurría siempre que había un hombre de por medio. Se dejaba llevar por las emociones sin pensar en las consecuencias, y ella odiaba perder el control. No había tenido el control cuando murieron sus padres. Nada que ella pudiera hacer o decir para evitarlo y por eso odiaba perderlo y trataba de aferrarse a él tanto como podía.

—Aquí la única que tiene el control eres tú, Geney. Tus deseos son órdenes para mí. Dentro y fuera del retrato. No va a pasar nada que tú no quieras que ocurra. Estás a salvo. Y yo no guardo la más mínima pretensión de dañarte. Tómallo y elige qué quieres hacer. Sea lo que sea lo acataré.

Por Dios bendito. Estaba dentro de su cabeza, otra vez. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo era posible que se metiera en su mente y supiera lo que pensaba? Pero decía la verdad. Ella tenía el control, podía hacer con él lo que quisiera. Y ella simplemente...

«...quiero...».

Erik se apartó de la ventana y se volvió a mirarla.

Gene respiró hondo tratando de recuperar la compostura. No debía olvidar que ese hombre le había mentado. La puso en peligro llevándola allí. Y a pesar de todo...

«... quiero que...».

Erik se acercó lentamente y se detuvo a mirarla cuando estuvo frente a ella.

El dibujo. La ilustración la asustó cuando la encontró en la biblioteca. Casi le prende fuego al cuadro al verla. Pero algo la detuvo, igual que ahora. Algo que impedía que le quitara la vida o se marchara dejándolo allí

encerrado para siempre. Podía regresar, destruir el retrato y volver a Madrid, olvidarse de Dark Garden y de él para siempre. Seguir adelante con su vida y dejarlo atrás, como si nunca hubiera existido.

«... yo quiero que...».

Erik se sentó a su lado y tomó el rostro entre sus manos con suavidad, pero obligándola a mirarlo, aunque ella mantuvo los ojos cerrados.

Sus manos eran cálidas y acariciadoras, pero la había atraído con engaños. Sin sus deseos estaba desvalida frente a él y aun así, con aquel cuchillo apuntándole al pecho, parecía tan desvalido como ella. Tan perdido... y ella.

Ella solo podía recordar los momentos en que se había sentido igual de perdida que él de niña, cuando al mirar el retrato de su amado vikingo todos los males parecían desaparecer. Desde el principio, él siempre había estado allí para ella. Formó parte de sus juegos infantiles, de sus sueños adolescentes, de sus anhelos de juventud.

Y ya entonces lo deseaba. En las frías y solitarias noches, acostada sobre la cama, imaginaba su cuerpo grande y musculoso echado sobre ella. El calor de su piel contra la suya. El abrazo, los besos, las caricias. Porque cada vez que sufría una decepción amorosa él estaba allí para aliviar su sufrimiento, para demostrarle que no todos eran tan malos, para colmarla de atenciones, para amarla, para darle...

Abrió los ojos. Estaban tan cerca ahora. Y se dio cuenta de que Erik tenía razón. Lo deseaba a él. Desde mucho antes de lo que podía recordar. Desde niña. De un modo u otro, siempre había sido él. Desde siempre.

Lo quería a él.

Con cuidado, despacio, Erik la besó. Sus labios acariciaron los de ella horadando las barreras de su alma. Se abrieron paso con sutiles caricias. Tiernos, delicados, cautelosos.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano mientras que con la otra rodeaba su cintura y la estrechaba contra su cuerpo. La mujer se dejaba hacer sin oponer resistencia. Parecía sumida en un sueño del que no llegaba a despertar. La mano se deslizó desde la mejilla bajando por el cuello, sintiendo las rápidas palpitations de la carótida. Acarició la piel hasta llegar al pecho, rodeándolo, haciendo círculos a su alrededor con el pulgar de la mano, encendiendo en ella la pasión que dormitaba en su interior. A través de la tela presionó el pezón entre sus dedos con cuidado para no hacerle daño.

Separó sus labios de los de ella para mirarla a los ojos, a los iris

verdes que brillaban enrojecidos por las lágrimas contenidas. Se inclinó nuevamente a besarla, seguro de que ella no iba a rechazarlo y, sin embargo, lo detuvo.

Se apartó de él y lo observó durante un tiempo que se le hizo eterno, tanto que Erik temió haber errado de nuevo. Pero no era eso. Y cuando al fin averiguó lo que la detenía, rogó a Dios, si es que existía uno, que sus palabras la tranquilizaran, que esa vez lo creyera sin ningún atisbo de duda.

—Yo también lo deseo.

Entonces ella lo besó a él. Enredó las manos en su pelo y lo atrajo hacia sí, bebiendo de él como se bebía de un oasis en el desierto.

Gene lo deseaba. Y ese deseo era tan fuerte que la maldición lo empujaba a estar con ella, a satisfacer sus necesidades, a amarla hasta dejarla rendida. Y eso era lo que la retenía. Saber que su poder lo obligaba a él a cumplir su voluntad porque, al contrario que el resto de sus amas, ella no quería tener semejante poder sobre él.

Si de los labios de Erik hubiera aflorado una negativa a su muda pregunta, ella no habría seguido adelante. Se habría retirado, dolida, pero con la conciencia tranquila. En cambio —*yo también lo deseo*— él también ansiaba estar con ella. ¿Qué había de malo en que dos seres solitarios se desearan mutuamente y dieran rienda suelta a ese sentimiento? Nada en absoluto. Nada.

Erik percibía sus apetitos devorándola, la necesidad de ella por tenerlo dentro, la atracción, cómo su cuerpo rogaba por estar con él, con su peso gloriosamente acoplado sobre ella. Y entonces Gene se detuvo de nuevo.

Cerró los ojos sin despegar las manos de él y se echó a temblar. No podía hacerlo. No podía acostarse con él. Que el cielo la asistiera. No podía seguir adelante con eso.

—No tienes por qué estar asustada —le dijo él sin alzar la voz apenas—. No te va a doler, te lo prometo.

—¿Qué? —Gene abrió los ojos sorprendida—. No. —Él la miró confundido—. ¿Tú crees que yo? No. —Sonrió sintiéndose absurda. Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía pensar él? ¿Quién si no alguien que no hubiera probado aún las mieles del sexo podía estar tan asustada, tan dubitativa?—. No es eso, es que yo... —Se mordió los labios.

¿Cómo iba ella a explicarle que lo que realmente la atemorizaba era volver a equivocarse? Volver a arrojarse en brazos de alguien y que la decepcionara, que la dejara total y perdidamente insatisfecha. Si no lograba

alcanzar la plenitud con un hombre que era capaz de leer en su interior, no quedaría ninguna esperanza para ella. Sabría que era un sueño inalcanzable.

Erik no iba a dejar que se echara atrás esa vez. Deslizó las manos por sus hombros hacia los brazos, retirando la tela que los cubría. Desnudando sus senos firmes, que no hacía mucho había catado por primera vez. Un contacto efímero que deseaba repetir, aunque aún no. Despacio. Debía ir despacio con ella. No la asustaría de nuevo o, tal vez, la perdería para siempre.

—Créeme, Geney, esto se me da muy bien. Deberías dejar que te lo demuestre. —La muchacha no sabía si escandalizarse o tomarlo a broma. Menudo engreído. Jamás había conocido un hombre con semejante ego.

Él, por su parte, sonrió al ver la expresión de completo desconcierto en su rostro y la abrazó aún más fuerte, volviendo a besarla. Luego la recostó sobre la cama y se inclinó sobre ella.

—Y tú deberías dejar de leer mi mente —lo acusó con la respiración agitada y la boca pequeña.

Erik la estaba desnudando con lentitud. La ayudaba a alzar el cuerpo para sacarle el camisón y lanzarlo a un lado.

La contempló mientras se deshacía de la camisa y el resto de la ropa hasta quedar completamente desnudo. Las mejillas de ella estaban arboladas y la respiración agitada hacía ascender y descender su pecho rítmicamente. Se inclinó sobre ella y comenzó a soplar sobre su cuerpo desnudo observando su reacción y cómo se le erizaba la piel. Era tan sensible. Temblaba sin ni siquiera tocarla.

Recorrió el contorno de sus pechos con la yema del dedo. Descendió en línea recta hasta el ombligo y prosiguió hasta alcanzar la goma de la ropa interior que aún llevaba puesta. Ella gimió muy bajito y abrió los ojos, que se toparon con los de él, atrapándola irremediabilmente.

Volvió a besarla y se recostó a su lado mientras una mano inquieta proseguía con el escrutinio, introduciéndose bajo la tela y palpando el encrespado vello oscuro de su entrepierna. Gene cerró las piernas instintivamente, pero él no la forzó, se apartó y se dedicó a acariciar los muslos, el abdomen, la cintura, provocándole escalofríos y nuevos gemidos amortiguados por sus besos. Iba a darle todo el tiempo que necesitara.

Se giró hacia él recostando la cabeza en su pecho y dejando que le acariciara la espalda y los hombros. Necesitaba tanto aquello, sentirse querida de aquel modo. Él la trataba con una paciencia infinita, sin exigirle nada,

adaptándose a ella en cada momento, haciendo que se sintiera reconfortada entre sus brazos. ¿Cuántas veces había estado así con un hombre? Ni siquiera lo recordaba.

Los pensamientos de la joven formaron un nudo agarrotado en su mente, tan fuertemente apretados que Erik era incapaz de desentrañarlos. Pero no importaba. No necesitaba leer en ella para saber lo que necesitaba en cada momento. Como le dijo, era todo un experto. Solo debía estar atento a las señales que emitía su cuerpo. Por eso supo que, aunque su cabeza le dijera que estaba decidida a tomar aquello que él quería ofrecerle, su cuerpo aún no lo estaba. Así que se hizo a un lado y se dispuso a darle todo el cariño y el tiempo que necesitara.

Por Dios.

Quería hacerlo, quería que ella estuviera a gusto de verdad. Y hacía mucho que eso había dejado de importarle.

Nuevamente se negó a pararse a pensar en ello. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse en aquel momento, como averiguar en qué zona del cuerpo sentía ella más cosquillas.

Gene rio al sentir los dedos de él en el costado y empezó a luchar por apartarlo y recuperar el aliento entre risas y sacudidas. Cuando consiguió separarse, se sentó con las rodillas dobladas sobre el colchón y se detuvo a observarlo.

Era al menos quince centímetros más alto que ella. Y tan ancho que ocupaba más de la mitad de la cama de matrimonio él solo. Le gustaba ver cómo se le marcaban los músculos del pecho y el abdomen bajo la piel. Apenas podía distinguir el tono de sus pezones bajo la maraña de vello negro y rizado que cubría su pecho, al igual que los brazos, las robustas piernas y... sí, allí abajo también tenía el vello oscuro. Y estaba relajado, todavía.

Él la miraba sin el más leve sonrojo, sin importarle el intenso escrutinio al que estaba siendo sometido. Podría haber empleado una lupa para apreciar cada detalle de su anatomía y él seguiría igual de reposado, con las manos cruzadas bajo la cabeza y el resto de él estirado y accesible para ella. Ni siquiera se movió cuando notó los dedos de la joven acariciar su abdomen. El tacto de su mano sobre su piel era suave y tibio, pero demasiado mecánico y tenso, por lo que percibió que ella aún no se había relajado del todo.

Gene frunció el entrecejo cuando sus dedos ascendieron por el pectoral varonil y se toparon con una rugosidad a la altura del antebrazo

izquierdo. Entonces se percató. Marcas en su piel. Cicatrices. Debían de ser antiguas, puesto que, por lo que había podido comprobar, nada de lo que le sucediera ahora le dejaba marca alguna si estaba dentro del cuadro.

—¿Qué...? —Cerró la boca.

Tal vez él no quisiera hablarle sobre ello.

—Esta es de un proyectil —contestó él, sabiendo lo que inquietaba a la incansable mente de la mujer. No era la primera en preguntar, aunque sí la primera que mostraba sincera preocupación por ello.

—Te dispararon. ¿Fue una de...? —Se mordió los labios, indecisa.

—En la guerra. Fui soldado antes de quedar atrapado por la maldición. Me dio de lleno, pero fue un disparo limpio, no causó daños graves, y me recupero rápido.

Asintió, asimilando aquel retazo de información que él le proporcionaba voluntariamente. Sus dedos siguieron explorando, topando con una serie de diminutas cicatrices, casi imperceptibles, que surcaban su costado derecho.

—Eso es metralla de una explosión, nos libramos por los pelos —explicó él sin necesidad de que ella preguntara.

Erik le tomó la mano con delicadeza y dirigió su escrutinio hacia una pequeña incisión cerca de la pelvis, luego a otra cicatriz de bala en la parte superior del muslo y, por último, a una larga y asimétrica en el antebrazo derecho.

Mientras dejaba que él la guiara, sintiendo cada pequeña imperfección de su piel en la yema de los dedos, y escuchando cómo le relataba la historia de cada una de ellas, se sorprendió de que hubiera logrado sobrevivir llevando una vida tan peligrosa.

Cuando él al fin guardó silencio, la soltó y volvió a colocar las manos bajo la nuca, dejando que fuera ella quien tomara la iniciativa. Gene continuó un rato más con su escrutinio.

Lo acariciaba con delicadeza, recorriendo cada una de las onzas que formaban su impresionante tableta de chocolate. Continuó descendiendo sin dejar de mirarlo a los ojos, como si esperara alguna reacción por su parte, pero no la logró, a excepción de una sonrisilla endiabladamente sexy bailándole en los labios. Tampoco se inmutó cuando agarró cuidadosamente el miembro viril, como si temiera asustarlo, y lo sopesó entre sus dedos sin atreverse aún a apretarlo.

—No se va a romper —le dijo él riendo.

Arrancó así una carcajada en ella, que pareció liberarla de la tensión que sentía en aquel momento.

—Bien —dijo sosteniéndole entonces con firmeza y seguridad—. Así podrá cumplir con mis propósitos. También soy su dueña, ¿no? —inquirió con cierta malicia.

Él apenas podía creerlo. Al parecer escondía una fierecilla en su interior y esta estaba comenzando a desatarse.

Siguió masajeando el miembro. Lo acariciaba de arriba abajo, presionando los extremos y sintiendo cómo se iba hinchando poco a poco en su mano, cosa que le encantó.

Erik se aventuró a dejarse llevar por ella. Normalmente, no solía ceder el control y se mantenía en un constante estado de alerta cuando se encontraba en manos de su dueña.

Manipular a alguien que tiene el poder de hacer que te tires por una ventana o tragues arsénico con un simple pensamiento no es nada sencillo. Necesitaba usar toda su astucia y encanto para lograr lo que quería o evitar lo que odiaba mientras estaba con ellas.

En cambio, con Gene, el hecho de que fuera ella quien tenía todo el control curiosamente lo calmaba.

Ahora que confiaba en él, de algún modo, le hacía sentir que podía fiarse de ella. Sabía que estaba cometiendo una absoluta y rotunda estupidez. En cuanto se percató de ello, se dijo que debería ponerle remedio. La mirada de Gene lo detuvo. Estaba pendiente de él, de averiguar si el constante masaje al que lo estaba sometiendo surtía efecto. Quería saber si él disfrutaba con sus caricias. Así que se relajó como nunca antes lo había hecho y se dispuso a disfrutar.

Sin soltarlo, utilizó la mano que tenía libre aún para acariciarle los muslos y la pelvis, esta vez con más seguridad y decisión y estremeciéndose de placer al ver cómo el rostro de él empezaba a cambiar por lo que ella le hacía. Eso la animó para ir un poco más lejos.

Su boca le transmitió calor y humedad al cerrarse lentamente sobre su pene erecto. Gruñó al sentir la presión de sus labios a su alrededor, pero se mantuvo muy quieto dejando que las sensaciones que ella le transmitía lo envolvieran, acercándole poco a poco a la más deliciosa excitación.

De repente, una imagen le vino a la memoria sobresaltándolo. Gene arrodillada frente a él en la sala de baile con la cabeza entre sus piernas y el cabello rojo enredado en su mano. Él acababa de propinarle un fuerte tirón.

Quería hacerle daño, enseñarle quién daba las órdenes. Y ella tenía lágrimas en los ojos. En sus preciosos ojos del color de las esmeraldas más puras. Y habían brotado por su culpa porque le hizo daño.

El recuerdo le hizo perder la sonrisa de golpe y notó como si un puño helado le estrujara el corazón. Agradeció a los cielos que la joven no estuviera mirándolo en ese momento. Estaba muy concentrada en tragar aquel pedazo de carne que tenía entre las piernas y que, por algún motivo, ahora le hacía sentir mal.

Su reacción inicial fue apartarse de ella y mantenerla lo más lejos posible, pero eso no haría más que confundirla, y le había costado mucho abrirse a él. Si la asustaba, echaría por tierra todos sus progresos. Y después de lo mucho que le había costado convencerla para que se fiara de él, era algo a lo que no podía arriesgarse. Esa mujer no era como las demás. No le resultaba tan sencillo comprender la maraña de pensamientos y emociones que la definían y, por tanto, debía ser muy cuidadoso en cómo se comportaba con ella.

Dobló la cintura para enderezarse y poder alcanzar el rostro de la mujer. Le acarició el pelo, logrando que centrara su atención en él, y la conminó a detenerse, atrayéndola hacia sus labios. Gene no lo entendía, pero al sentir cómo volvía a besarla y estrechaba su cuerpo con el suyo, alejó todo pensamiento cuerdo de su mente y le dejó hacer.

Erik la hizo recostar sobre su espalda y situó las rodillas a ambos lados de los tersos muslos de ella.

Gene estaba algo confundida. Sabía que Erik estaba disfrutando. Había visto cómo su rostro cambiaba, apretaba los párpados y abría los labios para dejar escapar el aire entre los dientes. Sus puños se cerraban sobre las sábanas revueltas y la punta de los dedos de sus pies se encogía de placer. Lo único que él no había movido aún eran sus caderas. Mientras le tomaba en su boca, había esperado sentir la fuerza de él entrando y saliendo de entre sus labios, pero no fue así. Permanecía muy quieto, dejando que fuera ella la que marcara el ritmo en todo momento. Y eso le gustó.

Ahora que la había detenido, no estaba segura de lo que pretendía hacer. Estaba acostumbrada a que le arrebataran el control, pero no antes de correrse en su boca con fuertes sacudidas de pelvis y los dedos engarfiados sobre su cabeza para evitar que ella se apartara.

Bastardos egoístas. Ella ya estaba harta de esos juegos. En realidad, se había jurado no volver a hacerlo con nadie, no de esa manera.

Fijó sus ojos en Erik. El hombre estaba deslizándose sinuosamente hacia abajo, besándola entre los senos, el ombligo, por encima del triángulo de encrespado vello de su entrepierna oculto aún bajo la tela, los muslos... Y con cada beso alzaba la mirada controlando el gesto de su cara, sin dejar de sonreírle y con movimientos lentos, perfectamente medidos.

Ante la muda pregunta que brillaba en sus ojos verdes, Erik inclinó la cabeza hacia un lado tras besar el inicio de una de las rodillas femeninas, alzó el cuerpo sobre ella y rozó la punta de su nariz sobre la delicada barbilla de la joven.

—Si no me equivoco —dijo él para disipar sus dudas—, tú eres la dueña y yo el esclavo, ¿cierto? —Como toda respuesta, un prolongado gemido y la tensión del cuerpo femenino cuando la boca del hombre se apoderó de la curvatura que hacía su cuello en contacto con el hombro y empezó a lamerle la piel.

Ahí también tenía cosquillas, intensas y salvajes cosquillas. Pero no quería que se detuviera.

Ya no quedaba ni rastro de la herida causada por la cadena al ser arrancada de su garganta. Ni falta que hacía. Él recordaba perfectamente dónde estaba cada una de las marcas amoratadas que teñían su piel. Las besó, las acarició con la lengua, dejando surcos húmedos allá por donde pasaba. Recorrió el hombro con la punta de su nariz hasta llegar a la clavícula, sorteando la fina cadenita de plata que llevaba colgada, y de ahí dio un rápido salto hasta atrapar uno de sus senos.

La dureza del pezón erecto e hinchado se clavó en sus labios. Usó la punta de la lengua para excitarlo y los dientes para aprisionarlo y estimularlo. La mujer gemía mordiéndose el labio inferior y enredando las manos en el cabello de él, acariciándole el cuero cabelludo sin limitar sus movimientos sobre su cuerpo. El hombre repitió el proceso con el otro seno y, tras asegurarse de haber dejado satisfechos a ambos, alzó la mirada brillante y llena de deseo para observar a la pelirroja que tenía completamente entregada bajo su cuerpo.

Ella le devolvió la mirada y un pensamiento que cruzó hasta él indicándole que no deseaba que parara. Esto lo tranquilizó y lo animó a continuar con su labor.

Descendió a base de besos y caricias con la lengua hasta que su barbilla rozó el suave monte de Venus de ella. Echó un último vistazo y finalmente se sumergió entre sus piernas, la ayudó a elevar las caderas para

retirar la última prenda de ropa que los separaba y, a continuación, se inclinó buscando el diminuto clítoris con su boca hasta que consiguió atraparlo.

La succión en aquella zona tan sensible hizo que Gene se humedeciera de inmediato. No es que el resto de sus caricias no hubieran conseguida ya que se mojara, es que en aquella ocasión fue plenamente consciente de cómo el fluido se deslizaba por sus piernas lubricándola y dejándola lista para lo que él quisiera hacerle.

Ay, demonios. Sí que iba a dejarle hacer lo que quisiera, ¿no?

La lengua la recorrió de arriba abajo en un hondo y lento lametón que hizo que disparara las caderas hacia el techo de dosel de la cama.

Definitivamente, sí. Iba a dejarle hacer lo que le diera la real gana.

Le gustaba notar las enormes y curtidas manos de él sobre sus caderas, sosteniéndola para evitar que se le escapara. El cabello le hacía cosquillas en los muslos y su boca la acercaba peligrosamente al orgasmo, aunque siempre se alejaba de su centro de placer antes de que la excitación la hiciera estallar. Le acariciaba las ingles con la punta de la nariz y la besaba con ternura en esa zona tan íntima antes de proseguir de nuevo con los mordiscos y los lametones que la volvían loca.

Sus recuerdos se abrieron desplegando los pétalos de su imaginación y haciéndolos volar en todas direcciones, volcando sobre ella cada una de los cientos de veces que lo había visto así sobre ella, dominándola con su enorme cuerpo, poseyéndola, llenándola de besos y caricias, excitándola hasta que alcanzaba el clímax más puro y absoluto. Y ninguna de ellas, ni de lejos, se asemejaba a la realidad, a lo que, en ese momento, la inundaba ahogando cada uno de sus cinco sentidos.

El olor a eucalipto le hacía cosquillas en la nariz, la brisa del mar se introducía en sus fosas nasales como un calmado oleaje, llevando hasta ella el olor del sexo de ambos.

En su lengua aún reposaba el fuerte sabor de su miembro, salado y con un ligero toque de dulzor al final de sus papilas.

Los oídos registraban cada jadeo, cada gemido, cada respiración que escapaba de sus gargantas, el golpeteo de las mejillas contra su delicada femineidad, el chapoteo de la lengua al introducirse dentro de ella.

En la retina se grababa la expresión de placer que le surcó el rostro mientras lo tenía dentro de su boca. La lujuria de los carbones que tenía por ojos, su sonrisa, su escultural cuerpo listo para ella.

Y en cuanto al tacto... no existían palabras suficientes en el

diccionario para definir todo lo que él le hacía sentir en esos momentos. La mantenía constantemente al borde de la explosión que tanto ansiaba, si seguía así mucho más tiempo acabaría por freírle el cerebro.

Y Erik lo sabía. Disfrutaba dominándola de ese modo. Dejándose embargar por la suave melodía de sus jadeos, los gemidos reprimidos al morderse los labios o hundir el rostro en la almohada, dejando su mente nublada por el placer del sexo, impidiéndole dar rienda suelta a sus deseos.

Erik quería sentirla a su alrededor, estar dentro de ella cuando por fin le permitiera acabar. Se apartó, provocando en la mujer un quejido de protesta, pero no pudo hacer nada por retenerlo. A pesar de que sus deseos, expresados inconscientemente, le impelían a hacer que se corriera, tenía margen suficiente para elegir el cómo y el cuándo. Valiéndose de aquel leve resquicio de poder, Erik se dedicó a pellizcarle los senos mientras ponía su miembro apunto. Ella le suplicaba con la mirada y él disfrutaba viéndola así, totalmente desinhibida, desmadejada sobre las sábanas blancas de la cama, rogándole con los ojos.

Cuando estuvo listo, apuntó el pene enrojecido hacia ella, se inclinó y con cuidado, muy lentamente, la fue penetrando, confirmando así que no existía barrera alguna que le dificultara el camino. Ella no era virgen y a pesar de ello seguía demostrando ciertas dudas y reticencias que una mujer experimentada no solía exhibir.

«¿Quién te ha hecho daño, criatura?».

Avanzó un poco más sin dejar de acariciarle las piernas y las caderas, el abdomen plano y terso que vibraba con cada centímetro de él que la penetraba.

Cuando al fin la tuvo dentro, Gene se alzó de la cama abrazándose a él, quedándose muy quieta. Hasta aquel instante fue capaz de mantener apartadas las dudas y los miedos, pero al sentirlo en su interior, a punto de llegar al final, todas sus fallidas relaciones pasadas se apoderaron de ella y un sudor frío le recorrió la columna, dejándola rígida y jadeante.

No podría soportar otro desengaño, no con él, con quien había sido el héroe de su infancia, el amante paciente de su adolescencia y el semental entregado de su vida adulta. No estaba preparada para que el hombre de sus sueños la decepcionara. Mejor sería detenerse ahora por propia voluntad que al final, dándose cuenta de que él tampoco era capaz de...

Entonces Erik comenzó a moverse en su interior.

La enmarañada bola de sus pensamientos se deshacía para dar forma a

un nuevo deseo. Uno que los dejaría a ambos insatisfechos y frustrados. Debía actuar deprisa y borrar la orden de manera contundente. Empleó el poder de sus besos para reconciliarlos, y se hundió en su interior tan intensa y profundamente como sus cuerpos se lo permitían.

Al principio no pareció surtir efecto. El cuerpo de la mujer estaba tenso, a punto de partirse. Enterró la cabeza en su cuello y la mordió antes de proseguir con una segunda estocada. Aquel era un punto muy sensible. Ella pareció gemir. Le acarició el costado sin dejar de besarlo a la altura de la yugular. Le hizo cosquillas y siguió bombeando lenta y rítmicamente, bloqueando el anhelo que pugnaba por salir a la luz y detenerlo.

—Vive tus sueños —le susurró al oído sin dejar de moverse, consciente de las veces que ella le invocó en sus fantasías—, déjame cumplirlos.

Cuán afortunada era. El hombre de sus sueños estaba dispuesto a darle todo cuanto ella deseaba. Se acabaron los miedos, se acabaron las dudas, solo quería sentirlo a él, fundirse con su cuerpo y alcanzar el tan anhelado y esquivo clímax.

Su abrazo se aflojó, le devolvió los besos y se inclinó hacia atrás para dejarlo entrar más profundo. Lo cabalgó sin soltarse de su cuello, sintiendo sus jadeos flotar cálidos sobre su piel expuesta.

El estallido llegó casi sin avisar. Un orgasmo demoledor recorrió cada fibra de su cuerpo. Se tensó alrededor de él aprisionándolo en su interior. Parecía que tardara una eternidad en relajarse, y entonces lo hizo. Palpitó y él pudo sentir su humedad descender sobre su miembro, que no tardó mucho más en acompañarla, bañándola a ella por dentro. Lo notaba recorrer su interior, llenarla como jamás nadie la había llenado. Y entonces llegó la réplica, dejándola exhausta y sudorosa.

Las respiraciones tardaron un rato en acompasarse y los músculos en relajarse. Cayeron agotados sobre el colchón. Él sobre ella, arropándola, llenándola de caricias y mimos; ambos estaban sonrientes, satisfechos.

Le besó los senos y rozó la ingle con la yema del dedo mientras salía despacio de su interior. El aire frío que le cubrió el miembro en ese instante le causó un gran desasosiego. Ansiaba volver a sumergirse en el cálido y húmedo interior. Allí dentro se sentía a salvo, protegido, querid...

Sacudió la cabeza centrando de nuevo su atención en ella que respiraba con dificultad a través de la boca entreabierta y dejaba caer los párpados con somnolencia.

—¿Estás bien? —No necesitaba oír la respuesta, la conocía, pero decirlo en voz alta haría que ella se diera cuenta de lo mucho que se preocupaba por su bienestar.

Gene tragó saliva y tomó una honda bocanada de aire antes de contestar con un sibilante “sí”. Luego alzó la mano y le acarició la mandíbula, la barbilla, y luego los labios enrojecidos por los besos, la cicatriz del brazo, las del costado, la de la pelvis...

—He intentado no desear nada —le dijo ella a modo de disculpa.

—Lo has hecho muy bien, criatura. Ahora cierra los ojos.

—Mmm, pero... si me vuelvo a dormir...

—No existe el tiempo aquí dentro. Descansa ahora, te llevaré de vuelta muy pronto. Tienes mi palabra.

Y esta vez, ella lo creyó.

Brandsbury 1.693

El peludo animal se arrellanó sobre la cama hecha con pedazos de seda y algodón. No se estaba mal en aquel lugar. Era oscuro y cálido como su madriguera en el bosque, con la diferencia de que no tenía salida. Por suerte tenía el estómago lleno y no hacía mucho que acababa de saciarse cerca de un riachuelo de aguas claras y cristalinas.

Al principio se asustó mucho al verse atrapado en un saco de arpillera. Su cuerpo se bamboleaba de un lado a otro de su prisión sin conocer el destino que lo aguardaba ni cuándo llegaría. Luego la abertura se había deshecho y, aunque apenas veía algo que fuera capaz de reconocer, al menos estaba solo y a salvo. No había depredadores cerca.

Se entretuvo un buen rato en escarbar las paredes de su nueva celda. Le recordaban a la madera que había bajo la corteza de los árboles, pero esta no tenía surcos, hondas ni fisuras. Era lisa y suave al tacto. Con el suelo tampoco tuvo mucha suerte, era igual que las paredes. De no ser porque sus patas se asentaban sobre él, le hubiera sido difícil distinguir lo uno de lo otro. Finalmente, dándose por vencido, se acomodó lo mejor posible en una esquina mullida y se fue adormilando.

Cuando las puertas se abrieron, la luz del sol incidió sobre sus delicados ojillos y tuvo que apartar la vista. Unos terribles alaridos lo llenaron todo y entonces supo que era el momento propicio para correr.

No reconocía a aquel nuevo depredador. Era mucho mayor de los que solían perseguirlo por el bosque y aún más amenazador. Antes de salir corriendo en busca de refugio, alzó la cola negra con distintivas rayas blancas y soltó su demolidor perfume. Si no lo ahuyentaba, al menos lo distraería el tiempo suficiente para permitirle escapar.

El depredador se llevó las patas delanteras al hocico plano y sin bigotes y emitió un nuevo alarido estridente. Entonces, aprovechó para salir

a la carrera en busca de algún rincón conocido en el que guarecerse.

Tras el poderoso grito, dos nuevos depredadores, similares al primero, se abrieron paso por una abertura en la pared y se reunieron con su líder. El animal atravesó el gigantesco agujero y dio de lleno con una caída angular por la que rodó hasta atravesar un nuevo boquete en la pared y acabar contra un prado de hierba recortada y fresca. Sin pensarlo dos veces, se puso en pie sobre las cuatro patas y huyó con el corazón desbocado de regreso al hogar, prometiéndose a sí mismo buscar otro riachuelo en el que abastecerse la próxima vez que le entrara un poco de sed.

Rowena abrió las puertas del armario que había en su alcoba. Esa tarde recibían la visita de unas primas y quería encontrar el traje adecuado. Su doncella estaba enferma y la sustituta no era especialmente ducha en la labor de elegir su vestuario. Quería engalanarse como era debido y tenía el vestido perfecto para ello. Resaltaría el color de su piel y sus ojos y disimularía los estragos que su abdomen sufrió con el parto.

En el suelo del armario, enroscada sobre uno de sus chales más finos, una asquerosa mofeta se desperezó al sentir cómo la luz entraba en el habitáculo. La mujer chilló aterrorizada. Si había algo que odiaba de su nueva vivienda en el campo eran las malditas alimañas.

Su doncella y un lacayo, que se encontraba arreglando los dormitorios para los invitados, acudieron de inmediato en su ayuda. La mofeta gruñó, alzó la cola y derramó su repugnante olor dentro del armario antes de salir a todo correr y perderse camino a la escalera.

—¡Maldito mocosó! —bramó la mujer llevándose las manos a la nariz—. Ha destrozado toda mi ropa.

La doncella y el lacayo abrían ya las ventanas para deshacerse del olor. Pero su señora tenía razón, aquel pestazo no saldría fácilmente de sus carísimos ropajes. Lo más sencillo sería tirarlo todo a la hoguera, armario incluido.

—Encontradlo. Quiero que me lo traigáis aquí y le desolléis la espalda a latigazos.

Los criados se miraron el uno al otro con resignación. Aquellas muestras furibundas se sucedían demasiado a menudo. En ocasiones, se preguntaban por qué su señor permitía que el muchacho continuara viviendo

bajo el mismo techo que su esposa cuando era obvio que no se soportaban lo más mínimo. Pero la respuesta seguía siendo un misterio para ellos.

Rowena continuó bramando y maldiciendo durante horas. Los criados corrieron de un lado a otro despejando el vestidor y deshaciéndose de los malolientes trapos. Un correo partió de inmediato con intención de detener el viaje de sus primas. No podía recibirlas en aquellas condiciones.

Los gritos se intensificarían una hora después cuando la mujer averiguara que ya no había modo de detener a sus parientes. Se presentarían allí al anochecer, quisiera ella o no.

Los niños reían alborozados escondidos en el pajar del jardín. Un muchacho moreno de unos trece o catorce años se sujetaba el estómago con fuerza mientras las lágrimas le resbalaban por las morenas mejillas. Frente a él, tirados literalmente sobre la paja, en el suelo, dos querubines de unos ocho o nueve años, con los cabellos rizados y rubios y unos ojos azules y profundos lo imitaban con verdadero regocijo.

Erik tardó un buen rato en serenarse. Cuando lo hizo, se quedó allí, sentado en el suelo, mirando a los dos niños que seguían riendo a carcajadas delante de él. Adoraba a esos dos mocosos.

A pesar de todos los intentos de su madrastra por mantenerlo apartado de sus queridos hijos, los chiquillos no dejaban de seguirlo a todas partes. Lo admiraban. Al fin y al cabo y, por mucho que a Rowena le doliera, era su hermano mayor y un ejemplo a seguir para los dos pequeños, que encontraban en él la figura paterna que siempre estaba ausente en la casa. Saber lo mucho que a la mujer le molestaba que sus hijos se relacionaran con él no hacía más que incrementar su satisfacción.

Dos años después de nacer los gemelos, la familia adquirió una mansión en el campo, cerca de Brandsbury. La casona tenía un encanto especial, apartada como estaba del bullicio de Londres y el resto de la civilización, confería el lugar perfecto para relajarse y disfrutar de algo de paz y silencio. Y así era normalmente, al menos cuando el cabeza de familia acudía allí desde la gran ciudad.

Cuando él no estaba, los niños campaban a sus anchas ignorando los berridos enloquecidos de la mujer que, incapaz de meter en vereda a sus retoños, a los que amaba demasiado como para castigarlos o alzarles la voz, e inútil a la hora de doblegar la férrea voluntad de su hijastro, pasaba un auténtico calvario cada vez que se quedaba sola con ellos. Lo cual era la

mayor parte del tiempo.

Rowena anhelaba regresar a Londres. Las tertulias en los elegantes cafés con sus amigas, bebiendo té y degustando las pastas dulces mientras las animaba una encantadora charla. Las visitas a su sastre personal que empleaba las mejores telas de la fábrica de su marido para elaborarle los más modernos y estilizados vestidos. La civilizada actitud de sus habitantes, el ajetreo y las fiestas nocturnas. Pero, sobre todo, y más que nada en el mundo, echaba en falta la mano firme del ama de llaves que cuidaba el caserón familiar.

La señora Heldgar era la única capaz de inferir algo de miedo en el muchacho y controlar su comportamiento. Pero Heldgar se había quedado en la ciudad y ahora ella debía lidiar a solas con el mismísimo demonio, pues su marido no consentía en devolverlos a Londres, siguiendo las recomendaciones del médico, que insistió, tras su arriesgado parto, en que la mujer disfrutara del reparador aire del campo.

Por Rowena, aquel medicucho podía irse al cuerno. Acababa de arruinarle la vida.

Ella, una mujer joven, en la flor de la vida, relegada a pasar sus días languideciendo en aquella soledad, con una criatura fruto de sus peores pesadillas que se encargaba de agotarla y hacerle perder la cordura. Si el infierno podía existir sobre la tierra, Dark Garden era el infierno particular de Rowena.

Los criados solo fueron capaces de encontrar a los gemelos. Erik había desarrollado una asombrosa capacidad para ocultarse durante días sin ser visto. Ya ni siquiera le temía a su tutor, el estirado señor Millestone. El hombre seguía haciendo uso de la varilla siempre que lo requería, cosa que, a entender suyo, era cada día. Y no importaba si el muchacho era capaz de memorizar la lección con puntos y comas o si leía el latín como un erudito, ni tan siquiera si resolvía los cálculos más complicados en la mitad de tiempo que cualquier otro chico de su edad. Su carácter, rebelde y prepotente, era motivo suficiente para que recibiera una paliza de cuando en cuando.

Pero eso a él ya no le preocupaba. Hacía mucho que dejó de sentir cualquier tipo de maltrato físico hacia su persona. El miedo había desaparecido y poco le importaba lo que aquellas personas que habitaban su reducido mundo pudieran pensar de él. Tan solo se comportaba en presencia de su progenitor, el único que era capaz, aún, de causarle algún tipo de

temor.

Cuando su padre viajaba a Dark Garden para descansar de sus múltiples obligaciones, el ambiente que se respiraba en la mansión era muy diferente. Los gemelos parecían perder la capacidad de sonreír. Rowena se convertía en un ángel dulce y delicado, una amante esposa y madre y la mujer más adorable del mundo. En cuanto a Erik, se limitaba a comportarse durante las comidas, que siempre eran familiares, y permanecía alejado de sus parientes el mayor tiempo posible sin meterse en ningún lío.

Por supuesto, tanto Rowena como el señor Millestone se encargaban de dar buena cuenta de su comportamiento a su padre. El hombre, sin embargo, leía con dedicación los progresos académicos de su hijo, al igual que el de los gemelos y, aunque no mostraba el menor reconocimiento a sus esfuerzos, al menos se ahorraba escuchar sus protestas o recibir sus castigos. Había aprendido muy pronto que a su padre solo le interesaba que él avanzara en sus estudios y, por fortuna, al joven no le costaba el más mínimo esfuerzo complacerlo en aquel aspecto. Para él, era una victoria que saboreaba a solas, saber que con algo tan simple se ahorraba toda la furia desatada de su padre. Y cuando él no estaba, podía resarcirse a gusto con su odiosa madrastra.

El primer año tras la muerte de su madre, Erik no lograba comprender por qué la vida era tan injusta con él. Cumplía todo lo que se le mandaba, siempre se comportaba correctamente, tal y como se esperaba de él. Era ordenado, cuidadoso con sus cosas, no desobedecía nunca. En definitiva, era un niño bueno. Pero Rowena ni siquiera se molestaba en dirigirle la mirada. Su padre solo estaba interesado en sus estudios, no mostraba el menor afecto por él y no le permitía mencionar el nombre de su madre bajo ningún concepto. De hecho, su madre desapareció totalmente de su vida al morir. Todas sus pertenencias fueron desalojadas de la casa. No le permitieron conservar ni siquiera un retrato de ella y eso era una espina que siempre llevaría clavada. Y en cuanto al servicio, se limitaban a realizar su trabajo y poco más.

Después de aquello, comenzó a darse cuenta de que debía haber algún motivo para semejante trato. Y entonces se percató de que estaba muy equivocado. No era un niño bueno. Los niños buenos son amados y queridos por todo el mundo, algo que se demostró al nacer sus hermanos. Los criados se encariñaron rápidamente con ellos y Rowena los miraba con devoción suprema. No tanto su padre, pero al menos a ellos jamás les puso la mano

encima. Así que debía ser eso. Era un niño malo. Y, por ende, debería empezar a asumirlo y portarse como tal.

Al principio fueron cosas pequeñas, como dejar de preocuparse por el estado de su ropa o molestarse en mantener sus cosas ordenadas. Mediante el sistema ensayo-error, averiguó todo lo que necesitaba saber para ser como debía ser, sin recibir castigos por parte de su padre y Heldgar. Sobre todo y por encima de todas las cosas, aprendió cómo evitar que el ama de llaves volviera a encerrarlo en el viejo cuarto de las escobas. Era el único sitio de la casa que permanecía completamente a oscuras y, aunque los hombres no tenían miedo de la oscuridad, Erik seguía desarrollando un intenso rechazo a que esta lo envolviera.

Desde que se mudaron a Dark Garden y se libró de Heldgar y la figura autoritaria de su progenitor, al fin había podido dar rienda suelta a su verdadero ser. Y lo disfrutó. Disfrutaba de cada grito, cada maldición, cada reacción desesperada de su madrastra. Su sufrimiento era lo que le daba vida y un motivo para levantarse cada mañana. Y cuando sus hermanos comenzaron a seguirlo como si fuera su líder, aquello ya fue apoteósico. Como si hubiera ganado una gran batalla. Y lo mejor es que no tuvo que esforzarse para conseguirlo, sus hermanos lo siguieron de manera natural. Y él, bueno, él no iba a negarles a los niños el placer de su presencia. Por nada del mundo. Además, debía admitir que les había cogido cariño y le gustaba tenerlos cerca. Así ya no se sentía tan solo y tenía con quién compartir sus travesuras.

—¡Querida! No debes preocuparte por eso. Somos conscientes de que vivir en el campo tiene esos.... Inconvenientes. —La sonrisa oculta bajo una mirada comprensiva estaba matando a Rowena.

La rubia se había tenido que presentar frente a sus primas con un insulso vestido gris que solía utilizar cuando jugaba con los niños para no manchar su precioso vestuario. Era lo único que se salvó del oloroso regalo de la mofeta. En cambio, sus queridas primas lucían las mejores y más novedosas galas que se podían adquirir en Londres. Y aquellos peinados. Y las joyas. Haberse arreglado tanto el cabello y lucir sus collares, sus anillos y sus pulseras con ese vestido tan sobrio habría sido todo un desacierto. Pero cuánto lo anhelaba. Ella era más joven y mucho más hermosa que sus dos primas, pero así vestida no les hacía sombra.

Rowena no había pasado más vergüenza en toda su vida. Sus primas fueron muy correctas en todo momento, pero el tono condescendiente que le dedicaron la hizo enrojecer de rabia hasta la raíz del cabello, aunque procuró disimularlo lo mejor que pudo. Sabía que, en cuanto regresaran a la ciudad, la historia correría como la pólvora y aquel desagradable incidente la dejaría marcada de por vida. La llamarían Rowena la olorosa, o Rowena la apestosa o algún mote aún mucho peor. No podría volver a presentarse en sociedad con la cabeza alta. Y en cuanto a su marido... Dios no quisiera que se enterara de aquello, pues no sabría cómo podría reaccionar.

Tenía que meter a aquel niño en vereda, fuera como fuese. Y creía saber cómo podía lograrlo.

Si algo caracterizaba a su madrastra es que sabía ser paciente y tenía un oído muy atento para todo lo que se cocía dentro de su hogar.

Esperó casi dos semanas hasta que la broma quedó olvidada y los niños ya no hablaban de ello. Urdió su plan como una araña tejería su tela, y cuando al fin estuvo preparado, lo ejecutó.

El problema de Rowena es que siempre subestimaba a Erik.

—Ya os he dicho que los fantasmas no existen. —Erik portaba una palmatoria en la diestra y llevaba a los gemelos sujetos al faldón de su camisa de dormir.

Los niños lo habían despertado completamente atemorizados. Se escuchaban ruidos en el desván de la casa y no podían conciliar el sueño. Corrieron a la habitación de su hermano y lo sacaron a rastras al pasillo.

Erik encendió la luz del corredor, junto a la escalera que subía al desván y les indicó que aguardaran allí. Su padre, sin duda, los habría obligado a subir y verificar por sí mismos que todo aquello de los fantasmas no eran más que tonterías infantiles. Afortunadamente, él no se parecía en nada a su padre.

No necesitó armarse de valor para subir el tramo que lo separaba de su destino. Realmente él estaba convencido de lo que decía. No creía en espíritus, almas, ni nada que se le pareciese. De existir, sin duda, su madre ya habría ido en su busca. Si no lo hizo es porque, definitivamente, cuando uno moría, no había nada más.

Giró el pomo y empujó la puerta hacia dentro. Al hacerlo, una

bocanada de aire le azotó la cara. Tenía un olor a rancio y a humedad. Hacía mucho que no usaban aquella parte de la casa. Iluminó la estancia con el candelabro y avanzó poniendo atención en dónde pisaba, lo último que necesitaba era tropezar con algún trasto inservible y torcerse un tobillo. A simple vista no había nada que pudiera estar provocando los ruidos. Pensó en ratas. Se esconderían al escucharlo entrar y huirían de la luz, pero sin duda debieron ser ratas.

Algo se movió a su espalda.

—Os he dicho que me esperaseis abajo —dijo con voz suave y paciente—, pero ved. No hay fantasma alguno.

Erik se giró y lo que encontró frente a la puerta, aunque no le asustó, sí que le causó cierto recelo.

—¿Quieres algo, Rowena? —La mujer sostenía un cubo en la mano.

Sonrió y a la luz de la vela aquella mueca le heló por dentro. Tenía los ojos desorbitados, el rubio cabello revuelto y el camisón se le pegaba al cuerpo como un sudario.

—Esta vez —le dijo arrastrando las palabras— vas a pagar por todas tus fechorías.

Sin darle tiempo a reaccionar, Rowena sacudió el cubo en dirección a Erik. Del recipiente brotó un líquido transparente que dio de lleno en la única luz que el muchacho sostenía en la mano y la llama se apagó. Dejó caer el inservible candil y empezó a sacudirse las ropas húmedas sin ser consciente, aún, de que la mujer escapaba por el portón, cerrándolo tras ella.

Al alzar la vista la oscuridad lo envolvió por completo. La fría garra del miedo comenzó a ascender por su espalda en dirección a la nuca. Pero había aprendido a enfrentarse a ella. Cerró los ojos, respiró hondo y los volvió a abrir, contando lentamente el tiempo necesario para que su vista se acostumbrara a la penumbra. En breve, la escasa luz de las ventanas iluminaría las sombras a su alrededor y paliaría la terrible ceguera que sufría. Cuando llegó a diez, empezó a impacientarse, volvió la cabeza hacia el lugar del que debería manar la luz de la luna y entonces la verdad lo golpeó con furia en el pecho.

Rowena había taponado las ventanas. No había ni el más mínimo rastro de iluminación que lo salvara del negro pozo en que estaba sumergido.

El corazón empezó a palparle con fuerza, las manos le sudaban y el

aliento se le congeló en los labios. La sangre, al golpear en las sienes, le causó dolor de cabeza. Sentía la necesidad de gritar, pero no debía hacerlo. No le daría la satisfacción de oírlo chillar.

—La puerta está al frente —se dijo a sí mismo—, muy cerca. Avanza, idiota.

Con un gran esfuerzo de voluntad, consciente de que si tardaba mucho más tiempo en salir de allí no podría seguir controlándose, avanzó poniendo un pie delante de otro, notando el cuerpo rígido y febril. Se dijo que podría haber ido hacia las ventanas, pero estaban tan lejos y le costaría tanto encontrar un espacio despejado por el que llegar a ellas que el miedo acabaría mucho antes con él. Desechó esa idea y siguió avanzando hacia su principal objetivo. Logró alcanzar la puerta. Palpó la hoja con las manos hasta que dio con el picaporte y lo giró. Rowena debía de haber echado la llave. Estaba atrapado. Se sintió desfallecer.

—Sigue en pie, idiota. Eres un hombre, no una niña llorona. —Pero sus palabras no lograban hacerlo reaccionar.

La fría garra del miedo recorrió rápidamente la distancia hacia su nuca, aferrándose a ella y clavándole las uñas. Oía susurros velados, roces de tela sobre la madera, sentía presencias amenazantes a su espalda. Todo estaba en su cabeza, lo sabía, no había espíritus ni sombras acechando en la oscuridad, solo estaban él y el maldito trastero.

Las rodillas se le doblaron hasta dar con el suelo y dejarlo allí tirado, encogido sobre sí mismo con los ojos ciegos girando en las cuencas de su rostro y un grito profundo que se negaba a salir de su garganta.

Algo rascó la hoja al otro lado. Erik trató de centrarse en ese sonido. Si era su madrastra, debía de estar divirtiéndose de lo lindo.

Pero no era ella.

El cerrojo saltó con un sonoro clic y la puerta lo empujó a un lado. Por el quicio, iluminados con una diminuta vela, dos cabecitas rubias asomaron al interior buscándolo.

—Mamá ya se ha ido —dijeron los pequeños al unísono.

—¿Estás bien? —la expresión de preocupación de Bernard le dio el empujón que necesitaba.

Se puso en pie, no sin esfuerzo. Estiró los labios procurando que su sonrisa resultara tranquilizadora a los pequeños y agarró la luz de manos de Aaron para dirigirlo hacia el interior del desván y que los niños pudieran mirar a su alrededor.

—Estoy bien, he tropezado con algo, nada más. ¿Lo veis? —Hizo un amplio arco con la mano mientras estiraba disimuladamente sus ateridos músculos—. Ni un solo fantasma. Nada que temer.

Los rubios aplaudieron bajito y empezaron a bajar las escaleras, seguidos de su hermano mayor. Erik necesitó aún unos segundos para que las piernas le respondieran. Rowena había estado cerca. Demasiado esta vez. Pero si creía que iba a domesticarlo usando uno de sus temores contra él es que todavía no lo conocía.

Segura de haber conseguido su propósito y con la firme convicción de que a la mañana siguiente encontraría un cachorrito desvalido y dispuesto a obedecerla en todo, Rowena regresó a su dormitorio.

Pasó de largo junto a los gemelos, que, al escuchar pasos en la escalera, se habían ocultado tras un amplio tapiz y pasaron desapercibidos para su madre.

Se deslizó entre las suaves sábanas y recostó la cabeza en la almohada, cerrando los ojos con una cálida sensación recorriéndola por todo el cuerpo.

Al amanecer sus problemas se habrían terminado. La mayoría al menos. Aún debía pensar cómo evitar que su escandaloso y oloroso secreto destruyera su reputación, pero gracias a los sucesos de aquella noche eso ahora ya no le preocupaba tanto. La victoria era dulce y pensaba saborearla como se merecía.

Acababa de quedarse dormida cuando una sensación punzante la despertó. Parpadeó pesadamente sumida aún en su sueño. Una figura estaba frente a ella con el brazo alzado en actitud amenazadora. El frío metal en su garganta la espabiló del todo.

Erik mantenía la espada sujeta en su mano y la punta de la misma apoyada en el cuello de su madrastra. No tenía intención de matarla. No era estúpido. Eso solo le causaría más problemas. Pero debía asegurarse de que jamás intentara repetir algo semejante.

Quizá había forzado demasiado la relación que tenían. Tantas travesuras, tantas maldades con el fin de vengarse del deplorable trato que recibía. Tal vez se hubiera excedido. Pero no pensaba arrepentirse por ello. Simplemente, debía volver a encauzar las aguas en su sitio.

—Arriba. —No era una petición, y Rowena lo sabía. Era una orden.

Apartó las mantas con cuidado de no tocar la espada más de la cuenta. Erik la movió lo justo para permitirle bajar de la cama, pero en ningún momento la envainó ni tenía intención de hacerlo.

Hasta ese momento, la mujer no se había detenido a observar al muchacho. Era muy joven aún. No se le podía considerar un hombre todavía. Pero era alto, casi tanto como ella. Bajo la húmeda camisola de dormir que todavía llevaba puesta y a contraluz de las velas que alumbraban el pasillo, Rowena pudo distinguir el fornido y joven cuerpo del muchacho. No había un ápice de grasa en su anatomía y los brazos y las piernas empezaban a ensancharse con unos músculos firmes y bien definidos que aún deberían desarrollarse mucho más en el futuro.

—Una sola palabra —la amenazó al ver que ella despegaba los labios— y te abriré un boquete en esa blanca e inmaculada garganta.

Su voz había cambiado mucho en los últimos dos años, perdiendo la agudeza de la infancia y ganando gravedad y profundidad y, usada en aquellos términos, casi susurrando, resultaba letal.

Rowena se dejó caer en el suelo con lentitud, de rodillas frente al protagonista de todas sus pesadillas que, al borde de la muerte como se encontraba ahora, le parecían insulsas comparadas con su actual situación. Dos gruesas lágrimas se deslizaron desde los azules ojos llenos de tupidas pestañas rubias y dejaron surcos brillantes sobre sus perfectos pómulos suavemente delineados hasta alcanzar la comisura de unos labios carnosos y sonrojados que harían, sin duda, las delicias más dulces de su esposo.

Erik centró toda su atención en ella. Allí hincada de rodillas frente a él, con el rostro empapado y la mirada suplicante al fin obtuvo su venganza por tantos años de reproches y desprecios. No esperaba sentirse tan bien. De hecho, a pesar de su firme determinación a la hora de recoger su espada y dirigirse con paso sereno hasta su dormitorio, los nervios le atenazaron el estómago.

No quería matarla. Dios lo sabía bien. Pero lo haría si ella lo obligaba, y luego huiría porque su vida allí se habría acabado para siempre. Tuvo dudas sobre si sería capaz de hacerlo. Tampoco estaba seguro de cómo reaccionaría ella. Pero ahora, al verla postrada a sus pies, sintió que algo cálido y agradable se asentaba en su estómago y le bajaba a la entrepierna.

¿Sería posible que se hubiera excitado?

El miembro, libre bajo la camisola, se irguió entre sus piernas señalándola a ella con descaro. El gesto de humillación que percibió en su

angelical rostro contribuyó a proporcionarle aún más placer si cabía, por lo que, en lugar de tratar de esconder su erección, el muchacho se limitó a acercarla aún más a la mujer y disfrutar viendo el temor en sus ojos.

Hasta ese momento no había sentido un especial interés por las mujeres. Su cuerpo había cambiado mucho en los últimos años, pero, gracias a la extensa biblioteca de la que disponía y su innato interés por todo lo que lo rodeaba sabía perfectamente a qué era debido y no le dio más importancia de la debida. Estaba acostumbrado a levantarse por las mañanas con el miembro en pie de guerra e incluso, en ocasiones, sin venir a cuento, también se le ponía dura la maldita cosa y, aunque a veces le resultaba molesto, solía ignorarlo siempre que podía. Aquella vez, sin embargo, su inoportuno miembro le había brindado un gran servicio pues, ver la cara de asco y temor de su madrastra, era como observar el más hermoso de los paisajes.

—Recuerda esto cuando te levantes cada mañana —volvió a susurrar arañando con el filo del arma la suave piel femenina—. Hace mucho que esta espada obra en mi poder. Mi tutor te confirmará, a riesgo de que no lo creas de mis labios, lo bien que sé utilizarla. El único motivo de que sigas viva es que no tengo el más mínimo interés en matarte. —La mujer pareció relajarse al escuchar esto último, pero Erik no quería que se tranquilizara, quería que le prestara toda su atención, así que, con un rápido movimiento, cortó en dos el camisón que llevaba puesto y la dejó desnuda.

Rowena se llevó las manos a los senos y la entrepierna, enrojeciendo de vergüenza. El asombro hizo que sus párpados desaparecieran de su cara y los ojos casi se le salieran de la cuenca de tan abiertos como los tenía. Temblaba de pies a cabeza y respiraba entrecortadamente sin dejar de derramar lágrimas.

Erik se relamió los labios mientras veía a su madrastra desnuda por primera vez en su vida. En realidad, aquel ángel rubio y bien formado era la primera mujer que el muchacho veía tal como Dios la trajo al mundo.

Se entretuvo un rato más de lo debido, como si quisiera grabar a fuego su imagen en su retina mientras ella apartaba la vista deseando que acabara de una vez con su escrutinio.

El muchacho dejó vagar la mirada por su nivea piel, tersa y firme a pesar del embarazo y la edad. El miembro se endureció aún más y comenzó a sentir dolor comprimiéndole los testículos. Se dijo así mismo que debería finalizar la visita y regresar a su cuarto, ella ya estaba bastante asustada y

entendería el mensaje, pero quería más. La curiosidad, unida a su repentina excitación, lo urgía a ver más.

La hoja de la espada se deslizó sinuosamente hacia la mano que mantenía ocultos sus senos, presionó indicándole que debía apartarla, y ella no se atrevió a negarse.

Dos senos redondos, que apenas le cabrían en las manos, se irguieron hacia él sugerentes. Los pezones sonrosados y ligeramente hundidos hacia dentro, como dos botoncitos oscuros sobre la blanquísima piel femenina. La punta de la espada pasó rozándolos, haciendo círculos a su alrededor. Ella se estremeció y sollozó aún más fuerte y el muchacho sintió un tirón entre sus piernas cuando vio temblar los pechos debido al llanto que la acometía.

—Si vuelves a hacer algo parecido a lo de esta noche —Se inclinó y la hoja de su arma descendió de entre sus senos y alcanzó el encrespado vello bajo el ombligo que ella ya no se molestaba en cubrir—, te amputaré cada uno de estos preciosos pechos que tienes y luego seguiré con el resto de tu cuerpo para que nadie jamás pueda volver a mirarte.

La amenaza surtió efecto, el rostro de su madrastra se contrajo en una grotesca máscara de terror, las lágrimas rodaron en cascada cayendo sobre sus pechos y sus muslos desnudos, sobre el jirón de tela que era ahora el camisón sobre el suelo.

Quería ver qué ocultaba el rizado y rubio triángulo de vello, pero los llantos acabarían por alertar al servicio y no estaba dispuesto a arriesgarse más de lo necesario. Además, la dichosa cosa que tenía bajo el ombligo no dejaba de sacudirse y doler, debía hacer algo con eso, pronto.

Retiró la espada y se giró lentamente desandando el camino hasta la puerta del dormitorio. Sin prisas, con la seguridad de quien no puede ser abatido. Y un instante después se diluyó en el largo pasillo camino a su habitación, dejando a Rowena recostada sobre el suelo y hundida en la más absoluta de las miserias.

Cerró la puerta tras él y ajustó el pestillo. Guardó el arma en su funda y tomó asiento al borde de la cama, junto a la ventana por la que se colaba la azulada luz de la luna.

Se deshizo de la camisola y contempló lo que llevaba tanto tiempo ignorando. La punta estaba brillante, enrojecida. Se cogió a sí mismo con una mano y la deslizó arriba y abajo, primero con lentitud y luego, a medida que fue cogiendo confianza, con más rapidez y seguridad.

Mientras experimentaba su primer orgasmo, Erik no podía apartar de su mente el rostro surcado de lágrimas y la expresión de absoluto horror y humillación que cruzaba los ojos azules de su madrastra. Esto, junto a las sinuosas curvas y el misterio que para él aún albergaba el cuerpo femenino, lo acompañarían muchas otras noches, convirtiéndose desde entonces en su estimulante favorito.

XI

No podía apartar los ojos de ella. Las suaves facciones de su rostro se habían dulcificado hasta el punto en que semejaban las de una niña. Su sueño era profundo y reposado. Antes de levantarse de la cama le había apartado los rizos del rostro y ahora, desde la distancia, podía observarla mejor. Las pecosas mejillas coloreadas, los labios entreabiertos y rojizos, las largas pestañas. No recordaba la última vez que se había pasado las horas muertas, en vela, contemplando a una mujer. Seguramente la respuesta era nunca.

Tras dormir un rato junto a ella se desveló, como solía ocurrirle dentro del retrato. Se dio cuenta de que estaba tendido en la cama con Gene enredada en sus brazos y sonriendo como un tonto. Entonces la dejó y se retiró de su lado.

Había eludido una conversación pendiente consigo mismo.

Gene, a todas luces, no era una mujer normal, al menos no en lo que a él concernía. Le había chillado, lo llamó mentiroso, se vio obligado a meter la mano en el fuego, trató de golpearle y casi lo mata al lanzarlo contra aquel espejo. Nada de eso importaba.

Cuando trataba de recurrir a su fantasía favorita, aquella en que la dueña del retrato yacía arrodillada entre sus piernas con la boca llena de su carne inflamada y los ojos llorosos porque él le hacía daño a propósito para hacer valer su dominio sobre ella, simplemente no lo soportaba.

Con cualquier otra no hubiera tenido el menor problema. Con algunas, incluso, lo disfrutaba largamente. Pero con Gene... bueno, sencillamente con ella no podía aguantarlo. Era incapaz de hacerle el menor daño. Al mirarla, su instinto protector se encendía y se veía impulsado a defenderla y mantenerla a salvo.

Hacía más de trescientos años que no sentía eso por nadie. Y darse cuenta de ello, recordar a la última persona con la que se había sentido así, lo hizo sentir incómodo.

Tenía que deshacerse de esas sensaciones lo antes posible. Su único propósito, su razón para vivir era hacer cuanto estuviera en su mano por

lograr que la dueña del retrato lo mantuviera fuera de él y convencerla, sutilmente, de dejarle hacer con ella cuanto él deseara.

El segundo punto con Gene ya lo tenía superado. La mujer se entregó a pesar del miedo y las dudas que sentía hacia él y lo que estaba viviendo. Incluso mantuvo a raya sus deseos para dejarle libertad en todo momento, aunque eso no impidiera que él escuchara sus pensamientos.

Y en cuanto al primer punto. Bueno, si le devolvía la casa, seguramente no tendría demasiados problemas para convencerla de que lo dejara quedarse allí fuera. Podía ser un esclavo sexual y muy servicial si se lo proponía, y más cuando estaba agradecido. Y que lo dejara libre del retrato era un estupendo motivo para sentirse agradecido.

Gene se rebulló sobre la cama buscando el abrigo de las sábanas que se enroscaban sobre ella. Cuando al fin pareció hallar la postura adecuada, se detuvo y suspiró sobre la almohada, sumida aún en el mundo de los sueños.

Erik emitió un quedo gemido al sentir un tirón en la pelvis.

Demonios. Estaba deseando volver a meterse dentro de ella.

Bueno. Claro. Él solía ser bastante más brusco en sus relaciones. Tanto como ellas se lo permitían. Estaba habituado a hacer daño, y el temor lo excitaba, pero con sus dueñas era complicado de obtener.

No le agradaba permanecer junto a ellas llenándolas de besos y caricias. Eso era útil al principio para camelárselas, pero luego ni ellas ni él lo buscaban. Solo era sexo, crudo, intenso y liberador. Nada más.

En cambio, lo que acababa de hacer con Gene...

Eso se debía a su maldición, al adormecimiento de sus sentidos durante tantas décadas. La boca de la pelirroja era dulce, suave, cálida. Sabía tan bien que no se hartaba de explorarla con su lengua. Podía pasar la vida saboreándola. Incluso entre las piernas. No. Mucho mejor entre las piernas. El sabor de Gene ahí abajo era sublime, salado y le hacía cosquillas en los labios. Le encantaba.

Estaba embriagado en su olor, su fresco aroma a flores y galletas que lo volvía goloso cada vez que inhalaba una nueva bocanada de aire.

Y era tan suave, tan caliente que no se cansaba de tocarla, quería fundir su piel con la de ella y permanecer abrazado a ella, perdido entre sus piernas y sus brazos, como lo estaba hacía unas pocas horas.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos con las manos, pisoteando de nuevo una incómoda sensación, cuya semilla había sido plantada en lo más hondo de su pecho y cuyas raíces trataban de aferrarse ahí con fuerza. No

permitiría que germinase. Era absurdo. Del todo ridículo.

Demasiado tiempo esta vez. Ya nada lo consolaba ni lo impulsaba a seguir adelante. La última vez que salió del retrato ya había comenzado a notarlo.

Sus juegos mentales no surtían ya el mismo efecto en su prisión, ni encontraba placer en causar daño o temor en su dueña. Nada le divertía. La esperanza se apagaba poco a poco, como si estuviera llegando al final de su mecha y tan solo le quedara ya hundirse en cera derretida hasta que el frío le sellara dentro de ella para siempre. Una eternidad sin sentir, sin ser. A solas con sus pensamientos.

Tan solo aquella niñita pecosa de ojos verdes y cabello de fuego que lo llamaba y le dejaba entrever un mágico mundo de sueños, donde él volvía a ser el héroe, como esa otra vez... hace siglos... en una mansión con un jardín a su alrededor donde solo ella importaba.

La niña estiró la mano sobre el colchón buscándolo a él. No una mano infantil, no. Ahora era una mano adulta, una mano que no hacía mucho recorría cada parte de su cuerpo y le provocaba placer.

Gene abrió los ojos y se estiró como un gato sobre el colchón. Lo buscó con la mirada y sonrió al verlo allí, gloriosamente desnudo, de espaldas a la ventana y mirándola fijamente.

Erik avanzó hacia la cama, se recostó a su lado y le acarició los brazos y el cuello.

Gene cerró los ojos. Nunca se había sentido mejor en toda su vida. Tan plena y satisfecha. Se enderezó para besarlo y él le correspondió. Aquella vez el beso fue más tierno que pasional, un cosquilleo agradable en los labios.

Luego ella se inclinó sobre él y lo recorrió con la mirada. Las heridas del día anterior se habían esfumado. Ni rastro quedaba ya de las ampollas en su mano o los cortes de los cristales sobre su piel, tan solo las cicatrices con las fue apresado.

Erik pudo seguir el curso de sus pensamientos con facilidad ahora que estaba tranquila y relajada. Fingió un gesto de dolor cuando la mano de ella acarició el punto en su nuca donde mayor había sido el daño. Gene se retiró de un salto y lo miró con preocupación.

—¿Te duele? —Erik se quedó pensativo un instante. Sus ojos delataban un brillo malicioso.

—Lo cierto es que sí. Creo que deberías compensarme. —Gene abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de a qué clase de compensación se

refería.

Alzó uno de los almohadones sobre su cabeza y se lo estampó a él en la cara.

—Eres un auténtico perverso —lo acusó tratando de recuperar la almohada y darle de nuevo con ella.

Erik se la arrebató de un tirón y, sin darle tiempo a recuperarse, se abalanzó sobre la mujer, sumergiéndola entre las sábanas desordenadas, y le hizo cosquillas hasta dejarla sin aliento. No podía apenas respirar y dejar de reír. El cuerpo del hombretón era demasiado pesado para ella y no lograba escapar de sus hábiles dedos. Se retorció sobre la cama mientras pensaba que aquello era lo más surrealista que le había sucedido en la vida. A pesar de todo, lo más estimulante.

—Basta, no... puedo... respirar —chilló entre risas.

Erik cesó. Se hizo a un lado dejándole espacio y quedó tumbado boca arriba, mostrando la totalidad de su cuerpo sin el más mínimo pudor. Los ojos le brillaban como a un niño travieso. Ella volvió a abrazarse a él.

—Aún me cuesta creer esto.

—¿Te refieres al retrato? —Gene asintió.

—Parece tan real.

—Eso es porque tú estás aquí. —Una leve sonrisa iluminó sus labios mientras hablaba.

—No te entiendo.

Gene se echó de costado para mirarlo de cerca, apoyando la cabeza sobre la palma de la mano, con el codo doblado sobre el colchón y pasándole una pierna desnuda sobre el muslo.

—Normalmente, este mundo es gris, vacío y no hay sensaciones. Es como si se bloquearan todos mis sentidos, como si jamás los hubiera tenido y lo único que hago es... —Erik se detuvo, consciente de que estaba a punto de hablar demasiado.

—¿Es...?

—Es... aburrirme como un condenado. Pero —logró interrumpirla antes que ella lo hiciera con una nueva pregunta— cuando tú estás aquí, todo es diferente. Hay sensaciones. Puedo paladear el sabor de tus labios, tus senos, tu... —Sonrió desviando la vista hacia el bajo vientre de ella. Gene se mordió el labio reprimiendo un gemido de excitación que le subía por la garganta, el siguió hablando para distraerla—. También puedo sentir el aroma que desprende tu cuerpo. —Pegó la nariz a su garganta y aspiró el perfume

que ya le resultaba tan familiar—. Siento... la suavidad de tu piel, el calor que despides, puedo hacerte cosquillas. —Y sin más agitó la yema de los dedos bajo la curvatura de la rodilla que había apoyado sobre él. Gene dio un respingo y luego ambos guardaron silencio.

—¿De verdad... cuando estás aquí solo... no puedes sentir nada? —inquirió ella con... ¿tristeza?

Sí. Estaba triste. Por él.

Erik se agitó bajo su cuerpo, se hizo a un lado y salió de la cama. Ella malinterpretaría su reacción, pero eso era mucho mejor a dejarle ver que... ¿qué? ¿Que la tristeza de Gene lo incomodaba? ¿Que no sabía cómo debía lidiar con ello?

—Tiene que haber algo divertido que hacer aquí —sugirió ella para cambiar de tema. Erik se encogió de hombros y empezó a enfundarse los pantalones que estaban tirados por el suelo.

Gene no había querido molestarlo con sus inapropiadas preguntas. Todo lo que se relacionaba con su prisión era un tema delicado y tendría que ser cuidadosa con lo que decía o... sí, también con lo que pensaba, al parecer.

Al despertar estaba plétórica y llena de vida, todo gracias a él y no quería ensombrecer ese dichoso momento entre ellos, las preguntas podían esperar. Encontraría el modo de solucionarlo, de hacer que riera de nuevo.

—¿Estamos... solos? —se atrevió al fin a preguntar.

—Sí. Revisé la casa mientras dormías. No hay ningún peligro si quieres dar una vuelta —la tranquilizó él acabando de anudarse el pantalón.

La mujer dio entonces un tirón a las sábanas para enrollárselas alrededor del cuerpo, cubriendo su desnudez. Se puso en pie comprobando que no había ni un solo cristal en el suelo y que el espejo volvía a estar como nuevo en su lugar habitual. Debería estar sorprendida, pero lo cierto es que empezaba a habituarse a la extraña magia del retrato.

Erik la observaba mientras la mujer revisaba el suelo a sus pies, como si buscara algo.

—A no ser que pretendas jugar a los disfraces—dijo él con sorna, agachándose en el suelo y tratando de recuperar el camisón que se había deslizado bajo la cama—, será mejor que vuelvas a ponerte esto.

Ella negó con la cabeza, a pesar de que él no la estaba mirando y posó una mano disimuladamente sobre el pomo de la puerta.

—A los disfraces no. Pero quizá podamos jugar a otra cosa.

—Tienes toda mi atención. —El hombre se enderezó en ese momento

alargándole la prenda.

No hubo acabado de pronunciar estas palabras, Gene hizo girar el pomo y salió corriendo por el pasillo huyendo de él.

Anonadado, contempló el lugar por donde la pelirroja acababa de escapar, petrificado con el camisón aún en la mano. Por un momento, temió que ella estuviera realmente huyendo de él. Luego una emoción y un retazo de pensamiento flotaron a través del aire hasta alcanzarlo y, al entender lo que ocurría, una gran sonrisa iluminó su rostro.

Tardó varios segundos en decidirse a perseguirla, dándole a ella una ventajosa distancia. Cuando al fin lo hizo, no podía creer que Gene estuviera jugando con él. Jugando de verdad, como lo harían dos amigos o dos...

La mansión era enorme, pero claro, el ala sur todavía no se había quemado y tenía casi tres veces el tamaño que ella recordaba. Por suerte, el dormitorio de Erik se encontraba en el mismo sitio que el de su tía al otro lado del retrato y, desde ahí, no le resultó difícil identificar la zona de la casa que le resultaba conocida. Gene corrió por los pasillos buscando sus escondites preferidos, ocultándose del hombre que, ansioso, trataba de dar con ella.

De vez en cuando ella daba un pequeño grito o lo llamaba desde otra planta de la casa dándole pistas de su paradero. Erik corría tras su voz, perseguía un jirón de tela que se desvanecía con la misma rapidez con que había aparecido y, en ocasiones, dudaba de haberlo visto realmente. Amenazaba a voz en grito con los terribles castigos a los que pensaba someterla cuando la encontrase, tan estimulantes y peligrosos que Gene debía hacer un gran esfuerzo para no amañar el juego y dejarse capturar, tentada de convertir aquellas amenazas en promesas de una noche apasionante.

Finalmente, Erik logró atraparla. Estaba tan próximo a ella que no le dejó otra salida que abandonar su escondite y tratar de zafarse corriendo a sus espaldas para alcanzar la puerta de la terraza, sin embargo, el largo repulgo de la improvisada túnica de sábanas blancas le jugó una mala pasada. Se enroscó alrededor de sus tobillos y la hizo caer. Por fortuna, el hombre fue más rápido y logró atraparla en plena caída, evitando que fuera a dar con sus huesos en el duro suelo.

—Te cogí —afirmó exultante mientras entrelazaba sus brazos sobre el cuerpo de la mujer, impidiendo toda posibilidad de huída.

Ella sonrió y se dejó abrazar para recuperar el aliento.

Frente a ambos, la nieve caía a través de la cristalera que daba al

jardín, los copos brillaban con la plateada luz lunar y formaban pequeños montones sobre los arbustos y los árboles.

Cada noche, desde su encierro, Erik veía caer la nieve por las ventanas. Hasta ese momento, no se había fijado en lo maravilloso que era el paisaje blanco al otro lado de los cristales. El color que adquiría con el reflejo de la noche. Supuso que la presencia de la joven tenía algo que ver en ello. De otro modo, jamás se hubiera detenido a admirar los copos blancos que caían desde el cielo.

La mujer que tenía entre los brazos, con la espalda pegada a su pecho y la cabeza recostada sobre su hombro, estaba embobada mirando hacia afuera, deleitándose con las frías esferas que formaban montoncitos en el suelo ya alfombrado de blanco. Tenía las mejillas enrojecidas por la carrera y aún respiraba con agitación, recuperándose lentamente del juego.

Gene se miró los pies descalzados preguntándose cómo sería salir ahí afuera y pisar la nieve. Era tan feliz en ese momento que le hubiera gustado estar en el jardín, dejando que los copos se pegaran a sus rizos y le mojaran la cara y los hombros. Por desgracia, pillar un resfriado le hubiera aguado la fiesta, así que se contentó con mirar desde el interior, calentita y arropada por su insólito amante.

—Espera aquí.

Erik la soltó dejándola parada frente a la ventana y se perdió por el pasillo durante unos minutos que se le hicieron eternos. Al regresar, llevaba entre las manos una prenda de abrigo de color negro.

—¿Qué es eso?

—Su capa, mi lady.

—¿Mi capa? —Erik asintió y le colocó la prenda sobre los hombros anudándosela sobre el cuello y envolviéndola en ella hasta asegurarse que estaba bien cubierta, con la sábana firmemente adherida a su cuerpo.

—Y para qué quiero yo una cap... —Se vio levantada del suelo, de nuevo en brazos del hombre, que golpeó el pomo de la puerta que daba a la terraza con el codo y se abrió paso hasta el exterior.

Gene se abrazó a él con más fuerza en cuanto sintió el frío intenso golpeándola en la cara.

—No lo has deseado. —La tranquilizó él al ver cómo la expresión de su rostro cambiaba.

—Te vas a helar —le advirtió ella, esperando que así volvieran a entrar.

—Ni el fuego, ni los cristales, ni siquiera la nieve, Gene, pueden dañarme.

Él tenía razón. Estaría bien. Así que se relajó, echó el cuello hacia atrás y dejó que los copos de nieve le bañaran las mejillas, la frente y la punta de la nariz. El pelo se llenó de pequeñas gemas blancas y brillantes que se le enroscaban entre los bucles cobrizos. Rio como una chiquilla a la que hubieran dejado saltar sobre los charcos un día de lluvia.

Erik también parecía feliz.

Gene no pesaba nada entre sus brazos y su risa era como música celestial que le alegrara el alma e iluminara la noche. Tenía los pies fríos, pues había salido descalzo y ahora podía notar la nieve calándole hasta los huesos y enfriando su piel, pero no le importó. Recordó todas las veces que había caminado por aquel mismo lugar con los pies desnudos, sin sentir siquiera los guijarros más afilados. La sensación ahora le agradó.

Un quedo gruñido hizo que la muchacha ocultara el rostro avergonzada y que Erik soltara una carcajada.

—Hora de desayunar —anunció el hombre volviendo a llevarles al interior de la casa.

—Querrás decir cenar. Es de noche. De noche se cena, no se desayuna.

—Yo desayuno siempre tras levantarme de la cama. Y tú acabas de levantarte de la cama, así que esto será un desayuno.

Gene apretó los labios no demasiado conforme.

—¿Qué tal un almuerzo? Y lo dejamos en tablas. —Él volvió a carcajearse, pero asintió con la cabeza.

Sin soltarla, se dirigió con ella hasta la cocina. Al llegar, el hombre la hizo sentar sobre una gigantesca mesa de madera que ocupaba el centro de la estancia, flanqueada, en sus extremos más largos, por sendos bancos del mismo material. Desprendió la capa de su cuerpo, tirándola sobre uno de los bancos, y luego se dirigió a la alacena en busca de comestibles que pudieran resultar apetecibles.

Tardó un buen rato, dado que llevaba siglos sin probar bocado y todo le resultaba succulento y lo volvía indeciso. De este modo, la joven pudo detenerse a contemplar los cambios que encontró a su alrededor.

Reconocía la sala, claro estaba. La mesa no existía; en su lugar, una enorme y funcional isla albergaba el horno de un lado y armarios para almacenaje de otro con dos pares de bancos altos para poder comer sobre

ella. Los muebles eran todos diferentes y modernos, aunque los azulejos de las paredes eran los mismos. Algunas marcas en la cerámica de las paredes habían desaparecido, mientras que otras seguían allí, y ella debía recordarse constantemente que estaban allí antes de estarlo en su propia casa. A veces, su mente cubría la peligrosa distancia que la separaba de tratar de dar una explicación a lo sucedido, pero de inmediato la desechara.

La magia no podía explicarse. Era sencillamente eso, magia. Y como tal permitía que ocurrieran cosas extraordinarias, como viajar al interior de un retrato y bailar sobre la nieve cuando en el mundo real estaban acercándose ya al verano. O conocer a un hombre que por fin logró hacerla llegar al clímax demostrándole así que no sucedía nada malo con ella. O...

Erik regresó en ese instante con un enorme cesto de mimbre cargado de cosas que olían deliciosas. Llevaba empanada de carne fría, embutidos, queso, una enorme hogaza de pan que parecía recién hecho, fruta, tarta de manzana, compota de melocotón y dos botellas de vino.

—¿Piensas darle de comer a un ejército? —inquirió ella divertida.

—No sabía qué podía apetecerte —arguyó él tendiéndole una copa de vino.

—Ah, ah. Si me bebo eso acabaré...

—Rendida en mis brazos —concluyó él la frase.

—Creo que te tienes en muy alta estima, hace falta algo más que una copa de vino para hacerme caer rendida a tus pies.

—¿Una buena comida? —inquirió Erik mientras depositaba los comestibles sobre la mesa junto a Gene y tomaba asiento en el banco, justo entre sus piernas.

Ella guardó silencio sin darle la razón, como si tuviera un secreto que debiera guardar, pero antes de que el hombre pudiera sonsacarle se apresuró a llenarse la boca con un pedazo de queso que él acababa de cortar.

No insistió. Se limitó a preparar y servir las viandas en un plato para que Gene las degustara y se las ofreció.

La mujer comenzó a comer con apetito, no necesitaba cubiertos para lo que él le había traído y preparado con tanto esmero. Todo estaba delicioso y en cuanto se llevó el primer bocado a la boca, se percató de lo hambrienta que estaba.

Había acabado ya con el queso, algo de embutido y la mitad de la empanada de carne cuando se dio cuenta de que él no la acompañaba.

—¿No tienes hambre?

—Aquí no necesito comer.

—No te he preguntado eso. Me haces sentir como una glotona mirándome ahí parado.

—Me gusta verte comer. Se ve que lo disfrutas.

—Venga ya. A nadie le gusta ver comer a los demás. Además, me haces sentir incómoda.

Previendo que se avecinaba una discusión, Erik tomó un trozo de queso de la cesta y se lo llevó a la boca con aprehensión.

El tacto no le resultó tan desagradable como esperaba y en cuanto al sabor, bueno, eso era mejorable, sin duda, pero al menos no le causó arcadas como le pasaba siempre que se metía algo en la boca allí dentro.

La presencia de Gene, por suerte, también tenía cierto efecto sobre ello.

No lo disfrutó tanto como ella, pero al menos le ahorró el mal trago que pasaba cada vez que tenía que ingerir alimentos en el retrato. Por supuesto, esta información no era algo que ella debiera saber.

Siguió masticando y tragando con poco entusiasmo, sin perder de vista los movimientos que hacía ella al comer. Le gustó especialmente ver cómo se relamía los carnosos labios limpiando las migas de pastel y el azúcar que quedaban adheridas a ellos, además del gesto infantil que tenía al lamerse la punta de los dedos manchados de compota.

Todo sabía delicioso, tanto que tras vaciar lo que Erik le había puesto en el plato se atrevió a repetir una segunda vez. Sin embargo, no quiso ni oír hablar del vino, se conformó con el jugo de las frutas que ingería para ayudarla a pasar la comida.

Cuando por fin estuvo satisfecha, dejó el plato a un lado y apoyó la planta de los pies sobre los muslos del hombre que no tardó mucho más en dejar el suyo, casi sin tocarlo.

—Tienes que probar el vino —la invitó él antes de que Gene pudiera interesarse por su falta de apetito.

Ella negó vehementemente con la cabeza y los ojos como platos.

La última vez, una copa de ese brebaje la había dejado fuera de combate. No pensaba beber eso de nuevo, así se congelara el infierno.

Erik se llevó la copa a los labios, se enderezó dejándola a ella sin apoyo y se reclinó hacia delante para besarla. El sabor del vino le gustó, pero no tanto como el sabor de la boca de Genevieve devorando la suya.

Gene experimentó el suave tacto de sus labios sobre los suyos,

acariciándola. Entreabrió la boca para recibirlo y, en su lugar, el líquido oscuro y templado se derramó en su interior. Erik la abrazó, introdujo la lengua entre sus dientes y ella pudo saborear la bebida y a él juntos. Era delicioso. El vino y, sí, también Erik. Erik era succulento.

Las manos masculinas comenzaron a pelear con la sábana a fin de volver a desnudarla. La tela se convirtió en su mantel y Gene en la comida que ansiaba degustar. Recostada sobre la mesa, el cabello rojizo le enmarcaba el sonrosado rostro lleno de diminutas pecas. Sus senos se alzaban como montañas listas para ser escaladas, con los duros y erguidos pezones coronando la cima. La acarició cruzando entre ambas protuberancias y dejando caer la mano en dirección al cobrizo bosque que tenía entre las piernas y que se moría por explorar.

Ahora que sabía que él no iba a defraudarla, Gene se dejaba hacer liberada de dudas y temores. Acompañaba sus caricias arqueando la espalda, buscando su contacto, respiraba agitadamente fijando sus esmeraldinos ojos llenos de deseo en él. Se abrazaba a su cuello no queriendo dejarlo escapar, separando las piernas para allanarle el camino hacia su femenina humedad.

Tan concentrados estaban el uno en el otro que el ruido de la porcelana estrellándose en el suelo los sorprendió, devolviéndoles de nuevo a la realidad que los rodeaba.

—Será mejor que subamos o te quedarás sin vajilla —jadeó ella dando un salto y recuperando la sábana.

—¿Otra carrera? —inquirió él tratando de recuperar el aliento que ella le había robado.

—¿Cansado?

—Demonio, eres insaciable —dijo él riendo con ganas—. Empiezo a pensar que fuiste tú la que planeaste todo esto para seducirme.

—Lo reconozco —asintió ella con gesto serio—, en realidad soy terriblemente perversa.

Erik salvó la escasa distancia que los separaba y la atrapó sin complicaciones. Volvió a besarla sintiendo cómo su aliento entraba en ella y la mujer se lo devolvía. La tomó en brazos y se dirigió hacia el dormitorio sin dejar de besarla y acariciar su cuerpo.

Ella le correspondía deslizándose la mano en busca del ansiado miembro viril. Lo acarició por encima del pantalón con la zurda mientras que la diestra se afanaba en mantener el rostro de él pegado al suyo. A medio camino, Erik no lo soportó más y la dejó en pie sobre el rellano de las

escaleras que estaba subiendo.

—Ya basta —le rogó con ojos de cachorrillo. Ella se burló de él, pero cedió.

La sábana cayó al suelo y descendió varios escalones revoloteando a su alrededor. Erik se despojó del pantalón y se abrazó a ella haciendo que sus cuerpos se juntaran, rozándose, calentándose hasta casi entrar en erupción.

Gene sentía el miembro duro de él golpeando contra su estómago. Deseaba volver a tenerlo dentro, sentir cómo se hinchaba en su interior y la llenaba. Erik palpaba los senos con las manos, se los metía en la boca y los mordisqueaba dejando la marca de sus incisivos sobre la suave piel femenina. Volvía a estar excitada y el hombre se daba perfecta cuenta de sus necesidades.

Tomándola por la cintura la hizo girar de espaldas e inclinarse sobre la barandilla. Gene se agarró a ella con las manos para no perder el equilibrio mientras él acariciaba sus glúteos y su espalda, pellizcaba el pezón o acariciaba la llorosa vagina.

La estaba volviendo loca de placer.

La vez anterior había sido tierno y cuidadoso, prolijo en caricias y besos, sin embargo, ahora se comportaba más como un semental. Sus manos se desenvolvían con soltura sobre su piel, como si quisiera abarcarla por completo de una sola vez. Resultaba brusco, pero a la vez procuraba no hacerle daño. La excitaba como consecuencia del peligroso juego que ella había iniciado. Y Gene no lo soportaba más. Se deshizo de él para enfrentarlo y abrazarse a su cuello. Le susurró al oído lo que necesitaba y él, sin poder dejar de maravillarse del extraordinario cambio de actitud de la mujer, no tardó mucho en darle lo que quería.

Si la primera vez habían necesitado el amor y el cariño que ambos pudieran darse, esta vez era simplemente la imperiosa necesidad de apagar una llama que los quemaba por dentro. Una llama muy viva que amenazaba con consumirlos.

Se fundieron en uno sintiéndose mutuamente. Cayeron sobre el descansillo alfombrado y se mantuvieron unidos hasta que una corriente eléctrica los hizo estremecer de pies a cabeza, dejándolos exhaustos y satisfechos.

Erik se hizo a un lado para dejarla respirar. Sus cuerpos desnudos brillaban perlados de gotitas de sudor, los pechos subían y bajaban agitados, las pupilas estaban dilatadas y los labios separados.

—Demonio —musitó él tratando de recuperarse.

Gene tan solo pudo cerrar los ojos y mantenerse concentrada en las contracciones que aún sentía y en cómo el flujo de él resbalaba entre sus piernas. El pecho le ardía por el esfuerzo, tomó una bocanada de aire y lo fue expulsando poco a poco, varias veces para recuperar el control.

—¿Debo suponer que me has perdonado? —inquirió él cuando pudo volver a hablar.

—Solo si me devuelves mi casa —bromeó ella incorporándose en el suelo. Él se rio y la abrazó apretando su pecho contra la espalda de ella.

Su contacto la hizo estremecer y temió perderse de nuevo. Se puso en pie y recogió la sábana para cubrirse con ella. El plan era tentador, pero habían perdido demasiado tiempo y necesitaba comprobar que su hogar estaba intacto antes de seguir disfrutando de su compañía.

Una leve punzada de temor cruzó su corazón al recordar la hermosa edificación de Dark Garden devastada por las llamas. Erik notó la desazón que bullía en ella y se apresuró a recoger su ropa y conducirla al dormitorio sin dejar de abrazarla.

—Cumpliré lo prometido ahora, pero será mejor que nos vistamos primero, no querrás volver a casa cubierta con una sábana.

—¡Claro que no! —exclamó ella imaginando la escena.

Erik no pudo disimular una sonrisa y se llevó un buen empujón como castigo.

Al llegar al dormitorio, Gene se afanó en recuperar su pijama, que seguía cubierto de polvo y hollín. Lo miró con desencanto sin saber muy bien qué hacer. No le apetecía volver a ponérselo, pero tampoco quería ir vestida con el camisón que Erik le había prestado para dormir. Entonces, el hombre colocó una prenda de ropa frente a ella que eclipsó su campo de visión y la hizo abrir mucho los ojos.

—¡No pienso ponerme esas ropas! —exclamó alarmada. El traje en cuestión era un vestido de tonalidades rojizas, compuesto de un corpiño con un generoso escote y una falda larga y abullonada con una abertura un tanto indecorosa.

—Muy bien, en ese caso puedes pasearte desnuda cuanto quieras, a mí no me importa. —Gene lanzó un quejido de protesta y le arrancó la prenda de las manos.

—No me lo puedo creer, este vestido debió pertenecer a alguna... una...

—¿Prostituta? —la ayudó él—. Lo siento, pero no hay vestidos decentes en esta casa. Aunque creo que te sentará muy bien.

—Si alguien me ve así, tendré que dar muchas explicaciones.

—Nadie lo hará, regresaremos directamente a la casa y podrás cambiarte de ropa. Lo prometo —añadió al ver que ella no estaba muy convencida—. Aunque quizá prefieras ponerte uno de los vestidos del servicio, son un tanto sobrios, pero...

Gene bufó con enojo, pero aceptó su palabra.

Erik ya se había enfundado unos calzones limpios de color negro, abombados en los muslos. Acababa de deslizar una camisola de color gris sobre sus hombros y estaba ocupado en abrochar el cierre cuando ella decidió, por fin, deshacerse de la sábana y enfundarse el traje.

Tuvo que pedir ayuda, pues desconocía el modo correcto de anudar los lazos que debían sujetarlo a su cuerpo. Ni qué decir tiene que Erik disfrutó sobremedida con aquella nueva labor que le permitía seguir acariciando el cuerpo de Genevieve.

Cuando al fin estuvieron ambos vestidos, Erik guardó unos minutos de silencio para ordenar sus ideas y relajarse. Debía apartar las curvas y sinuosidades de la mujer de su mente para que todo saliera bien. Gene no estaba segura de qué debía hacer o decir, así que se limitó a esperar hasta que él estuvo listo. Abrió los ojos y se volvió hacia ella tomándola de las manos, un craso error que desvió su atención a sus senos que, tal y como iba vestida, sobresalían por el amplio y generoso escote del vestido.

¿Por qué no habría hecho eso antes? Vestirla le causaba casi tanto placer como desnudarla. La tela se ceñía perfectamente a su cintura, dejaba los hombros al descubierto y le marcaba los senos como si unas manos invisibles estuvieran estrujándolos para él.

La falda era larga y llena de capas de satén y algodón rojos, pero la abertura dejaba ver perfectamente una de sus piernas desde el pie descalzo hasta casi esbozar la suave ingle. Era como un dulce que se insinuara a través de un colorido y brillante envoltorio. No veía el momento de deshacerse de él para degustar lo que había en su interior.

Al darse cuenta de dónde dirigía él su mirada, Gene enrojeció hasta la raíz del cabello y se cubrió con una mano mientras con la otra le tomaba la barbilla y lo obligaba a alzar la vista.

—Gracias —dijo él sacudiendo la cabeza para apartar la tentadora imagen. Volvió a tomarla de las manos—. Ahora debes concentrarte.

Necesito que pienses en tu deseo, pero esta vez debe ser más concreto, no como los anteriores, lo menos difuso posible. —Gene asintió comprendiendo—. Cierra los ojos. —Ella obedeció—. Piensa en la casa, en tu casa. Trata de recordar momentos previos al incendio, unas horas nos bastarán.

—¿Saldrá bien? No habías hecho esto antes. —La seguridad de la mujer se venía abajo por momentos, no olvidaba el engaño ni sus mentiras. Ni siquiera él las tenía todas consigo al llegar, pero ahora estaba seguro de que funcionaría. Tenía que funcionar. Empezaba a sentir cómo el deseo de la mujer tiraba de él.

—Lo hará —respondió asertivo.

—Pero... ¿y si cuando volvamos el incendio ya no puede detenerse? ¿Podríamos quedar atrapados entre las llamas o...?

—Criatura, los problemas de uno en uno, ¿conforme? —Gene asintió de nuevo y cerró los ojos.

A su mente acudieron imágenes del jardín de la mansión, los robustos árboles que la bordeaban, los macizos de flores y su fresco aroma. Recordó multitud de tardes pasadas en el porche junto a su tía, bebiendo zumo y limonada, devorando los pasteles y pastas que horneaban ellas mismas, bien temprano por la mañana, para el desayuno. Las briznas altas de paja que se clavaban en la falda larga cuando paseaba junto a ella. Los plumeros que le acariciaban el rostro cuando corría entre ellos.

—Ve dentro de la casa, Geney, al presente. Tu presente. Más atrás... No... Lo lamento, más atrás no funcionará.

Por un segundo pensó que, si el tiempo no era importante... su tía... ella podría volver y... pero no. Erik se lo había confirmado, no más lejos del ahora, unas pocas horas, nada más. Incluso él parecía decepcionado.

Está bien. Nada de tristezas. Debía concentrarse en el presente, el interior de la casa.

Más adentro, eso es, la entrada principal, las altas escaleras... —*no... las escaleras no... aléjate de las escaleras, concéntrate solo en la casa* —se dijo a sí misma temiendo pensar en él y desvirtuar el deseo.

El hombre sonrió al sentir a dónde la llevaban sus pensamientos, pero no dijo nada.

El largo pasillo que ardía, su dormitorio, el dormitorio desde el que había vislumbrado la peligrosa hoguera que rodeaba la casa antes de quemarla por completo.

—Tranquila —susurró él al ver cómo su respiración se volvía cada

vez más rápida y fruncía el ceño—. Recuerda lo que hiciste unas horas antes. Puedes hacerlo, desea volver allí ahora.

Unas horas antes, sí. Unas horas antes ella... ella estaba acostada tratando de conciliar el sueño, pensando en él. Le tenía miedo, pero ahora, ahora ya no le temía. Sintió como si la oscuridad cayera sobre ella. Un sobrecogedor instante en el que no pudo tomar aire y creyó que iba a ahogarse. Cuando recuperó el aliento, la cabeza le daba vueltas y las piernas le flaqueaban, pero unos brazos se entrecruzaron a la altura de su cintura y la sostuvieron con firmeza. Abrió los ojos y se topó con los negros de él, entonces lo supo. Volvían a casa.

—Estúpido mentecato. —La voz rasposa del anciano hendió el aire como la hoja de un cuchillo acerado.

—Querías resolver el problema, y ya está resuelto. —Un hombre más joven de ojos claros y cabello rubio tomó asiento frente a un gigantesco escritorio de caoba. El anciano, sobre una silla de ruedas tras la que colgaba una bombona de oxígeno, se sentaba al otro lado y lo miraba furibundo.

—Se ha liberado y está con ella, ¿cómo resuelve eso el problema? —El anciano se llevó la mascarilla que pendía de la bombona a la boca y tomó aire.

El hombre más joven frunció el ceño y la comisura de su boca se alzó en un poco disimulado gesto de desprecio. No soportaba estar en su presencia. La agónica respiración a través de la mascarilla le daba arcadas. Ya no quedaba nada del hombre fuerte y orgulloso que lo crió más que un cuerpo enclenque lleno de manchas oscuras y un rostro ajado y macilento con una sempiterna mirada de decepción en los lechosos ojos. Seguía vistiendo sus carísimos trajes de Armani, pero ahora le quedaban holgados, semejando una carcasa alrededor de su cuerpo.

—Ambos deberían haber ardidado en el in... —El anciano golpeó el puño contra el escritorio haciéndole callar. A pesar de su enfermiza constitución, la ira parecía darle fuerzas. El joven guardó silencio y apretó los puños conteniéndose.

—Muerto no me sirve. Atrapado para siempre no me sirve. La joven, muerta, no me sirve. —Forzaba las palabras soltando el aire lentamente por la boca. Como si las tuviera atragantadas en la garganta—. No me importa lo

que debas hacer. Pero tráelos aquí antes de que sea demasiado tarde. — Volvió a aspirar por la mascarilla—. No dejaré que otra vida inocente recaiga sobre mi conciencia o la tuya si puedo evitarlo. Tenemos una familia a la que proteger. No lo olvides.

El hombre se puso en pie y abandonó la estancia sin mediar una sola palabra más. El viejo se dejó caer en el respaldo de la silla y la hizo girar hasta quedar mirando por el amplio ventanal que tenía a su espalda.

Frente a él, un amplio prado por el que cabalgaban una mujer joven y una niña de unos siete años ajenas a toda la discusión. Centró la vista en la pequeña. Reía y se abrazaba al cuello del poni que montaba. Tenía el cabello oscuro y los ojos de un azul profundo. Muy por el contrario que su madre, que lo tenía castaño, al igual que los ojos.

Siguió maldiciendo por dentro hasta que un leve movimiento a su izquierda llamó su atención.

—¿Lo has oído?

—Sí, abuelo.

—¿Estás segura de que no se ha destruido?

—Está bien. Si hubiera ardido, lo sabría.

De entre las sombras, tras una altísima y robusta estantería llena de libros, apareció la figura de una mujer que apenas acababa de abandonar la adolescencia. Tenía el cabello oscuro y lacio y los ojos de un azul intenso. Se situó junto al hombre y dirigió su vista hacia el prado. Su rostro era una máscara indescifrable, como una escultura tallada en mármol blanco.

—¿Y ellos?

—Bien, por el momento. —Su voz denotaba cierto sentimiento de alivio que no pasó desapercibido al anciano.

—No te hagas ilusiones, querida. Si está viva y no se aviene a razones, seguirá siendo un problema que habremos de solucionar.

—Ni siquiera le habéis dado una oportunidad.

—Agradéceselo al cabeza hueca de tu tío. Ya no es tiempo de oportunidades.

La muchacha volvió la mirada hacia el anciano. La apenas verla atado a aquella silla, pero le apenas aún más ver cómo la venganza le carcomía las entrañas y escupía cada gesto de amabilidad y cariño que hubiera albergado alguna vez.

El hombre rubio había alcanzado a la mujer y a la niña al otro lado de la ventana. Tomó a la pequeña en brazos y besó a la mujer antes de volver a

depositar a la pequeña sobre su poni y alejarse en dirección al coche.

—¿Has sentido algo más?

—Solo las llamas, abuelo. Nada más. No te preocupes.

El anciano se giró hacia la muchacha y le alargó la mano para que ella la tomara entre las suyas. Arya no se hizo de rogar, se acercó a la silla de ruedas y aferró la mano de su abuelo con cariño, dándole un fugaz beso en el dorso. El hombre sonrió, y por un momento Arya volvió a ver a la persona que era en el pasado, un hombre dulce, lleno de cariño y nobleza a quien la vida había dado un duro revés en varias ocasiones, mermando la bondad y gentileza que albergaba.

—¿Sabes que esto lo hago por ti y por ella? —Señaló a la pequeña jinete con un gesto de la barbilla.

—Sí, abuelo. Lo sé perfectamente. Es solo que...

—Está bien, Arya. —El anciano se desembarazó de su amarre y se colocó de nuevo frente al escritorio, tomando unos papeles y una pluma para seguir donde lo dejó antes de que su hijo apareciera en el estudio—. Retírate. Tengo mucho que hacer todavía.

Arya inclinó la cabeza y salió del cuarto sin decir nada más. Cerró la puerta sin hacer el menor ruido y se dirigió de camino a su dormitorio. Una vez dentro, echó el pestillo a la puerta y se dejó caer al suelo. Había más, mucho más en aquella visión, pero era un secreto que debía guardar.

Erik y Genevieve estaban a punto de modificar el tiempo y los recientes sucesos que acababan de vivir. La discusión entre su tío y su abuelo se diluiría en el intrincado entramado del tiempo y el espacio y tan solo ella lo recordaría y, siendo así, el silencio sería su mejor arma.

Apretó los dientes, llevó las rodillas al pecho y se abrazó con fuerza. El cambio estaba a punto de acontecer. Las náuseas ya le subían por la garganta y la visión se le nublaba. Era la primera vez que ocurría algo así y no estaba preparada, con todo, lo soportaría y guardaría el secreto.

La habitación se sacudió a su alrededor. Se vio privada de oxígeno y perdió totalmente el sentido de la orientación. La gravedad tiraba de ella desde todas partes y ninguna. Creyó estar a punto de desgarrarse, deshacerse en moléculas, átomos o incluso partículas más pequeñas y perderse en la nada.

Y cuando comenzó a temer que aquello no tendría final, se desmayó.

El mullido colchón bajo su espalda la sorprendió. Tardó un segundo en despegar los ojos hinchados por el sueño y abrir los párpados. De un salto, sintiéndose aún adormilada, como si llevara horas acostada, bajó de la cama, encendió la luz y se vio así misma con el pijama que llevaba puesto justo antes de que se originase el incendio. Al ser consciente de esto, todo su cuerpo se cubrió de un sudor frío y paralizante.

«No. No, no, no, no, no. Por favor, no. Otra vez no. Ahora no».

No podía creerlo. Esta vez no.

Se pellizcó el dorso de la mano. Dolió.

Miró a su alrededor como si esperara que cada objeto de su habitación se convirtiera en humo y desapareciera de su vista. No ocurrió.

Era como si nada hubiera sucedido. La casa estaba intacta, sí, y eso la complacía más de lo que se atrevía a admitir. Pero ella debería llevar puesto un colorido vestido de prostituta en ese momento, no el pijama que había dejado tirado dentro del retrato cubierto de ceniza y que estaba perfectamente limpio ahora. Debería sentir aún el escozor entre las piernas causado por las salvajes embestidas de Erik, no una almohadillada sensación de somnolencia.

No estaba bien. No estaba nada bien.

Sintió pánico. Se quedó congelada en medio de la habitación sin saber qué hacer.

No supo qué le daba más miedo, si la posibilidad de estar volviéndose loca o el hecho de haberlo perdido para siempre. Ahora que por fin se había convencido a sí misma de que todo era real, de que él era real.

No podía ser simplemente un sueño. Su tacto. Su olor. Su sabor. Lo recordaba de manera muy vívida. Podía traerlo de regreso a su mente y a su cuerpo. Sentir sus caricias, sus besos, como si le estuviera ocurriendo en ese mismo instante. No podía ser más que un sueño. Si lo era... significaría que se estaba rompiendo en pedazos.

La cabeza le daba vueltas. Su mundo parecía plegarse sobre sí mismo, girar, como si viajara de regreso al retrato. La imperiosa necesidad de dar rienda suelta a la agonía que la estaba quemando por dentro la llevó a hacer lo único de que era capaz en ese momento.

Echó a correr hacia el pasillo, atravesó la corta distancia que la separaba del dormitorio de su tía y empujó la puerta con tal ímpetu que el pomo golpeó la pared desconchando la pintura y dejando una incisión en su lugar.

Las piernas le flaquearon, gritó su nombre y sintió que perdía la batalla, que su cuerpo se derrumbaba buscando el suelo a sus pies.

Acababa de materializarse en la habitación. Giró el rostro buscándola a ella en la penumbra. Su miedo le golpeó al mismo tiempo que la puerta chocaba contra la pared y una temblorosa figura gritaba su nombre.

Erik se abalanzó con los brazos extendidos y logró capturarla antes de que las rodillas golpearan el duro suelo. La atrajo hacia su cuerpo, estrechándola con fuerza y procurando sosegarla.

Gene se dejó abrazar. El intenso aroma a eucalipto y brisa marina la envolvió al tenerlo junto a ella y solo entonces pudo tomar una honda bocanada y llenar así al fin los pulmones. Estaba allí. No en su mente. Estaba en la habitación, con ella. Tan real como el aire que inhalaba. Tan sólido como el frío suelo a sus pies.

—Tranquila, criatura. Estoy aquí, no voy a ningún lado.

—Me desperté en la cama. —Hablaba entre hipidos, procurando controlar el llanto mientras se decía a sí misma que últimamente lloraba muy a menudo—... No estabas y... nada había cambiado y... no llevaba puesto... ese absurdo vestido y yo... Yo pensé.

—Creíste que lo habías soñado —acabó él en su lugar.

Gene asintió, se separó de él secándose los ojos con el dorso de la mano.

—Debo parecerte una maldita histérica. No paro de chillar y llorar por todo.

—Bueno —le alzó la barbilla—, lo cierto es que tienes unos ojos preciosos cuando lloras.

—Debe de ser cierto —rió ella— porque Dave opina lo mismo que tú.

—¿Dave? —Erik se echó hacia atrás alertado. No le gustó la forma en que Gene había pronunciado aquel nombre.

Pero la mujer no contestó, en lugar de ello se puso en pie de un salto y se apresuró a tomar el reloj que descansaba en la mesita de noche. Aún tenían tiempo. Al menos unas dos horas antes de que todo comenzase a arder.

—Tenemos que darnos prisa. El fuego, Erik. Todavía tenemos que impedir que Dark Garden arda.

La mujer se dirigía ya hacia su armario y estaba empezando a sacar algunas prendas de ropa de su interior.

Erik tuvo que almacenar aquel nombre en su memoria para otro momento. Lo principal era averiguar dónde y cómo se produciría el incendio

y detenerlo. Si no, estarían como al principio y no quería arriesgarse a tener que repetir todo el proceso, pues no estaba seguro de que funcionase de nuevo. Esta vez le costó más de lo normal abandonar el retrato. Había tirado de él con inusitada fuerza, como si no quisiera dejarlo marchar.

Mientras cruzaban la barrera que separaba un mundo de otro dejó de sentir la cintura de Gene entre sus manos y temió haberla perdido, haberla dejado atrás. Al aparecer en su antiguo dormitorio y no verla a su lado, el miedo de ella volando hasta él casi le hizo soltar un suspiro de alivio y, por lo que acababa de comprobar, el sentimiento era mutuo.

Escuchar sus gritos llamándolo, a pesar del desgarrador tono de su voz, le causó felicidad. Ella lo quería a su lado. Y cuando volvió a tenerla pegada a su pecho, llorando a lágrima viva, pudo respirar de nuevo.

Su ama estaba sana y salva y lo quería junto a ella. No volvería a su prisión, al menos no por ahora. Y era ese, y no otro, el único motivo posible capaz de explicar lo que sintió al verla. O eso se dijo él.

Tampoco es que fuera a hacerse ilusiones. Tarde o temprano, ahora que sabía lo que él podía ofrecerle y cómo debía pedirlo, Gene acabaría utilizando el poder del retrato como hicieron todas las demás. Volvería a ser una marioneta en manos de esa mujer y viviría con ello hasta que muriera o acabara cansándose de él y lo desterrara de vuelta a su mundo. Siempre ocurría lo mismo, y no había motivo para pensar que esta vez fuese a ser diferente.

—Iré a por unas linternas. —En un visto y no visto, Gene había mudado el pijama por unos vaqueros, una camiseta azul marino y unas bambas a juego, a rayas azules y blancas y ya estaba lista para la acción—. Echaremos un vistazo primero y si no encontramos nada llamaré a Dave. —Erik frunció levemente el ceño al volver a oír el nombre—. Él traerá a los bomberos y así al menos estarán prevenidos para sofocar el fuego.

—Está bien. —Se puso en pie y la acompañó camino a la escalera, en dirección a la planta baja—. Espérame en la casa, yo echaré un vistazo y...

—No pienso quedarme aquí. —Estuvo a punto de chocar con ella. Tenía las manos en la cabeza, recogándose el pelo en un moño a la altura de la nuca, cuando se detuvo de repente para poner los puntos sobre las íes.

—No debes asustarte, voy a estar aquí al lado —dijo él malinterpretando sus palabras.

—¿Quién ha dicho que tenga miedo? —Se rebeló ella volviendo a bajar las manos—. A lo que me refiero es que juntos abarcaremos más

terreno en menos tiempo. No sabemos qué provocó el incendio, ni cómo pasó, hay muchas cosas que pueden salir mal. No voy a quedarme aquí sentada esperando que mi casa vuelva a arder.

—Si fue provocado, y así lo creo, los artífices tal vez estén ahí fuera.

—Razón de más para ir juntos. Podrías necesitar ayuda.

—¿Acaso sabes luchar? —La siguió sabiendo perfectamente la contestación a esa pregunta mientras Gene se metía en la cocina y rebuscaba rápidamente en los cajones.

—No. Pero imagino que tú sí. ¿Me equivoco? —Por toda respuesta, él se cruzó de brazos y adoptó una posición firme y orgullosa. Gene puso los ojos en blanco y luego le tendió una de las linternas que acababa de encontrar.

—¿Qué es esto? —La pelirroja masculló una maldición. Olvidaba que él no era de este siglo.

Agarrándolo de la muñeca para evitar que la retirara, pulsó el interruptor mostrándole cómo hacerlo. De inmediato, un fuerte haz de luz surgió del tubo metálico que Erik tenía en la mano. De la sorpresa, casi lo dejó caer, pero reaccionó con rapidez y pudo sujetarlo a tiempo.

—Bienvenido al siglo veintiuno.

—¿Veintiuno? ¿En qué año estamos? —inquirió con curiosidad tratando de hacer cálculos acerca de la época.

—Dos mil trece. —El hombre casi se atragantó al escuchar la cifra—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que... no pensé que hubieran pasado tantos años desde la última vez.

—¿La última vez que estuviste fuera? —La joven se detuvo a mirarlo. Por algún motivo, no se había planteado la posibilidad de que Erik llevara más de unas decenas de años encerrado. Cuando escuchó la cifra, casi se cae al suelo de la impresión—. Por Dios santo, Erik, eso es... es más de siglo y medio.

¿Era posible? En fin, no es que no supiera que llevaba una cantidad exorbitante de años atrapado, ochenta o noventa, tal vez. Pensar que habían pasado más de ciento cincuenta años... Eso eran varias vidas. Y no había vivido ninguna de ellas en todo ese tiempo. Bueno, ¿y qué esperaba? No existían garantías con su maldición.

¿Cuánto podía cambiar el mundo en ese tiempo? Sin duda, debía ser casi tan extraño como viajar a otro planeta. Por desgracia, en aquellos

momentos no tenían tiempo para sentarse delante del portátil y abrir la Wikipedia. Tendría que esperar a que el asunto del incendio estuviera resuelto.

Tras sacar un par de cuchillos de hoja larga de otro cajón y darle uno a Erik, la mujer se encaminó derecha al salón con la intención de salir desde allí a la terraza del jardín y buscar señales que indicaran que se iba a producir una catástrofe en poco menos de hora y media.

—¿Gene?

Erik alzó el cuchillo intrigado y ella, encogiendo los hombros, dijo:

—¿Qué? Tú mismo has dicho que los responsables pueden estar ahí fuera. No pienso ir por ahí con las manos desnudas. Y estoy segura de que vi una sombra moviéndose cerca de la valla.

Dicho lo cual salió por la puerta en dirección al jardín.

Erik se enfundó el cuchillo en el cinto del pantalón y la siguió. No iba a permitir que la mujer empleara el arma. Había que estar muy preparado para arrebatarse la vida a alguien. Pensó discutirlo con ella, pero se dio cuenta de que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión con respecto al cuchillo, así que se limitó a seguirla con la esperanza de poder intervenir a tiempo si fuera necesario.

Momentos después, ambos caminaban alrededor de la casa. Gene dirigía el haz de luz a cada sombra y recoveco, buscando cables pelados, alguna botella con restos de alcohol o gasolina o cualquier otra cosa susceptible de hacer arder la edificación. Aunque no esperaba encontrar nada de aquello.

—Ahora entiendo que el fuego se propagara tan deprisa. —Estaba inclinado sobre el suelo arrancando algunos rastrojos con la mano.

—¿A qué te refieres?

—Están muy secos y prenden con facilidad. No tardaría más de unos segundos en rodear la casa. Seguramente, ascendió por las enredaderas y alcanzaría alguna ventana abierta.

—Entiendo. Pero ahora no queda tiempo para acabar de desbrozar el jardín, así que tendremos que pensar en otra cos... —El hombre la había interrumpido con un gesto de la mano.

—He oído algo.

—¿El qué?

—No estoy seguro, jamás había escuchado algo así, pero sé de dónde provenía. Vamos.

Lo siguió varios metros sin poder evitar volver la vista hacia su casa, como si mientras ellos se alejaban la dejaran desprotegida y pudiera volver a perderla. Atravesaron el jardín de la casa, salieron por una abertura en la valla trasera que bordeaba Dark Garden y caminaron varios metros más entre la vegetación circundante.

Unas voces masculinas al otro lado de la valla que delimitaba el jardín de Dark Garden la alertaron e hicieron que ambos se detuvieran. Erik le hizo una señal y ella asintió comprendiendo.

Se agacharon deslizándose tras unos arbustos hasta el lugar del que provenían las voces. Al asomarse pudieron ver a tres personas, hombres por el tono de su voz. Sus rostros estaban cubiertos por sendos pasamontañas. El ruido que Erik había escuchado debía ser el de la camioneta. Aún se percibía el sonido del ventilador refrescando el motor recién apagado. En la parte trasera pudieron ver varios bidones de gasolina y antorchas de madera.

—No perdamos más tiempo —dijo uno de ellos.

—T.J. llegará en veinte minutos. Lo esperaremos. Además, me ha parecido ver luz hace un momento. Habrá que ir a echar un vistazo.

Gene se mordió los labios, furiosa, hasta que Erik le tomó la mano y se la apretó. Al notar que él estaba a su lado pareció tranquilizarse, sin embargo, tenía el ceño fruncido e inclinaba la cabeza a un lado tratando de escuchar mejor lo que los hombres decían.

—Va a ser un bonito espectáculo —Rio otro—. Prenderá como un farolillo gigante.

—Basta de bromas. Vosotros dos, id a dar una vuelta y aseguraos de que no hay nadie más por los alrededores. Pero no os acerquéis a la casa hasta que llegue T.J. ¿Está claro? —Ambos asintieron y se alejaron en direcciones distintas para rodear la casa.

El que daba las órdenes se metió con rapidez en la camioneta. Gene pudo verlo sacar un móvil de la guantera y marcar un número. Por desgracia, el vehículo amortiguaba los sonidos y les impedía escuchar la conversación. No resultaba prudente acercarse más. Era hora de marcharse.

Desanduvieron los pasos dados con precaución, no querían ser descubiertos por ninguno de los dos hombres que revisaban los alrededores.

Gene estaba fuera de sí. Había oído historias en el pueblo. Un grupo de niños que se divertían prendiendo fuego en los pastos y huertos de los alrededores. Sacaban fotos del espectáculo y luego las subían a internet. Traían de cabeza a la policía, pero ¿una casa? Tal vez pensaran que estaba

abandonada. Desde el exterior podía llegar a dar esa impresión, dado lo crecido de la maleza y lo desgastada que estaba la pintura. Aunque, tal vez Erik tuviera razón, tal vez solo intentaban quemar los rastrojos de alrededor y el fuego acabó alcanzando la fachada.

—Voy a llamar a Dave ahora mismo —dijo exasperada—. Si esos niños se creen que pueden salir indemnes, están muy equivocados. Esta vez irán derechos al trullo.

—Tranquilízate, solo son tres, regresaré y me desharé de ellos uno a uno. Tú qued...

—¡No! —dijo ella aterrorizada solo con la idea—. No puedes ir por ahí dándole palizas a la gente.

—Por supuesto que puedo —se defendió con tono ofendido—. Los noquearé y me encargaré de que no causen daño alguno.

—¿Como noqueaste al vi... al ladrón que me asaltó?

Se dio cuenta que iba a tener que hacer algo con ese problema suyo para pronunciar aquella palabra. Pero no ahora, ahora tenían problemas más urgentes que resolver.

—¿Qué tiene de malo? —No entendía nada. Se deshizo del violador y ahora se desharía de aquellos tres pirómanos y ella estaría a salvo. Fin de la historia.

—Escucha —empezó ella tratando de serenar su tono de voz o acabarían chillándose el uno al otro—, ya no estamos en mil seiscientos noventa. No puedes ir por ahí dándole palizas a la gente, y menos aún si piensas dejarlos al borde de la muerte. Si hay un problema, recurrimos a la policía, ellos se encargan de mantener el orden y hacer que se cumpla la ley.

Erik seguía sin estar para nada convencido, así que ella tuvo que darle otro motivo para evitar que saliera corriendo a enfrentarse a aquellos chicos.

—El hombre al que atacaste... Dave me dijo que no pudo darles una descripción tuya. De haberlo hecho, tendrías a todo el departamento de Brandsbury buscándote, aunque solo sea para tomarte declaración. Y eso no sería lo peor, tal vez pudieras escaquearte de ellos inventándote una historia sobre quién eres y qué hacías en mi casa a esas horas de la noche. Lo peor — Y ahí hizo un inciso uniendo las manos como si rezara y señalándole con los dedos—, lo peor sería que te acusaran de agresión y quisieran llevarte a juicio. Podrías acabar en la cárcel, y así solo lograrías cambiar una prisión — Señaló hacia arriba, hacia el dormitorio de su tía, donde se encontraba ahora el retrato— por otra. ¿Quieres arriesgarte a eso?

La miró hondamente, como si tratara de asimilar todo lo que ella acababa de decirle. Aunque algunas de sus palabras no las comprendía, el mensaje estaba claro y, sin embargo, no había menguado su determinación, seguía pensando que perdían el tiempo hablando cuando el problema podría estar ya resuelto. Solo necesitaba unos minutos y acabaría con la amenaza. La policía podría tardar horas.

—Vale. —Dejó caer las manos con resignación—. Tal vez a ti te dé igual ir a la cárcel o creas que eres intocable, no tengo la menor idea. Pero te diré algo. A mí sí que me aterra que me encierren. Así que si no quieres hacerlo por ti, ¿podrías hacerlo por mí?

—¿Lo deseas? —inquirió, apretando los puños en espera de su respuesta, como si sus próximas palabras se trataran de una maza que todavía no hubiera descargado.

—Te lo estoy pidiendo, Erik. No es una orden. —Gene empleó el mismo tono que usaría si le estuviese hablando a un niño con el que tratara de razonar.

No sabía qué debía hacer. Por un lado, tenía la necesidad de salir fuera y detener a los pirómanos que amenazaban la felicidad de esa mujer. Ardía de rabia al pensar que seguían libres y planeando cómo quemarlo todo cuando él era capaz de terminar con ellos.

De otro, Gene se lo estaba pidiendo. Lo había dicho. No era una orden. Y saberlo le causaba una extraña sensación. También se veía impelido a cumplir su petición, casi tanto como sus deseos, pero, en esta ocasión, no había un mágico hilo tirando de él y obligándolo a hacerlo, era otra cosa mucho más profunda y personal e igualmente perentoria.

Dejando escapar un suspiro de entre sus labios, tomó una decisión.

—Está bien, Geney, lo haremos a tu manera. Vayamos a buscar a ese... ese como se llame y traigamos a tu policía aquí. Pero que se den prisa o me ocuparé yo. No voy a dejar que escapen.

—Su nombre es Dave —informó—. Y no hará falta ir a buscar a nadie. Usaré otro invento del siglo veintiuno y lo llamaré.

En un parpadeo, la mujer desapareció por la puerta, dejándolo a solas en el comedor, y se encaminó a la biblioteca en busca del teléfono para realizar su llamada.

Solo eran tres. Tres hombres, nada más. No necesitaba un maldito ejército para deshacerse de ellos. ¿Matarlos? Podía evitarlo. Pero les dejaría tantas secuelas que se arrepentirían del día en que decidieron poner un pie en

la residencia de su pelirroja.

¿Y qué era lo que se lo impedía? Bastaba con que saliera ahí fuera, encontrara a esos ilusos y ¡bum! Problema solucionado. Entonces, ¿por qué no lo hacía? Estaba allí para eso, ¿no? Devolverle su hogar no consistía en retroceder en el tiempo y dejar que lo volvieran a quemar. Era él quien debía evitar que sucediera. Ese era el trato. ¿O no?

Golpeó la mesa del comedor con el puño cerrado. Dolió. Se miró los nudillos y sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? ¿Era orgullo herido acaso? Él ya no tenía orgullo que herir, lo habían maltratado y pisoteado a lo largo de los siglos.

Gene quería que se quedara ahí quieto sin hacer nada. Ella daba las órdenes. Bien, eso haría. Nada de salir de caza esta vez. Tan solo obedecer y tener a su ama contenta para que no lo mandara de vuelta a la celda sin barrotes que había sido su hogar los últimos... Por Dios... ni siquiera quería pensar en la cifra. Le daba vértigo cada vez que la recordaba.

Arrojó la linterna y el cuchillo sobre la mesa y tomó asiento en una silla de espaldas a la puerta. Con la vista fija en el jardín oscuro que se extendía frente a él. Esos tipos merodeaban por los alrededores, mejor sería vigilar mientras llegaba la caballería. Al menos así, se mantendría ocupado en lugar de pensar en cosas que no tenían que estar pasando por su cabeza.

Davis no estaba en la comisaría, pero Betty, la recepcionista, sí. En menos de cinco minutos había dado la voz de alarma y varias patrullas, con los bomberos pisándoles los talones, se dirigían hacia Dark Garden a toda velocidad.

Gene regresó al comedor mucho más relajada. Erik la esperaba sentado en una de las sillas, con la mirada perdida en el jardín, los brazos cruzados sobre el pecho y un mohín de disgusto en el rostro.

La mujer se le aproximó y le rodeó el cuello con los brazos, feliz de que hubiese aceptado sus condiciones sin discutir y, sobre todo, sin tener que obligarlo a ello.

—Ya vienen de camino. No tardarán mucho en llegar.

—Bien. —Erik no cambió de postura y el tono de voz que empleó fue seco e impersonal.

Gene, a su espalda, puso los ojos en blanco.

Por Dios, a veces se comportaba como un crío pequeño.

—¿Estás enfadado? —No contestó.

Gene se retiró para rodear la silla y situarse frente a él, irrumpiendo en

su campo de visión. Depositó el cuchillo y la linterna que aún llevaba encima sobre la mesa, al lado de donde Erik había dejado las suyas. Se inclinó hasta pegar su nariz al rostro de él y guiñó los ojos como si escudriñara en su interior.

—Tus pensamientos me dicen que sí estás enfadado.

—Tú no puedes leer mi mente —la corrigió.

—Tal vez no, pero al menos he conseguido que me dirijas la palabra.

Sabiéndose vencido, alargó los brazos para agarrar a la mujer por la cintura y sentársela sobre las piernas.

—¿Sabes que eres una jovencita muy lista?

—¿Y tú que eres un gruñón? Me gusta más cuando sonríes. —Erik no pudo contenerse y estiró los labios hasta formar una sonrisa que ella aplaudió dándole un sonoro beso en los labios—. Mucho mejor, señor Blair. Infinitamente mejor.

Tras unos minutos de silencio, en los que Erik no dejaba de vigilar el jardín, volvió a hablar.

—Tal vez deberías subir arriba. Creen que estoy sola en casa. Podría ser complicado explicarles qué hacías aquí conmigo.

—¿Por qué? ¿A tu *amigo* Davis no le gusta que otro hombre te acompañe? —A Gene le sorprendió la pregunta.

¿De qué estaba hablando? ¿Acaso él...? Pero no, eso no tenía sentido. ¿O sí?

—Erik, Dave es un amigo, además del capitán de policía de Brandsbury. Nos hará muchas pregunt...

Un golpe llamó la atención de la pareja. Provenía del pasillo. Ambos se miraron y Erik la hizo a un lado con suavidad para ponerse en pie. Se dirigió con paso cauto hacia la entrada para asomarse, tenso, con los músculos tirantes y la amenazante pose de un león a punto de saltar sobre su presa.

Gene se mantuvo en el sitio sin perderlo de vista. Había cogido uno de los cuchillos y lo mantenía pegado al muslo mientras esperaba.

Nada. En el pasillo no había nada. Ni un movimiento, una sombra, cualquier cosa que explicara el ruido.

—Voy a echar un vistazo. Quédate aquí y cierra la puerta. No tardaré.

—Voy contigo.

De hecho, acababa de rebasarlo y se encaminó derecha a la entrada para asegurarse de que la puerta siguiera cerrada con llave.

Maldiciendo entre dientes, Erik no tardó en seguirla sin perder de vista cuanto había a su alrededor.

La puerta seguía con la llave echada. Nadie podría haber entrado por ahí. Dieron la vuelta y pasaron junto a la escalera de mármol en dirección a la cocina. El hombre empujó la puerta batiente con suavidad y se asomó a su interior. Estaba vacío y ninguna ventana abierta.

Gene sintió una suave brisa acariciándole los hombros, en ese momento se volvió y recibió un empujón que la mandó a dar con la espalda de Erik, provocando que ambos atravesaran la jamba y se introdujeran de lleno en la cocina a punto de caer al suelo. El cuchillo que llevaba en la mano salió despedido, perdiéndose bajo uno de los muebles.

Uno de los embozados corría de camino al salón, pero Erik ya lo estaba persiguiendo. La pelirroja se recuperó como pudo de la impresión y corrió tras ambos. Casi los había alcanzado cuando un sonido la detuvo en seco.

Alguien había disparado.

XII

En algún lugar de Gran Bretaña, 1.707

El sonido de las balas se perdía entre las órdenes de los oficiales y los gritos de los heridos. La lucha era cruenta. El olor de la pólvora se mezclaba con el de la sangre y el fuego.

Había mucha confusión.

Desde el inicio, el bando enemigo se había desplegado sin ton ni son sobre el campo de batalla, o al menos eso pensó el capitán Wallander, que, a pesar de todo, se negó a subestimar al contrario y mantuvo el plan de defensa inicial.

Su batallón estaba bien adiestrado. Los casacas rojas, armados con mosquetes, se turnaban en fila de a dos para cargar y disparar, mientras que su infantería, armada con bayonetas, sables y lanzas, aguardaba su turno para entrar en combate. Pronto los proyectiles serían sustituidos por el cuerpo a cuerpo y entonces comenzaría la verdadera masacre. Ya lo había visto antes, muchas veces para su desgracia.

Sabía que estaba sacrificando a sus hombres y reconocía que había un motivo para ello, un buen motivo. Pero eso no le hacía sentir menos culpable.

Al otro lado del valle, en una hondonada protegida por el río a las espaldas y varias colinas al oeste, se encontraba el campamento del capitán Risk.

Risk era conocido por ser un gran estratega, tanto que, hasta la fecha, ningún otro batallón del reino había logrado abatirlo. Pero también se le conocía por su altanería y prepotencia. Risk no le temía a nada y era arriesgado en sus movimientos, además de un redomado ególatra. Y eso era una ventaja para Wallander, o al menos eso esperaba él.

Un pequeño pelotón de cinco hombres avanzaba por la linde de la refriega en dirección al campamento de Risk. Debían infiltrarse sin ser

descubiertos y adentrarse en los dominios del capitán.

Todos los que conocieran mínimamente a Risk sabían que en sus ratos libres se dedicaba a escribir sus memorias, para lo cual solía llevar un cuaderno de anotaciones donde dejaba transcritos sus próximos planes de ataque. Porque Risk siempre atacaba, nunca defendía. Otra ventaja, pensó Wallander. De ese modo, no habría apenas soldados en el campamento, y eso sería de gran ayuda para su plan.

Dankworth alzó la mano y detuvo a sus muchachos. Desde su posición tenía una excelente visión del campamento, encontraría un modo de entrar sin ser visto y cumplir con su misión.

A sus espaldas había cierto nerviosismo. Los muchachos se mordían las uñas por entrar en combate. Sus compañeros morían al otro lado de la colina sin que ellos pudieran hacer nada por impedirlo. Debían darse prisa. Cuanto antes consiguieran el manuscrito, antes podría Wallander ordenar retirada si era preciso.

—¿Y bien? —Una voz lo sacó de su ensimismamiento.

Dankworth le hizo señas para que se aproximara y señaló un punto en la parte más retirada del emplazamiento.

—Esa es su tienda. Al muy imbécil solo le ha faltado ponerle una bandera roja encima.

—No puede ser tan estúpido —le rebatió el soldado.

Los cinco hombres se habían desprendido de las casacas y vestían con pantalones crema y camisas blancas para no ser detectados por el enemigo. Sin duda, su vestimenta habitual causaba pánico a los contrincantes, pero aquel no era el mejor momento para lucirlas. Debían pasar desapercibidos. Si uno solo de aquellos tipos se percataba de lo que intentaban hacer, la misión estaría perdida, y todos esos hombres que morían en el campo habrían dado sus vidas para nada.

—Lo estás viendo tú mismo, Blair.

—Es un señuelo, tiene que serlo. No se ha hecho famoso por su estrategia militar para luego ir por ahí con una diana en el culo.

—¿Has visto cómo viste? Se le reconoce a la legua. ¿Eso no es pintarse una diana? Ese brabucón narcisista se merece que le den una buena lección.

Erik oteó el paisaje que se desplegaba frente a sus ojos.

Dankworth era un buen soldado, y un mejor líder, pero algo en todo aquel asunto se le escapaba y Erik creía saber lo que era.

Ciertamente, Risk era un jodido monstruo pagado de sí mismo, pero tenía motivos para ello. No alardeaba inútilmente sin necesidad. Si conocía bien a esa clase de hombres, y Erik estaba convencido de que así era, Risk no tendría nada que ver con esa tienda engalanada que se resguardaba al fondo del campamento. Y si su instinto no lo engañaba, y rara vez lo hacía, una de aquellas insulsas tiendecitas blancas debía ser la suya. El problema era adivinar cuál. Y no tenían mucho tiempo.

—Está bien, nosotros entretendremos a los soldados de la puerta. Grey, ¿has traído la pirotecnia?

Por toda respuesta, el aludido, un tipo pelirrojo de poco más de veinte años, le mostró varias botellas llenas de un líquido ambarino de las que sobresalía un paño blanco y húmedo.

Dankworth asintió complacido y les hizo señas para que ocuparan sus puestos. El mejor modo de pasar desapercibidos era no pasar desapercibidos. Cuatro de ellos atacarían la entrada mientras Blair se internaba en el campamento y se hacía con la información. Era el más rápido de todos, y ya había realizado incursiones similares sin ser descubierto. Había muchas cosas que podían salir mal, y solo tendrían esa oportunidad. Si Risk se enteraba de lo que trataban de hacer, sin duda, acabaría destruyendo el cuaderno y no podrían intentarlo de nuevo. Se jugaban mucho con aquella maniobra.

—¿Estás listo? —Dankworth esperaba su confirmación para dar la orden de ataque.

Un minuto más, necesitaba otro minuto, y... sí, ahí estaba. Desde su posición había descubierto un patrón entre el montón de tiendas allí acampadas. Se disponían con una geometría tan perfecta que no entendía cómo no lo había visto antes. Y tenía un centro, un núcleo protegido en todos sus flancos y del que fácilmente se podría huir hacia el río de ser necesario. No cabía duda, esa era la indicada.

—Da la orden.

Sin mediar otra palabra, el líder del pelotón se dirigió hacia sus hombres y les hizo varios gestos desde su posición. Un minuto después, la primera explosión fue la señal que Erik estaba esperando para bajar corriendo la colina y acurrucarse en un lateral a la espera de que el camino se despejara.

Wallander estaba en lo cierto, apenas quedaban soldados para defender el asentamiento. Y todos, sin excepción, corrían hacia los fuegos

que ardían al norte.

Esperó un suspiro más y entonces atravesó la empalizada artificial que formaban los juncos y los arbustos y se internó en el campamento. Viró hacia la izquierda con todos sus sentidos alerta por si detectaba el más nimio movimiento. Había memorizado el camino y desplazarse entre un montón de callejuelas todas iguales, sin distintivos, se le hizo tan sencillo como entrar en su propio dormitorio.

Tenía poco tiempo. Debía aprovecharlo bien. Sus compañeros no distraerían al enemigo mucho más y todavía tenía que memorizar datos y salir de allí.

La tienda se erguía frente a él. Sin vigilancia. Nadie fuera ni dentro. Se aseguró una última vez y cruzó la escasa distancia que lo separaba de su destino. Soltó el aire contenido en sus pulmones cuando se vio dentro y a salvo. Sin perder un segundo registró el lugar hasta dar con su objetivo: una libreta forrada en piel que descansaba sobre el escritorio, abierta por la última página y cerca de una pluma con tintero que reposaba a la espera de volver a ser empuñada por su propietario.

Le pareció demasiado fácil. Y entonces, un detalle curioso sobre la persona de Risk lo puso sobre aviso. Y eso le hizo sonreír.

—¡Un brindis, amigos míos! ¡Alcemos nuestras copas por una gran victoria!

Wallander chocó su vaso con Dankworth. El capitán y el líder del pelotón festejaban esa noche su éxito. La misión salió a pedir de boca. La misiva ya corría camino a Londres con las buenas nuevas y un resumen de los próximos tres planes de ataque de Risk. La compañía británica estaba de enhorabuena.

—Blair, bebe con nosotros, amigo mío. —Wallander inclinó la botella que tenía en la zurda y relleno la jarra de Erik hasta los bordes.

El hombre brindó con su capitán y vació el contenido en un segundo. Se secó la boca con la manga de la camisa, que estaba cubierta de sangre reseca y sonrió complacido consigo mismo.

Recordaba pocos días tan felices como aquel en su vida.

Se había llevado el reconocimiento de sus compañeros y de su capitán cuando hacía apenas unos días Wallander estaba dispuesto a

mandarlo de regreso a casa. Y tenía sus motivos, no podía negarlo.

Desde que se alistó y lo mandaron a formar parte de su destacamento, Erik no le había puesto las cosas fáciles al capitán. Tomaba sus propias decisiones, desobedecía órdenes y en la batalla prefería usar las manos al mosquete. Era insubordinado, pero voraz en la lucha. Uno de los que más bajas causaba en el enemigo, pero resultaba incontrolable, y eso no gustaba a sus superiores, que solían tener en cuenta el desarrollo en lugar del final alcanzado.

Aquella era su última oportunidad.

Wallander sabía que Erik poseía una mente privilegiada. Que fuera rebelde y desobedeciera la mitad de sus órdenes no ocultaba ese rasgo de su persona. Y necesitaban alguien que fuera capaz de memorizar mucho y en muy poco tiempo. Blair, sin duda, era su hombre. Sabía que era arriesgado, pero también sabía que el soldado quería ganar esa guerra y nunca haría nada que pusiera en peligro a sus compañeros. Al menos, no era de esos. Tenía una vaga idea autodestructiva planeando sobre su cabeza, pero por suerte no incluía arrastrar a otros con él.

La palmada en la espalda, seguida del abrazo y el reconocimiento le hicieron sonreír, y Erik no era muy dado a semejantes muestras emotivas. Más bien era un tipo taciturno que prefería pasar los ratos libres en los prostíbulos locales o encerrado en su propia tienda, pero rara vez se relacionaba con los demás.

Pero esa vez. ¡Vaya!

Esa vez se había portado como todo un casaca roja. Y el capitán estaba muy orgulloso de él.

Al despuntar el alba, Erik todavía se sorprendía de la petición del oficial. El petate yacía sobre su colchoncillo esperando el momento en que le ordenaran volver a casa. Sin embargo, parecía tener una última oportunidad de redención. No es que le importara mucho que lo echaran. Aunque disfrutaba luchando, se le daba bien, y ya tenía varios muertos a sus espaldas de los que se sentía muy orgulloso. Un enemigo menos era un mundo mejor para todos.

La idea era tan descabellada y se corrían tantos riesgos que no le hizo falta pensarlo mucho tiempo para aceptarla. Y menos mal. De no ser por él habrían perdido mucho tiempo revisando la tienda que no era y, aunque otro hubiera dado con la correcta, sin duda el químico que manchaba las páginas de la libreta habría echado al traste la misión.

En el último segundo, Erik recordó que Risk siempre llevaba puesto un guante en la mano contraria con que sostenía la espada. Era bueno para fijarse en esos detalles. Siempre había sido muy observador, y suponía que haber pasado la mayor parte de su vida escapando de su padre y la dichosa ama de llaves avivaban el ingenio.

No era posible que alguien de la inteligencia de Risk dejara su cuaderno alegremente abierto y a la vista, sin duda tenía truco. Y así era. Como pudo percibir, no sin cierto esfuerzo, cada hoja del manuscrito estaba aderezada con una solución química que, en contacto con el sudor de la piel, dejaba marcas en las páginas. Erik se apresuró a enfundarse la mano en un pañuelo limpio y lo utilizó para pasar las hojas y memorizar el contenido.

Poco después esperaba a sus compañeros en lo alto de una de las colinas con una sonrisa triunfante en el rostro.

Dankworth lo felicitó, sus compañeros lo felicitaron y luego, juntos, como buenos camaradas, habían regresado a la batalla y destripado a unos cuantos soldados del bando contrario.

Ahora brindaban al son de una armónica que alguien hacía sonar, bebían, reían y celebraban el éxito de ese día. Wallander lo había perdonado y los hombres lo miraban con otros ojos, como si ahora fuera uno de ellos. Y eso hizo que se le hinchara el pecho de orgullo y disfrutara de la vida por primera vez en muchos años.

Esa noche fue la primera en que no sintió el irremediable anhelo de correr al pueblo más cercano en busca de carne fresca y sonrosada. Las muertes desahogaban su rabia contenida hasta cierto punto, pero lo que realmente le permitía dormir por las noches era su sesión nocturna. Solo toleraba una cada vez, no necesitaba público ni más hembras que la que tuviera entre las piernas en ese momento. Arrodillada, humillada y suplicándole con los ojos.

La imagen de Rowena, desnuda, de rodillas frente a él, con el rostro lleno de lágrimas y un miedo atroz a lo que él pudiera hacerle lo reconfortaba en las frías y solitarias noches en que no le estaba permitido abandonar el campamento. Pero cuando podía, sustituir su imagen por la de las prostitutas que encontraba en el camino... bueno, eso era mil veces mejor que usar solo la imaginación porque podía sentirla, y a ellas también las hacía llorar. Solía elegir a las rubias, las que tenían su mismo color de ojos, una expresión en el rostro o una figura similar a la de su madrastra. Y nunca les daba placer a ellas, jamás. A cambio, el daño físico infligido era mínimo.

Golpearlas tampoco le causaba placer, solo la humillante sumisión y, tal vez, el miedo.

Sabía que esa obsesión le daba cierto poder a ella, pero no podía evitarlo. Era una necesidad que se veía incapaz de eliminar. Crecía con los años y llegaba incluso a ahogarlo en ocasiones, cuando la rabia no encontraba otra válvula de escape.

Sin embargo, esa noche era diferente. Se desfogó a gusto en la lucha, eso no podía negarlo, pero estar ahí rodeado de aquellos hombres que lo miraban con aprobación y querían que formase parte de la celebración, eso le causaba una sensación más que agradable. Una sensación que no tenía desde la muerte de... Pero no, no quería pensar en eso ahora.

Alzó la jarra y brindó por el rey. Todos le corearon. Wallander posó su mano sobre su hombro y lo mantuvo cerca.

—¿Sabes, hijo? —Erik se volvió y lo miró directamente a los ojos—. Estoy orgulloso de ti.

Y no había nada mejor que pudiera haberle dicho. Aunque sus palabras lo llenaron de tristeza, que se guardó muy mucho de dejar ver a los demás.

Porque esas palabras debía habérselas dicho otra persona.

Un hombre que, en aquellos momentos, estaría disfrutando de un merecido descanso en Dark Garden, rodeado de su amante esposa y sus maravillosos hijos. Un hombre que nunca mostró el más mínimo interés por tenerlo en su vida.

XIII

—No. No te toques, estate quieto. —Gene sostuvo al hombre por las muñecas, evitando que se hurgara en la herida de bala que le atravesaba el hombro.

En un acto reflejo, el hombre hizo amago de apartar las manos de un tirón y liberarse de su agarre, pero se detuvo a tiempo.

Las ataduras y mordazas, del tipo que fueran, eran otra clase de prisión por la que sentía verdadera aversión. Por suerte, adquirió los recursos necesarios para evitarlas, en su mayor parte al menos. Era sorprendente lo que una sonrisa, un gesto o una palabra en el momento adecuado eran capaces de lograr. Y lo aprendió deprisa. Él siempre aprendía deprisa.

Se tensó en cuanto la mujer ejerció presión sobre él, listo para liberarse. La expresión de su rostro lo detuvo, lo calmó y... ¿qué era lo que aquella mujer estaba haciendo con él? Acabaría volviéndolo más dócil que un corderito y sin usar el poder de la maldición para colmo.

—Hay que ir a un hospital. Por Dios, no dejas de sangrar.

—Solo es un rasguñ...

—¡¿Un rasguño?! Te han disparado —le gritó fuera de sí.

—Geney, cálmate. Esto no va a matarme. Te lo dije, tú eres la única que puede hacerlo. —Ella no lo escuchaba. Toda su atención estaba en la caja de primeros auxilios que se encontraba abierta sobre el escritorio Luis XIV de la biblioteca, buscando algo con que detener la hemorragia.

Erik la retuvo por el brazo atrayéndola hacia él con firmeza, pero sin rudeza. La obligó a sentarse sobre sus rodillas y tomándole la barbilla le hizo inclinar la cabeza hasta que sus labios se rozaron. Tenía los ojos enrojecidos a pesar de no haber derramado ni una sola lágrima. El hombre se entretuvo allí más de lo que tenía pensando. Pero es que, con ella, siempre tenía ganas de más, aunque se negara a admitirlo.

Y estaba tan orgulloso de ella. El ataque fue inesperado y violento, pero no se había dejado vencer por el pánico. No. No iba a esconderse como una niña asustada. Ella era una guerrera dispuesta a pelear con uñas y dientes

si era preciso, pero ¿escondarse? Eso no iba con ella. De ningún modo.

El embozado sostenía la pistola en la mano con el cañón aún humeante tras el disparo que acababa de realizar.

La bala estaba incrustada contra el marco de la puerta a escasos centímetros de la cabeza de Erik. El hombre tenía unos reflejos envidiables y consiguió esquivar el proyectil sin dificultad. Gene entró detrás con un leve temblor en las piernas, que se apaciguó en cuanto comprobó que todo estaba bien.

La puerta que daba al porche del jardín estaba abierta. Erik cogió a Gene de la mano y tiró de ella para correr a través del pasillo hacia la puerta delantera.

Los perseguían cuatro hombres, al menos dos con pistolas y Gene no era a prueba de balas. Tenía que sacarla de allí lo antes posible. La pondría a salvo y después volvería y se encargaría de esos tipos. Al diablo con Davis y su policía. No iba a esperarlos.

La mujer maldijo al ver los neumáticos del coche de alquiler rajados. Había agarrado las llaves del estante junto a la entrada, conforme salían a toda prisa de la casa, con la intención de conducir en dirección al pueblo, pero ahora eso ya no era posible. A sus espaldas oían las voces de varios hombres, les darían alcance enseguida.

—Volvamos al retrato —sugirió la mujer.

—No. Podría ser peligroso. Si queman la casa con él dentro no saldríamos vivos de allí. Me encargaré de ellos en cuanto me ocupe de ti.

—¿Estás loco? Ellos tienen armas y nosotros estamos a cuerpo descubierto. ¿O acaso puedo desear que te transformes en Superman y pares las balas?

La desconfianza de la mujer lo hirió. No sabía quién o qué era ese tal Superman, pero no necesitaba a nadie para deshacerse de cuatro asaltantes de pacotilla.

—Ya vienen.

Erik tomó a Gene de la mano y se encaminó a la parte de atrás, bordeando la casa a todo correr. Se internaron en la frondosa vegetación del jardín. Allí ocultos ganarían algo de tiempo para pensar qué hacer.

Era una suerte que la mujer no hubiera avanzando mucho aún con el

desbroce.

El hombre observaba todo a su alrededor. Necesitaba un arma y encontrar un modo de hacer que se separaran. En otras circunstancias, esos tipos no serían rival para él, pero el hecho de que estuvieran armados y tuviera que proteger a la pelirroja de ellos cambiaba las cosas.

—Joder, te dije que no entraras en la casa. ¿Qué cojones se supone que hacías? —preguntaba uno de los asaltantes, un hombre delgado que vestía una camisa a cuadros rojos y un pantalón de pana beige.

—¿Tú qué crees que hacía? —El segundo, el que disparó a Erik, llevaba una camisa blanca y un vaquero recto. Todavía empuñaba la pistola y se movía visiblemente nervioso.

—Ese no era el plan, imbécil —se quejó el de los cuadros rojos.

—Eso ahora ya da igual. Tenemos que ocuparnos de ellos antes de que avisen a la policía. —El tercero, el que se había quedado hablando en el coche con el móvil, daba la impresión de ser el jefe de la cuadrilla.

A una señal suya los cuatro se separaron y rodearon el jardín buscándolos. Erik sonrió, eso era justo lo que necesitaba. Con un gesto de la mano indicó a Gene que esperara allí y se internó en busca del tipo de la camisa a cuadros.

Caminaba entre los altos y descuidados matorrales con el arma en la mano derecha y usaba el pie y la mano libre para apartar arbustos y ramas buscando la más mínima señal de la pareja.

Erik lo rodeó por detrás y se mantuvo agachado contemplando a su presa.

El sol hacía ya rato que había comenzado a ocultarse, en breve la rojiza luz del horizonte dejaría de alumbrarlos, así que el hombre se detuvo y extrajo una linterna del bolsillo trasero de su pantalón. La luz brilló un instante antes de apagarse por completo. Le dio varios golpecitos sin resultado alguno. Murmuró una palabrota entre dientes y se colocó el arma en la cinturilla del vaquero para desenroscar la tapa de la linterna y ver qué demonios ocurría.

Con sigilo, como un tigre acechando una gacela, Erik se arrastró lentamente hasta que se situó justo a su espalda. El de los cuadros ni lo vio venir. Los musculosos brazos le rodearon el cuello y parte del pecho y apretaron privándole de aire. No podía respirar, ni mucho menos hablar.

—No lo mates. —La susurrante voz de la mujer le llegó justo pegada a su oído.

—No voy a... —refunfuñó él sin soltar su presa—. Te dije que me esperarás allí. —Maldición, es que esa mujer no podía obedecer una sencilla orden por su supervivencia.

—No puedes matarlo. Erik, por favor.

El hombre resopló, pero cedió. Al fin y al cabo, no tenía intención de segar ninguna vida, esos tiempos quedaron atrás.

Sentía el deseo de Genevieve como una garra sobre su cerebro, fuerte, preciso, insistente. No era un deseo consciente, por lo que no tenía obligación de cumplirlo. Y aun así... cedió a pesar de que no acababa de explicarse qué extraña necesidad lo obligaba a complacerla en todo lo que le pedía.

Porque así era ella, no ordenaba, pedía.

Dejó al hombre inconsciente y lo soltó despacio para que no hiciera ruido al caer.

Gene se agachó a su lado y le arrebató el arma de la cinturilla del vaquero, le quitó el pasamontañas de la cabeza y contempló su rostro. No lo reconoció y no supo si sentirse aliviada o decepcionada.

—Dije que me esperarás —volvió a repetir él con el ceño fruncido. Estaba empleando el cinturón del hombre para amarrarle los brazos a la espalda antes de tratar de arrebatarse el arma de las manos a la mujer.

Saltaba a la vista que ella no había cogido una en su vida y que no le agradaba su tacto.

—¿Y quién me obliga a mí a obedecerte a ti? —Erik se encogió como si lo hubieran golpeado.

No quiso reconocerlo, ni siquiera a sí mismo, pero aquellas palabras lo hirieron y no solo porque le recordaban que era un esclavo de aquella mujer, eso hacía muchos años que había dejado de importarle.

Gene respiró hondo para tranquilizarse, sostuvo el arma con firmeza, como veía hacer en la televisión, y se apartó del hombre.

—No sabes usar eso.

—¿Y tú sí? —Ahí estaba otra vez, ese desagradable pellizco en la boca del estómago.

Erik trató de ignorarlo, más furioso consigo mismo que con ella. Creía que había dejado atrás su amor propio hacía mucho, pero esa mujer lograba avivar cosas en él que había decidido dejar morir con los años de encierro.

Gene suavizó el rostro y le puso una mano en el hombro,

conciliadora.

—No usaremos esto, ya te lo he dicho, nada de muertes. Hay que volver a la casa y buscar un lugar seguro en el que ocultarnos y esperar a que Dave llegue con refuerzos.

—Si intentas acercarte a la casa, te descubrirán. Quédate aquí, estarás a salvo y yo me ocuparé de ellos. Se los dejaré en bandeja a tu amigo. —El tono desabrido del hombre la golpeó como un puño invisible.

¿Estaba enfadado con ella? Sí que era orgulloso. Por si no bastaba con los tres pirómanos que los buscaban, ahora también debía lidiar con un hombre de trescientos años de edad herido en su orgullo.

Se dio cuenta de que no podría detenerlo a menos que lo deseara, y eso era algo que no pensaba hacer. Nadie debería tener tanto poder sobre otra persona. Dave ya no podía tardar mucho, enseguida los oirían llegar. Pero tal vez la idea de Erik no fuera tan mala. Si los detenían ahora, no podrían huir cuando oyeran las sirenas y así acabarían las olas de incendios que asolaban Brandsbury.

—Está bien —dijo mientras una ola de emoción la envolvía—, nos ocuparemos de ellos, pero con cuidado. —Él asintió.

—Quédat...

—Sí, mamá. —Gene puso los ojos en blanco y se asomó para ver dónde estaban los otros tres—. ¿Ves al de la camisa blanca?

Erik, mordiéndose los labios para no discutir con ella, y apretando los puños para no atarla a ella también y obligarla a obedecer, se alzó con cuidado y siguió la mirada de la mujer, que enfocaba a uno de los asaltantes.

A su derecha, a unos diez metros, un hombre con camisa blanca y un revolver en la mano escudriñaba con su linterna el pequeño cobertizo que había en la parte trasera del jardín, no muy lejos del invernadero. Los otros dos se habían perdido de vista. Gene le señaló un árbol cercano a su posición y le indicó, usando dos dedos a modo de piernas, que fueran hasta allí.

Sin esperar una posible réplica, se encaminó hacia el árbol, ocultándose tras la vegetación que le franqueaba el camino.

Erik la seguía de cerca.

La joven tuvo una idea, era arriesgada, pero valdría la pena. Sin mediar palabra, se apartó del árbol que la ocultaba justo un instante antes de que Erik la alcanzara. Bordeó rápidamente al enemigo e hizo sonar dos maceteros que estaban a la izquierda del cobertizo para llamar su atención,

lanzándose de cabeza al suelo antes de que las balas la alcanzaran. De este modo, le dio a Erik la oportunidad de lanzarse sobre el hombre para derribarlo y dejarlo sin sentido antes de que el tipo se percatara de la maniobra.

—Uno menos —canturreó la pelirroja, sonriente, sin alzar la voz.

Erik tiró de ella para ocultarla tras unos matorrales.

Podía oír a los dos que quedaban en pie aproximándose debido al sonido del disparo.

—¿Estás loca? ¿Acaso quieres que te maten? —Erik la sostuvo por los hombros.

Tenía los ojos inyectados en sangre y una expresión que la hizo dejar de reír de golpe. Aun así, logró mantener la voz en un quedo susurro.

Tragó saliva con dificultad y lo miró asustada. Tan enfadado como estaba daba auténtico pavor.

—¡Cuidado! —Los otros dos hombres los habían localizado y empezaron a disparar.

Erik la apartó rápidamente de la línea de fuego de un fuerte empujón, mandándola tras el cobertizo.

Mientras la joven lograba ponerse en pie con el corazón desbocado y la boca seca de la impresión, Erik esquivaba las balas y se aproximaba a los dos asesinos corriendo.

Gene no se lo podía creer.

¿De verdad estaba corriendo hacia las balas? ¿Qué demonios intentaba demostrar?

Sin pensarlo dos veces, alzó el arma que llevaba con ella y disparó al aire. El ruido y el retroceso del arma la dejaron un poco aturdida, pero, tal y como pensaba, esto distrajo levemente a los hombres, no así a Erik, que pudo abalanzarse sobre el jefe de la banda y arrojarlo al suelo, dejándolo inconsciente.

Justo en ese momento, el último que quedaba en pie dirigió el arma contra él gritando como un loco y disparó justo cuando empezaba a ponerse en pie. A esa distancia era difícil fallar. Lo alcanzó en el hombro, arrojándolo al suelo debido a la fuerza del impacto.

Gene gritó presa del pánico y corrió hacia él sin soltar el arma. El asesino se giró hacia ella dispuesto a disparar nuevamente, pero Erik, que ni mucho menos estaba derrotado, lo golpeó con los pies tras las rodillas y lo tiró al suelo. El disparo falló y lo siguiente que el hombre vio fue cómo un

gigante sanguinolento lanzaba su puño contra él.

Gene tenía los ojos enrojecidos. La vio morderse el labio inferior con desesperación justo antes de arrodillarse a su lado y abrazarle.

El hombre se quedó muy quieto. Con los brazos a ambos lados de sus caderas, como si cualquier movimiento que pudiera hacer a continuación tuviera el poder de convertir la situación en algo mucho más violento y difícil de procesar.

—Gene, ¿qué... qué estás...?

—¡Ay, Dios! Erik. —Estaba fuera de sí, las lágrimas brillando en sus tupidas pestañas cobrizas, el cuerpo temblando aferrado a él—. Creí que te había... Cuando he oído el disparo y... y... te he visto caer... yo pensé. ¡Cuánta sangre! Hay que curarte enseguida. No paras de sangrar.

Juntos, apoyándose uno sobre el otro, se pusieron en pie. Gene, aferrada a él, retirando ya la camisa para llegar a la herida y ver cómo de grave era.

—Primero hay que atarlos —expuso él desembarazándose de las manos de la mujer—, podrían despertar en cualquier momento.

A regañadientes, pues Gene no podía dejar de ver la sangre roja y fluida manando de la herida, consintió en hacer lo que él decía. Lo ayudó a agruparlos y atarlos de manos y pies antes de entrar en la casa y dirigirse a la biblioteca en busca del botiquín de primeros auxilios.

Ahora, Gene estaba furiosa. Lo habían herido, un disparo nada menos, y él se lo tomaba a broma.

Cuando vio el destello del arma y a Erik caer de espaldas al suelo por el impacto, el mundo se le vino encima. Se sintió de nuevo como recién salida del retrato, cuando la evidencia indicaba que su viaje al otro lado no era más que el sueño de *Alicia en el País de las Maravillas*, y nada más.

Intentó apartarse de él, separar sus labios, pero no se lo permitió. Era increíble la fuerza que demostraba para estar desangrándose por un agujero del tamaño de una canica. Al menos debía haber perdido un tercio del líquido de la vida. O eso pensaba ella.

—El cuadro. —Se le quedó mirando sin comprender—. El retrato, Geney. Volveré dentro, dame un día para estar seguros y después me invocas de nuevo. La herida se curará sola y no hará falta ir a ningún hospital.

—¿Volver al retrato? ¿Tú solo? —Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente. Sin ella, aquel sitio era lúgubre y sin vida, él se lo había dicho—. No, no, ni hablar, iremos a un hospital y te curarán eso enseguida.

—Será solo un día —insistió él con suavidad—, no tendrás que explicarle a nadie quién soy, y esta vez —La tomó de la barbilla con suavidad y siguió con su tono más seductor— tengo la seguridad de que me rescatarás pronto. —Gene ni siquiera necesitó un minuto para pensarlo, negó con la cabeza.

—No vas a volver ahí.

Lo empujó con suavidad contra el respaldo de la silla y presionó varias gasas contra la herida para detener la hemorragia.

—Así que... empiezo a gustarte un poquito, ¿cierto?

—Ni mucho menos —negó ella con la boca pequeña—. Si dejas que te marches, acabarán por pensar que la casa está encantada y el fantasma de un poderoso vikingo me ronda. No quiero que me quemem por bruja.

¿En serio estaban bromeando? ¿Mientras se desangraba?

—Sigue así. Me gustan los cumplidos.

—Por supuesto que sí. Ayudan a hinchar tu enorme ego masculino.

—No es lo único que hinchan.

Oh. Vamos. No podía tener ganas de... no mientras tenía un agujero en el hombro. Eso no era ni remotamente posible. ¿O sí?

Gene desvió momentáneamente la vista hacia la entrepierna masculina sin dejar de añadir gasas a la herida.

—Te pillé —le soltó él de pronto.

Gene enrojeció hasta la médula y se mordió los labios apartando la vista rápidamente y centrándose en la tarea que tenía entre manos.

—Eso no ha estado bien.

—Solo quiero que te relajes. Ya ha pasado todo. Estás a salvo. Tu casa está a salvo y no hay nada de qué preocuparse ahora.

—¿Esto no te parece nada?

—Ya te he dicho que sano rápido. Y solo tú puedes matarme. La bala no lo hará. Te doy mi palabra —concluyó con cierta solemnidad.

Erik ya le había dicho eso antes cuando estaban en el interior del retrato. Solo ella podía matarlo. No estaba segura de lo que significaba aquella afirmación o al menos no quería pensar en ello. Tener su vida en sus manos no era algo que quisiera. Ni de lejos.

—¿Qué crees que haces?

El botiquín disponía de hilo y aguja médicos, muy similares a las que él se acostumbró a ver e incluso usar durante su época como casaca roja. Acababa de alargar el brazo sano para hacerse con los instrumentos y ella lo detuvo interponiendo su cuerpo entre él y el botiquín.

—Voy a coser la herida. Trae algo para desinfectarla y me la curaré yo mismo. Tienes lo que necesito justo ahí.

—¿Es que también eres médico? —La mujer no cabía en sí del asombro. Orgullosa y arrogante. Eso lo describía perfectamente.

—Lo he hecho cientos de veces. No es difícil. No pongas esa cara de susto. ¿Crees que te mentiría con algo así?

—Yo...

El ruido de las sirenas de policía y bomberos acercándose a la casa la distrajeron. Gene sintió un gran alivio al escucharlas y aún más cuando la voz de Dave, que iba en cabeza, se adentró por la puerta llamándola con urgencia.

—Estamos en la biblioteca —gritó Gene para hacerse oír por encima del estruendo que se estaba formando fuera—. No hay peligro.

No terminaba de decir la última palabra cuando Dave asomaba ya la cabeza. Llevaba el arma en la mano y tenía ojeras bajo los ojos. Estaba claro que Betty lo acababa de sacar de la cama.

—¿Estás bien? ¿Por qué tenías la puerta abierta? No sabemos cómo de peligrosos son esos tipos.

—Están en el jardín trasero, ya nos hemos ocupado de ellos. —Dave se fijó entonces en una figura que permanecía sentada de espaldas a él y que era el que había alzado la voz.

Tenía el torso desnudo y apreció enseguida que era muy corpulento y ancho de hombros. El izquierdo, además, sangraba a través de las gasas que Gene se afanaba por mantener sujetas sobre la herida y por el agujero que se apreciaba al otro lado.

Se llevó la mano a la hombrera de su chaqueta azul marino y pulsó el botón del comunicador que tenía ahí sujeto. Tras un leve ruido de estática, empezó a hablar.

—Betty, avisa a Sam, tenemos un herido. Repito, tenemos un herido.

—Ay, ay, ay. ¿Es Gene? ¿Está bien? —La voz chillona de una mujer se escuchó al otro lado del aparato.

—No es Gene, Betty, ahora avisa a Sam. Corto.

Cox siempre recurría a Sam cuando había una emergencia, no solo porque se conocieran desde hacía años, sino porque además de vivir en

Brandsbury, solía ser él quien atendía todas las urgencias en su ambulancia. Era más rápido y eficaz que solicitar la ambulancia directamente al hospital, que se encontraba a una considerable distancia. Él lo organizaría todo para atender al herido a la mayor brevedad y que pudieran estar de vuelta en casa lo antes posible.

Dave se aproximó y se puso de cara a Erik. En aquel momento, ambos hombres se miraron fijamente, como si se evaluaran. Genevieve no se había levantado del suelo, donde, arrodillada, continuaba añadiendo gasas sin apartar la vista.

—¿Qué ha pasado, Gene?

—Esos tipos nos atacaron, Dave. Entraron en la casa e iban armados. Por Dios, es una suerte que Erik estuviera aquí conmigo. —La voz de la mujer sonaba más compungida que un minuto antes y Erik se la quedó mirando extrañado, pero no añadió nada—. Nos han perseguido por toda la casa, tuvimos que escondernos, pero no nos dejaban en paz, así que, bueno, nos defendimos. ¡Ay! Dave, ha sido horrible.

—Tranquila, ahora estáis a salvo.

—Pero no gracias a ti. —La bilis que destilaba aquel hombre rudo y de aspecto amenazante podría cortarse con un cuchillo.

Dave no lo conocía, Gene jamás lo había mencionado. Pero decidió ignorar el comentario, al fin y al cabo, estaba herido y seguramente el susto de la pelea habría sido mayúsculo. Los nervios podían hacer que la gente hiciera o dijera cosas que no quería. Además, lo primero era lo primero.

—Keith, Rick, informad. —La radió emitió de nuevo el familiar sonido de estática, luego la voz de un hombre sonó desde el emisor.

—Capitán, hemos encontrado cuatro tipos atados en el jardín de Gene con pasamontañas y revólveres.

—Yo tengo una *pickup*, está llena de productos inflamables. Sin duda son los pirómanos, capi.

—Está bien, ocupaos de ellos y llevadlos a comisaría. Rick, ocúpate de que retiren la *pickup* y la procesen. Doy orden de retirada a los bomberos. Voy a llevar a Gene y a su amigo a ver a Sam.

—¿Gene está bien? —inquirieron Keith y Rick al unísono.

—Está perfecta. Mantenedme informado. Corto. —Se volvió hacia la pareja y alargó la mano para ayudar a Gene a enderezarse—. Vamos, os llevo con Sam ahora mismo. Luego podréis contarme todo con más tranquilidad.

—Gene, no necesito ningún...

—Vamos ahora mismo, Dave. ¿Nos dejas un momento? Por favor — insistió ella al ver que su amigo no parecía dispuesto a ceder.

—Dos minutos o vendré a buscaros.

—Gracias. —Gene le dedicó una sonrisa y el policía se marchó en dirección a la puerta de entrada en busca del jefe de bomberos para darle el informe.

—No pienso ir a ningún hospital.

—Claro que vas a hacerlo. —El tono autoritario de la mujer lo dejó mudo. Las lágrimas de sus pestañas ya habían desaparecido, y una férrea determinación emanaba de todo su cuerpo—. Te estás comportando como un niño malcriado. Estás herido, en el hospital hay gente con formación suficiente para saber qué debe hacer y cómo evitar que esto se ponga peor. Ahora vas a guardar silencio, te vas a meter en el coche y vas a dejar que te llevemos a curarte eso.

Sin soltarle el hombro, sobre el que seguía presionando con las gasas, Gene lo obligó a ponerse en pie y seguirla afuera.

Erik frunció el ceño, pero guardó silencio y obedeció a pesar de que nada le impedía negarse.

No recordaba la última vez que alguien se había atrevido a hablarle así. Ni siquiera las dueñas del retrato, pues ellas se limitaban a desear lo que querían de él, pero Gene seguía sin hacer uso de ese poder. Su sola presencia era suficiente para conseguir que él hiciera todo lo que ella quería. Eso lo alarmó, pero de nuevo enterró la sensación de malestar muy hondo y se olvidó de ella.

Juntos se encaminaron hacia la salida. El hombre se frenó en seco cuando vio el despliegue que había allí montando.

El gigantesco camión de los bomberos estaba parado en mitad del camino de entrada, las luces rojas giraban iluminándolo todo con una extraña tonalidad rosácea. Los coches de policía también tenían las luces azules y blancas encendidas y chocaban con las rojas del camión.

Varios agentes de uniforme revisaban los alrededores y tomaban fotos. Unos cuantos habían dado con los embozados y cargaban con ellos de camino a los coches. Ahora que tenían el rostro al descubierto, Gene seguía sin conocer a ninguno, aunque eso no la sorprendía.

—Vamos a subir en uno de esos —le indicó susurrándole al oído—. Es un vehículo. Yo iré a tu lado. —Parecía intentar tranquilizarlo.

Le hablaba como si se tratara de un niño asustado, y eso lo molestó. Así que reanudó rápidamente la marcha, poniendo un pie delante del otro, y se encaminó hacia los gigantes metálicos y luminosos que tanto lo impresionaban. No iba a dejarse amedrentar por unos cuantos avances modernos. Ninguna de esas cosas tenía dientes, solo eran objetos que obedecían la voluntad del hombre. Nada de lo que temer.

Gene se mantuvo a su lado todo el tiempo, sin dejar de presionar sobre su hombro. Con los brazos estirados hacia arriba, casi a la altura de su cabeza, Erik era realmente grande.

La tranquilizó comprobar que los vehículos no le habían causado una impresión demasiado profunda. Al salir al porche temió que se quedara petrificado. Hacía siglo y medio no existía nada ni remotamente parecido que él pudiera conocer. No habría sido de extrañar que comenzara a gritar o se arrojase al suelo o incluso volviera corriendo a meterse dentro de casa. Pero no, su vikingo no huía del peligro, ni tampoco de lo desconocido. Por supuesto que no.

Dave les abrió la puerta trasera y ayudó a la pareja a acomodarse lo mejor posible en el interior del coche policial mientras Gene continuaba con las manos ocupadas en el hombro de Erik, sin atreverse a soltarlo.

—Agarraos bien. Voy a hacer saltar el velocímetro. Gene, no dejes de presionar, no tiene pinta de que vaya a desangrarse, pero no nos arriesguemos hasta que Sam lo vea. He hablado con él hace un minuto, nos atenderá en su casa. Está mucho más cerca. Me ha asegurado que con el equipo que él tiene será más que suficiente.

Ella asintió, y se sentó lo más cerca posible de Erik, indicándole que se sujetara al pasamanos de la puerta con el brazo sano, así el viaje sería algo menos movidito. Tan solo lo soltó el tiempo justo que necesitó para ajustar los cinturones de ambos. Si Dave iba a correr, no quería pasarse todo el viaje bamboleándose de un lado a otro del asiento.

Una carrera en plena noche, saltándose todas las limitaciones de velocidad, sin duda no era la mejor manera de mostrarle lo que era un vehículo, pero no podía hacer otra cosa. Intentó comunicarse con Erik a través de sus pensamientos, pero el hombre no parecía oírla ahora. Rezó para que la experiencia no le resultara demasiado traumática.

Cox se subió en el asiento delantero y arrancó haciendo avanzar el coche con suavidad por el camino empedrado, esquivando agentes, bomberos, coches y demás, hasta que alcanzó la carretera. Una vez allí,

encendió la sirena y pisó el acelerador a tope, haciendo que sus pasajeros chocaran contra el respaldo del asiento.

El camino hacia casa de Sam transcurrió en el más absoluto silencio. Gene se mantuvo apretada contra Erik, intentando mantenerse quieta en su sitio. Vigilaba la herida que llevaba presionada bajo las gasas. Poco a poco, el torrente parecía contenerse por sí mismo.

Dave tenía los ojos puestos en la carretera. Conducía como un loco, pero un loco con mucha experiencia. Y en menos de veinte minutos, gracias a la total escasez de tráfico de altas horas de la noche, estaba derrapando frente a la entrada de una coqueta casita de dos plantas situada a las afueras del pueblo.

En la puerta, un hombre de unos sesenta años vestido con unos vaqueros raídos, un suéter gris sobre el que llevaba una larga bata blanca y las manos enguantadas en látex azul los esperaba con una especie de silla con ruedas que, sin duda, había visto tiempos mejores.

Gene se alegró de no haber ido al hospital. El enorme edificio lleno de luces y aparatos médicos sin duda habría causado un gran impacto para alguien como Erik. La privacidad que ofrecía el hogar de Sam era mucho más apropiada para una primera incursión en el siglo veintiuno. O al menos, eso esperaba. No tuvo tiempo para prepararlo con lo que habría de enfrentarse cuando salieran de Dark Garden. Esperaba que el mundo moderno no lo sobrepasara. Tenía miedo de que lo dejara catatónico o algo peor.

Erik no había abierto la boca desde que se montó en el coche. Durante todo el viaje permaneció en silencio, completamente rígido y apenas respondía al contacto de la mujer, lo cual contribuyó a avivar sus miedos. Pensó que le costaría mucho bajarlo del coche cuando llegaran, pero lo cierto es que él se dejó llevar mansamente, sin oponer resistencia.

—Veo que viene andando por su propio pie, no usaremos esto entonces. Que te entren a empujones después de un disparo no es una buena elección para presumir delante de las damas, ¿verdad, amigo? —Sam estrechó la mano a Erik, que le devolvió el saludo con fuerza y casi divertido con el comentario. Luego alargó la mano para estrechar la de Dave, y por último saludó a Gene con una graciosa venia—. Me alegra veros, majestad. Hacía mucho que este humilde caballero no gozaba con vuestra presencia.

—Yo también me alegro de verte, Sam, pero ojalá fuera en otras circunstancias.

—Muy cierto. Entremos.

Sam plegó la silla de ruedas a un lado de la entrada y los condujo hasta una salita que estaba muy cerca, a la derecha.

La casita era bastante modesta. La entrada constaba de un armario empotrado para los abrigos y una banqueta bajo la cual se encontraban los zapatos y zapatillas de Sam. Al frente se alzaba la escalera que conducía al piso superior; a la izquierda, una cocina moderna y funcional que constaba de una alacena y un pequeño aseo y a la derecha, la sala de estar hacia la cual se dirigieron.

No era la primera vez que Sam recibía aquella clase de visitas. El hospital quedaba bastante retirado del pueblo y el pequeño ambulatorio solo habría tres días por semana. Así que Sam atendía allí, en su tiempo libre, la cura de pequeñas heridas, resfriados y a algún que otro jubilado con ganas de ser escuchado. No les cobraba nada. Lo tomaba como pequeños favores hacia sus vecinos y ellos a cambio solían llenarle la despensa con deliciosos pasteles de carne recién hechos, empanadas o tartas de manzana.

La sala de estar resultaba de lo más acogedora. Sin ser demasiado grande, tenía espacio justo para un sofá de tres plazas, un butacón de cuero con reposapiés muy gastado, una mesita, un mueble lleno de libros que rodeaba el pequeño televisor de pantalla plana, algunas lámparas para iluminar la estancia y, al fondo, contra una pared, una pequeña camilla plegable y un armarito que colgaba sobre ella lleno de frascos de medicamentos y otros útiles similares.

Pidió a Erik que tomara asiento en la camilla y dirigió el haz de luz que colgaba sobre sus cabezas hacia su hombro. Erik mantuvo la mirada fija en el horizonte sin apenas parpadear. A Gene, la pasividad del hombre estaba empezando a alterarle los nervios, aunque al menos ahora no parecía que le hubieran metido una barra de acero por el...

—Podéis apartar las manos, majestad. —La joven se hizo a un lado y el médico se dispuso a retirar las gasas y observar mejor lo que tenía entre manos.

No se había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta ahora. Cuando despegó las manos y dejó caer los brazos a los lados y sus músculos chirriaron resentidos a ambos lados del cuello y sobre los antebrazos. Vaya. Tal vez hasta le habría hecho daño a él si había estado presionando tan fuerte

con las manos.

Lo miró para comprobar que estuviera bien. Seguía con la mirada fija en la nada, silencioso, tranquilo. Sí, parecía tranquilo. Lo cual casi la irritaba más, y no sabía muy bien por qué. Quizá porque ella no lo estaba.

Sam empezó a trabajar de inmediato. Primero, se entretuvo en dejar bien limpia la herida, luego le aplicó un líquido en spray que secó enseguida y desinfectaría la zona a tratar. Por último, enhebrando con destreza hilo y aguja se dispuso a coser.

—La bala atravesó el hombro por una zona bastante inocua, así que por suerte esto es pan comido.

—Gracias, Sam. —Gene esperaba escuchar un *te lo dije* por parte del paciente, pero Erik no hizo el menor comentario.

Tampoco se quejó mientras Sam le limpiaba ni mostró señal alguna de dolor.

—Por mi lady, cualquier cosa, ya lo sabéis. —Sonrió el médico y empezó a coser con destreza, repasando los puntos para que no le quedara marca.

Erik trataba de ignorar todo aquello que le resultaba extraño y amenazador recordándose en todo momento que estaba allí para que lo sanaran y no para hacerle daño. Lo cual, gracias al atento trato de Sam y la incansable presencia de la pelirroja, no era difícil. Además, su padre se había encargado de que el miedo nunca fuera una opción. Así que resistió como un hombre hecho y derecho que era y se guardó el afluyente de dudas e inquietudes que lo asaltaron desde que puso un pie fuera de la casa para sí. Al fin y al cabo, probablemente, lo único que lograría sería quedar en evidencia delante del resto de hombres, y no estaba dispuesto a eso.

Sam le agradaba. El médico parecía adorar a Gene de un modo casi paternal. Le brillaban los ojos cada vez que se dirigía a ella, y era una mirada limpia y cálida. En cuanto al policía... Aún no tenía claro qué pensar sobre él.

Quedaba claro que hacía años que él y Gene se conocían. Podía sentir la complicidad y el silencioso entendimiento que existía entre ellos cada vez que cruzaban una mirada.

Cox permaneció junto a la puerta a una prudencial distancia, erguido y vigilante, con las manos apoyadas a la altura de las caderas. Su actitud se relajó en el instante que Gene se introdujo en el coche. Erik supuso que el cambio se debía al hecho de que ahora él podía controlar la situación y

mantenerla a salvo. ¿Se daba cuenta ella de lo que provocaba en el policía?

Gene estaba a su lado, en pie, ligeramente inclinada sobre él. Sentía cómo le apretaba la mano del brazo sano con las suyas más pequeñas. Su atención, puesta en cada puntada que daba el médico. Sinceramente preocupada por él.

A excepción de Gilliam, ¿cuándo había causado él auténtica preocupación en una mujer?

Giró la vista hacia ella. Aun con la ropa sucia y manchada de tierra, los carnosos labios apretados en fina línea, el ceño arrugado y las mejillas pálidas le seguía pareciendo hermosa. Y se preocupaba por él, solo le prestaba atención a él. Y eso hacía que se sintiera posesivo, aunque sabía que estaba mal. Ni siquiera se poseía a sí mismo, mucho menos a ella.

Un mechón pelirrojo entró en su campo de visión, distrayéndolo de lo que estaba pensando en ese momento sobre la posesividad. Gene ni siquiera le soltó la mano para volver a colocárselo detrás de la oreja, lo dejó allí, colgando graciosamente sobre su mejilla.

Le asaltó el impulso de estirar la mano libre y devolverlo a su lugar, quería rozar de nuevo aquel sedoso tirabuzón cobrizo y enredarlo entre sus dedos. El pinchazo de la aguja atravesando la piel y la carne de su hombro lo detuvieron. Cuando regresaran a Dark Garden se encargaría de soltar aquel apretado moño. Quería ver los bucles flotando en suaves ondas sobre sus esbeltos hombros, como si el atardecer estallara alrededor de sus delicados rasgos.

Sin darse cuenta, su mirada se deslizó por los carnosos labios de la mujer, la barbilla, la curvatura de su cuello, llegando hasta sus senos. En aquella posición podía verlos perfectamente a través de la abertura del escote de la camiseta, firmemente embutidos en un sostén blanco de puntillitas. Aquella visión causó estragos en su entropierna. Gruñó al notar cómo se endurecía bajo la gruesa tela de los pantalones.

—Ya casi hemos terminado, muchacho, aguanta un poco. Lo estás haciendo muy bien. —El médico interpretó erróneamente aquel sonido y Erik no se atrevió a contradecirlo.

Apartó la vista de la mujer, que casi parecía aliviada al oírlo quejarse, e intentó concentrarse en algo menos estimulante. Tenía que relajarse antes de que alguien se percatara. No le parecía oportuno dar aquel espectáculo ahora delante de tanta gente, y aún menos delante del *amigo* de Gene.

—Ya está.

Sam colocó una gasa y esparadrappo cubriéndole la herida y dio por terminada su labor. Le ofreció un par de pastillas y un vaso de cristal con agua para que las tomara. Y mientras, le tendió un frasco a Genevieve. Había dispuesto todas aquellas cosas en un extremo de la camilla sobre una pequeña bandejita de plata, preparado para atenderlo en cuanto llegaran a la casa.

—Si le duele —explicaba a Gene mientras la mujer sostenía el bote entre las manos—, que se tome una cada ocho horas, con eso de momento tendrá para que podáis echar una buena siesta hasta el mediodía. —Al parecer, Sam daba por supuesto que ambos estaban juntos. Gene no le contradijo y Dave, manteniéndose en un discreto segundo plano, se limitó a arrugar el entrecejo—. Procura secar bien la herida si se moja. Si notas cualquier signo de infección, calor o enrojecimiento, pues me llamas y venís enseguida, tengo unos días libres y estaré por aquí. Si no, en poco tiempo podré quitarle los puntos.

—Eso haremos. ¡Ay! Sam, no sabes lo mucho que te lo agradezco. Creí que no iba a dejar nunca de sangrar.

—Lo imagino. Las balas suelen ser muy escandalosas. Por suerte, no ha sido nada grave. Estará perfecto enseguida, aunque puede que le quede una leve cicatriz. Una bonita herida de guerra con la que presumir. ¿Verdad, muchacho?

Erik asintió. En verdad, Sam le caía muy bien. Y no había dicho nada sobre el resto de cicatrices que adornaban su cuerpo. Cox no se percataría desde la distancia, pero era imposible que Sam no se hubiera fijado en ellas.

El médico se quitó los guantes, arrojándolos a un pequeño contenedor para deshechos situado bajo la camilla. A continuación, se deshizo de la bata, la sacudió en el aire y se la tendió a Erik.

—Ponte esto. Si vais ahora a la comisaría, no quiero que Betty se acalore más de la cuenta. —Gene enrojeció hasta la médula. No así el aludido, que hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y empezó a vestirse. Con las prisas, la camisa había quedado olvidada en la biblioteca—. Te quedará algo ajustada, yo ya no soy tan corpulento —bromeó el médico—. Bien, majestad, aquí ya hemos acabado.

—¿Te he dicho ya que eres mi médico favorito? —La joven se inclinó para darle un sonoro beso en la mejilla y luego, los tres, acompañados de Sam, se encaminaron hacia la salida, donde se despidieron tras una nueva ronda de agradecimientos antes de montarse en el coche y poner rumbo a la comisaría. Esta vez, el paseo fue más corto y mucho menos acelerado.

—¿Estás mejor? —Gene alzó las cejas volviéndose a mirarlo.
—Eso debería preguntarlo yo. No es a mí a quien han disparado.
—¿Lo estás? —insistió.

Los ojos de Cox alternaban entre la carretera que discurría frente a él y el espejo retrovisor. No perdía atención de lo que se hablaba en el asiento trasero. Erik, que no era ajeno a su mirada, atrajo a la pelirroja hacia él con el brazo sano, en un instintivo gesto territorial, del cual la única que no se percató fue la propia Gene.

—Estoy bien. Si Sam no está preocupado, yo tampoco.

—Parece un buen tipo.

—Sí que lo es. Es una suerte que estuviera en casa y que Dave haya dado con él. De haber ido al hospital, aún estaríamos esperando a que te atendieran.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron a través del espejo. Erik sabía que debería darle las gracias. Por suerte para su ego, Gene se adelantó colocando una mano cariñosa sobre el hombro del policía. Este sonrió agitando la cabeza para quitarle importancia a la situación. Erik apretó a Gene un poco más contra su costado.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, aflojó el abrazo y se reprendió a sí mismo. Su comportamiento era de lo más absurdo.

No te pertenece.

El coche redujo la velocidad y no tardó en detenerse del todo frente a un edificio de ladrillo rojo situado en una amplia avenida.

Es tu dueña. Tu enemiga. No puede ser nada más.

La comisaría de Brandsbury no era muy grande y estaba flanqueada por coches y motos patrulla dispuestos para salir corriendo si era necesario. A su derecha se situaba el *Roy's Caffé*, lugar de encuentro para los chicos con placa, y a su izquierda una calle lo separaba de un pequeño parque. Dave detuvo el coche en una zona reservada junto a la puerta.

A esas horas de la noche la calle principal de Brandsbury permanecía casi desierta. El pueblo apenas tenía vida nocturna entre semana, y sus habitantes se encerraban temprano en casa. Los edificios principales, tiendas, bancos y la ferretería permanecían a oscuras y con los cierres echados. Solo la iluminación de la cafetería y de la propia comisaría bañaba la zona en

aquellos momentos.

Gene se agarró del brazo de Erik y lo condujo al interior del edificio, justo por detrás del policía.

Hubiera deseado explicarle qué se iban a encontrar y decirle que podía estar tranquilo, que nada le haría daño, pero era plenamente consciente de que aquello heriría profundamente el ego de aquel hombre y, por el momento, lo estaba sobrellevando todo bastante bien él solito. Permaneció callada sin soltarlo ni un momento. Entró sonriente y decidida, con la intención de mostrarle que podía estar tranquilo, que allí no corrían peligro alguno.

—¡Genevieve! —saludó una mujer rubia de unos cincuenta años.

Llevaba los gruesos labios pintados de un color rojo estridente y los ojos sombreados en un gris oscuro que no le favorecía en absoluto. La redondez de su figura y las pronunciadas curvas se agitaron bajo el floreado vestido que la cubría en cuanto salió de detrás del mostrador y corrió hacia ellos.

—Qué susto, bonita. ¿Estás bien? —La mujer se lanzó al cuello de la pelirroja, abrazándola sin apartar la vista de Erik, que permaneció a su lado observando cómo Gene rodaba los ojos y se reía.

—Sí, Betty, yo estoy perfecta, es a él a quien hirieron. —Señaló a Erik y de inmediato la rubia centró en el hombre toda su atención al tiempo que enredaba coqueta un mechón de pelo en su dedo índice—. Por suerte, Sam lo ha dejado como nuevo. ¿Harold y los niños bien?

—¡Ay! Sí, bonita, están todos bien. ¿No me vas a presentar?

—Betty, tenemos prisa —intervino Davis tomando el camino que iba a su despacho—. Los chicos querrán irse a casa a dormir.

—Claro, claro. —La rubia se hizo a un lado y los dejó pasar de camino al despacho del capitán, sin dejar pasar la oportunidad de guiñarle un ojo al hombretón, que se limitó a inclinar la cabeza sin prestarle mayor atención.

—¿Han traído ya a los detenidos?

—Sí, jefe, están al fondo. Keith se queda de guardia. —Davis hizo un gesto con la mano para indicar que la había oído y, a continuación, abrió la puerta de su despacho para dejar pasar a la pareja.

A Gene no le pasó desapercibida la mirada libidinosa de Betty al contemplar a Erik. Lo repasó con total descaro de arriba abajo relamiéndose los labios. De algún modo, eso le causó una secreta satisfacción.

Erik se guardó muy mucho de sonreír al sentir las emociones de Gene, se estiró cuan alto era y pegó su cuerpo aún más al de la mujer, que no lo soltaba mientras atravesaban la puerta del despacho.

Davis les indicó un par de asientos frente a su mesa que podían tomar. Les ofreció café, que ambos rechazaron, y dispuso una grabadora sobre la mesa que Erik miró con curiosidad, aunque se abstuvo de hacer preguntas.

—Bueno, Gene, ya sabes cómo va esto. No tardaremos mucho, es solo para el informe. Cuando estés lista...

La mujer relató lo sucedido en Dark Garden. Por supuesto, no le habló al policía del viaje al interior del retrato ni del incendio que había assolado la mansión antes de eso.

Cuando llamó para dar la voz de aviso, se había asegurado de dejar claro que esos hombres tenían material de sobra para provocar un incendio y que los había visto desde la ventana de la buhardilla fisgando los alrededores de la casa. Luego le contó a Cox cómo uno de ellos se había atrevido a entrar en Dark Garden y amenazarlos con un arma. Tuvieron que salir huyendo y, al hacerlo, se toparon con los otros tres que esperaban en el jardín.

Le narró, sin entrar en muchos detalles, cómo Erik fue capaz de hacerse cargo de los pirómanos con algo de ayuda por su parte. Por supuesto, no se atrevió a contarle a Dave cómo habían estado a punto de matarla por llamar la atención de uno de ellos. Si Erik se había mostrado molesto con su arriesgada maniobra, Dave, sin duda, le echaría un buen rapapolvo que ella no estaba dispuesta a oír. Hubo de adornar un poco la historia y eludir algunos detalles. Cuando finalizó, tenía la garganta seca y unas ganas locas de volver a casa y meterse en la cama.

—No esperaba que fueran armados, la verdad —murmuró la mujer haciendo bailar la cadenita que pendía de su cuello con los dedos.

—Hasta ahora no habían atacado a nadie, algunos animales en los alrededores solamente. Probablemente no esperaban encontrar la casa habitada.

—Tendré que poner un aviso en la puerta. Demphthon tampoco lo esperaba —soltó ella sardónica.

Dave le dedicó una mirada comprensiva y se volvió hacia el hombre.

—Y su nombre era... —Davis se refería a Erik

—Blair, Erik Blair —contestó el hombre esta vez.

—Monitor de *Kick boxing*, ¿correcto? —Asintió. Era una de las trolas que Gene había añadido a su historia, aunque no tenía la menor idea de qué

era aquello, no osaría contradecir a la mujer en ese aspecto—. Menuda suerte. —El tono del agente le pareció algo escéptico, pero no añadió nada más al respecto —. ¿De qué os conocéis? —Esta vez fue Gene la que habló.

—Estuvo de Erasmus en Madrid cuando yo estudiaba allí. Nos apuntamos al grupo de teatro juntos. Cuando le dije que estaría unas semanas por aquí, decidió pasar a saludar.

—¿Dónde se hospeda? Por si tengo que hacerle más preguntas.

—Está conmigo, Dave. —Por el rápido gesto que hizo el policía entrecerrando los ojos no era la respuesta que esperaba obtener—. Dijiste que no debía estar sola, y en Dark Garden hay habitaciones de sobra.

Su olfato policial le advertía de que algo no encajaba. El hombre estaba muy tenso, demasiado. En su situación la mayoría se habría dejado caer sobre la silla con los hombros hundidos, aliviado de estar por fin a salvo y somnoliento tras el chute extra de adrenalina.

Gene también parecía nerviosa. Ya había pasado por situaciones similares antes. La más reciente, el ataque del violador. Durante la entrevista, tras pasar por el hospital y verificar que todo estaba bien, se vino abajo. Casi tuvo que sostenerla en brazos para llegar al Roy's Caffé, y no reaccionó hasta que hubo vaciado la primera taza de café caliente que le sirvieron. En cambio, ahora...

Los detalles de la historia cuadraban. Era obvio que los habían atacado y ellos tuvieron que defenderse. Y aunque Erik sin duda era un tipo peligroso, más de lo que querían hacerle creer, por cómo se comportaba con Gene, Cox no hubiera podido afirmar que ella corriera peligro a su lado.

Le desagradaba dejarla en manos de un desconocido, pero que estuviera sola en la apartada casona le desagradaba aún más. Se debatía entre dejarlos ir y retenerlos un instante más para tratar de averiguar qué era lo que ambos escondían cuando Gene interrumpió sus pensamientos.

—Dave, ¿podemos irnos a casa? Erik necesita descansar para recuperarse del disparo y yo voy a desmayarme de cansancio de un momento a otro. En serio.

—Está bien, Gene, si necesito algo más, te llamaré. —Sonrió y los acompañó a la puerta.

Una vez en la calle, la mujer lanzó una exclamación.

—Pensé que te gustaría conducirlo a casa y le pedí a Rick que lo trajera. —Gene se volvió a abrazar al agente.

Frente a la puerta, aparcado junto al coche en el que habían llegado,

se encontraba un flamante Ford Mustang negro del año sesenta y cuatro. Rick estaba en la puerta y subió los cuatro escalones que los separaban para entregarle las llaves.

—También hemos avisado a Ben. Recogerá mañana el de alquiler y le cambiará las ruedas, no tienes que preocuparte de nada.

—Por cierto, Gene —Keith apareció entonces tras ellos—, hemos cerrado bien todas las puertas, os habíais dejado la del comedor sin echar el cerrojo. —El muchacho se miraba la punta de los zapatos, algo azorado por tener que regañar a la mujer.

—¡Ay! Chicos, sois geniales. No pensé que todavía funcionase. —Se abrazó a ambos y tomó las llaves que Rick le tendía—. Gracias, gracias a todos. De verdad.

El policía se hinchó como un pavo de navidad. Debía estar a punto de jubilarse, pero se mantenía en perfecta forma física debido a su trabajo. Los ojos claros brillaron cuando vio a la joven dar saltitos de felicidad con las llaves en la mano. Keith, por su parte, que era bastante más joven, apenas un chaval por lo que pudo apreciar Erik, estaba ruborizado y se rascaba la nuca con cierto nerviosismo tras el abrazo de Gene.

Erik alargó la mano para coger la de la pelirroja y tirar suavemente de ella hacia el coche. Ya iba siendo hora de marcharse de allí. Demasiada testosterona cerca empezaba a ponerlo de muy mal humor.

Dave se acercó y, tras estrechar la mano de un reticente hombre del siglo diecisiete y darle un beso en la mejilla a ella, finalmente los dejó marchar.

Regresó junto a sus tres compañeros hacia el interior de la comisaría, desde donde Betty vigilaba, a escondidas, cómo el monumental hombre que acababa de pasar junto a ella se perdía en el interior del coche de su amiga.

Una vez dentro, Genevieve se las ingenió para abrocharle el cinturón de seguridad sin que peligrara su enorme ego masculino. Se inclinó sobre él, sugerente, y lo besó mientras sus diestras manos lo inmovilizaban bajo el cinturón.

—Ahora eres todo mío —bromeó ella con una sonrisa traviesa. Al hombre eso le encantó, adoraba verla jugar de aquella manera, pues era un lenguaje que él entendía muy bien.

Pero cuando el vehículo arrancó y se deslizó con suavidad por la carretera apenas iluminada por los faros del coche, sus ojos se abrieron como platos y observó cómo la mujer dirigía el automóvil de regreso a casa. Volvió

a encerrarse en un férreo mutismo.

Gene procuraba no tomar demasiada velocidad. No solo por no asustarlo a él, que viajando de copiloto tenía ahora mucha mayor visibilidad que la que había tenido desde el asiento trasero del coche oficial. El lento ritmo al que se forzó a conducir se debía también a la picazón que tenía en los ojos, signo de que el sueño, una vez pasada la descarga de adrenalina, amenazaba con vencerla.

Pensó encender la radio para mantenerse despierta, pero lo desechó de inmediato. Demasiadas emociones por un día, no era necesario añadir una novedad más a la lista.

—¿Qué tal el hombro? —inquirió para distraerlo. Él se limitó a soltar un escueto “bien” y volvió a centrarse en la carretera—. Te debo una disculpa. —Ahora sí que tenía toda su atención—. No pensé que pudieras devolverme Dark Garden, como tampoco estaba segura de que fuera buena idea que te enfrentaras a esos tipos. Siento haber dudado de ti. Te debo una, y muy gorda.

—¿Y ya has pensado cómo me lo vas a pagar? —Gene sonrió.

Volvía a adoptar ese tono seductor que hacía que se encendiera por dentro. Herido y todo, no perdía la más mínima oportunidad para insinuarse. Ese hombre era insaciable.

—Supongo que algo se me ocurrirá —dijo ella girando momentáneamente el rostro para dedicarle un guiño travieso—. Aunque antes iremos de compras, si vas a ser mi guardaespaldas no puedo permitir que te vean así vestido. Las batas de hospital no favorecen a nadie.

—¿Guardaespaldas?

—Mi protector —explicó ella.

—¿Eso soy? ¿Tu protector?

—Por supuesto —sentenció ella con seriedad—, y mi esclavo sexual en la cama. —Una sonrisilla maliciosa le bailó en los labios.

Erik rio con ganas. A pesar de que su situación real de esclavitud no era ningún aliciente en su vida, lo que Gene proponía no dejaba de ser más que un mero juego compartido, y uno que le gustaba mucho.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué Sam te llamó *majestad*? —Gene emitió un leve quejido de protesta. Y él sintió aún más curiosidad.

—¿Alguna vez has oído hablar del rey Arturo y los caballeros de la

mesa redonda? —Erik asintió entrecerrando los ojos, como si algo lo hubiera molestado—. ¿Qué? ¿No eres fan de las leyendas artúricas?

—Ginebra le fue infiel al rey.

—Bueno, esa es la versión oficial, pero no se lo menciones a Sam. Es un defensor acérrimo de la figura de la mujer en la literatura antigua. Está convencido de que la mentalidad de la época hacía que se tratara a la mujer como un ser débil y traicionero, una representación del mal que relata la *Biblia*. Para él, en realidad, la verdadera heroína de la historia fue Ginebra, quien logró unificar a los caballeros bajo el mando de su marido, un hombre al que respetaba por su gran sentido del honor y la justicia, pero al que no amaba. Aun así, le fue leal hasta su muerte y solo entonces se permitió tener algo con Lancelot.

—Me gusta su visión, pero no recuerdo nada de eso en las historias que leía de niño.

—Ah, no. Desde luego. Eso es pura invención de Sam. Pero ni se te ocurra contradecirlo. Él siempre verá a Ginebra como una aguerrida reina que dio todo cuanto tenía para ayudar a su esposo a levantar Camelot. Y nada le hará cambiar de opinión.

—Sí que eres aguerrida. —Gene enrojeció y se mordió el labio inferior—. ¿Y quién se supone que es él?

—Lancelot, desde luego. El trono no es para él. Prefiere empuñar la espada. Por eso nunca aceptará trabajo de oficina. Prefiere estar en la calle luchando contra la enfermedad y ayudando a niñas asustadizas a perderle el miedo a las agujas.

De la memoria de Gene, le llegó una imagen de un Sam mucho más joven. Empuñaba una jeringuilla a modo de espada frente a una pequeña niña pelirroja que sonreía al verle, secándose las lágrimas de los ojos.

Se volvió a mirarla con cariño. Él también recordaba a esa niña. Su niña pelirroja.

—Esto va a ser genial. Tengo muchas cosas que enseñarte. ¿Sabes? —Inclinó levemente el rostro hacia él sin apartar la mirada del camino que tenía por delante—. El mundo ha cambiado mucho en estos años. Te va a encantar. Hay cosas chulísimas.

Erik se dejó contagiar por el entusiasmo de la mujer. Sentía curiosidad por los cambios que ella mencionaba. El coche, sin ir más lejos, aunque algo amenazador al principio, estaba empezando a gustarle. Sin embargo, lo que más le agradaba de la idea era saber que ella no se estaba

planteando devolverlo al retrato. Tal vez en esta ocasión pudiera disfrutar del mundo real sin interrupciones. Al menos durante un tiempo. Sabía que no duraría mucho. Nunca lo hacía.

—Me encantará descubrirlas contigo, Gene, si tú me dejas. —A la mujer le sorprendió notar un leve tono suplicante en su voz.

Aunque tal vez lo hubiera imaginado, estaba agotada. Seguramente su mente le jugaba una mala pasada. Era incapaz de imaginar a un hombre como él suplicando por nada. Tenía aspecto de ser de los que exigían y obtenían, por mucho que la maldición del retrato hubiera cambiado aquello.

Gene mantenía la vista fija en la carretera. Erik, a su lado, disfrutaba del viaje.

Le había devuelto su casa y detenido a los pirómanos, y ella parecía estar más que satisfecha. Encerrarlo de nuevo en el retrato no era una opción, y usar su poder sobre él tampoco parecía agradaarle. Se volvió hacia la ventana.

Al otro lado, la inmensidad de los bosques de Brandsbury le devolvía sombras y borrones oscuros al pasar junto a ellos. Pero arriba, la luna parecía brillar con mayor intensidad entre las copas de los abetos. El ronroneo del motor del Mustang era relajante y poco a poco sintió que los párpados le pesaban. Parpadeó varias veces y se sentó lo más erguido que pudo. No recordaba la última vez que tuvo que luchar por permanecer despierto.

Salir del retrato era como despertar de un sueño reparador, a menudo podía aguantar dos o tres días sin pegar ojo, aunque rara vez pasaba tanto tiempo fuera y al volver tampoco necesitaba dormir.

Cierto que hacía varios centenares de años que no combatía en una buena pelea. Su cuerpo se mantuvo en tensión todo el tiempo. No le preocupaba luchar, sus años como soldado lo acostumbraron a cosas peores que enfrentarse a cuatro tipejos como aquellos, pero la mujer parecía dispuesta a dejarse matar con tal de demostrarle... ¿Qué? ¿Que no le tenía medio a nada? ¿Que era tan capaz como él de vencerlos? No estaba seguro.

Las balas estuvieron cerca, demasiado. Si algo llegara a pasarle a ella... bueno... Volvería al retrato y era algo que pretendía evitar por todos los medios a su alcance.

El resto de la velada lo mantuvo alerta. Desconocía muchas cosas de

su nueva realidad y quiso estar dispuesto por si era necesario volver a luchar, pero no. Le curaron el hombro, le hicieron un par de preguntas inútiles y por suerte volvían a casa.

Gene también parecía cansada. Estiró la espalda haciendo crujir el cuello y bostezó un par de veces de camino a casa.

Estaba deseando darse un baño caliente y meterse en la cama, aunque antes haría algo de comer, su estómago se lo exigía ruidosamente.

Al volverse para preguntarle al hombre si le apetecía comer algo al llegar, se quedó sorprendida. Tenía los ojos cerrados y el rostro reclinado en el asiento y vuelto hacia ella.

Estaba profundamente dormido.

Al llegar, detuvo el coche frente al garaje y apagó el motor. Se quedó un rato contemplándolo, allí, alumbrado únicamente por la luz de la luna que brillaba casi llena y muy alta en el cielo. Reflejaba paz.

Recordó por enésima vez la mirada que Betty le había echado encima al entrar en la comisaría y fue consciente entonces del atractivo que tenía para las mujeres. Se alegró internamente de que fuera suyo y de nadie más. Sonrió como una niña a la que acaban de ofrecer una bolsa de dulces.

Estiró la mano y le rozó la mejilla con el dorso, suavemente, notando la incipiente barba que empezaba a salirle. Pasó las yemas por sus labios recordando los besos que se habían dado no hacía mucho.

Él era suyo. Y no suyo de un modo romántico. Suyo, como ahora lo era la vieja casa o el Mustang de su tío o las zapatillas que llevaba en los pies. Erik le pertenecía porque el retrato le pertenecía.

Suspiró.

Eran muchas las fantasías eróticas que había tenido con ese hombre antes de saber que era real. Las de su adolescencia, bueno, esas estaban más llenas de cándidos besos, caricias y ramos de rosas que de algo específicamente sexual. Pero las que había tenido como adulta...

Se llevó la mano a la cara y apretó el puente de su nariz al notar cómo el calor la invadía.

Había imaginado a ese hombre sobre ella, debajo de ella y de todas las maneras posibles, haciéndole cosas y recibéndolas de él también. Cosas que no se atrevería a confesarle ni a la desvergonzada de su amiga Sara. Cosas que había visto en internet o leído en los libros y algunas, las peores, de su propia cosecha.

Ahora tenía la posibilidad de hacerlas realidad. Todas ellas. Podría

desear cada una y él tendría que cumplirlas. Sin reproches, sin posibilidad de decir que no, sin consecuencias. Sin consecuencias. Eso es lo que él dijo.

Puedes hacer conmigo todo cuanto se te pase por la cabeza y nadie lo sabrá jamás. Sin consecuencias. Sin dar explicaciones. Sin arrepentimientos. Tienes el poder de doblegarme, de usarme y desecharme.

Sí. Ella era su dueña ahora y podría hacer todo lo que quisiera. Nadie lo sabría, nadie podría juzgarla. Un amante de usar y tirar hasta que volviera a requerir de sus servicios.

El hombre dejó escapar un suave suspiro entre sus labios, pero no se despertó.

Todo cuanto quisiera. Porque él estaba obligado a cumplir todos y cada uno de sus deseos. Sin consecuencias, sin arrepentimientos. El problema —pensó Gene— es que eso sería el equivalente a una violación. Vaya, mira eso. Al fin había pronunciado la maldita palabra. Y sí. Hacerle eso a él sería como si lo violara. Obligarlo a hacer algo que no quería hacer.

No importaba si usaba una cuerda y una navaja para intimidarlo o el poder de la maldición, el resultado iba a ser el mismo. Y Gene no era así.

Sabía de primera mano lo que podía llegar a sentirse cuando te obligan a hacer algo tan íntimo sin que tú quisieras hacerlo, aunque se hubiera librado de la peor parte. La sensación de indefensión, el asco, el miedo, la impotencia, el dolor, la vergüenza...

Volvió a acariciarle la raposa mejilla.

No. Definitivamente no iba a hacerlo. Jamás usaría el poder de la maldición en su contra. Ahora que sabía que no necesitaba defenderse de él, no tenía sentido utilizarlo.

—No voy a desear nada más —le prometió en un susurro y le pareció que él sonreía.

No quería despertarlo, pero no podían pasar la noche en el coche. Le soltó el cinturón cuidadosamente y colocó la mano sobre su hombro sano agitándolo con suavidad para que abriera los ojos. Esperaba que no se sobresaltara.

Sus párpados aletearon varias veces hasta que logró fijar la vista y entonces se quedó prendado de ella.

—¿Me he dormido? —inquirió sorprendido.

—Eso me temo —dijo ella acariciándole con cariño—. Entremos, estoy famélica.

Una vez en la cocina, Gene sacó una pizza del congelador y se

dispuso a meterla en el horno. Eso les daría el tiempo suficiente para darse una ducha rápida y ponerse cómodos.

Erik la contemplaba con curiosidad viendo cómo se movía con soltura en su moderna cocina. Era extraño ver el cambio en tan breve lapso de tiempo. Hacía tan solo una noche que cenaban en aquella misma habitación, ¿o habían sido horas? Solo que entonces era bastante distinta.

Luego subieron arriba y Gene rebuscó entre la ropa que su tía aún conservaba de su marido. Buscaba algo cómodo que pudiera prestarle hasta que finalmente se decantó por un viejo batín de cuadros oscuros.

Después se dirigió al dormitorio y abrió el grifo de la ducha regulándolo hasta dar con la temperatura apropiada. El hombre, que no había dejado de seguirla en todo aquel proceso, se desprendió de la bata médica y las botas y empezó a desabrocharse el pantalón.

—Eh, eh. Espera al menos a que salga —dijo ella algo incómoda.

—¿Te ruborizas? —inquirió él con sorpresa. Ahí estaba otra vez, eso que la hacía tan especial, deseándole y resistiéndose al mismo tiempo—. No pensabas lo mismo esta noche en las escaleras. —Gene se sonrojó aún más, sus mejillas habían adquirido un tono similar al de su cabello.

Agachó la mirada consciente de ello y trató de disimular poniendo una toalla limpia en manos del hombre.

—Es que hace calor aquí —mintió—, tengo que vigilar la cena. Avísame cuando acabes, y no olvides bajar el mando para que deje de salir agua. No quiero que inundes la casa. —Nada más decirlo, dio media vuelta y salió corriendo del baño y la habitación de camino a la cocina.

Se estaba comportando como una quinceañera. ¿A qué venía eso de sonrojarse como una adolescente?

Las imágenes de lo que habían hecho en el retrato acudieron a ella en tromba en cuanto Erik comenzó a desnudarse. El familiar calorcillo le empezó a subir desde la pelvis y tuvo que ponerle freno. Era una mujer adulta. Debería ser perfectamente capaz de acostarse con un tío y controlar las palpitations al día siguiente, por muy espectacular que hubiera sido el evento. En lugar de eso se parecía a la nariz de Rudolf, el reno navideño, y tenía que agachar la vista para no ponerse aún más nerviosa.

Se dijo que debía ser por lo agotada que estaba después de los acontecimientos vividos aquellos últimos dos días, ¿o era uno? No importaba, había sido un día de locos y su cuerpo y su mente se merecían un descanso.

Era increíble sentir el agua tibia sobre el cuerpo después de tantos

siglos. La ducha era un gran invento, sin duda, nada comparable al esfuerzo de llenar las enormes bañeras a cubos y que, a menudo, acababan enfriándose y dejándolo a uno helado. Y por lo que la pelirroja le dijo, la temperatura podía regularse. Menuda maravilla. A la mierda con lo de no mojarse la herida, necesitaba sumergirse por completo. Agachó la cabeza sujetándose con ambas manos a la pared de azulejos azules que tenía enfrente y dejó que el agua le cayera por los hombros hacia la espalda y más abajo.

Podría haberse quedado allí durante horas, pero Gene lo esperaba con la cena y hacía mucho que no comía nada que le hubieran preparado. Nada del mundo real.

Tal como le había indicado, bajó el mando de la bañera y, a continuación, usó una de las toallas para secarse la humedad del cuerpo. Arrojó la gasa que le cubría el hombro a una papelera que encontró bajo el lavabo. Volvió a ponerse los calzones y se echó el batín de cuadros por encima, sin llegar a anudarlo, antes de bajar en dirección a la cocina.

Gene acababa de sacar la pizza del horno y estaba cortándola con un curioso artefacto circular y plano que pendía de un mango de plástico amarillo.

Apoyado en el marco de la puerta fue testigo de cómo la mujer dejaba la pizza sobre la isla de la cocina y, a continuación, sacaba varios botellines verdes de un armario blanco que tenía luz en su interior. Abrió dos y los dispuso junto a la comida.

—Tiene una pinta deliciosa.

—Ya estás aquí. Siéntate, espero que también te guste el sabor.

—Sí —dijo él aproximándose a ella por la espalda y acercando su boca a su oído—, la comida también tiene buena pinta.

Gene se estremeció de pies a cabeza, pero logró hacerse a un lado y tomar asiento, ignorando el cumplido que acababa de recibir. Erik rio para sus adentros situándose a su lado.

Nunca había probado la pizza, pero tenía buen apetito y al percatarse de lo bien que olía decidió dejar a un lado sus dudas con respecto al sabor que podría apreciar si la mordía y, cuando le ofreció una porción aún caliente, se la llevó a la boca mordiendo un pedazo grande. Al momento sintió cómo se le abrasaba la lengua y se le saltaban las lágrimas. Abrió la boca resoplando y Gene se apresuró a tenderle un botellín de cerveza sin alcohol.

—Serás tragón —le regañó—, hay que soplar primero. No ves que acaba de salir del horno. —Erik, mirándola con el ceño fruncido como un

niño pequeño que acaba de recibir una reprimenda, vació el contenido de la botella y acabó de tragar la comida.

Iba a replicar cuando Gene lo besó en los labios. Fue un beso rápido, pero lleno de ternura, que lo dejó sin aliento.

—¿Por qué? —dijo perplejo.

—Porque lo has deseado —respondió ella con una sonrisa traviesa jugueteándole en los labios.

Erik estaba alucinado. ¿Dónde estaba la mujer tímida y desconfiada de hacía unas horas? Parecía tan distinta ahora. Una Gene liberada.

Cuando quiso pensar sobre ello, se dio cuenta de que Gene se había salido con la suya, le había regañado y evitado la réplica magistralmente. Al parecer, aún tenía mucho que aprender sobre aquella mujer.

Acabaron de cenar en silencio, disfrutando de la compañía el uno del otro. Y Erik, por primera vez en más de un centenar de años, disfrutando del intenso y agradable sabor en sus papilas gustativas.

Después la siguió escaleras arriba hasta su dormitorio y dejó que le vendara de nuevo el hombro y le instara a acostarse.

Cuando ella retiró la colcha de punto e hizo a un lado la sábana para que él se metiera debajo, creyó estar soñando. Esperaba que lo mandara de regreso al retrato. Ahora que estaba más calmada, no había enemigos a la vista y todo volvía a su cauce, imaginó que se sentiría más cómoda deshaciéndose de él. Al fin y al cabo, lo único que ella quería era sumirse en un profundo sueño tan pronto tocara la almohada, nada de sexo antes de dormir. Así que ¿por qué iba a conservarlo a su lado? No tenía sentido. Ellas nunca lo hacían.

El retrato era la opción más obvia. El dormitorio de su tía era su segunda alternativa. Pero jamás imaginó que la pelirroja iba a ofrecerle pasar la noche en su cama.

—Voy a darme un baño y enseguida estoy contigo, acuéstate. —Gene salió disparada hacia el cuarto anexo con varias prendas de ropa en la mano. Empujó la puerta sin cerrarla del todo y comenzó a desvestirse.

La cama de Genevieve era realmente cómoda, se amoldaba perfectamente a su cuerpo, como si lo recibiera con los brazos abiertos. Apoyó la cabeza en la almohada y se estiró satisfecho. Escuchó el sonido del agua cayendo dentro de la bañera. La mujer no había cerrado del todo la puerta y a través del hueco que quedaba, entre los párpados semi cerrados, pudo ver cómo se deshacía de la ropa y esta caía al suelo.

Se dijo que debería ir a su encuentro. Ponerse de nuevo en pie y caminar los escasos metros que lo separaban del baño le parecieron toda una odisea, pero sin duda, ella no habría dejado la puerta abierta si no quisiera tener compañía. Solo tenía que despegar la cabeza del almohadón que tenía debajo, y luego el resto del cuerpo lo seguiría dócilmente para encontrarse con la mujer.

Cuando regresó a la habitación, Gene se encontró al hombre profundamente dormido, con la cabeza vuelta en dirección al baño. Había dejado la puerta abierta para escucharlo si necesitaba algo. Una maniobra arriesgada por su parte. Por suerte, los medicamentos que Sam le acababa de administrar lo dejaron fuera de combate.

Sonrió para sí misma y se acercó para cubrirlo con la sábana.

Se quedó un rato allí sentada, al borde de la cama, contemplando a su vikingo salido del viejo retrato.

Había luchado como un auténtico guerrero, no le extrañaba que estuviera extenuado. La pelea, sumada al disparo, el viaje en coche, la clínica, el interrogatorio en la comisaría, todo ello era motivo suficiente para agotar a cualquiera, y más si no era de aquella época y todo le sorprendía.

Ella apenas había sido capaz de apartar los ojos de él mientras lo veía enfrentarse a aquellos tipos. Cada movimiento, cada golpe, cada giro inesperado de su cuerpo la tenía embelesada.

Era consciente de que tenía que pararse a pensar en todo lo ocurrido. No sabía gran cosa del hombre que yacía ahora acostado en su cama. Era casi un desconocido. Alguien lo había encerrado en un cuadro, vaya usted a saber cómo era posible tal cosa, y algún motivo debía tener para ello.

Supuso que las imágenes de aquella pintura tendrían mucho que ver en el asunto. Al día siguiente, sin falta, se encargaría de averiguar todo lo posible sobre su extraño invitado y la prisión de la que había escapado.

Maldita sea. Se estaba enamorando de él. Y bien sabía ella lo peligroso que podía llegar a ser enamorarse. Pero ¿acaso hubiera podido evitarlo? Imaginó que no, aunque no le hiciera sentir mucho mejor.

Finalmente se recostó a su lado, decidida a ignorar a su cabeza, al menos hasta el día siguiente. Hoy solo quería echarse junto a él y dejarse arropar por su aroma y el calor que desprendía su cuerpo. Ya habría tiempo al amanecer para despertar de su maravilloso sueño.

XIV

Año 1.724

Si hubiera podido dormir, la pesadilla lo habría despertado, pero solo eran sus recuerdos volviendo a él una y otra vez.

Después de tanto tiempo estaba acostumbrado y simplemente los ignoraba. Recordaba la celda, el soniquete del agua golpeando aquella escudilla metálica, el frío, el dolor de sus huesos, el miedo. La celda no era lo más aterrador.

Cuando oscureció estuvo a punto de llorar como un niño al comprobar que el patio permanecía permanentemente iluminado por antorchas y su luz se colaba débilmente por el ventanuco excavado en el muro sobre su cabeza.

Estaba hundido. No era más que una sombra de sí mismo, hecho un ovillo sobre el camastro de madera y hierro de su prisión. De haber permanecido en la más absoluta oscuridad, sin duda, se habría desmoronado por completo. Aguantó como pudo las cinco noches que lo retuvieron allí. Al amanecer del sexto día lo condujeron al salón principal de la mansión. Parecía un destartado castillo de la Edad Media, con los muros de piedra gris y los tapices ajados por el paso de los años.

Recordó los cánticos, la mirada furibunda de su carcelero, pero, sobre todo, se acordó de la primera vez que lo vio. Levantaron la sábana que lo cubría y allí estaba, sobre un caballete de madera oscura, un retrato de ella con un mudo grito asomando a su garganta al óleo. Tiraron de él para que pudiera verlo de cerca. El conjuro inundaba de ecos la sala, la boca de la pintura se expandió y la garganta se convirtió en un vórtice oscuro que parecía querer absorberlo.

Los hombres de verdad no le temen a nada.

Los hombres de verdad no lloran.

Los hombres de verdad...

Al cuerno con ello.

Erik gritó, lloró y se debatió tratando de escapar del retrato, queriendo huir de la atroz sensación de pánico que le causaba mirarlo. Sintió que se ahogaba, que lo exprimían como a una naranja y le arrancaban uno a uno los huesos del cuerpo.

Tuvo idea de haber vaciado lo poco que tenía en el estómago en algún momento, pero no podía estar seguro de ello. Se encogió hasta hacerse diminuto y luego se expandió hasta hacerse inmenso. La cabeza se separó del resto del cuerpo y giró en mil direcciones y por fin, cuando creyó que moriría, todo se detuvo. El aire volvió a sus pulmones, la cabeza se asentó sobre sus hombros y el estómago dejó de contraerse. Estaba en casa, solo que no era su casa.

Cada vez que pensaba en ello y recordaba los momentos vividos desde que salió de la celda hasta que acabó recluido en aquella mucho más insólita, se sobresaltaba. Luego hacía gala de todo el autocontrol del que era capaz de disponer y se dejaba arrastrar por los sucesos de aquella última noche.

Se pasó la mano por la frente y apartó un mechón que le caía sobre la cara. Estaba a punto de ver cómo aquella mujer se arrodillaba entre sus piernas y le abría el pantalón y, como siempre, desde que conoció su singular sino, se obligó a sí mismo a disfrutar del generoso regalo que su carcelero le hizo.

La voz sonó distante, pero imperativa.

Era la primera vez que oía algo semejante y se preguntó qué le depararía aquel cambio en su rutina diaria. No pudo reconocerla, pero tiraba de él con fuerza. Se sentía obligado a dejar lo que estaba haciendo y acudir allí, fuera donde fuese. El estómago se le revolvió, la cabeza le dio vueltas y sintió que perdía la visión momentáneamente.

Cuando se hubo recuperado, estaba en una habitación oscura. Notó una ráfaga de viento helado a su espalda. Se sorprendió. En el retrato no existía nada que pudiera rozar su piel, menos aún una brisa como aquella.

Le llegó el maravilloso olor de la tierra húmeda después de un día lluvioso y se embebió de él. Tuvo que enderezarse, pues estaba ligeramente inclinado contra la ventana abierta. La luz de la luna entraba a raudales por ella e iluminaba algunas figuras reconocibles. Una mesa redonda para el té, varias sillas, un butacón junto a la pared, una cama al fondo y una chimenea con rescoldos aún calientes de la que surgían volutas de humo.

En el rincón más alejado, envuelta en penumbras, una figura se

movió levemente hacia él.

—¿Quién anda ahí? Dejad de ocultaros como un cobarde.

—No me oculto. Vuestra espectacular aparición se ha encargado de dejarnos a oscuras.

La voz era la de una mujer.

Erik esperó sin añadir nada más con sus cinco sentidos alerta. Instantes después, del hogar surgió una pequeña llama que poco a poco creció hasta convertirse en un cálido y revelador fuego.

La mujer que tenía frente a sí era menuda y aún así parecía llenar la habitación con su sola presencia. Se movía con la arrogancia de los poderosos y de aquellos que se creen intocables. Los largos cabellos rubios caían en cascada sobre sus hombros en apretados bucles y el azul de sus ojos brillaba de un modo enigmático y peligroso. Llevaba un elaborado vestido color añil oscuro que se ceñía a la cintura y marcaba sus senos por encima del escote recto. La falda arrastraba sobre la alfombra tejida que ocultaba el suelo.

No reconoció la habitación y tampoco el bosque que se dejaba ver a aquella hora de la noche por la ventana. No estaba en Dark Garden, incluso dudaba que estuviera en Brandsbury. Pero lo que era seguro es que no estaba en el interior del retrato.

Allí, al contrario que en su mansión, sentía el frío intenso que se colaba por la ventana abierta y el calor de la chimenea recién encendida. Las sensaciones eran más vívidas, como lo sentía todo antes de ser apresado.

—¿Quién sois? Hablad.

—Ah, no. No, mi buen señor. Las preguntas las hago yo, las órdenes las doy yo y vos tendréis que obedecer. —Erik sonrió divertido.

Si aquella dama pensaba que tenía fuerza suficiente para doblegarlo estaba muy equivocada. Y él iba a enseñarle modales. Lo había sacado del retrato justo en medio de toda la diversión y su erección era palpable aún bajo el pantalón.

—¿Y qué ordenáis, mi señora? —inquirió con cierto sarcasmo.

—Veo que os lo tomáis a broma. —La dama caminó lentamente rodeándolo como una leona acechando su presa—. Yo me encargaré de borrar esa sonrisa de vuestro rostro.

Erik, lejos de amedrentarse, amplió aún más el gesto y se cruzó de brazos esperando el supuesto ataque. Viendo la diferencia de tamaños no le quedaba duda de que podría dominarla fácilmente.

El cabello, los ojos y su actitud la asemejaban peligrosamente a Rowena, por lo que disfrutaría mucho humillándola y demostrándole quién era el que daba las órdenes allí. No sabía cómo había conseguido librarse de su cárcel, pero tampoco lo preocupaba, por fin, después de varios años, era libre y tenía mucha ira acumulada por quemar.

La mujer tomó asiento en el butacón que había al fondo de la sala, se arremangó el repulgo del vestido, dejando ver los botines acordonados que calzaba y sin el más leve atisbo de humor, ordenó:

—Arrodillaos frente a mí y besadme los pies. —Erik rio por lo absurdo de la petición—. Ese es mi deseo —sentenció la mujer.

Al momento, el hombre se vio fuertemente impelido a cumplir su voluntad. Su mente se negaba a tomar parte en aquella locura, pero era incapaz de controlar su cuerpo. Antes de que se diera cuenta, estaba caminando hacia ella y arrodillándose en el suelo. Sus ojos se abrieron desorbitados, no entendía lo que sucedía. Algo en su interior le reveló que no podía negarse a acatar la voluntad de la mujer que tenía frente a sí. De algún modo incomprensible, sus palabras hacían mella en él, por lo que necesitaba, con todas sus fuerzas, satisfacer a aquella mujer dijera lo que dijese.

Se inclinó frente a ella y, en contra de lo que su raciocinio le dictaba, aproximó los labios a aquel botín oscuro y amenazante y lo besó. Y volvió a repetir el proceso con el segundo, tomándolo entre sus manos y aproximándolo a él.

—Buen perrito. —La mirada de odio que Erik le lanzó no tuvo el menor efecto en ella.

—¿Sois alguna clase de bruja?

—Pobre esclavo. ¿Creéis que yo os he hecho esto? No, mi señor, no he sido yo quien os ha hecho presa del retrato. —La mirada de extrañeza del hombre se hizo más apabullante cuando ella señaló un marco que colgaba de su pared. No había nada en aquel cuadro más que un lienzo vacío y oscuro, cuyo marco reconoció enseguida—. No os explicó nada antes de encerraros allí, ¿cierto? Pobre, pobre criatura presa del retrato — dijo con fingida pena en la voz.

Se puso en pie y caminó hasta quedar en el centro de la sala, de espaldas a él y contemplando el cuadro.

—Yo os lo enseñaré. Desnudadme.

Nuevamente, el hombre no pudo negarse.

Lo intentó, aunque sin éxito.

Finalmente se puso en pie, caminó hacia ella y comenzó a deshacer los lazos que mantenían sujeto el vestido. En cualquier otro momento, aquello hubiera sido una tarea excitante y entretenida, pero no ahora, no cuando se sabía presa de algún tipo de conjuro que obligaba a ceder su voluntad a otra persona.

No había nada que Erik odiara más que perder el control, y justamente eso era lo que le estaba sucediendo.

Ni siquiera su padre logró doblegarlo. Descubrió muy pronto el modo en que debía comportarse para que perdiera el interés por él, y así hizo. El resto de su vida actuó como le vino en gana, siempre. No deseaba que aquella mujer, desconocida y tan parecida a su madrastra, lograra lo que otros intentaron mucho antes sin éxito.

Dejó caer el largo vestido al suelo. La tela susurró y mostró un corsé de color negro que marcaba sus senos grandes y turgentes indecentemente. Una enagua del mismo color que apenas marcaba un trasero poco pronunciado y las medias blancas que llegaban hasta medio muslo, ocultándose en el interior de la enagua. Se había echado el largo cabello dorado sobre el hombro dejando al descubierto la espalda cubierta de pecas y graciosos lunares.

La mujer se volvió para encararlo, apenas le llegaba a la altura del pecho, hubiera resultado cómica de no ser por el poder que ejercía sobre él.

—Cuando os dé una orden, deseo que contestéis: “Sí, ama Justine”.

—Y si me niego, ¿me azotaréis? —inquirió burlón ante semejante petición.

Él no tenía amas, él era el amo.

Tenía que hacerle ver que no le tenía miedo. No era más que una mujer y él la superaba en tamaño y fuerza, le bastaría una sola de sus manos para acabar con ella. Sin embargo, sentía cierta curiosidad. Ella parecía saber cosas sobre su maldición y él quería saber, necesitaba saber. Así que decidió seguirle el juego. No era consciente aún de que era algo sobre lo que no tenía opción.

—Prometí no dañar la mercancía, pero igualmente os regeneraréis cuando os envíe de vuelta así que acepto vuestra sugerencia. —Él rio, jamás aceptaría que ella le pusiera un solo dedo encima, no podría obligarlo—. Deseo que os inclinéis sobre esa mesa y estéis muy quieto mientras os azoto.

—Sí, ama Justine. —Las palabras salieron solas de sus labios. Ni

siquiera fue consciente de estar diciéndolas hasta que ya no tuvo remedio.

Sin más dilación, sorprendido aún por lo que acababa de decir, se encaminó hacia la mesa de té y apoyó el abdomen sobre ella, estirando las manos hasta agarrarse de los bordes y manteniendo las piernas separadas para equilibrarse.

—Buen perro. Ahora, no os mováis.

—Sí, ama Justine.

De nuevo aquellas palabras. ¿Qué es lo que le estaba haciendo aquella endiablada mujer? ¿Qué clase de hechizo malvado había dejado caer sobre él? No lo sabía. Y algo en su interior empezaba a revelarse.

Las gráciles manos de la mujer le rodearon la cintura y soltaron el cinto que llevaba abrochado sobre los pantalones. Lo hizo despacio, como si saboreara cada instante.

Él quiso impedirselo, pero estaba congelado en aquella postura sumisa y entregada. El cuero se deslizó por sus caderas y dejó de sentir la presión. La oyó moverse a su espalda, el crujido del cuero al ser retorcido y luego, nada.

El primer azote hizo que se encogiera y tuviera que apretar los dientes para que no lo oyera chillar. Incluso a través de la tela de los pantalones el latigazo le dolió, puesto que ella estaba empleando buena parte de su fuerza con él. Le trajo a la memoria un austero estudio, un ama de llaves rígida y ceñuda que empleaba la vara demasiado a menudo.

De niño dejó de sentir los azotes, se acostumbró a ellos y nada lograba sacarle una muestra de dolor cuando lo castigaban. Sin embargo, de eso hacía ya muchos años; además, aquella mujer se estaba ensañando, como si quisiera arrancarle la piel a tiras y dejarlo marcado de por vida, por lo que tuvo que apretar los dientes y cerrar los ojos. No iba a dejar escapar un solo grito, una sola lágrima. No obtendría esa satisfacción de él.

El segundo pudo oírlo acercarse. Mantuvo la calma y no hizo el menor movimiento cuando la piel restalló sobre él. Le estaba dejando el culo ardiendo y no le estaba gustando. Quiso detenerla, pero no pudo. Su cuerpo se negaba a responder. Por más que él quisiera huir de aquello no conseguía nada. Lo peor no era el dolor, sino el no saber qué ocurría, por qué se veía obligado a obedecerla en todo, aunque eso supusiera un daño para él.

—Poneos en pie. —Con dificultad, forzando a sus músculos a obedecerlo, al fin logró moverse y encararla.

Tenía el rostro contraído en una terrible máscara de odio. El largo

cabello negro caía a ambos lados de la cara, enmarcando la frente perlada de gotitas de sudor y sus oscuros ojos entrecerrados parecían llamear dándole un aspecto salvaje y peligroso. Cualquier otra hubiera escapado nada más verlo, pero ella no le temía, y eso lo enfureció aún más.

—Jamás volváis a hacer eso —la amenazó sin apenas alzar la voz. Ella no se movió un ápice. Por el contrario, lanzó el cinturón contra él, pretendía marcarle la cara, pero él la detuvo cogiéndolo con la mano y arrancándoselo de un tirón.

Por un breve instante, vio miedo en los ojos azules de la mujer, pero fueron solo unos segundos. Enseguida recuperó la pose de domina y lo enfrentó.

—Deseo...

—No vais a desear nada más. —La mano de Erik se cerró en torno a su garganta como un cepo, silenciándola.

Si apretaba un poco más, podría sentir el chasquido de sus frágiles huesos entre los dedos, solo tenía que presionar un poco más y...

La mano que agarraba el cuello de la mujer se aflojó y lentamente se apartó de ella y cayó al suelo de rodillas con el rostro inclinado en señal de sumisión.

—Sí, ama Justine. —Las palabras volvieron a salir de sus labios incapaz de silenciarlas.

Ella no había pronunciado ni una sola, pero se había vuelto a sentir obligado a obedecer sus deseos. ¿Eran eso? ¿Deseos? Creyó sentir algo en su mente justo antes de tener que soltarla. ¿Podía ser? Simples pensamientos con los que ella podía doblegarlo a su antojo. Y entonces comprendió que era justamente así como funcionaba, y ella leyó el reconocimiento de la verdad en sus pupilas.

—Muy listo, mi pequeño y obediente hombrecillo. —La voz salió ronca, pero divertida, y sus labios se curvaron en una sonrisa malévola—. No necesito hablar para daros órdenes. Enteraos bien, estáis obligado a cumplir mis deseos, todo aquello con lo que mi mente sueñe y se divierta. Y no podréis negaros.

—Maldita.

—Hasta ahora las mujeres os han servido por miedo a vuestra fuerza y vuestro linaje. Habéis hecho con nosotras lo que habéis querido. Ya va siendo hora de que aprendáis a obedecer.

—Estáis loca si pensáis que voy a cumplir todos vuestros deseos.

Insistid y acabaréis con una soga al cuello. Vos lo habéis dicho, mi familia es poderosa.

—Teníais poder. Ahora ya no sois nada. Lleváis más de diez años encerrado en ese cuadro. Nadie os echa de menos. Vuestros hermanos ya no están. No sois más que un mero habitante de un retrato maldito con la pena de cumplir los deseos de su poseedora. No saldréis de esta habitación más que para volver al retrato, y será siempre y cuando yo lo diga. Es hora de que probéis un poco de vuestra propia medicina.

De nuevo se vio impelido por los deseos de aquella mujer. Hubo de ponerse en pie y quitarse la ropa frente a ella, hasta la más leve prenda, quedando completamente desnudo. Si pensaba que iba a cubrirse vergonzoso ante ella estaba muy equivocada.

A continuación, la fuerza de sus deseos lo obligó a arrodillarse de nuevo, esta vez para bajar la enagua de la mujer y desnudar su sexo. El vello rubio y rizado le hizo cosquillas en las mejillas mientras usaba su lengua para excitarla. No le permitió usar los brazos, que hubo de mantener tras la espalda mientras su boca se afanaba por llevarla poco a poco al orgasmo.

Lo sintió, sintió cómo ella deseaba que la hiciera correrse, que la excitara usando tan solo su lengua. La mujer se dejó llevar por sus caricias, supo el instante justo en que perdía el control al borde de la excitación, pero ni aún así fue capaz de detenerse.

Saboreaba cada recodo de su húmeda y rosada anatomía y escuchaba sus jadeos mientras notaba cómo poco a poco él mismo se iba poniendo erecto. Odiaba verse forzado, pero siempre se había excitado con facilidad, y los sonidos que salían de boca de la fémica, su olor y la visión que tenía de su anatomía obraban en su contra.

A pesar de estar furioso, a pesar de sentirse humillado por aquella mujer, no había podido evitar excitarse. Su respiración agitada, los pequeños chillidos de placer que escapaban de su garganta, las manos que se enredaban en su cabello y lo forzaban a ir más profundo, todo aquello lo alteraba y hacía que su miembro se endureciera por momentos.

El orgasmo la asaltó con fuerza y se corrió en su boca, humedeciéndole el rostro.

Entonces, Erik recuperó el control.

Había cumplido su deseo llevándola al éxtasis y volvía a ser libre.

Ella se agarró a la mesa de té para recuperarse, las piernas le temblaban y las contracciones la recorrían aún por dentro.

Erik se limpió la cara con el dorso del brazo y se puso en pie agarrándose el miembro y masajeándolo despacio. Hizo uso de su fuerza superior para retenerla contra la mesa y acercó la cabeza del pene a su humedecida entrada. Justo antes de que empezara a penetrarla hubo de retirarse, sin embargo, aún seguía acariciándose el pene cada vez con más fuerza y más velocidad.

Lo estaba obligando a masturbarse delante de ella.

—Parad —le ordenó clavándole una mirada de profundo odio y manteniendo los dientes apretados, tratando de controlar su excitación.

—Ya sabéis cuándo podréis hacerlo, justo antes de correr, entonces deberéis parar y no antes.

—Ni se os ocurra pensar que podéis dejarme con...

—Ah, ah, ah. ¿No olvidáis algo? Decidlo. Vamos, hacedme feliz.

—Sí, ama Justine. —No le dolía tanto pronunciar aquellas palabras como el tono sumiso con que lo hacía.

Ver a aquel portento de hombre totalmente a su merced la satisfizo aún más que el orgasmo que acababa de tener. Era casi un metro noventa de macho alfa lo que tenía sudando y jadeando frente a ella.

El cabello le ocultaba la cara, tenía el rostro caído hacia delante, los labios entreabiertos tratando de llevar aire a sus pulmones. El pecho duro y cubierto de oscuro y rizado vello negro. Las piernas fuertes y musculosas ligeramente dobladas y un brazo capaz de arrancarle la cabeza de cuajo a todo un ejército, trabajando laboriosamente entre sus piernas.

Poco a poco la excitación crecía en él, no podía detenerse y saber que lo obligaba a parar antes de correrse debería haber bajado la erección, pero no lo hacía. Empezó a temblar, le dolían los testículos y estaba a punto de explotar y entonces...

Se detuvo.

Así sin más.

Retiró la mano y se quedó muy quieto mirando al suelo con sumisión. La dura vara inflamada y enrojecida cubierta por el líquido preseminal, golpeándole en el estómago. Un bronco grito de desesperación nacido en lo más hondo de su ser escapó entre sus labios.

Justine sonreía.

Verlo fuera de sí, incapaz de controlar lo que sentía o hacía, era todo un placer para la mujer.

Ella conocía su historia, su carcelero se la contó antes de regalarle el

retrato. Era hora de hacerlo sufrir. Él no tenía idea del alcance de la maldición. Pero ella se la mostraría. Le enseñaría lo atrapado e indefenso que estaba.

—Suplicadme y os liberaré.

—No.

—Vamos, mi lord. ¿No os duele? Suplicadme.

—Jamás. —Aunque cada vez estaba menos seguro de su resistencia.

Los testículos le dolían un horror y estaba de un humor de perros. Ella podría obligarlo a suplicarle, pero no lo hacía, quería que saliera de él, humillarlo aún más de lo que ya lo había hecho.

Se acercó tanto que casi le rozaba con su cuerpo, semidesnuda como todavía estaba y consciente de que verla así lo excitaba. Acarició el tallo duro y enrojecido con un dedo cálido y suave.

Él entrecerró los ojos. ¿Cómo era posible que lo pusiera aún más duro de lo que ya estaba? Quería alejar las sensaciones de sí, pero era todo tan intenso después de haber estado en el retrato que fue incapaz.

—Ni se os ocurra correr ahora —susurró Justine sin dejar de acariciarlo—. Vamos, lo estáis deseando —insistió riendo su propio juego de palabras—. ¿Por qué resistiros? Suplicadme y permitiré que os dejéis ir. Suplicadme, Erik. Hacedlo.

El hombre gruñó y apretó los puños, incapaz de detenerla o sosegarla. El dolor aumentaba casi tanto como la excitación que sentía. Si ella se hubiera detenido, si lo hubiera dejado allí de pie sin tocarlo, sin hablarle, tal vez entonces habría podido serenarse y aguantar. Pero con el roce de la piel sobre su pene, su resistencia se quebraba sin remedio y al final cedió.

Agachó la mirada con una sumisión que no era capaz de sentir en su corazón y en el tono más conciliador de que fue capaz dijo:

—Os lo suplico.

—¿El qué? —Él cerró los ojos haciendo un ímprobo esfuerzo por no atacarla verbalmente.

—Os lo suplico, ama Justine. Dejad que me corra. —La mujer sonrió complacida. Se apartó de él y lo deseó mentalmente, deseó que se corriera en el acto.

Y así lo hizo.

Nada más abandonar los dedos de ella su pene, él estalló gimiendo como una bestia herida y salpicándolo todo a su alrededor. Incluidos los

botines de la mujer.

Cuando su respiración se hubo normalizado de nuevo y recuperaba la compostura, ella lo tomó de la barbilla y lo obligó a agachar la cabeza para mirarla.

—Perrito malo. Has ensuciado los zapatos de mami. Límpialos.

Sin fuerzas ya para volver a negarse, Erik tuvo que arrodillarse nuevamente y lamer el semen que salpicaba los zapatos de la mujer.

Probar su propia esencia fue el acto final para su maltrecho ego.

Se juró que la mataría con sus propias manos si era necesario, pero no volvería a hacerlo sentir así.

—Ahora ve a descansar, perrito. Vamos a divertirnos mucho juntos.

—Sí, ama Justine.

Y Erik volvió al retrato.

Su ira y su odio le hicieron destrozar todo cuanto estaba a su alcance. Por desgracia, allí era incapaz de sentir nada físico. Los golpes que propinaba a los muebles, el estallido de la cerámica a su alrededor, las astillas que se clavaban en su piel o los cristales que le cortaban haciéndolo sangrar... Nada de eso parecía rozar sus sentidos, por lo que tardó más de lo decible en sosegar.

Si el hecho de revivir la misma noche una y otra vez no le fue molesto al principio, estar allí sabiendo que podía ser invocado en cualquier momento y podría verse humillado de nuevo lo enfurecía, lo desesperaba y lo aterraba. Jamás en su vida se sintió tan impotente y desvalido.

Y quería vengarse. Humillar a Justine como ella lo había humillado a él. La haría arrastrarse por el suelo suplicándole clemencia y la marcaría por dentro tantas veces como quisiera. Eso es lo que él deseaba. Y con lo que soñaba cada vez que volvía al retrato tras una sesión de humillación y sumisión con ella.

Pero nunca vio cumplidos sus deseos. Justine lo invocó muchas otras veces más. Jugaba su juego del ama y el sumiso con sadismo y siempre le negaba el placer final, devolviéndolo al interior del retrato cuando se cansaba de él. Dejándolo agotado física y mentalmente y jurándose a sí mismo que no permitiría que nadie más volviera a tratarlo así.

Y aunque Justine fue la más sádica y cruel de sus amas, por suerte para él aquello acabó con el tiempo.

Porque ellas envejecían y morían mientras que él se mantenía eternamente joven y a salvo del tiempo en el interior del retrato.

XV

Aquel que quiere ser amado debe querer la libertad del otro, porque de ella emerge el amor, si lo someto, se vuelve objeto, y de un objeto no puedo recibir amor.

Jean-Paul Sartre

—Sí, ama Genevieve.

—¡Erik! —Gene lo zarandó con fuerza, llevaba un rato tratando de despertarlo tras haber escuchado sus gritos desde la cocina, pero el hombre seguía murmurando y retorciéndose en sueños.

—Sí, ama Genevieve.

—Erik, despierta. Es una pesadilla, vamos, abre los ojos. —La voz suave de la mujer se mezclaba con el tono imperativo de su sueño, pero el tacto de sus manos sobre su hombro era tan real, tan vívido, que consiguió traerlo de vuelta del mundo de los sueños.

Abrió los ojos y la encontró a ella intranquila, con el cabello recogido en un moño bajo y sus preciosos ojos esmeralda fijos en él bajo un leve frunce. Quiso reaccionar con rapidez, pero tenía los músculos del cuerpo agarrotados y un sudor frío recorriéndolo de arriba abajo. Aun así, se forzó a sonreír.

—Hola, preciosa. —Alzó al fin la mano con lentitud y le acarició la mejilla.

Respiró hondo y la atrajo hacia sí agarrándola por la nuca con la intención de besarla. Ella elevó una ceja y lo apartó con suavidad.

—¿Hola, preciosa? ¿Es todo lo que tienes que decir? Por Dios, Erik, si creí que te estaban despellejando vivo hace un instante.

El hombre se enderezó hasta quedar sentado y se mesó el cabello. Tenía la mirada perdida, como si quisiera recordar algo.

—Supongo que estaría soñando, pero no me acuerdo de nada. —Ella lo miró incrédula.

—Escucha. —Se lamió los labios mientras hallaba las palabras necesarias para expresarse—. Lo que pasó con la chimenea, yo nunca, jamás volvería a hacer nada parecido. ¿Entiendes? Creí que podías leerme la mente y por eso pensé en algo que no harías voluntariamente.

—Geney. —Erik la interrumpió tomándole una mano entre las suyas—. No tienes que hacer esto. Te lo dije. Sin explicaciones, sin consecuencias, sin arrepentimiento...

—Sí, sí, ya sé todo eso. Está bien, sé que no tengo la obligación de hacerlo, pero quiero hacerlo. ¿Ves la diferencia? —Él asintió, incapaz de rebatirle—. Como decía —reanudó ella tras aclarar el tema—, tú no quieres hacerme daño a mí y yo no quiero hacerte daño a ti. Además, yo no voy a... no voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer. ¿De acuerdo? Voy a controlar eso. Y si no lo consigo, tienes que decírmelo, porque no sé muy bien cómo funciona todavía y puede que lo haga inconscientemente y no quiero hacerlo. ¿Vale?

—Yo...

Demonios. No sabía cómo responder a eso. Ninguna de sus dueñas se había negado a utilizar el poder del retrato.

Vale. Tenía que decir algo, Gene parecía realmente inquieta con tanto silencio. Quería borrar esas arruguitas de preocupación de su entrecejo y verla sonreír. Sí. Eso era lo más importante para él ahora.

—Es por algo que he dicho mientras dormía, ¿no es así?

Estaba seguro de que había hablado en sueños. Sabía que lo hacía, Gilliam siempre se estaba quejando de ello. Su adorada e inocente Gilliam. Gene y ella se parecían mucho.

Soñaba con Justine, una versión pelirroja de ella, en realidad. Gene era todo lo contrario a su primera dueña, de eso ya no tenía duda, pero su subconsciente debía disfrutar torturándolo y envileciendo una de las pocas cosas amables que tenía.

La tomó de la barbilla con el índice y el pulgar antes de que ella pudiera negar y empezar a hablar de nuevo. La acarició allí y se puso serio.

—Llevo más de trescientos años sin soñar. Estoy seguro de que mi cabeza debe ser un auténtico caos. Sea lo que sea lo que haya dicho, no debes darle tanta importancia. —Hablabla con lentitud, alzando el tono lo justo y sin dejar de acariciarla, pues gracias a que podía entrar en sus pensamientos y

captar sus emociones, sabía que aquello la relajaba—. Sé que no querías hacerme daño. Yo no debí mentirte en primer lugar. Deja que acabe. — Gene quiso intervenir, pero él la detuvo a tiempo—. Los dos hemos cometido errores, olvidémoslo. Tienes tu casa, todo ha salido bien y no merece la pena perder el tiempo pensando en nuestras equivocaciones. —Tomó un hondo suspiro y le sonrió—. En cuanto al poder del retrato, por supuesto, no tienes que utilizarlo si no quieres hacerlo. Eres tú quien elige.

Gene volvió a fruncir el ceño. Erik no había entendido nada de lo que trataba de explicarle. No era como si ella se estuviera negando a utilizar salsa de tomate en sus espaguetis o algo por el estilo. Ella le estaba hablando de algo mucho más profundo. Hablaba de dominación, de control, de esclavitud, de posesión. ¿Por qué no podía darse cuenta?

Trescientos años siendo nada más que un esclavo debían haber roto algo en él. Quizá por eso Gene seguía pensando que se veía a sí mismo como un objeto. Bueno, ella mejor que nadie para saber que los traumas no se superaban de la noche a la mañana, requerían tiempo. Y tiempo le daría.

—Está bien. Solo quería que lo tuvieras claro. Nada de deseos. Nunca más. Prométeme algo. —Él la animó a seguir con un leve asentimiento—. Si en algún momento lo hago, quiero que me lo digas, ¿vale?

—Prometido.

La mujer se mordió el labio, pensativa, sin dejar de escudriñar en el interior de sus pupilas, como si algo en toda aquella oscuridad pudiera revelarle la verdad. Se topó con un muro indescifrable que no la dejó ir más allá. Tiempo. Eso era lo único que iban a necesitar.

—Está bien —cedió—. Bueno, bello durmiente. Acabo de preparar galletas y hay café recién hecho en la cocina. Baja cuando estés listo.

Esta vez no la dejó ir, se inclinó hacia delante y la besó. Dos besos cortitos para tentarla y un tercero largo con el que se entretuvo dejando que su lengua le recorriera los dientes hasta encontrarse con la de ella y saludarla como es debido. La pelirroja se animó y se lo demostró mordiéndole el labio inferior, fuerte, pero sin hacerle daño y luego se retiró para tomar aire y dirigirse a la puerta, por la que desapareció sin volverse a mirar atrás.

Siguió el rítmico contoneo de sus caderas hasta la salida. No pudo evitar sonreír al verla marchar. Una boba sonrisa que le iluminaba la cara y de la que no podía deshacerse con facilidad. Era una criatura tan deliciosa, tan hermosa, tan adorable. Tan diferente de las demás. Tal vez con ella...

—No te hagas eso, idiota. —Se frotó los ojos con las manos y resopló

con fuerza antes de dirigirse al baño, pisoteando de nuevo la semilla que volvía a luchar por germinar.

La creía, porque podía oír lo que pensaba, y, aunque no hubiera podido, la expresión de su cara hubiese sido suficiente para no albergar dudas. Por desgracia, también sabía que no duraría.

Tarde o temprano Gene querría que él hiciera algo, lo que fuera. Él se negaría, ella acabaría frustrada y en algún momento decidiría que desearlo no haría daño a nadie, y luego ya no podría parar.

Porque el ser humano está genéticamente predispuesto a caer en la tentación. Porque, parafraseando a Kant, “*No hay virtud tan fuerte que puede estar segura contra la tentación*”. Y sin duda, el poder del retrato era una dulce e irresistible tentación.

El espejo que había sobre el lavabo le devolvió un reflejo de sí mismo que le sorprendió. Empezaba a crecerle la barba y tenía un pequeño moratón en la barbilla, sin duda de la pelea de aquella noche.

Hacía mucho tiempo que el espejo siempre le devolvía la misma imagen. Verse tan desmejorado, fuera del retrato, casi le gustó.

—Deja de hacerte ilusiones —le dijo a su reflejo para convencerse a sí mismo—. Sabes tan bien como yo que esto no durará eternamente.

Pero no podía engañarse. Jugar al juego de la manipulación y la seducción con Genevieve ya no le divertía. No le apetecía hacerle daño, ni aprovecharse de ella.

Sobre el lavabo, junto al neceser de la mujer, había gasas limpias, esparadrapo y unas tijeras. También una pastilla como la que Sam le hizo tomar la noche anterior y un vaso con agua cubierto por una servilleta de papel.

Gene era buena con él. Se preocupaba por él. No quería lastimarlo, ni usarlo. Incluso quiso darle placer. Evitar que luchara porque no quería que se hiciera daño. Sanarlo para que no sufriera dolor. Mantenerlo a su lado para que no padeciera la soledad y sin sentido del retrato.

Él no era un hombre bueno. No estaba en su naturaleza serlo.

—No vas a dañarla. Esta vez no. No habrá más juegos con ella, no más mentiras. Solo...

Solo que él no sabía cómo comportarse con ella sin todo eso. Tantos siglos engatusándolas, haciendo y diciendo lo necesario para conseguir un minuto más de libertad. Maquinando, intrigando, seduciendo, con su cerebro trabajando a cien por hora para lograr sus propósitos, para vencerlas a ellas.

Inhaló hondo y soltó el aire despacio entre los labios semiabiertos.
Lo tomaría como un reto. Algo nuevo que debía aprender a sortear, y lo haría bien. Por ella, aprendería a tratarla como merecía.

Abrió los ojos poco antes del amanecer y lo primero que vio fue a él. Dormía plácidamente a su lado, rodeándola con el brazo. Un mechón corto de cabello le caía sobre la frente despejada y los párpados le aleteaban sobre las inquietas pupilas.

Le pasó la mano por la mejilla y le agradó sentir cómo le raspaba la piel. Se quedó quieta un largo rato, como si quisiera memorizar cada rasgo de su rostro.

Antes de quedarse dormida se había hecho una promesa. Podía enamorarse de él esa noche, pero se le habría pasado al despuntar el día. Una Gene enamorada era una Gene descerebrada.

Sara no estaba del todo conforme con aquella definición, pero ella estaba segura de que así era.

El amor la volvía irracional y era una faceta suya que no le gustaba, porque no la dejaba ver cómo era la otra persona en realidad, o al menos eso pensaba.

Sara insistía en que solo había tenido mala suerte. Había topado con tipos que escondían muy bien su verdadero yo hasta que ya no tenía remedio. Podría pasarle a cualquiera. Pero Gene no se dejaba convencer y seguía pensando que era solo culpa suya, por cegarse y no querer darse cuenta de la clase de persona con la que estaba.

Allí echada, pensó en Erik. A pesar de lo poco que sabía de él, tenía muchas cosas a su favor que los demás nunca tuvieron. Para empezar, le había salvado la vida en tres ocasiones.

¿O solo había sido una?

La primera vez suponía que un deseo lo había llevado hasta ella.

«Pero yo no deseé que le diera semejante paliza a ese tío. Pudo limitarse a noquearlo. Había que tener mucha rabia en el cuerpo para pegar a alguien así, es lo que dijo Dave».

La segunda vez lo invocó, aterrada, rodeada por el fuego.

«Sí, eso lo deseé yo, pero... estaba preocupado por mí, ¿o no?».

Y la tercera. La tercera vez se había enfrentado a esos tipos para

protegerla a ella y su casa. No recordaba haber deseado nada de aquello. Solo le hizo prometer que le devolvería su casa, nada más. El resto...

«Lo hizo porque quiso. Me ayudó porque él quiso».

Y en cuanto al sexo.

Era tierno, paciente, dulce, entregado. No la obligó a hacer nada que ella no quisiera hacer. Le dio tiempo cuando lo necesitó y decisión cuando ella la había perdido. Fue una experiencia compartida, de respeto mutuo, que ambos disfrutaron. Que le demostró algo que ya comenzaba a sospechar, y es que no pasaba nada malo con su cuerpo, excepto que no había dado con el hombre adecuado, uno que supiera tratarla bien.

En cuanto a los inconvenientes. Tenía al menos trescientos años más que ella, desconocía por completo el mundo moderno, le costaría mucho presentárselo a sus amigas e imaginaba que no sería fácil llevar una vida normal con él porque ¿de qué iba a trabajar? ¿O acaso podría limitarse a quedarse en casa y recibirla cada noche con la casa limpia y la cena lista? ¿Le gustaría ser un mantenido?

Además, casi no sabía nada de él. ¿Qué había hecho tan terrible para que lo maldijeran a vivir dentro de un retrato? Debió ser algo terrible si parecía tan reacio a contárselo. Erik nunca se negaba a contestar, pero cuando lo hacía, Gene siempre se quedaba con la sensación de que ocultaba cosas.

La cabeza empezaba a darle vueltas. No podía seguir así, con tantas dudas y preguntas danzando en su cabeza. Hallaría el modo de sonsacarle, costara lo que costase.

En esta ocasión, le resultó muy fácil apartar el brazo que él tenía alrededor de su cintura. Ni siquiera se inmutó, tan profundamente dormía.

Por un instante, quiso imaginarse despertando junto a aquel hombre cada mañana. Era una locura, pero los sueños, sueños son. Suspiró.

No puede haber amor cuando uno tiene tanto poder sobre el otro. Y entonces una idea la asaltó, una idea que quería llevar a cabo lo antes posible, pero, para ello, antes tendría que resolver sus inquietudes. Fue entonces cuando bajó a la cocina y comenzó a preparar las galletas. Cocinar la calmaba y la ayudaba a pensar.

Otra herencia de su tía.

La encontró inclinada sobre lo que debía ser el horno con unas

manoplas con forma de pez en las manos y la rejilla a medio extraer. Llevaba puesto un vaporoso vestido de color verde anudado al cuello, ceñido bajo el pecho y que caía ligero hasta la parte superior de sus rodillas. Aunque, en aquella posición, de espaldas a él, no eran precisamente sus rodillas lo que atraía su atención.

Podía admirar la curvatura de sus glúteos bajo la tela y sus muslos firmes y contorneados que asomaban insinuantes.

De repente, le picaba mucho la palma de la mano. Por un breve instante, estuvo tentado de descargarla contra sus nalgas y esperar que ella se enderezara de un salto para atraparla y atraerla hacia sí, sin embargo, se contuvo. No estaba seguro de que a ella le gustaran esa clase de juegos, y acababa de hacer la promesa de no lastimarla de ningún modo.

Gene se alzó y estuvo a punto de tropezar con él.

Erik levantó los brazos para sostener la bandeja que ella acababa de sacar del horno y que, en ese momento, se agitaba a punto de irse al suelo. Por suerte, logró esquivarlo y dejarla caer aparatosamente sobre la encimera de la cocina. Con algunas galletas saltando y rodando por toda la superficie.

—¿Estás loco? —inquirió una vez recuperado el aliento—. Podrías haberte achicharrado las manos.

—Pero no ha sido así.

—Por supuesto que no, pero no gracias a ti. Tienes que dejar de hacerte daño.

—Y tú tienes que dejar de regañarme.

—¿Regañ...? —Erik la miraba con un mohín de disgusto en el rostro, parecía un niño recibiendo la reprimenda de su estricta madre.

Un niño que le sacaba más de una cabeza de estatura y que podía partir nueces con los bíceps.

No pudo contenerse y empezó a reírse llevándose las manos, aún envueltas en las manoplas, al estómago.

Se quedó estupefacto. No entendía qué podía hacerle tanta gracia, pero estaba tan bonita riendo con las ridículas manoplas de pez en las manos y aquel vestidito que hacía resaltar el tono de su piel.

Unos mechones rebeldes se le escaparon, enmarcándole un rostro surcado de lágrimas. Lágrimas que marcaban sus largas y oscuras pestañas como pequeñas gotas de rocío sobre una tela de araña. Le encantaba verla tan alegre.

Gene se serenó un poco, se quitó las manoplas y se frotó los ojos y las

mejillas. Al alzar la mirada se topó con dos carbones encendidos que pugnaban por atravesar su cuerpo e incendiarla por dentro. Se humedeció los labios sintiendo cómo se le aceleraba el pulso y una ola de calor la embargaba. En ese momento, el timbre del horno los sobresaltó, devolviéndolos a la realidad.

Dejó las manoplas sobre la encimera, apagó el horno y se volvió para servirle una taza de café caliente mientras trataba de serenarse.

Aquel hombre tenía la capacidad de excitarla sin siquiera tocarla.

Él, por su parte, alargó la mano para tomar una de las galletas que reposaban sobre un plato en la encimera. Se la llevó a la boca y entonces se percató de que estaba muerto de hambre.

Todo allí sabía tan bien que recuperar el sentido del gusto era una auténtica delicia. Ni recordaba la última vez que pudo saborear la comida.

La joven le alargó la taza humeante antes de dedicarse a colocar la nueva hornada sobre una bandeja que tenía preparada.

—Todo lo que haces sabe tan bien —entonó con un suspiro de satisfacción mientras se llevaba la taza a los labios y sorbía el oscuro líquido con deleite.

Gene no dijo nada.

En ese momento, mientras lo veía vaciar el plato que había llenado hacía menos de media hora, le recordó aquella vez que su tía y ella encontraron un perro escondido entre la maleza del jardín.

El animal se coló por un agujero escarbado bajo la verja y amaneció enrollado sobre sí mismo, temblando de frío y lleno de barro reseco por todo el pelaje. Los huesos se le marcaban bajo la fina piel y se movía con torpeza.

Lo alimentaron y le dieron un baño mientras le encontraban un buen hogar. Gene les tenía alergia y no podían quedárselo.

Ver comer a Erik le recordó aquel preciso instante en que situó el plato lleno de pollo y arroz hervido frente al animal. Ambos devoraban la comida como si llevaran siglos sin probar bocado y el siguiente que tomaban fuera el más delicioso de todos.

Esa imagen pasó fugazmente por su mente la noche anterior cuando cenaban, pero entonces estaba demasiado agotada para percatarse del parecido. En cambio, ahora, la comparación le resultó adecuada.

—He pensado que quizá te apetezca salir a dar una vuelta. —El hombre dejó de masticar y la miró fijamente—. Bueno, igual te apetece ver cómo es ahora Brandsbury y, además, quiero presentarte a alguien.

A Erik le costó tragar y cuando por fin lo hizo, le habló como si temiera la respuesta de ella.

—¿Tú quieres... vas a... dejarme... salir? ¿Fuera? —La comparación con el perro abandonado que encontraron en su jardín la asaltó de nuevo.

Esta vez, a su querido vikingo solo le faltaba menear la cola frente a la puerta y llevar la correa sujeta en la boca, listo para que ella se la anudara al cuello y lo sacara a pasear.

—Pues sí. No vamos a pasarnos todo el día encerrados en casa. ¿Estás bien? —Ahora parecía al borde de sufrir un infarto. Había perdido color y respiraba con dificultad. Entonces le asaltó una idea que parecía descabellada, pero quizá explicara su repentino cambio de humor—. ¿Cuándo fue la última vez que pisaste la calle... antes de anoche?

—Mil setecientos cincuenta y dos.

—¡Ay, por Dios! ¿Quieres decir que tus otras... las otras mujeres... ellas no te dejaban salir nunca de casa? —No cabía en sí del asombro. ¿Cómo era posible que en trescientos años de cautiverio ninguna de sus dueñas hubiera paseado con él? ¿Qué hacían, invocarlo, echar un polvo y devolverlo al retrato? ¿Todas y cada una de ellas?

—Se podría decir que esa idea se aproxima bastante a la verdad. —Leyó sus pensamientos y no pudo evitar contestarle, aunque el modo en que ella lo miraba ahora lo incomodaba.

No quería darle pena. No lo hizo a propósito. Antes lo hubiera hecho si con ello consiguiera algo, pero había prometido no hacer eso con Geney.

—Menudas zorras. —El exabrupto lo dejó con un palmo de narices. Le daba la sensación de que, de haber podido, su adorada pelirroja les habría arrancado los ojos a todas ellas sin pensárselo dos veces. Y saberlo hizo que algo se removiera en su pecho—. Pues no nos vamos a quedar aquí de ninguna de las maneras. Se acabó la clausura. Acaba de desayunar y nos vamos.

El rostro se le iluminó y se apresuró a acabar el café y las pocas galletas que quedaban ya en el plato. Se preguntó si podría acabar la segunda horneada cuando regresaran. Gene cocinaba maravillosamente bien.

Cuando terminó de comer y salió de la cocina, la mujer bajaba por las escaleras cargando con el retrato en la mano y un bolso en la otra.

—¿Qué estás haciendo?

—Anoche dijiste que hubiera sido peligroso volver al retrato si quemaban la casa. Imagino que si alguno de los dos está dentro y esto se

quemamos no vamos a contarlo, pero... ¿Qué pasa si no estamos dentro? Es decir...

—Sé lo que quieres decir, Geney. —El hombre se aproximó más a ella, por el tono de su voz, debía ser una pregunta recurrente en su vida—. Si el retrato se destruye, dejarías de ser su dueña, y por ende la mía.

—Lo cual demuestra que debes dejar que acabe mis frases —espetó disgustada. Se alzó en puntillas y le puso un dedo acusador a la altura de la nariz—. Lo que quiero decir es ¿qué se supone que te pasaría a ti, pedazo de cenutrio, si el retrato ardiera?

De no ser porque tenía la espalda contra la pared, el ímpetu de la mujer lo hubiera hecho acabar de culo en el suelo.

—¿No me escuchas cuando hablo? —le imprecó ella suavizando el tono de su voz—. No estoy interesada en ser tu dueña. Para nada. Y ahora contesta, si lo quemase... ¿eso te liberaría? Porque tengo una lata de gasol...

—¿Por qué ibas a querer liberarme? —exhaló.

Gene lo miró como si se hubiera vuelto loco. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Y por qué no iba a querer hacerlo? Si no quiero ser tu dueña, liberarte sería lo más lógico.

—¿Liberarías a un hombre del que no sabes nada, ni siquiera el verdadero motivo por el que me encerraron? ¿No me tienes miedo? —Sus pupilas parecieron oscurecerse más si cabía al pronunciar las últimas palabras.

—¿Sabes qué me da miedo? —Él se preparó como si fuera a recibir un golpe—. Que alguien saque un arma y tú vuelvas a correr hacia ella como si quisieras atrapar las balas con los dientes. —Erik no supo qué contestar a eso—. Por lo demás, quédate tranquilo, tenía planeado sonsacarte más tarde, durante el almuerzo. Te haré cantar como un canario, y me vas a contar todas tus fechorías.

El gesto indiferente con el que la mujer se encogió de hombros y pasó de largo camino a la biblioteca estuvo a punto de hacerlo sonreír de no ser porque sentía como si una densa bola de bilis se le hubiera quedado atorada en el estómago.

La siguió un segundo después para ver cómo se dirigía hacia un espejo que cubría una parte de la pared tras el escritorio y le daba un pequeño empujón. Al hacerlo, se abrió hacia un lado, descubriendo una puerta metálica con un teclado numérico y una palanca junto a ella. La pelirroja

pulsó varias de aquellas teclas y, por último, accionó la palanca. Al hacerlo, la puerta se abrió y pudo introducir el retrato en su interior.

Era una suerte que el cuadro en sí no fuera demasiado grande y que la caja no fuera demasiado pequeña. Le costó un poco teniendo en cuenta que no estaba vacía, pero finalmente logró encajar todo dentro y cerrar con un suspiro de satisfacción. Al girarse, se encontró con la turbia mirada del hombre, que contemplaba fijamente la puerta de la caja fuerte.

—Ahí estará seguro. —Él se limitó a asentir, aún fijo en la caja fuerte —. Uno, seis, tres, nueve, cinco, dos, cero.

—¿Qué?

—La combinación. Por si quieres sacarlo. No quiero que ahora pienses que te encierro ahí dentro.

—No pretendía...

—Está bien. Entiendo que debe ser difícil confiar en alguien que puede hacer que saltes a la pata coja por una ventana de un quinto piso con solo desearlo. Pero ya arreglaremos eso. —La mujer lo dijo medio en broma, tratando de quitarle importancia a la situación.

Erik estaba perplejo. ¿Cómo podía no confiar en ella? Sabía que podía entrar en sus pensamientos y en ningún momento había tratado de impedirselo. Acababa de proteger el retrato y con ello a él, y eso que seguía sin conocer las consecuencias de su destrucción. No había subterfugios en ningún rincón de su menudo cuerpo, era toda claridad y transparencia. Imposible no confiar ciegamente en ella. En cambio, en lo que a él se refería...

—Quedaría atrapado en su interior para siempre. —Gene giró sobre sus talones y se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Para... para siempre? ¿Sin que pudieran invocarte?

—Sí.

Gene recordó entonces la cantidad de momentos, a lo largo de su infancia y adolescencia, en que el cuadro pudo sufrir algún daño, y se le erizó el vello de la coronilla y los brazos. El objeto en cuestión era mucho más delicado que un maldito huevo de *Fabergé*. Y había estado en manos de una niña que ni siquiera sabía que contenía una vida dentro de él.

—Eso es —Carraspeó para recuperar la voz—, eso es... —No encontraba las palabras.

—Está a salvo.

—¿Qué? —Gene pareció salir de un ensueño.

—El retrato estará a salvo en la caja y gracias a eso, yo también.

—Sí. Y eso no va a cambiar.

La determinación en su voz hizo que Erik no pudiera evitar inclinarse hacia ella y besarla.

Gene dejó que la lengua del hombre la acariciara por fuera y por dentro. Le devolvió el beso y lamentó el momento en que él se apartó para dejarla respirar.

—Bien —dijo recuperando la compostura—. Hora de irse. —Le guiñó un ojo al pasar por su lado, se colgó el bolso cruzado sobre un hombro y se detuvo para besarlo en la mejilla camino de la puerta.

Aquellas muestras espontáneas de afecto eran totalmente nuevas para él.

El último beso que recibió en la mejilla se lo había dado Gilliam hacía ya siglos, pero viniendo de Gene, las sensaciones que lo recorrían por dentro eran, sin duda, muy diferentes. Y aunque le gustaban, no estaba seguro de cómo debía reaccionar ante ellas. Al parecer, aun habiendo vivido más de trescientos años, todavía tenía muchas cosas que aprender acerca de las mujeres.

Poco después, ambos estaban de nuevo en el Mustang de camino al pueblo.

Gene le había prestado una vieja camisa de su tío que encontró en un baúl. Le quedaba algo ancha, pues su tío era un hombre más bien grueso y casi tan alto como Erik, en cuanto a los pantalones y el calzado no pudo hacer mucho por él. Tuvo que ponerse los que llevó el día anterior, pero al menos no estaban cubiertos de sangre seca, ni agujereados.

El tráfico aumentó mucho por la mañana, pero el hombre no parecía tan nervioso como la noche anterior. De hecho, no cesaba de hacer preguntas sobre los distintos vehículos que pasaban junto a ellos por la carretera.

La mujer adivinó, sin necesidad de leerle el pensamiento, que se moría de ganas por probar una de esas enormes motos desde que, una Harley, los adelantó haciendo sonar su increíble motor. En aquel momento, habría matado por tener una de esas en el garaje, solo por ver su cara de felicidad al hacerla rodar.

El equipo de música del vehículo también fue toda una novedad.

Explicarle cómo funcionaba, lo que era una grabación, un CD, o incluso Spotify fue mucho menos arduo de lo que ella esperaba.

Erik era asombrosamente rápido para asimilar los conceptos y comprender el significado de todo cuanto ella le explicaba. Maravillado por los increíbles avances tecnológicos del último siglo, no podía dejar de hacer preguntas y ella se afanaba por contestar del mejor modo posible. Ya imaginaba lo fascinado que quedaría cuando le enseñara internet. Para él sería una delicia. Tanto conocimiento al alcance de un simple clic.

Aparcó el coche junto a una pequeña tiendecita de la calle principal en cuyo escaparate podía leerse, en brillantes letras mayúsculas de color blanco: *Claire's*. Dejó que Erik descubriera el método apropiado para desabrocharse el cinturón y luego ambos bajaron del Mustang.

Entraron en el establecimiento. Erik pensó que parecía un enorme y gigantesco ropero. Allí había decenas de percheros llenos a rebosar de ropa de todo tipo: pantalones, vestidos, faldas, camisas, camisetas, ropa menuda especialmente diseñada para niños e incluso para bebés. Calzado, sombreros, ropa íntima y otras muchas cosas se exhibían colgando de perchas de color rosa, azul y amarillo, y también sobre estantes fijados a la pared.

—¡Ay, Gene! ¡Por Dios santo! —Frente a ellos acababa de aparecer una mujer de edad y constitución similares a las de Genevieve. La aparecida se lanzó en brazos de la mujer y la estrechó con fuerza mientras seguía hablando—. Dave me lo ha contado todo. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Por suerte todo quedó en un susto. —Gene le devolvía el abrazo con cariño.

La mujer era bonita, pero no tenía el cabello de fuego y los ojos esmeraldas de su pelirroja. En cambio, tenía un bonito pelo lacio color chocolate y unos ojos almendrados de tonos marrón verdosos que, si bien no llamaban tanto la atención, le resultaron cálidos y acogedores.

La mujer pareció dispuesta a añadir algo más, pero al ver la impresionante figura del hombre se quedó sin habla. Gene se hizo a un lado y se giró para hacer las oportunas presentaciones.

—Claire, este es Erik, un viejo amigo que ha venido a pasar unos días y echarme una mano con las cosas de mi tía.

—Erik, esta es Claire, la esposa de Dave y una de mis mejores amigas.

—Es un placer conocerte, Erik. Dave me dijo que Gene está bien gracias a ti, así que gracias de corazón. No quiero ni imaginar lo que podría

haber pasado si llega a estar sola.

Erik aún trataba de digerir la noticia cuando Claire se acercó y lo abrazó a él también. De repente, la presencia del policía ya no le parecía tan amenazante como la noche anterior. Por lo visto, aquella preciosa mujer que miraba a su pelirroja con tanto cariño era su esposa. Eso le gustó.

No le pasó desapercibido lo mucho que la gente de aquel pueblo se preocupaba por su chica. La expresión alarmada de los policías que le llegó por el aparato que Dave tenía al hombro la noche anterior, al igual que la de la rubia que los avasalló al llegar a la comisaría y el simpático médico que lo atendió, todos y cada uno de ellos demostraban cariño por ella.

Hubo de prestar atención, pues las mujeres se habían callado de repente.

—¿Qué?

—Claire quiere saber qué tipo de vaqueros estás buscando. —El hombre se encogió de hombros, sin tener la más remota idea de lo que hablaban. Él no estaba buscando nada.

—Elige tú, me fío de tu criterio.

—Buena elección, déjanoslo a nosotras. —Claire tiró de Gene y juntas comenzaron a rebuscar por la tienda mientras él las observaba con un divertido interés.

La tienda estaba decorada con gusto. Mantenía la fachada y el mostrador original de mil ochocientos y los estantes y la vieja caja registradora del siglo diecinueve cuando era una farmacia.

La caja aún funcionaba. Claire se había enamorado de ella al verla en un viejo rastro vintage y tras comprarla hizo que la restauraran y la pusieran a punto.

Erik parecía sentirse a gusto allí. No era tan moderno como la comisaría. Los viejos muros se le hacían familiares y acogedores, como tener un pequeño retazo de su mundo en aquel caos que era ahora. Sin embargo, el sonido de la música que parecía provenir de todas partes rompía un poco el encanto.

Claire calculó la talla que iban a necesitar. Le tendió varios modelos a Gene, que los estudió con ojo crítico, devolviendo unos cuantos que no eran de su agrado, y luego se dirigió hacia un perchero lleno de camisas y camisetas. Ambas se encargaron de seleccionar varias que podían sentarle bien, sin dejarlo opinar en ningún momento.

Al hombre, que permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho

sin perder detalle de lo que hacían, le pareció gracioso ver a ambas tan entusiasmadas por vestirlo cuando lo normal era que las damas pelearan por desnudarlo.

Podrían haber sido hermanas, había cierta complicidad entre ellas. Se notaba por sus gestos, su silenciosa conversación, las miradas...

Ahora comprendía mejor que sus miedos eran infundados. Sin duda, Davis tan solo se preocupaba por Gene porque era amiga de su esposa. Eso tenía cierto sentido. Aunque a él no debería importarle que otro hombre cortejase a su chic...

«No, no te equivoques, Geney no es tu chica, es tu dueña».

—¿Estás bien? —La pelirroja sostenía varias prendas de ropa entre los brazos.

Él asintió y alejó de su mente cualquier atisbo de negatividad. No dejaría que su situación de esclavitud le amargara aquel bonito día.

—¿Qué es todo eso? —susurró intrigado.

—Tu nuevo look. No puedes ir vestido del siglo diecisiete todo el día, llamarías mucho la atención, así que vamos a modernizarte —explicó ella también susurrando.

Erik elevó una ceja divertido y se dejó guiar por la pelirroja.

Entre ambas mujeres se ocuparon de meterlo a empujones en un cubículo algo estrecho para él, separado del resto por una pieza de tela que colgaba desde una barra a ambos lados de la entrada hasta el suelo.

Gene le tendió un vaquero y una camisa para que se los probara y corrieron la cortina. Mientras, aprovecharon para elegir unos zapatos más adecuados a su estilo, ropa interior y un sencillo pijama.

Claire miró las prendas confundida.

—Le perdieron la maleta en el aeropuerto —explicó la pelirroja. Su amiga asintió. Dichosas compañías aéreas.

—Por Dios, Gene. ¿De dónde lo has sacado? ¿No los fabricaban más pequeños?

—¡Claire! —Gene rio complacida. Al parecer, su vikingo iba haciendo estragos por donde pasaban—. ¿Qué pensaría Davis si te oyera?

—¿Bromeas? Incluso él estaba sorprendido. Me contó cómo detuvo a esos cuatro pirados anoche. ¿Es verdad? ¿Los paró él solito?

—Bueno, yo los distraje un poco. Pero sí, los dejó K.O. él solito.

—¡Vaya! Impresionante, de verdad. Hablando en serio, Gene, me alegra que estés bien. Dave está muy preocupado por ti.

—Lo sé, insistió en que me trasladara con vosotros después de... — Claire le apoyó la mano en el hombro y Gene suspiró—, bueno. Da igual. Solo ha sido mala suerte. Estoy bien y, además, Erik va a quedarse hasta que vuelva a Madrid. No me pasará nada estando con él.

—Sí. Será lo mejor. No me gusta que estés allí tú sola.

La cortina se abrió de repente y Erik salió llevando una camisa blanca que le quedaba un par de tallas grande, las mangas le cubrían las manos y los faldones de la camisa le llegaban casi a las rodillas, no estaba nada convencido de que aquello debiera sentarle así.

Se quedó quieto con los brazos separados del cuerpo y mirando a Gene inquisitivo.

La mujer se mordió los labios para no reír y se dirigió derechita al montón de ropa que habían dejado sobre el mostrador a rebuscar entre las varias camisas y camisetas que habían escogido. Cambió algunas de ellas con Claire para ajustar la talla y luego le tendió una Erik.

—Ponte esta mejor. —El hombre empezó a desabotonarse la que llevaba puesta y Gene lo obligó a girarse y meterse de nuevo tras la cortina mientras Claire lo miraba fingiendo que se lo iba a comer a bocados.

A él no le preocupaba desnudarse delante de las mujeres, pero Gene se sentía algo celosa y no quería que fuera mostrando sus encantos a ninguna otra que no fuese ella.

—¿Y qué tal en la cama? —inquirió la mujer sin apartar los ojos del probador.

—¡Claire! Solo somos amigos —mintió Gene roja hasta la raíz del cabello.

—Y Davis solo era el capitán del equipo de polo, pero eso no impidió que nos revolcáramos aquella tarde en las caballerizas. —Cruzó los brazos y se inclinó sobre el hombro de la pelirroja—. Ahora me explico que nunca me hayas hablado de él. Si yo tuviera un *amigo* así, tampoco lo iría luciendo por ahí.

Gene estaba a punto de replicar cuando la cortina volvió a descorrerse. Esta vez la camisa le quedaba de fábula. Ambas mujeres dieron su consentimiento y antes de que el hombre pudiera hacer o decir nada, Gene se encargó de colocarle varios conjuntos más entre las manos.

Media hora más tarde, la joven pagaba la compra mientras Erik se afanaba por vestir las prendas que ella le había elegido para que pudiera deshacerse de la ropa vieja de su abuelo.

—Pasad a cenar algún día. Estará bien hablar de los viejos tiempos, y así podrás conocer a Lea.

—Lo haremos, tengo muchas ganas de achuchar al bebé, estoy harta de verla solo en fotos y escuchar sus balbuceos por teléfono.

Las dos mujeres reían y se abrazaban cuando Erik se situó junto a ellas.

Claire no pudo evitar silbar al verlo llegar mientras tendía las bolsas a Gene, que, sorprendida por el cambio, se mordió el labio inferior muerta de deseo y sintiendo cómo un calorillo le invadía las entrañas.

El polo gris marengo de manga corta le marcaba los musculosos brazos y dejaba ver el vello rizado y oscuro de su pecho por el cuello en forma de uve. Los vaqueros rectos azul oscuro se ajustaban a su cuerpo marcando las nalgas y el paquete de forma provocadora. Calzaba unas zapatillas de vestir de color negro y la americana, del mismo tono, la dejaba caer sobre su hombro derecho.

No supo si fue la evocadora canción de *Casi humanos* de Dvicio que sonaba por el hilo musical de la tienda o verlo vestido de aquella manera. Gene no pudo apartar sus ojos de él, ni despegar los labios durante un tiempo que le pareció eterno.

La pelirroja miraba extasiada a su vikingo. El mundo a su alrededor pareció desaparecer, como si todo se oscureciera de pronto y la única luz que brillara estuviera enfocada sobre ellos dos. Ellos y la dulce voz de Andrés Ceballos, que ponía la banda sonora al momento.

Erik, a su vez, también parecía haberse convertido en piedra de repente. La miraba como si fuera lo máspreciado que tenía, lo más querido. Con aquellos ojos negros, tan profundos que una podía sumergirse en su interior y perderse.

La recorrió de arriba abajo como si fuera la primera vez que la veía.

Le había soltado el pelo mientras ella conducía, y ahora los rizos rojos le caían a ambos lados de la cara y sobre los hombros como una llamarada. El liviano vestido verde a juego con sus ojos la hacía parecer una ninfa de los bosques, y lo hubiera sido de no ser por las graciosas zapatillas blancas con una ilustración de gatitos grises que calzaba y que le daba un aspecto juvenil y desenfadado.

Claire asistió, embargada de emoción contenida, al momento en que la pareja se quedó petrificada contemplándose mutuamente. Y se alegró por Gene. Tenía que ser él porque ningún otro la había mirado igual que él lo

hacía. Y Claire reconoció la mirada, porque era la misma que su marido tenía cuando se conocieron, al casarse y con el paso de los años...

Con el maletero repleto de bolsas llenas de ropa de caballero y un montón de tiempo libre por delante, ambos estaban listos para recorrer el pueblo.

El hombre le ofreció el brazo con galantería y la joven no dudó en agarrarse a él sonriente y echar a andar.

Desde la tienda de Claire, Gene se dirigió hacia el casco histórico del pueblo, en pleno centro de la villa.

La mayor parte de las construcciones databan de finales del siglo dieciséis y primeros del diecisiete, por lo que imaginó que sería la mejor forma de iniciar su paseo si, como sabía, hacía más de trescientos años que no pisaba la calle. Comenzar por un lugar conocido resultaría mucho menos traumático para él y lo ayudaría a conectar de nuevo con el mundo.

Ella también lo necesitaba. El día que pasaron dentro del retrato y la reciente lucha por recuperar Dark Garden de las llamas parecía lejano ahora, escuchando el bullicio de las calles de Brandsbury que, al ser un día laborable, estaba muy animado a aquellas horas de la mañana.

Era como si los rayos de sol que le calentaban la piel y la suave brisa de finales de junio logran borrar los malos momentos vividos, igual que lo harían con una pesadilla de la que uno despierta al alba.

El hombre caminaba a su lado absorbiéndolo todo con sus cinco sentidos. El sexto lo reservaba solo para ella.

El entramado de calles le resultó familiar enseguida, al igual que las coquetas edificaciones de ladrillo, pizarra y paja que bordeaban los caminos. Le sorprendió el asfaltado y las aceras bajo sus pies. Aun siendo un avance de lo más práctico, le recordaba que no estaba en su tiempo.

Las gentes con quienes se cruzaban, sus extrañas vestimentas y los objetos que portaban también contribuían a romper, en cierta medida, el encanto de verse reencontrado con su hogar. Casi era capaz de atraer a su memoria los olores que solían flotar a esas horas del día: la masa caliente del pan recién hecho, el olor agrio del queso al fermentar, el picor de la sangre de la matanza para el mercado. Allí no había nada de eso ahora, aunque el aroma a flores era muy agradable.

—Apenas quedan comercios en esta parte del pueblo, la mayoría están en la zona nueva, un poco más abajo —le explicó Gene.

Él la arrastraba de un sitio a otro conforme reconocía lugares de su pasado. Parecía entusiasmado de poder mostrárselo a ella. Hablaba sin parar de lo que era uno u otro edificio, sobre sus habitantes y las veces que iba allí de niño.

Pese a todo, Gene notaba que procuraba no entrar en detalles con respecto a su vida allí, y ella iba a darle algo de margen de momento. Se le veía tan feliz, como un crío que visita el zoológico por vez primera, dando saltos de un lado a otro y admirándolo todo con ilusión infantil.

Tomaba buena nota de lo que le contaba y lo almacenaba ordenadamente en su memoria. Ya rellenaría más adelante los huecos que le faltaban.

—Antes una muralla de piedra recorría toda esta zona —señaló una línea invisible que bordeaba la vieja iglesia por detrás y se perdía tras unos bloques nuevos de apartamentos a su derecha—. La taberna se levantaba justo ahí, y aquello era un amplio camino de tierra, solo había bosque al otro lado.

La joven trataba de imaginar cómo era el mundo a través de sus ojos. Sus explicaciones se volvían cada vez más detalladas y vívidas, era como si pudiera verlo todo tal y como era entonces. Había un deje de nostalgia en su voz.

Por un momento, Gene sintió lástima por él. Arrancado a la fuerza de su época y su vida por una especie de hechizo o maldición terrible y encerrado sin apenas contacto con el mundo que lo rodeaba.

Se preguntó por enésima vez desde que lo conocía si realmente era un castigo justo a su fechoría, pues seguía ignorando los detalles de su encierro.

Cada vez que su mente le impelía a salvar la distancia que la separaba de la verdad, ella acallaba la voz de la razón y decidía dejarse llevar. Temía que aquel hermoso sueño con su príncipe vikingo acabara. Tarde o temprano tendría que preguntar, pero esperaría un poco más, solo un poco.

—Gene. —Ella volvió su atención hacia el hombre que miraba hacia el fondo de una pequeña calle colindante—. ¿Qué es eso?

La joven se aproximó a él y dirigió su mirada hacia donde le señalaba. La vieja heladería del pueblo tenía un cartelón enorme que sobresalía de la fachada y semejaba un helado gigante. Gene rio y tiró de Erik hacia allí.

—Ven, te lo enseñaré.

El mostrador era enorme y estaba lleno de baldes de helado de distintos colores. Pequeños cartelitos rectangulares indicaban el nombre del producto, y él los leía todos con detenimiento.

La dependienta, una muchacha de edad universitaria y con poca paciencia, fruncía el ceño con un par de cucuruchos en la mano esperando a que se decidieran.

Gene no podía dejar de sonreír al verlo. Estaba absorto e indeciso, como un niño en una tienda de golosinas. Finalmente, señaló uno. La dependienta les sirvió los conos de helado y le cobró sin variar el gesto de su rostro.

Al parecer, algunas mujeres sí que eran inmunes al encanto de su vikingo.

Era muy divertido ver cómo el hombre fruncía el gesto al sentir la frialdad del helado de menta en la boca y, a continuación, se deleitaba con su sabor, troceando el chocolate entre los dientes. No podía apartar la mirada de él. No quedaba nada que le recordara lo amenazador que le pareció en un principio. Por el contrario, cada vez se sentía más atraída y resuelta a liberarlo de la maldición.

—Espera —Acababa de mancharse la barbilla con el helado y Erik le detuvo la mano antes de que pudiera usar la servilleta para limpiarse—, este aún no lo he probado. —Se inclinó frente a ella, lenta y meticulosamente, con su cuerpo prácticamente pegado al de la joven, hasta rozar sus labios con los suyos. Sin llegar a besarla, la acarició con ellos levemente y se dirigió al mentón, sacó la punta de la lengua y sin prisa le limpió el pegajoso limón helado de la barbilla con ella—. Me encanta cómo sabes.

Gene sintió removerse algo más que mariposas en el estómago y emitió un gemido bajito y anhelante cuando él se separó y le dedicó una mirada traviesa y juguetona.

Ese hombre estaba acostumbrado a causar estragos en las damas y se le veía muy a gusto en su papel de eterno seductor.

Lo hubiera llevado a casa para arrojarlo sobre la cama en ese mismo instante, pero ya caminaba de nuevo atraído por todo lo que lo rodeaba.

Mientras paseaban por el pueblo, Gene procuró responder a todas sus dudas. Lo más cotidiano era para él todo un misterio. Semáforos, el ascensor acristalado que sobresalía en la fachada de un pequeño hotelito, un coche teledirigido que pasó corriendo frente a ellos, un grupo de adolescentes haciendo acrobacias en monopatín, la gasolinera que se encontraba al final de

la avenida principal, la manera de vestir de la gente con la que se cruzaban, sus peinados... Todo le resultaba llamativo y diferente a las épocas que visitó al salir del retrato.

Lo que más le fascinaba eran los teléfonos móviles, esos diminutos aparatos que conectaban a las personas en cualquier parte del mundo solo marcando unos números en el teclado. La noche anterior estaba demasiado ocupado en proteger a Gene para pararse a pensar el modo en que ella había logrado avisar al policía sin salir de la casa. Ahora podía entenderlo.

Imaginaba lo útil que hubieran resultado hace trescientos años. A un móvil no le podías disparar en pleno vuelo; a una paloma mensajera, sí.

Y no era eso lo único para lo que servían. Gene iba a sacar el suyo del bolso y mostrarle algunos de los asombrosos adelantos de que disponía cuando una pareja de adolescentes se aproximó a ellos para pedirles que les tomaran una foto.

Cogió el móvil que el muchacho le tendió y pulsó el botón tras instarlos a sonreír. Cuando les devolvió el aparato, se percató de que el hombre la miraba con curiosidad y decidió retener un momento más a los chicos.

—¿Os importa sacarnos una a nosotros? —El muchacho asintió y extendió la mano en espera de que ella le pasara su teléfono.

Nada más hacerlo, se dirigió hacia Erik y se agarró de su brazo.

—Mira hacia mi móvil y sonríe —le indicó ella en voz baja.

—¿Para qué? ¿Qué va a hacernos? —le susurró él contrariado, pero, decidido a complacerla una vez más, acabó por hacer lo que le pedía.

—Decid queso —vociferó el adolescente.

Un instante después, ambas parejas se despedían y retomaban sus propios caminos.

—¿Queso? —El hombre estaba totalmente perdido.

La mujer tocó varios iconos en la pantalla y después se lo mostró a él, que quedó gratamente sorprendido al verse reflejado junto a ella en el pequeño monitor.

—¿Cómo es posible? Es... tan real.

—Es una fotografía. Mira. —Activó la cámara y la puso frente al hombre que pudo ver como la pantalla reflejaba todo cuanto enfocaba con el aparato—. Ahora solo tienes que encontrar algo que quieras fotografiar, como aquellas flores, y apretar ahí. —Erik lo hizo, enfocó las rosas y pulsó el icono que ella señalaba, y la imagen quedó congelada en el monitor.

—Fascinante.

—También puedes grabar el movimiento, pulsa ese otro dibujito. — La cámara de vídeo se activó y grabó una paloma picoteando restos de pan en el suelo. Luego paró la grabación y reprodujo el vídeo para que él lo entendiera.

—¿Puedes meter aquí dentro cualquier cosa?

—Sí, bueno, grabaciones o copias en realidad. Pero sirve para guardar recuerdos de cosas que te gustan y llevarlos contigo.

—Ojalá hubiera tenido algo así en mi época. —Gene se percató de la tristeza que había en sus palabras. Entonces se le ocurrió algo.

—Vamos —dijo ella entusiasmada—, sé algo que te va a gustar.

Minutos después salían de una vieja copistería.

Erik portaba una copia impresa de la fotografía que acababan de hacerse en sus manos. No podía dejar de mirarla.

Ahora, donde quiera que estuviera, siempre guardaría un recuerdo tangible de ella. Aunque, después de aquel día, estaba seguro de que nada haría posible que la olvidara.

Gene no lo sabía, pero aquella era la primera vez que Erik recibía un regalo sincero desde hacía más de tres siglos.

A mediodía se detuvieron en un restaurante italiano que le encantaba visitar cuando vivía allí. Iba mucho con su tía y le traía gratos recuerdos.

El local daba cabida a una veintena de mesas. Estaba todo primorosamente decorado con motivos de la Italia clásica, imitaciones de vasijas y jarrones de la época antigua. Los manteles a cuadros rojos y blancos vestían las mesas y una vela dentro de una pequeña vasija de color verde oscuro alumbraba su superficie.

Era un lugar con encanto propio, coqueto y privado, pues los comensales no se apiñaban alrededor unos de otros como sucedía en otros locales. Por eso a Gene le encantaba aquel lugar.

No había vuelto por allí desde hacía dos largos años, pero Sofía, la dueña del restaurante, la reconoció enseguida. Tras saludarla con afecto y darle el pésame por la muerte de Margerite, los acompañó a su mesa, sirvió las bebidas y los dejó eligiendo la comida.

—¿Qué te pasa? —Erik parecía haber perdido la sonrisa y se limitaba

a mirar la carta distraídamente.

—He sido desconsiderado contigo —dijo tras unos instantes silenciosos. Lo miró sorprendida. ¿Qué creía haber hecho ahora?—. No te he dado el pésame y sé lo mucho que querías a tu tía. Lo lamento de verdad, Gene.

Genevieve se quedó muda. El gesto en él era tan sincero que la conmovió profundamente y una lágrima resbaló por su mejilla sin poder evitarlo. La muerte de Margerite era muy reciente aún y el cúmulo de emociones de esos días hacía que estuviera especialmente sensible.

Erik alargó la mano y le retiró la humedad de la cara con suavidad. No había tenido intención de hacerla llorar, y se maldijo por ello.

Ella sacudió la cabeza y trató de sonreír haciéndose la fuerte.

—¡Ay! Qué tonta soy. Perdona. Vamos —añadió enseguida sin darle tiempo a replicar—, estoy famélica. ¿Te gusta la pasta?

—No lo sé —dijo él mirándola entretenido—. Elije tú. De momento lo estás haciendo de maravilla.

Volvía a tener en los ojos esa mirada juguetona y maliciosa que ponía siempre que quería desnudarla.

Gene bebió un largo trago de su copa de cerveza sin alcohol para refrescarse y él rio con ganas. Disfrutaba poniéndola nerviosa. El color de sus mejillas encendidas le sentaba especialmente bien.

—¿Cómo sabes que quería mucho a mi tía? Es decir —Erik levantó la vista de la carta—, sabes muchas cosas de mí. Cosas que yo no te he contado. Como aquel día en el invernadero, cuando era niña y los nombres que te ponía. ¿Cómo sabes esas cosas?

—Por el mismo motivo que escucho tus pensamientos, siento tus emociones y debo obedecer tus deseos. Es la conexión que nos une. En ocasiones, cuando estoy en el interior del retrato, puedo conectarme con vosotras y percibir imágenes y sonidos de lo que os rodea. —Gene se quedó pensativa, por el gesto de su rostro, algo no debía haberle gustado, así que Erik se apresuró a añadir—. No suelo hacerlo. Es decir, se requiere mucha concentración y apenas percibo jirones, es como si todo estuviera envuelto en niebla, así que... no es como si os espicara.

Ambos guardaron silencio cuando Sofía se acercó a tomarles nota y regalarles una cesta llena de panecillos recién hechos para acompañar. Gene pidió *penne a la puttanesca* para ambos y le entregó las cartas a la mujer antes de volverse de nuevo hacia su acompañante.

—Esa conexión solo la tienes con las dueñas del retrato, ¿cierto?

—Sí.

—El día del invernadero deseé que me llevaras lejos, a cualquier parte. Eso es algo que podrías haber cumplido, ¿no es así? —Erik asintió tratando de descifrar a dónde quería llegar ella—. No lo hiciste. No lo hiciste porque yo no era la dueña, lo era mi tía. —Él volvió a asentir—. Entonces, ¿cómo pudiste ver todas esas cosas sobre mí?

Bueno, ahí había una pregunta para la que Erik no tenía respuesta. Sabía que debía decir algo, Gene estaba esperando, pero lo único que podía hacer era jugar con la servilleta que tenía entre las manos, tirando de los hilos sueltos que encontraba y tratar de hallar una explicación razonable no solo al evento, sino al hecho de no haberse parado a pensar sobre ello antes.

—¿Erik? —Llevaba mucho rato callado y Gene comenzaba a impacientarse.

Ella solo sentía curiosidad. Nada en su tono de voz le hizo pensar que estuviera acusándolo de algo, solo quería saber. Temía lo que aquella conversación pudiera depararles, pero, al guardar silencio, notó cómo la mente de la mujer comenzaba a formular sus propias teorías, a cada cual más descabellada, y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar antes de que siguiera imaginando cosas que no eran posibles.

—Contigo es diferente. Aunque desconozco el motivo. Conecté contigo desde el principio. No era exactamente como si te viera a través de una ventana. Pero cuando estabas cerca del retrato, podía verte con bastante claridad. También podía escuchar retazos de pensamientos, palabras y frases completas casi sin esfuerzo. Y no solo cuando estabas cerca del cuadro.

—¿Solo conmigo?

—Sí.

—Tal vez estábamos destinados a conocernos. —La mujer sonrió, aunque su mente seguía dándole vueltas a una idea de la que él no quería oír hablar.

En ese momento, Sofía volvió a aparecer cargada con un par de platos hondos llenos hasta los bordes y uno mucho más pequeño con queso y una cucharilla. Los depositó sobre la mesa frente a ellos y, tras desearles *buon appetito*, desapareció de regreso a la cocina.

—No les añadas el queso antes de probarlos —le indicó apartando el cuenco pequeño a un lado y depositando un tenedor en su mano.

El hombre removió el contenido con curiosidad antes de pinchar una

pequeña cantidad con el cubierto y llevárselo a la boca, eso sí, después de soplar para no quemarse. Esa lección ya la había aprendido.

—¿Mi tía te invocó alguna vez? —Erik detuvo el tenedor a medio camino y volvió a depositarlo en el plato sin probar la comida.

—Nunca. Imagino que, al igual que tú, no sabía lo que era.

Gene soltó el aire, que ni siquiera sabía que retenía en los pulmones. Imaginarse a su anciana tía dándole uso al cuadro, de repente, había hecho que se le formase un nudo en el estómago. Al fin y al cabo, cuando el retrato llegó a Dark Garden, poco después de la muerte de sus padres, Margerite ya era viuda, aunque seguía siendo una mujer muy vital.

La pelirroja sacudió la cabeza tratando de borrar la imagen que empezaba a formarse.

—Tienes razón —dijo al fin—, de haberlo sabido, estoy segura de que me lo habría contado. Y —Erik se dio cuenta entonces que aquella conversación no había hecho más que empezar por lo que se armó de paciencia y se preparó para lo que pudiera venir a continuación— ¿has tenido muchas? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —la interrumpió—. Unas cuantas.

—Esa respuesta es muy vaga —se quejó con un mohín de disgusto.

El suspiró, no iba a ser fácil complacerla aquella vez. Deseaba saber y aunque trataba de no expresarlo de un modo consciente para no obligarlo, eso no impedía que la oyera.

—Han sido doce, sin contarte a ti.

—Así que soy la número trece. Vaya —se quedó pensativa.

—¿Te disgusta?

—Es que el trece da mala suerte. ¿No lo sabías?

—No lo creo. Eres lo mejor que me ha pasado en muchos años, incluso antes de quedar maldito. —Volvió a enrojecer.

Oírlo decir aquello hizo que se sintiera alagada y que volviera a pensar en arrastrarlo de vuelta a la cama.

—Yo también estoy deseando quitarte la ropa, Geney.

—¿Cómo has...? Yo no... ¿Te has metido en mi cabeza? —Se aturulló y empezó a jugar con su plato nerviosa. Creía haber tenido mucho cuidado en no desear nada, ¿habría errado?

—No has deseado nada, tranquila. —Volvía a hacerlo, pero ¿cómo? —. Oigo tus pensamientos sin necesidad de que sean deseos. En realidad, no paras de bombardearme con ellos, pensamientos, sensaciones, anhelos. Es

difícil sustraerse a ello.

—No era mi intención, creí que solo podías oírme si deseaba que hicieras algo. No sé cómo parar.

—No puedes, y tampoco es necesario que lo hagas. Me gusta saber lo que piensas.

—Pero eso es jugar sucio, yo no puedo oírte a ti ni evitar que me oigas. Y hay cosas que son privadas. —Estaba preciosa cuando se enfadaba.

Fruncía los labios adelantando el inferior como si fuera a echarse a llorar y los ojos se le llenaban de pequeñas arruguitas de expresión. El color de sus ojos se oscurecía y se volvía más intenso y, a pesar de lo que acababa de contarle, seguía sin tenerle miedo.

—¿A las otras no les importaba que las escucharas todo el rato?

—Las otras no eran tan inquisitivas como tú. Además, solo estaba con ellas el tiempo suficiente para satisfacer sus deseos. Eso no dejaba mucho margen para charlar sobre estas cosas.

—Pero ¿cómo distingues los deseos que debes cumplir de los que no? A ver, hay veces que desearía matar a algún compañero del trabajo, pero realmente no querría que nadie lo matara.

—Eso es fácil. —Cruzó los dedos de ambas manos entre sí y apoyó la barbilla sobre ellos, con los codos a ambos lados del plato humeante—. Si son deseos conscientes, la maldición me obliga a cumplirlos. No puedo hacer nada para evitarlo. Pero si son deseos inconscientes, bueno, esos son mis preferidos porque puedo elegir si cumplirlos o no, y me dan cierta libertad.

—¿Por eso pudiste acudir cuando aquel hombre me atacó? Porque yo no desee que aparecieras.

—Eso es. Estabas aterrorizada y deseaste sentirte a salvo, como cuando eras niña y yo estaba a tu lado. No deseaste conscientemente que yo estuviera allí contigo, pero me permitió interpretarlo así y por eso pude salir y ayudarte.

—Vaya. ¿Voy a tener que cuidar las posibles interpretaciones de todo lo que pienso? —La mujer bromeaba, pero en el fondo estaba fascinada con todo lo que él le revelaba sobre el retrato.

Nunca había creído de verdad en la magia. Su mundo se explicaba mucho mejor por las leyes científicas y, aunque fuera una tonta enamoradiza, no se consideraba para nada una de esas soñadoras que siempre están en las nubes, como su amiga Sara. Y ahí estaba ahora, hablando con un hombre del siglo diecisiete que cumplía deseos y podía oírla pensar. Sara no iba a creerla

cuando se lo contara. O tal vez sí, porque ella siempre había creído en la magia.

Ya podía imaginar a su amiga chillando enloquecida al otro lado del teléfono mientras compraba un billete de avión por internet decidida a plantarse en Brandsbury y comprobar por sí misma la veracidad de sus palabras. Pero no. Aquel secreto era demasiado grande para airearlo a los cuatro vientos.

Gene estaba segura de que habría gente muy interesada en adquirir un retrato con semejante poder. Curiosos, perversos y sádicos que no dudarían en hacer uso de sus deseos y probar hasta dónde podían llegar sus órdenes. Pensar en ello la angustiaba. Cuanto antes encontrase la manera de liberarlo, antes podría...

—Quítate eso de la cabeza en el acto. —La copa de vino de la que Erik acababa de tomar un sorbo se estrelló con demasiada fuerza sobre la mesa, sobresaltándola.

El pie se quebró y el contenido estuvo a punto de volcar y empapar el mantel de cuadros. Por suerte, uno de los camareros acudió de inmediato en su ayuda. Retiró los pedazos rotos y sirvió rápidamente una copa nueva. La rellenó y se alejó de allí como si nada hubiera pasado.

En todo ese tiempo, Gene no apartó la vista de él.

Estaba tan furioso que la pelirroja se extrañó de que las mesas a su alrededor no hubieran prendido en llamas. Era la segunda vez que se comportaba así. La primera, cuando la amenazó con no poder detenerlo si volvía a invocarlo, se dejó asustar, pero esta vez no lo haría. Se dijo que, aunque no hubiera tenido los deseos para protegerse de él, esta vez nada haría que ella le tuviera miedo. Y entonces se dio cuenta de que, probablemente, su actitud se debía precisamente a eso, a que él sí que tenía miedo.

—Los hombres de verdad no le temen a nada —recitó una de las consabidas lecciones de su padre.

—Quien afirma eso no es más que un estúpido y probablemente el mayor cobarde de todos. —Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. No porque no creyera en ellas, sino porque no quería ofenderlo.

Pero en lugar de sentirse ofendido, a Erik, sus palabras, le dieron que pensar. Tal vez esa mujer tuviera razón. ¿Era posible? ¿Su padre, el rígido progenitor a quien jamás le temblaba la mano, un cobarde? Pero ¿a qué podría tenerle miedo él?

—Dime por qué.

Las palabras de la mujer eran apenas un susurro.

Había estirado la mano por encima de la mesa y ahora le acariciaba el antebrazo como si tratara de calmarlo, igual que se hace con un animal asustado. Quiso apartarse, demostrarle que él no tenía miedo, pero lo cierto es que sí lo tenía.

Ya pasó una vez por ello. Simplemente se negaba a repetir la experiencia. Su esperanza por escapar y volver a ser libre murió aquel nefasto día y juró entonces que jamás volvería a albergar esperanza alguna sobre su futuro.

—Si hay alguna forma de romper la maldición —siguió hablando al ver que él no contestaba—, ¿no querías ser libre por fin? Trescientos años es mucho tiempo para un castigo. Hicieras lo que hicieras ya has pagado con creces.

Gene solo sabía lo que él le dijo, que sedujo a la joven equivocada. Intuía que eso no era todo, ni mucho menos. Pero estaba convencida de que no pudo ser nada tan terrible y que el castigo, sin duda, era desproporcionado.

Para un asesino, tal vez, un torturador, un violador. Pero después de que Davis le contara cómo había quedado el tipo que la agredió, violador y asesino eran dos cosas que estaban, sin duda, totalmente descartadas.

Era incapaz de imaginarse al hombre que tenía ahora sentado delante forzando a una mujer o arrebatándole la vida a alguien solo por el placer de hacerlo. Cuando luchaban contra los pirómanos, no había atisbo de alegría en sus facciones. Un asesino habría disfrutado al menos con los pocos daños que pudiera ocasionar. ¿O no? No, definitivamente Gene no creía que ese fuera el motivo de su encierro.

Erik no parecía dispuesto a contestar. Tenía la mirada perdida y los puños apretados de nuevo y ella no había tenido intención de amargarle el día.

Maldita sea, si hacía siglos que no disfrutaba de un día libre, no tenía ella derecho a echarlo a perder.

Alargó la mano hacia su plato, cogió el tenedor que seguía cargado de comida y, con cuidado de no hacerle daño, se lo embutió en la boca.

—Se te va a enfriar, y entonces no podrás apreciar su sabor.

Gene se llevó a la boca su propio tenedor y ambos se mantuvieron en silencio durante unos minutos mientras degustaban la pasta y trataban de poner en orden sus propios pensamientos.

—Pero ¿qué demonios? —Erik se llevó la copa de vino a la boca y la

vació casi de un trago—. ¿Qué lleva esto? —se refería a la comida.

—Ups. —Gene se encogió de hombros sin poder evitar una sonrisa culpable—. La *puttanesca* es picante y Sofía debe haberse acordado de que siempre los pedía extra picantes. Perdona, debí avisarte. Normalmente no se cocinan así, pero sabe que a mí me encantan.

—No he dicho que no me gusten —se defendió él preparando un nuevo bocado—, es solo que me ha sorprendido.

—Pues te has puesto rojo como un tomate.

Gene alzó la mano para pedir que volvieran a rellenarle la copa al hombre y trató de ocultar lo mucho que su terquedad la divertía. No importaba si le gustaba o no la comida picante, no se echaría atrás delante de ella por nada del mundo. Se comportaba como un crío orgulloso y tozudo.

—Y dime. —Él alzó levemente la vista del plato para atenderla, seguía enfadado y no tenía intención de disimularlo—. ¿Tienes por costumbre avasallar a todas las pobres infelices que te invocan por error o he de sentirme afortunada?

Volvió a dejar el tenedor en el plato y trató de descifrar la velada intención que escondía su pregunta. Al fracasar estrepitosamente en su intento, decidió contestar. Gene no parecía dispuesta a tener una comida distendida. Estaba llena de preguntas e inquietudes.

¿Por qué demonios aquella mujer tenía que ser tan complicada? Era su dueña, podía obligarlo a cumplir todas sus fantasías si quería y cuando se hartara podía mandarlo de vuelta al retrato. ¿Qué más necesitaba saber? Estaba a salvo con él, lo descubrió al arrojarlo lejos cuando estuvieron en su mundo. ¿Por qué no se limitaba a utilizarlo como hizo el resto?

Porque era diferente. No quería tener ese poder sobre él y hacía cuanto podía por evitar usarlo. Lo sabía, aunque aún no le hubiera dado las gracias por ello. Por eso era lógico pensar que más pronto que tarde se preguntaría cómo podía liberarlo.

No era culpa suya, ella no sabía lo que él descubrió con el paso de los años. No tenía motivo para enfadarse y sí mucho que agradecerle y procurar ser mejor persona con ella que con cualquier otra con la que hubiera estado. Solo por eso haría un esfuerzo y contestaría todo cuanto quisiera saber, por mucho que le doliera. Por fortuna, la respuesta que debía darle ahora le permitía relajarse un poco.

—La mejor defensa es un buen ataque y vosotras siempre jugáis con ventaja.

—¿En serio? ¿Tirarte encima de nosotras y mordernos por todas partes es tu mejor defensa? —Erik casi se atraganta con la pregunta y el tono suspicaz de la mujer. Pero no se arredró.

Nunca había sido vergonzoso, y no iba a empezar ahora.

—Eso, criatura, es solo una de ellas. —La mano izquierda había desaparecido de su lugar y acariciaba ahora los muslos desnudos de la mujer bajo la mesa.

Gene dio un respingo que hizo temblar la vajilla y tuvo que agarrarse a su copa para disimular. Tomó un sorbo y, a continuación, deslizó su propia mano para detener las caricias incontrolables del hombre.

—Está bien. Ahora no te estoy atacando —se defendió ella.

—En realidad, no has dejado de hacerlo desde que me invocaste por primera vez, aunque no te des cuenta —espetó sin dejar de rozarla por debajo de la suave tela del vestido.

—Vale. Pacto. —Erik alzó la comisura del labio en una sonrisa victoriosa—. Tengamos una comida tranquila y ya acabaremos esta conversación más tarde en algún sitio donde no peligren los platos.

Sin dejar de sonreír en ningún momento, cedió sacando la mano de debajo del tablero y optó por tomar la de la joven y llevarse el dorso a los labios para besarla. Ella se estremeció ante el suave contacto, la caricia de su aliento sobre su piel. Y lamentó, por enésima vez, no estar ya en casa para enseñarle a ese semental lo que era meterse con una mujer del siglo veintiuno.

Mientras acababan de comer, Erik decidió hablarle de su familia. Le contó cómo su padre, Stephen Blair, levantó un pequeño negocio textil en un barrio de clase media londinense y cómo, poco a poco, fue creciendo hasta convertirse en uno de los más importantes de la ciudad.

Cuando se casó con su madre, ya era conocido en toda la ciudad y su nombre empezaba a cruzar fronteras. A los cinco años, su madre murió. Nadie le explicó qué enfermedad tenía, lo único que recordaba es que su última semana de vida había sufrido mucho.

Meses después, Stephen contrajo matrimonio con una mujer de la alta sociedad, cuyo nombre era Rowena y poco después nacieron los mellizos Aaron y Bernard.

Erik pasó por alto el odio que aquella mujer le tuvo desde el principio. Gene no necesitaba saber eso. En cambio, sí le contó como los dos pequeños lo seguían a todas partes y como les gustaba hacer de rabiar a su madre,

disfrazando el modo que tenía de vengarse de ella de simples trastadas de niños.

Gene no podía parar de reír imaginando a la pobre mofeta correr por toda la casa tratando de escapar.

—Erais unos pequeños diablillos —dijo por fin cuando pudo pararse a tomar aliento—. Seguro que os llevasteis una buena zurra por eso.

Erik no respondió, sino que se limitó a beber de su copa y dejar el tenedor sobre el plato vacío.

Podría haberle dicho que los tres se ganaron una buena reprimenda y que todo quedó ahí, pero no quería hacerlo. No quería mentirle ni contarle toda la verdad. Pero, sobre todo, no quería mentirle. Pensar en hacerlo removía su conciencia y lo hacía sentir... ¿sucio?

Mientras hablaba estuvo tentado, por primera vez en su vida, de contarle toda la verdad.

Se preguntó cómo sería poder hablar con alguien al fin de lo terrible que había sido su existencia. Decirle a Gene que su padre era un ser abominable que no sentía el menor amor hacia su hijo. Que lo dejó solo mientras su madre moría y jamás se dignó a hablar de ella con él. Que Rowena era una criatura angelical en apariencia y despreciable bajo su piel, que ansiaba deshacerse de él y vivía aparentando que él no existía.

Quiso hablarle de los castigos que recibía por parte de su padre, su tutor, el ama de llaves... De cómo lo encerraba en aquel escobero totalmente a oscuras, aunque eso a él lo aterraba.

Entonces supo que si empezaba a hablar de ello con Gene, también tendría que contarle cómo había atacado a su madrastra con su espada. Lo que sintió al verla de rodillas frente a él, desnuda y llorosa, aterrorizada ante la imponente figura de un chiquillo de catorce años que jamás había visto desnuda a una mujer. Y lo que hizo nada más regresar a su cuarto esa noche.

Tendría que contarle que aquello se la había puesto dura y que el salvador que su pelirroja creía tener con ella no era más que un depravado que pasó la mayor parte de su vida imaginando que las mujeres que caían en sus manos eran su madrastra y que el único modo de aplacar su interminable ira era hacer que se humillaran frente a él y le dieran placer con la boca.

Y por primera vez en su larga existencia, sintió vergüenza de quien era, lo que había hecho y lo que sentía. Y supo también que si ella alguna vez lo averiguaba, la perdería para siempre, y no estaba dispuesto a que eso sucediera.

No. Guardaría con celo su secreto. Y la conservaría a su lado tanto tiempo como la maldición se lo permitiera.

—¿Estos chicos van a tomar postre? —La voz de Sofía interrumpió sus pensamientos y le hizo alzar la mirada.

La mujer tenía ese aire de matriarca siciliana. El cabello negro recogido en un moño a la altura de la nuca y los ojos oscuros y grandes que brillaban con una amplia sonrisa. Debía rondar los cincuenta y cinco o cincuenta y seis años, pero no había perdido un ápice de la belleza que debió encandilar a más de uno en su juventud.

Erik esperó a que Gene decidiera.

Tal vez no fuera la actitud propia de un caballero.

En circunstancias normales sería él quien le regalaría hermosos vestidos a ella, zapatos y toda clase de joyas. Habría decidido los platos que tendrían que servirse en la mesa y no hubiera permitido que ella sacara ni un solo penique de su bolso. Pero no eran circunstancias normales, y aunque hubiera deseado correr él con todos los gastos, la maldición no incluía una fortuna que pudiera gastar a su antojo. Tendría que conformarse y devolverle aquellos favores de otro modo.

El tiramisú de Sofía era la marca de la casa, así que les sirvieron dos buenas porciones para acabar la comida y un licor dulce de avellanas que ella misma preparaba para sus mejores clientes.

—¿Te gusta? —Erik asintió con la boca llena de tiramisú.

—A Gillie le habría encantado —contestó cuando hubo tragado.

—¿Quién es Gillie? —Entonces se percató de que acababa de revelar algo que no quería.

Reprimiendo el impulso de golpearse la cabeza contra la mesa por su estupidez, Erik decidió que si había conocido alguna vez a alguien con quien pudiera hablar de Gilliam, sin duda, esa era su pelirroja.

—Gilliam era mi hermana.

—No me habías dicho que tuvieras una hermana. —La mujer parecía entusiasmada por ese nuevo dato.

Erik podía leer su interés, su necesidad de saber más sobre ella. No se hizo de rogar.

—No suelo hablar de ella. Murió muy joven. —Al notar cómo él se entristecía la mujer quiso detenerlo. No quería ser impertinente y si le dolía hablar de su hermana, no hacía falta que lo hiciera—. Tranquila, Gene. Fue hace mucho tiempo. Me gustaría hablarte de ella.

—No sé si voy a acostumbrarme a que me leas la mente a todas horas. —Él sonrió, alargó el brazo y le retiró una miga de tiramisú de la comisura de la boca con el dedo antes de llevárselo a los labios.

—Créeme, cuando te tenga desnuda esta noche en la cama, te encantará que pueda leerte el pensamiento. Por no decir —continuó al tiempo que le sujetaba una mano y se llevaba su dedo índice también a la boca— lo útil que me resulta saber qué sensaciones te causan mis caricias.

Cuando intentó contestarle, después de quedarse embobada viendo cómo su dedo índice desaparecía en el interior de sus carnosos y varoniles labios para ser atrapado por la cálida y húmeda cavidad de su boca, lo único que salió de su garganta fue un gemido que apenas pudo reprimir. Luego, recuperando su mano y con un ligero carraspeo consiguió aclararse la voz.

—Entonces, decías que tenías una hermana...

Dios.

Le encantaba ver cómo el rubor le teñía las mejillas cada vez que la provocaba. Estaba seguro de que, si deslizaba la mano por debajo de la mesa y se colaba entre sus piernas, la mujer estaría húmeda y dispuesta a recibirlo. Y aunque le encantaría tumbarla sobre la mesa, subirle la falda del vestido hasta la cintura y sumergirse en ella en ese mismo instante, se contuvo.

Tomó un sorbo del licor dulce que les habían servido y se animó a hablarle de su hermana.

—Tendría unos quince años cuando ella nació. Gillie siempre fue una niña pálida y enfermiza, pero no parecía importarle tener que pasar la mayor parte del tiempo en cama sin poder salir a jugar con nosotros. Siempre estaba alegre. Jamás vi una sola muestra de tristeza en su rostro. Solía pedirme que le leyera cuentos hasta muy entrada la noche. Teníamos que hacerlo a escondidas para no enfadar a su madre. —Gene se quedó maravillada al escucharlo. Al hombre se le llenaba la boca hablando de su hermana y los ojos le brillaban con una ternura que dejó a la joven sin palabras. Le hubiera gustado verlo con ella, los dos arropados en la cama con un libro entre las manos y la pequeña abrazada a él, acunada por su voz—. Era la mejor de los cuatro. Por desgracia, murió muy joven, apenas tenía ocho años.

Los ojos se le nublaron al decir esto último.

Gene no pudo reprimir el impulso de darle consuelo, pero antes de que pudiera si quiera alargar la mano, pareció recuperarse y enseguida volvió a hablar.

—Le habría encantado ser tu amiga. Siempre quiso tener una hermana

mayor. Yo no sabía trenzarle el cabello. —Alzó las manos como si con eso explicara su torpeza.

—Me hubiera encantado conocerla.

—Sí. Grandes amigas. Estoy seguro. Te pareces un poco a ella.

—¿De verdad? —Erik hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí. Las dos disfrutáis poniéndome en mi sitio. —Gene le arrojó la servilleta a la cara y ambos rieron.

Había más, mucho más, pero era demasiado íntimo y personal para compartirlo. Si hablaba de ello, temía que los recuerdos de su hermana escaparan de su memoria y se perdieran en el aire tibio del verano. Gene no insistió, podía comprender perfectamente su silencio. Ella sentía algo similar con respecto a sus padres, de los que apenas hablaba.

Mientras acababan de saborear el postre y esperaban que llegara Sofía con la cuenta, Erik le habló de cómo la muerte de su hermana había sumido a Rowena en un hondo pesar. Su madrastra pasaba los días encerrada en sus aposentos sin querer saber nada del mundo y siguió así hasta que la muerte se la llevó varios años después.

La mujer se dio cuenta de que, al hablar de sus padres, la ternura desaparecía de su expresión y se volvía neutra e impersonal. Pero había hecho un pacto con él, así que se limitó a atesorar lo que quisiera contarle y guardar las preguntas indiscretas para otro momento.

Cuando salieron del restaurante, la brisa contribuyó a despejar un poco la somnolencia de la comida.

Erik quiso probar eso que Gene llamó cine y que estaba a la vuelta de la esquina, pero la mujer se negó.

No pensaba entrar con Erik a ver una reposición de *Saw* por nada del mundo. Aquel viejo cine solo daba reposiciones de películas ya pasadas, tendría que coger el coche y conducir hasta el siguiente pueblo si querían ver algo más moderno, y Gene no tenía ánimo para conducir tan lejos en ese momento.

—Te pondré una película en la tele cuando lleguemos a casa.

—¿A casa? —El hombre pareció decepcionado, tanto que ni siquiera se interesó por saber qué era una tele.

Aunque estaba muerta de sueño tras la copiosa comida y no le hubiera importado regresar y echarse una larga siesta, no pudo obviar el tono y la expresión en el rostro de su compañero.

Decidió que podían retrasar aún la vuelta. Erik necesitaba el sol y el

bullicio revitalizador que daba estar al aire libre. Le pareció cruel por su parte negarle aquel capricho.

—Sí. Esta noche —añadió tranquilizándole— podrás ver la tele hasta hartarte. Ahora quiero enseñarte algo.

Caminaron un buen rato para alejarse hacia las afueras del pueblo, lo cual supuso una ardua tarea, pues el hombre no cesaba de detenerse a cada instante frente a los escaparates de las tiendas adyacentes para hacerle preguntas sobre lo que ahí se exponía.

Todo llamaba su atención y su curiosidad parecía insaciable y, aunque a Gene le resultaba complicado explicar algunos conceptos, la capacidad del hombre para asimilarlos y comprender lo que quería decirle resultaba asombrosa.

Por fin, al volver una esquina, apareció un extenso parque lleno de verdor con una amplísima arboleda y un lago que brillaba en su centro, como un zafiro engastado.

El sol de media tarde arrancaba destellos de los brotes verdes y frondosos que crecían en el parque. La risa de los niños que jugaban en unos columpios cercanos se mezclaba con el canto de los pájaros y el de los grillos. El vientecillo de inicios de verano les sacudió el cabello y Erik no pudo evitar llenarse los pulmones y espirar con satisfacción.

Lo tomó de la mano y lo condujo al interior recorriendo los sinuosos caminos de tierra que discurrían frente a ellos. Allí, entre las arboledas y los setos plagados de flores, se alzaba un pequeño establo rodeado por una valla alta de metal. Hacia allí se dirigieron.

—¡Caballos! —Su voz estaba plagada de añoranza.

A través de la valla se distinguía la figura de cuatro magníficos corceles, dos castaños, uno negro y otro blanco, y un par de ponis que descansaban dentro de sus habitáculos.

En el patio, frente a los portones que mantenían separados a los animales, una joven rubia arrastraba una bala de heno.

—¡Emily! —Gene se acercó a paso vivo y se coló entre los barrotes para ir en su ayuda.

—Gene. Qué sorpresa. Gracias. —Entre ambas depositaron el heno a un lateral y seguidamente se abrazaron—. ¿Qué haces aquí?

—Quería enseñarle a Erik los caballos. —Al volverse por donde había llegado, la mujer se encontró con un espacio vacío.

—¿Es ese? —Emily señalaba a un corpulento moreno que estaba

acariciando con cariño el hocico de uno de los animales.

La pelirroja asintió.

—¿Qué haces aquí? Pensé que Bobby seguiría llevando esto.

—En realidad es el proyecto de jubilación de Sam. Compró el pequeño rancho de los Meyer hace unos seis meses. La sobrina de Betty es quien suele cuidar de los animales, pero está enferma y a mí me gusta echarles una mano de vez en cuando. Sam llegará en un rato. ¿Quién es?

—Es un viejo amigo. Ha venido a pasar unos días y le estoy enseñando esto.

—Pues creo que acaba de enamorarse de Savage.

Las dos se aproximaron al hombre, que no dejaba de hacerle mimos al oscuro percherón, el cual, ni corto ni perezoso, pegaba el largo hocico a su hombro reclamando atención.

—Es la primera vez que lo veo hacer eso. —Erik se giró y encontró la mirada de la rubia, que sonreía abiertamente con los brazos en jarras y un mechón cayéndole sobre la frente.

—Erik, esta es Emily. —Ambos se saludaron con un apretón de manos. Gene, que no quitaba ojo de las reacciones de la policía, se sorprendió al ver que la joven no mostraba el menor interés en su chico, ni viceversa.

—Espero que sepas manejarlo, muchacho, Savage puede parecer dócil, pero tiene su genio. —El médico, vestido al más puro estilo ranchero, los saludaba con su viejo sombrero de ala ancha en una mano.

Erik recibió el afectuoso abrazo algo cohibido al principio, aunque enseguida se animó a devolverlo. El viejo le caía bien. De no ser así, seguramente cuando sus brazos se enroscaron en torno a la cintura de Gene y la mujer rio ante la efusividad del anciano médico, Erik le habría dejado el cuerpo totalmente retorcido.

—¿Qué tal ese hombro, hijo? —El apelativo hizo que algo se removiera en su pecho.

Ni siquiera su padre empleó alguna vez aquella palabra. Y dicha de aquella manera, por una persona que se mostraba afectuosa con él, hacía que notara una cálida sensación entre las costillas.

Sam le recordó a Wallander. El capitán de su pelotón fue el primero que había tenido la deferencia de llamarlo así. El hombre no tuvo inconveniente en expresar lo orgulloso que se sentía de él tras su actuación en el campo de batalla y aunque era mucho más serio y rígido que el viejo médico, aquella muestra de afecto y el abrazo que llegó con ella habían

removido algo muy profundo en su interior. Ahora Sam lo trataba de un modo similar, y eso hacía que sintiera un gran aprecio por él.

—Sin molestias, gracias.

—Bien, bien. Te hará falta estar en plena forma si pretendes montar a mi Savage.

Si hubieran apagado el sol, Gene estaba segura que bastaría la luz que reflejaron los ojos de Erik en ese momento para iluminar todo el parque.

Estaba radiante ante la perspectiva de poder montar. En realidad, no pensó que fuera a hacerle tanta ilusión la idea. Pero se alegró de que así fuera.

—¿Has montado antes? —Esta vez fue Emily quien habló.

Al ver como la rubia se pegaba a Sam sin poder apartar sus ojos de él, Gene lo entendió todo.

Aquellos dos parecían hechos el uno para el otro. A pesar de la palpable diferencia de edad, al verlos allí juntos, la mujer supo que encajaban a la perfección. Aunque Erik se hubiera paseado desnudo en ese momento, estaba claro que Emily habría sido incapaz de apartar los ojos de su querido Sam. La pelirroja sonrió. Así debía de ser el amor de verdad.

—Hace tiempo que no monto, pero antes lo hacía con asiduidad.

—Bueno, bueno. Esto es como montar en bici. Esas cosas nunca se olvidan. Vamos, ayúdame a prepararlo, así podrás dar una vuelta antes de que nos invadan los turistas.

Cuando el hombretón giró el rostro hacia ella, Gene tuvo la extraña sensación de que le pedía permiso, así que asintió levemente, animándolo a ir con Sam mientras ella retrocedía hasta apoyar la espalda en la valla.

—Hacía mucho que no te veía por aquí. —Emily la miraba de cerca, acababa de recostarse a su lado y ambas contemplaban el trabajo de los hombres con el caballo.

—Pensé que sería una bonita sorpresa después de salvarme la vida anoche.

—¿Vas a ir con él?

—Ah, ah. Vértigo, ¿recuerdas? Solo podría montar uno de esos ponis, y ya soy mayor para eso.

La rubia soltó una carcajada mientras imaginaba a Gene cabalgando sobre uno de los pequeños corceles que tenían para los niños.

—El recorrido habitual es alrededor del lago, por ese camino de ahí. Está vallado y los animales lo conocen de sobra. Pero a los clientes especiales les permitimos llevarlos a través del bosque. —Sam guiñó un ojo al joven y

este le devolvió una sonrisa cómplice a cambio.

En cuanto Erik estuvo encima de Savage, a todos les quedó perfectamente claro que el hombre controlaba la situación. El percherón parecía ajustarse perfectamente a su jinete y este lo dominaba fácilmente con una mano. Trotó un poco dentro del recinto antes de aproximarse hacia las mujeres. Alargó un brazo hacia Gene, y esta se pegó aún más a la valla mientras sacudía la cabeza a ambos lados.

—Vamos, te ayudo a subir.

—No... ahm... es mejor que te espere aquí, así podrás correr todo lo que quieras. No hace falta cansar al pobre Savage con el peso de los dos.

—Es un animal fuerte, puede de sobra con ambos —insistió él animándola.

—Venga, hijo. —Era Sam quien acudía en su ayuda—. ¿Por qué no das una vuelta primero a ver qué tal lo llevas? Creo que las damas prefieren intercambiar impresiones sobre lo bien que luces ahí arriba.

El médico guiñó un ojo a las chicas y azuzó al corcel con una palmada en los cuartos traseros.

Erik parecía indeciso. No se sentía cómodo separándose tanto de la mujer. Es como si el hecho de estar a más de dos metros de su dueña pudiera hacer que su corazón explosionara. Era una inquietud similar a la que los bebés tienen al separarse de sus madres. Absurda en su caso, pero adquirida con el paso de los siglos.

—Os sacaré unas fotos desde aquí —le dijo ella para tranquilizarle y sacó su móvil del bolso.

Viendo que no iba a lograr convencerla, estuvo tentado de desmontar y quedarse junto a ella, pero Gene quería verlo cabalgar. Lo sentía, como todo lo que la mujer deseaba.

«Ve. Todo está bien».

El pensamiento de la mujer le llegó nítido y con fuerza así que, tras dedicarle una dulce sonrisa, tiró de las riendas y golpeó suavemente al animal en los flancos para animarlo a iniciar la marcha.

Verlo sobre Savage la dejó sin aliento.

Montura y jinete se desplazaban trotando por el camino de tierra que bajaba hasta el lago con una compenetración asombrosa. Gene no entendía mucho, pero al ver los rostros de Sam y Emily, intuyó que los tres pensaban lo mismo. Erik debía haber nacido sobre un caballo.

No necesitaba apenas azuzar al animal para que este supiera en todo

momento lo que su jinete requería de él. La sincronización entre ellos era perfecta, tanto que la joven ni siquiera se acordó de levantar el móvil para tomar ni una sola fotografía. Dieron un par de vueltas en torno a la azul superficie antes de regresar de vuelta.

Se le había desordenado el cabello, pero Gene estaba segura de que jamás lo había visto más vivo que en aquel momento. Bueno, quizá se le ocurrieran un par más de ocasiones, pero todas ellas fueron dentro del retrato.

—Es un animal magnífico, Sam. —Erik desmotaba sin que el animal se hubiera detenido por completo.

—No te lo negaré. —Sonrió el médico—. Oh. Ya llegan las visitas. Disculpadnos un momento. Podéis quedaros con Savage un rato más. Le caes bien, hijo.

Erik parecía complacido. Tenía una brillante sonrisa cruzándole el rostro y los ojos más vivos que nunca. A Gene incluso le pareció que había crecido varios centímetros más.

—Venga, preciosa, tienes que dar una vuelta conmigo. —La sonrisa se le borró de golpe y se pegó aún más a la valla—. ¿Gene? ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

—Nada, es solo que... es que...

—¿Vértigo? —Volvía a leerle el pensamiento.

—Sí. Un asco, lo sé, pero si me subo ahí arriba, bueno... acabaré desmayada o algo así. —Se encogió de hombros—. Pero tú puedes ir a dar una vuelta si te apetece.

—Gene, yo no...

—Deshazte de eso si piensas montar a Candy, chico. —La voz de Sam llamó la atención de la pareja.

Un muchacho, de unos once años, acompañado por su madre, trataba de subir en uno de los caballos armado con unas espuelas que, obviamente, se había fabricado él mismo.

—Herirá al caballo si sube con eso. —Erik frunció el ceño al ver el metal retorcido y puntiagudo que colgaba de las botas de montar del chico.

—Sam no se lo permitirá. Tranquilo. Bueno, ¿y ese paseo? —Él volvió a mirarla.

—Dar vueltas alrededor del lago no se considera pasear.

—Sam dejará que lo lleves al bosque. Puedes alejarte tanto como quieras.

—¿De ti? —A Gene la pregunta le resultó extraña.

—¿Es que hay alguna ley mágica que te impida hacerlo?

—No. No la hay.

—Entonces ve. Yo no voy a moverme de aquí. Además, sabes dónde vivo. No podría huir de ti aunque quisiera —dijo ella a modo de broma y poniendo los ojos en blanco con una sonrisa.

—No importa lo lejos que vaya. Siempre puedes invocarme y estaré de vuelta en un suspiro.

El modo en que dijo esas palabras, Gene supo que era importante para él que ella lo supiera. Que supiera que podía tenerlo de vuelta en el momento que ella lo deseara.

—Lo sé. —Se puso de puntillas y depositó un cálido beso en la comisura de sus labios—. Y ahora, deja de remolonear y llévate a Savage de aquí.

—¿No puedo convencerte para que nos acompañes?

—Lárgate ya. —Lo empujó hacia el caballo y se apartó riendo y sacudiendo la cabeza a los lados.

Erik la miró una vez más con los labios apretados y la duda reflejada en sus oscuros ojos, indeciso, a punto de echarse atrás.

—Por Dios, Erik, monta de una vez. Todo va a estar bien. Ve.

—No tardaré mucho —dijo dirigiéndose al fin al caballo y subiendo a la silla.

—Tómate el tiempo que necesites, yo voy a estar aquí esperándote.

Era extraño, pensó mientras veía cómo el hombre se alejaba al trote camino abajo. Imaginó que estaría como loco por perderse lo más lejos posible de ella y del retrato. Se puso en su lugar y se convenció de que alejarse de la dueña del cuadro y cabalgar libremente en plena naturaleza, con todos sus sentidos funcionando a plena capacidad, debía ser una liberación para él. No esperaba encontrar tanta reticencia.

Lo siguió con la mirada. Trotaba a paso vivo en dirección a los árboles y pronto lo perdió de vista. Al ver cómo desaparecía tras los altos y robustos troncos, notó como si un puño se cerrara en el interior de su pecho y una brisa helada la recorriera de pies a cabeza.

Absurdo. Él iba a volver. Estaría bien, era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Y ella podía invocarlo si lo necesitaba.

«¡Basta, Gene! No lo necesitas, solo te necesitas a ti misma. Puedes separarte de él más de dos minutos sin que nada malo pase».

Y sin embargo... estaba deseando tenerlo de vuelta.

Bueno. No iba a quedarse allí parada esperando a que él volviera y Emily parecía dispuesta a cargar con las balas de heno ella sola. Hora de echar una mano.

El viento le golpeaba en la cara, las ramas de los abetos y nogales con los que se cruzaba le acariciaban las piernas y en ocasiones se enredaban en su cabello. El poderoso galopar de Savage vibraba bajo sus piernas. El olor de la tierra húmeda y las flores que se salpicaban aquí y allí inundaba sus fosas nasales, limpiando sus pulmones con un aire renovado y fresco.

No fue consciente de cuánto tiempo había pasado desde que se alejó de Genevieve. Le parecía que llevara cabalgando una eternidad. A su alrededor solo estaba la naturaleza más verde que hubiera visto en su vida, las flores con los colores más vivos y alegres y el sonido de los mejores pájaros cantores.

Montando a Savage, por primera vez en mucho tiempo, le pareció que volvía a tener el control, que él daba las órdenes y que todo pasaba tal y como él quería que ocurriese.

Tiró de las riendas para hacer que el percherón se detuviera. Lo hizo avanzar hacia atrás, de lado, con suaves saltitos, al trote, girando. El animal hacía todo lo que él deseaba que hiciera con docilidad, casi adelantándose a sus sutiles gestos, sin oponer la menor resistencia.

Allí arriba se sentía tan libre, tan vivo. Lejos de Gene su mente quedó vacía de deseos, emociones y pensamientos. Solo se oía a sí mismo.

Cerró los ojos para disfrutar de aquel remanso de paz. Soltó las riendas y alzó los brazos en cruz mientras Savage caminaba despacio, haciendo golpear sus herraduras contra la tierra y las piedras del camino.

No la oía. Abrió los ojos. Debería sentirse aliviado. Era la primera vez en siglos que disfrutaba de algo de libertad, de silencio, de paz. Estaba inquieto. Lejos de ella se sentía intranquilo.

Desmontó y paseó con Savage sujeto por las riendas.

No debería sentirse así. La maldición era un auténtico grano en el culo desde que cayó presa de ella. Un infierno en vida que no tenía fin y que lo atormentaba cada día de su insoportable existencia. Tendría que coger a Savage y correr tan rápido y tan lejos como le fuera posible hasta agotar al animal y a sí mismo. Era muy improbable, pero quizás, solo quizás, la

distancia fuera capaz de romper los grilletes que lo encadenaban al retrato, a Gene. Valdría la pena probar.

Apretó los puños y maldijo entre dientes.

¿Qué es lo que esa mujer estaba haciendo con él?

Ansiaba la libertad, vivo o muerto, la ansiaba. ¿Separarse de Gene? Eso le causaba un vacío en la boca del estómago que no se veía capaz de llenar.

«Te engañas a ti mismo solo porque ella se está portando bien contigo. Sabes que eso no durará. Cambiará y será como siempre ha sido».

Bien. Debía hacer algo por sí mismo. Aprovechar la ventaja que ella le daba. Volvió sobre la grupa de Savage, dio un último vistazo hacia atrás, hacia el lugar en que la había dejado a ella, sonriente y despreocupada.

Si su plan funcionaba, y dudaba de que lo hiciera, tal vez ella le lloraría, se enfurecería o se castigaría por haberlo dejado escapar. Sacudió la cabeza. Imaginar a Gene con lágrimas en los ojos no ayudaba. Basta. Hora de partir. Agarró las riendas de Savage y...

Un grito. A su derecha. Ahí estaba otra vez. Se encaminó hacia el lugar de donde provenía la voz. Una sombra castaña barrió el aire frente a él con una figura vestida de oscuro, menuda, agazapada en la parte superior. De ahí provenía la voz.

Erik hizo rechinar los dientes soltando un improperio. Dudó un instante. ¿Qué podía importarle a él lo que le sucediera a ese crío? En cambio, su libertad... Maldijo de nuevo, se aferró a las riendas y azuzó los flancos del animal para ir tras la yegua desbocada.

No tardó en darle alcance y situarse a su espalda. Sobre el equino, el chico de las espuelas se sujetaba con pies, piernas, brazos y manos a la grupa del animal, lanzando alaridos de puro terror.

Forzando a Savage tanto como pudo, logró ponerse a la altura de Candy y alargó el brazo para tratar de tomar sus riendas, sin embargo, el niño las tenía tan firmemente sujetas que era imposible alcanzarlas sin acabar golpeándose con el asustado animal.

Tendría que usar a Savage de muro de contención. A su derecha, vislumbró un riachuelo. Muro número dos. Con cuidado, tratando de que Candy no se encontrara acorralada y pudiera corcovear y tirar al chico al suelo, Erik condujo a Savage de manera que le cerrara poco a poco el camino a la yegua y la contuviera contra el río.

Al ver que el camino se le agotaba, Candy redujo la velocidad y acabó

por detenerse, permitiendo que Erik tomara las riendas y las anudara a su silla de montar.

—¿Estás bien? —El niño lloriqueó un rato más antes de levantar la barbilla de las crines de Candy y mirarlo.

De algún modo, había logrado volver a colocarse las espuelas. Las llevaba enganchadas al talón de sus botas. Candy tenía una fea herida en los cuartos traseros y una de las espuelas se le había quedado clavada a la piel.

Erik desmontó y se hizo cargo de todo. Aunque con los medios a su alcance tan solo pudo lavar bien la herida y asegurarse de que no era profunda. Se colgó las espuelas al hombro y obligó al chico a montar sobre Savage.

El muchacho era un flan, incapaz de sostenerse sobre sus pies o mirarlo a la cara. Lloriqueando, compungido y aterrorizado. Tenía las mejillas empapadas, los ojos rojos y el cabello rubio pegado a la frente debido al sudor.

—No quería hacerle daño —sollozó el muchacho, limpiándose las lágrimas con el brazo, cuando al fin pudo recomponerse un poco.

—¿Y qué pensabas que pasaría cuando le clavaras esto a la yegua? —inquirió Erik con un tono neutro, sin mostrar enfado alguno.

El chico merecía un buen par de bofetadas por ser tan desobediente e irreflexivo, pero ¿cuándo habían funcionado con él los golpes? Erik no era su padre. No le pondría la mano encima al niño de ninguna de las maneras. Ya estaba suficientemente asustado.

—En las películas del oeste los caballos corren más. —Erik no sabía qué era una película, pero sí sabía lo que se conseguía con un buen par de espuelas.

—¿Te has divertido cabalgando a esa velocidad?

—No. Creí que iba a caerme y partirme la cabeza. No podía sujetarme. Me resbalaban las manos —contestó entre hipidos y más lágrimas.

—Justamente eso es lo que habría pasado si no llego a estar cerca. ¿Lo crees? —El niño asintió como si le fuera la vida en ello—. Bien. Eso te salvará la vida la próxima vez que se te ocurra desobedecer a un adulto.

—No creo que viva tanto. Mi madre va a matarme.

—Es posible. —El chico se giró con los ojos muy abiertos, como si de verdad temiera que su madre le hiciera daño—. Aunque no lo creo.

—¿De verdad? Va a estar muy enfadada conmigo.

—¿Te ha abrazado alguna vez? —preguntó Erik tras unos minutos de

completo silencio mientras Savage los conducía de regreso al pequeño establo.

—Muchas veces. Es una lapa. Y no deja de darme besos —dijo frotándose la cara como si pudiera sentir los labios de su madre en la piel—. Ya le he dicho que eso es cosa de bebés, pero ella insiste. Mis amigos se ríen de mí.

—No debería importarte lo que opinen tus amigos. Si te besa y te abraza, quiere decir que no va a matarte. Créeme, sé de lo que hablo.

—¿Tu madre no te abrazaba?

—Nunca.

—Pero sigues vivo.

—Eso es porque soy lo bastante listo como para no fabricar armas con las que herir a nadie. —El chico se encogió avergonzado y mordiéndose los labios para evitar echarse a llorar de nuevo.

—¿Quería matarte? —se animó a preguntar momentos después. Erik asintió—. ¿Qué hiciste que fuera tan malo?

—¿Sabes qué es una mofeta?

—Tienen que ir a buscarlo. ¡Dios mío! Dios mío. Se va a matar. Ese engendro lo va a tirar al suelo y se va a matar. Por favor, tienen que hacer algo.

Sam sostenía las nerviosas manos de la mujer mientras Emily calmaba a Belfor antes de subir y salir dispuesta a buscar al niño.

—Tranquilícese. Emily lo traerá sano y salvo. Seguro que está bien. —Gene trataba de sosegar a la mujer, que tenía las mejillas empapadas de lágrimas y una expresión de auténtico terror en el rostro.

Había llegado cabalgando a toda velocidad, completamente fuera de sí, dando voces y alertando a todos los viandantes que visitaban el parque a esas horas. Gene y Emily estaban charlando animadamente mientras cepillaban los ponis y Sam se encargaba de rellenar los comederos para la noche.

No sabía cómo, pero había perdido al chico de vista solo un minuto y de repente lo vio correr desbocado hacia la espesura y no había logrado darle alcance.

Estaba tan preocupada que casi se araña la cara con las uñas, por eso

Sam la sostenía ahora por las muñecas, barajando la posibilidad de inyectarle un sedante si seguía así mientras Gene procuraba calmarla.

—Hay que avisar a la policía, a los bomberos, a emergencias. Estará tirado por ahí sangrando mientras ustedes no hacen nada por encontrarlo.

—Señora, debe calmarse. Emily es agente de policía. Si alguien puede dar con su hijo, ella lo hará.

—¡Mamá! ¡Mami!

Los cuatro se giraron al unísono.

El chico saludaba a su madre montado frente a Erik, a lomos de Savage, y Candy caminaba tras ellos. No había cabezas rotas, ni brazos partidos, ni rodillas dislocadas. Todo parecía correcto.

En cuanto alcanzaron la valla de separación del establo, Erik deslizó al muchacho en brazos de su madre, que ya corría hacia ellos y desmontó a su vez acariciando el belfo de Savage con ternura.

—Candy necesita atención —le dijo a Sam y Emily cuando estuvieron a su alcance—. No es grave, pero está bastante molesta.

—Gracias. Oh, Dios, muchísimas gracias por devolverme a mi bebé. —Los brazos de la madre pasaron de su hijo al cuello de Erik con tanta rapidez que el hombre no tuvo reflejos bastantes para hacerse a un lado y esquivarla.

Se vio arrastrado hacia el pecho de la mujer, recibiendo su agradecimiento desmedido que le dejaba marcas de humedad en el cuello del polo y el hombro. La miró horrorizado con los brazos extendidos hacia los lados sin saber qué hacer o decir.

Por fortuna, sir Lancelot acudió de nuevo al rescate separando a la alterada madre de él y apartándose a un lado con ella y el chico para hablar de temas más serios.

—¡Vaya! Eso estuvo genial —le dijo Emily dándole un suave codazo en las costillas—. Me has ahorrado tener que salir en su busca. Gracias. —El hombre se limitó a asentir con la cabeza aún sin ser capaz de articular palabra—. Y ahora, vamos a ver a Candy.

Emily se encaminó hacia la yegua soltándola de la silla de Savage y la llevó al interior del establo para quitarle el equipo de encima y revisar mejor la herida. Por suerte no era profunda, unos arañazos que sanarían pronto.

Erik dejó caer las espuelas que llevaba colgadas al hombro y buscó con los ojos un recipiente donde pudiera deshacerse de ellas.

—Tienes un cubo de basura justo ahí. —La voz de Gene le sacó el

malestar del cuerpo de golpe.

Al volverse, la mirada de absoluta adoración que brillaba en sus ojos verdes lo dejó sin aliento.

Gene le arrebató las espuelas y las arrojó al cubo. Luego le rodeó la cintura con los brazos menudos y dejó caer la cabeza sobre su pecho. Esa vez no vaciló. Le devolvió el abrazo y cerró los ojos, aspirando el suave aroma a galletas que la envolvía y dejando que los bucles cobrizos le hicieran cosquillas en la punta de la nariz.

—Has estado increíble. Si sigues salvando mujeres en apuros y niños en caballos desbocados, acabarán dándote una medalla —bromeó ella al tiempo que se apartaba un poco para dedicarle una amplia sonrisa.

—Yo no... —El rubor se le subió a las mejillas y las palabras se le atragantaron en la lengua—. El mérito es de Savage. Él hizo casi todo el esfuerzo para alcanzar a Candy.

—Claro. Le daremos una medalla a él también. —Gene se soltó y acarició el morro de Savage, depositando un tierno beso cerca del belfo—. El verdadero héroe del día.

—No sé cómo darle las gracias. —La madre del chico estaba parada frente a Erik.

Tenía la mano metida dentro de un pequeño bolso negro de piel. El cabello rubio pajizo, el mismo tono que el de su hijo, le caía sobre la frente y las mejillas mientras rebuscaba algo en el interior. Iba vestida con un sencillo vaquero negro y una camiseta del mismo tono, igual que el chico.

—No es menester —contestó Erik—. Lo importante es que el chico está bien y Candy también. Estoy seguro de que no volverá a pasar.

—Claro, claro. Pero por favor. —La mujer alargó un fajo de billetes doblados que hizo que Erik retrocediera un paso y agitara las manos frente a sí—. No, oiga, le ha salvado la vida a mi hijo, tiene que aceptar esto, por favor.

—Eso es del todo innecesario. Señora, guárdelo.

—Mi amigo lo ha hecho con mucho gusto —intervino Gene al ver el apuro de Erik. Estaba más rojo si cabe y tragaba saliva con dificultad—. Es un excelente jinete, no le costó mucho detener el caballo de su hijo cuando los vio. Su mejor recompensa es ver que el pequeño esté sano y salvo y... — Se inclinó hacia el niño que permanecía tras su madre— la firme promesa de que no volverás a hacer nada parecido.

El chico salió y se puso delante de Erik, alzó su pequeña mano hacia

él para estrecharla y esperó a que el hombre la tomara antes de abrir la boca.

—Lo prometo. Nunca, jamás, de los jamases. Y... siento mucho haberle hecho daño a Candy.

—Bien. Es solo un rasguño, estará bien enseguida.

—Y además —intervino Sam tras ellos—, vas a poder comprobarlo por ti mismo cada tarde después del colegio. Ya hemos quedado que tienes que venir a darle de comer y cepillarla.

El chico asintió y la madre volvió a guardar el dinero en el bolso, sin cesar de disculparse y dar las gracias a un tiempo.

—Y lo prometo —le susurró el niño a Erik antes de darse la vuelta y salir corriendo tras su madre—, nada de mofetas en el armario.

Poco después ambas figuras se encaminaban de regreso al pueblo y Erik pudo respirar tranquilo.

—Bueno, ¿quién lo iba a decir? A este paso vas a convertirte en el héroe por el que suspiran todas las mujeres, hijo.

—No soy ningún héroe.

—Lo que tú digas, hijo. Si venís otro día —continuó el médico hablando a Gene—, prometo que el paseo será mucho más tranquilo.

—Claro, Sam. Seguro que Erik estará encantado de sacar a Savage otro día.

El hombre asintió y dejó las riendas en manos del médico.

—Es un buen animal.

—Y se ha ganado doble ración esta noche. Me ocuparé de eso. Y tú —Señaló al hombre—, no olvides pasarte por casa en unos días y te retiraré los puntos.

—A sus órdenes, señor.

—No puedo creer que le contaras la historia de la mofeta —dijo Gene riendo.

Tras despedirse de Sam y Emily, ambos habían dado un largo paseo alrededor del lago y luego hacia el interior del parque hasta dar con un mullido colchón de hierba donde tomar asiento y relajarse un rato.

Erik permanecía acostado cuan largo era observando cómo la luz se colaba entre las hojas del árbol que los cubría.

—Le dije que no lo hiciera —contestó él, encogiendo los hombros.

—Su madre te lo agradecerá. ¿Qué ocurre? —Erik la miró sin comprender a qué se refería—. Es que no has hablado mucho desde que hemos dejado a Savage en el establo. ¿Sigues molesto porque quiso ofrecerte dinero? No tenía intención de ofenderte.

—Lo sé. No estoy enfadado. Solo algo cansado. El paseo con Savage y la carrera, creo que he perdido la costumbre de montar.

—¿Quieres volver a casa? —Erik negó con la cabeza.

—¿Podemos quedarnos aquí un rato más?

—Claro. Aquí se está bien.

Ella esperó un minuto o dos, como si esperara que él añadiera algo más. Un “gracias”, tal vez, pero se limitó a fijar la vista en las ramas sobre su cabeza y guardar silencio.

Finalmente, ella se dejó caer lánguidamente a su lado, se giró de costado y apoyó la cabeza y uno de sus brazos sobre el pecho del hombre, abrazándose a él, esperando ser rechazada o escuchar alguna clase de protesta saliendo de su boca.

En cuanto notó como Erik le devolvía el abrazo, atrayéndola más hacia sí, se relajó al instante y se permitió cerrar los ojos dedicándose, por unos minutos, a escuchar los latidos de su corazón a través de la tela y sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Olía tan bien. Aquella fragancia fresca con predominio del eucalipto la embargó de inmediato y le hizo recordar los largos paseos que Sara y ella daban por los bosques gallegos en primavera, cuando visitaban a la madre de esta.

—No entiendo que no quieras librarte de la maldición —lo dijo en un tono suave y meloso mientras se abrazaba aún más contra el corpulento cuerpo del hombre, como si de ese modo pudiera evitar hacerlo enfurecer de nuevo—. Pensé que estarías harto de obedecer los deseos de los demás todo el tiempo.

—Criatura —suspiró hondamente y le acarició los ensortijados cabellos con suavidad.

Él tampoco lo entendía. Dejar que aquel chiquillo fuera a encontrarse con su destino hubiera sido la decisión más acertada. Al menos, si ella cumplía su palabra, y su huida no funcionaba tal y como él quería, hubiera gozado de un valiosísimo tiempo de libertad, sabiendo que la espada de Damocles pendía sobre su cuello cada día, pero gozando de ese pequeño resquicio mientras durase. Y si funcionaba... recuperaría su vida y no tendría

que volver a obedecer los deseos de nadie más que los suyos propios.

Y lo había echado todo a perder por un estúpido mocoso.

—Pensaste en marcharte, ¿verdad? —Erik volvió la cabeza hacia ella rápidamente como si no creyera lo que acababa de oír.

Gene no lo miraba a él, permanecía abrazada, recostada sobre su cuerpo, totalmente serena.

—Sí. Claro que lo pensaste. Yo lo hice. Hubiera corrido tan lejos y tan rápido como hubiera podido para tratar de escapar. Apuesto a que de no ser por ese niño lo habrías intentando. Podrías haber ido hasta casa, sacar el retrato de la caja fuerte y haberte marchado con él.

—Gene...

La mujer se enderezó y lo miró a los ojos. No estaba enfadada, ni decepcionada. Ella parecía, quizá, tal vez, un poco triste. Nada más.

—Seguiría siendo tu dueña, ¿no es así? —Él asintió.

Las posibilidades de que la distancia rompiera el maleficio eran, siendo honestos, prácticamente inexistentes, aunque eso no le hubiera impedido intentarlo. Una última vez —se dijo—, lo intentaría una última vez.

—Entonces, ¿por qué no dejas que intente liberarte? Liberarte de verdad. Si te marchas ahora, y no tengo intención de impedírtelo, siempre estarías temiendo que te invocara. Eso no es justo, ni para ti ni para mí porque yo siempre tendría miedo de romper mi promesa.

Ella se mantuvo en silencio. Notaba la tensión en el cuerpo de él, como si debatiera consigo mismo. Para no molestarlo hizo todo lo posible por abstraerse a cualquier pensamiento que pudiera influirle, pero dejar la mente en blanco no resultaba tan sencillo como uno pudiera imaginar.

Pareció que él se relajara al fin, estaba riendo. ¿Qué podía hacerle tanta gracia ahora?

—¿Un muro de ladrillo, gatitos, el mar, más gatitos? —La mujer frunció el gesto y se le quedó mirando con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Es que tengo un agujero en la cabeza o algo así? ¿Cómo has visto todo eso si estaba tratando de no pensar en nada? —Hizo un puchero con los labios y volvió a dejarse caer a su lado.

—Tienes que dejar de hacer eso. Cuanto más te esfuerzas, más fácil me resulta. —La atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos notando cómo sus senos se apretaban contra su costado—. ¿Me dejarías marchar? ¿Aunque eso implicara no volver a vernos nunca?

Gene asintió con la cabeza mordiéndose los labios para que la emoción que le atenazaba la garganta no se desbordara. No quería dejarlo ir, pero lo haría porque era lo justo. Tragó una bocanada de aire y parpadeó un par de veces antes de poder hablar de nuevo.

—Si es lo que deseas, te dejaría ir ahora mismo. Y podrías llevar el retrato contigo. La esclavitud se abolió hace siglos. Y yo estoy conforme con eso.

—¿Y si deseara quedarme aquí? —preguntó él al cabo de un momento. Su voz, un susurro escapando entre los labios.

El pecho de Gene se sacudió con una ola de esperanza a la que no le permitió romper en la orilla. Con un gran esfuerzo la mandó de vuelta al lugar de donde había salido, pues insistía en no influenciar las decisiones de Erik con sus pensamientos o emociones.

—Dark Garden siempre será tu hogar, si lo quieres.

—Pero tú no vives aquí.

—No. Yo tengo que volver a Madrid. Vendría de visita. Sigue siendo mi hogar.

—¿Y si quisiera ir contigo a Madrid?

Erik se arrepintió de hacer aquella pregunta en el mismo instante que salió de su boca y sintió como Gene se removía sobre su cuerpo, incapaz de ocultarle lo mucho que esa posibilidad la emocionaba.

No quería darle falsas esperanzas, mentirle acerca de lo que ella significaba para él. Se dijo que su instinto de supervivencia le había jugado una mala pasada. Demasiados años jugando con las mujeres que poseían el retrato. Siempre embaucando, seduciendo, manipulando. Era difícil modificar los viejos hábitos.

—No te lo impediría. Puedes venir conmigo si quieres. Me parecería bien —respondió, evitando añadir lo mucho que eso le gustaría a ella.

Gene se sacudió un pensamiento de la cabeza y se enderezó de nuevo. Llevándose una mano al rostro, retiró un mechón rebelde que le caía sobre la frente y lo colocó tras la oreja. Dobló las rodillas contra el torso y las rodeó con los brazos fijando la mirada en el horizonte.

—Estás desviando el tema —le indicó—. Sigues sin decirme por qué no querrías que intentara liberarte.

—Si te hablo de eso, es posible que cambie el concepto que tienes sobre mí —le advirtió.

—No creo que eso sea posible, aunque —Elevó una ceja, inquieto por

lo que pudiera decir a continuación— igualmente me arriesgaré. Además, te hará bien hablar. —Giró el rostro para volver a enfocarse en él, y como tomaba asiento a su lado—. Parece que te hayas tragado un hierro al rojo, y no precisamente por la boca. Así que soy toda oídos.

¿Tanto se le notaba? Sacudió la cabeza con consternación. La pelirroja no podría leerle el pensamiento, pero en vista de lo fácilmente que reconocía cada gesto de su cuerpo, tal vez no le hiciera falta.

Le costó un rato comenzar a hablar, encontrar las palabras adecuadas con las que iniciar su relato. Pero cuando lo hizo, sintió que fluían con mucha más facilidad de la esperada.

Gene no lo juzgaba, incluso sus pensamientos se detenían mientras lo escuchaba absorta en su historia, tal vez por ello le resultaba tan sencillo hablar con ella. Cuando se interesaba en él, se concentraba en escucharlo y comprenderlo, o estaba preocupada, dejaba de bombardearlo con deseos, emociones o pensamientos y él se sentía más libre para expresarse.

—Hay algo sobre el retrato que debes entender primero. Ya te dije que cuando estoy en él, los sentidos no funcionan apenas. —Gene afirmó con la cabeza—. Eso no es todo. Dentro del retrato el día siempre es el mismo, una y otra vez.

La famosa película *El día de la marmota* fue lo primero que le vino a Gene a la mente al oírlo hablar. Odiaba esa película y todas las imitaciones, fueran en cine o televisión, que hacían de ella. Por eso no pudo evitar llevarse una mano a la garganta al imaginarlo a él en esa situación.

—El día que se repite es el que dio origen a la maldición. De ese modo, lo revivo una y otra vez consciente de que no hay nada que yo pueda hacer por evitarlo. Pues estoy obligado a realizar las mismas acciones, decir las mismas palabras, escuchar las mismas conversaciones... Geney, tranquila. —La mujer estaba pálida, esforzándose por no mostrar lo mucho que sus palabras la horrorizaban, y eso que seguía sin conocer los detalles de ese nefasto día—. Escúchame. Eso es algo que ya tengo asumido. Todo está bien ahora. Mírame. —Ella lo hizo—. Solo te lo he contado porque vas a necesitar saber eso para entender el resto de la historia. No es algo de lo que debas preocuparte ahora.

—Vale. Lo siento. Te escucho. Sigue, por favor.

—Las primeras décadas fueron las más duras. Me rebelaba contra mi sino y no podía aceptarlo. Por eso, cuando Harriet juró que me daría la libertad, yo, simplemente, la creí. Me aferré a esa idea, no podía quitármela

de la cabeza. Era lo único en que podía pensar cada instante del día y de la noche. Ser libre, recuperar mi vida. Dejar de estar sometido a la voluntad de otra persona. Y ella lo deseaba casi tanto como yo. No soportaba pensar que cuando ella muriera serían las manos de otras mujeres las que me tocarían, que besaría otros labios, que... —Gene no necesitaba más detalles, en su fuero interno, ella también se estaba volviendo algo celosa al imaginarlo en manos de otra que no fuese ella—. No quería compartirme con nadie, así que la convencí y se convenció que anulando la maldición sería totalmente suyo.

»Lo probamos todo. Sus deseos no bastaban, la religión no surtía efecto, ni los ritos paganos, conjuros, hechizos, magia de toda clase. Daba igual lo que hiciera. Nada funcionaba. Incluso trató de hacerme dueño del retrato, pero cada vez que firmaba el contrato de cesión, la firma desaparecía. No había modo de que el retrato me perteneciera, así que eso tampoco surtió efecto. Los años pasaban, ella envejecía con rapidez y mi esperanza mermaba cada día. Hasta que finalmente Harriet se halló al borde de la muerte y su única idea era destruir el retrato. Faltó poco para que lo lograra. Deseaba mantenerme preso por toda la eternidad, para que no pudiera pertenecerle a nadie más. Afortunadamente, falló en el último momento y la muerte se la llevó antes de que pudiera dañar el cuadro.

Los puños de Genevieve se estrellaron contra el suelo, levantando pedacitos de tierra marrón y seca, que saltaron sobre la mullida alfombra de hierba que les servía de asiento. Erik se sobresaltó ante el estallido de furia de la mujer.

—Esa... esa... esa... —La rabia le impedía vocalizar lo mucho que odiaba a esa mujer ahora mismo.

Tan egoísta, tan odiosa. ¿Es que no se daba cuenta de que Erik era un ser humano con sentimientos igual que ella? ¿Cómo podía tratarlo como si fuera un objeto de su colección?

El brazo masculino alrededor de los hombros la calmó. Al igual que el tierno beso que le dejó en la sien y luego en la frente mientras la apretaba contra él.

—Lo siento. Es que no entiendo que alguien pueda jugar con una persona de ese modo. Es asqueroso.

Claro que no lo entendía, porque ella, a diferencia de sus predecesoras, no deseaba tener un esclavo. Quería romper la maldición por él y no por ella. Porque hacerlo era lo correcto.

No pudo evitar abrazarla más fuerte. Solo había otra mujer en su vida

que le hacía sentir de ese modo. Su Gilliam. La pequeña, dulce y fuerte Gilliam.

Pero debía continuar con su relato. Aún no había respondido a la pregunta de Gene.

—Durante todo aquel tiempo mantuve la esperanza de que ella lograra devolverme la libertad. Era lo único que hacía mi existencia medianamente soportable. Pensar que el castigo tendría un final, algo que siempre creí, de un modo u otro. Pero cuando finalmente entendí que nada de lo que hiciéramos lograría romper las cadenas que me mantenían preso, yo... —siseó, expulsando el aire entre los dientes.

Jamás le había contado aquello a nadie y no sabía si tendría fuerzas para hacerlo ahora.

—Yo... creo que ahora lo entiendo. No es necesario que sigas. Debí ser muy duro ver que nada surtía efecto, pero...

—Es más que eso.

Sabía lo que venía a continuación. La motivación de Harriet no era la idónea, eso es lo que la pelirroja estaba pensando. Seguía creyendo que podía encontrar la solución. Demasiados cuentos de hadas con final feliz en esa cabecita suya.

Debía conocer la parte más dura de la historia. Eso la haría desistir. Y él necesitaba oírla en voz alta, contársela a alguien. Compartir con otro ser humano los sucesos que durante tanto tiempo lo habían atormentado tras la muerte de Harriet. Así fue capaz de encontrar las fuerzas necesarias para proseguir.

—Cuando regresé al retrato, después de ser testigo de la muerte de Harriet, no pude soportarlo más. Me dirigí al jardín, tomé una soga del almacén y preparé una horca con ella, en el viejo roble que da al dormitorio de tu tía y que era el mío entonces. —La joven se congeló entre sus brazos.

No se atrevía a mirarlo ahora, por lo que se mantuvo muy quieta con el rostro escondido bajo la barbilla de él, recostada sobre sus pectorales, dejándose abrazar por un hombre que, y de eso trataba aquella historia, estaba a punto de narrarle cómo había intentado quitarse la vida.

—Al dejarme caer pensé que la oscuridad no tardaría en envolverme y entonces hallaría la paz. No recuerdo cuánto tiempo estuve colgando de aquella soga. Pensaba que era injusto que mis sentidos estuvieran muertos en el interior del retrato, y hubieran tenido la osadía de despertar ahora que pendía de una soga. Recuerdo la falta de aire, cómo la cuerda mordía mi

garganta por debajo de la barbilla quemándome la piel, el corazón golpeando desbocado en mi pecho como si quisiera atravesar los huesos y la carne. Me laceré la piel con las uñas, que se partían tratando de arañar la cuerda y romperla. No podía gritar, ni respirar, solo permanecer allí colgado agitando los pies en la nada. Consciente de que nadie vendría a ayudarme y sabiendo entonces que no iba a morir. Temiendo que ni siquiera al reiniciarse el día mi tormento acabase y quedara allí colgado por toda la eternidad. Por suerte, en algún momento debí perder el conocimiento y cuando desperté el día se había reiniciado, como siempre, y volvía a estar en mi dormitorio, acostado en la cama, viendo amanecer, sin la más débil señal de lo que había estado a punto de hacer. Ni sogas, ni marcas. Nada.

—Comprendo que te enfadaras tanto —dijo ella al cabo de unos minutos, consciente de que el hombre esperaba algún tipo de reacción por su parte—. Lo que esa mujer te hizo, lo que pasaste. Ni siquiera puedo imaginarlo. Yo solo... es que creo que...

—No conseguirás nada. Ya te lo he dicho, no hay escapatoria posible —La cortó él.

Pero Gene no estaba segura de eso. Todo lo que Harriet hizo estaba mal planteado. Buscaba la manera de atarlo a ella, conservarlo solo para su uso, no quería liberarlo realmente. Basándose en eso, pudo pasar muchas cosas por alto, rechazar métodos que romperían la maldición, pero lo alejarían de ella. No, debía haber algún modo, Gene estaba convencida.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad?

—¿Eso era lo que querías, que me diera por vencida?

—Esperaba que lo entendieras. Solo eso.

—Lo hago, créeme que sí y no quiero hacerte daño. Erik, siempre hay un camino y contigo no puede ser diferente. Me niego a creerlo.

—Mi padre solía decir que solo se debe creer en Dios y en el Credo.

—Pues mi tía siempre me decía que, ante todo, tenía que creer en mí misma.

—Debía de ser una mujer muy sabia.

—Puedes apostar a que sí.

El hombre le acarició la espalda y jugueteó con los bucles enredándolos entre sus dedos mientras dejaba vagar la vista por el raso cielo azul que los protegía.

Ella guardaba silencio dejándose mimar. No había obtenido una respuesta, pero tampoco iba a presionarlo. Los hombres no solían sentirse

cómodos hablando de sus debilidades. Al menos la mayoría.

Se sentía feliz porque él hubiera querido compartir con ella aquella historia, dado lo mucho que le costaba hablar de sí mismo, y más siendo una información tan reveladora sobre su pasado.

—Está bien. —Su voz la sobresaltó—. Si quieres intentarlo, puedes hacerlo —cedió, seguro, nuevamente, que aquella no sería la última vez—, pero tienes que prometerme que no te obsesionarás con ello. Si lo haces, te tomaré la palabra y me marcharé.

—¿Lo dices en serio? —inquirió temerosa de haber escuchado mal.

Cuando el hombre lo confirmó, Gene no pudo evitar arrojarse a sus brazos, sonriente y llena de entusiasmo.

Ambos cayeron sobre la hierba debido al impulso y se quedaron allí tendidos, unidos por la emoción de la mujer.

—Tú también debes prometerme algo a cambio.

—Claro. Por qué no —dijo él haciendo rodar los ojos.

—Debes prometer que no te enfadarás si te hago preguntas acerca de la maldición o de ti. Seré paciente con las respuestas, pero sin información no avanzaré mucho. —Erik la observó como si acabara de arrepentirse de su decisión—. ¡Por Dios santo!, debes de ser el único hombre en cien mil millas a la redonda al que no le gusta hablar de sí mismo.

Erik estalló en carcajadas.

Gene lo acompañó unos segundos después y ambos rieron durante un buen rato antes de empezar a serenarse. Erik le besó la frente y la acomodó contra su cuerpo. La mujer no se quejó, habían avanzado mucho en muy poco tiempo. Todavía quedaban incógnitas que debía despejar, como saber el verdadero motivo de su encierro. Por el momento, eso tendría que esperar.

Se dejó arropar en esas sensaciones y poco a poco se fue quedando dormida. Quiso abrir los ojos y vencer al sueño, pero había tanta paz allí, la temperatura era tan agradable y se sentía tan bien en brazos de aquel ser maravilloso que había aparecido en su vida que no tuvo fuerzas y el sueño la venció a ella.

XVI

Agosto, 1.710

Tenía las manos cubiertas de sangre, por lo que, cuando sintió el desagradable hormigueo en la mejilla, alzó el hombro del único brazo que no colgaba de un cabestrillo y se frotó con él.

Por Dios.

Estaba empapado en sudor. El calor allí era asfixiante. No era solo que la temperatura exterior hubiera ascendido varios grados en los últimos días. El problema era esa maldita tienda abarrotada de gente y cerrada a cal y canto que no dejaba pasar ni una brizna de aire. Los cuerpos amontonados contribuían a la sensación de ahogamiento, sumando su propia temperatura a la del ambiente.

Y el olor. Es como si cada herida abierta se cociera hasta pudrirse haciendo el aire casi irrespirable. Trabajar en aquellas condiciones era casi peor que estar ahí fuera aniquilando enemigos.

Pero él no podía quejarse, al menos podía moverse por sí mismo a pesar de tener un brazo en cabestrillo.

Estuvo un día entero tirado sobre uno de los camastros habilitados para los heridos. Un día entero de verdadera fuerza de voluntad. Estar parado, mirando el techo y escuchando los gimoteos y los gritos de dolor de sus compañeros era un auténtico calvario. Wallander le había ordenado permanecer en reposo y recuperarse lo antes posible. Lo necesitaban ahí fuera. Y por una vez, trató de ser complaciente y obedecer a su superior. El capitán se había ganado su respeto, y eso era mucho decir tratándose de él.

Al final del día habría sido capaz de arrancarse la piel a tiras si con ello su brazo hubiera recuperado la movilidad y le permitiera volver al combate.

Una bala perdida. Una maldita bala perdida que lo tenía allí postrado sin poder hacer nada.

De madrugada, el soldado que yacía junto a él empezó a agitar la mano con desesperación pidiendo agua. Tenía una venda cubriéndole los ojos y varias quemaduras superficiales cerca de la cara y uno de los brazos. Estuvo más de diez minutos rogando por un poco de líquido que llevarse a los labios sin que nadie lo atendiera. Había heridas más urgentes y todo el personal estaba ocupado corriendo de acá para allá.

Erik no aguantó más. A riesgo de llevarse una buena reprimenda si el capitán lo veía en pie, tomó asiento en el camastro y miró alrededor. Un par de toneles se erguían al fondo de la tienda. Se puso en pie lentamente para no marearse tras estar tantas horas acostado y caminó hacia ellos. Hundió un vaso de metal que encontró por allí tirado en el agua y regresó a su camastro.

Con algo de esfuerzo, pues solo podía emplear uno de sus brazos, logró tranquilizar al compañero caído y darle algo de beber. Un minuto después, el hombre yacía en brazos de Morfeo, totalmente fuera de combate.

—¡Eh! Amigo —Erik se giró. A su derecha, un tipo al que le faltaba una pierna le hacía señas para que se aproximara—, ¿podrías alcanzarme eso? Creo que voy a explotar y aquí nadie hace ni caso.

Señalaba una cuña que había tirada en un rincón. Erik se agachó, la acercó y se dio la vuelta para darle algo de intimidad al soldado.

Mientras escuchaba cómo el líquido golpeaba la superficie de metal aliviando al cojo, pensó que aunque no era una ocupación que él hubiese elegido, al menos así se sentía útil.

Tras depositar la cuña a los pies del camastro, regresó al suyo con la intención de recostarse y tratar de conciliar el sueño. Los ojos no querían cerrarse, y estar de nuevo allí echado hizo que creciera la ansiedad que notaba bombardeándole el pecho. Así que se puso en pie y paseó por entre las hileras de camastros buscando algo más en lo que pudiera entretenerse.

—¡Soldado! —Uno de los médicos le hizo una señal para que se aproximara—. ¿Ese brazo te funciona? —Señaló el que aún podía mover. Erik se limitó a asentir—. Está bien. Ven aquí. Necesito que me sujetes esto. Si vas a marearte, cierra los ojos, pero haz lo que haz no apartes la luz. ¿Está claro?

Erik volvió a asentir y tomó el candil iluminando el costado cubierto de metralla que estaba sobre la mesa de operaciones.

La sangre le daba igual. Había causado muchas heridas en combate, la mayoría usando sus propias manos. No iba a desmayarse como una

damisela por ver las entrañas de ese chico. Se limitó a enfocar lo mejor que pudo con el brazo sano sin perder detalle de cada movimiento que se desarrollaba frente a sus ojos.

Le maravilló la maestría con la que el cirujano era capaz de esquivar las zonas más sensibles de la anatomía humana en busca de los restos de bala que se alojaban en ella. Era un trabajo meticuloso e impecable, llevado a cabo con un pulso tan firme que era de envidiar.

Al acabar de limpiar las heridas, el médico alzó el rostro hacia el muchacho que tenía enfrente. Tenía toda su atención puesta en los movimientos que él hacía.

—¿Alguna vez has cosido una herida de bala, muchacho? —Erik negó con la cabeza.

El médico enhebró una aguja semicircular con hilo especial y se la mostró. Siguió el proceso con curiosidad. Conforme cosía las heridas, le iba explicando el mejor modo de hacerlo, cómo cuidar los puntos para que dejara la menor cicatriz al curar y cómo debía retirarlos después.

Era extraño recibir instrucciones sin llevarse uno o dos varazos en las manos o en otras zonas de su anatomía.

Él siempre había tenido facilidad para aprender, cazaba los conceptos más complejos al vuelo y los aplicaba con maestría después. Pero a su tutor no parecía impresionarlo. Claro que, seguramente, debía verse intimidado por el díscolo pupilo que le había tocado adiestrar.

Erik no tardó mucho en superar al maestro y dejar de necesitarlo y, aunque conservó el trabajo gracias a los gemelos, que aún tenían mucho que aprender, Erik enseguida pudo prescindir de sus servicios.

Su padre insistió en enviarlo a Oxford. Allí estudiaría química, con lo que podría mejorar los tejidos y los colores que fabricaban en Londres. Pero a Erik la industria textil no lo motivaba lo más mínimo.

Pensar en pasar el resto de sus días trabajando a las órdenes de su padre se le hacía vivir el infierno en la tierra. No soportaba la idea.

Por suerte, la reciente guerra le daba la oportunidad que necesitaba para escapar de la garra familiar. Sintió dejar a sus hermanos, pero Rowena los amaba, aún sumida en la muerte de su pequeña Gilliam, la mujer adoraba a sus hijos y ellos estarían bien sin él.

La lucha era una válvula de escape perfecta para la rabia contenida y en cuanto al acceso a prostitutas... esa era, sin duda, la mejor parte de la ecuación.

Por supuesto, Stephen esputó toda clase de impropiedades y maldiciones al enterarse de la partida de su primogénito. Pero aquello no duró mucho. Lo desheredó y dejó todo su imperio a sus hijos menores.

A Erik no le importó. Nunca se había sentido parte de la familia, no le interesaba el dinero de su padre, ni su apellido, ni nada que tuviera que ver con él. Se forjaría su propio futuro.

Tal vez ascendiera en el ejército. Podría llegar a capitán y ser él quien diera las órdenes por una vez en lugar de recibirlas. No era mala idea, aunque tampoco lo entusiasmaba.

Durante los días que duró su recuperación, seguía al médico en su labor diaria prestándole apoyo en aquello que podía. Cuando al fin pudo mover parte del brazo, siempre y cuando no pusiera en riesgo el hombro, comenzó a participar más activamente en la labor de ayudante.

Le resultaba extraño usar sus manos para algo distinto de matar o fornicar. Sanar le disparaba la adrenalina casi tanto como la batalla, lo mantenía concentrado y alerta. Y al finalizar la jornada, caía rendido en su duro camastro y se quedaba dormido enseguida, lo cual era una bendición teniendo en cuenta que el sueño solía esquivarlo con asiduidad.

—¡Correo! —La voz puso en movimiento a varios soldados que se recuperaban acostados en los lechos.

Recibir noticias del hogar era el mejor momento del día para quienes combaten lejos de sus familias.

Erik ni siquiera alzó la vista de la herida que estaba cosiendo. Él nunca recibía correspondencia. Tampoco la esperaba.

Aunque extrañaba a los gemelos, lo mejor para ellos era mantenerse apartados de él. Rowena temía que sus hijos insistieran en seguir los pasos del mayor y partir a la guerra. Fue Erik quien los convenció para continuar sus estudios, aunque su madrastra no tenía por qué saber estas cosas. Podrían seguir adelante con su vida sin su perversa influencia. Además, Erik no contaba con vivir muchos años dada su manera de luchar. Siempre fue realista con respecto a ello.

—Blair. ¿Erik Blair? —La mano le tembló levemente. ¿Acaso escuchaba bien?—. ¿No está aquí Blair?

—Aquí. —Forzó su lengua a responder mientras notaba cómo se tensaban los músculos y una fina película de sudor le cubría la frente.

Acabó de cerrar la herida, cortó el hilo y depositó la aguja sobre la mesa auxiliar que tenía a su derecha.

—Dame un minuto. —Vendió la pierna de su paciente y se aclaró las manos ensangrentadas en la palangana, se secó sobre el mandil que llevaba a la cintura y alargó la mano para coger lo que le tendían.

Tuvo que esforzarse por no temblar mientras rasgaba el sobre y extraía una fina hoja de papel de su interior. La desplegó con cuidado, como si pudiera explotarle entre las manos, y leyó las pocas líneas que había escritas. Dejó de temblar. Guardó el sobre con la carta en uno de sus bolsillos y se dispuso a continuar con su labor.

Erik pasó un buen rato contemplándola mientras dormitaba sobre su pecho. Se la veía tan a gusto que no se atrevió a moverse y se limitó a acariciarle la espalda con suavidad y aspirar su aroma dulce y fresco, como ella.

Allí tumbado se permitió un instante para disfrutar de todo cuanto rodeaba. El sol de media tarde al colarse entre las ramas de los árboles que tenía sobre sí le calentaba la piel. La hierba bajo su espalda estaba templada y le hacía cosquillas en el cuello, la brisa le acariciaba el rostro y el peso de la mujer sobre su torso le resultó reconfortante.

Su pecho se hinchaba con la respiración y volvía a descender apretándose contra su costado. Estaba profundamente dormida, con los labios ligeramente separados, tan rojos y carnosos como una manzana. Los ojos se agitaban bajo los párpados y las largas pestañas aleteaban con suavidad.

Se imaginó a sí mismo dejándola dormida sobre el prado. Regresando en busca de Savage y del retrato y cabalgando hacia el horizonte en mitad de la noche. Trató de imaginarse un futuro en el que ella no estuviera, y aún a sabiendas de que era un terrible error, no se vio capaz.

Gene lo hacía sentir de un modo extraño. A menudo no sabía cómo responder a sus muestras de afecto. Con todo, le agradaban, le daban una clara visión de la clase de hombre que le hubiera gustado ser si todas las decisiones que tomó en el pasado no lo hubieran llevado a aquel punto.

Su pelirroja era generosa, sincera, amable, confiada. Soñaba con un mundo perfecto en el que cada pieza encajara en su lugar. Hermosos sueños. Él sabía que esa clase de mundo no existía, y lamentaba que, en algún momento, ella acabaría por descubrirlo y perdería su deliciosa inocencia.

No fue el grito del muchacho ni la visión de Candy corriendo

desbocada por el bosque lo que realmente lo detuvo. Fueron las lágrimas de Genevieve, las que estaba seguro que derramaría cuando se diera cuenta de que él no era lo que ella esperaba. Casi se había acabado por convencer de que jamás llegaría a querer lastimarla.

No importaba, tenía muchas otras con las que podría resarcirse en sus juegos una vez que regresase al interior del retrato. Con suerte, cuando Gene falleciera y no antes.

Palpó en su bolsillo la fotografía que ella le había regalado. Su bien máspreciado, pues gracias a él se aseguraría de no olvidarla nunca por muchos siglos más que la maldición le permitiera vivir, a ella siempre la recordaría.

Ni siquiera sus preguntas, la oscura conversación que acababan de tener acerca de su intento de suicidio, nada de eso iba a poder empañar ese bonito día. Se esforzaría por atesorar y fijar en su memoria cada momento que pasara con ella, y eso le daría fuerzas para afrontar su siguiente destino, fuera el que fuese.

Solo había algo que empañaba sus buenos propósitos: el saber que tarde o temprano ella acabaría averiguando la verdad sobre él, sobre lo que hizo trescientos años atrás y entonces... probablemente ella rompería su promesa. Lo devolvería al retrato y lo destruiría o, en el mejor de los casos, se limitaría a deshacerse de él para siempre. Y no solo no volvería a verla, sino que sabría que al final, como todo lo bueno que había tenido a lo largo de su vida, lo habría estropeado.

Ese era el peligro que corría dejando que ella buscara el modo de salvarlo. No iba a retractarse, no tenía sentido, ella no iba a tirar la toalla independientemente de lo que él pudiera argumentar. Haría lo que estuviera en su mano por retrasar el momento tanto como pudiera y mientras tanto, disfrutaría de ella.

Como ahora, mientras reposaba sobre él. No le tenía ningún miedo, ya no, y dormía segura entre sus brazos sin importarle que los sorprendieran juntos.

Tampoco podía engañarse a sí mismo. No merecía que Gene lo liberara por mucho que lo hubiera deseado. Era capaz de verse pasando el resto de su vida a su lado, envejeciendo juntos. Pero no lo merecía. Hizo algo horrible, algo que no tenía perdón posible, y por mucho que le doliera, debía pagar por ello.

Si en algún lugar del universo existía algo similar a Dios, y él no lo

creía, solo elevaría una única plegaria, sincera, con el corazón: que aquella mujer que le había dado tanto en tan poco tiempo fuera feliz hasta el fin de sus días.

Una ligera melodía rompió la calmada siesta. Gene se incorporó aturdida y, con los ojos aún hinchados por el sueño, se llevó una mano al bolsito que colgaba aún a su espalda. Erik también abrió los ojos, se había quedado dormido un rato después y el movimiento de la mujer lo sobresaltó.

—¿Sí? ¿José? —Gene había descolgado el móvil y lo sostenía con una mano a la altura del oído mientras con la otra se frotaba los ojos, somnolienta—. Estoy bi... —Silencio, un minuto, dos...—. No debió llamart... —Silencio de nuevo—. Si me dejas expli... —Volvió a callarse y escuchar al otro lado—. Eso no es ni remot...

Erik parpadeó sorprendido. Gene hablaba una lengua extranjera. Una que le resultaba familiar, ya la había empleado antes, hacía varios siglos.

Al ver su desconcierto, la mujer pensó que se debía a que aún no había visto cómo funcionaba un móvil, así que haciéndole un gesto para que guardara silencio, pulsó el botón de manos libres y dejó que escuchara la conversación.

—... grupo de pirómanos. En serio, Gene, tienes que volver ya. Deja que Carlson cuide de la casa, me cojo unos días este otoño y te ayudo a terminar lo que sea que quieras hacer allí. Iremos juntos. Pero no debes estar sola más tiempo. Ese lugar es peligroso.

—José, te repito que si me dejas...

—No, no quiero excusas. Ahora mismo reservo los billetes y voy a buscarte.

—No. —Erik rebulló incómodo.

Le costó un poco traer a su memoria la gramática, el vocabulario, pero, sí, reconocía el idioma.

Su madrastra había recibido en una ocasión la visita de unos parientes lejanos que vivían en España. Estuvieron varios meses viviendo en Dark Garden con ellos y Erik aprendió lo suficiente como para entender de qué hablaban, aunque no lo dominara por completo. Tardó unos minutos en captar el sentido de la conversación, y lo que oía no le gustaba, para nada, en absoluto.

¿Quién creía ese hombre que era para dar órdenes a Gene?

La mujer se frotó la cara con la mano libre, recuperando la compostura y serenándose para hablar de nuevo.

—Escucha. Solo ha sido casualidad. Esos tipos llevaban quemando zona arbolada por los alrededores mucho tiempo y ha sido una coincidencia que pasaran por Dark Garden, pero ya los han arrestado. Mi tía ha vivido aquí sola durante años y nunca ha pasado nada. Además —Tomó aire, consciente de que lo que iba a decir a continuación podría condicionar el resto de la conversación—, no estoy sola.

—¿Qué?

—Que no estoy sola. Un viejo amigo ha venido a verme y se va a quedar unos días hasta que regrese a Madrid. ¿No te ha contado Dave eso también? —Murmuró la mujer molesta porque el policía se hubiera mostrado tan indiscreto. Sonó un suspiro al otro lado de la línea y Gene se imaginó a Celaya sacudiendo la cabeza y frotándose los ojos como solía hacer cuando se pasaba de la raya.

—En su defensa diré que, aun sin conocer el idioma, puedo ser tremendamente persuasivo. Y, bueno, tampoco lo dejé hablar demasiado. Lo cierto es que acabo de colgarle.

—Pues debiste esperar a que te contara toda la historia.

—Perdóname, Gene. Ya sabes que no puedo vivir sin ti. Eres mi chica favorita, nena. —La mujer sonrió.

El inglés de Celaya era horrible. Ni siquiera comprendía cómo habían logrado entenderse él y Davis hacía un rato. Era todo un misterio.

—Estás perdonado, *nene*. Pero otra vez recaba toda la información primero.

—Lo sé, lo sé.

—¡No le habrás dicho nada a Sara!

—No. No. Te llamé a ti primero. Y juro que no diré nada. Si se entera que estás con alguien...

—Voy a apagar el móvil y me cogeré otro día libre a cambio.

—Me lo tengo merecido. ¿Qué tal es ese amigo? ¿Te cuida bien?

—Es... —Gene alzó la cabeza para mirar a Erik. Tenía los puños apretados y el ceño fruncido, como si quisiera golpear algo, y eso hizo que a la mujer se le borrara la sonrisa del rostro—, es un viejo amigo, José, de la universidad. Ya te lo presentaré. Ahora tengo que dejarte, estoy a punto de coger el coche.

—Ok. Oye, en serio. Si no se porta bien contigo, por muy amigo que sea, le arranco los pulmones. ¿De acuerdo? —La amenaza la tomó desprevenida. El tono... pero no, debía estar bromeando, solo eso.

—Claro, jefe. Te llamo mañana.

Tras despedirse y colgar apresuradamente, Gene se acomodó sobre el césped y encogió las rodillas hasta tenerlas apretadas a la altura del pecho. Por el gesto del hombre, quedó patente que debía haber entendido, si no todo, la mayor parte de lo que ella y Celaya habían hablado.

—¿Quién es ese tipo? —Erik hablaba como si le costara pronunciar las palabras.

Permanecía sentado a su lado, con el gesto contraído y los puños blancos de tanto apretar.

—¿Entiendes el español? —dijo ella con algo de resquemor en la voz.

—Sí. Si él te molesta, yo...

—¡Ay! No. Escucha. Él solo... solo está preocupado por mí. Dave le contó lo de los pirómanos de anoche y se ha asustado. ¿Estás bien? No le tengas en cuenta lo que ha dicho sobre... tus pulmones. Él solo está siendo algo sobreprotector conmigo. Soy su mejor recurso —concluyó encogiéndose de hombros, como si quisiera restarle importancia al asunto.

—Está bien, Gene. Yo —Parecía que estaba haciendo un esfuerzo titánico para serenarse—, lo siento. No estás obligada a darme explicaciones.

No. Gene no llevaba anillo de ninguna clase en la mano. Lo había comprobado mientras dormía en el retrato. Eso no quería decir que no hubiera alguien en su vida. Por el modo de hablar de ese hombre, se le notaba lo mucho que le interesaba Gene. La única duda que le quedaba era saber si ella sentiría algo por él.

Maldición.

Lo estaba haciendo otra vez.

Gene no era suya. No le pertenecía y él no tenía ningún derecho sobre ella. Podía acostarse con todos los hombres del pueblo y seguiría sin deberle nada.

«Solo es tu dueña. Nada más».

Se lo repetía una y otra vez mientras soltaba los puños apretados y trataba de relajar los hombros. Y es que con ella resultaba muy fácil olvidarse de que lo era.

Eres mi chica favorita, nena.

Sí. También la de Erik. Pero eso no cambiaba las cosas.

—Tienes razón. —Gene le estaba hablando, y se había girado para mirarlo a la cara—. No tengo —remarcó el *tengo*— que darte explicaciones. Pero quiero hacerlo. José y yo trabajamos juntos en Madrid. En realidad, él es

mi jefe, pero también somos amigos. Me acompañó al funeral de mi tía. Sabe que era la única familia que me quedaba y está preocupado por mí. No quería que viniera aquí sola. Pero lo convencí de que no pasaría nada y cedió. Se ha asustado. Eso es todo.

—¿No tienes a nadie más? —La noticia lo sorprendió.

Pensó que, aunque su tía y sus padres hubieran muerto, le quedaría alguien más, abuelos, primos, más tíos. Alguien.

—No. Solo quedo yo.

El silencio se instaló entre ellos.

No muy lejos, la risa de los niños y las voces de sus padres resonaban por todo el parque. En un par de horas más o menos comenzaría a anochecer y entonces la algarabía sería completa. Con todo, a esas horas la afluencia de visitantes ya era importante, gracias, sin duda, al agradable tiempo del que aún se podía disfrutar antes de las calurosas olas veraniegas que les esperaban.

—No estás sola, Geney.

—Lo sé. Ahora te tengo a ti —dijo ella mostrando una sonrisa y acurrucándose a su lado.

Erik la agarró por los hombros y la miró de frente.

—No me refiero a eso. —No, claro que no. Él tan solo era su esclavo—. Claire, Davis, Sam, Emily, Betty y esos dos policías de anoche. Incluso Celaya. —Por más que le pesara decirlo—. Ellos son tu familia, Geney. Pude escucharlos anoche cuando creyeron que eras tú a la que hirieron esos tipos. Había miedo en su voz. Todos ellos te aprecian.

Gene se mordió el labio inferior con nerviosismo. Lo cierto es que no lo había visto de esa manera. En realidad, sí que tenía una hermana. Porque eso era lo que Sara significaba para ella. Una hermana pequeña y alocada que siempre velaba por ella y que estaba en los malos y en los buenos momentos. Al igual que Claire y Davis, que a pesar de los años y la distancia siempre mantuvieron el contacto y la habrían acogido en su casa sin dudarlo si ella no se hubiera empeñado en quedarse en Dark Garden. Y el viejo y querido Sam, que siempre la trataba con cariño. Y Emily y Rick y el joven Keith, incluso la cotilla de Betty, que le tejió una manta el día que se marchó a Madrid para que no pasara frío en invierno. Como si la gran capital del país no fuera más que un bosquecillo en el que no pudiera conseguir una sencilla manta para abrigarse.

¿Cómo había estado tan ciega? Siempre lamentándose por la muerte

de sus padres y ahora de su tía.

Erik tenía razón. Sorprendentemente, le bastaron unos pocos días para darse cuenta de algo que ella debió entender hacía muchos años. Estaba a punto de abrir la boca para contestarle cuando los aspersores se pusieron en marcha y un abanico de gotas de agua los empapó.

Ambos saltaron y corrieron hacia el camino para ponerse a resguardo. Genevieve se reía a carcajadas intentando sacudirse la humedad de los brazos y las piernas. Erik la siguió y alzó la mano para retirar unas briznas de hierba que se habían enredado en su cabello.

La pelirroja tenía la piel de gallina y empezaba a tiritar. Lamentó haber dejado la americana en el maletero junto al resto de la ropa, le hubiera venido bien tenerla a mano ahora para abrirla y cubrirla con ella. La abrazó y le frotó los brazos para que entrara en calor.

—¿Podemos irnos a casa ahora? —inquirió la mujer pegándose a él con tono suplicante en la voz.

—Sí. Será lo mejor. —Y dicho esto, la alzó en volandas y se encaminó hacia la salida del parque de vuelta al coche.

—¿No irás a llevarme en brazos hasta el coche? —preguntó ella alarmada.

—Criatura —dijo paseando la mirada por cada curva de su cuerpo y de regreso a sus ojos—, no pienso soltarte hasta que lleguemos a la cama. — La joven se quedó muda de repente.

No era solo la amenaza implícita en sus palabras. La mirada ardiente que le dedicó provocó que combustionara por dentro y no viera el momento de llegar a casa.

La bajó al terminar de cruzar el parque e hicieron el resto del recorrido a pie. Ella, cogida de su brazo y deseosa por llegar lo antes posible.

Tuvo que poner mucho empeño en no sobrepasar el límite de velocidad y mantenerse centrada en el volante. Lo único que hubiera faltado para tener un accidente es que el hombre alargara una mano y tratara de acariciarla mientras ella conducía. Por suerte, se mantuvo quieto y callado hasta que alcanzaron la cancela de la casa.

Antes de que terminara de quitar la llave del contacto, Erik se deshizo del cinturón y se dirigió a abrirle la puerta. Gene se quitó el suyo justo a tiempo para que el hombre la sacara del coche y se la colocara sobre el hombro sano. Tuvo que reprimir un chillido cuando se encontró cabeza abajo admirando las prietas nalgas masculinas. Definitivamente, aquellos vaqueros

nuevos le quedaban divinamente.

—Espera. Espera, nos dejamos las bolsas con la ropa.

—A donde voy a llevarte no hará falta ropa.

Gene rio descontrolada. Sentía las manos de Erik sujetándola firmemente por los muslos. La estaba acariciando por debajo del vestido y le hacía cosquillas detrás de las rodillas. Recostada sobre su hombro no era capaz de defenderse. Las risas le impedían respirar y la sangre se agolpaba en su cabeza.

Entraron en la casa y Erik fue directo al piso de arriba, al dormitorio de Genevieve. La dejó caer sobre la cama y la aprisionó entre sus brazos y piernas. Por Dios, aquella forma que tenía de mirarla la dejaba sin aliento. Se enderezó lo justo para sacarse el polo por la cabeza y arrojarlo al suelo justo antes de atrapar sus labios con los dientes y besarla tan intensamente que casi le dolió.

Le mordisqueó las orejas, el cuello, la barbilla. Cada bocado iba seguido de un tierno beso. Gene estaba segura de que iba a comérsela entera. Alzó los brazos para rodearle el cuello, y él se apartó. La contempló relamiéndose los labios con lujuria. Se separó de ella y se puso en pie junto a la cama ayudándola a bajar y susurrándole al oído.

—Quiero ver cómo te deshaces de esas molestas prendas de ropa.

La joven alzó la ceja sorprendida. ¿En serio estaba insinuando que quería que le hiciera un *striptease*? Decidió que no iba a achantarse.

Se puso en pie y de un empujón lo sentó sobre la cama. Le hizo una señal con el dedo para que esperase y se dirigió al equipo de música que tenía sobre la estantería de su dormitorio al tiempo que se descalzaba, gesto que imitó el hombre mientras se ponía cómodo. Localizó el CD que estaba buscando y lo metió en la pletina.

Al pulsar el *play*, la inconfundible música de Joe Cocker y su *You Can Leave your hat on* comenzó a sonar. Subió el volumen hasta que inundó la habitación y volvió junto a él. Ahora sí iba a darle un buen motivo para defenderse.

Erik pudo ver cómo la mujer empezaba a moverse al ritmo de la música, primero al caminar hacia él, luego agitando suavemente los hombros y la cabeza y por último acompañando un suave vaivén con las caderas.

Se detuvo a la distancia suficiente para que él no pudiera alcanzarla. Con la mano derecha se fue acariciando suavemente desde la cintura, por el costado, rozando levemente su cuello. Giró siguiendo el ritmo de la música e

inclinó el cuerpo hacia delante dejando que el cabello cayera hacia abajo cubriéndole el rostro. Mantenía las piernas separadas y a través de ellas se percató de que lo había dejado totalmente alucinado.

Tenía la boca abierta y los ojos como platos. Se había enderezado en la cama para observarla mejor y parecía petrificado. Le encantó ver que era capaz de causar ese efecto. Aquel y no otro era el tipo de poder que quería ejercer sobre él. Así que sin cortarse ni un pelo, prosiguió con su baile.

Las manos recorrieron sinuosas la piel desde los tobillos hacia las pantorrillas, acariciadora, como si se tratara de las manos de su amante, sin dejar de seguir el ritmo con el resto del cuerpo, doblando las rodillas en cada acorde. Lentamente, se irguió girando de nuevo hacia la cama. Poco a poco fue soltando el nudo que mantenía el vestido atado a su nuca sin parar de contonearse.

Siguió bailando ahora más cerca de él, casi al alcance de su mano, pero el hombre seguía sin poder dar crédito a lo que veía. Se limitó a tragar saliva cuando la joven se desprendió del vestido dejando que se deslizara por su cuerpo hasta quedar arrugado a sus pies. Se inclinó mirándolo fijamente a los ojos, lo tenía atrapado, tomó la ropa y haciéndola girar en el aire se la lanzó a la cara.

Erik estaba seguro de que aquella no era su Geney, su dulce e inocente Geney. Aquella mujer era muy distinta.

Rebosaba sexualidad por cada poro de su piel. La erección que tenía viéndola bailar de aquel modo tan sensual era tal que se le clavaba dolorosamente en los pantalones.

Cuando la joven se quedó en ropa interior creyó que el corazón se le saldría del pecho. Y al llevarse ella la mano sugerentemente a la espalda y desabrocharse el sostén, la garganta se le secó de golpe. En lugar de quitárselo, lo mantuvo sujeto apretando la mano por la parte delantera y doblando lentamente las rodillas, sin dejar de girar levemente sobre la punta de los pies, se agachó hasta casi rozar el suelo para seguidamente volver a elevarse y arrojar el sostén al suelo.

Gruñó al sentir cómo la erección luchaba por salir de sus pantalones, pero se sentía incapaz de moverse en aquel momento.

No dejaba de bailar al son de esa extraña música que le resultó de lo más erótica. Se subió a la cama, de rodillas, colocando una pierna a cada lado de las suyas y encerrándolo con su menudo cuerpo.

Se inclinaba sobre él, obligándolo a echarse de espaldas sobre la

cama, sintiéndose incapaz de apartar la vista de ella, subyugado por la sensualidad que emanaba de aquella mujer. Los largos rizos caían sobre su rostro haciéndole cosquillas y cada vez se encontraba más aprisionado por ella.

Cuando estuvo totalmente tumbado sobre el colchón, le dedicó su sonrisa más diabólica y se pegó aún más a él hasta que sus labios rozaron su barbilla rasposa, la mejilla, y luego el lóbulo de su oreja.

—Defiéndete ahora, si puedes —le susurró ella al oído, haciendo alusión a la conversación de aquella mañana en el restaurante.

Le mordió el lóbulo casi hasta hacerle daño, justo antes de enderezarse en la cama y usar las uñas para acariciarle el abdomen prieto y musculoso.

Jamás en su vida había visto a nadie mirándola así. Y el bulto de sus pantalones, Gene no podía creer que no hubieran reventado todavía las costuras.

La canción terminó y empezó a sonar *Wicked Games* de Chris Isaak. Se entretuvo un rato más jugando con su ombligo antes de ponerse en pie y dedicarse a desabrocharle el pantalón. Erik reaccionó entonces y se movió para dejar que la mujer le arrebatara la prenda.

Gene se deleitó con la monumental visión que tenía frente a sí.

El impresionante cuerpo masculino lucía maravilloso llevando solo el bóxer negro puesto, aunque más que una prenda de ropa tenía toda la pinta de una tienda de campaña. Casi ocupaba por completo, él solo, la cama de metro treinta y cinco y los ojos le brillaban lujuriosos y anhelantes. Gene se relamió los labios y arrastró el calzoncillo liberando al fin el miembro del hombre, que saltó como un resorte al verse rescatado de su prisión de tela.

Erik la detuvo justo antes de que se arrodillara frente a él con el miembro firmemente sujeto entre sus manos. No quería verla así, aunque lo hiciera voluntariamente, y de eso estaba seguro. Le recordaba demasiado a sus juegos en la mansión y las tabernas del pueblo, antes de quedar relegado al interior del retrato, y un pellizco de culpabilidad lo incitó a detenerla. Además, tenía algo que llevaba queriendo probar con ella desde esa mañana.

La retuvo por las caderas. Su piel estaba fresca y suave, a su lado, sus manos se veían enormes. Las usó para deslizar la última prenda de ropa hasta el suelo y la levantó para recostarla sobre la cama. Se inclinó sobre sus labios. Un beso largo, tierno, que la enardeció y, al separarse, la joven vio, con cara de pánico, que el hombre tenía un pequeño vibrador de color rosa en

la mano.

—¿De dónde has...? ¿Cómo has...? ¿Has registrado mis cosas? —No cabía en sí de la sorpresa.

Sara ya le advirtió alguna vez que llevar el vibrador en el neceser de viaje tarde o temprano le causaría problemas. Gene no le prestaba atención porque solía viajar siempre sola o acompañada de su amiga con la que apenas tenía secretos.

Una chica tenía necesidades y no quería esperar a que ningún hombre las satisficiera. Por eso, tras romper con su último novio, aprovechó una fiesta de *tupper sex* a la que Sara la llevó y se hizo con un amiguito con el que divertirse a sus anchas.

El vibrador en sí no tendría más de doce centímetros de largo y unos 3 de diámetro, pero poseía una ligera inclinación en el extremo superior con el que llegaba al punto clave de su anatomía y las opciones de vibración eran para volverse loca.

Erik acababa de darse cuenta de que aquello que tenía entre las manos no debería haber visto la luz. No tenía la menor idea de lo que era. Al lavarse la cara aquella mañana había tirado sin querer el neceser de Gene al suelo y el objeto en cuestión había salido despedido.

Fue al recogerlo del suelo y pulsar por accidente el botón de encendido, cuando decidió que quería probar aquello con la mujer. No sabía él lo atinado de su idea hasta que vio cómo Gene enrojecía de repente y se le trababan las palabras en la boca.

—Deberías dejar eso. No sabes cómo se... —El hombre pulsó el botón de encendido y rio travieso.

—No tengo la menor idea de lo que es, pero algo me dice que sí que sabré usarlo.

Volvió a inclinarse sobre ella y dejó que el artefacto recorriera sus senos acariciándola suavemente con él. La mujer se mordió el labio al sentir la vibración sobre sus pezones, que se pusieron erectos al instante. Dio un suave gritito cuando el ritmo de la vibración cambió de repente. Al parecer, Erik había descubierto todos los botones que necesitaba.

Se dio cuenta de que disfrutaba mucho torturándola con aquel extraño juguete. Pasaba la punta, justo donde el motor era más fuerte, por los pezones y lo bajaba lentamente por su abdomen rotándolo y modificando el ritmo de la vibración que también sentía en su mano. Apenas le rozaba con él, pero la estaba volviendo loca. Gemía con los ojos cerrados y se agarraba al cabecero

de la cama como si le fuera la vida en ello.

Lo deslizó con suavidad entre sus piernas, utilizando los dedos de la mano libre para separar sus labios e introducirlo entre ellos. Cuando el vibrador empezó a hacer círculos alrededor del clítoris, los gemidos se intensificaron.

Retorcía el cuerpo incapaz de decidir si quería escapar o no del cúmulo de sensaciones que le estaba provocando.

Se preguntó qué pasaría si la penetraba con él, pero la vibración le pareció demasiado intensa y no quiso arriesgarse a hacerle daño, así que, cuando estuvo seguro de que ya la había torturado lo suficiente, apagó el juguete y se introdujo lentamente en ella, estaba tan húmeda y dilatada por la excitación que no le costó nada deslizarse hasta el fondo. Justo donde quería estar.

Gene se abrazó a su cuello cuando estuvo completamente en su interior y lo retuvo para intentar recuperar el aliento.

La última vez que estuvo dentro de ella se comportó de un modo similar. En aquella ocasión era el miedo a la decepción lo que la impulsó a pararle, esta vez solo necesitaba recuperarse de su embestida.

No pudo evitar reír al verla tan excitada. Estaba preciosa con las mejillas encendidas, los labios entreabiertos tratando de tomar aire y los ojos cerrados, totalmente perdida en las sensaciones que él le causaba.

Ni siquiera era capaz de desear nada. Su voluntad se había apagado justo en el momento en que posó el juguete sobre sus pechos. No era capaz de hilar un pensamiento con otro, y así Erik se sentía libre para actuar como le apeteciera, sin el constante bombardeo con que lo atacaba de forma involuntaria.

Salió tan lentamente como había entrado y volvió a penetrarla, esta vez, de una sola estocada. La joven gritó y se agarró a él con más fuerza. Sus senos se apretaban contra su pecho y los brazos le rodeaban el cuello como si temiera caer en un abismo si se soltaba.

Volvió a salir, despacio, separándose de ella, y esta vez la obligó a aflojar las manos y quedar tumbada sobre la cama antes de volver a embestirla.

Gene buscaba algo a lo que agarrarse que fuera capaz de mantenerla sujeta a la realidad mientras la excitación crecía dentro de ella subiéndole por la parte baja de la espalda. El hombre le agarró las muñecas con una sola mano y las mantuvo sobre su cabeza, pegadas al colchón.

Inició un rítmico vaivén saliendo despacio y metiéndose de golpe dentro de ella. Sus propios gemidos acompañaron a los de Genevieve, que había logrado abrir los ojos y lo vigilaba a través de las oscuras pestañas, con un intenso deseo reflejado en sus iris verdes.

Incrementó el ritmo de las embestidas hasta que sintió cómo Gene empezaba a contraerse aprisionándole dentro de ella, y entonces la siguió, corriéndose con una fuerte sacudida de sus caderas y elevando un gruñido ronco desde su pecho.

Salió de su interior y observó maravillado como su semen resbalaba entre las piernas de la mujer. Gene se lamió los labios tratando de recuperar el aliento mientras las últimas oleadas del orgasmo iban desapareciendo poco a poco.

Erik se recostó a su lado y la atrajo hacia sí apoyando la espalda de ella sobre su pecho y abrigándola con sus brazos.

Era tan pequeña en comparación al hombre que estaba prácticamente enterrada en él.

—Gene.

—¿Mmmm? —El sueño empezaba a apoderarse de ella y no tenía fuerzas ni para vocalizar.

—Gracias por este día maravilloso. —Ella ya apenas le oía y él lo sabía, pero aun así necesitaba decirlo, y eran contadas las veces que había necesitado expresar agradecimiento por algo en toda su larga existencia.

XVII

Su polla desaparecía entre los carnosos labios de la mujer que, arrodillada entre sus piernas, se afanaba en tragar tanto como pudiera de aquella carne hinchada, sonrojada que se mantenía erecta dentro de su cálida boca.

No recordaba cómo había ido a parar allí. Es decir, se acordaba de la maldición, por supuesto, imposible olvidarla. También se acordaba de una pelirroja de impresionantes ojos verdes que le permitía dormir junto a ella y lo trataba como si no fuera su esclavo. De hecho, acababan de tener una inolvidable sesión de sexo y ella no tardó en quedarse dormida arropada entre sus brazos.

Entonces, ¿cómo había regresado al retrato? Gene prometió no enviarlo de vuelta.

Agachó la mirada. Una mata de cabello rubio se enredaba entre sus dedos. Acababa de propinarle un fuerte tirón. Lo sabía porque sentía la picazón en la mano por el roce del pelo en su piel, pero no porque la rubia se hubiera detenido.

Demonios.

Estaba tan duro y sensible que no tardaría en correrse.

La rubia no era de su agrado, pero reconocía que tenía algunas artes que explotaba muy bien.

El portón golpeó la pared y la luz que alumbraba el pasillo se coló dentro de la sala de baile. Recortada sobre ella, una figura envuelta en una larga capa de color azul. ¿Con capucha? Un momento. Ella nunca ocultaba su rostro al entrar.

La figura avanzó y al hacerlo pareciera llenar toda la sala con su sola presencia. Emanaba de ella un poder, una fuerza tal que a Erik no le hubiera sorprendido ver girar cada objeto de la sala a su alrededor arrastrado por su esencia.

Caminó haciendo resonar los tacones de sus botines negros sobre el

mármol del suelo. Unos botines que le resultaron alarmantemente familiares.

«*Joder*».

No podía ver nada a través de la capucha más que sombras, pero era obvio que bajo toda aquella seda azul había una mujer. Sus curvas así lo delataban, los botines y el aroma que despedía, dulce y fresco.

La rubia se retiró dando un brinco hacia atrás y su semen salpicó la enrojecida cara, el suelo y su propia ropa, pero no prestó atención a pesar de que el orgasmo le acababa de hacer palpar desde la base de los testículos hasta la cabeza húmeda y resbaladiza. La mujer aplaudía satisfecha y volvía a inclinarse para darle otro orgasmo, pero él la detuvo.

Se giró. Tenía la mano alzada frente a ella y se estaba poniendo en pie.

No.

Eso no había sucedido así.

La rubia debería estar enterrada de nuevo entre sus piernas y él debería tener las manos asidas a los brazos del butacón.

Pero la figura de azul ejercía una extraña influencia sobre todos los acontecimientos que se desarrollaban en esa sala.

Nadie se movía, a excepción de Aaron que, como de costumbre, caminaba desnudo hacia ella.

Erik se moría de ganas de gritar y detenerlo. No quería que Aaron se acercara, pero no era por él por quién temía, sino por la desconocida. Sus ojos volvieron a fijarse en los botines negros.

Había besado esos botines demasiadas veces como para no reconocerlos, incluso pudo sentir el tacto aterciopelado en la punta de su lengua y el amargo sabor que se colaba en sus papilas gustativas trayéndole de vuelta una arcada que detuvo con esfuerzo.

Si se trataba de ella, su desatado instinto protector no tenía cabida en aquella escena. Debería dejar que Aaron la tomara para sí e hiciera lo que él sabía que vendría a continuación.

Antes de que el rubio hermano lograra si quiera rozarla, la mujer se soltó el nudo que mantenía la capa ceñida a su cuerpo y la seda resbaló con un suave susurro sobre los baldosines del suelo.

Una maraña de rizos cobrizos lo deslumbró.

Genevieve alzó el gesto orgulloso y con una sola de sus miradas detuvo en seco a su hermano. Era ella, aunque no lo parecía. Cubierta con aquel corsé de color rojo sangre que marcaba sus senos por encima del

escote, una cortísima enagua de color negro con cintas de satén del mismo color anudadas a los laterales y sobre los muslos y las medias que ascendían por sus tobillos hasta sujetarse misteriosamente sobre sus rodillas. Definitivamente esa no podía ser ella y, sin embargo, lo era.

Una exclamación murió en su garganta cuando Gene cerró el puño en el aire privándole de voz.

No podía escuchar sus pensamientos, ni sentirla, ni siquiera conocía sus deseos. En lo que a la pelirroja se refería, acababa de quedar ciego, sordo y mudo.

Entonces Aaron reanudó su acercamiento. Rozó la cintura femenina con sus delicadas manos y la atrajo inclinándola hacia atrás, atrapando sus labios con los suyos. Al separarse, la boca y la barbilla femeninas estaban cubiertas de sangre. Aaron le había desgarrado la piel con los dientes, pero ella no parecía sentirlo. Ni siquiera le temía.

La tomó de la mano y dejó que la condujera hacia el centro de la sala. La recostó sobre la mesa redonda que la presidía y buscó una cuerda con que anudarle las manos por encima de la cabeza y a la pata del mueble para que no pudiera soltarse.

Mientras su hermano dejaba indefensa a Gene, ella no apartaba la mirada de él, como si tratara de decirle algo. Solo que se mantenía en silencio, con la sangre aún goteando de sus labios y con una mirada retadora en sus profundos iris oscuros. En ningún momento, en lo que ocurrió a continuación, desvió ella la mirada de Erik y él, como le sucedía siempre que contemplaba aquella visión, no fue capaz de moverse, ni decir nada para detener lo que sucedía.

Las lágrimas le emborronaron la visión. No podía creer que estuviera pasando. A Gene no, no a su pelirroja.

Pero todo sucedió muy deprisa. Las manos de Aaron recorriendo su blanco y terso cuello, las marcas moradas que dejó allí, la lengua de ella asomando entre sus pálidos labios.

—Erik. —Lo estaba llamando, pero no veía más que oscuridad.

—Léelo otra vez, Erik, por favor.

—¿Gillie?

—Hermano, por favor, léelo otra vez.

—Sí, Erik, hazlo.

Genevieve sostenía a Gilliam entre sus brazos. Las dos, recostadas contra el cabecero de la gigantesca cama de su hermana, con los largos

camisones de dormir y el cabello cubierto con sendos gorros blancos de noche.

Erik parpadeó. Tenía un libro abierto sobre las manos, allí sentado al borde del colchón. Las letras bailaban sobre las páginas y saltaban de una a otra sin ton ni son. No era capaz de formar palabras con ellas.

—Por favor —suplicaron ambas a la vez.

Él se esforzaba, pero las condenadas letras no estaban dispuestas a colaborar. Había leído esta historia cientos de veces, la recordaba al dedillo, no necesitaba leerla de nuevo, podía narrarla de principio a fin... si tan solo... si fuera capaz... ¿cómo empezaba?

—¿Cómo empiezan todas las historias, Erik?

—No lo sé, Geney, dímelo tú.

—Con una siniestra aparición surgiendo de un retrato maldito.

—¡No!

—¿Es eso verdad, hermano? ¿Así empiezan todos los cuentos?

—No. No era así. Es... Érase... érase...

—La siniestra aparición se inclinó sobre la doncella, le sostuvo el rostro entre las manos y le mordió el labio con saña...

—¡Gene, basta! No es así. Vas a asustarla. ¡Ay, no!

La pelirroja se inclinaba sobre su hermana con la boca cubierta de sangre y el labio seriamente desgarrado. La niña la incitaba a seguir con la historia mientras el rojo líquido manaba y le cubría el camisón salpicándole el cuello y las mejillas infantiles, sin que Gillie pareciera apreciarlo.

Alargó el brazo para tomar a su hermana y apartarla de la mujer. Su puño se cerró en el aire.

—¿Por qué, Erik?

De nuevo la sala de baile.

Todo en penumbra a excepción de un rayo de luz, salido de no se sabía dónde, que alumbraba el cuerpo de una hermosa mujer de cabello negro y ojos de un azul intenso que yacía desnuda sobre una mesa, con los brazos aferrados sobre la cabeza, las piernas abiertas y el rostro...

—¿Por qué, Erik? —La pregunta se repitió, acusadora, decepcionada, aterrada—. ¿Por qué, Erik? ¿Por q...?

—¡Ya te he oído! —Pero daba igual, se repetía, una vez y otra y otra más. Hasta que le sangraron los oídos.

Un disparo.

«Y ahora ¿qué?».

Una mano suave le rozó la mejilla. Abrió los ojos y aferró el cuerpo que se estremecía entre sus brazos.

Más sangre en la boca de su pelirroja. Estaba herida. Pero ¿dónde? ¿Cómo? No podía saberlo.

Con un estertor el cuerpo quedó rígido y los ojos verdes se apagaron.

—¿Geney?

Nada.

—Geney, vamos, preciosa.

Nada.

XVIII

Erik se despertó envuelto en sudor, resollando como un tren de mercancías y con una terrible sensación de pérdida que lo ahogaba. La descarga de adrenalina estaba recorriendo aún cada fibra de su cuerpo.

Todavía no había amanecido y la habitación estaba sumida en la oscuridad, a excepción del pálido reflejo de la luna sobre la ventana. Gracias a ello pudo verla.

Gene dormía desnuda junto a él en posición fetal, con la mejilla reposada en el brazo y las rodillas cerca de sus senos.

El reloj digital de la mesilla marcaba la una y cuarto y la música hacía horas que se había silenciado.

No recordaba la pesadilla, tan solo fragmentos y sensaciones. Gene lo había visto. No, era ella. Ella la que había tenido las manos de su hermano alrededor del cuello. O Justine. No. Definitivamente fue Gene. Y la sangre, la sangre que no cesaba de manar de sus labios. Y su hermana. Su dulce e inocente hermanita cubierta de aquella sangre y escuchando cosas horribles y preguntándose por qué su hermano la había decepcionado tanto.

Gillie siempre pensó que era bueno.

Se equivocaba.

Y Gene. ¿Acaso no respiraba?

Mantuvo dos dedos a un lado de su garganta. Las leves palpitaciones golpeando contra la yema de sus dedos le indicaron que su corazón aún funcionaba. Rescató un fragmento memorizado de su pasado, unos párrafos que indicaban que el corazón se detenía si lo privaban de aire. Por tanto, respiraba.

Ni siquiera el verse encerrado en aquel escobero podía compararse con el terror que fluía ahora en oleadas, chocando contra sus costillas y creando un torbellino en su estómago.

La veía recostada entre sus brazos, sangrando profusamente por la boca y cerrando los ojos.

Y cada vez que los párpados ocultaban el verdor de sus pupilas, la

negrura se cernía sobre él y lo deja envuelto en la más absoluta oscuridad.

Se pegó aún más a ella, como un chiquillo asustado que necesitara sentirla apretada contra él para alejar la pesadilla. Olía su perfume, el cabello cobrizo cosquilleaba su mejilla. La calidez de su piel y el collar de perlas de su espina dorsal se pegaban a su torso. No bastaba. Necesitaba más, el contacto debía ser más profundo, más íntimo.

Luchó contra aquella absurda necesidad que empezaba a crecer en su vientre. No podía hacerlo, no debía. Asaltar su cuerpo de esa forma era casi una violación. No quería ni imaginar cómo podía reaccionar ella si él se atreviese a... Resollaba, no conseguía respirar con normalidad, ni apartar la urgencia que sentía. Si la estrechaba con más fuerza, acabaría haciéndole daño.

Hizo amago de levantarse, separarse de ella. Si lograba salir de la habitación, tal vez pudiera recuperar la cordura y fingir que nada había pasado.

Aflojó el brazo y, al dejar pasar el aire entre las pieles, la cabeza giró como si estuviera atrapado en un remolino. Se mareó y tuvo que recuperar la posición inicial, cuerpo a cuerpo.

No iba a ser capaz de irse de aquel cuarto.

Perdida toda racionalidad, dejó a sus dedos resbalar por su espalda, acarició las nalgas con suavidad y se coló entre sus piernas. Encontrando su centro, la estimuló.

Si iba a seguir adelante, al menos procuraría hacerle el menor daño.

Temblaba y la urgencia crecía enervando su pelvis.

Absurdo. Lo sabía. No tenía ningún sentido. Que volvieran a colgarlo de aquel árbol por toda la eternidad si le encontraba alguna explicación. Solo pensaba en poseerla, hacerla suya, hundirse en su humedad y su calor, dejar que lo ordeñara hasta dejarlo seco. Eso era lo único que quería.

¿Lastimarla? Eso nunca. Mantenía aún algo de control sobre aquella ridícula situación. Así que la excitó con sus dedos hasta que empezó a notar cómo su respiración se agitaba removiéndose en sueños.

Se acomodó, sumida en la inconsciencia, para facilitar sus caricias. La cabeza hacia atrás contra su hombro, doblando una rodilla hacia su pecho y extendiendo la otra. Exponiéndose para él. Fue entonces cuando Erik no pudo esperar más. Se situó en la posición adecuada, a espaldas de ella, conduciendo su miembro al lugar en que quería yacer, mojado, cálido, apretado. Lo hizo con firmeza, pero sin brusquedad. De una sola estocada.

La sensación de tenerla alrededor de su erección fue casi mágica, semejante a haber estado a punto de hundirse en el fondo del mar y que le tendiera la mano, sacándolo a flote para que pudiera respirar. Lo sujetaba con fuerza, como si no quisiera dejarlo ir. Una clara promesa de que ella no iba a soltarlo.

Expulsó el aire contenido y comenzó a moverse en su interior, hundiendo la nariz en su cuello, fundiéndose con ella. Se había vuelto a mojar para él, gemía, reclinando la cabeza hacia atrás, sintiendo sus embestidas.

Gene abrió los ojos saliendo poco a poco del sueño.

Primero pensó que un terremoto estaba sacudiendo la cama. Enseguida se dio cuenta de que no era un fenómeno ambiental, sino la cadera de Erik golpeando contra sus glúteos. La tenía abrazada con brazos y piernas. Su nariz le hacía cosquillas en el cuello y su pene la llenaba entrando y saliendo rítmicamente.

Era mil veces mejor que el molesto sonido de su despertador. Jadeó y se aferró a sus bíceps con las manos para no caerse de la cama.

Susurró su nombre y giró el cuello tratando de alcanzar la boca para besarla, pero él mantenía los ojos cerrados y no le permitió moverse. Parecía concentrado, ajeno a lo que le rodeaba, muy lejos de ella.

Volvió a llamarlo, esta vez con más insistencia, tocándolo para hacerlo reaccionar.

—Déjame hacer esto. —La súplica proveniente de la ronca voz del hombre, aferrado desesperadamente a ella, la dejó sin palabras.

No entendía lo que estaba pasando. Si él se hubiera mantenido en silencio, se habría limitado a cerrar los ojos y disfrutar de tan agradable despertar. En cambio, el tono en su voz la asustó.

No iba a impedirle acabar lo que había empezado sin su consentimiento, así que, de todos modos, se aferró a él lo mejor que pudo y dejó que terminara. Por nada del mundo lo detendría.

Aunque quisiera escapar, el agarre del hombre era invencible. Sus brazos, sus piernas, todo su cuerpo enredado sobre el suyo, manteniéndola prisionera mientras el grueso miembro la perforaba una y otra vez sin detenerse. Lo notaba tan duro y tan caliente y, en aquella posición, entraba tan profundo, rozando lugares tan sensibles. Supo que no podría contenerse mucho tiempo. A pesar de estar dormida cuando él comenzó a estimularla, invadiendo su intimidad, la excitación había crecido tremendamente rápido.

El semen caliente de él se derramó en su interior, llenándola e

indicándole que acababa de correrse. Seguía bombeando dentro de ella. Bajó la mano por su abdomen, aquella mano grande, cálida y ruda, que buscaba su centro con una delicadeza que en nada tenía que ver con su modo de poseerla. Lo estimuló con los dedos, en pequeños círculos incrementando su excitación, que comenzó a extenderse desde la cintura hacia la pelvis y explotó en un intenso orgasmo que la dejó exhausta. Aún notaba las contracciones cuando él salió de su interior y empezó a hablarle.

Al principio, embotada como estaba tras el estallido de placer, no era capaz de entender lo que le decía, eran tan solo un murmullo de palabras sin sentido. Pero la voz con que le hablaba era distinta y se obligó a dejar a un lado las sensaciones para prestarle atención.

—¿Estás bien? Dime algo, por favor —insistió al no recibir contestación por su parte—. Gene, yo... lo siento. —Lo escuchó tragar saliva a su espalda y le sorprendió el tono, parecía... ¿asustado?—. No debí... ¿Te he hecho daño? Me iré si es lo que quieres.

¿Irse? ¿Pero de qué estaba hablando? Por favor, si todavía palpitaba y le temblaba todo el cuerpo.

Con un soberano esfuerzo, Genevieve logró ponerse de espaldas sobre la cama. El hombre, apoyado contra el cabecero, se inclinaba sobre ella con preocupación. La oscura melena le caía a ambos lados ocultándole el rostro. Gene estiró el brazo y le retiró un mechón tras la oreja para verlo mejor. El hombre recibió el roce con un ligero estremecimiento, pero no osó detenerla.

—Tranquilo —continuó acariciando la mejilla rasposa y la mandíbula—, estoy bien. ¿No lo ves? ¿Por qué no iba a estarlo?

—Yo... ah... no quería hacerte daño.

—Pero ¿por qué piensas que me lo has hecho? —Él cerró los ojos, como si le costara encontrar las palabras.

—Erik. Habla conmigo. ¿Qué sucede?

Como el hombre no contestaba, Gene se enderezó obligándolo a acercarse el rostro a ella y lo besó con ternura, pero él siguió inmóvil. Le dio un minuto sin apartar las manos de sus mejillas, moviendo los pulgares sobre la incipiente barba, despacio, con paciencia.

—No pedí permiso.

—¿Perdón? —Las palabras salieron tan sibilantes que a Gene le costaba oírle.

—No te pedí permiso —repitió forzando su voz a salir.

—¿Por eso estás tan asustado?

—Yo no estoy as...

—Sí. Sí lo estás. Te has asustado por algo. Dime qué es. —Ahora ambos se miraban a los ojos, casi rozándose con la punta de la nariz.

—Me preocupaba haberte hecho daño, eso es todo. No me contestabas y creí que estabas enfadada. Pero no estaba asustado.

—Claro. Porque tú no le temes a nada. ¿Cierto? —Lo soltó dejando caer los brazos sobre su vientre, se recostó cruzando los pies a la altura de los tobillos y soltó un largo suspiro.

Erik tomó asiento a su lado y ambos guardaron silencio durante varios minutos, roto tan solo por el sonido de los grillos en el jardín.

Finalmente, Gene se levantó, recuperó su ropa interior del suelo, se la puso y, a continuación, sacó un pijama de la cómoda y se vistió.

Antes de dirigirse hacia la puerta y abandonar el dormitorio se volvió a mirarlo.

—No voy a hacerlo. Podría. Pero no quiero hacerlo.

Se frotó la cara con las manos como si con aquello pudiera borrar lo sucedido en los últimos minutos. Si hubiese funcionado, habría seguido frotando hasta borrar los últimos trescientos o trescientos treinta años. Habría gritado. Señor, necesitaba gritar con todas sus fuerzas para liberar la bola que se le acababa de formar en la garganta, el pecho y el estómago. En lugar de eso se levantó y caminó hacia la ventana.

No voy a hacerlo. Podría. Pero no quiero hacerlo.

Las palabras de la mujer resonaban una y otra vez como un eco infinito en su mente. Maldita sea. Si ya se sentía culpable, ahora ya podría ahorcarse tranquilo.

No había leído sus pensamientos. Estaba tan concentrado en calmar la congoja que notaba en el pecho que él mismo había conseguido aislarse de ella. De no haberlo hecho, quizá, se habría dado cuenta de que estaba bien, que lo estaba disfrutando, y entonces no habría abierto su estúpida boca y ella no se habría alarmado y quizá, solo quizá, seguirían retozando entre las sábanas en lugar de encontrarse en ese maldito lío.

No voy a hacerlo. Podría. Pero no quiero hacerlo.

«Joder».

Gene tenía razón. Solo tenía que desearlo y él no podría dejar de

hablar, le contaría todo, cada detalle de su jodida vida. Del malnacido que había dejado entrar en su casa y en su cama, de lo egoísta que era ocultándole todo aquello por miedo a volver al interior del retrato. Le contaría lo sucedido aquella aciaga noche en que su vida se fue definitivamente a la mierda. Le hablaría de Justine, de todas las humillaciones y vejaciones a las que lo sometió, y se ofrecería a dejarla hacer lo mismo. Porque lo merecía. Porque ella era buena con él y a cambio él no era capaz de sincerarse y contarle la verdad. Solo la utilizaba para permanecer fuera y librarse de la maldición mientras pudiera.

Sí. Podría hacer todo eso solo con que ella lo deseara.

Pero no quiero hacerlo.

Se dejó caer a los pies de la cama y enterró la cabeza entre las manos con los codos apoyados sobre las rodillas, respirando con lentitud.

Maldita sea. No. Claro que no quería hacerlo. Ella no.

Ángel protector lo llamaba de niña. Se equivocaba, el único ángel allí era ella. Lo estaba echando todo a perder. No sabía cómo arreglarlo sin arriesgarse a enfurecerla aún más o, peor aún, a asustarla. Pero no iba a quedarse toda la noche escondiendo la cabeza como los avestruces.

Se puso en pie, buscó el vaquero, se lo embutió y salió a buscarla. No tenía ni idea de qué iba a decirle. Ni la más remota.

Rebuscaba en el interior de la nevera como si allí dentro fuera a encontrar la clave que andaba buscando. Pero lo único que esta le devolvía era el aire fresco que escapaba de dentro y un montón de comestibles por los que era incapaz de decidirse.

Cuando se levantó de la cama dispuesta a marcharse, quiso hacerlo con un poco de dignidad, aunque las rodillas todavía no la sostenían y las contracciones de su útero palpitaban en muda protesta por atreverse a abandonar el mullido confort del colchón. No sabía cómo, pero logró vestirse y cerrar la puerta tras de sí sin acabar en el suelo, cosa que agradeció. Sobre todo después del ultimátum que le había lanzado al hombre.

Después de eso se arrastró hasta la escalera y de ahí bajó agarrándose a la barandilla hasta llegar a la cocina, donde terminó por dejarse caer sobre uno de los taburetes que rodeaban la isla de mármol. Esperó un par de minutos, pero él no la seguía.

«Mierda. Mierda. Mierda».

¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Como si nada hubiera pasado? No estaba dispuesta a despertarse así todas las noches, al menos no sin saber el porqué.

Todo sería muy diferente si él lo hubiese hecho por el mero gusto de darse placer, de dárselo a ambos. Pero tenía otro motivo. Estaba aterrado, podía notarlo sin necesidad de leerle el pensamiento. ¿Por qué no podía confiar en ella y contárselo? ¿Qué podía ser más difícil de contar que la historia del suicidio?

Se levantó airada. Casi arrancó la puerta del frigorífico al abrirla. Así que cerró los ojos un segundo e instó a su cuerpo a recuperar la compostura. No era el momento de perder la calma.

Sin duda, todo sería más fácil si se comportara como el resto. Un polvo rápido cuando le apeteciera y de vuelta al retrato. Sin complicaciones, sin peleas, sin absurdas discusiones. Y posiblemente hasta sería una actitud más saludable. Ah... pero era una auténtica idiota enamorada que...

¿Enamorada?

«Ay, por Dios».

«¿Y qué esperabas, Gene? Es guapo, seductor, sensual, te ha salvado la vida... folla... de... maravilla... Joder».

No había tenido tantos orgasmos seguidos con un tío en su vida. Qué demonios, ni siquiera su vibrador le daba orgasmos tan buenos como los que él le proporcionaba.

«Que te guste el sexo con él no implica que estés enamorada, niña tonta».

No. Claro que no. Porque ella no se había enamorado de su increíble verga, que sí, que era bastante increíble y la manejaba... *céntrate, que te pierdes*. Ella se había enamorado de la capacidad que él tenía para emocionarse como un crío por cualquier tontería, de su insaciable curiosidad. De cómo le brillaban los ojos mientras saboreaba su primer helado. De la felicidad que emanaba de él mientras cabalgaba sobre Savage. De lo tozudo y orgulloso que era. De las arruguitas que se formaban alrededor de sus ojos cuando se enfurruñaba.

Se había enamorado de su corazón, que era lo bastante grande como para sacrificar su libertad por un niño en apuros, que se preocupaba al ver a un animal herido, que se estremecía al menor contacto afectuoso, perdido, sin saber cómo reaccionar. Que temía lastimarla, que ansiaba protegerla.

La había enamorado darse cuenta de que él recordaba tantos detalles de su infancia a pesar de que hacía años que no hablaba con él a través del retrato. Sobre todo, porque estaba segura de que ni él mismo se daba cuenta de ello. La enamoró lo tierno y paciente que fue con ella la primera vez que estuvieron juntos. El hecho de que la respetara en todo momento y estuviera pendiente de sus sentimientos.

Sí, se había enamorado de todo eso y de mucho más.

—Lo lamento mucho, Gene. —La voz le llegó cargada de sentimiento y tuvo que esforzarse por ignorar su significado.

—Iba a preparar algo de comer. ¿Tienes hambre? —Al no recibir respuesta se tomó un minuto para estar segura de que controlaba sus emociones y giró el rostro por encima de su hombro para mirarlo.

Estaba en el quicio de la puerta, sujetando la hoja batiente que daba al pasillo. Vestido únicamente con el vaquero, el cabello revuelto sobre la frente y los hombros. Parecía derrotado, pero no apartó la mirada de ella.

—Eh... Sí.

—Preparé unas crepes de verduras. —Centró de nuevo su atención en el contenido de la nevera y empezó a sacar los ingredientes que iba a usar.

Lo cierto es que se hubiera conformado con un bocadillo rápido o cualquier otra cosa. Pero cocinar la tranquilizaba y ahora mismo iba a necesitar de todas sus armas para mantenerse calmada. Porque era obvio que él no lo estaba y si seguían así, alguno de los dos elevaría la voz más de la cuenta y acabarían chillándose. Y eso era algo que pretendía evitar a toda costa si era posible.

—¿Puedo ayudar?

—Corta esto. —Dejó varias clases distintas de pimientos sobre una tabla de madera y le tendió un cuchillo.

Durante un rato tan solo se escuchaba el golpeteo del cubierto sobre la madera y las varillas metálicas que batían los huevos y la harina en un bol de plástico que Gene manejaba con destreza.

Cocinaron en silencio y permanecieron así hasta que la comida estuvo en los platos, y ellos se sentaron uno frente a otro en la espaciosa isla. La distancia era considerable, tanto la física como la que podía palpase entre ellos.

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho. Come o se enfriará. —Procuraba hablarle con un tono lo más neutro posible.

No estaba enfadada, en realidad no.

Tenían los platos casi vacíos cuando Erik volvió a aventurarse a hablar.

—No sé lidiar con esto. —Gene levantó la mirada del plato y la fijó en él—. Llevo trescientos años siendo solo un esclavo. Salgo del retrato, obedezco y regreso. —Erik deseó que ella dijera algo, pero no parecía dispuesta a hacerlo, así que se forzó para seguir hablando—. Eres la primera que me deja dormir a su lado. No, espera. —Gene empezaba a mostrar un leve gesto de compasión en su rostro, pero no era eso lo que él quería causar en ella, no debía tenerle lástima, solo entender lo distinta que era de las demás y lo diferente que esto hacía su relación.

Genevieve aguardó, pero no podía permanecer quieta, así que retiró los platos y los llevó al fregadero mientras le hacía una seña para que supiera que lo estaba escuchando.

—No mentiré. Siempre que he podido he intentado llevar el juego a mi terreno, disfrutar de la compañía de quien me invocaba. Salirme con la mía si podía. Es lo que llevo haciendo siglos y lo que estoy acostumbrado a hacer. Pero contigo... —Caminó hasta ella, que acababa de darse la vuelta secándose las manos con el trapo de cocina.

Se lo quitó con delicadeza y le cogió las manos entre las suyas.

Genevieve se detuvo. Le gustaban esos ojos tan negros y tan profundos. Aunque le gustaban más cuando parecían incendiarse al mirarla.

—No me tratas como el objeto de tu pertenencia que soy. Me tratas como a un igual. Has estado todo el día pendiente de mis emociones, de mis necesidades. Me has permitido probar la comida, pasear, incluso montar a caballo solo porque sabías que quería hacerlo. Y me has permitido acostarme a tu lado. Soy yo quien debe cumplir tus deseos, pero has sido tú quien ha colmado los míos.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—No tengo palabras para describir lo bueno que ha sido sentirse así después de tanto tiempo.

—Entonces, ¿a qué le tienes tanto miedo?

Erik la soltó y volvió a tomar asiento junto a la isla. Apoyó los codos sobre la superficie lisa y fresca y sostuvo la cabeza entre sus manos. Gene lo siguió acomodándose, esta vez, a su lado.

—Porque sé que no va a durar. Y me aterra perderlo. Heme aquí, temblando con un maldito cobarde.

—¿Cobarde? ¿Eso es lo que piensas? Erik, temer perder algo no es de cobardes, solo significa que te importa, que tienes un motivo para querer conservarlo y que ese motivo te hace feliz.

—¿Eso crees?

—Bueno, hay que tener mucho valor para admitir que temes perder algo o... a alguien. —Erik dejó caer las manos sobre la encimera, pensativo.

Su padre amaba a su madre, estaba seguro de ello. Los recordaba juntos, antes de que ella enfermara. No era un hombre especialmente cariñoso ni dado a las muestras afectivas, pero se le notaba lo mucho que la quería.

Luego todo cambió. ¿Y si temía tanto perderla que al verse cumplidos sus mayores miedos no había sabido afrontarlo? ¿Podría ocurrirle a él lo mismo? No quería convertirse en su padre.

—Además —continuó ella—, tú no vas a perder esto. No vas a... perderme.

—Por ahora.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque es lo que siempre sucede. Además, yo no puedo envejecer, aunque decidieras conservarme a tu lado todo ese tiempo, y eso nunca sucede, al final el retrato pasará a manos de otra mujer y...

—No tienes ninguna fe en que pueda encontrar un modo de liberarte. En todo caso —prosiguió sin permitirle contestar—, debiera ser yo la que se asustara. ¿Acaso vas a querer tocarme cuando esté arrugada con el pelo blanco y los pechos caídos hasta la cintura? Ni te me acercarás, me pedirás que te devuelva al retrato. Ya verás. Esta vez no será la dueña la que decida prescindir de tus servicios, será el esclavo el que salga huyendo.

Erik sonrió y ella se entusiasmó al ver su sonrisa. Ya iba siendo hora. Se movió hasta quedar de frente, con las piernas entrecruzadas con las de ella. Le acarició la mejilla y enredó un mechón de cabello rojo en su índice.

—Aunque perdieras todo tu precioso pelo, los dientes y ganaras cien kilos seguirías pareciéndome la más adorable de las criaturas, Genevieve.

La joven hubo de morderse la mejilla por dentro para evitar derramar las lágrimas emocionadas que amenazaban con asomar a sus ojos.

Erik se inclinó, aún con su cabello entre los dedos, rozó sus labios con los suyos, paseó la mano libre por su cintura acercándola a él y luego enterró su lengua en la boca de ella. La pelirroja no opuso resistencia, se abrazó a su cuello acariciándole la nuca y enredando los dedos en los oscuros mechones.

Bajando del taburete, la alzó al vuelo y se dirigió con ella de vuelta al

dormitorio. Mientras ascendía la escalera no dejó de besarla y apretarla contra su cuerpo.

Si pudiera hacerlo, si tuviera capacidad para ello, estaba seguro de que la amaría hasta el final de sus días. Tristemente, él había perdido la capacidad de amar hacía mucho, pero la compensaría en la medida de lo posible, aunque le llevara toda la vida de ella hacerlo.

La dejó sobre la cama y se sentó a su lado.

—Erik.

—Sí, criatura.

—Cuando dijiste que me creías al decir que no quiero usar los deseos contigo, ¿era verdad?

—No necesito creerte, puedo sentirlo y leerlo en tus pensamientos.

—Pero lo crees. No te cabe ninguna duda al respecto, ¿cierto?

—Sé a ciencia cierta que no quieres hacerlo, sí. Gene, ya hemos tenido esta conversación.

—Bien. Porque no quiero que vuelvas a llamarme ama Genevieve nunca, ni siquiera en tus sueños.

—Justine.

—¿Qué? —El hombre hizo una mueca, como si sintiera cierta nostalgia y a la vez un tremendo dolor.

—Ama Justine, es como a ella le gustaba que la llamara. La primera dueña del retrato. En mis sueños eras ella, te comportabas como ella. No tiene importancia.

—Por qué no me hablas de ella —lo animó.

—Porque es una historia que no te gustaría oír y a mí no me gusta recordar.

—Está bien. No tienes por qué hacerlo si no te apetece. —Una cálida sensación de alivio recorrió al hombre por dentro al ver que no insistía—. Escucha —Apoyó la mano sobre su brazo—, no sé con qué clase de mujeres has topado todos estos años, ni qué te han obligado a hacer, así que entiendo que te cueste tanto abrirte a mí. Solo quiero que sepas que voy a seguir aquí cuando quieras hacerlo, y no importa si la historia es bonita o no, sea lo que sea, puedes contármelo. ¿Entiendes?

El hombre asintió conmovido por la fuerza de sus palabras. Quiso añadir algo, pero tenía un nudo en la garganta que no lo dejaba hablar. Gene le acababa de coger la mano entre las suyas. Eran tan pequeñas y delicadas en comparación a las de él, pero en ese momento le parecieron mucho más

firmes y fuertes.

—Te diré lo que vamos a hacer. Se me ocurrió desear que dejaras de estar en mi cabeza. Así no tendrías que escuchar lo que pienso todo el tiempo, que debe ser algo agotador —bromeó—. En lugar de eso, dejaré que escuches todo lo que quieras, de este modo comprobarás que puedes fiarte de mí.

Genial. Ahora ya solo le faltaba echarse a llorar como un maldito afeminado. El nudo de la garganta estaba tan prieto que era incapaz de hablar. Se quedó allí, dejando que ella le sostuviera la mano y tratando de llevar algo de aire a sus pulmones sin atragantarse en el proceso y derrumbarse como un bebé.

Definitivamente, Gene no era como ninguna otra. Incluso estaba dispuesto a creer que saldría bien, que lo conservaría a su lado sin devolverlo al retrato, al menos mientras ella tuviera esa decisión en sus manos. No lo merecía. Él apenas le daba retazos y ella estaba dispuesta a entregarse por entero, sin ocultarle nada. Pero es que esa mujer era así. Se daba por completo.

—¿Por qué confías tanto en mí, Gene? —No podía entenderlo.

—Mi amiga Sara diría que es porque estoy loca. Y tendría razón. —Se apartó un poco para poder mirarlo a la cara—. Apenas sé nada de ti. Ni siquiera sé el verdadero motivo de que te encerraran en ese retrato. —El hombre contuvo la respiración y tensó el cuerpo al oírla hablar así. Es cierto que confiaba a ciegas en un hombre que podía ser cualquier cosa, incluso un asesino. Él lo sabía, pero escuchárselo decir a ella lo hacía todo mucho más real y removía su recién descubierto sentimiento de culpabilidad—. Pero han pasado más de trescientos años. Creo que, hicieras lo que hicieras, no eres el mismo hombre de entonces. A mí me has salvado la vida varias veces ya.

—Solo cumplía con tus deseos, Geney.

—¿Y cuándo desee yo que le dieras una paliza mortal a ese tipo? Dijiste que deseé que me protegieras, pero para eso no hubiera hecho falta que lo dejaras en ese estado. Pudiste limitarte a sacarlo de la casa y noquearlo. Tampoco deseé que me ayudaras con los cuatro tíos de anoche, eso lo hiciste porque te dio la gana.

No pudo rebatírselo. Jamás dejaría que nadie le hiciera daño y pensar en aquel tipo, sentado a horcajadas sobre ella, manoseándola, hacía que le hirviera la sangre.

Ella era su niña, su pequeña princesa pelirroja que corría en su busca

y lo hacía partícipe de todos sus juegos dejándolo vislumbrar lo que había al otro lado de su prisión. Y verla allí tirada, medio desnuda, bajo el cuerpo de aquel hombre le hizo perder los papeles.

Pero él no estaba libre de culpa, ni muchísimo menos. Ver cómo ella confiaba ciegamente en él le hería porque sabía que vivía una mentira y aún a riesgo de echar por tierra sus esperanzas de permanecer libre, no podía consentir que ella creyera de él lo que no era.

—No deberías fiarte de mí tan ciegamente, Geney. Te aseguro que me ves mejor de lo que soy. Merecía quedar atrapado en el retrato, todos y cada uno de los años que he estado en él.

—No puedes estar hablando en serio. —Casi saltó de la cama al oírlo, pero él la retuvo a su lado.

—Dejé que le pasara algo horrible a una criatura inocente. Y me arrepentiré de ello mientras viva. Daría lo que fuera por volver atrás y cambiar las cosas, pero —Se adelantó a los acelerados pensamientos de la mujer—, por desgracia, eso no es posible, ni siquiera con los deseos y el retrato. Sencillamente, no puedo cambiar lo que hice.

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—Debería. Te abriría los ojos con respecto a mí.

—Si estás tan seguro de ello, ¿por qué no lo haces?

—Porque me echarías a patadas de aquí, y no quiero dejarte. Si lo deseas, lo haré. Te lo contaré todo.

Gene se mantuvo en silencio tanto tiempo que el hombre temió que, finalmente, lo obligara a hablar y sus peores temores se hicieran realidad. Tenía la vista fija en un punto indeterminado frente a ella. Se mordía el labio inferior y jugueteaba con el colgante que pendía de su cuello. No podía escuchar sus pensamientos, estaba tan concentrada en ellos que, sin darse cuenta, le bloqueaba a él el acceso.

Debería levantarse y marcharse de allí. Regresar al retrato por propia voluntad y desaparecer de su vida. Dañarla era lo último que quería hacer después del maravilloso día que habían pasado juntos, y era justo lo que conseguiría si ella decidía escuchar toda la historia.

Se recriminó a sí mismo por su egoísmo. Pues era el egoísmo lo que le impedía moverse a la espera de que su pelirroja recapacitara y decidiera que no quería saber nada más.

—Te vas a hacer daño. —Las manos de Gene le soltaron la zurda y acariciaron la diestra. La apretaba tanto que tenía los nudillos blancos y las

venas y tendones marcados bajo la piel.

Aflojó el puño al sentir el tacto suave de ella y la miró.

—Gene... yo...

—Está bien. Obligarte no estaría bien por mi parte. Quiero que me lo cuentes, quiero saberlo todo sobre ti. Pero no por el motivo que piensas. Quien fueras, lo que hicieses, eso está en el pasado, ya no eres ese hombre. Solo debo y puedo juzgarte por tus actos presentes, por cómo me siento contigo, cómo eres conmigo. Y ahí no hay nada, escúchame bien, nada por lo que yo pueda querer que vuelvas al retrato. Cuéntame la historia, pero hazlo cuando te sientas preparado.

—¿Es que no te doy miedo? —Estaba estupefacto. No sabía si era demasiado estúpida o demasiado valiente. Lo único que tenía claro es que no conocía a nadie tan especial como ella.

—¿Por qué habría de tenerlo? —prosiguió ella—. Soy más fuerte que tú. Recuerda que fui capaz de lanzarte por los aires con un solo dedo. —Sonrió. Bromeaba, pero todo aquello era demasiado serio, y él estaba muy tenso, lo sentía bajo sus brazos.

Guardaron silencio durante un largo rato en el cual los parpados de la mujer comenzaron a descender y el cuerpo se tambaleó ligeramente. Se obligó a permanecer despierta. La solemnidad de la conversación lo exigía.

—Gene.

—¿Mmmm?

—Yo tampoco quiero leerte el pensamiento. Me gustaría saber...

—¿El qué? Puedes preguntarme lo que quieras. —Al atisbar una fugaz sonrisa ladina en el hombre, supo que acabaría arrepintiéndose de sus palabras.

—¿Para qué usas la vara que vibra? —El calor afloró a sus mejillas como un torrente y empezó a morderse el labio inferior con nerviosismo, apartando las manos de él y jugueteando de nuevo con el colgante de su madre.

—Ah... pues es... Es algo que... —Las imágenes que llenaron la cabeza de la mujer en ese momento le dieron todas las pistas que necesitaba. Al parecer, el uso que él le había dado no andaba para nada desencaminado.

Azorada estaba preciosa. Así que dejó que siguiera intentando explicarse un rato más. Mientras balbuceaba, decidió sujetarla por la cintura y sentarla sobre sus piernas.

El momento que acababan de vivir los había dejado tensos a ambos.

Erik quería solucionarlo de algún modo. Hacer que ella se relajara y volviera a disfrutar de su compañía. Ponerle un broche de oro a la noche y agradecerle cuanto hacía por él.

—Cuéntamelo —le susurró al oído al tiempo que sus manos acariciaban las caderas y los muslos desnudos.

—Pues es un... ah... un vibrador y... ah... bueno, tú lo usaste bastante bien, la verdad... Es justo para eso.

—Entonces —siguió susurrando sin dejar de rozarle la sensible piel de las piernas—, se usa para torturar a alguien sexualmente. —Ella se lamió los labios antes de asentir.

—En parte... sí.

—¿En parte? —Le raspó el hombro con la barbilla y dejó caer pequeños besitos en su cuello, retiró el tirante de la camiseta blanca que llevaba puesta y buscó el seno con los labios—. ¿Y si no tienes a nadie? —la azuzó apenas separando la boca de su pezón erguido.

—Bueno... pues... ¡ay! —El mordisco le dolió y la excitó a un tiempo—. Normalmente, lo uso sola.

—¿Para qué?

—¿Qué? —Gene no hablaba de esas cosas, la fiesta de *tupper sex* fue una excepción, divertida, pero una excepción. Solo con Sara perdía la vergüenza.

—Quiero que me digas para qué lo usas.

—Bueno es... obvio... ¿no? —Las caricias de ese hombre, junto con la conversación, la estaban llevando de nuevo al límite.

Erik solo separaba su boca de la piel de Gene para hablarle, y cuando lo hacía, su aliento húmedo y caliente se volcaba sobre el cuerpo de ella sacudiéndola en excitantes oleadas.

—Dilo —exigió, escarbando lentamente entre el elástico de la cinturilla, del minúsculo pantaloncito negro que llevaba ceñido a las caderas.

Gene tragó saliva arrastrada por las sensaciones y debatiéndose con su yo más puritano y vergonzoso.

—Lo uso... yo... —Gimió cuando él volvió a estirar el pezón entre sus dientes—. Puf... lo uso para... para darme placer. —Erik sonrió sabiéndose triunfador.

—Dilo otra vez. —Ella volvió a gemir.

—Lo uso para darme placer. Para... —*Dilo*, pensó él divertido sin dejar de excitarla con la lengua y los dientes—. Ah... para... Joder —gruñó.

Había pegado la nariz a la clavícula de él y se abrazaba a su cuello con ambos brazos, anclándose de algún modo a la realidad para no dejarse arrastrar por lo que la hacía sentir. Incluso tenía los ojos cerrados.

La mano de él atravesó la cinturilla del pantalón y prosiguió con su exploración bajo la suave tela de algodón de las bragas.

—¿Sí? —la incitó de nuevo.

—Para masturbarme —soltó de repente junto con un nuevo gemido, encogiéndose sobre él.

Erik rio. Al menos había descubierto una forma de mantenerla callada, salvo que él le exigiera hablar.

En cuanto alcanzó el duro y lloroso clítoris, no tardó más de unos pocos minutos en hacerla estallar. Cerró los muslos, aprisionando su mano entre ellos, y lo mantuvo preso hasta que las contracciones se suavizaron y su cuerpo volvió a relajarse, cayendo desmadejada entre sus brazos.

Erik la dejó sobre la cama, la cubrió con la sábana y se acostó junto a ella. La pelirroja se giró y se abrazó a él dejando reposar la cabeza sobre su torso desnudo.

—¿No te molestan los vaqueros? —inquirió sugerente.

Erik soltó una sonora carcajada antes de responder.

—Duérmete, Geney. Es muy tarde.

—No tengo sueño. Es raro. Es como si me hubiera pasado todo el día durmiendo, comiendo y... —Se atragantó un momento, pero luego se dijo que era una estupidez sentir vergüenza a esas alturas y añadió— y follando.

—Señorita Hanglin, es una verdadera descarada. —Ella rio a su vez y se apretó más contra él.

—Lo lamento, señor Blair. No pretendía herir su delicada sensibilidad. ¿Puedo quitarte ahora los pantalones?

—N... no. —No podía parar de reír. Cuando aquella mujer dejaba salir a la fiera, era difícil contenerla.

Ya le había desabrochado el botón y estaba bajando la cremallera. La retuvo llevándose la traviesa mano a los labios y besándola.

—Lo prometo. —Ella alzó el rostro y lo miró sin entender—. Nunca volveré a llamarte *Ama*. No te pareces en nada a ella.

—Me alegra que te hayas dado cuenta. —Lo besó y volvió a recostarse sobre sus firmes pectorales, jugueteando con el oscuro vello negro que le bajaba en línea por el abdomen, perdiéndose bajo el vaquero.

—¿Se portaron mal contigo? ¿Te hicieron daño?

—¿Qué?

—En el retrato. Pensaste que te decepcionaría, igual que los otros.

—¡Ay! No... eso no... no debiste escuchar eso.

—¿Lo hice?

—¿Escucharlo?

—¿Decepcionarte?

—No. —La palabra salió floja entre sus labios.

—Gene. ¿Te decepcioné?

—Sabes que no —recalcó con más fuerza en su voz.

—¿Lo sé? —Vale, ahora quería que le dorara la píldora.

Bueno, en eso se parecía bastante al resto de tíos con los que había salido.

—No me parezco en nada a esos tíos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Está claro. Ellos no supieron hacer que te corrieras.

—¡Erik! —La joven enrojeció.

Era tan fácil provocarla.

—¿Me equivoco acaso? Casi haces que me detenga porque temías que no fuera capaz de hacer que te corrieras. Y estoy seguro de que te excité más que cualquiera de ellos. Reconócelo.

—Ya basta. Te estás divirtiendo a mi costa.

—El rojo te favorece. —Le apartó los rizos de la cara y le tomó la barbilla con delicadeza, se moría de ganas por besarla. Ella le dio un empujón y le hizo a un lado—. No te enfades. Tengo razón, ¿no? Tú les dabas todo lo que querían y ellos a ti no. —La joven se le quedó mirando, tenía los ojos vidriosos.

Por favor. ¿En serio eso le molestaba? Definitivamente, sí, se dijo cuando él tensó la mandíbula. Se encogió de hombros y se tumbó bocarriba suspirando.

—Siempre me enamoro de quien no debo. Creo que tengo radar para los imbéciles. Por eso Davis se preocupa tanto por mí. Una vez tuvo que partírle la cara a un tío. No entendía que no era no.

—Lo habría estrangulado —dijo él furioso.

—Sí. Ya vi cómo acabó el otro. Mi héroe. —Tomó su enorme mano entre las suyas y le besó la palma con dulzura.

Eran aquellos pequeños gestos los que tenían el poder de desarmarle. Se sentía tan ajeno y perdido con esas muestras de afecto espontáneo, tan

diferentes y nuevas que no sabía cómo debía reaccionar.

—Yo jamás te haré daño, Geney. —Aunque lo expresó en voz alta, la promesa era más para sí mismo que para ella.

Durase lo que durase aquello, jamás, nunca, haría nada para dañarla. Y estaba dispuesto a cumplir esa promesa, aunque fuera lo último que hiciera.

Pero, claro, el destino a veces no está de acuerdo con las decisiones que tomamos.

XIX

Genevieve se frotó los ojos desperezándose y alargó la mano para rozar al hombre que yacía junto a ella encontrando, sin embargo, que aquel lado de la cama llevaba vacío el tiempo suficiente para que su rastro se hubiera enfriado.

Se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor, hacía un buen rato que había amanecido y la luz del sol que se colaba entre las ramas del árbol que crecía junto a la ventana iluminaba el dormitorio.

Erik no estaba allí y tampoco lo oía en el baño. Se preguntó si habría sufrido una nueva pesadilla y se habría levantado para no despertarla.

Se estiró sobre el colchón con pereza. Se estaba tan bien en la cama y tenía tantas agujetas que no quería moverse, pero le intrigaba dar con él. Con un largo suspiro, saltó al suelo y se dirigió al baño para darse una ducha rápida y vestirse.

Al hacerlo tropezó con una serie de bolsas de papel que estaban apoyadas en el suelo entre el armario y la mesita de noche. Al parecer, el hombre había subido la compra del día anterior y había vuelto a marcharse.

Entró a la ducha y al salir se enfundó un vestido ligero de color amarillo con diminutas florecillas blancas estampadas. La falda le llegaba por debajo de las rodillas, el escote tenía forma de uve y la manga se abullonaba en el antebrazo. Se calzó unas playeras de color verde y se dispuso a salir en busca de Erik. Acababa de poner la mano en el picaporte cuando escuchó pasos que se encaminaban hacia allí. Por un momento, se asustó, luego recordó que no estaba sola esa vez y abrió la puerta con una sonrisa radiante en el rostro.

El hombre le cayó encima, arrastrado hacia el interior de la habitación al ceder la puerta hacia delante sin esperarlo. Se detuvo justo a tiempo para evitar derribarla y se enderezó con un suspiro de alivio.

—Lo siento —indicó ella entre risas al ver los aspavientos que tuvo que hacer para no caer al suelo.

Por toda respuesta, el hombre le mostró un manojito de llaves que agitó

frente a su nariz.

—Un tal Ben ha venido a devolverte el coche.

—Menuda rapidez. —Asió las llaves con la mano y las arrojó sobre la cómoda que estaba junto a la puerta—. Gracias por recogerlas. No oí el timbre.

—Dormías profundamente.

—Porque me dejaste totalmente fuera de combate anoche. Ni siquiera te sentí levantarte.

—Puedo ser muy sigiloso cuando quiero. —Ella sonrió y le plantó un beso cálido y dulce en los labios que él recibió gustoso.

—¿Ya has desayunado?

—Te estaba esperando. Me he duchado en la otra habitación, espero que no te moleste. —Aún tenía el cabello húmedo por el baño y vestía un conjunto nuevo, vaqueros negros y una camisa gris claro con las mangas enrolladas sobre los poderosos bíceps.

—Haz lo que quieras, también es tu casa. —La idea pareció entusiasmarlo porque los ojos le brillaron y sonrió mostrando una ristra de dientes blancos y bien alineados.

—Y... ¿a dónde vamos a ir hoy? —inquirió sujetándola por la cintura y acariciando la piel que asomaba por el escote del vestido con su dedo índice.

—¿Qué te parecería ver una película mientras yo trabajo un poco? Si no contesto un par de emails hoy, van a acabar echándome. —Rio ella.

El día anterior amenazó a Celaya con tomarse otro día libre, pero lo cierto es que no se lo podían permitir. Contestaría un par de correos y revisaría unas cuantas incidencias pendientes, nada que le llevara mucho tiempo. Comerían juntos en la amplia cocina y tal vez por la tarde se atreviera a enseñarle lo que era un centro comercial o el cine.

—Prefiero verte trabajar. Me intriga eso de los emails —continuó él besándole la clavícula y lamiendo la línea entre sus senos con la punta de la lengua.

El móvil dejó escapar un *pop*, seguido de varios más mientras ella trataba de zafarse de las manos del hombre y las deliciosas cosquillas que recorrían su cuello en ese momento.

¿Dónde estás?

¿En serio te vas a tomar el día libre?

Te recuerdo que prometiste no dejarme colgado, nena.

¿Gene?

A Celaya iba a darle un ataque si no contestaba pronto. Con su vikingo pegado ahora a su espalda y los labios de él entretenidos en repasar su nuca y sus hombros, Gene a duras penas logró contestar a su jefe.

Perdona. Falló la alarma. Ahora conecto el ordenador. Prometido. Cinco minutos.

Lo que tarde en prepararme un café ;-)

Que sean tres minutos

:)

—Erik, para. En serio, tengo que bajar y ponerme a trabajar ahora. Es muy tarde.

—Está bien. Te llevaré el desayuno.

—A la biblioteca.

—Hecho.

Bajaron juntos, despidiéndose al finalizar la escalera. Gene se encaminó a la biblioteca y encendió el portátil.

Mientras arrancaba, recogió el estropicio de hacía dos noches. El botiquín seguía allí, la papelera con algunas gasas cubiertas de sangre reseca, la camisa agujereada de Erik. Ver aquello le produjo un escalofrío al recordar lo cerca que había estado de perderlo. Daba igual que él insistiera en esa tontería de la inmortalidad. Si una bala te da en el corazón, no hay forma de sobrevivir a eso. Fin de la cuestión.

Arrojó la camisa a la papelera y la dejó cerca de la puerta para vaciarla más tarde. Guardó los paquetes de gasas sin usar y colocó la caja en su sitio.

Allí seguía el libro que ojeó hacía unos días. Lo cogió y lo llevó de vuelta a la estantería. Tampoco hacía falta que Erik supiera que lo había estado investigando cuando aún pensaba que todo era un loco sueño salido de su imaginación.

En esas estaba cuando el hombre apareció por la puerta con una bandeja entre las manos. Olía a café recién hecho y a pan tostado. La mujer se volvió y lo vio depositar la bandeja con cuidado sobre el escritorio.

Le sorprendió ver todo lo que contenía, sobre todo, porque implicaba que había aprendido a utilizar la cafetera eléctrica y el exprimidor de zumo sin su ayuda, y esa era una de las habilidades que admiraba en él: lo fácil que

le resultaba aprender cualquier cosa. Tostadas, zumo de naranja, una jarra humeante con café, un plato con galletas del día anterior, un bol con fruta pelada y cortada, mantequilla y mermelada en tarrinas individuales y... a Gene le dieron ganas de bailar... un precioso ramillete de flores frescas justo en el centro.

Sin pensarlo se arrojó a sus brazos colgándose de su cuello y lo besó. Últimamente no se cansaba de hacerlo.

—Eres un sol.

—Ah... yo no sabía qué podía apetecerte. —Se encogió de hombros.

¿Era su imaginación o Gene acababa de distinguir un leve enrojecimiento sobre el puente de su nariz? Vaya. Eso sí que era nuevo. Erik azorado. Estaba divino. Pero ¡ay! Era hora de ponerse serios.

Tomó asiento y le indicó que acercara una silla que había junto a la pared. El hombre se sentó a su lado y mientras ella tecleaba a toda velocidad, él fue untando las tostadas y acercándole el zumo de naranja para que se lo tomara.

Gene lo sostuvo con una mano mientras que con la otra arrastraba un objeto semicircular sobre la mesa. El objeto en cuestión estaba unido al ordenador por un cordón de plástico y tenía una luz roja en la parte inferior. El hombre lo miró con curiosidad y después de que ella lo arrastrara un poco más y pulsara unos botones sobre su superficie lo empujó hacia él.

—Prueba.

Erik sostuvo el objeto en su mano, y luego lo movió sobre el escritorio como le había visto hacer a ella, pero no parecía ocurrir nada más.

—Tienes que mirar a la pantalla. Aquí. —Una diminuta flecha de color blanco se agitó entonces en el monitor y Erik comprendió la relación—. Es un ratón. Pulsa ahí.

Erik obedeció, pulsó el botón sobre un icono de la pantalla, obviando el extraño nombre del objeto, y se desplegó una ventana en la que podía leerse, entre otras cosas, con letras grandes de colores, *Google*.

—Si escribes algo ahí dentro y luego le das a buscar —Tecleó *Brandsbury* ayudándose del teclado y luego le invitó a hacer clic en buscar—, te aparecerá toda la información que hay en la red sobre esa palabra. ¿Ves?

El hombre quedó maravillado. Frente a él, en la pequeña pantalla del ordenador de Genevieve, cientos de enlaces que guardaban algún tipo de relación con Brandsbury se marcaban en azul. Al pulsar en alguno de ellos podía leer cosas sobre la historia del pueblo, ver fotografías, noticias

recientes, vídeos, incluso escuchó el solemne himno del pueblo cantado a viva voz por su anterior alcalde.

No le pasó desapercibido el mundo de posibilidades que aquello significaba. Los avances de los últimos ciento cincuenta años eran realmente asombrosos.

—Espera. —La mujer extrajo una tabla del interior de su maletín de trabajo, pulsó un botón del lateral y poco después se lo tendió.

Al parecer, los ordenadores tenían muy diversas formas y tamaños. Mientras desayunaban y la mujer continuaba tecleando sin parar y leyendo datos en su máquina, le fue indicando cómo debía manejar la tableta para buscar información. De ese modo, podría averiguar más cosas del presente en el que estaban.

Durante un par de horas el silencio en la biblioteca era absoluto, salvo por el constante golpear de los dedos de la mujer sobre el portátil. Erik no despegó los labios, absorto como estaba en la contemplación del infinito mar de conocimientos que era internet.

No sabía qué le resultaba más sorprendente, si la vasta red que conectaba a millones de personas a lo largo y ancho del mundo o la inmensa colección de vídeos y fotografías de gatitos que iba encontrando, por no decir aquellos que... bueno... más de uno habría ido a la hoguera por atreverse a participar en aquellas imágenes tan subidas de tono si estuvieran en su época.

El timbre de la puerta los sobresaltó a ambos. La mujer parpadeó varias veces como si despertara de un sueño, se estiró e indicó al hombre que la esperara allí. Se puso en pie y caminó por el pasillo en dirección a la entrada.

Lo que vio a través de la mirilla le extrañó, pero se apresuró a abrir.

—Buenos días, Genevieve.

—Davis, Carlson. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos coincidido en la entrada.

—Bueno, pasad. No os quedéis fuera.

La pelirroja se hizo a un lado y los dos hombres accedieron al interior de la vivienda, cerrando la puerta a sus espaldas. El capitán de policía levantó la mano hacia el pasillo que tenía a su derecha y, a continuación, se quitó las gafas de aviador y las depositó en el interior del bolsillo de su camisa.

Erik le devolvió el saludo desde la puerta de la biblioteca. Desde que sabía lo de Claire, Cox le caía mucho mejor. Al otro hombre no lo conocía. Estaba bastante grueso y se secaba el sudor de la calva con un pañuelo de tela

de forma compulsiva, pero no parecía amenazador.

—¿Café?

Ambos asintieron y la mujer les indicó que esperaran en el salón mientras iba a buscar la bebida. Erik les abrió la puerta y entró con ellos, no pensaba perder de vista a ninguno.

Mientras esperaban, Cox se encargó de realizar las presentaciones. Carlson le tendió la mano a Erik con intención de estrecharla, pero él se negó a devolverle el saludo. Se mantuvo erguido con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas. Algo en la actitud del policía lo hacía mantenerse alerta.

Gene no tardó en regresar y ofrecerles las tazas a los dos hombres. Luego tomó asiento en uno de los sillones, frente a Carlson y Davis y Erik se situó a su espalda, como si de un guardaespaldas se tratase.

—Vosotros diréis.

—Gene, tal vez debamos hablar a solas. Es importante. —La mujer nunca había visto así a su amigo, parecía preocupado, y eso la puso en tensión.

—Erik, ¿podrías acompañar a Carlson a la biblioteca? Estoy segura de que le gustará revisar de nuevo la colección de libros de mi tía. Nosotros iremos enseguida.

El hombre estuvo a punto de negarse, pero la pelirroja ya lo había previsto y dejó volar sus pensamientos hacia él para tranquilizarlo.

Si Carlson no estuviera allí, la cosa sería distinta, Gene nunca se desharía de Erik, pero con el abogado en la casa no le quedaba más remedio. Alguien tenía que vigilar que no fuera a escuchar tras la puerta o vendiera la casa sin su consentimiento en un descuido.

Aunque algo contrariado, Erik no pudo negarse y acompañó al rubicundo abogado fuera del salón.

—¿Qué ocurre, Dave? ¿Claire y la pequeña...?

—Ellas están bien. No es eso. —Se llevó las manos a la cara y frotó con fuerza antes de pasársela por el cabello y mirar a la mujer a la cara.

—Me estás asustando. Dime qué pasa.

—Los pirómanos volvieron a actuar anoche, en Worcester.

—No entiendo. ¿Los habéis soltado?

—Llevo toda la noche hablando con las distintas comisarías de la zona recabando información y leyendo sus informes sobre los fuegos de estas últimas semanas. Gene, los hombres que arrestamos en tu casa no son los

responsables del resto de incendios.

—Entonces, ¿hay dos grupos de pirómanos? ¿Es eso? —Ahora que se fijaba mejor, su amigo tenía sendas ojeras y parecía agotado.

La camisa que llevaba puesta estaba arrugada y Claire nunca permitiría que Davis llevara la camisa mal planchada, le gustaba verlo impecable con su uniforme. Lo que confirmaba que el agente había pasado la noche fuera de casa y, probablemente, vestía la misma ropa del día anterior.

—Eso fue lo que pensé al principio, que estaba ocurriendo lo mismo que con aquellos tíos de las velas y la sangre, los que montaban aquellos escenarios satánicos en las granjas aledañas. Fue hace dos veranos. Tuvieron tanta difusión en los medios que les salieron imitadores. Por desgracia, este caso es diferente. No son imitadores, ni siquiera son pirómanos.

—Entonces, ¿qué estaban haciendo? ¿Y por qué me estás contando esto a mí?

—No llevaban ningún tipo de documentación encima cuando los arrestamos. Así que enviamos sus huellas al sistema y no nos devolvió mucha información. Por suerte, la matrícula de la *pickup* nos ayudó, nos dio un nombre y pudimos tirar del hilo hasta identificarlos. Normalmente actúan en Londres, se dedican al contrabando, a la venta de drogas, pero sobre todo se encargan de cobrar deudas. Son un grupo de matones profesionales. Cuando registramos la camioneta encontramos un periódico en la guantera. En el anverso había escrita una dirección y un nombre.

La mujer contuvo el aliento con el corazón latiéndole en las sienes. Tenía los puños apretados apoyados sobre las rodillas y no dejaba de mirar al policía. Sabía lo que vendría a continuación, pero no se atrevía a creerlo hasta que Dave siguió hablando y ya no le cupo duda.

—El nombre era Dark Garden y la dirección, la de esta casa.

—Espera, espera. Alguien... esto no... ¿Alguien contrató a esos tipos para prenderle fuego a mi casa? Pero ¿por qué?

—Ese, Gene, es el motivo por el que he venido a verte.

—¿Y hace mucho que os conocéis? —El abogado tenía un grueso volumen en sus manos y lo ojeaba con interés.

Erik ni siquiera se dignó a contestar. Se mantuvo en pie con las manos aferradas al respaldo de la silla de cuero negro sin quitarle los ojos de encima.

Estaba preocupado por Gene.

No sabía qué noticias traía el policía y le molestaba no poder estar allí acompañándola, pero, ciertamente, dejar a aquel espécimen de hombre vagando solo por la casa no era una opción.

Los ojillos casi le hicieron chiribitas al encontrar la biblioteca accesible a sus codiciosas manos y no tardó en comenzar a revisar uno a uno los muebles llenos de libros.

—No eres muy hablador, ¿no? No importa. Yo la conozco de toda la vida, ¿sabes? Desde que sus padres la traían a visitar a sus tíos en el cochecito de bebé. Era una niña preciosa, siempre alegre, y adoraba a sus tíos. Lo que les sucedió a sus padres fue espantoso. Menos mal que Margerite se hizo cargo de ella. Adoraba a la niña. —La expresión de Erik permanecía inmutable a pesar de que prestaba atención a todo cuanto el hombrecillo decía de su pelirroja—. Margerite era estupenda. La mejor madre que pudo tener. De no ser por ella, nunca hubiera recuperado el colgante de su madre. Es una pena que desaparecieran algunas cosas en el accidente, no todas se recuperaron.

—¿Desaparecieron? —Aquello llamó su curiosidad.

—Sí, sí. Al principio pensaron que se habían extraviado, pero lo cierto es que alguien los robó antes de que llegaran al departamento de policía que llevaba el caso. Margerite lo hubiera dejado pasar, pero quería recuperar el colgante para Gene. No es solo que la joya tenga valor económico, que lo tiene, es que ese colgante había estado en la familia de su madre durante generaciones. Marge sabía que Teresa quería que Gene lo tuviera, así que removió cielo y tierra hasta que dio con él. No consiguió recuperar todo, por supuesto, aunque la mayoría eran cosas sin importancia, pero el colgante sí, y ella no se lo quita del cuello desde entonces.

Erik conocía la joya de la que hablaba, era lo único de lo que Gene no se desprendía, ni siquiera cuando hacían el amor, siempre lo llevaba colgado al cuello y la sorprendía en ocasiones jugueteando con él distraídamente.

—Sí, imagino que el tipo que le dio aquella paliza al violador no tendría ni idea, claro, pero de no ser por él, la joya habría acabado en el mercado negro o algo así y Gene nunca la hubiera recuperado. Cuando lo encontraron, Dave se lo trajo de regreso en cuanto lo vio. Fue una suerte que ella estuviera bien. Ya ha pasado bastante, la verdad. Vaya, estos libros son estupendos. ¿Sabes? Le sugerí a Gene vender la casa, alguien quería comprarla y cederla al ayuntamiento para hacer un museo porque, bueno,

Brandsbury tiene mucha historia y claro, un museo... En realidad, esto último lo sugerí yo, sería una buena inyección económica para el pueblo...

Aquel tipo era incapaz de permanecer en silencio ni un solo minuto, aunque Erik ya no lo escuchaba. Pensaba lo terrible que debió ser para su pelirroja crecer sin el cariño de sus padres, pero se alegraba de que hubiera tenido a su tía para cuidar de ella, sobre todo, sabiendo lo mucho que ambas se querían. Eso era un alivio.

Suspiró y retiró el sillón de cuero para tomar asiento. Al hacerlo, rozó algo con la zapatilla y se agachó a recogerlo.

Bajo el escritorio, al fondo, distinguió un papel algo maltratado. Estiró el brazo y lo sacó para ponerlo junto al portátil de Gene. Probablemente, se le caería a la mujer al sacar la tableta del maletín y...

Por todos los demonios.

Le zumbaban los oídos y un leve mareo hizo que tuviera que agarrarse al borde de la mesa. Toda su atención estaba centrada en la imagen dibujada en el papel que tenía enfrente. Entonces recordó las palabras de ella en el retrato, cuando aún le temía, justo antes de arrojarle la jofaina a la cabeza.

Te equivocas si crees que voy a dejar que me hagas lo mismo que les hacíais a ellas.

Maldición.

Pero ¿quién podría haber realizado aquel dibujo? No tenía firma, ni por delante ni por detrás.

No podía creer que Gene hubiera visto aquello. Ella confiaba en él, le había abierto su casa, lo dejaba vagar por ella con libertad, no usaba sus deseos para controlarlo, ni siquiera para obligarlo a hablar. Pero lo sabía, sabía lo que sus hermanos y él hacían en esa casa.

La cruz de San Andrés donde su hermano Bernard fustigaba a aquella joven, la expresión de placer y dolor de una morena que estaba sufriendo el látigo de su hermano Aaron, las doncellas que se daban placer mutuo recostadas sobre los cojines cerca de ellos, la rubia que tenía la cabeza enterrada entre sus piernas...

«No».

Ella lo había visto, había visto aquel dibujo. Era imposible que no supiera que el hombre sentado en el butacón era él. ¿Es que acaso lo había olvidado? ¿Por qué le había dejado tocarla entonces? Y confiaba en él. Era una locura. Después de ver eso...

Algo estaba alterando el patrón emocional de la mujer. Lo sentía.

Las emociones más intensas, como eran la ira, la excitación, el miedo, el dolor, la angustia, el amor... Todas ellas navegaban por el invisible camino del espacio desde la dueña del retrato hasta él.

En el caso de Gene, no se limitaban a entrar en él y saludar, como ocurría con el resto. Las emociones que ella sentía lo golpeaban. No pedían permiso antes de colarse en su interior. Se abrían paso por la fuerza desgarrando, arañando o simplemente bombardeando su pecho o clavándose en su alma. Debería costarle sobrellevarlas, pero lo cierto es que tras tantos siglos de sentidos adormecidos, cuando ella lo asaltaba, él se limitaba a dejarla entrar sin oponer resistencia. De ese modo era capaz de aguantar la vorágine de sensaciones que ella le causaba, las abrazaba y las hacía suyas.

Su dolor, la angustia y su miedo los convertía en rabia contra el causante de dichas emociones.

La ira la convertía en la suya propia.

La excitación lo estimulaba y lo ayudaba a aumentar la de ella.

El amor... con esa emoción no sabía lidiar. Pero la guardaba en una cajita, en lo más recóndito de su ser, para disfrutarla en pequeños sorbos cuando estaba a solas, pues, en todo su esplendor, le hacía daño y le generaba un espantoso sentimiento de culpa.

Ahora estaba confusa, asustada, inquieta, enfadada... Demasiadas emociones juntas. Y todas ellas lo hacían desear protegerla.

Saltó del butacón de cuero y corrió por el pasillo evitando resbalar por el pulido mármol gracias a la goma de sus nuevas zapatillas. Frenó en seco al llegar a la entrada y se arrojó hacia el interior de la sala haciendo que la hoja golpeará contra la pared y que Cox saltara en su asiento.

—¿Estás bien?

Dave retiró lentamente la mano que había aferrado con fuerza la culata de su arma. Tenía los nervios a flor de piel y la entrada de Erik lo había puesto en alerta. Por lo visto, solo estaba preocupado por ella. Como si hubiera estado escuchando tras la puerta.

—No tiene sentido. ¿Quién iba a querer hacer algo así? —Gene ignoró al hombre y se dirigió a Cox.

Se sentía abrumada por lo que Dave acababa de sugerir. Alguien quería quemar su casa. Pero no podía pensar en nadie capaz de semejante cosa, ni en un motivo que lo explicara. Ella no tenía enemigos. Ni su tía tampoco, todos la querían. Y por otra parte, ¿qué conseguían quemando la

casa? Gene regresaría a Madrid y continuaría con su vida, tal y como pensaba hacer de todos modos. Aunque no podría volver a disfrutar de su hogar en Brandsbury, perder Dark Garden no impediría que volviera de visita. Pero ella... ella estaba dentro de la casa cuando se originó el fuego y si... no. Eso sí que no podía ser. ¿Quién iba a querer hacerle daño a ella?

—Genevieve, ¿qué es lo que ocurre? —Erik acababa de acuclillarse junto a la silla en la que la mujer permanecía sentada.

Esta, sin levantar la cabeza del suelo, contestó.

—Dave ha descubierto que el incendio de la casa no fue casual. —Extraña elección de palabras, pensó el policía, los pirómanos ni siquiera llegaron a prender una cerilla antes de que los detuvieran—, alguien contrató a esos hombres para quemar Dark Garden. Erik —Y entonces sí alzó la vista para mirarlo—, *querían* quemar la casa.

—Dime que sabes quién es y que ya os habéis ocupado —exigió el hombre al policía poniéndose a su altura.

—Nos han dado un nombre. Sí. Por eso quería hablar con Genevieve. Necesito saber si te dice algo, si tú o tu tía lo conocíais. Hay que encontrar alguna relación porque no tengo pruebas suficientes para emitir una orden.

—¿Una orden?

—Erik, deja que Dave hable, por favor. —Ahora no tenía tiempo de explicarle cómo funcionaba la ley en el siglo veintiuno. Ni siquiera ella estaba segura de comprenderla del todo.

—Stone, es...

—Eso no puede ser, Davis, ¿por qué iba Edgar Stone a querer quemar esta casa? —Todos se volvieron hacia Carlson.

El hombrecillo se secaba la frente con el pañuelo. Las mejillas gordezuelas se tiñeron de rojo al encontrarse de repente siendo el centro de atención. El policía frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Edgar no. William Stone. ¿Los conoces acaso? Carlson, si sabes algo, tienes que decírmelo ahora, es una investigación policial.

—Bueno, no hay nada que ocultar. —El hombrecillo tomó asiento en el sillón que más cerca quedaba de la puerta y volvió a pasarse el pañuelo por la frente antes de doblarlo en dos y jugar con las esquinas—. William es el hijo de Edgar Stone, el multimillonario. Todo el mundo lo conoce, al hijo no, al padre. El padre hace años que no aparece en la prensa rosa. Dicen que está enfermo y por eso no suele salir de su mansión. Tiene una casa enorme a las afueras de Londres.

—Al grano, Carlson —lo instó el policía.

—Sí, sí. William salió hace poco en la prensa del corazón. Llevaba a su hija al colegio. Está casado con una famosa tratante de arte neoyorkina, Karen Marsh. Por lo que sé no les falta de nada, más bien les sobra. Podría comprar esta casa con lo que gana en un día. El caso —Y ahí fue cuando se tironeó de los pantalones para acomodarse en su asiento e hizo una bola arrugada con el pañuelo, señal de que iba a hablar de negocios—, Edgar Stone me contactó hace unos días, quería que sirviera de intermediario para realizarle una oferta a Gene.

—¿Por la casa? —inquirió ella extrañada.

—Sí. Bueno, eso era lo que quería al principio. Pero ahora me ha enviado por otra cosa. Le dije que no te convencería de vender Dark Garden.

—Entonces, ¿qué quería?

—Un... un... es algo muy extraño, la verdad. No pensé que Margerite tuviera nada de tanto valor, pero está claro que debe ser muy valioso si alguien como Stone está dispuesto a pagar por...

—Carlson. Abrevia —El abogado tragó con dificultad. Aquellos tres pares de ojos estaban a punto de incinerarlo con la mirada si no iba al grano de una vez.

—Sí. Eh... bueno, él lo que quiere es hacer una oferta por un... un cuadro.

Erik comenzó a pasear arriba y abajo de la habitación.

Stone.

Quiso creer que era mera coincidencia, después de tantos siglos, no esperaba volver a escuchar aquel nombre. Sin duda debía tratarse de una casualidad. Por eso no dijo nada, ni mostró el más leve reconocimiento cuando Davis lo mencionó, y tampoco mientras Carlson les hablaba de ellos.

Quería comprar el retrato. Recuperarlo. Aunque no entendía que tratase de prender fuego a la casa. ¿Acaso su intención era destruirlo?

Gene al principio no reaccionó. ¿Un cuadro? ¿Quería comprarle un cuadro? Había decenas en la casa. Ninguno excesivamente valioso por lo que ella sabía. Carlson no mencionó cuál de ellos. Luego vio a Erik paseando con nerviosismo y cayó en la cuenta. No quería uno cualquiera, quería *el retrato*.

Se llevó la mano a la boca para ahogar un gemido. Necesitó cerrar los

ojos un minuto, pues la habitación comenzó a dar vueltas sobre sí misma, una suerte que siguiera sentada.

Dave miraba a todos de hito en hito sin saber qué decir y Carlson se limitaba a secar las gotas de sudor de su calva cabeza que, cada vez, se humedecía con mayor frecuencia.

El capitán de policía estaba anonadado, no tanto por el hecho de que un multimillonario pudiera estar dispuesto a prender fuego a una casa y a la vez hacer una oferta por un simple cuadro, sino por la reacción de Gene y de su supuesto amigo. Aunque por lo que Claire dejó insinuar tras la visita de la pareja a su tienda, era mucho más que eso.

Gene no solía hablarle a Dave de sus ligues. Cuando se llamaban, charlaban del trabajo, de lo que sucedía en el pueblo, de viejos recuerdos de su niñez, de los partidos de polo del agente, de las locuras de Sara, pero no de su vida amorosa.

Hacía años Gene salía con un compañero de equipo de Dave. Junto con otras dos parejas, Claire, Dave, el chico en cuestión y ella decidieron pasar el fin de semana de acampada. Al principio se habían divertido mucho montando las tiendas, recogiendo leña, jugando un improvisado partido de voleibol, chicos contra chicas. Pero al anochecer, cuando todos se hubieron retirado a sus tiendas, aquel tío intentó propasarse con Gene.

Dave tuvo que volver al coche para recoger el neceser que Claire había olvidado. Gracias a esto escuchó cómo la muchacha se debatía dentro de su tienda. Se abrió paso por la fuerza y encontró a su colega de equipo cubriendo la boca de su amiga mientras con la mano libre le amasaba los senos. Gene lloraba. El tío estaba sentado sobre su cadera y no podía moverse, era el doble de grande que ella.

Cox sacó al chico a empellones de la tienda y le dio una soberana paliza. Lo largó a patadas de allí y Gene pasó la noche abrazada a Claire.

Los otros dos muchachos tuvieron que emplear su fuerza conjunta para detenerlo o habría podido matarlo a puñetazos.

Desde entonces, Gene no había vuelto a presentarle a ninguno de sus novios. A Dave le costó asimilar lo que había estado a punto de hacer, sufrió pesadillas durante un tiempo, aunque no se arrepentía de nada, y le juró a Gene que lo haría de nuevo si alguien trataba de hacerle daño. Siempre la había cuidado como si fuera una hermana desde que Margerite los presentó. Él tenía cinco hermanos y a sus padres con él, pero ella parecía tan desvalida en aquella época, tan sola.

Y ahora allí estaban. Aquel tío le sacaba casi una cabeza de estatura, se las había ingeniado para detener él solo a cuatro tipos armados y no permitía que nadie se acercara a su pelirroja. Eso debería tranquilizarlo. Parecía que Gene por fin había encontrado a alguien que cuidaría de ella y la mantendría a salvo. A Claire le había gustado y a él también, y sin embargo algo no le acababa de encajar.

Cuando dirigió la mirada hacia él, la sensación de intranquilidad aumentó. Estaba pálido, con la mandíbula fuertemente apretada, la mirada perdida y no dejaba de moverse como una fiera enjaulada.

Dave solo pudo pensar que todo aquel asunto era culpa suya. No tenía sentido, ni pruebas, pero de algún modo, supo que él tenía algo que ver.

Gene entonces se echó hacia delante, con la cabeza colgando del cuello y los brazos apoyados sobre las piernas cerradas. Respiraba con dificultad y apenas tenía color en las mejillas.

—Gene, ¿te encuentras bien? —Cox fue el primero en llegar hasta ella.

—Estoy... mareada —logró articular mientras la bilis subía por la garganta amenazando con ahogarla.

—Deberías echarte —intervino el agente—. Deja que te ayude, puedes tenderte en el sofá. Carlson tráele un vaso de agua, ya sabes dónde está la cocina.

—Yo me ocupo —Erik reaccionó al ver aproximarse al policía, le cortó el paso y volvió a agacharse junto a ella.

Le acariciaba la espalda en círculos suaves al tiempo que dejaba que se aferrara a la mano que tenía libre. Las suyas estaban frías y temblaban ligeramente.

—Vamos, Gene, te sentirás mejor en el sofá —insistió Dave.

—No. Eso no es lo que necesita ahora —cortó Erik al tiempo que le dedicaba una amenazadora mirada al policía.

Cox retrocedió sin perder de vista a la mujer que seguía intentando recuperar la calma. Ella no se quejó, por lo que decidió no intervenir. Se mantendría, no obstante, cerca por si lo necesitaba, aunque estaba seguro que Erik no le haría daño. Se comportaba de un modo amenazante con todo el mundo, pero cuando la miraba a ella, su expresión cambiaba por completo.

—Aquí está el agua. —Carlson le tendió el vaso a Erik y este lo depositó en el suelo, se humedeció los dedos en el borde y los pasó por la nuca de ella, apartándole primero el cabello a un lado.

Al notar la fría humedad sobre su piel, Gene pareció recomponerse y su estómago dejó de dar vueltas como si fuera una lavadora. Tomó una última bocanada y se enderezó en la silla, sin soltarse de la mano del hombre que prosiguió acucillado a su lado.

—Y aún no os he dicho la cifra. —El abogado, ignorante de todo cuanto sus palabras habían significado para Erik y Gene, estaba entusiasmado. Seguramente jamás había gestionado una transferencia tan satisfactoria como la que Stone ofrecía—. Tiene ceros suficientes como para...

—Ahora no, Carlson. —Dave le indicó que se mantuviera en silencio. Carlson no entendía nada.

Estaba seguro de que Gene se emocionaría mucho cuando fuera a verla aquella mañana con la oferta sobre el papel. Por supuesto, él se llevaría un buen pellizco, pero la mujer igual podría olvidarse de todos sus problemas financieros durante años.

Tardó un poco en ir a verla después de su llamada de hacía unos días, pero Stone se mostró paciente y no varió la oferta. Solo era necesario que Gene firmara los documentos que él tenía en el coche y Carlson se ocuparía de hacer el envío urgente a Londres. Coser y cantar.

Pero por los rostros preocupados de los presentes, tal vez se equivocara. Su jugosa comisión se estaba desinflando rápidamente frente a sus ojos, y eso hacía que cada vez estuviera más nervioso.

—Es obvio que aquí pasa algo. Gene, dime qué es. Sabes que te ayudaré en lo que pueda.

Gene abrió la boca y la volvió a cerrar. La volvió a abrir, carraspeó y de nuevo la cerró. No sabía por dónde empezar, ni siquiera si debía contarle algo a su amigo.

Por un lado, la historia de un hombre maldito atrapado en un cuadro era, sencillamente, increíble. Nada fácil de digerir. Por otro lado, si la creía, ¿no lo pondría en peligro a él también? Y tenía una hija, un bebé. No podía hacerle eso.

Sin embargo, Erik no tenía esos pensamientos. A él solo le preocupaba una persona, Gene. Y el agente bien podía ayudar con eso.

—Tienes que dárselo, Geney. —La mujer se giró hacia Erik con los ojos desorbitados.

—¿Pero de qué estás hablando?

—No lo creí posible al principio, pero cuando Carlson dijo que quería

comprarte el retrato... Gene —Le tomó ambas manos antes de seguir—, el hombre que me encerró, quien formuló la maldición, su nombre era Lewis Stone.

—Ha intentado quemar la casa con el retrato dentro. ¿Qué crees que te hará si se lo entrego?

La reticencia de la mujer escalaba puestos con vertiginosa eficiencia. Erik debía convencerla para que le entregara el retrato a Stone, pues estaba seguro que, de no hacerlo, quemar la casa no sería lo único que intentaría con tal de destruirlo. Y ella podía salir herida en el proceso, algo que no estaba dispuesto a consentir.

¿Cómo convencerla? Tenía tanto miedo de perderlo que sus emociones hacían que le costara respirar.

Solo había una manera. Tenía que obligarla a desearlo. Que deseara deshacerse de él.

—¿Recuerdas el dibujo que encontraste en la biblioteca? El que te asustó. Tenías razón, eso es lo que mis hermanos y yo hacíamos cada noche en esta casa, y cosas mucho peores que esa. —La mujer se removió inquieta, pero él no la soltó, necesitaba que prestara atención—. No necesitábamos usar la fuerza para que esas mujeres se sometieran a nosotros, bastaba con ser quienes éramos, sabían que podíamos hundir a sus familias si queríamos, teníamos influencia sobre todo lo que ocurría en el pueblo. Nos temían y por eso se sometían. Dinero e influencia es lo único que se necesitaba entonces.

—Erik, ¿por qué ahora? ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque si estás dispuesta a enfrentarte a Stone, mereces saber a quién estás defendiendo.

—Yo ya sé quién eres. —Llevó una mano a su rostro para acariciarlo, pero él la detuvo.

Davis y Carlson permanecían en silencio.

El policía tenía miles de preguntas bullendo en su cerebro. Aquel hombre hablaba de una forma que le sugería una época lejana en el tiempo, hablaba de encierros, ¿acaso habría estado en prisión? Y la idea de que todo aquello girara entorno a un simple cuadro, simplemente le parecía inverosímil.

—No. No lo sabes. Igual que Azalea. —El nombre salió arrastrado entre sus labios, como si hiciera siglos que no lo pronunciara y hubiera olvidado cómo hacerlo—. Ella no sabía quién era mi hermano Aaron, pero insistió en estar con él. Y solo era una niña.

—¿De qué hablas? ¿Quién es Azalea? ¿Es la mujer de la que me hablaste? ¿La que sedujisteis?

Lo que iba a decir a continuación, no solo sellaría su destino, si no que le haría romper su promesa.

«*Maldito iluso. ¿Acaso pensaste que podrías mantenerla?*».

Claro que no. Él era mala persona, y las malas personas nunca cumplen sus promesas.

—Azalea era la hija menor de Lewis Stone. Se parecía mucho a ti. También se enamoró de quien no debía. Decidió entregarse a Aaron, y él la aceptó. Debió pensar que los gustos de mi hermano eran más... ordinarios. Pero a él le gustaban otras prácticas mucho menos usuales. Se sometió a él y eso la condujo a la muerte.

—Aaron... ¿la mató?

—Sí.

—Vale, pero eso no explica por qué habrían de castigarte a ti. Tú no la mataste, no hiciste nada malo.

—Gene. Mis hermanos y yo éramos monstruos. Merezco el castigo.

—¿Pero por qué?! —Gene perdió la paciencia. Se desasió de sus manos y lo encaró de pie con los puños apretados a ambos lados de las caderas—. ¿Qué crees que hiciste que era tan horrible como para castigarte de ese modo, para creer que eres un monstruo?

«*¿Por dónde empiezo?*».

Erik dejó caer los hombros cansado. Ya que había llegado hasta allí no era el momento de parar. Gene necesitaba saber la verdad, y esta vez no se guardaría nada. Cuando levantó la cabeza para mirarla, lo que Gene vislumbró en el fondo de aquellos ojos la hizo retroceder un paso. Entonces empezó a hablar, casi en susurros, pero con aquella voz grave y cavernosa que, en otras circunstancias, la habría hecho jadear.

—No impendí que se quedara a la fiesta. No impedí que se aproximara a mi hermano Aaron y se desnudara frente a él. No impedí que él le atara las muñecas y la penetrara poniendo sus manos alrededor de su cuello blanco y delicado. No hice nada, excepto contemplar cómo le apretaba el cuello, a la par que se la follaba duro y sin descanso mientras ella trataba de liberarse aterrorizada al sentir cómo le faltaba el aire. —Conforme hablaba, a la mujer le resultaba cada vez más amenazador y oscuro, con una mirada terrible que hizo que la sangre se le helara en las venas. Jamás la había mirado así, ni siquiera la vez que la amenazó con no poder detenerse si volvía

a invocarlo—. Lo que hice —prosiguió— fue dejar que aquella mujer me la chupara, encajada entre mis piernas, mientras contemplaba cómo Azalea moría lenta y dolorosamente entre las manos de mi hermano. Y no me molesté en ayudarla. —Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Gene al escucharlo, incapaz de apartar la vista de él.

No podía creer que aquel hombre no hubiera movido un músculo por socorrer a la joven. No el hombre que la protegía, que cuidaba de ella, que la mantenía a salvo. El hombre que ardía de furia si alguien la lastimaba. Ese hombre no podía haber hecho algo tan horrible. Y entonces lo supo. Porque él no era ese hombre. Ya no.

—No, tú no...

—¿Yo no? —Rio desabrido—. ¿Quieres saber cuál es la verdadera maldición, Genevieve? —Se aproximó a ella obligándola a retroceder hasta que sus hombros chocaron contra la pared—. Lewis creía que condenarme a revivir esa noche una y otra vez privado de mis sentidos hasta el momento en que se inició la fiesta sería un infierno. Pero la boca de esa mujer siempre me mantiene contento y caliente por las noches. Me divertí a su costa pensando que se pudriría pronto en una tumba mientras yo seguía allí disfrutando de su eterno regalo. Todo a cambio de ver cómo Azalea moría noche tras noche frente a mis ojos. ¿Y sabes qué? No me importó. —Gene cerró los ojos incapaz de creer lo que estaba escuchando, incapaz de creer que el hombre que hablaba de aquella manera fuera el mismo que le suplicaba unas horas antes—. No lo entiendes, ¿verdad? Teníamos dinero a espuestas. Nuestro día a día consistía en dormir hasta la hora del almuerzo y salir de caza a las tabernas y alrededores. Vino, buena cerveza y mujeres. Llevarlas a casa y follar con ellas hasta que amanecía. ¿Qué mejor forma podría haber de pasar el tiempo? Y sigues sin creer que mereciera quedar atrapado.

—Pero tú, ahora no, conmigo no... —No le salían las palabras. Sentía su corazón encogerse haciéndose una bola llena de aristas que se le clavaban en el pecho mientras las lágrimas fluían sin restricciones empapando sus mejillas y goteando por la temblorosa barbilla hasta el suelo.

—¿Contigo? Solo eres otra dueña más del retrato. Algunas, como Justine, me lo pusieron difícil, debo admitirlo. Las habría matado con mis propias manos de haber podido. Pero otras como tú... Era tan fácil. Te seduje, Geney. ¿Cómo crees que he sobrevivido todos estos años? Eres muy lista, ¿no lo adivinas? —La joven temblaba de pies a cabeza con cada palabra despectiva que salía de sus labios, sin poder apartar la mirada, tratando de

reconocer al ser que estaba frente a ella ahora—. Te habían defraudado tanto en el pasado que esos inútiles me lo pusieron muy fácil. La pobrecita Genevieve, la huerfanita a quien ningún hombre había sido capaz de darle un orgasmo como está mandado.

La mujer se movió tan rápido que nadie lo vio venir. Levantó la mano y le propinó un sonoro bofetón que le escoció en la palma de la mano.

Erik apenas se movió al sentir el impacto, no era lo bastante fuerte para hacerle volver la cara, pero sí que sintió el golpe y la piel quedó marcada y enrojecida. Sin embargo, el verdadero dolor se lo causó ver el estado en que ella se encontraba. Ahora no podía detenerse.

—Ya has visto que yo soy todo un experto —prosiguió mientras sentía las emociones de Gene taladrándole el pecho y retorciéndose en su interior—. Creo que los de estos últimos días me los debes todos a mí. ¿No es cierto? Oh, espera. ¿Logré enternecerte? ¿No es así? La historia del pobre prisionero afligido al borde de la desesperación con la soga al cuello. Ese es uno de mis cuentos favoritos. Ninguna de vosotras puede resistirse a eso. ¿En serio creíste que iba a permitir que alguna de vosotras me controlase? Todas os morís de ganas por complacerme, por protegerme, hacerme sentir querido. Tan predecibles. Tan patéticas. Y lo de anoche... —Sonrió con intensa perversidad—. “Déjame hacer esto” —pronunció burlándose de sus propias palabras—, he de decir que no esperaba que te lo tragases. Tan crédula...

Los temblores cesaron, las lágrimas dejaron de fluir y poco a poco una intensa palidez cubrió su rostro y sus manos. La mujer se quedó rígida incapaz de apartarle la mirada, tratando de asimilar sus palabras.

Davis no llegó a tiempo de hacerlo callar, estaba estupefacto escuchándolo. Cuando logró reaccionar, lo tomó del hombro obligándole a dar la vuelta y, a continuación, le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo arrojó al suelo de culo.

—Maldito bastardo —bramó el policía, sacudiendo la mano dolorida.

Hubo de hacer un titánico esfuerzo para no arrojarse sobre el despreciable hombre que continuaba con la vista fija en su amiga y sacudirlo hasta que su cráneo fuera puré sobre el parqué.

Pero la mujer se interpuso entre ambos al abandonar la habitación y parte de su ciega furia remitió al recordar la noche en que perdió por primera vez los estribos.

—Debería matarte aquí mismo. —La hiel en el tono de voz de Cox hizo que Carlson se encogiera aún más de lo que ya lo estaba tras la discusión

de la pareja.

El hombrecillo habría querido fusionarse con el sillón hasta desaparecer. No sabía qué le causaba más terror, si la oscuridad que destilaba el apuesto desconocido amigo de Gene, la intensa rabia del capitán de policía o la frialdad que se reflejó en el rostro de la pelirroja mientras salía de la sala.

Erik se limitó a enderezarse y contemplar el lugar por el que Gene acababa de desaparecer.

—Si pudieras, y eso solucionara algo, te lo permitiría.

El timbre de su voz resultaba descorazonador y Dave no daba crédito a la rápida metamorfosis que se acababa de obrar en el hombre. Ya no era el monstruo que amenazaba a su amiga, arrinconándola contra la pared, diciendo todas aquellas espantosas cosas. Había mutado, siendo, simplemente, un hombre desolado superado por las circunstancias.

Gene regresó en ese instante. Traía un viejo marco ovalado de madera oscura y desgastada entre las manos. Lo que dejó perplejo a Davis fue el lienzo. Una mancha oscura que lo cubría por completo, sin nada más. ¿Quién querría pagar por algo así? El arte a menudo era extraño e ininteligible para profanos como él, pero ¿en serio? ¿Un lienzo en negro?

Erik sintió el impacto cuando Gene le colocó el cuadro entre las manos. Quería detenerla, sujetarla del brazo, secar las lágrimas de sus ojos, consolarla. En lugar de ello se aferró a su prisión y calló las palabras que golpeaban la punta de su lengua.

—¿Se redactó algún documento de compra? —Gene encogió los hombros. Ni lo sabía, ni le importaba—. No funcionará si existe algún documento. Te recomiendo que lo encuentres y lo quemes. Por tu bien.

—Si existe, no sé dónde está. —La frialdad de su voz sorprendió a los hombres.

—Encuétralo, Gene. Te repito que es por tu bien.

—¿Por mi bien? —Mantén la cabeza gacha, contemplándose las manos firmemente apretadas entre sí—. ¿Ahora eso te preocupa?

«Sí».

—Ni lo más mínimo. Pero no te librarás de mí mientras siga perteneciéndote. Haz lo que quieras.

—Sal de mi casa entonces. Y llévate ese maldito retrato lejos de aquí.

—Geney... —¿Qué más podía decirle? Se mordió el labio y guardó silencio conteniendo las palabras que de verdad quería que ella oyera.

—Genevieve, y preferiría que olvidaras ambos. —Al fin alzó la

mirada y la fijó en sus ojos—. Deseo que te marches de mi casa, ahora.

Erik no pudo negarse. Sintió su deseo con tanta fuerza como había sentido la bofetada y el dolor que le estaba causando a la joven. Se vio impelido a abandonar la casona en aquel preciso instante, y eso hizo, no sin antes fijar en su memoria, por última vez, aquellos ojos color esmeralda que tanto dolor reflejaban ahora, sus rojizos cabellos revueltos alrededor de su hermoso rostro y los labios más dulces y tiernos que besó jamás.

Se despidió de ella silenciosamente y cumplió su deseo.

—Gene. —Davis la tomó por los hombros y la hizo volverse hacia él—. ¿Estás bien?

—¿Puedo pedirte un favor? —En cuanto Erik salió, la mujer pareció menguar y hacerse más pequeña y frágil.

—Sabes que sí. —Quiso abrazarla, pero ella se apartó. En ese momento no podría soportar que nadie la tocara.

—¿Puedes llevarte a Carlson contigo y asegurarnos de que Stone recibe el retrato? Simplemente, dáselo. No quiero nada de él.

—Lo haré si es lo que quieres. Pero ¿no deberías explicarme antes qué sucede? ¿Qué tiene ese cuadro de especial? ¿Y lo de la maldición?

—No puedo. Ahora no. Solo quiero que os marchéis todos y quedarme sola. Por favor, Dave. No puedo hacer esto ahora. Tú solo... haz que él te lo explique.

Dejarla sola en su estado no es lo que más le apetecía hacer a Cox, pero no tenía elección. Se iba a encargar de averiguar de qué iba todo eso, aunque para ello tuviera que golpear al hombre hasta que sangrara. Tras dudar un momento más, finalmente tiró de Carlson para que lo siguiera, se despidió de Gene prometiéndole que iría a verla antes del anochecer y haciéndole prometer a ella que iría con Claire si la necesitaba, y luego salió por la puerta.

Erik estaba de pie en el porche delantero, esperándolo. Davis cerró la puerta tras de sí en cuanto Carlson salió y se volvió hacia el hombre y el cuadro.

Tuvo que alzar la cabeza para mirarlo, pues era más alto que él a pesar de que parecía estar encogido por un terrible peso.

—Carlson, vuelve al pueblo y ni una palabra de esto a nadie, ni a Stone ni a nadie. ¿Lo has entendido?

El hombrecillo sacudió la cabeza afirmativamente y correteó hasta embutirse en un diminuto vehículo de color gris. Un instante después, el

sonido del motor se desvanecía camino a la carretera.

—Vas a contarme qué está pasando y luego yo mismo te llevaré a ver a Stone porque se lo he prometido a ella. ¿Lo has entendido?

Erik asintió y acompañó a Davis a su coche.

Al pasar junto al Mustang que habían dejado aparcado junto al garaje la noche anterior, no pudo evitar recordar que hacía solo unas horas Gene le había hecho un regalo precioso, el más valioso que hubiera recibido en siglos.

Quería volver junto a aquella mujer. Quería disculparse, abrazarla y limpiar las lágrimas que había derramado por su culpa. Hacer cuanto estuviera en su mano por arreglar los pedazos del corazón que acababa de estrujar entre sus dedos hasta romperlo. Pero no podía. No solo porque el deseo de Gene no le permitía volver a la casa, sino porque debía protegerla de Stone. Eso ahora era lo más importante.

Septiembre, 1986

—Padre. —Evangeline se internó en el despacho de su progenitor con sigilo. Trabajaba, como siempre, hasta altas horas de la noche.

En aquel momento tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja y parecía absorto en la voz que le hablaba al otro lado del aparato.

La muchacha se encogió de hombros y tomó asiento en la silla que había frente al escritorio, en silencio, esperando a que su padre colgara y pudiera prestarle atención. Se mesó los cabellos negros y abundantes trezándolos entre sus habilidosos dedos y dejó vagar la mirada por las paredes en penumbra.

Conocía al dedillo cada marco y cada adorno de aquella habitación. Solía hacer allí los deberes mientras su padre trabajaba cuando era pequeña. También se sentaba junto a él mientras memorizaba los largos textos legales y los temarios que debía aprender para sacar adelante la carrera de derecho. Siempre estaba junto a él.

Tal vez su apego se debiera al hecho de haber perdido a su madre a edad muy temprana. Apenas tenía unos tres años de edad cuando murió al dar a luz a su hermano William. Su padre decía que William era el último regalo que su madre les había hecho a ambos antes de irse de su lado. Evangeline adoraba a su hermano Will. El muchacho tenía el cabello más rubio que hubiera visto nunca, como todos en su familia, excepto aquellos que heredaban el don, como su madre, que solían tener el cabello oscuro y los ojos tan azules como los de su antepasada Azalea. Un rasgo discreto a la par que distintivo.

Evangeline le había preguntado a su padre en una ocasión si todas las personas morenas de ojos azules tenían el don. Su padre rio ante la ocurrencia y negó con la cabeza.

—Entonces —dijo la niña—, ¿cómo sabré quién lo tiene y quién no?

—*Podrás sentirlos. Cuando aprendas a utilizarlo, tú siempre lo sabrás. Igual que ellos te reconocerán a ti.*

—*¿Y por qué el resto no?*

—*Para que estéis a salvo.*

Para una niña era difícil entender que alguien quisiera hacerle daño por poseer un don tan maravilloso. Ahora sabía que siempre correría el peligro de que alguien quisiera utilizarlo en su favor. O de que le tuvieran miedo por ser diferente. Por ello, siempre debía tener cuidado cuando lo usaba y guardar el secreto.

Edgar colgó el teléfono dirigiendo toda su atención a su adorada hija.

—Tengo que hablar contigo de una cosa.

—Eve, si se trata otra vez del retrato, querida mía, no quiero oírlo. Da gracias que Ada reciba cada mes su asignación para encontrarlo. Tú debes centrarte en tus estudios y acabar la carrera de derecho.

—Lo sé, papá. No es eso.

Edgar contempló a su hija con devoción y se percató entonces de que algo malo le sucedía. Estaba nerviosa y muy alterada. No se atrevía a mirarlo a la cara, y eso no era nada bueno.

—Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, Eve, lo sabes, ¿verdad? —la animó él.

—Sí, papá. Pero esto no te va a gustar.

—Entonces, cuanto antes lo digas, antes terminaremos con esto. Vamos, ¿qué es lo que pasa? —La muchacha tomó aire, dejó de trenzarse el pelo y se echó hacia adelante en su asiento para tener la mirada de su padre a la altura de sus ojos.

—¿Recuerdas a Prescott?

—El idiota del amigo de tu hermano, ¿cierto? —Prescott había roto con ella tres meses atrás y desde entonces su padre se empeñaba en llamarlo idiota. Idiota por no darse cuenta de que tenía una joya entre sus manos y la había dejado escapar.

—Sí, papá. Aquel viaje que hicimos a París, por mi cumpleaños. Tuvimos mucho cuidado, pero... —Edgar se daba cuenta de lo mucho que a su hija le estaba costando llegar al meollo de la cuestión.

Él también fue joven una vez y hacía unas semanas que venía fijándose en cómo estaba cambiando la figura de la muchacha, preguntándose cuándo se atrevería a contárselo.

—¿Quieres tener al bebé? —Evangeline alzó el rostro sorprendida. Su

padre siempre sabía leerle el pensamiento, aunque no tuviera el don como ella.

—Sí, papá. Siento que debo hacerlo. Debo tener a mi bebé. Es especial y lo quiero.

—Pues no hay más que hablar. Eve, eres una mujer adulta capaz de tomar tus propias decisiones. Y yo siempre voy a estar aquí para apoyarte.

—¿Aunque sea una cabeza loca y me haya quedado embarazada de un tío que no quiere saber nada de mí ni de su hija?

—Sabes que sí.

Los ojos de Evangeline se llenaron de lágrimas y no pudo contenerse por más tiempo. Se puso en pie y se lanzó a los brazos de su padre, que la recibió con todo el cariño que le inspiraba su preciosa niña. Entre sus brazos firmes se sentía a salvo. La sostenían sin dudar y su respiración calmada y suave tenía el poder de tranquilizarla.

—Ahora que vas a ser madre, tal vez me entiendas mejor, Eve. Quiero que dejes de buscar ese retrato. Si ha de volver a nosotros, lo hará tarde o temprano.

—Pero, papá, debemos recuperarlo. Ya ha vagado por ahí demasiado tiempo y es hora de acabar con esto. —Alzó el rostro hacia su padre.

Su cálida mirada de un azul desvaído estaba fija en ella, sonrió a través de las gafas de metal grisáceas mientras le acariciaba los cabellos negros en contraste con los suyos rubios y brillantes perfectamente recortados.

—No quiero que te obsesiones con ello. Tus abuelos lo hicieron. Pasaron toda su vida empeñados en encontrarlo y traerlo de vuelta a casa, y no les trajo más que desgracias. ¿Sabes qué fue lo último que me dijo tu abuela en su lecho de muerte?

—Me lo recuerdas constantemente. Dijo: “No seas un perdedor como tus padres y recupera ese maldito retrato”.

—Así es. Pero lo que nunca te conté es que ese día había ido contigo al hospital. No tenías más de una semana de vida y te oculté bajo la chaqueta para llevarte a su cama en el hospital y que te conociera. Pensé que, al verte, al tenerte cerca, su corazón se alegraría igual que lo hizo el mío y podría marcharse tranquila y llena del amor que tú irradiabas. Pero no fue así. Apenas se dignó a mirarte. “No seas un perdedor como tus padres y recupera ese maldito retrato. Enseña a esa niña nuestro legado y haz que se sienta orgullosa de ti”.

Evangeline agachó la mirada compungida por la historia que su padre acababa de revelar. Dos gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas y se deslizaron por su barbilla hasta el suelo. Su padre le secó los ojos con las yemas de los pulgares y la besó en la frente.

—Tiene que acabar, Eve. Tú puedes hacerlo si quieres. Pero tienes que dejarlo ahora. No arrastres a tu bebé a esta locura.

—No lo entiendes, papá. Solo hay una forma de acabar con esto. Pero sea. Haré lo que me pides. Por tu nieta.

—¿Mi nieta? —La joven sonrió mientras a su padre se le iluminaban los ojos.

—Sí, papá. Es una niña, y se llamará Arya y tendrá el cabello negro y los ojos azules.

Marzo, 1987

Edgar Stone corría hacia la habitación de su hija. Los gritos lo despertaron de madrugada. Temió que el parto se hubiera adelantado y la niña no estuviera bien. Abrió la puerta, entrando en el dormitorio como un vendaval y encendiendo las luces al tiempo que gritaba el nombre de su ama de llaves para que acudiera enseguida.

Evangeline estaba tirada en la cama, con los ojos cerrados. Gritaba, pero era incapaz de entender lo que decía. Estaba teniendo otro de sus sueños premonitorios. No tenía uno desde mucho antes de su embarazo. Tomó asiento a su lado y la acogió entre sus brazos acariciándole el pelo y susurrándole al oído.

—Vuelve conmigo, Eve. Vuelve a casa. No dejes que el sueño te arrastre, mi niña. Vuelve a casa, tu bebé te espera.

La joven no dejaba de sacudirse entre sus brazos. El ama de llaves entró en ese momento y, al contemplar la escena, corrió en busca del teléfono para llamar al médico de la familia.

Edgar continuó abrazando a su hija y tratando de transmitirle serenidad.

Cada don se manifestaba de diferentes formas en los miembros de su familia. No todas las generaciones habían gozado de él, ni de la misma

manera. Para Evangeline, los sueños premonitorios eran la única manifestación de su don. La dejaban extenuada, pues eran muy vívidos y duraderos.

Al acabar sentía el irrefrenable deseo de pintar, y lo hacía durante horas, plasmando de las más diversas maneras todo aquello que había contemplado en su mundo onírico.

Su habitación estaba repleta de óleos, acuarelas, dibujos a pastel y carboncillo, todos ellos pintados por ella en un momento u otro de su vida.

Muchos pensaban que Lewis Stone fue el primero en manifestar el don, pero lo cierto es que esto no era así. El don existía en su familia desde mucho antes, tanto que ni siquiera era posible rastrear su origen. Lo ocultaron durante siglos hasta el día en que Azalea murió.

La joven era la menor de las tres hermanas y el ojo derecho de Lewis. Se decía que su hermana mayor, Carrie, presintió el peligro y corrió a avisar a su padre, que no tardó en presentarse en Dark Garden imbuido de todo su poder. Pero llegó demasiado tarde. Y cuando atravesó la puerta que daba a la sala de baile, Azalea yacía sin vida bajo el cuerpo de Aaron Blair. Dejándose llevar por el miedo, la pena y el odio, destruyó a los tres hermanos y lanzó su terrible maldición sobre el mayor de ellos, Erik, que quedó atrapado en un retrato que, Vivian, la hermana mediana, pintó guiada por su padre.

Edgar no había sido bendecido con el don, pero su hija sí, por eso tenía el cabello oscuro y los ojos de un profundo azul. Su hermano, por el contrario, y al igual que él, tenía el pajizo cabello rubio y los ojos de un azul pálido.

Si le hubieran dado a elegir, Edgar hubiera hecho cualquier cosa por librar a su pequeña de ese don que tanto daño le hacía. Ahora, sacudiéndose entre sus brazos, trataba de calmarla consciente de que nada de lo que hiciera podría aliviarla.

Al fin, la joven se fue tranquilizando hasta caer desmadejada en brazos de su padre. Abrió los ojos lentamente. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada vidriosa. Su padre la soltó y la ayudó a bajar de la cama. Sabía lo que seguiría a continuación. Necesitaría pintar.

Se hizo a un lado para que pudiera acceder a sus útiles de pintura, siempre dispuestos para ella. La joven se inclinó sobre una hoja de papel y tomó el carboncillo y las pinturas al pastel y comenzó a trazar con soltura y sin dudar un instante. Apenas fijaba la vista en la hoja, la mantenía perdida en algún punto que solo ella podía ver y se limitaba a dejar que su mano se

deslizara con rapidez sobre la superficie blanca.

El médico no tardó en llegar. Edgar lo hizo esperar, no podían interrumpirla, aunque la vida de su nieta corriera peligro, sabía que si la paraba podría ser mucho peor para ambas.

Los dos hombres permanecieron sentados en la habitación contemplando los avances de la muchacha, sin decir nada, tan solo mirando y esperando. Cuando al fin concluyó, la joven se puso en pie y se volvió hacia ellos. Parpadeó un par de veces y al fin fijó la vista en su padre. Sus pupilas volvían a su estado normal. Le sonrió, justo antes de desvanecerse en sus brazos.

Edgar dejó a su hija en manos del médico y se apartó para dejarlo trabajar. Mientras, se aproximó a la mesa y contempló las imágenes que había plasmado en sus dibujos. La primera de ellas mostraba el pasado, pues era una escena que conocía bien, una fiesta en la sala de música de Dark Garden, obscena y libertina. Pero fue la segunda de ellas la que más llamó su atención, no por lo intrincado de su diseño, sino simplemente porque era incapaz de reconocer lo que allí se dibujaba.

En ella, una mujer con el cabello de fuego de líneas apenas delineadas en crema y tierra hacía desaparecer su mano a través de un espejo. Frunció el ceño al verlas y volvió el rostro hacia su hija, que seguía siendo auscultada por el médico.

Pocas horas después, los berridos de un bebé inundaron la habitación de Evangeline.

Edgar se aproximó y contempló cómo su hija acunaba una preciosa niña de abundante pelo oscuro que mantenía los diminutos puños apretados y pegados al pecho, sumida en un placentero sueño.

Evangeline disfrutó tres días de su pequeña Arya. Su padre no permitió que la separaran de ella ni un solo segundo. Al principio quiso llevarla al hospital, pero ella no consintió. Nada podían hacer ya, su destino estaba escrito y quería pasar sus últimos días en casa, rodeada de su familia y acompañada de su bebé.

Edgar pasaba las horas sentado junto a su cama. El bebé, que parecía saber lo cansada que estaba su madre, se mantuvo en silencio, apenas lloraba. Se limitaba a enredar sus diminutos deditos en los cabellos de ella y dejarse

mecer por el pausado latido de su corazón.

William también estaba allí, vigilando a su hermana y a su sobrina.

El apresurado parto, junto con su don, la llevó hasta la extenuación. La vida se le escapaba del cuerpo lentamente. Al finalizar el tercer día, su estado empeoró considerablemente. Aun así, Edgar se negó a apartar a la pequeña del pecho de su madre.

Evangeline alargó el brazo tembloroso para tomar la mano de su padre. Los dos hombres se inclinaron hacia ella sentado uno a cada lado de la cama, rodeándola con su cariño.

—Will —El joven se acercó más a ella, su voz apenas era un murmullo—, prométeme que la enseñarás a montar. Tienes que cabalgar con ella, como hacías conmigo.

Su hermano asintió con la cabeza incapaz de hablar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando se agachó para besar a su hermana en la frente y a su sobrinita, que se agitaba nerviosa en brazos de su madre. Luego se apartó de la cama y se dirigió hacia la ventana tratando de reprimir el llanto.

Ambos hermanos estaban muy unidos. Lo hacían todo juntos y aunque era unos años menor que ella, siempre había estado ahí para protegerla y cuidarla.

—Papá. —Edgar sonrió a su hija y le acarició el rostro con dulzura.

—Estoy aquí, mi amor. —La muchacha rebulló entre las sábanas y cerró los ojos un instante antes de volver a fijar la vista en su padre.

—Prométeme que encontrarás el retrato, papá. —El rostro de Edgar cambió, como si alguien hubiera agregado salsa picante a su dulce de leche, pero trató de ocultárselo a su hija—. Ella lo acabará todo, papá. Por favor, prométeme que la ayudarás a acabarlo. —Los ojos se le cerraban, arrastraba las palabras al hablar y la mano que tenía entre las de su padre perdía fuerza y se volvía liviana como una pluma entre sus dedos—. Papá, ¿lo harás? ¿Encontrarás el retrato por mí?

Edgar tragó saliva con dificultad, su preciosa niña se le escapaba entre los dedos y lo único que quería de él era encontrar ese maldito retrato. Un recuerdo asaltó su memoria por enésima vez desde que sucediera. Una cama de hospital, el amargo olor de la decadencia y la enfermedad llenando sus fosas nasales y la rasposa voz de su anciana madre hablándole del retrato.

No hubiera querido empañar los últimos momentos de la vida de su hija con esas imágenes, pero tras su petición, lo asaltaban sin compasión.

Respiró hondo y se forzó a hablar.

—Lo haré, mi amor. Ve tranquila, Arya estará bien, lo juro por mi vida.

Evangeline sonrió con una paz infinita reflejada en sus delicados rasgos. La mano que descansaba amorosa sobre el cuerpecillo de su bebé resbaló con lentitud hacia su costado. La niña arrancó a llorar entonces con desconsuelo y su abuelo se vio obligado a tomarla en brazos y acunarla.

William se aproximó sin poder contener el llanto y se abrazó a su hermana dejándose llevar por la tristeza. Edgar no derramó ni una sola lágrima, algo acababa de cambiar de forma irremediable en él y las lágrimas sanadoras no acudieron a sus ojos, ni esa noche, ni ninguna otra.

Miró a su hijo y de nuevo al cadáver inerte de la niña de sus ojos.

—Jamás debiste presentarle a ese idiota de Prescott Adams.

La frialdad en el tono de sus palabras hizo que el llanto cesara de repente y alzara la mirada hacia su padre, que no la apartaba de la muchacha.

Poco después, Edgar Stone abandonó la habitación con Arya entre los brazos, sin molestarse en volver la vista atrás.

Febrero, 1989.

La botella de ginebra se estrelló contra la máquina de discos, partiéndose en pedazos y derramando el líquido sobre la pared y el suelo. Le propinó un sonoro bofetón que hizo que, beodo como iba, cayera sobre su trasero y se golpeará contra la barra del bar.

No quedaban muchos clientes en aquella tabernucha de carretera. Eran más de las cuatro de la madrugada y, aunque el *Coyote negro* no cerraba nunca, los clientes a esas horas eran escasos. En cuanto vieron entrar a Edgar todas las miradas se centraron en él. Ataviado con su traje gris marengo y la corbata roja perfectamente anudada alrededor de su cuello, destacaba entre la clientela habitual del local.

Se fue directo hacia su hijo, que ingería el alcohol directamente de la botella. Llevaba una camiseta amarilla sucia de sudor en las axilas y el cuello y unos vaqueros desgastados. Tenía un aspecto deplorable.

Le arrancó la botella y la arrojó hacia atrás sin molestarse en ver dónde caía. William se volvió sobre la banqueta y se enfrentó a su padre con una sonrisa bobalicona en el rostro, quería que le pagara otra botella.

Los pocos espectadores que quedaban salieron por la puerta en desbandada, incluso el *barman* desapareció de escena. Nadie iba a osar detener al multimillonario Edgar Stone si quería darle una paliza a su hijo.

Cuando se encontró tirado en el suelo, apoyó la espalda contra la barra y entrecerró los ojos intentando focalizar la mirada.

Su padre lo alzó por la pechera de la camiseta y lo zarandeó para que le prestara atención.

—¿No has tenido suficiente con hacer que mataran a tu hermana? ¿Qué piensas hacer? ¿Ahogarte en alcohol? —No le hizo falta alzar la voz. Su imponente presencia y el tono que empleaba eran suficientes para inquietar a cualquiera.

—Si dejaras de echármelo en cara cada v... —Lo hizo callar de una sonora bofetada.

—Si hicieras algo útil con tu vida, tal vez podría olvidarlo. Te dije que encontraras el retrato. Dudo que se encuentre en el fondo de la botella. Si vuelvo a verte borracho, William, juro por Dios que te desheredo.

Lo soltó y volvió a caer al suelo. Se ajustó la chaqueta y sacudió las mangas para alisarse las arrugas. Se giró e indicó a su hijo que lo siguiera.

Fuera los esperaba el coche para llevarlos de vuelta a casa. El chofer abrió la puerta trasera para dejarlo entrar y esperó con paciencia hasta que el muchacho apareció tras las puertas del bar y siguió a su padre al interior del vehículo.

—Karen Marsh —dijo Edgar tendiéndole un sobre color manila a su hijo y empujando la montura de sus gafas con el índice—. Ahí tienes toda la documentación. Ella te ayudará a seguirle la pista.

William extrajo un documento y varias fotografías del interior del sobre, les echó un rápido vistazo y volvió a guardarlo todo.

Aún veía algo borroso por el alcohol. Necesitaba ducharse y dormir varias horas seguidas antes de hacer nada con aquello.

Al llegar a casa, una princesita morena de ojos azules se abrazó a la pierna de su abuelo y sonrió frotándose los ojos, todavía medio dormida. Edgar sonrió con el rostro iluminado y la tomó en brazos con cariño para llevarla de vuelta a la cama.

William se quedó apoyado contra la puerta de entrada siguiendo a

ambos con la mirada.

Desde que Evangeline murió, su padre solo tenía palabras de amor y cariño para su nieta Arya. A él lo trataba con desprecio, incluso la simpatía que demostraba ante el servicio que tenía a su cargo se esfumó con el tiempo.

Edgar siempre fue un hombre amable y generoso, pero eso cambió al perder a su hija. Seguía siendo respetuoso y justo con todo el mundo, pero apenas sonreía. Excepto cuando estaba con Arya, la niña de sus ojos. Para ella todo eran sonrisas y caricias.

Chasqueó la lengua con desagrado y siguió a ambos escaleras arriba en dirección a su dormitorio. Arrastraba los pies por la alfombra que cubría el pasillo y se apoyaba en la pared para mantenerse erguido, tropezando con los carísimos cuadros que la decoraban.

Al llegar a su habitación, dejó caer el sobre manila sobre el colchón y se encaminó al baño. Tras darse una larga ducha fría que logró despejarle la cabeza, se cubrió con el albornoz y se dirigió hacia la cama. Sentada en el borde, agitando las cortas piernecitas y vestida con un ligero camisón de princesas Disney estaba su sobrina. La niña alzó la mirada y agitó los brazos hacia su tío.

—¿Es hora de montar? A *cabaíto*, tío *biliam*.

—Ahora no, enana, el tío va a echarse una larga siesta.

La bajó al suelo y se tumbó cuan largo era apartando el sobre con el pie descalzo. La pequeña volvió a trepar y se tumbó junto a su tío enredando los dedos en el pelo corto de él.

Aquel sencillo gesto la tranquilizaba cuando no podía dormir por las noches. El hombre estuvo a punto de quitársela de encima, pero lo pensó mejor. Al fin y al cabo, la niña no tenía culpa de nada.

—¿*Ando* viene la tía *Aren*?

—No tienes ninguna tía *Karen*, enana.

—Síiiiiiii. Tía *Aren guta*. Tía *Aren* quiere tío *bilian* —le dijo la niña en susurros al oído mientras el sueño lo invadía y perdía el conocimiento.

Febrero, 1990

La boda entre William Stone y Karen Marsh no tuvo todo el boato

que se esperaba. Fue una ceremonia íntima y familiar.

Cuando regresó de Estados Unidos con la mujer cogida de su brazo y nuevas pistas sobre el paradero del retrato, William pensó que se ganaría de nuevo el afecto y el perdón de su padre. Pero no fue así.

Karen se parecía mucho a su querida Evangeline. Ambas tenían el mismo carácter fuerte e independiente y un cariño desbordante por sus seres queridos.

La pequeña Arya se abrazó a ella nada más verla y siempre correteaba alrededor de la mujer, que se deshacía en carantoñas con la niña.

A Edgar, verlas juntas, le dolía demasiado. Y aunque consintió en celebrar la boda, se mantenía lo más apartado posible de la pareja y en raras ocasiones permitía que Karen visitara a Arya.

La niña era la única alegría de su abuelo. La mantenía consigo día y noche. Le buscó una institutriz para que tomara clases en la mansión familiar y no tuviera que enviarla a ningún colegio que la mantuviera apartada de él.

Arya, como su madre, heredó el don de la familia Stone y aunque aún no sabía el alcance que este pudiera llegar a tener, ya comenzaba a dar muestras de su poder.

Antes de que su hijo descendiera del avión a su regreso a Londres, la pequeña ya sabía que vendría acompañado, y así se lo hizo saber a su abuelo. Veía el futuro, pero a diferencia de su madre, no siempre era en sueños y no resultaba tan doloroso ni agotador como le ocurría a su Eve. El proceso era mucho más natural y esto, en parte, lo tranquilizaba, pues no hubiera soportado verla sufrir a ella también.

En cuanto a las pistas que William consiguió recopilar al llegar a Estados Unidos, se las envió todas a las pocas semanas vía email. Edgar había contratado a alguien para ocuparse del caso y encontrar el retrato. Cumpliría la última voluntad de su hija y así libraría a Arya de la pesada carga que la maldición conllevaba. Aquel hombre sería mucho más eficaz que la vieja Ada. Y, de hecho, lo había sido.

La novia hacía su entrada en aquel momento. Arya caminaba delante de ella portando un cojín blanco en el que descansaban las alianzas. Vestía un precioso vestido de color rosa claro y le habían trenzado flores blancas en el pelo. Andaba muy erguida y en actitud solemne. Al llegar a la altura de su abuelo se detuvo, se volvió hacia él e hizo una reverencia antes de enderezarse y guiñarle un ojo. El hombre sonrió con cariño a la pequeña y luego dirigió la vista hacia la novia que, al igual que la niña, se detuvo un

instante frente a él y lo miró fijamente. Parecía estar pidiéndole permiso para continuar, así que Edgar, con un hondo suspiro, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y le dedicó una breve sonrisa. La última que Karen recibiría de su suegro. La joven, satisfecha, prosiguió su camino hacia el altar y no tardó en entrelazar su brazo alrededor del de su prometido, que la esperaba más nervioso que un niño la mañana de Navidad.

Edgar tomó asiento y dejó vagar sus recuerdos a un aciago día, siete meses atrás. El investigador que contrató para encontrar el retrato de Erik Blair se dirigía hacia allí en aquel preciso instante. Tenía estupendas noticias que quería darle en persona, pues conocía el paradero exacto del retrato.

Stone no cabía en sí de gozo, al fin podría cumplir su promesa y deshacerse de aquella maldición para siempre. Mandó preparar una copiosa comida para su invitado que llegaría a medio día. Tenían mucho que celebrar.

A falta de una hora para que su invitado llegara, Arya, que pasaba el rato ordenando la colección de monedas que su abuelo tenía en su estudio, profirió un grito de dolor y se llevó la mano a la pierna, llorando con desesperación.

Edgar la tomó en brazos y revisó cada parte de su pequeño cuerpo, la niña estaba bien, no tenía heridas por ningún sitio y se movía con normalidad.

—¿Qué te duele, princesa? Díselo al abuelito.

—A mí no, *bubu* —decía la niña con los ojos anegados en lágrimas—, a la *nena*.

—¿Qué niña, cariño? —Arya, sin dejar de hacer pucheros, señaló con su dedo el teléfono que descansaba sobre el escritorio de su abuelo y que, un segundo más tarde, comenzó a sonar.

Sin soltarla aún, Edgar alargó la mano para tomar el auricular y contestar. Era un policía, quería informarle de que el investigador al que contrató acababa de fallecer en un terrible accidente. El hombre llevaba una tarjeta con su nombre y número de teléfono en el bolsillo, por eso habían logrado dar con él para informarle.

Casi dejó caer el auricular al recibir la noticia.

Arya se abrazó a su cuello y siguió sollozando un rato más hasta quedarse dormida entre sus brazos. Las posibilidades de dar con el cuadro acababan de esfumarse de repente y no soportaba el sabor que la derrota le dejaba en la boca del estómago.

Trató de ponerse en contacto con su oficina, con su familia, con cualquiera que lo conociera y pudiera proporcionarle alguna pista sobre lo

que estaba investigando y a qué conclusión llegó, pero no había nada. Su secretaria le indicó que solía viajar con toda la documentación de los casos que llevaba encima y que solo la guardaba en la oficina una vez finalizaba el trabajo. Si había algo, el fuego que se originó tras el accidente debió destruirlo por completo.

Volvía a estar como al principio.

Febrero 2013

La crisis había remitido. Lo dejó exhausto y debilitado, como siempre. La silla de ruedas parecía reírse de él, como si le dijera, *aquí te espero*. Sí, siempre lo esperaba. La mascarilla de oxígeno se le clavaba a ambos lados de la nariz, dejándole el rostro dolorido. Eso se debía a que no quedaba apenas carne en esa máscara gris y hundida en que se había convertido su cara. Antes era carnosa, sonrosada y viva. Sin lugar a dudas, soportaría mucho mejor la presión de la mascarilla de lo que lo hacían los huesos y la piel.

El ecógrafo emitía suaves pitidos y la bomba que, como un acordeón, se estiraba y se encogía suministrándole el aire necesario para vivir, susurraba de manera rítmica. Aquella se había convertido en la banda sonora de su vida, junto con sus jadeos ahogados y la constante tos. Claro que, después de cada crisis, la tos parecía salir huyendo unas horas. Era una broma de la vida, tener que estar a punto de morir ahogado en sus propios fluidos para poder descansar un rato de la insistente tos que le martilleaba el pecho y las sienes.

Se miró las manos. Viejas, arrugadas, decrepitas y, sí, muy débiles también. Cada vez le costaba más sujetar la estilográfica. Dentro de poco perdería la poca autonomía que le quedaba. Y en cuanto al dolor... a eso ya se había acostumbrado.

Con un seco gruñido llamó la atención de la enfermera. La mujer comprobaba los monitores por enésima vez antes de volver a sentarse y agarrar un viejo libro que siempre llevaba con ella.

Señaló el vaso que estaba en la mesilla de noche moviendo los ojos y ella le acercó el agua enseguida. Hubo de sorber por la pajita cuando le retiró la máscara. *Tragos cortos* —se dijo. O volvería a ahogarse. No le restaban

fuerzas para sujetar el vaso por él mismo. Dentro de poco no podría hacer nada por él mismo. Eso lo enfurecía más que aterrarlo.

La solícita enfermera depositó el vaso sobre la mesita y tomó asiento junto a él. Estiró la mano hacia su libro y lo abrió por donde estaba el señalizador.

Sybil, de Flora Rheta Schreiber, leyó Edgar en la portada. Mary llevaba tres años trabajando con él, nunca la había visto leyendo otro libro. Se preguntó por enésima vez qué encontraría tan interesante en aquella novela.

Sabía perfectamente de lo que trataba. Una mujer que sufrió abusos y maltrato en su infancia por parte de su madre y que a raíz de ello desarrollaba múltiples personalidades. Lo leyó en su juventud y recordaba vagamente algunos episodios. Cuando aquella loca perturbada le introducía cosas a su hija pequeña en la vagina, justo ahí hubiera sido capaz de dejar de leer, eso si se permitiera dejar algo sin acabar, que no era el caso.

Le horrorizó hasta tal punto que se juró a sí mismo que, si alguna vez tenía hijos, no permitiría que les ocurriera nunca nada semejante. Un padre debía proteger a su descendencia, no dañarla. Y si encima era la madre... bueno, él nunca sabría lo que era llevar una vida en su vientre, claro está, pero esos lazos debían ser más fuertes que cualquier otro. Imaginar a una madre haciéndole aquello a su hija, simplemente le hacía perder la fe en la humanidad.

Jamás le puso una mano encima a su Evangeline. Y se sentía tremendamente culpable por golpear a William aquella vez. Sentía que los había fallado a ambos. Evangeline estaba muerta y William... a él lo había perdido.

Desde que su hermana murió no volvió a ser el mismo. Karen fue una buena influencia, al principio. Su hijo William no tenía el menor problema en relacionarse con gente de la peor calaña con tal de conseguir sus propósitos.

Era despiadado en los negocios, no le importaba enviar a un grupo de matones a darle una paliza al presidente de la compañía que quería adquirir si con ello lo convencía; hacer que secuestraran a su hija o robar documentos de vital importancia. Eran minucias para él. Daños colaterales.

Tenía muy claro que al final también había fracasado como padre. Pensó en los suyos. Obsesionados con recuperar el retrato, poniendo aquella misión por encima de todo, incluso de su único hijo. Arya tenía razón. El retrato era una maldición y no solo para Blair, también para los Stone. Por eso necesitaba recuperarlo y mantenerlo bajo su dominio para que dejara de

hacer daño. Evangeline quería destruirlo, aunque él no pensaba que esa fuera la solución más acertada. Lo haría, sin embargo, si con eso acababa con la infelicidad que Lewis Stone dejó caer sobre su familia.

Porque sí. Aaron Blair le robó lo máspreciado que tenía, a su pequeña y dulce Azalea. Pero con sus ansias de venganza, la maldición en que sumió a Erik acabó por alcanzarlos a ellos también.

Durante años, al ver como sus padres se destruían en su obsesiva búsqueda, se convenció a sí mismo de que el único modo de liberarse de la maldición era dejar de buscar. Que la historia del retrato siguiera su propio curso y no volver a verlo de no ser necesario. Pero no funcionó.

Cuando tuvo edad suficiente para entender y hurgar entre los papeles de sus abuelos, Evangeline tomó como suya la misión, solo que, en su caso, ella quería destruir el cuadro, no usarlo como se proponía su abuela. Sus últimas palabras fueron para él, para el objeto de todos sus lamentos.

A los pocos meses de la muerte de Evangeline, Arya reposaba entre los brazos de su abuelo aferrada con sus diminutos deditos a su camisa. La niña rebulló inquieta y él dedicó todo su esfuerzo a calmarla. La acunó echándosela sobre el hombro hasta que sintió como su manita se posaba en su barbilla. Al hacerlo, un escalofrío le recorrió y pudo verlo. Una niña de cabellos oscuros y ojos azules que sostenía el retrato. Un hombre moreno de ojos oscuros se inclinaba hacia ella agradecido antes de evaporarse y justo después el retrato se volatilizaba también entre sus manos.

Ahora son libres.

Eso es lo que aquella niñita le había dicho a su abuelo mirándolo sonriente.

Sí. La pequeña quería liberarlo de la maldición. Y Edgar creyó que eso sería lo correcto. El único modo de acabar con la suya propia y la de su familia al menos durante un tiempo.

Había estado tan cerca de conseguirlo. Pero un inesperado giro del destino se lo había arrebatado de las manos. No podría cumplir la promesa que le hizo a Evangeline, ni librar a Arya de tan pesada carga. Dios lo había abandonado.

Estaba haciendo lo correcto. Librar a todo el mundo de la maldición, incluso a Blair. ¿Por qué entonces el destino le ponía tantas trabas?

Porque Dios, si es que existía, no quería liberar a Blair de la maldición. La profecía de Arya era errónea, un embuste para apartarlo de su verdadero destino, recuperar el retrato y mantener a Blair encerrado y en

poder de la familia Stone. Eso era lo que debía hacerse.

No abandonaría la búsqueda. Ahora no podía rendirse. Pero a cada paso que daba, un nuevo obstáculo se interponía en su camino. El último y más terrible, su enfermedad. El cáncer que estaba devorándolo por dentro. Se sentía como *Atreyu* luchando contra la Nada. A él también se le acababa el tiempo y no deseaba abandonar el mundo sin concluir su misión.

En esos tres años el cáncer había avanzado demasiado deprisa.

Un rumor a su izquierda le hizo perder el hilo de sus pensamientos. La enfermera se enderezó rápidamente y tomó el móvil que vibraba sobre la mesita.

—Número desconocido —informó, tras leer las letras en la pantalla.

Edgar agitó la mano y ella contestó.

—Está llamando al teléfono de Edgar Stone. —Silencio—. Un momento, por favor. —La enfermera se inclinó junto a él—. Es un caballero. Su nombre es Ismael Pottery. Dice que tiene algo para usted.

Stone se llevó la mano a la mascarilla tratando de arrancársela de la cara mientras que alargaba la otra para arrebatarse el móvil de la mano a la enfermera. Ella tardó un minuto en calmarlo antes de depositar el aparato sobre la almohada, junto a él y pulsar el manos libres.

—Ahora puede hablar, señor Pottery. El señor Stone lo escucha.

—Ahm... gracias. Siento molestarlo, señor Stone, soy el nieto de Ada Pottery. —La voz grave y con un leve acento irlandés pertenecía a alguien joven—. Mi abuela murió hace unos meses. —Silencio, tal vez esperaba algún tipo de condolencias, pero Stone no tenía voz para desperdiciar y la enfermera no intervendría salvo que él se lo pidiera—. Iré al grano. He heredado su vieja casa de antigüedades. Revisando sus papeles he encontrado una carta que iba dirigida a usted, no tenía dirección en el sobre, solo su nombre, y su número no consta en la guía, de ahí que haya tardado tanto en contactar. Mi padre ha insistido en que debía hacérsela llegar. Solo me ha indicado que es acerca de un objeto que usted estaba buscando.

Edgar comenzó a hacer aspavientos. La enfermera indicó a Pottery que aguardara un instante. Colocó varios almohadones para enderezarlo, cambió la mascarilla por un tubo con dos protuberancias para la nariz y le suministró un jarabe para aclararle la garganta.

Unos minutos después, Stone fue capaz de pronunciar unas pocas palabras, y no las desaprovechó.

—Traiga esa carta, de inmediato. Lo recompensaré.

Mayo 2013

Era la primera vez que pisaba el hogar de sus antepasados, el lugar donde todo había comenzado. Admiró la firme construcción tras la verja cubierta de altas enredaderas verdes. No necesitaba entrar para darse cuenta de que aquella casa emanaba calidez.

Su mansión a las afueras de Londres era mucho mayor, más cara, y desde luego su jardín estaba mejor cuidado. El que rodeaba Dark Garden parecía algo abandonado, salvaje, libre.

Su jardinero trabajaba con escuadra y cartabón para alinear las primulas y las rosas, y ni siquiera Eduardo Manostijeras sería capaz de convertir los setos en las obras de arte que bordeaban la mansión. La fachada parecía algo ajada, le hacía falta una buena mano de pintura y no guardaba la simetría y elegancia que se respiraba donde él vivía.

Por un momento, deseó saber qué se sentiría al haber crecido en esa casa. Y viendo a la anciana mujer que dormitaba en el porche de la entrada, bajo la sombra, con una jarra y un vaso de limonada junto a ella, supo, sin temor a equivocarse, que aquello era un auténtico hogar.

No es que su infancia careciera del cariño y el amor que un niño necesitaba. A pesar de que no conoció a su madre, su padre se ocupó de que no la echaran de menos ni él ni su hermana. Hasta el fatídico día en que Eve los dejó para siempre, su mansión, tan pulcra y ordenada, había gozado de la misma calidez que aquella vieja casa de Brandsbury. Pero eso fue antes.

Suspiró y dio la vuelta para volver al Porsche 911 que lo esperaba a unos metros de la entrada. No quería que la anciana lo escuchara aproximándose a la casa. Ni siquiera sabía qué hacía allí. En el pueblo consiguió toda la información que necesitaba y ni siquiera le hizo falta preguntar.

Margerite Baudin era la actual propietaria del retrato de Erik Blair. Y sabiendo lo mucho que había peleado por recuperar ese objeto de la casa de subastas de Ada Pottery, estaba convencido de que no resultaría fácil convencerla de que se lo vendiera.

Debía encontrar algo más sugestivo que el dinero por lo que llevar a

cabo el intercambio, por si los ceros que había escritos en el cheque de su padre no eran lo suficiente sugerentes para ella.

Se subió al coche y arrancó el motor. La vista desde el camino de entrada era espectacular, bordeada de altos árboles y con la verja al fondo. Giró el volante y regresó sobre sus pasos de vuelta a Brandsbury. Se tomaría un café en la plaza, tal vez los lugareños volvieran a servirle de ayuda.

Acababa de tomar asiento bajo el toldo del establecimiento cuando su móvil vibró en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Stone. —La gastada voz al otro lado del aparato no necesitaba presentación, así que se limitó a escuchar.

—Tienes que volver a casa.

—¿Ahora? Acabo de dar con ella, no he tenido tiempo de hacer...
¿Qué?

La camarera que se aproximaba a él en ese momento para tomarle nota se detuvo al ver cómo saltaba en su asiento.

—Tranquilo, no es grave. Pero Karen me ha pedido que te avise. Tu hija te necesita. Ahora.

—Salgo de inmediato.

A Camile le encantaba montar en poni. Tanto que era capaz de desobedecer una orden expresa de sus padres y tratar de montarlo ella sola sin supervisión de adultos. El animal era muy dócil, pero Camile no dejaba de ser una niña y no tenía suficiente pericia para dominarlo ella sola. Karen o William cabalgaban siempre junto a la pequeña y llevaban las riendas por ella.

Había vuelto a escaparse de la vigilancia de su madre y al intentar subirse a la grupa, sin la silla de montar, había terminado cayendo de bruces en el suelo con el brazo derecho a modo de improvisado escudo.

Cuando William llegó al hospital, la pequeña sollozaba mientras la enfermera terminaba de colocarle la escayola en el brazo. El atribulado padre se encaminó hacia la camilla con una sonrisa tranquilizadora en el rostro y un peluche que adquirió en la tienda del hospital antes de subir, en la otra. En ese momento, Camile dejó de llorar sorbiendo ruidosamente por la nariz y alargando el brazo sano hacia su padre. El hombre le cogió la manita y dejó caer el osito sobre el pecho de la pequeña, que echó la cabecita sobre él y sonrió sin dejar de sorber.

William le secó las mejillas y miró a su mujer con una sonrisa.

Karen se relajó al verlo entrar por la puerta. El susto fue mayúsculo y

siempre se sentía más segura con él a su lado.

—Otra vez montando a escondidas, ¿eh?

—Ya no más, papá. *Pormetido*.

—Se dice prometido —la corrigió.

—Sí. *Pormetido*, papá.

William tardó un par de semanas más en regresar a Brandsbury. Todo ese tiempo se había ocupado de su pequeña y Edgar, que se sentía orgulloso cada vez que su hijo se comportaba como el padre que debía ser, estuvo de acuerdo.

No se le escapaba lo irónico de la situación. Tantos y tantos años sacrificados en busca del cuadro de Blair y él solito acababa de regresar a casa. Parecía un mal chiste.

Ya casi podía sentir el peso y suave tacto del marco entre los dedos. Tenía un lugar en su despacho reservado para él. Quería mantener los ojos fijos en los de Blair el tiempo que le quedara por vivir, y luego se aseguraría de que William, y con él su descendencia, no perdieran de nuevo su propiedad.

Unos días, solo eso, y podría volver a Brandsbury con una oferta bajo el brazo y regresar con el retrato.

En la actualidad...

Un fuerte aguijonazo en el pecho hizo que se encogiera sobre sí misma y tuviera que buscar un asidero para no acabar tendida en el suelo. De pronto, había dejado de ver, todo estaba oscuro a su alrededor y la humedad resbalaba por sus mejillas.

¿Por qué no podía ver? Era pleno día, el sol brillaba con intensidad al otro lado de las ventanas de su dormitorio. Ningún eclipse estaba anunciado para hoy y, además, aunque la luna hubiera ocultado al sol, no habría dejado esa densa y opresiva oscuridad a su alrededor.

Cerró los párpados y se tomó un minuto para evaluar cada una de sus sensaciones. Un puño le comprimía el pecho a la altura del corazón. Abandono. Traición. Decepción. No. No era ella. Era Gene.

Con algo de esfuerzo logró retirarse lentamente y regresar a su propio

cuerpo, a su habitación, a Londres. El sol iluminó cada rincón del cuarto, las lágrimas cesaron y pudo enderezarse sin que le temblaran las piernas.

Tomó asiento al borde de la cama y trató de regresar donde estaba Gene, buscando su conciencia a través de los kilómetros que las separaban. Normalmente, era un ejercicio que no podía hacer, no sin que la persona estuviera presente, pero aquella vez parecía distinto. Algo había hecho que ambas mujeres quedaran conectadas e iba a aprovechar ese leve intervalo para averiguar lo que estaba ocurriendo.

Despacio, como si temiera hacerle daño o que se percatara de su presencia. Arya rozó la conciencia de Gene y dejó que la suya propia se fusionara con la de la pelirroja, esta vez sin perder el control.

—*Te seduje, Geney. ¿Cómo crees que he sobrevivido todos estos años?* —Las palabras del hombre se abrían paso a través de una neblina de recuerdos empañados en lágrimas—.... *La pobrecita Genevieve, la huerfanita a quien ningún hombre había sido capaz de darle un orgasmo como está mandado... Tan patéticas... Ese es uno de mis cuentos favoritos... Tan crédula...*

Las palabras se repetían una y otra vez en la mente de la mujer como puñaladas que no dejara de recibir.

La conexión se fue haciendo cada vez más débil hasta que Arya se vio obligada a retirarse.

Por algún motivo, Erik había sido cruel con ella y eso fue el desencadenante para que la mente de Gene y la suya se fusionaran. La había destrozado. Pero ¿por qué? No entendía nada. Todo marchaba tan bien. Estaban juntos, ella lo quería a su lado, como debía ser. Y Erik no pondría en peligro su permanencia fuera del retrato por nada del mundo. ¿O sí? ¿Qué podía haber hecho que el hombre cambiara de idea y maltratara a Gene de aquel modo?

Alguien llamó a la puerta interrumpiendo sus cavilaciones.

—Señorita Arya, el señor desea verla en su despacho.

—Bajo enseguida. —¿Tendría él algo que ver con el comportamiento de Erik?

Respiró hondo varias veces para serenarse, no quería que las emociones la sobrepasaran cuando hablara con su abuelo. Revisó su aspecto en el espejo de cuerpo entero de la puerta de su armario. La larga melena oscura cayendo a ambos lados de su sonrosado rostro, ahora llenos de surcos de humedad que se apresuró a secar con la palma de las manos. El vestido

negro largo hasta la rodilla perfectamente planchado y sus sencillas bailarinas oscuras.

Se echó el cabello hacia atrás e irguió los hombros. No convenía hacer esperar a su abuelo.

Bajó las escaleras y se encaminó hacia su despacho. La puerta estaba abierta y desde el pasillo podía ver al anciano mirando por la ventana en su silla de ruedas. Se pasaba horas en aquel cuarto. Desde que el cáncer hizo mella en él de forma virulenta y letal, ya no abandonada aquel lugar, incluso habían instalado una cama en un rincón para que no tuviera que trasladarse al piso de arriba. El médico de la familia hubiera preferido llevarlo a un hospital, pero él se negó. Moriría en su casa, y no había más que decir.

Fue entonces cuando cambió.

Arya sabía que la cercanía de la muerte, su enfermedad era para él un castigo. Una mano divina que lo azotaba sobre la tierra por dejar en manos del tiempo el destino de Blair. Se reprendía por no haber escuchado a Evangeline cuando aún vivía, por no escuchar a sus padres, por no haber hecho nada por encontrar el retrato y evitar así la muerte de su hija y la decepción en ojos de sus padres. Porque sí, él pensaba que la muerte de su hija podría haberse evitado si hubiera encontrado el retrato. Y se martirizaba con este pensamiento día y noche.

Arya no pensaba igual. No creía que Dios fuera un padre cruel que disfrutase atormentando a sus hijos. Un ser que solo intervenía para castigar y provocar daño y se olvidaba de sanar y curar. No era así.

La vida era como era. La enfermedad, la muerte, no eran balas en la recámara del arma de Dios. Simplemente, era el transcurrir natural de la vida. Todas y cada una de las experiencias por las que pasábamos debían ayudarnos a aprender algo. Algo que debía darnos la oportunidad de ser mejores, a nosotros y a quienes nos rodean. En nuestra mano estaba hacerlo o no.

Su abuelo no lo veía así y ella, por más que lo intentó, no consiguió hacerlo cambiar de opinión.

Arya sabía lo que debía hacerse. Había planificado el modo de ponerse en contacto con Gene, tenía que hablar con ella y revelar la verdad, aunque fuera a espaldas de su abuelo. Él no quería escuchar, no quería entender. No había modo de que cambiara de opinión. Por desgracia, no contó con que Erik la hiriera. Eso complicaba las cosas y ahora la obligaría a obrar con cautela si quería que todo acabara como debía ser.

—¿Me habías enviado a buscar, abuelo? —El hombre se giró y estaba sonriendo. Hacía años que no lo veía hacerlo, y eso la impresionó.

—Viene hacia aquí y trae el retrato.

—¿Quién viene, abuelo? —¿Acaso Gene sería capaz de deshacerse de él?

—El señor Carlson ha llamado. Al parecer la señorita Hanglin ya no desea disponer del retrato. —Los ojos le brillaban, la tos se había esfumado y su voz parecía clara como la mañana, tal era su felicidad—. Nos lo cede amablemente. En estos instantes, el jefe de policía Davis Cox, amigo personal de Hanglin y ese bastardo asesino de Blair vienen de camino con el cuadro. —Arya abrió desmesuradamente los ojos. No podía creer que... Gene no podía...

—¿Él también viene? Es decir...

—Sí.

Arya abrió los ojos con asombro. ¿Erik se estaba entregando? ¿Sería un deseo de Gene o acaso él...? La muchacha estiró ligeramente los labios. Tal vez existiera una pequeña posibilidad, pero debía asegurarse.

—Entonces, ¿llamarás al tío?

—Ya lo he hecho. William se ocupará de traer a Hanglin. Espero que esta vez no meta la pata de nuevo.

El rostro de Arya se cubrió de una ola de temor. Su tío era el responsable del intento de violación que había sufrido Gene la primera noche. El hombre solo debía robar el retrato y algunas otras cosas, pero no esperaban que Gene estuviera ya en Dark Garden cuando eso pasara. Se suponía que la casa había quedado vacía al morir Margerite. También había enviado a los pirómanos, sin que su abuelo lo supiera, con la intención de destruir el retrato.

Su abuelo quería conservarlo, pero William pretendía cumplir la última voluntad de su hermana Eve. Evangeline pensaba que la solución a todos sus problemas pasaba por destruirlo y encerrar a Blair para siempre en su interior. Arya sabía que ninguno de los dos estaba acertado, pero ahora ya nadie quería escucharla.

—Abuelo, por favor. Tienes que escucharme. No es necesario traer aquí a Gene. Ella ya no lo ama. Lo he sentido, no debemos hacerle más daño. Si tan solo quisieras escucharme...

—Arya, tu compasión es encomiable, pero del todo innecesaria en esta situación. —El anciano escupió las palabras con desprecio antes de

llevarse la mascarilla de nuevo a la boca—. No voy a correr ningún riesgo más, juré a tu madre que te protegería de la maldición, y es lo que pienso hacer. Tengo planes para ella, aunque no voy a hacerle daño, no soy ningún monstruo —prosiguió suavizando el tono de su voz—. Fue cosa del destino que William no llegara a tiempo de comprarle el retrato a Baudin antes de su muerte. Pero ahora ya es nuestro y todo esto acabará en breve y podrás tener la vida que siempre quise para ti.

—Pero, abuelo —Arya se arrodilló frente a su silla de ruedas y le tomó la mano temblorosa entre las suyas—, ella no tiene ninguna culpa, y hay un modo mejor de hacer esto. No me sentiría bien viviendo mi vida si a ella le sucediera algo.

—Eres demasiado inocente. Pero ya te he dicho que no se le causará ningún daño. Solo voy a asegurarme de que sepa la clase de hombre que es Blair. Ella debe desear deshacerse de él para siempre, no quiero que se arrepienta en el último momento. No correré más riesgos en este asunto. ¿Queda claro?

La muchacha se mordió el labio. No lograría hacerle cambiar de idea. La promesa que le hizo a su madre en su lecho de muerte siempre había pesado sobre su conciencia como un negro buitre sobre la carroña.

La enfermedad lo empeoró todo porque ahora temía morir sin cumplir su palabra y dejarla a ella y a su tío Will con esa pesada carga.

Él había perdido a sus padres sin recibir una sola muestra de cariño por su parte, tan inmersos estaban en recuperar el cuadro. Su hija también murió y ahora el terrible declive de su cuerpo que lo sumía en un dolor constante, lo incapacitaba y lo acercaba a pasos agigantados hacia su propia muerte.

No. Si él había padecido tanto, Blair no se merecía descanso alguno. Pero mientras el retrato estuviera en su poder, serían los Stone quienes controlarían su destino. O al menos, eso pensaba él.

—Ve a prepararte. Te necesitareé cuando lleguen.

—Sí, abuelo. —La joven salió cabizbaja del despacho cerrando la puerta tras de sí. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora?

Dave le indicó que subiera al coche mientras intercambiaba unas palabras con Carlson.

Antes de inclinarse para introducirse en el asiento del copiloto, echó un último vistazo a Dark Garden. La casa ahora era mucho más pequeña que en su época, no así los recuerdos que guardaría de ella por el resto de sus días. Pues si sobrevivía a lo que Stone tuviera preparado, jamás sería capaz de olvidar la mansión, ni a su última habitante.

Mientras que Carlson tomaba la carretera hacia la izquierda en dirección a Brandsbury, pues no iba a acompañarlos, Cox se dirigió a la derecha. Debía alcanzar la autovía si quería llegar a Londres. Introdujo la dirección que Carlson le proporcionó en el GPS de su móvil y lo depositó sobre un soporte que pendía de la rejilla del aire, justo después de enviar un mensaje de texto a Claire para que no se preocupara si tardaba en regresar a casa.

Conforme se alejaban en el vehículo policial, la presión que las emociones y deseos de Gene ejercían sobre él se iba deshaciendo como volutas de humo en el aire. Las sensaciones y pensamientos quedaban muy atrás, no así sus deseos que, aunque dejaron de ahogarlo con su intensidad, no podía desoír hasta que el nuevo dueño del retrato tomara posesión de él.

Por un segundo, se preguntó si Stone viviría lo suficientemente lejos de Gene como para que la distancia rompiera la cuerda que lo sujetaba al retrato. Luego se dio cuenta de que esa esperanza, como todas las que alguna vez albergara acerca de su liberación, era absurda y sin fundamento.

No funcionaría, porque si fuera libre podría olvidarse de Stone, volver con Gene y pasar el resto de su vida buscando su perdón, y él no merecía perdón alguno. Stone destruiría el retrato y quedaría preso por toda la eternidad, ese era su único futuro.

—Tienes mucho que explicarme. —La voz de Davis le sacó de su ensimismamiento.

—No creo que te convenga mezclarte en esto.

—Te dejaré algo muy claro. Gene es como una hermana para mí. Es de mi familia. Lo que le suceda a ella es asunto mío. Así que desembucha o te lo arrancaré por la fuerza.

—Está bien. Pero te advierto que no me vas a creer.

—Pues inténtalo porque le has hecho mucho daño a una persona a la que quiero mucho y te aseguro que solo hay una cosa que evita que te pegue un tiro ahora mismo y arroje tu cadáver por un acantilado. Y no es la placa.

—Erik volvió la vista hacia el agente, que no apartaba la suya de la carretera. Tenía los nudillos blancos de la fuerza con que se aferraba al volante, el ceño fruncido y las mejillas encendidas por la ira contenida—. Explicame quién eres. Empieza por ahí. Porque no he encontrado ni un solo dato de Erik Blair en los registros. Ni partida de nacimiento, carnet de conducir, ni siquiera la matrícula en la universidad de Madrid. Nada. Como si no existieras.

—Eso es porque jamás he estado en Madrid, ni en ninguna otra universidad. Y en cuanto a la partida de nacimiento, no creo que conservéis ninguna de mil seiscientos setenta y nueve.

—¿Me tomas el pelo? ¿Quieres hacerme creer que tienes, qué, trescientos cincuenta años? Pues te conservas bien.

—Eso es porque he pasado la mayor parte de esos años preso dentro de este retrato.

—¿Por la maldición?

—Exacto. Una maldición que el anciano Lewis Stone tuvo a bien echarme cuando dejé que mi hermano matara a su hija Azalea. —Davis se volvió hacia él por un instante, sin saber muy bien si creerlo o no.

Erik se encogió de hombros, soltó el cinturón que lo mantenía unido al asiento del copiloto y... desapareció.

El coche chirrió y dio un bandazo hacia la izquierda antes de que Cox recuperara el control y lo encaminara hacia el arcén, donde se detuvo con un resoplido del tubo de escape y un golpe seco que casi lanza al policía por encima del volante.

Cox se volvió dubitativo hacia el asiento que tenía justo al lado. La puerta cerrada, el retrato a los pies, apuntalado en el suelo. ¿De su acompañante? Ni el menor rastro. Ni dentro ni fuera del vehículo. Nada.

Parpadeó confundido, tentado de dar la vuelta por si el hombre se hubiera arrojado a sí mismo fuera del coche y fuera a encontrarlo si conducía un par de kilómetros atrás. Tras el tercer parpadeo, la impresionante figura del hombre reapareció en el asiento, a su lado, como por arte de magia. Cox

saltó golpeándose la cabeza en el techo y murmuró una plegaria sorda antes de alargar la mano y rozar el hombro de Erik.

—¿Cómo has...?

—Puedo entrar y salir del retrato a voluntad siempre que su dueña me invoque fuera de él.

—Has desaparecido en la nada.

Erik se inclinó para alargarle el retrato a Cox. El policía tomó lo que le ofrecían. El lienzo negro y ovalado lo miró de frente burlándose de él.

—Ahora, presta atención y... procura no soltarlo.

Un segundo después el asiento volvía a quedar vacío y el lienzo mostraba una pintura antigua de un hombre de cabello largo y oscuro, con ojos negros, y...

Venga ya.

Era el jodido retrato de Blair. Ahí, delante de sus narices.

Y cuando el hombre volvió a reaparecer, el lienzo volvió a oscurecerse.

Erik le arrebató el retrato, colocándolo a sus pies y le señaló la carretera con un dedo.

—Ahora, ¿podemos seguir?

Davis lo miró de arriba abajo como si le hubieran crecido cuernos en la frente o algo así. Curiosamente, se dio cuenta que de sus mejillas había desaparecido todo asomo de barba. Reprimió el impulso de alargar la mano para tocarle, ya que eso los hubiera puesto a ambos en una situación bastante incómoda.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo has hecho eso? ¿Y cómo... tú...? —El policía hacía un gesto sobre su propia barbilla sin dejar de mirarlo anonadado.

—He regresado al interior del retrato y he vuelto a salir. Eso es lo que ha pasado. Es por la maldición. Estoy condenado a permanecer dentro de él hasta que me invocan; una vez lo hacen, puedo entrar y salir a voluntad siempre que la dueña del retrato no desee que me quede dentro de él. O fuera. En su interior siempre es el mismo día, así que mi cuerpo puede sanar de lo que sea que me ocurra en el exterior, pues debo ser el mismo al volver. Por fortuna, parece que no afecta a la ropa —concluyó mirándose a sí mismo. Odiaría perder aquellas prendas que su Gene le había regalado, pero, más importante aún, odiaría perder lo que guardaba en su bolsillo derecho.

En realidad, nunca había entrado y salido por propia voluntad,

excepto para ocultarse de los policías que revisaron Dark Garden después del ataque del violador. Normalmente, cuando lo dejaban salir, él jamás volvía por sí mismo. No era consciente de lo rápido que actuaban los efectos del retrato sobre él, pensó que se requeriría algo más de tiempo. Podrían haberse ahorrado el viaje a casa de Sam de haber sabido que era instantáneo. No habría dado opción a Gene para replicar.

Erik empezó la historia por el principio. Resumió todo lo concerniente a su infancia y su familia, pues no tenía sentido detenerse en ello. Le explicó con pelos y señales lo que ocurrió en Dark Garden en mil setecientos catorce aquella aciaga noche de noviembre. La llegada de Lewis Stone a la casa y lo que sucedió después en casa de este, la maldición. Los años que pasó preso. No se detuvo en hablarle de sus dueñas, solo una breve mención de pasada.

También le contó cómo había conocido a Gene de niña y cómo la salvó del violador que la atacó la primera noche que pasó en la casa. Y aunque en ningún momento entró en detalles sobre lo que sucedió dentro del retrato, sí que le habló de cómo habían salvado Dark Garden de las llamas.

Cuando terminó de hablar, un pesado silencio se instaló entre ellos mientras Cox asimilaba toda la información, la organizaba y clasificaba en su mente, dándole sentido a su historia y analizando las implicaciones que tenía en su presente más inmediato.

—Faltó poco para que lo mataras.

—¿Tú no lo habrías hecho? Ese bastardo estaba sobre ella, la tenía desnuda de cintura para abajo y la estaba tocando con sus asquerosas manos. Lo habría matado, pero Gene se encontraba mal y tuve que ocuparme de ella primero. Lo arrojé en la carretera creyendo que moriría. Entonces no sabía lo mucho que había cambiado el mundo. De haber sabido que alguien podría encontrarlo y salvar su vida...

La mandíbula y los puños de Erik se apretaron a punto de hacer saltar sus dientes y nudillos. Tardó un minuto en aflojar la tensión de su cuerpo y ser capaz de mirar al policía de nuevo a los ojos, no era momento de ponerse agresivo.

Davis acababa de dar en el blanco. El fugaz gesto de derrota que enmarcó sus rasgos cuando Gene salió del salón y la rabia que trataba de contener al recordar al violador eran todo lo que necesitaba para confirmar sus sospechas.

—Tú la amas. —Erik sacudió la cabeza.

—Estás muy equivocado.

—Y una mierda. Tú estás enamorado de ella. ¿Por qué sino ibas a estar dispuesto a entregarte a Stone y arriesgarte a quedar atrapado ahí dentro para siempre?

—Solo trato de hacer lo correcto. Eso es todo.

—¿Lo correcto? ¿Por eso la has apuñalado verbalmente hasta hacerla sangrar, porque estabas haciendo lo correcto? No me jodas.

—No estaba dispuesta a entregarle el cuadro a Stone. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ese hombre ha estado a punto de quemarla viva junto con la casa. Mierda.

Se llevó las manos a la cara para ocultar el cúmulo de emociones que asolaban su rostro en ese momento. Le dolía el pecho cada vez que recordaba las lágrimas y el desconsuelo de la mujer. Decirle todas aquellas cosas era lo más duro que había hecho en su vida. Aguantarle la mirada mientras se distorsionaba llena de dolor y odio... se llevaría esas imágenes a la tumba, si es que algún día lograba yacer bajo ella.

—Debisteis decírmelo desde el principio. Os hubiera ayudado.

—No sabía que era Stone quien estaba detrás del ataque hasta esta misma mañana. Ni siquiera que tuvieran relación. De haberlo sabido antes... yo... tal vez... —¿Qué podía decir? ¿Que nunca se hubiera acercado a ella? ¿Que habría hecho todo lo posible por alejarla y hacer que el retrato llegara a Stone mucho antes? Él sabía que eso no era cierto. No al principio por lo menos. En cambio, ahora, tras pasar el tiempo con ella, daría su vida por protegerla, que era justo lo que estaba haciendo en aquel preciso instante.

—Volver atrás no es una opción, así que... le devolveré el retrato a Stone y ella estará a salvo. Tú te encargarás de que lo esté.

—¿Y ya está? ¿Vas a dejarla así, sin más?

—¿Has oído algo de lo que acabo de decir? —Bajó las manos y lo miró como si fuera sordo o deficiente mental.

—Cada palabra. Solo digo que tiene que haber algún modo de arreglar esto que no sea entregándote. Espera —le cortó el policía—. No me gustas, nada en absoluto. No te engañes. Yo mismo te metería ahí dentro y me olvidaría de ti si eso fuera posible.

—¿Entonces por qué estamos perdiendo el tiempo hablando? Llévame con Stone y podrás volver con Gene y con tu mujer y olvidarte de este maldito asunto.

—Mierda, ¿sabes qué? Debería hacerlo. Pero Gene se hubiera cortado una mano antes de entregarte si no hubieras soltado toda esa sarta de

gilipollecés sobre la seducción y el engaño. Nunca la había visto comportarse así con nadie. Y lo más importante, nunca había visto a nadie mirarla como lo haces tú.

—Estás viendo fantasmas. Ella es mi dueña y yo soy su esclavo. No hay nada bueno en mi forma de mirarla.

—¿Decirte eso a ti mismo te ayuda? —Erik obvió el comentario con un gesto de la mano—. Ha habido muchos hombres buenos en su vida. Tíos serios y formales que parecían tener buenas intenciones y quererla, y ¿sabes qué? La hicieron trizas una y otra vez. Y tú, tú tienes pinta de ser un hijo de la gran puta, es verdad. Y en cambio, la has estado protegiendo todos estos días. Ninguno la miraba como lo haces tú.

Erik no respondió. Se limitó a volver a abrocharse el cinturón y cruzar los brazos sobre el pecho mientras fijaba la vista en la carretera frente a ellos. Cox resopló dándose por vencido.

—Está bien. Te llevaré con Stone y haremos esto a tu manera, pero creo que cometes un error.

—Quizá. En eso también soy experto. —Erik se encogió de hombros y se reclinó sobre su asiento esperando a que el agente arrancara de nuevo el vehículo.

Minutos después, ambos iban de camino a Londres, a una mansión mucho más grande y moderna que Dark Garden. La residencia de la familia Stone.

Volvía a estar sola en la vieja mansión y, por primera vez en su vida, notaba como las paredes se le venían encima. Sus padres, su tío y su tía la habían dejado sola, y ahora él. Ya no quedaba nadie y la mansión se le hacía enorme y vacía. Caminó por sus pasillos durante horas, recorriendo las habitaciones en silencio, evitando como siempre la sala de música y ahora su propio dormitorio. No se veía capaz de subir a su cuarto y encontrarse la cama vacía aún con su olor entre las sábanas. La cocina también le traía recuerdos del pasado y de un presente más reciente. Y la biblioteca.

Se fijó en que las luces seguían encendidas. Abrió del todo la puerta y entró. La camisa agujereada y cubierta de sangre seguía en la papelera, junto a la puerta, justo donde la había depositado aquella misma mañana. ¿Cómo era posible que solo hubieran pasado unas pocas horas? Le parecía toda una

vida.

Presionó el interruptor que estaba junto a la puerta y la lámpara del techo se apagó. Giró para salir de allí, también le traía recuerdos dolorosos que no podía enfrentar en ese momento, pero un brillo parpadeando sobre el escritorio llamó su atención. Su móvil. Se aproximó para recogerlo. Celaya debía llevar horas intentando contactar con ella. Había varios emails y avisos de Skype en el monitor de su portátil y sin duda el teléfono estaría lleno de mensajes y llamadas perdidas. Se lo metió en el bolsillo del vestido justo antes de toparse con un pliego de papel que ya había olvidado que existía. Sobre la mesa, el dibujo que tanto la había atemorizado unos días antes parecía burlarse de ella.

«Te lo dije. Te lo dije. Es peligroso, malvado, pero no has querido escucharme y ahora vuelves a estar herida».

Las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos.

Había pasado más de una hora llorando en el salón después de que los hombres se marcharan y la dejaran sola. Creía que ya no tendría fuerzas para empezar de nuevo, pero estaba claro que se equivocaba. Recordarlo le punzaba el corazón y hacía que le temblara la barbilla de rabia y tristeza.

De un manotazo arrojó el dibujo a un lado. Lo vio planear a su alrededor hasta caer al suelo, bocabajo, cubriendo sus vergüenzas.

Había jugado con ella como hizo con todas las demás para asegurarse su preciada libertad. Era lo único que le interesaba de ella. Tenerla lo bastante contenta como para que le permitiera permanecer fuera de su prisión.

¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar tan fácilmente? Otra vez. Bueno, él se lo había dejado muy claro. La mayor parte de sus relaciones fracasaban cuando llegaban a la cama. Esos chicos dulces y agradables que la cortejaban se transformaban bajo las sábanas en seres egoístas que la defraudaban una y otra vez. Era allí donde le mostraban su verdadero rostro y la hacían sentir estúpida por equivocarse tanto.

Él no.

Él se había convertido en un desengaño del propio desengaño que sentía hacia los hombres. Capaz de colmarla en lo más hondo de su ser. Pero claro, podía leerle el pensamiento, calibrar sus emociones, adivinar lo que sentía. Se lo había puesto tan fácil. No le costó adivinar la tecla justa que debía pulsar para tenerla comiendo de su mano.

Ahora se sentía vacía.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Ya estaba bien de llorar

y compadecerse de sí misma. No necesitaba ningún hombre en su vida para ser feliz. Tenía a sus amigos, su trabajo y a Sara y Celaya que la esperaban en Madrid con los brazos abiertos.

Renunciaría a la casa. Carlson se ocuparía de venderla al ayuntamiento y que hicieran de ella un museo o astillas, eso ya no le importaba. No quería seguir en un lugar que tenía tantos recuerdos tristes. Acabaría de empaquetar lo que quisiera conservar, donaría el resto y volvería a Madrid esa misma semana.

El móvil en su bolsillo sonó con estridencia. Gene lo sostuvo en la palma de su mano. Era Celaya. Suspiró y puso el aparato bocabajo para silenciarlo. Ahora no podía hablar con él, no se sentía con fuerzas. Se preocuparía, pero solo unas horas más. En cuanto se sintiera un poco más fuerte y con el llanto a raya le mandaría un mensaje para que estuviera tranquilo.

El primer y fundamental paso para iniciar su nueva vida era asegurarse de que Erik y su maldición no volvieran jamás a molestarla y, para ello, debía encontrar el contrato de compra y quemarlo. ¿Pero dónde podría estar?

Rebuscó en la caja fuerte sin éxito, allí estaban las escrituras de propiedad, libros de cuentas, los papeles del Mustang, la libreta de direcciones de su tía... ni rastro de ningún contrato.

Cerró la puerta con frustración y se llevó una mano al colgante que pendía de su cuello, lo apretó entre los labios mientras trataba de pensar. Aquello iba a llevarle más tiempo del que quería dedicarle. Su tía tenía una forma muy especial de organizar las cosas de modo que solo ella era capaz de encontrarlas. Seguir su lógica conllevaba un serio problema.

La carpeta azul.

El recuerdo llegó a ella como por ensalmo. Las viejas historias que las vecinas se habían empeñado en narrarle tras sus sentidos pésames, unos días antes, revivieron en su memoria con meridiana intensidad mientras el colgante se deslizaba de nuevo sobre su garganta.

La vieja Ada Pottery gritaba como una gallina chueca. Tenía los ojos saltones y desorbitados y el ralo cabello color panocha desordenado. ¿Recordáis cómo tenía el rostro? Le salieron manchas rojas por todas partes. Nunca la había visto tan alterada. Pero tu tía, Gene, tu tía se comportó como una auténtica señora. Le pasó el contrato de compra y el

catálogo a la vieja Ada por su nariz regordeta y se llevó el colgante y esa vieja pintura a casa. Era justo el objeto que más ansiaba recuperar, el viejo colgante de tu madre. ¿Lo recuerdas? Al fin podría cerrar su carpetita azul.

La carpeta azul.

Gene recordaba a su tía cargando siempre con una carpeta azul de cartón, la llevaba a todas partes hasta que un día, sin saber por qué, dejó de hacerlo.

Hacía mucho que no pensaba en ello. Todavía era una niña cuando su tía dejó de lado la carpeta, casi al mismo tiempo que... Volvió a tomar el colgante en su mano y lo observó con cariño. Su tía quería recuperar el collar para ella. Era una herencia familiar, de su madre. Lo perdió durante el accidente que mató a sus padres. Margerite no solía hablarle de aquellos días.

... se llevó el colgante y esa vieja pintura a casa.

¿Una pintura? Gene no lo recordaba.

Pero el retrato de Erik no siempre estuvo en la casa, ¿cierto? Su tía lo compró poco después de que ella se trasladara a vivir allí. ¿Y si...?

Gene se encaminó hacia el invernadero, en la parte trasera de la casa.

Margerite solía trabajar rodeada de sus flores. Así podía levantarse y estirar la espalda. Regaba las macetas, abonaba las plantas, plantaba injertos nuevos y luego volvía a su tarea.

Tenía un pequeño escritorio al fondo del invernadero donde pasaba largas horas dedicada a realizar grabados en tinta de sus flores preferidas. Era su pasión y su hobby. El comedor y la biblioteca estaban adornados con aquellos grabados enmarcados en pequeños cuadritos de madera blanca.

En esos momentos, Gene siempre la dejaba a solas.

Aunque las dos se querían mucho y pasaban gran parte de su tiempo libre juntas, Margerite nunca quiso que la muchacha se volviera dependiente de ella, por lo que acostumbraban a realizar tareas por separado cuando estaban en casa y siempre la animaba a ir con sus amigos allá donde fueran, sin preocuparse por dejarla sola en la vieja casona.

Gracias a eso no le costó trabajo vivir su sueño de ir a estudiar al país de su madre y conocer aquello, pues no había regresado desde el accidente y añoraba pasear por los rincones que ya apenas recordaba de su infancia con sus padres.

Atravesó el jardín con rapidez en dirección al invernadero. No había entrado allí desde la muerte de su tía, la apenó verlo tan descuidado. La

mayor parte de las flores estaban secas y marchitas y las arañas habían comenzado a tejer sus telares en las vidrieras. El escritorio estaba al fondo.

La superficie estaba cubierta de polvo y hojas secas y quebradizas, al igual que el suelo. Recorrió aquel lugar con la mirada llena de nostalgia. Ojalá estuviera allí ahora con ella para abrazarla y aconsejarla. Pero no, estaba sola y no tenía una figura fuerte y querida a la que recurrir con su pena. Al volver a Madrid, Sara la esperaría con una copa en la mano y una noche de chicas con la que conseguir animarla, como hacía siempre que se encontraba alicaída, pero esta vez estaba segura de que no serviría.

Alejó con una sacudida los oscuros pensamientos de su cabeza y se arrodilló frente al escritorio. No había nada en su superficie, por tanto, lo que andaba buscando debía estar en algún cajón. Los abrió todos uno por uno hasta que finalmente la encontró. Una carpeta azul de gomas elásticas que extrajo con cuidado y se dispuso a abrir.

Allí había un buen número de papeles, la mayoría de ellos arrugados y algo amarillentos. Los pasó uno a uno con delicadeza, sin reconocerlos hasta que encontró el catálogo. Era un viejo libretto de papel brillante y negro en cuya portada reconoció el colgante de su madre junto a otra serie de objetos.

Lo abrió hasta dar con lo que quería, la fotografía del retrato de Erik. Ver su rostro allí reflejado le provocó una punzada bajo el esternón e hizo que lo cerrara de inmediato.

Tomó aliento mientras esperaba que las manos le dejaran de temblar y volvió a concentrarse en los papeles de la carpeta. Justo detrás del catálogo estaba el contrato de compra. Lo reconoció porque en el membrete podía leerse: *Pottery Auction House*. Data de octubre del año mil novecientos noventa y uno.

Gene frunció el ceño. ¿Por qué iba su tía a adquirir aquel cuadro? El precio, por lo que ponía en los documentos, era bastante elevado para un simple capricho. Al igual que el del colgante.

No entendía nada.

Un golpe la sobresaltó y casi deja caer la carpeta al suelo. Se giró como un vendaval y se topó con la amenazadora presencia de tres hombres que bloqueaban la salida del invernadero.

Uno de ellos la apuntaba con un arma.

—¡Frena! —el grito de Erik casi logra que se salieran de la carretera. Davis dio un volantazo y recuperó el control del vehículo.

—¿Estás loco? Vas a conseguir que nos matemos.

—Es Gene. Está en peligro, tenemos que volver.

—¿Volver? Estamos a más de cuatro horas de camino. Además, ¿qué te hace suponer que está en peligro?

—Te digo que le pasa algo. Está muy asustada.

—¿Cómo sabes eso?

—Puedo sentirla. A ella siempre he podido sentirla. Maldición.

Davis detuvo el coche en el arcén y tomó el móvil. Marcó rápidamente sobre la pantalla y esperó. Volvió a marcar y esperó otra vez. Cuando al tercer intento se dio por vencido, agarró la radio, sintonizó el canal que necesitaba y habló.

—Betty, ¿estás ahí? Responde. —Silencio al otro lado.

Erik se revolvió como loco en su asiento presa de la impotencia que le agarrotaba las entrañas.

—Aquí me tiene, jefe. ¿Puedo hacer algo por usted? —La chillona voz de la recepcionista inundó la cabina del coche.

—Necesito enviar una patrulla a casa de Genevieve ahora mismo. No la localizo. Manda a quien más cerca esté de ella y...

—Un momento, jefe, Keith acaba de pasar por la zona. Lo aviso.

La espera se les hizo eterna. Estaban allí sentados, contemplando la radio, con los cuerpos inclinados hacia delante y la tensión a punto de desbordarlos.

Las manos de Erik se crispaban sobre el marco de madera que descansaba a sus pies. La sensación de terror que le llegaba en fuertes oleadas lo estaba matando.

—Jefe, acabo de escuchar un estruendo en la radio de Keith. —La alarma en la voz de la mujer era palpable—. No contesta. Acababa de llegar a casa de Gene, me ha pedido investigar la matrícula de un vehículo sospechoso que estaba aparcado frente a la puerta, jefe, ¿qué...?

—Joder, Betty, manda a todo el puto departamento. Ahora.

Se volvió a mirar a Erik.

—Pondré el coche al máximo, pero no vamos a llegar a tiempo.

—Yo puedo llegar antes, pero tiene que invocarme. No puedo hacer nada si ella no me deja. —La frustración que sentía por haberla asustado, por haberle mentado, por haberla alejado de sí era demasiado para él.

Su preciosa Geney estaba aterrorizada, sola y no tenía nadie que la protegiera. Y ahora lo odiaba demasiado como para invocarlo. Esta vez no acudiría a él en busca de ayuda y no llegaría a tiempo de salvarla.

—¿Podemos llamar a Stone? Dile que tienes el retrato, que detenga el ataque.

—¿Cómo sabes que Stone...? Demonios. Betty —Davis volvió a tomar la radio mientras con una mano cambiaba de sentido, encendía las luces y la sirena y pisaba el acelerador al máximo—, localiza a William o a Edgar Stone lo antes posible y pásamelo por radio.

—Ahora mismo, jefe.

Un gruñido a su derecha hizo que desviara la vista hacia su acompañante. Erik se presionaba el pecho con una mano y se sujetaba al frente con la otra.

No podía imaginar lo que era sentir a la otra persona, y más sentirla en una situación de peligro como aquella y no poder hacer nada.

—Vamos, Geney, por favor. Tienes que desearlo, preciosa, si no, no puedo hacer nada —murmuraba para sus adentros sintiendo cada golpe y cada sacudida que ella sentía y el miedo, lo peor de todo era el miedo. Inconscientemente, se llevó la mano al bolsillo derecho donde guardaba la foto que imprimió para él y la apretó entre los dedos—. Vamos, criatura. Por favor.

—Jefe, lo he intentado, pero me ha pasado con su abogado, se niega a hablar con la policía. Y William Stone ni siquiera coge el teléfono.

—Joder. Betty, vuelve a llamar, insiste, dile que es Erik Blair quien quiere hablar con él. Utiliza cualquier recurso que consideres preciso, lo que haga falta, pero consigue que ese hombre hable conmigo.

El coche derrapó al tomar la salida. Un par de vehículos que conducían por allí en ese momento se detuvieron de golpe y tocaron el claxon al unísono en señal de protesta. Davis los ignoró, colocó el coche en dirección a Brandsbury y enfiló la autovía que dejaron no hacía mucho. El ruido de las sirenas conseguía hacer que los vehículos se hicieran a los lados cediéndole el paso.

Eran muchas las millas que los separaban de Dark Garden. Rezó porque sus chicos llegaran allí a tiempo y Gene estuviera bien, aunque el gesto de dolor en el rostro de su acompañante era una muy mala señal.

XXII

Se llevó el vaso de papel a los labios y sorbió un largo trago de café. Pensó parar en la gasolinera de la carretera 22 y comprar un par de latas de Red Bull para mezclarlas con la bebida. Seguramente sería el mejunje más asqueroso que bebería en su vida, pero quizá mereciera la pena el esfuerzo.

Sentía los ojos pesados e irritados. Se rascó la nuca y bajó la ventanilla del conductor para sentir la brisa fresca en el rostro. Si se quedaba dormido al volante podría causar un accidente, por no decir que se burlarían de él en la comisaría durante meses.

Ser el más joven, el novato, era un lastre del que esperaba deshacerse pronto. Emily había entrado al mismo tiempo en el cuerpo, pero ella era una chica, no tenía que aguantar las bromas y novatadas de sus compañeros. Si a alguno de ellos se le ocurría robarle la toalla mientras se duchaba, probablemente pasaría la noche en el calabozo. En cambio, él tuvo que pasearse desnudo hasta el vestuario. Por suerte, no era necesario salir de los baños para llegar a la zona de las taquillas. Se habría muerto de vergüenza si Emily, Betty o cualquiera de las otras tres chicas que trabajan allí lo hubieran visto paseándose en bolas por la comisaría.

Otro chute de café, un par de millas más y acabaría la ronda. Podría sentarse en la oficina y relajarse un poco, aunque esperaba no quedarse dormido.

Maldición. Tenía la esperanza de haberle cambiado el turno a Bill o a Paul, pero no fue posible. Y no iba a anular la cita por nada del mundo. Su madre llevaba meses esperando para escuchar a su grupo favorito y no estaba dispuesto a que se llevara una decepción.

Tuvo que engañarla para que la sorpresa fuera aún mayor. Le dijo que no quedaban entradas cuando en realidad hacía semanas que las había comprado. Y, demonios, menuda sorpresa se llevó. A él el grupo de marras le daba igual, de hecho, ni siquiera le gustaba. Se hubiera echado una buena siesta mientras los escuchaba, pero ver la cara de felicidad de su madre merecía todo el esfuerzo del mundo. Ella había sacrificado mucho por sacarlo

adelante. Ahora que tenía un trabajo respetable quería devolverle todo el sudor derramado y permitirle descansar y disfrutar de la vida.

La estática de la radio le sobresaltó. Diantre. Casi se sale de la carretera. Le iba a hacer falta mucho más que café para permanecer despierto todo el turno.

—Keith, contesta. Corto. —El muchacho cambió el vaso de papel por el micrófono de la radio y se lo llevó a la boca.

—Estoy aquí, Betty. Corto.

—El jefe quiere que alguien vaya a echar un vistazo a casa de Gene. Corto.

—La he dejado atrás hace un minuto. Doy la vuelta. ¿Algo en particular? Corto.

—No da con ella. Quiere asegurarse de que está bien. Corto.

—Ok. Ya estoy llegando. Un momento. —Detuvo el vehículo tras un Mercedes de color negro. El Mustang de Gene estaba junto al garaje a la izquierda de la entrada y el coche de alquiler parado justo a su lado. El Mercedes no era de la mujer, estaba seguro, y tampoco lo había visto antes por el pueblo—. Betty, necesito que investigues una matrícula y me digas a quién le pertenece, voy a buscar a Gene. Corto.

Se apeó del vehículo mientras Betty le indicaba que tomaba nota y le dictó una por una las cifras y letras de la matrícula del Mercedes mediante la radio que llevaba sujeta al hombro del uniforme.

No hacía mucho que lo habían aparcado allí, el capó estaba caliente.

Sintió una punzada dolorosísima en el muslo derecho, acompañada del sonido de un disparo. Se tiró al suelo, arrastrándose tras el Mercedes para usarlo de parapeto.

—¡Betty! Me están disparando. Envía refuerzos. —Se quedó mirando el micrófono que pendía de su hombro. El impacto contra el suelo lo había destrozado—. Joder. Mierda. Me cago en...

Llevando la mano a la cadera extrajo el arma reglamentaria de su funda, comprobó el tambor. Estaba cargada. Quitó el seguro y la sujetó con firmeza entre las manos temblorosas.

Debería estar preparado para esto, pero lo cierto es que Brandsbury no era un pueblo en el que pasara nunca nada. Demasiado tranquilo, aunque no últimamente.

Un par de balas pasaron rozándole la cabeza y lo obligaron a cambiar de posición. La pierna le dolía horrores y dejaba un rastro de sangre roja y

brillante sobre la tierra.

Cojeó hasta la parte posterior del vehículo y miró a su alrededor esforzándose por mantenerse oculto. El garaje estaba cerca. Tal vez pudiera correr hasta él y refugiarse al otro lado. Creía recordar que la valla allí detrás estaba incompleta. Si se escabullía en dirección al vasto jardín trasero podría escapar del tirador y llamar a Betty con el móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón.

La voz de Gene lo distrajo. Seguía viva y, por lo lejana que la oía, debía estar en la parte trasera de la casa. Gritaba, lo cual significaba que había más asaltantes. Tenía que ayudarla, pero el tirador disponía de una posición privilegiada en el porche delantero y él no dejaba de sangrar.

«Primera lección del día. Si te matan, no puedes salvar a nadie».

Lanzó un par de disparos en dirección a la casa y aprovechó ese leve momento de desconcierto para correr tras el garaje, pasar por debajo de la cerca y rodar bajo unos setos. Se detuvo a escuchar. Nada.

Apoyó el arma contra su pierna sana y se desabrochó el cinturón. Lo pasó por encima de la herida del muslo y apretó hasta que no pudo soportarlo más. Recuperó el arma, tomó aliento y, sin pararse demasiado a pensar en lo que estaba haciendo, se encaminó derecho al jardín trasero en busca de Gene.

Betty mandaría a alguien. Cuando no tuviera noticias tuyas, enviaría otra patrulla, tal vez a Rick. Él era el más veterano. Rick sabría qué hacer.

—Hijos de... —Keith reprimió un improperio y se recostó cuan largo era en el suelo, bocabajo, con el arma aferrada y apuntando delante de él.

Por un hueco despejado de maleza pudo vislumbrar a Gene.

La mujer estaba siendo arrastrada por un hombre vestido enteramente de oscuro, similar al tirador. Este también llevaba un arma en la mano. Los rizos cobrizos de la joven se enredaban en los dedos del hombre de negro, que tiraba de ellos con fuerza para llevarla al interior de la casa.

Gene no cesaba de sacudirse y gritar debido al dolor, pero al menos no parecía herida.

Keith sacó su móvil del bolsillo. Fuera de cobertura.

—Joder.

Tenía que pensar en algo, no podía dejar a la joven con esos tíos. Podían hacerle cualquier cosa.

La herida de la pierna le ardía y empezaba a encontrarse mareado. Una noche en vela, sumado a una ingente pérdida de sangre y una descarga de adrenalina. En realidad, no era buena idea pensar en moverse de su

escondrijo. Empezaba a ver borroso. No quería usar su arma si no estaba seguro de a quién disparaba. Podía dañar a Gene y no se lo perdonaría nunca.

Todavía recordaba las veces que le hizo de niñera cuando eran más jóvenes. Ella siempre le llevaba galletas y nunca lo trataba como si fuera un crío. Tampoco lo miraba diferente porque su casa fuera una chabola destartada y apenas tuviera cosas bonitas. Ni mencionaba nada sobre sus zapatillas viejas y gastadas o sobre que la ropa le quedara grande. Lo ayudaba con los deberes y a veces lo invitaba al cine. Y compartían las palomitas. Había sido su primer amor, aunque nunca se lo confesó y cuando al fin se armó de valor, ella se había ido a Madrid, a la universidad.

Ya estaban dentro, no lo verían si corría hacia la casa. Recordaba cómo era el plano de la vivienda. La había registrado hacía solo dos noches. Si los pillaba por sorpresa, quizá tuviera una oportunidad.

—Suelta el arma. —La aguda voz resonó a su espalda. Maldijo por lo bajo.

«Lección número dos del día. Nunca, jamás, dejes de vigilar tus espaldas».

Voltearse, golpear en la entrepierna y disparar. La vista cada vez se emborronaba más, pero a esa distancia no fallaría y no le importaba dónde le acertase mientras una de sus balas acabara hundiéndose en el tirador.

—¿No me has oído, muchacho? El arma. Ahora.

Keith giró sobre su estómago tan rápido como le fue posible, dobló la rodilla de su pierna ilesa y la apuntó a la entrepierna que tenía frente a él.

Un disparo y un golpe seco. Eso fue todo lo que pudo oír antes de perder el conocimiento.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

—Tranquila, señorita Hanglin. —La voz del hombre que portaba el arma era profunda y magnética, pero sus ojos eran fríos e impersonales. Le dio miedo enseguida, lo habría hecho, aunque no llevara un arma en la mano —. Al señor Stone le gustaría que nos acompañara, si es usted tan amable.

—N... no. ¡No! —gritó presa de una poderosa ira. ¿Es que acaso no podían dejarla en paz?—. No pienso ir a ningún sitio. Ya tiene lo que quería. Tiene el retrato. Esto ya no es asunto mío.

—Señorita Hanglin, no pienso volver a repetirlo. Puede

acompañarnos por las buenas o por las malas. De igual modo vendrá con nosotros.

A Gene no le gustó cómo sonaron sus palabras. Resultaba intimidante y amenazador y los otros dos hombres, los que guardaban silencio, tampoco le gustaron.

Al fondo se escuchó el sonido de un motor acercándose a la propiedad. El del arma hizo un gesto al hombre que estaba a su derecha y este salió del invernadero y desapareció.

Gene se lamió los labios, indecisa, con la carpeta azul aún entre las manos. Extrajo un papel de su interior y se lo mostró al tipo que la amenazaba.

—Es el contrato. Lo acabo de encontrar, lo quemaré ahora mismo. No hace falta ir a ningún sitio, el retrato es suyo... —Un disparo la interrumpió e hizo que soltara la carpeta. Los papeles se desperdigaron por el suelo del invernadero y Gene se agachó a recogerlos.

Al ver acercarse al hombre con el arma no se lo pensó dos veces, rodó sobre sí misma tras una de las amplias mesas sobre las que descansaban decenas de macetas de flores de todas clases y se arrastró con desesperación, buscando un lugar en el que esconderse de aquellos tipos.

Una mano se cerró fuertemente sobre su nuca y la obligó a ponerse en pie cuando ya estaba a medio camino de la puerta que daba al cobertizo. Gene gritó, se retorció tratando de liberarse y lanzó una patada hacia atrás, directa a la espinilla de su aprehensor. Por desgracia falló. El pie golpeó el aire y ella perdió el equilibrio, tropezando con la puerta cerrada y lastimándose la cadera. La mano que la mantenía sujeta tiró de ella hacia atrás, abrió la puerta con la del arma y, a continuación, la empujó hacia delante. Sintió un dolor lacerante en la frente, algo cálido y pegajoso derramándose por la sien hasta la mejilla izquierda y un fundido en negro que la cegó momentáneamente.

Se volvieron a escuchar disparos.

Al volver a abrir los ojos, se encontró tirada de espaldas en el suelo, alguien la agarraba del pelo en aquel momento y la arrastraba por la tierra en dirección a la casa.

Trató de sujetarse a algo, pero se sentía mareada y el dolor en la raíz del cabello era tan intenso que pensó que le arrancarían el cuero de un tirón. Se llevó las manos a la cabeza tratando de detener la agresión, pero sin alcanzar al asaltante. Gritaba y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Al salir al exterior, el sol de la tarde le dio de lleno en los ojos. Se arañó la pierna con un guijarro afilado del jardín, el vestido se enganchó entre las hojas de unos cardos que crecían salvajes entre los árboles frondosos de Dark Garden y la quemazón que sentía en la raíz del cabello se intensificó.

Chillaba y pataleaba con todas sus fuerzas, retorciéndose e intentando que la soltaran, sin conseguirlo. Cuando quiso darse cuenta, cuatro manos la agarraron por los brazos y la hicieron poner en pie. Le ataron las muñecas a la espalda y le cubrieron la cabeza con una especie de capucha de tela negra.

Ya no oía disparos. Fuera quien fuese quien se había acercado a la casa a esas horas, ya debían haberlo encontrado. Esperaba que no fuera Cox o alguno de sus amigos.

«Por Dios, que no fuera Claire».

Se preguntó, mientras trataba de serenarse y encontrar algún modo de librarse de aquellos tipos, dónde estarían el agente y Erik. ¿Es que acaso les habría sucedido algo? ¿No lo habían llevado el cuadro a Stone? Pensó mientras las lágrimas corrían de nuevo por sus mejillas, que tal vez Erik no querría permanecer preso por más tiempo, que tal vez no hubiera estado dispuesto realmente a entregarse. ¿Y si había hecho daño a Dave? Jamás se perdonaría que el agente sufriera daño por su culpa.

Tenía que volver sano y salvo junto a su mujer y su hija. Necesitaba saber qué es lo que estaba pasando. Dónde estaban los dos hombres. Pero aquellos tipos no le daban ninguna explicación. Ella solo quería que aquello acabara de una vez, recuperar su vida.

Dos disparos más hendieron el aire.

Volvió a gritar y uno de aquellos hombres le clavó el puño en el estómago para silenciarla. Cayó al suelo de rodillas boqueando a través de la tela que la ahogaba, tratando de recuperar el aire. El golpe fue brutal, como si el ombligo chocara contra la columna vertebral. Se le vaciaron los pulmones y quedó doblada sobre sí misma, incapaz de moverse o pensar. Las lágrimas le escocían en los ojos, la tela de la capucha se le adhería a las mejillas y se le metía en la boca con cada bocanada que conseguía dar.

De nuevo se vio alzada por dos manos invisibles que la mantuvieron en pie y la obligaron a caminar, sosteniéndola cada vez que tropezaba con algo.

Palpó el suelo de madera del porche bajo su pie descalzo, perdió una de las zapatillas mientras la arrastraban por el jardín. Poco después, la frialdad del suelo del salón le indicó que estaban en el interior de la mansión

y se dirigían hacia la puerta principal.

Sus captores permanecían en silencio. Intentó hablar. Convencerlos de que ya no tenía el retrato, que Davis y el propio Erik iban camino a entregárselo a Stone, pero recibió una bofetada a través de la tela. En esa ocasión, estuvo segura de que le había reventado el tímpano. Un irritante pitido amortiguó la voz del sicario que amenazaba con volver a abofetearla si les daba problemas.

Acababan de cruzar la casa y sintió la gravilla del camino delantero bajo los pies.

El hombre que tiraba de ella la lanzó al suelo con brusquedad. Cayó cuan larga era, parando el golpe con el hombro derecho y el costado. Reprimió un grito de dolor y se mordió el labio inferior al hacerlo. Sintió el sabor salado de la sangre en la boca y le entraron náuseas.

Escuchó disparos y gritos a su alrededor, pero no podía ver nada. Culebreó por el suelo tratando de alejarse de los sonidos y llegar a algún sitio seguro donde poder enderezarse y sacarse la capucha. La falda del vestido se arrugaba alrededor de sus muslos y se llenaba de polvo del camino. La gravilla se le clavaba por todas partes y le costaba un gran esfuerzo respirar.

Poco a poco los disparos se acallaron y apenas escuchaba golpes y jadeos a su espalda. La volvía loca no saber lo que estaba pasando, pero no tenía tiempo para elucubraciones, tenía que encontrar un lugar apartado lo antes posible.

Alguien la retuvo por los hombros, le dio la vuelta y la tomó en brazos. No se oía más que los pájaros y el ulular del viento a través de las copas de los árboles. Se resistió aún a sabiendas que podía recibir un nuevo puñetazo o quizá algo peor, pero lo único que quería en aquel momento era escapar.

Caminaba de regreso al interior de la mansión. Empezó a subir las escaleras cargando con ella. Gene no entendía nada, ¿qué era lo que pretendía llevándola arriba?

El colchón se hundió bajo el peso de su cuerpo, el agresor acababa de depositarla en la cama. Sintió terror, su mente solo era capaz de recordar aquella noche fatídica en que bajó a la cocina y alguien la esperaba con oscuras intenciones.

—¡No! —El grito salió solo, sin planearlo—. Suéltame, maldito hijo de puta. No me toques. —Lanzaba patadas a ciegas tratando de acertarle y alejarlo de ella.

—Gene, Gene, basta. Para. Si sigues pensando así, no podré liberarte. Al oír la voz, Gene se detuvo.

Reconocerla la dejó petrificada por un instante, el tiempo suficiente para que el hombre la tomara de los hombros, le diera la vuelta de costado y pudiera desatarle los brazos. En cuanto se sintió libre recuperó la movilidad y no tardó en saltar de la cama por el otro lado, sacarse la capucha de la cabeza y quedarse allí, mirándolo con los ojos desorbitados por el miedo.

Erik la contempló con expresión atormentada.

Tenía un aspecto horrible. El cabello revuelto se le pegaba a la cara, estaba sudorosa, con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Un feo corte en la frente sangraba por el lado izquierdo del rostro. El labio también sangraba allí donde se había mordido al ser arrojada al suelo. El precioso vestido amarillo estaba roto por varios sitios, arrugado y lleno de tierra y suciedad. Se había raspado las rodillas, que también sangraban, y había perdido una de las zapatillas. Y estaba seguro de que en breve comenzarían a aparecer los moretones por su blanca y tersa piel.

Lo único que deseaba, más que nada en aquel momento, era abrazarla. Sentir su menudo y tembloroso cuerpo contra su pecho, consolarla y confortarla, sanar sus heridas y besarla. Pero sabía que aquello estaba fuera de su alcance. En vez de eso, se retiró y alzó las manos con las palmas vueltas hacia ella en señal de rendición.

—No debes temerme. Solo —No quería decirlo, pero ya le había causado bastante dolor a la joven, estaba aterrorizada y era el único modo de que se tranquilizase—, solo desea que vuelva con Davis y no me verás más. Le dijo a Betty que mandara a todo el departamento hacia aquí, no tardarán en llegar y estarás a salvo con ellos. Esos tipos ya no pueden hacerte ningún daño.

—¿Cómo has...? —Le temblaba la voz al hablar—. Espera, no me lo digas. ¿Lo deseé?

—Querías saber por qué no habíamos entregado el retrato. —Estuvo a punto de añadir que también quiso averiguar si había traicionado al policía. Le dolía que pensara en él de ese modo, jamás la traicionaría. Pero si ella dudaba de él, era totalmente culpa suya y de nadie más. No podía echárselo en cara, no después de lo que le dijo esa mañana—. No es exactamente lo mismo que desear que viniera a ayudarte, pero la mayoría de los deseos son imprecisos y me dejan cierto margen. Justo el necesario para interpretar que querías que viniera, y eso hice. —El hombre se encogió de hombros y se

volvió dispuesto a abandonar la habitación.

Le dolía dejarla así. Tan maltratada y asustada. Pero lo que más le dolía era ver esos ojos que habían sido verdes y brillantes, apagados y sin vida, enrojecidos y cubiertos de lágrimas. No soportaba verla llorar.

—Pues si quieres cumplir mi deseo, Erik, entrégale ese maldito retrato de una vez para que deje de intentar recuperarlo. —La voz salió estrangulada de su garganta. Se retiró el cabello de la cara y se secó las mejillas con furia mientras bordeaba la cama para dirigirse al baño. Quería encerrarse allí dentro y perderlo de vista de una vez.

Habían estado a punto de matarla de nuevo o Dios sabía qué y todo por un hombre que no hacía más que mentirle y jugar con ella todo el tiempo.

Aunque las palabras salían de sus labios, no llegó a formular el deseo, pues estaba más interesada en encerrarse lejos de él que en sacarlo de su casa.

Las sirenas sonaron de fondo.

La dulce voz de *Enya* y su *Only Time* llenó la habitación. La mujer se giró, provenía de Erik. El hombre extrajo el móvil de Dave de su bolsillo y se quedó mirando la pantalla.

Gene se lo arrebató de las manos y descolgó.

—¿La tienes?

—¿Dave?

—Gene. Por todos los santos. ¿Estás bien? ¿Ha llegado a tiempo? — La joven respiró aliviada al escuchar la voz de su amigo. Al parecer, sus sospechas sobre una posible traición eran infundadas.

—Sí, Dave. Estoy bien. Ahora mismo lo mando de vuelta... ¿qué?

—Que tiene que quedarse contigo, ni se te ocurra desear que se marche. ¿Me has oído? No te separes de él.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no habéis devuelto aún el retrato? Tiene que... pero... Es para ti. —Se giró con el brazo extendido y le tendió el móvil a Erik confusa.

El hombre lo tomó de su mano con cuidado de no tocarla para no provocar aún más su ira, que parecía ir creciendo por momentos. Imitándola, se llevó el aparato al oído.

—¿Qué ocurre?

—Escucha. Stone sigue negándose a hablar conmigo. Betty ha conseguido decirle que el retrato estaba en camino, pero le ha colgado todas las veces. Erik, creo que no es solo el retrato lo que Stone quiere.

—Tienes razón. Tres hombres intentaban meterla en un coche y

llevársela de aquí.

—En ese caso no podemos entregarle el retrato. No creo que vaya a parar cuando lo tenga. Voy de camino. Mis hombres tienen orden de dejaros marchar.

—¿Marcharnos a dónde? ¿De qué estás hablando?

La mujer intentaba escuchar lo que el agente le estaba diciendo, pero no podía entender nada de su conversación.

¿Marcharse? Por supuesto, pero de regreso a Madrid. Pondría la mansión a la venta, que se la quedara el pueblo o Stone o una banda de sectarios, le daba igual. Ella solo quería volver y sumergirse en sus códigos informáticos y encerrarse en su piso y olvidarse de Dark Garden, de Erik y de todo lo que tuviera que ver con cuadros malditos. Estaba harta.

Erik colgó el teléfono al cabo de unos minutos. Gene se sostenía a duras penas.

—Bajaré a hablar con los agentes, ya casi han llegado. —Las sirenas se escuchaban ahora con toda claridad—. Así te dejaré tiempo para que te cures esas heridas y puedas cambiarte y coger algunas cosas. Después nos vamos.

—No voy a ningún sitio contigo. —Las palabras restallaron como el chasquido de un látigo en sus oídos, pero no pudo reprocharle nada.

Aunque el odio que destilaban sus preciosos ojos enrojecidos le taladraba el alma.

—Perdóname, no quise que sonara como una orden. Tú eres la única que puede darme aquí —insistió, recordándole que ella era la dueña y él el esclavo, que no debía temerle—. Davis quiere que vayamos a la casita del árbol. Dijo que tú lo entenderías. Que se reunirá ahí con nosotros. Es por tu seguridad. —Gene no se dejaba convencer. Esta vez no—. Genevieve, por favor. Méteme en el maletero del coche si quieres, dejaré que me ates y me amordaces si con eso te vas a sentir más segura. Pero tenemos que hacer lo que él dice.

Tal vez fuera el hecho de que usara su nombre completo a pesar de lo mucho que parecía costarle hacerlo o quizá la imagen del enorme hombretón encogido y amordazado en el maletero del viejo Mustang o el brillo derrotado en sus ojos. Como fuese, consiguió que alzara levemente la comisura del labio en una sonrisa cansada y asintiera con la cabeza.

—Bajaré en un momento. Si has dejado alguno con vida, quizá puedas intentar sonsacarles algo de información. Si se interpone alguien,

llama a Dave. —Señaló el móvil y le indicó cómo marcar su número para contactar con él.

Luego cogió algo de ropa y se encerró en el baño.

Entonces fue cuando el hombre se permitió soltar el aire que tenía retenido en los pulmones, aliviado porque hubiera cedido con tanta rapidez.

Bajó las escaleras y se encaró con el primer agente que le salió al encuentro. El policía lo reconoció por la descripción que Keith le había hecho de él y lo saludó con cortesía antes de dejarle el paso libre.

Ninguno se interpuso cuando vieron cómo levantaba con un solo brazo al que quedaba con vida, estrellándole contra una de las columnas del porche de la entrada.

Erik había aparecido justo a tiempo para evitar que el tirador le abriera un agujero en la cabeza al muchacho. Le sujetó el brazo del arma, desviando el disparo y a continuación lo arrojó de cabeza contra un árbol. El tirador se resistió, forcejearon y el arma se disparó, dando de lleno en el pecho del sujeto.

El policía yacía inconsciente en el suelo. Erik hubo de zarandearlo un par de veces para que recuperara la consciencia. Cuando lo hizo, el joven lo reconoció enseguida y lo mandó en busca de Gene. Tras asegurarse de que el muchacho no corría peligro inmediato, le entregó la pistola y salió como un rayo en busca de la mujer.

A sus espaldas, el cuerpo del tirador yacía junto al de uno de los agresores. Este segundo con el pecho cosido a balazos y graves golpes y magulladuras. El factor sorpresa le dio una gran ventaja, pero sus contrincantes eran profesionales y le costó derribarlos. El tercero, el que había osado maltratar a la mujer, iba a sufrir toda la ira acumulada que le quedaba. Si no contestaba a sus preguntas, haría que deseara estar muerto, como sus compañeros.

La espalda se estrelló fuertemente contra la columna y esto hizo que recobrar el sentido de golpe. Comenzó a sacudirse tratando de librarse de su amarre. Observó a los agentes allí reunidos que asistían al espectáculo inmóviles, sin hacer el menor gesto por detener al hombretón que lo mantenía preso.

—Ellos no van a intervenir —le dijo sin aflojar la presión que ejercía sobre él—. ¿Qué ibais a hacer con la mujer?

El hombre guardó silencio. Volvió a golpearlo contra la columna antes de dejarlo caer al suelo y proceder a tomarlo de la mano derecha y

romperle dos dedos sin apenas respirar. El alarido hendió el aire e hizo que los agentes, algunos de los cuales comenzaban a recabar pruebas y retirar los cuerpos del lugar, se detuvieran a mirar. Pero tal y como había vaticinado aquel gigante enfurecido que le maltrataba, no tenían intención de pararlo.

—Seguiré con los otros ocho y con cada hueso de tu cuerpo si es preciso —le amenazó tomándole la mano sana y dispuesto a romperle otro dedo.

—Nuestras órdenes eran llevarla con el señor Stone.

—¿Qué quiere Stone de ella?

El hombre gruñó y apretó los labios.

—Repito. —Volvió a alzarlo en el aire—. ¿Qué quiere de ella?

—No... no lo sé. Solo teníamos órdenes de llevarla hasta su casa. Nada más. Es la verdad.

—¿Ibais a matarla? —Le apretó el cuello contra la madera, al borde de perder la poca paciencia que le quedaba.

—Nosotros teníamos órdenes de llevarla con vida.

—¿Y él? ¿Iba a hacerle daño él? —Apretó un poco más.

—Ya... te... he... dicho —Le costaba hablar— que... no... lo... sé.

Y era cierto, lo sabía. No era la primera vez que interrogaba a un hombre. Lo hizo otras veces en la guerra. Pero le daba igual. Vio cómo abofeteaba a su preciosa ninfa y la arrojaba al suelo sin miramientos. No se contuvo por más tiempo. Le partió el cuello y dejó que el cuerpo inerte cayera a plomo sobre el suelo. Jamás volvería a poner un dedo sobre Genevieve.

Al volverse la vio. La cara limpia de sangre, el labio amoratado e inflamado sobre el que empezaba a formarse una costra. El cabello recogido en un moño bajo y descuidado.

Llevaba una gasa y esparadrapo sobre la herida de la frente, que ya no sangraba. Se había puesto el short vaquero que dejaba ver sendas tiritas en sus rodillas raspadas, un jersey beige calado de manga larga y las zapatillas de gatitos del día anterior. Tenía un par de bolsas de viaje en una mano y las llaves del coche y un pequeño bolso de mano en la otra. Miraba el cadáver del sicario con los ojos vacíos de emoción. Pero no fue eso lo que asustó a Erik. Lo que verdaderamente le dio miedo es que no la había oído llegar. Los pensamientos de la mujer no lo golpeaban como solía hacer siempre. Había silencio entre ellos, y eso le heló la sangre en las venas.

—Coge esto y espérame junto al Mustang. —Su voz sonaba fría,

impersonal.

Le tendió las bolsas de viaje y luego bordeó la casa hasta el jardín trasero.

Erik la siguió con la mirada y vio cómo pasaba junto a los cadáveres de los agresores sin apenas parpadear. Comprendió que debía estar en estado de shock. Tarde o temprano acabaría derrumbándose y, para entonces, esperaba que le permitiera consolarla. No dudaba de la fortaleza de la mujer, pero había sido agredida violentamente en varias ocasiones, ya no lo veía como un aliado en el que refugiarse. La soledad, el miedo, la ira, la frustración, todo ello acabaría pasándole factura en un momento u otro.

Minutos después la joven regresaba con una carpeta azul sujeta bajo el brazo. Se había puesto unas enormes gafas de sol que le ocultaban los ojos y se dirigía con paso firme hacia el vehículo.

Abrió el maletero con las llaves que tenía en la mano, arrojó dentro la carpeta, el bolso y le indicó que metiera dentro las bolsas. Cerró de un portazo y se metió en el asiento del conductor.

No parecía que se hubiera tomado en serio lo de amordazarlo y encerrarlo atrás, así que él hizo lo propio en el asiento del copiloto. Se abrochó el cinturón y se dejó guiar de nuevo por ella en completo silencio.

Nadie les impidió salir de la propiedad. Tenían órdenes de Davis de dejarlos marchar y ocuparse del resto mientras él llegaba.

La mujer condujo sin apartar la vista de la carretera. Ambos estaban tensos. Ella no lo quería cerca, le molestaba tenerlo al lado y no hacía falta escuchar sus pensamientos para saberlo. Decidió respetar su espacio y se mantuvo en silencio. De haber podido, se hubiera encogido hasta hacerse minúsculo con tal de que ella se olvidara de que estaba allí y estuviera cómoda.

Al cabo de una hora de viaje, en la que no se escuchaba nada más que el ronroneo del motor del coche, la joven tomó un desvío hacia una estación de servicio y frenó al lado de uno de los surtidores.

Se miró un momento en el retrovisor. Levantó las manos del volante y soltó varios mechones de pelo que usó para cubrir la herida de la frente. Se pasó una barra de labios que llevaba en el bolso y que disimuló el corte, aunque no la inflamación del labio y, a continuación, sin desprenderse de las gafas de sol, se apeó del vehículo derecha al establecimiento.

Erik no sabía si debía seguirla o no, así que, finalmente, optó por acompañarla y mantenerse a una distancia prudencial.

Gene cargó una cesta y recorrió el pequeño supermercado que compartía el establecimiento con la gasolinera, llenándola con algunos productos básicos y algo de comida y bebida. Se dio cuenta de que necesitaría una segunda cesta por lo que, sin mediar palabra, soltó la que acababa de llenar en brazos del hombre y se dispuso a llenar una segunda.

Cuando tuvo todo lo necesario, se dirigió hacia la caja para pagar la compra y unas libras más por la gasolina.

La voz del muchacho que había tras la caja le distrajo.

—Si tienen intención de bajar hacia la costa, les advierto de que hay un atasco monumental —le informó el dependiente, un muchacho joven de pelo negro y rizado y ojos marrones que estaba babeando desde que vio entrar a Gene en la tienda.

—Gracias por la advertencia —contestó ella con amabilidad. Hizo una pequeña pausa mientras se inclinaba levemente, dejando ver la curva de su escote y leía el nombre escrito en la placa de la pechera de su camisa—, Justin. En realidad, mi hermano y yo íbamos hacia Snowdonia a hacer un poco de turismo rural con unos amigos. —Le sonrió con dulzura y le rozó la mano al recoger la vuelta que él le tendía—, me temo que nos comeremos el atasco igualmente. —Fruunció los labios con fingido disgusto y el muchacho, que no había podido apartar los ojos de ella ni un instante, se entristeció al escucharla.

—Bueno, al menos el paisaje es bonito —dijo como si quisiera animarla.

—Estoy segura de ello. Gracias por todo, Justin. Eres un encanto.

Se giró para tenderle la compra a Erik y, tras dedicarle, por encima de las gafas de sol, una caída de ojos digna de la más sensual actriz de Hollywood al muchacho, se encaminó de regreso al coche dejando que él llevara todas las bolsas. Mientras las metía en el maletero, Gene llenó el depósito del Mustang y poco después estaban de nuevo en la carretera.

A Erik le sorprendió la actitud de la mujer. No tuvo ningún problema en coquetear con el dependiente. Sin embargo, su rostro, ahora, volvía a ser una fría e inexpresiva máscara.

No le gustó oírle decir que eran hermanos, tuvo que morderse la lengua para no replicar. Al fin y al cabo, ¿qué hubiera dicho, que ella era su dueña? ¿Y él, el capullo que le había destrozado la vida?

Lo que realmente hacía que le hirviera la sangre era verla tontear con el chico. Le hubiera gustado reclamarla como suya, pero no tenía ningún

derecho a hacerlo. Gene no era suya. En el fondo sabía que jamás lo había sido, aunque la anhelaba con todas sus fuerzas. ¿Cómo era posible que aquella mujer hubiera puesto su mundo patas arriba? Era increíble que tuvieran que pasar más de trescientos años para que él se sintiera posesivo y... ¿celoso? Por desgracia, no era digno de ella y esa losa era mucho más pesada de llevar que todas las atrocidades que marcaban su vida.

El timbre del móvil los sobresaltó a ambos. Erik se removió en el asiento tratando de sacarlo del bolsillo del vaquero. Cuando lo tuvo en la mano, Gene alzó el brazo y pulsó el botón del manos libres en la pantalla.

—¿Dónde estáis? —Era la voz de Davis a través del aparato.

—A veinte minutos.

—Bien. Yo estoy llegando a Brandsbury ahora. Escúchame, Gene. Voy a quedarme aquí para resolver esto. Tengo que ocuparme de los cadáveres que habéis dejado y contactaré con Stone por la vía legal. Ha enviado a esos matones a tu casa, y él no está por encima de la ley. Conseguiré que lo detengan y acabaremos con esto. Pero tienes que darme tiempo para movilizarlo todo. ¿Entiendes? ¿Gene? —La mujer mantenía la mirada fija al otro lado del volante, parecía ajena a la voz que sonaba desde el aparato.

Erik había empezado a levantar la mano para tocarla en el hombro cuando ella reaccionó. Parpadeó varias veces y habló.

—No te preocupes. Esperaré lo que haga falta. Tú ocúpate de Claire y la pequeña. Dave, por favor, esa debe ser tu prioridad, asegúrate de que estén a salvo. No sabemos qué más puede intentar Stone. Si les pasara algo, no me lo perdonaría.

—Tranquila. Esto no es culpa tuya, Gene. Stone va a tener que dar muchas explicaciones. Te lo aseguro.

—Dave, ¿puedes asegurarte de poner a salvo el retrato? Lo tienes tú, ¿verdad?

—Sí. Y está a buen recaudo. No te preocupes. Gene —La voz del agente dudó un instante, pero finalmente preguntó—, ¿estás herida? ¿Necesitas atención médica?

—Estoy bien.

Erik la miró desconcertado. Estaba de todo menos bien. Abrió la boca para pedirle a Dave que enviara a alguien. Gene lo fulminó con la mirada y tuvo que contenerse. No quería hacerla enfadar aún más.

—Está bien. Me alegro. Oye... ¿está Erik contigo?

La mujer se volvió a mirar al hombre que tenía a su lado y que no alzaba la vista del teléfono.

—Por el momento —se limitó a decir ella.

A él le tembló un músculo en la barbilla al oírla.

—Escúchame. No se te ocurra deshacerte de él. No quiero que te quedes sola. Estaréis a salvo en la casita del árbol. Pero no te arriesgues. No le digas a nadie dónde estáis y procurad pasar desapercibidos. ¿Os ha visto alguien?

—Solo el chico de la estación de servicio, pero le dije que íbamos al parque de Snowdonia de turismo rural con unos amigos y estaba demasiado ocupado mirándome el escote para acordarse de nada más.

—Bien. Chica lista. —Erik la miró alucinado. Sí. Su Geney era una chica de lo más inteligente.

—¿Algo más, papá? —No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Erik —añadió Dave un instante después—, cuida bien de ella. ¿Me has entendido?

—Lo haré —contestó el hombre haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz.

Y justo en ese momento ella alzó la mano y colgó el teléfono antes de que el agente pudiera añadir nada más.

Erik volvió a meter el aparato en el bolsillo y se quedó contemplando la expresión en el rostro de la mujer.

No había mentido. Haría todo cuanto estuviera en su mano por protegerla. No permitiría que volvieran a hacerle daño. Necesitaba que ella lo supiera, que dejara de temerle.

—Gen...

—¿Acaso te he dado yo permiso para hablar? —Su tono destilaba bilis por todas partes, así que cerró la boca y la dejó conducir.

Se sentía de lo más miserable. No tenía derecho a pedir nada a aquella mujer que estaba viviendo un infierno por su culpa. Por un pecado que llevaba más de trescientos años arrastrando.

Si Stone no se limitaba a aceptar el retrato y la dejaba en paz, no sabía cómo iba a librarla de aquello. Pero si tenía que enfrentarse a él y todo su poder lo haría. Lo que fuera si con ello conseguía ponerla a salvo. Pues ni siquiera aspiraba a lograr su perdón. Se contentaría con devolverle la vida que tan injustamente él se había ocupado de arrebatarse.

XXIII

—El que no entiende nada es usted. Me da igual si tengo que recorrer medio planeta, necesito llegar a Londres lo antes posible.

El hombre alzó las cejas con disimulado disgusto y volvió a teclear con los ojos fijos en el terminal que tenía delante. Movi6 el rat6n sobre la alfombrilla y puls6 varios clics antes de volver a teclear de nuevo.

Celaya se aferraba al mostrador con las u6nas, con medio cuerpo inclinado hacia delante, tratando de captar algo de lo que el monitor le mostraba al empleado del aeropuerto.

Gene no contestaba al tel6fono. Estaban conversando a trav6s de Skype cuando la mujer dej6 a medias la conversaci6n. Hab6a enviado varios mensajes por SMS y WhatsApp a su m6vil, la llam6 en repetidas ocasiones sin respuesta alguna, al m6vil y al fijo que ten6a de la casona. Nada. Luego empez6 a llamar a Davis, que tambi6n tard6 lo suyo en dignarse a coger el tel6fono.

Cuando finalmente lo hizo, las noticias que logr6 desentra6nar de su compleja conversaci6n lo dejaron al borde de un ataque de nervios, mayor que el que ten6a antes de hablar con 6l. No entend6 todo lo que el agente trataba de explicarle, excepto que Gene estaba en serio peligro y hab6a tenido que ocultarse por un tiempo, que 6l estaba intentando hacer todo lo posible por solucionarlo.

Eso no le bastaba.

Apreciaba de verdad a Gene.

En algunas ocasiones se permit6a fantasear con la idea de pedirle una cita y que ella aceptara la invitaci6n.

Se ve6a sentado frente a ella en un elegante restaurante. 6l llevar6a un traje. S6, porque Gene merec6a el esfuerzo. Y ella estar6a radiante con un precioso vestido ajustado marc6ndole la figura, nada muy obvio, discreto y fino, como era ella. Charlar6an de tonter6as, cosas sin importancia, tal vez del trabajo, de sus aficiones, la 6ltima pel6cula que hab6an visto. Ella tendr6a las mejillas encendidas por el vino. 6l se comportar6a como todo un caballero.

Un paseo quizá, después de la cena, por el parque que quedaba cerca de su casa, a la luz de las estrellas. La dejaría frente al portal, no muy tarde y se quedaría allí plantado, rogando porque la mujer quisiera despedirse con un beso.

No se atrevía a imaginar cómo sería si quisiera dárselo en los labios. Le parecía de mal gusto pensar en ella así, con su boca pegada a la de él. Pero en la mejilla. Sí, Celaya se contentaría si ella quisiera acercarse tanto como para besarle en la mejilla. Pero un beso de verdad, no esos besos rápidos que se daban al encontrarse o despedirse después de estar unos días sin verse. No. Sería un beso lento, suave, cálido. Hermoso como ella.

—Puedo embarcarle en un vuelo que sale dentro de veinte minutos con destino a Granada, y desde ahí sale un vuelo directo a Londres. Avisaré al aeropuerto para que le faciliten hacer el cambio cuando llegue allí y tenga tiempo de embarcar.

—Hágalo. Deprisa, por favor. Es una situación de vida o muerte. — Lo repitió hasta la saciedad, aunque esperaba equivocarse.

No podía pensar en la alegre pelirroja muerta. Ni podía, ni quería, ni lo haría. Pero el hombre del mostrador no tenía porqué conocer tantos detalles.

Media hora después estaba acomodado en su asiento con destino al sur. Llegaría en unos cuarenta y cinco minutos y luego unas tres horas y media hasta Londres. No era lo deseable, dadas las circunstancias, pero esperar al vuelo de la mañana hubiera sido mucho peor.

En cuanto despegaron y les permitieron encender de nuevo los dispositivos móviles, Celaya tomó el suyo entre las manos y se encargó de alquilar un coche con el que llegar de Londres a Brandsbury, con GPS, insistió en esto último. La batería de su móvil no aguantaría tanto.

Se quedó mirando la pantalla sin saber qué hacer. Sara todavía ignoraba lo que le estaba ocurriendo a Gene. Al menos eso creyó entenderle a Cox. Era la mejor amiga de la pelirroja, como su hermana.

Abrió la aplicación de WhatsApp y comenzó a teclear. A mitad de camino borró el mensaje. Empezó de nuevo. Volvió a borrarlo. Diantres. ¿De qué serviría preocuparla a ella también? Sería mejor esperar. Llegaría a Brandsbury, daría con la mujer, y luego, juntos, llamarían a Sara y se lo contarían todo.

Miró la hora en la pantalla del aparato. Los minutos no avanzaban.

«Mírate. Cogiendo un avión, hecho un manojo de nervios, por una

mujer que, sencillamente, ni sabe lo mucho que te gusta. Qué estúpido».

Y no solo eso. Por lo que él sabía, Gene no estaba sola. Recordaba la conversación del día anterior. Un viejo amigo de la universidad. Y estaba con ella. Los dos solos en esa enorme casona aislada de todo y todos. Los celos lo carcomían por dentro, pero ¿de qué servía fustigarse de ese modo? Gene era una mujer libre y él ni siquiera se había atrevido a insinuarse. Tenía todo el derecho del mundo a estar con quien quisiera.

¿En qué momento decidió que quería tener a Gene en su vida?

Todavía recordaba cuando la vio entrar en la sala de reuniones. Vestida con un vaquero oscuro y una sencilla camisa de color amarillo. Llevaba el pelo recogido en una cola alta, pero los rizos se escapaban y le caían frente al rostro y ella no paraba de intentar metérselos tras las orejas.

Necesitaba que su oficina le enviara a alguien para endosarle un marrón, uno de los gordos. Si no lo resolvían pronto, perderían la cuenta del cliente, y era muy sustanciosa. No podían permitírselo sin que hubiera consecuencias de la dirección de su empresa.

Era la viva imagen de la serenidad.

Escuchó todas y cada una de sus palabras con la mayor concentración, tomando notas en un gastado cuadernillo de Hello Kitty nada profesional sin dejar de jugar con la cadenita que llevaba colgada al cuello.

Cuando acabó de explicarle todo lo que se requería de ella, casi estuvo tentando de disculparse por meterla en semejante aprieto. Y ella debió de notarlo, porque sonrió, y era una sonrisa que le llegaba a los ojos. Le puso una mano en el hombro asegurándole que tendría el problema resuelto en menos de tres semanas. Fueron dos.

Dos maravillosas semanas en las que trabajaron codo con codo durante horas, días enteros, con sus tardes y sus noches, hasta altas horas de la madrugada, comiendo comida basura y asaltando la máquina de dulces del pasillo. Pero el problema estuvo resuelto y él ya no se vio capaz de desprenderse de ella.

Supuso que ya le gustaba desde entonces, desde que la vio entrar caminando tan segura y decidida.

Él era su superior. Tal vez se sentiría molesta si la invitaba a cenar. El acoso laboral estaba en auge en aquel momento, no quería que se sintiera incómoda con la petición. Y ella se le adelantó.

Iba a pasar solo las navidades, no era nada nuevo. No estaba casado, no tenía hijos, su trabajo era su mejor amigo y su padre pasaba la mayor parte

del tiempo en una residencia donde se ocupaban de su Alzheimer. Pero claro, Gene no podía permitir que nadie pasara solo la Nochebuena, aunque lo hubiera hecho cada año desde ya ni se acordaba.

Sara y ella daban una fiesta en su piso, unos pocos amigos de la universidad y del hospital donde Sara trabajaba, también irían algunos compañeros de la empresa, del anterior proyecto de Gene. Celaya no conocía a nadie, pero cuando ella le rogó que fuera, que no podía pasar solo una fiesta así, no supo negarse. No quiso, en realidad.

Allí conoció a la tía de Gene, la adorable anciana que la había criado desde niña y que se empeñó en pasar las navidades en España con su sobrina, a pesar de lo mucho que a la joven le preocupaba que su tía hiciera un viaje tan largo sola.

Fue una cena de lo más informal. Nada de elegantes trajes de etiqueta ni vestidos largos. Un montón de bandejas de picoteo repartidas por todo el salón, música alegre y mucha conversación. Y bebida, también bebida. Lo cual lo ayudó mucho a integrarse entre tanto desconocido. Y Gene, ella también estuvo pendiente toda la noche de que se sintiera cómodo, al igual que su tía, que se encargó de acapararlo la mayor parte de la noche y contarle mil y una historias sobre su sobrina. La anciana le gustaba mucho. Casi tanto como Gene.

Eran encantadoras.

El avión descendió y Celaya no tardó ni diez minutos en bajar de él y correr hacia la puerta de embarque, camino a Londres, acompañado por una amable señorita que lo guió en todo momento. Se acomodó entre una jauría de guiris con camisas floreadas y sombreros de paja y volvió a mirar su móvil. Seguía sin recibir respuesta.

Dave le escribió media hora más tarde. Lo estaría esperando en la comisaría de Brandsbury. Le mandó las coordenadas para el GPS e insistió, por enésima vez, en que Gene se encontraba a salvo y segura en ese momento.

Celaya se aflojó el botón superior de la camisa. No podía respirar. Ojalá algún genio hubiera inventado el teletransporte. La espera lo estaba matando. Al menos, cuando cogiera el coche en el aeropuerto, conducir le aliviaría un poco la tensión de estar sentado sin poder hacer nada.

Por Dios.

Estaba deseando ver la cara de Gene cuando lo encontrara allí. Se iba a quedar muy sorprendida. Aunque tras tantos años ya podían considerarse

amigos, seguramente, que él perdiera el culo por ir en su ayuda sería algo bastante inesperado para ella. Esperaba que no se lo tomara a mal. No era la clase de mujer que se sienta a esperar a su caballero de brillante armadura, y más cuando el caballero le saca quince años, tiene que teñirse el pelo para no parecer un anciano y es su jefe. Por no decir que tal vez a su *amigo* no le hiciera ni la menor gracia verlo allí.

De verdad. Esperaba que no se lo tomara mal.

Miraba el interior de la bolsa sin apenas parpadear mientras asimilaba lo que tenía delante de los ojos. Su ropa. Toda la que Gene le había regalado estaba allí. Metida en aquella bolsa negra de lona. Junto con un pequeño neceser que solo Dios sabía de dónde había salido.

Levantó la cabeza y la vio moviéndose al otro lado del pasillo. Ella había escogido la habitación con la cama de matrimonio y estaba guardando algunas cosas en una cómoda frente a la cama.

A él le indicó que se quedara enfrente. El dormitorio tenía dos camas de noventa centímetros separadas por una sencilla mesilla de noche. Probablemente aquellos colchones resultaran algo estrechos para él. Habría dormido en el suelo si ella se lo hubiese pedido. Lo único que importaba es que no iba a tratar de mandarlo de vuelta al retrato.

La animadversión que le demostraba era tan grande que llegó a imaginar que tarde o temprano Gene decidiría enviarlo de vuelta. Cox quería que se quedaran juntos, pero ella sabía que podría tenerlo en un instante si lo necesitaba, solo con desearlo. No había motivo para compartir techo.

Volvió a mirar la bolsa con la ropa.

«Tienes que dejarla ir. No la mereces».

Los pasos de la mujer se dirigieron a la planta baja. La siguió con el oído. Ahora que sus emociones y pensamientos habían desaparecido de su radar, solo sería capaz de localizarla si ella deseara que lo hiciera. Se preguntó, por enésima vez, cuándo iba a estallar.

Dejó la bolsa sobre un banco de madera que había frente a la pared y alisó la colcha de la cama en la que había estado sentado un momento antes.

Bajó los escalones justo cuando ella regresaba del exterior. La escuchó en el cobertizo golpeando algo metálico, un segundo antes de que le llegara un ligero zumbido desde las lámparas del techo y la mesilla de noche.

Debía estar conectando la electricidad y tal vez algo más.

No tardó en guardar las compras en la cocina y el refrigerador y encaminarse de nuevo arriba con unas botellas de plástico entre los brazos.

—Leña.

—¿Qué?

—Hará falta para encender la cocina. Fuera hay madera y un hacha. ¿Serás capaz?

—Claro. ¿Qué vas a...?

Gene le dirigió una mirada fría y cortante. Una mirada que le daba a entender que no recibiría ninguna explicación más por su parte.

La vio ascender las escaleras y perderse en la planta superior. Pasó de largo los dormitorios y el armario que se encontraba a mano derecha y aterrizó en el baño, donde se encerró dando un portazo.

Maldiciéndose nuevamente por haberla puesto en esa situación, se arremangó la camisa y salió al exterior.

La propiedad era una rústica casita de piedra y madera enclavada en un claro. Largos abetos y árboles de gruesas ramas y frondosas hojas la bordeaban. El cobertizo estaba a mano derecha y a espaldas de la edificación se extendía una pequeña laguna salvaje.

El lugar tenía mucho encanto. Y Erik lo hubiera disfrutado más de haberse tratado de una romántica escapada y no de una acelerada huída.

El hacha estaba apoyada contra la pared de piedra en la parte trasera. Varios troncos gruesos se apilaban perfectamente ordenados unos sobre otros. Erik arrastró varios de ellos hacia el tocón y sostuvo el hacha entre las manos antes de dejarla caer con un sonoro estallido y hacer el primer corte.

La cocinita de leña, que se encontraba en la planta principal, no requeriría más que una pequeña cantidad para arder. Eso le llevaría un par de minutos.

La casa no era muy grande. Dos plantas que cubrían las necesidades básicas de una pequeña familia y poco más. La principal era un espacio abierto que albergaba la cocina, una barra americana y un cálido saloncito cubierto de alfombras.

No había demasiado espacio para estar a solas, se dijo el hombre al tiempo que colocaba otro tronco sobre el tocón y alzaba el hacha por encima de la cabeza. Aquella era una tarea que le permitía aliviar la tensión acumulada y le daba privacidad a ella, así que se quedaría allí, concentrado en hacer trizas los troncos hasta que la mujer lo reclamara de vuelta.

El espejo le devolvió un reflejo borroso de sí misma. Una mancha color carne sobre un cristal empañado por el vapor de agua que inundaba el reducido espacio del baño.

No quería abrir la ventana mientras llenaba la bañera de agua caliente. El sonido del hacha al estrellarse contra la madera ya era bastante molesto sin necesidad de dejarlo entrar.

Era una excusa absurda, lo sabía. Una tarea que podría acabar en menos de cinco minutos. Al menos pareció que él no necesitaba más explicaciones. Debía haberse propuesto trocear cada uno de los puñeteros troncos que Davis almacenaba para el invierno. Mejor así. Necesitaba un momento lejos de él para aclararse porque se sentía... extraña. Muy extraña.

Se inclinó para cerrar el grifo de la bañera y dejó caer la toalla con la que se había estado abrigando hasta ese momento. Bueno. Siendo sincera consigo misma, lo único que pretendía era cubrir las heridas y los moratones que probablemente habían comenzado a aparecer sobre su piel. No estaba lista para verlos. Porque si no estaban allí, nada malo habría pasado.

Metió un pie y poco a poco fue dejando que el resto de su cuerpo se deslizara en la tina caliente hasta que solo le quedó la cabeza fuera del agua. Hacía mucho que no estaba en ese baño.

La última vez todavía estudiaba en la universidad de Madrid. Era el rincón vacacional en el que siempre se había sentido querida. Los padres de Davis solían invitarlas a ella y su tía cuando era niña.

Al principio no era más que un trozo de tierra y un montón de sueños. Noches en tiendas de campaña y sacos de dormir, vigilados por los adultos que habitaban una espaciosa autocaravana.

Más tarde, cuando tuvieron edad suficiente para trepar a los árboles y balancearse desde las ramas hasta dar con sus huesos en la laguna, Jonathan los ayudó a clavetear unos cuantos maderos en la copa de un árbol bajo. Su casita del árbol. Que, aunque medio olvidada, aún seguía allí.

Bajo aquel cielo estrellado, siendo aun niños, Dave prometió que cuidaría de ella siempre. No importaba que ambos tuvieran la misma edad, para Dave, Gene era su hermana pequeña, la que siempre quiso tener, y era tan flaca y parecía tan frágil que tomó como suya la obligación de cuidarla.

Regresar a aquel sitio ahora le pareció casi irreal. Nada había

cambiado con el paso de los años. Todo estaba exactamente como lo recordaba. Tan perfecto e inmutable que se preguntó si no lo estaría soñando.

Lamentaba empañar los bellos recuerdos que tenía de aquel lugar con la presencia del hombre. Pero ya nada podía hacerse. Allí le dieron su primer beso, encontró su primer desengaño amoroso y ahora sumaría la maldición del retrato a la lista.

Cerró los ojos y se masajó de nuevo el cuero cabelludo. Le dolía allí donde los tirones habían sido más fuertes. Sentía palpitations por todo el cuerpo, cada golpe, cada arañazo, cada herida. Tenía agujetas en sitios que ni siquiera sabía que existían. En cambio, por dentro, había dejado de sentir dolor. Ya no notaba la arrolladora angustia que amenazaba con asfixiarla tras su discusión con Erik. Tampoco tenía miedo.

Si Stone se hubiera presentado allí con un batallón de asesinos, probablemente se hubiera limitado a encogerse de hombros y esperar el tiro de gracia. Decidió que era toda una suerte después de lo que acababa de vivir. Le permitía tener la mente despejada y tras unas horas de sueño, podría detenerse a buscar una solución.

Un nuevo golpe en el exterior la hizo resoplar hastiada. Solo quería un poco de paz para centrarse en sí misma. ¿Era pedir demasiado?

Tomando aire, se sumergió bajo el agua y allí, por fin, dejó de escuchar los sonidos provenientes del exterior y tan solo la acompañó el amplificado latido de su corazón.

Si se quedaba ahí abajo el tiempo suficiente, acabaría con todo. Solo debía permanecer bajo el agua unos minutos, no mucho más. Adiós a ese sentimiento de abandono por la muerte de sus padres y de su tía, adiós a los ataques contra su persona, adiós a la maldición y sobre todo y por encima de todas las cosas, adiós a él.

Recordó una vez, hacía varios años, en esa misma casa. Salió corriendo y montó en el viejo coche del señor Cox, las llaves estaban en la guantera. Todos dormían, arrancó el vehículo y salió a la carretera. No tenía carnet de conducir, pero no le importaba. El padre de Dave los enseñaba a manejar el coche cuando iban a la cabaña.

El asfalto se sentía suave bajo las ruedas. El único sonido en sus oídos era el del motor del coche. Varios kilómetros en línea recta bordeados de árboles. El pie sobre el acelerador ejerciendo cada vez mayor presión y el coche recorriendo mayor distancia en menos tiempo. Pensó que podía hacerlo, seguir conduciendo cada vez más rápido hasta que el vehículo volara

sobre la carretera y acabase chocando contra algo. Y punto final. Al fin y al cabo, debió morir aquel día junto a sus padres. No tenía sentido seguir viva si ellos no estaban a su lado.

Unas luces que venían de frente la sobresaltaron. Al principio, no le importó chocar contra el vehículo que se dirigía hacia ella. Luego pensó que allí dentro podía viajar una familia y sería terrible dejar a un niño o niña sin padres otra vez. Frenó con toda la fuerza que logró sacar y se desvió hacia el arcén.

Al volver, Dave estaba esperándola sentado en el porche, con el pijama puesto y el pelo alborotado. No dijo nada. La acompañó de vuelta a la tienda tras la casa en la que dormían y se limitó a abrazarla. Ni una sola palabra, ni entonces, ni al día siguiente. Nunca hablaron de ello. No fue necesario.

Bien, no quería morir. Ni entonces ni ahora. Eso tardó un tiempo en saberlo. Permanecer bajo la bañera no era la solución. Siempre podía gritarle a Erik para que dejara de hacer ruido ahí fuera. Mandarlo a recoger piñas o cualquier otra estupidez. ¿El retrato? No. Eso no. Ella había hecho una promesa, no sería como el resto de sus dueñas, independientemente de cómo él quisiera tratarla. Ya se sentía bastante mal por usar su poder para echarlo de la casa.

Sacó la cabeza del agua para tomar aire, tratando de evitar pensar en el hecho de que no quisiera encerrar de nuevo a la persona que más daño le había hecho y que, ahora, la volvía loca con su presencia. Se frotó los ojos con el dorso de la mano para poder abrirlos. A su izquierda, sobre el borde de la bañera, muy cerca de su hombro, una cucaracha enorme de color marrón la miró con sus ojillos negros y sacudió las antenas hacia ella.

Erik seguía sorprendiéndose con aquella mujer. A esas alturas, cualquier otra de las que se había cruzado en su camino se encontraría apretujada sobre sí misma, llorosa y muerta de miedo, probablemente incapaz de moverse o pensar por sí misma. Sabía que Justine no sería una de ellas, estaba, siempre, fuera de la norma. Gene era muy diferente a Justine. La pelirroja no albergaba el menor gusto por hacer daño a los demás, fueran quienes fuesen y le hicieran lo que le hiciesen. Nunca tenía pensamientos violentos hacia nadie.

Por eso no lograba entender cómo había podido enamorarse de él. Le costó reconocerlo, porque no quería hacerlo y no lo comprendía. Sentimientos de posesión, deseo, lujuria. A eso sí estaba acostumbrado. Al amor, no. Y tenía que ser eso. Se parecía demasiado a como se sentía cuando estaba con Gilliam y al mismo tiempo era totalmente diferente, aunque la calidez que inundaba su pecho cuando estaba con ella era muy similar.

Cualquier hombre sobre la faz de la tierra se hubiera enamorado de Gene. ¿Cómo podrían no hacerlo? No albergaba maldad alguna, era generosa con todo el mundo, siempre atenta a las emociones y necesidades de los demás, aunque estuviera tratando con un bastardo como él. Era la mujer más valiente que conocía, inteligente, hermosa, dulce. Y en la cama... Nunca había deseado estar con una mujer tanto como con ella, y no para dar rienda suelta a sus deseos de venganza, a su enfermiza obsesión con su madrastra. A Gene la quería solo por ser ella.

Anhelaba ver el modo en que se mordía el labio inferior cuando estaba cerca del orgasmo. Ver su cuerpo retorcerse de placer bajo el suyo. Su sonrisa traviesa cuando sabía que lo tenía bajo su poder, el rubor de sus mejillas.

En cambio, él no tenía nada bueno que ofrecer. Era un embustero, hacía promesas que sabía que no iba a cumplir. Un oportunista centrado única y exclusivamente en sí mismo. Siempre fue un parásito, viviendo a costa de los demás. El sufrimiento y la entrega de las mujeres que caían en sus manos era lo único que lo hacía sentir vivo, y esa sensación duraba tan poco que su ansia de obtener más de aquello no tenía fin.

Tal vez, si se hubiera quedado en el ejército en lugar de regresar a Dark Garden, las cosas hubieran sido diferentes. Durante ese breve período de tiempo sintió que hacía algo útil por la sociedad. El reconocimiento de sus camaradas lo enorgullecía y sus victorias le daban sentido a su existencia. Incluso logró que las visitas a los prostíbulos locales disminuyeran considerablemente.

Pero claro, él tenía que volver.

Jurar frente al deteriorado cuerpo de su padre que el imperio textil que, con tanto esfuerzo levantó de la nada, se derrumbaría como un castillo de naipes tras su muerte. Tanto esfuerzo para convertirle en un digno sucesor tirado a la basura. Sus hermanos tampoco se harían cargo del negocio, daba igual que fueran sus legítimos herederos. Ellos no lo querían.

Hacer daño. Él había nacido para hacer daño. Daño a su madre, que

murió para no permanecer junto a él; daño a su padre, que no era capaz de amarlo; daño a su madrastra, que lo odiaba intensamente; daño a todas aquellas mujeres que se atrevieron a acercarse a él.

No.

Gilliam no. A ella nunca se hubiera atrevido a hacerle daño y, aún así, tampoco fue capaz de protegerla de la enfermedad. Las pocas mujeres que en algún momento demostraron algo de cariño hacia él morían prematuramente. Y ahora Gene.

Se estremeció al recordar el sueño en que ella yacía sangrando entre sus brazos. Faltó muy poco para que se hiciera realidad. Por eso, ahora sabía que estaría mejor sin él. Que lo odiara era el único modo de mantenerla a salvo.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y descargó el hacha. La vibración le recorrió desde la punta de los dedos, ascendiendo por los brazos hasta llegar a los músculos tensionados de sus hombros y espalda. Apartó los pedazos y agarró un nuevo tocón del montón que había acumulado a su lado. Lo colocó en su lugar y repitió el proceso.

Sí. Lo mejor para Gene era odiarlo, sin lugar a dudas.

Y a pesar de todo, él seguía allí fuera. En ningún momento, ni aquella mañana en la casa, ni tras la pelea con los asaltantes esa misma tarde, pasó por su cabeza meterlo de nuevo en el retrato. Como si fuera una posibilidad que no quisiera tomar en consideración.

Justine, a esas alturas, disfrutaría haciéndole dormir al raso, sobre los troncos que estaba cortando o tal vez con medio cuerpo hundiéndose en el lago. Habría descargado toda su ira despellejándole la espalda con el látigo y lo mantendría arrodillado en el suelo, desnudo, con una correa de cuero al cuello, como un perro.

Gene, en cambio, le preparó una maleta y le ofreció una habitación.

¿Que a cambio de eso tenía que pasarse toda la tarde y parte de la noche cortando troncos que no iban a utilizar? Genial. Lo haría. Cualquier cosa por volver a verla sonreír, aunque fuese por un breve instante.

Se detuvo para estirar los músculos de la espalda y frotarse la nuca con la palma de la mano. Empezaba a sentir algo de molestia. Un pequeño precio a todas sus fechorías.

El grito que hendió la tranquila paz del claro vino acompañado de un cúmulo de sensaciones y pensamientos atropellados provenientes de la mujer. No esperaba semejante alud de emociones, por lo que el golpe fue intenso y

casi le hizo caer al suelo.

Sin dejar que eso le distrajera, se recuperó y entró como una bala con el hacha aún en la mano y el corazón apunto de escapársele por la boca. Subió las escaleras cubriendo los escalones de dos en dos, buscándola con la mirada, y se arrojó contra la puerta del baño. Al abrirla, la imagen que le devolvieron sus ojos no era, ni de lejos, la que temía encontrarse.

Gene estaba acurrucada junto al lavabo con una zapatilla en la mano, empapada y completamente desnuda. Cerca de ella, en el suelo, una cucaracha espachurrada agitaba aún las alas tratando de recuperarse.

Dejó el hacha apoyada fuera contra la pared. Tomó una toalla de color blanco que encontró colgada en un gacho, junto a la puerta y envolvió con ella a la mujer. Luego, sujetando al insecto por las antenas, se encaminó hacia la ventana que había junto a la bañera y lo arrojó hacia el exterior. Revisó rápidamente cada rincón de la habitación por si hubiera alguno más escondido. No vio nada.

La mujer soltó el calzado y se arrebujó en la toalla sin poder levantarse aún del suelo.

—Ni se te ocurra reírte —le increpó temblorosa y con los ojos enrojecidos de nuevo.

Ni se le había pasado por la cabeza reírse de ella a pesar de lo cómico de la situación. Al fin la sentía de nuevo en su mente, y eso lo tranquilizó, aunque sabía lo que acabaría llegando a continuación.

Una vez terminó de revisarlo todo, le tendió la mano, solícito, esperando que ella se agarrase a él y le permitiera ayudarla a ponerse en pie. Sorprendentemente, lo hizo. Le tomó la mano y se levantó del suelo, ajustándose más la toalla en torno a su cuerpo.

—Puedo quedarme junto a la puerta si quieres. Si te hace sentir más segura... —Levantó la cabeza para comprobar si se burlaba de ella.

El tono de voz y el gesto en su cara eran totalmente sinceros. Aunque siempre le había parecido sincero y ahora no estaba segura de nada.

Negó con la cabeza. Tiritaba y su respiración se aceleraba poco a poco. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, necesitaba que la abrazara y le permitiera desahogarse aferrada a su pecho. Por otro, no quería dejarse tocar por él, por quien tanto daño le había hecho.

El hombre lo sabía y se convenció de que no podía guardar silencio por más tiempo. Debía hablar con ella, facilitarle la situación en la que se encontraban metidos por su culpa. Calmarla para que se sintiera cómoda con

él. No como el amante que hubiera querido ser, sino solo un amigo o un hombro en el que apoyarse hasta que todo esto acabara.

—Siento mucho lo que te dije, Gene.

Las lágrimas brotaron de nuevo de sus ojos y los recuerdos del día afloraron de golpe haciendo que se derrumbara. Empezó a sollozar, lentamente al principio, apretando los dientes y los puños, tratando de contenerse.

Evitó mirarse al espejo mientras se desnudaba para no asustarse de sí misma. Sabía que debía de tener un aspecto horrible. En Dark Garden, se limitó a sacudirse el polvo de encima, limpiar las heridas con un paño húmedo y cambiarse de ropa. Tampoco quiso contemplar su cuerpo mientras arrojaba el vestido destrozado al suelo y se embutía los pantalones cortos y el suéter. Trató de no pensar en su aspecto, ni en el dolor que le recorría la piel y profundizaba hasta alcanzar el tuétano de sus huesos.

Le dolía. El oído derecho aún emitía un suave zumbido. El labio partido le tironeaba cada vez que trataba de hablar. Inclinarsse hacia delante hacía que el estómago le pinchara como si hubiera tragado cuchillos. La frente, las piernas, los brazos...

Maldición. De verdad que se encontraba mal.

Se tambaleó hacia delante y hubo de alargar la mano para sostenerse contra el pecho del hombre y no caer.

Tenía un pequeño corte sobre el nudillo del dedo índice. Se quedó mirándolo fijamente mientras gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas. Deslizó la vista a lo largo del brazo descubriendo las abrasiones sobre su piel, a las que no había querido prestar atención hasta entonces. Fue como si un dique cediera y la presa entera se desbordara.

El sollozo inicial se convirtió en un llanto fuerte e incontrolable que la sacudía de pies a cabeza. Lloraba desconsolada abrazándose a sí misma, incapaz de alejar los recuerdos de la agresión de su mente.

Recordó al violador, lo indefensa que se sintió bajo el peso de su cuerpo. El incendio que casi destruye su hogar, el disparo que estuvo a punto de derribarla, cómo tiraban de su pelo arrastrándola por el suelo.

Erik no soportaba verla así. Supo que aquello ocurriría tarde o temprano, pero no estaba preparado para la avalancha de lágrimas que se le vino encima. Deseaba abrazarla con todas sus fuerzas, pero ella no se lo permitía. Cada vez que trataba de atraerla, ella retrocedía un paso. Se mantuvo a su lado sin rozarla, viendo cómo se desmoronaba, incapaz de

soportar su dolor, pero sin saber qué hacer para sanarlo.

Gene dejó caer la toalla al suelo. Inclino la cabeza recorriendo con los ojos cada palmo de su piel y el llanto y los temblores se incrementaron.

El hombre se quedó petrificado. Un gigantesco verdugón se extendía desde su ombligo hacia la línea que se perdía bajo el seno izquierdo y más abajo, rozando la cadera. Estaba muy pálida y así, desnuda, de pie frente a él, mostraba todas y cada una de las señales de la agresión. Las caderas, los muslos, las rodillas peladas, los brazos...

Aguantó estoicamente tratando de respetar su espacio hasta que no pudo más y la rodeó con sus brazos sin darle tiempo a retroceder de nuevo, consciente que podía hacerle desaparecer en cualquier momento.

No lo hizo. Al contrario, se agarró de su camisa con los puños y se pegó a su pecho enterrando la cabeza y empapándolo con sus lágrimas. La sentía frágil, diminuta entre sus brazos y no cesó en sostenerla acariciándole el húmedo cabello, tratando de tranquilizarla.

Tan súbitamente como apareció, el llanto cesó. Gene apartó el rostro y lo miró furibunda antes de empezar a golpearlo con los puños en el torso. Débilmente al principio, más fuerte conforme iba hablando.

—¡Esto es culpa tuya! —le gritó acusadora—. ¡Tuya! Por no contarme la verdad desde el principio. Por mentirme. ¡Tú me has hecho esto! —El arranque lo pilló desprevenido, pero no la detuvo, tampoco la soltó. Tenía razón, si él no hubiera sido un ser despreciable y egoísta, no estaría maldito, Stone no lo buscaría y aquellos hombres no la habrían lastimado—. ¡Te odio! ¡Mira lo que me han hecho! ¡Te odio!

Se preparó para desaparecer de vuelta al retrato o algún lugar mucho peor, no lo sabía, pero de un momento a otro Gene desearía librarse de él, hacerle daño incluso y no la culpaba por ello.

En lugar de eso, la mujer siguió golpeándolo con todas sus fuerzas. Apretaba los puños y le gritaba lo mucho que lo odiaba sin dejar de herirle. Pero no eran los golpes lo que le dañaban, ni tan siquiera sus palabras. Era su dolor, el que podía sentir gracias a la maldición, lo que realmente lo dejó sin respiración. Lo envolvió por dentro y lo paralizó, con lo que no pudo defenderse. Simplemente permaneció allí quieto, abrazado a ella, dejando que descargara toda su rabia, su sufrimiento y su miedo sobre él. Era lo que necesitaba en aquel momento y lo que estaba dispuesto a ser para ella. Si hubiera necesitado apuñalarlo, Erik le habría ofrecido el cuchillo.

Días, horas o tal vez minutos después, se agotó. Su cuerpo se rindió

dejándose caer entre sus brazos con un hondo sollozo surgido de lo más profundo de su garganta. La apretó contra sí y la acunó hasta que pareció serenarse. Sus pensamientos y emociones dejaron de acribillarle y pudo relajarse él también.

Cogió otra toalla del perchero que tenía a su espalda, la envolvió con cuidado y la tomó en brazos para llevarla hasta su dormitorio.

Se durmió mucho antes de que la dejara sobre el colchón y la arropara con el cobertor.

Permaneció un rato largo mirándola. Respiraba pesadamente a través de los labios entreabiertos, como si tuviera la nariz taponada. Los párpados estaban húmedos y enrojecidos. La herida de la frente, inflamada y con un ligero color verdoso y amoratado.

Bajo el grueso cobertor con que la había cubierto le pareció aún más pequeña y delicada. Apagó la luz de la habitación, entornó la puerta y recuperó el hacha antes de volver a bajar las escaleras y salir al exterior.

Corrió hacia el bosquecillo de árboles que se desplegaba frente a él. Se detuvo a escasos metros de la cabaña, dando vueltas sobre sus propios pasos, arriba y abajo, con los dientes apretados y el hacha en su diestra.

Lanzó un prolongado grito al aire y descargó la hoja contra el macizo tronco de un árbol. Tiró del hacha sin conseguir moverla del sitio. Siguió tirando y vociferando un rato más hasta que se dio por vencido y dejó que su cuerpo tocara el suelo.

Acababa de perder lo más hermoso y puro que tendría en toda su vida. Lo había tomado entre sus manos despedazándolo hasta no dejar nada que pudiera servir para reconstruirlo, aniquilando el amor que esa dulce criatura había depositado en él sin dudarle un instante.

Todavía no sabía cómo, pero de algún modo encontraría la forma de solucionarlo. Stone no volvería a hacerle daño a Gene nunca más, y él tampoco.

Estaba inquieto, lleno de rabia contra sí mismo y contra Stone, pero sobre todo contra él mismo. Necesita algo que lo distrajera o acabaría haciendo alguna tontería.

Agarró el hacha con firmeza, colocó el pie contra el tronco y tiró con fuerza hasta desprender el arma. Lamentó la herida que dejaba en la madera, una más de su larga lista. Se frotó los ojos encontrando lágrimas en ellos. Le sorprendió. Se secó con el dorso hasta casi lastimarse los párpados y volvió a la casa. Terminaría de cortar la leña. No les hacía falta, pero el esfuerzo físico

le vendría bien para agotarse. Más tarde, quizá, preparara algo para cenar. Estaba seguro de que Gene no habría probado bocado en todo el día. Y estaba débil, debía alimentarse.

A él no le preocupaba pasar hambre. Las mujeres que lo sacaban del retrato no solían interesarse por esas cosas cuando estaba con ellas y a menudo regresaba sin probar bocado al interior del cuadro. Pero Gene, ella necesitaba comer.

Estaba pálida y demacrada después del ataque. Le preocupaba que cayera enferma si no se cuidaba. Quería alimentarla, revisar sus heridas y sanarla, pero no podía hacerlo. No se acercaría a no ser que ella se lo permitiera. Lo odiaba. Se lo repitió multitud de veces mientras descargaba su puño contra él.

Daba igual.

Lo quisiera o no la haría comer algo más tarde. No dejaría que enfermase por su culpa.

Alguien estaba aporreando la puerta.

Saltó de la cama con un ágil movimiento y se asomó al dormitorio donde descansaba la mujer. Todavía dormía. Cerró la puerta con cuidado y descendió descalzo las escaleras tan rápido como pudo, sin hacer ningún ruido, sin perder detalle de cuanto se extendía frente a él, buscando posibles enemigos. Aunque no esperaba que estos tuvieran la consideración de llamar a la puerta.

El primer impulso fue pensar en Davis. Luego imaginó que el policía tendría su propia llave, y eso lo puso en alerta. Ojalá hubieran traído alguna clase de arma con ellos. Agarró un cuchillo del soporte que había sobre la encimera de la cocina y pegó la espalda contra la pared. Con cuidado, retiró la cortina que cubría una de las ventanas y se asomó al exterior. La llamada volvió a sonar.

Un Range Rover de color gris metalizado estaba aparcado junto al Mustang de Gene. No reconoció el vehículo. Apartó un poco más la cortina y se concentró en las dos figuras que se encontraban paradas en el porche, una de ellas volvía a aporrear la puerta con insistencia.

Soltó el arma sobre la repisa de la cocina y abrió.

—Ya era hora, hijo. Un segundo más y juro que habría tirado la

puerta abajo. Me alegra ver que estás bien.

Sam estiró los brazos y acogió a Erik en su pecho. Permaneció rígido mientras el médico lo saludaba afectuosamente. Tras él entró un hombre al que apenas sacaba unos centímetros de altura, con el cabello castaño y abundante y los ojos del color de las hojas en otoño.

Se hizo a un lado para dejarlos pasar. Sam y el hombre del pelo castaño dejaron las bolsas que cargaban en el suelo, junto a la puerta y luego el desconocido comenzó a recorrer toda la estancia con la vista. Estaba visiblemente alterado, con el ceño arrugado, los brazos en jarras y el cuerpo ligeramente echado hacia delante, como si se preparara para saltar en cualquier momento.

—Erik, este es José Celaya, un amigo de Genevieve. José, este es Erik Blair...

—Sí, tú eres el amigo de Gene. ¿Dónde está ella? —Erik se tensó, reconoció el nombre y la voz. Era el jefe de Gene.

Le resultó fácil entenderlo. A pesar de lo atroz de su acento, pronunciaba las palabras de manera extraña, vocalizando mucho. Se notaba a la lengua que el inglés no era su lengua materna.

—¿Erik? José quiere saber...

—Arriba. Bajad la voz, por favor. Genevieve sigue durmiendo. ¿Qué hacéis aquí?

—Dave me llamó anoche y me lo contó todo. —Erik se encogió como si le hubieran golpeado en el plexo solar. ¿Hasta dónde habrían llegado las explicaciones de Cox? El médico seguía mostrándose afectuoso con él, por lo que, tal vez, no le hubiera contado demasiado—. Pensó que podríais necesitar atención médica. ¿Puedo subir a verla?

—Está dormida.

—Bueno, seguro que lo comprende, ¿verdad, hijo? Tenemos que asegurarnos de que esté bien. Tú has salido indemne por lo que veo. Eso está bien.

—El dormitorio de la izquierda. —Se hizo a un lado y dejó que Sam subiera al piso de arriba cargando con un viejo maletín de médico y una bolsa de plástico que casi arrastraba por el suelo.

Erik no necesitó preguntar para saber lo que el médico arrastraba hasta el piso de arriba. Podía sentirlo tanto como sentía su mano derecha pegada a la muñeca. Sin embargo, no hizo el menor comentario al respecto. Lo aliviaba tenerlo cerca, por extraño que pareciera. Conocer su paradero y

tenerlo al alcance de la mano era una sensación familiar que lo tranquilizaba, por mucho que odiara su existencia.

Celaya hizo amago de seguirlo, pero Erik lo retuvo cortándole el paso.

—Él puede subir, tú no.

José alzó ambos brazos con las palmas vueltas hacia delante, en señal de rendición y dio un paso atrás.

—¿Ella está bien?

Erik asintió y relajó los hombros.

—Ah. Joder. Sabía que no tenía que haber venido sola. —Celaya maldijo, volviendo a usar el español y frotándose el puente de la nariz.

Estaba mortalmente tenso, con ojeras bajo los ojos y la camisa blanca que llevaba puesta sobre un fino pantalón gris marengo de pinzas, estaba toda arrugada tras el largo viaje. Pareció recordar algo de repente y dio un paso en dirección al sofá. Erik se movió con intención de mantenerlo contra la puerta y él volvió a alzar las manos.

—Oye, amigo, tengo que coger algo de ahí... es un... ah... Diantres —maldijo y comenzó a hablar en español—. ¿Cómo demonios se dice arma... pistola... cómo era?

—¿Crees que voy a dejar que cojas un arma sin conocerte? —José lo miró sorprendido.

Bueno, claro. Si había estudiado con Gene en la universidad, en Madrid, debía hablar español, ¿correcto? Menuda suerte para él.

—Escucha, amigo, tranquilo. Dave me dijo dónde podía encontrar una pistola, la guarda en una tabla suelta bajo el sofá. Puedes comprobarlo si quieres, no me moveré de aquí. Pensó que debíamos tener una por si Stone logra averiguar dónde estamos.

Bueno, la lógica era aplastante, ¿no?

Erik se encaminó hacia el sofá, se agachó en el suelo, entre el asiento y la mesita, y golpeó las láminas de madera hasta encontrar una que sonara a hueco. Empujó el mueble a un lado, unos pocos centímetros, levantó la plancha con los dedos y palpó el hueco bajo ella. Poco después, extraía un bulto envuelto en tela que reconoció al tacto. Tras enderezarse, la desenvolvió con cuidado, comprobó el cargador y el seguro y se la introdujo en la cinturilla del pantalón, contra su espalda.

—¿Sabes usar eso, amigo? No es ningún juguete.

—¿Qué te hace pensar que somos amigos?

—¿Quieres protegerla? —La pregunta lo pilló desprevenido, se limitó

a cruzar los brazos sobre el pecho sin apartarle la mirada—. Porque ahora mismo cualquiera que quiera mantenerla a salvo es amigo mío. Te lo aseguro. Eso es lo único que me importa.

¿Amigo? Y una mierda. Si ese mastodonte que tenía frente a él, recién levantado, completamente despeinado y con una furibunda mirada en el rostro no era más que un amigo de la universidad, él estaba dispuesto a comerse su portátil de trabajo enterito, ratón incluido.

Tal vez Gene solo viera en él un viejo compañero de clase, pero estaba claro que Erik no opinaba igual. No se necesitaba ser un genio para darse cuenta de que ese tío quería algo más de ella. Aunque eso no era asunto suyo, desde luego. Él solo estaba allí por Genevieve, por su compañera de trabajo, para asegurarse de que volviera a Madrid sana y salva.

Erik tuvo que forzarse a relajar la postura y suavizar el gesto. Se comportaba como un novio celoso y posesivo, solo que no tenía ningún derecho para ello, mucho menos tras romperle el corazón a Gene. Todos los que estaban en aquella casa, en ese momento, estaban allí por ella, para protegerla, y debería sentirse agradecido. Asintió con la cabeza y le indicó el sofá a Celaya, invitándolo a tomar asiento. Invitación que él declinó cortésmente.

—Llevo horas sentado. Me vendrá bien estirar un poco las piernas.

Erik se le quedó mirando. No sabía qué debía hacer ahora. Subir con Sam no le pareció adecuado. Gene podría echarlo de allí a patadas y, si la iba a reconocer, seguramente preferiría hacerlo sin público. Miró hacia la cocina, todavía no había podido hacer que la mujer comiera algo.

Desde que la dejara durmiendo en su habitación no había vuelto a dar señales de vida.

Estuvo partiendo troncos durante horas hasta que le dolieron los brazos y la espalda. No paró ni siquiera al quedarse sin luz natural, la que provenía del salón de la casa fue suficiente. Al fin y al cabo, solo quería agotarse y liberar la tensión acumulada.

Cuando no pudo dar un corte más, volvió a entrar en la casa y, tras asegurarse de que Gene seguía profundamente dormida, se ocupó de vaciar la bañera, tomar una ducha rápida y mudarse de ropa. Al colocarse el pijama que ella había elegido, pagado, doblado y guardado en aquella bolsa, volvió a sentir los remordimientos y la culpa atenazándole el estómago, pero trató de ignorarlo.

Había decidido esperar a que la mujer despertara por sí misma para

hacerle comer algo. El sueño le hacía más falta en ese momento. Se echaría en la habitación de al lado atento por si ella se levantaba y lo necesitaba. No tenía intención de dormirse, tan solo de relajar los doloridos músculos.

No se quitaba de encima la imagen de la mujer con el cabello despeinado, los ojos llorosos y la multitud de magulladuras y moratones que cubrían su cuerpo. Quería que Stone pagara por ello, pero en el fondo de su alma sabía que el verdadero culpable de lo que le había ocurrido a ella era él mismo.

¡Tú me has hecho esto!

No con sus puños. No. Pero sí con sus actos. Desde que perdió a su madre, sus decisiones lo habían encaminado poco a poco a aquella situación. Ahora la maldición no le parecía un castigo lo bastante adecuado a su crimen.

Pasó más de media noche dando vueltas sobre el colchón, incapaz de dormir. Levantándose cada cierto tiempo para controlar la respiración de la mujer, que sonó calmada todas las veces.

Dios. Cuánto había deseado meterse bajo las sábanas con ella y pegarla a su cuerpo. Dormir a su lado era una bendición. Pero ella no iba a querer ponerle una mano encima nunca más. No después de lo sucedido, después de todo lo que le había dicho.

Se moría de ganas de subir la escalera y ver cómo estaba la pelirroja. En lugar de eso, indicó a Celaya que debía esperar ahí y fue a su dormitorio para vestirse.

Al llegar al pasillo que separaba ambas habitaciones afinó el oído tratando de escuchar algo al otro lado de la puerta. No hubo suerte. Con todo se tranquilizó.

Las emociones de Gene, aunque confusas y algo abotagadas, le parecieron sosegadas. Sus pensamientos todavía estaban adormilados y no le daban mucha información. Se encogió de hombros sintiéndose impotente por primera vez desde que supo que era prisionero de una maldición que le robaba el control sobre su vida. Entró al dormitorio, se cambió de ropa y bajó de nuevo las escaleras.

La cocina sería su aliada en ese momento.

No era tan buen cocinero como Gene, pero podría preparar unas tostadas y unos huevos con café para todos. José acababa de guardar su móvil en el bolsillo cuando lo vio bajar y ponerse tras el fogón. Tampoco tenía nada que hacer, así que se aproximó y le ofreció su ayuda, que él no rechazó.

Mientras esperaba a que el aceite de la sartén cogiera la temperatura

adecuada, Erik vigiló a Celaya por el rabillo del ojo.

Era bastante mayor que Gene, tal vez nueve o diez años, las patillas le empezaban a clarear y su rostro mostraba arrugas, no muy marcadas, alrededor de los ojos y la boca. Parecía físicamente fuerte y debió admitir que era bien parecido. Se movía con soltura en la cocina, aunque no dejaba de dirigir la mirada hacia el final de la escalera. Sin duda, esperando ver aparecer a la mujer en cualquier momento.

Tal vez él fuera el adecuado para Gene. Su preocupación por ella parecía sincera. Y estaba seguro de que sería perfectamente capaz de tumbar a un par de tipos para protegerla si era necesario. Cada vez que flexionaba los brazos, los músculos marcaban la tela de su camisa.

Sintió una punzada en el pecho al imaginársela paseando del brazo con él. Los dos sonrientes, muy juntos, disfrutando de la caída de las hojas de otoño. Se masajeó el pectoral y, a continuación, rompió un par de huevos sobre el borde de la sartén para que se frieran.

La suave neblina del sueño se disipó entre rayos de sol no invitados y el sonido de una figura moviéndose a su alrededor. Gene parpadeó tratando de levantar el velo que cubría sus pestañas y vislumbrar al hombre que tomaba asiento junto a ella en ese instante.

Si era Erik, lo mataría, aunque le llevara el desayuno.

Dormía plácidamente y sin pesadillas y seguía encontrándose mortalmente cansada. No tenía ningún derecho a... La mujer se enderezó sobresaltada, arrastrando el borde de la sábana con ella para cubrir su cuerpo desnudo.

—Sam, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cuándo has llegado?

El médico situó sus amplias manos sobre los hombros de la joven conminándola a echarse de nuevo.

—Tranquila, majestad. Solo he venido a ver cómo os encontrabais, órdenes de nuestro amado capitán.

—Dave no debió llamarte. Estoy bien.

—¿Qué tal si dejas que eso lo decida un especialista? —Las manos del doctor le rodearon la barbilla, palpando bajo el cuello y la nuca, comenzando la exploración.

Emitía un ruido afirmativo cada vez que se sentía satisfecho con lo

que encontraba. Revisó la herida de su frente, que ya estaba curando, el labio hinchado. La obligó a seguir su dedo con los ojos y le revisó el interior de las pupilas con una diminuta linterna que extrajo de su maletín.

—He de advertirte que no llevo puesto el pijama.

—Qué suerte que solo sea un viejo médico sin el mayor interés por ver a jovencitas desnudas.

El trato de Sam fue delicado y muy profesional. La herida del abdomen le hizo fruncir el entrecejo con disgusto. Tardó un buen rato en palpar con cuidado la zona afectada para asegurarse que no hubiera lesiones internas. Mientras lo hacía, para tranquilizarla, le iba haciendo preguntas acerca de su estado: si tenía dolor de cabeza, mareos, si había sangrado... Las respuestas de Gene parecían ser las correctas, por lo que, cuando acabó de examinarla, se giró hacia la puerta y le indicó que ya podía vestirse.

—¿Está todo bien?

—El morado no te favorece, pero, por lo demás, todo está correcto. Te pondrás bien en pocas semanas. Y dime, ¿qué ha hecho sir Lancelot para ofenderos, mi reina?

—Creí que tú eras Lancelot —replicó ella al tiempo que se metía por la cabeza una camiseta amplia de color blanco.

—Querida mía, tengo edad para ser el propio Arturo, Merlín si me apuras. Y creo que después de todos estos años me he ganado el derecho a la corona. Y a que mi reina confíe en mí también —añadió en un tono más confidencial.

Gene suspiró. Se la veía cansada. Metió las piernas dentro de un vaquero de color oscuro y cogió las zapatillas estampadas con gatitos, que Erik debía haber llevado hasta allí desde el baño. Se dirigió hacia la cama y tomó asiento junto a Sam para calzarse.

—¿Qué te ha contado Dave?

—Una historia digna de Hollywood. Intriga, asesinatos, cuadros malditos, poderosos villanos. Lo normal.

—¿Te ha explicado quién es Erik? —preguntó sorprendida.

—Ha hecho más que eso. —Sam se inclinó hacia un lado y arrastró una enorme bolsa de plástico hasta sus pies.

Introdujo la mano y extrajo un objeto que Gene reconoció nada más verlo. Frente a ella, mostrando un lienzo negro como la más oscura de las noches, se encontraba el retrato.

—¿Qué hace esto aquí? Creí que lo había llevado a un sitio seguro.

—Dave no quería dejarlo en la comisaría. Los tipos que fueron a tu casa son profesionales. Teme que puedan hacerse con él si lo deja en un edificio público, en cambio, aquí, todos deberíamos estar seguros.

—No vas a quedarte.

—Eso, majestad, no lo decidís vos. —El médico volvió a depositar el cuadro dentro de la bolsa, en el suelo, antes de enderezarse y sacudirse las mangas de la camisa color crema que llevaba puesta.

—Sam, no estoy bromeando. A esos tíos no les tiembla el pulso a la hora de disparar. Ya es bastante grave que Dave ande metido en todo este lío, teniendo a Claire y la niña, pero tú... Definitivamente, no hay ningún motivo para ponerte en peligro también. Emily me mataría si te pasara algo.

—Bueno. Emily es más comprensiva de lo que piensas y, por lo que a mí respecta —dijo palpando un bulto que llevaba bajo la pernera derecha del pantalón, a la altura del tobillo—, si alguien nos encuentra y tiene ganas de bronca, te aseguro que soy un tirador excepcional y no va a temblarme el pulso. Y —Alzó la voz para evitar que ella lo interrumpiera—, si piensas que vamos a dejarte sola en esto, querida niña, estás muy equivocada. Tu tía se retorcería en la tumba solo con pensarlo. Incluso Keith se ofreció a venir. Tuve que convencerlo de que con una herida de bala en la pierna no nos sería de mucha ayuda.

—¿Lo hirieron? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Dave lo envió a Dark Garden cuando Erik detectó que estabas en peligro. Uno de los hombres lo descubrió y le disparó en una pierna. Tranquila —dijo el médico rápidamente al ver como ella palidecía llevándose las manos a la boca—, está perfectamente. Se recuperará en pocos días. Palabra de médico. —Se llevó una mano al corazón y la otra junto a su rostro, con la palma hacia la pelirroja.

—¡Ay! Dios... ¡ay! —Gene parecía a punto de desplomarse, se encontraba mareada, sujetándose la cabeza entre las manos y doblando el torso para meterlo entre las piernas abiertas.

Sam le acarició la espalda en círculos y se aseguró de que respirara rítmicamente para recuperar el control.

Vagamente, Gene recordó haber escuchado sonidos cuando estaba en el invernadero, con esos tres hombres insistiendo en que los acompañara. Uno de ellos se alejó y poco después empezaron los disparos. No había vuelto a pensar en ello hasta ahora. Creyó que la ambulancia estaba allí por los secuestradores muertos, no le dio más importancia.

—Shhhh. Tranquila, pequeña. Ya pasó todo. Todos están bien. —Sam le rodeó los hombros con un brazo, atrayéndola hacia él, tratando de confortarla—. Respira hondo. Conmigo, vamos.

Una inhalación. Una exhalación. Tomar aire. Soltar aire.

—Oí los disparos. Tuve miedo de que fuera Dave o Claire... Dios mío, si llega a ser Claire... Cuando todo acabó, no lo recordaba, no me acordaba de los disparos, Sam. No me preocupé de ver si alguien estaba herido... yo solo... yo...

—Lo sé, mi niña. Has sufrido un trauma muy grave. ¿Recuerdas aquella mujer a la que atendimos hace unos años en la carretera? Nos paramos en el arcén tras ver cómo su coche perdía el control y se topaba contra un árbol. ¿Lo recuerdas? —Gene asintió—. ¿Recuerdas qué hizo la mujer que conducía?

Sí. Gene lo recordaba todo. La mujer conducía el coche en el que viajaban ella, su marido y uno de sus hijos pequeños. El marido pudo salir por su propio pie y estuvo pendiente del pequeño en todo momento. La mujer deambulaba alrededor del coche, ignorando a todo el mundo, preocupada por su bolso.

Mi bolso, mi bolso. Lo dejé en el suelo, iba abierto, se ha desparramado todo. Mi bolso.

—Ni siquiera se preocupaba por su hijo.

—No. No lo hacía al principio. El shock le impedía pensar con claridad. Cuando se recuperó se sintió culpable y no hubo forma de enviarla a su habitación, no se despegaba del pequeño, ni le soltaba la mano.

—¿Estás diciendo que sufro estrés postraumático?

—¿Tan raro te parece?

Gene lo pensó un momento. No, claro que no le parecía extraño. Pensó que lo sufría tras el ataque del violador, cuando aún creía que Erik solo era producto de su imaginación. Sin duda, el estallido de la tarde anterior era prueba de ello.

Durante el viaje la alegró el insondable vacío que sentía en el pecho, luego, cuando empezó a verse las heridas del cuerpo y se abalanzó sobre Erik, un cúmulo de emociones desbordadas la golpearon con fuerza, como si hubieran estado ocultas en algún rincón de su interior esperando el momento propicio para salir.

—Solo quiero que acabe de una vez. —Hundió los hombros abatida y se dejó consolar por el médico.

—Lo hará muy pronto, ya lo verás. Y ahora, vamos, desembucha.

—Pero, Sam...

—No hay peros que valgan. ¿Vas a decirme qué te ha hecho el príncipe azul o tengo que salir ahí fuera y sacárselo a golpes?

—¿Qué te hace pensar qu...?

—¿Por dónde empiezo? Tal vez fuera la cara de cachorrito abandonado que tiene o el hecho de que casi sale huyendo al verme o quizá...

—Miró hacia la cama, el lado que Gene no había utilizado, donde las sábanas permanecían alisadas y correctamente dobladas sobre el colchón.

La mujer no necesitó más. De nada serviría insistir en que tan solo eran amigos. Sam no era tonto. Ni mucho menos.

Se dio por vencida. Sam siempre había sido un redomado cabezota. No pudo evitar sentirse agradecida a la par que preocupada. No deseaba que nadie sufriera daños por su causa. Se mordió los labios, otra vez tenía ganas de llorar y ya estaba harta. Llorando no se resuelven los problemas, por no decir que le causaba dolor de cabeza y le taponaba la nariz, y necesitaba estar despejada.

Sam esperaba una respuesta a su pregunta, así que, armándose de valor, Gene le contó lo sucedido la mañana anterior cuando Dave y Carlson aparecieron en su casa con tan malas noticias.

Tenía la voz ronca cuando le repitió las palabras que Erik le dijo, pero una vez que comenzó a hablar no pudo parar. Se dio cuenta de que el hecho de que alguien estuviera dispuesto a escucharla le servía de terapia después de lo sucedido.

Al acabar, Sam se mantuvo un rato en silencio y, cuando finalmente lo rompió, a Gene le costó asimilar las palabras que salieron de boca del médico.

—¿José? —Los dos hombres se giraron al unísono, sincronizados, como si lo hubieran ensayado.

Gene se encontraba al pie de la escalera, sujeta al brazo de Sam, sin poder creer lo que veía.

Celaya tenía los ojos muy abiertos y una expresión de hondo sufrimiento en el rostro.

—¡Ay! Gene, por todos los demonios. Preciosa, ¿qué te han hecho?

—La impresión le hizo volver a su idioma nativo.

—Estoy bien, José. Créeme, parece peor de lo que es.

Pero su jefe no podía apartar la vista del labio inflamado y la oscura mancha que bordeaba la herida de su frente, ni de las ojeras que le marcaban el rostro, ni de la palidez de su piel. En lo único que podía pensar era en tomarla en brazos, meterla en un avión y llevarla a casa, donde podría cuidar de ella hasta que se repusiera por completo.

—Nunca debí permitir que vinieras sola. —Las palabras salían arrastradas en un quedo susurro.

Gene avanzó hacia él y se abrazó a su cuello, dejando que el enorme cuerpo de Celaya la cubriera de calor y cariño. Tuvo que reprimir las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Su olor. Su familiar e intenso olor a Brummel la envolvió, trasportándola a las largas noches de trabajo juntos, los dos sentados frente al ordenador, comiendo sándwiches de máquina y Triskys, acompañados de latas de Coca Cola. Era el olor de lo familiar, de la seguridad, de todo lo que parecía haberse desvanecido en su nuevo mundo. Lo aspiró con fuerza, embebiéndose de su aroma, aferrada a su cuerpo como si fuera un ancla que la mantuviera unida a la realidad.

Celaya no era capaz de soltarla. Ahora que la tenía entre sus brazos, sana y salva, aunque muy magullada, no se veía capaz de dejarla ir.

Por un momento, mientras preparaba el desayuno junto a Erik esperando que ella bajara, temió que se enfadara y no entendiera qué hacía allí. Al fin y al cabo, no tenía derecho a inmiscuirse en su vida sin su consentimiento. Casi se sentía feliz sosteniéndola. Hubiera sonreído de auténtica felicidad si el deplorable aspecto de la mujer no hiciera que tuviera ganas de llorar como una niña. Lo único que quería era cargarla, meterla en el coche y regresar a Madrid con ella. La llevaría a casa y se quedaría a su lado hasta que estuviera plenamente recuperada. Pero antes...

—¿Quién? Gene, dime quién te ha hecho esto. —Le temblaba la voz. Hablaba con los dientes apretados, como si tuviera que hacer un esfuerzo por contener las palabras.

Gene se apartó lo suficiente para poder mirarlo al rostro y confirmar algo que ya sabía. Su jefe estaba furioso. Más de lo que lo hubiera estado nunca antes. Por Dios. Si Stone estuviese en esa habitación, en aquel preciso instante, Celaya le abriría un agujero en el pecho solo con su puño.

—José, tranquilo. Mírame, estoy bien, de verdad.

—¿Que te mire? Te han dado una paliza y estás tan pálida que podrías

competir con la misma muerte. Quiero saber quién es el responsable. Ahora.

—Dave ya se ha ocupado de ellos...

—¿Ellos? Gene, por el amor de Dios.

Las explicaciones de Dave habían sido cortas y rápidas dado el escaso tiempo del que disponía para hablar con Celaya y el escollo del idioma, el policía no se detuvo en proporcionarle muchos detalles. Por el mismo motivo, Sam tampoco pudo rellenar los huecos vacíos.

Sabía que unos tipos habían asaltado la casa tratando de secuestrarla. También sabía que un hombre poderoso estaba detrás y que todo era culpa de un retrato. No entendía la mitad de la historia, pero no le importaba. Lo único importante para él es que Gene necesitaba protección mientras Dave se encargaba de todo, y eso era lo que estaba dispuesto a ofrecerle.

—Escucha, te lo contaré todo. De verdad. Pero necesito que te tranquilices. No puedo lidiar con otra crisis de ansiedad ahora mismo. ¿Vale?

José tardó un minuto en reaccionar. Finalmente asintió, la tomó de las manos y respiró hondo.

—Solo dime qué necesitas.

—Yo... —Un sonoro rugido interrumpió sus palabras e hizo que las mejillas se le tiñeran de rojo.

—Me ha quedado claro. —Celaya sonrió, una de esas sonrisas que llegan a los ojos. La condujo hacia el improvisado comedor, junto a la cocina, y retiró una de las banquetas para que tomara asiento—. Hora de desayunar —anunció esta vez en inglés.

Sam no se hizo de rogar y los acompañó, situándose frente a ellos, al otro lado de la barra americana. Los platos con los huevos fritos y las tostadas ya reposaban en la mesa, tan solo faltaba el café.

—Tiene una pinta estupenda. —El médico se frotaba las manos dispuesto a vaciar el plato en un suspiro—. Hijo, ¿quieres acercarme el café? Huele de maravilla.

Todas las miradas se volvieron hacia Erik.

Su voz fue lo primero que escuchó. Ni sus pensamientos, ni sus deseos. El timbre de su voz, que sonaba como el melódico canto de un violín. Se volvió tan rápido hacia ella que casi derrama el agua con que estaba enjugando la sartén.

Cuando Gene saltó a los brazos de Celaya, Erik solo podía pensar lo mucho que le gustaría estar en su lugar. Ser los brazos que la rodeaban, las manos que acariciaban su espalda, la firme presencia que la sostuviera. Gene

no le dedicó ni una sola mirada.

Se sintió de nuevo atrapado en el retrato, contemplando el mundo de Genevieve desde la inmensa oscuridad de su prisión. Un espectador que no podía ser visto, ni oído, ni sentido. Mudo e invisible para todos.

Estaba tan demacrada. Las horas de sueño no parecían haber surtido el menor efecto sobre su salud. Eso le paralizó el corazón. Sabía que no volvería a latir. No hasta que ella estuviera sana y a salvo.

Continuó contemplando la escena sin prestar atención a las palabras. Recordando una vez, cuando él tenía apenas cinco años. Se había sentido igual entonces. Pequeño, insignificante. Mientras lo que él creyó un ángel de infinita dulzura, paseaba de un lado a otro sin prestarle la menor atención. Deseando que se fijase en él, recibir un poco del cariño que tenía para entregarle. Pero el ángel no estaba interesado en compartir nada con él. Al igual que Gene no estaba interesada en abrazarse a él y sosegarlo con palabras tiernas.

Tuvo que obligarse a recordar que lo que él creyó un ángel no era más que una mujer que todo lo que tenía para compartir con él era desprecio. Un desprecio que se ganó por el simple hecho de existir. Muy al contrario que Gene, que parecía una mujer, y en realidad era un ángel que estuvo dispuesto a regalarle su amor, sin importar quién era él o lo que hubiera hecho.

Culpable. Se sentía tan culpable... y era algo tan novedoso en su vida.

—¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote todo el día? —La voz de Gene lo trajo de regreso a la realidad. No había nada de melodioso en ella. Tan solo fría indiferencia y tal vez... impaciencia.

Se apresuró a servir el café. Mientras, Gene procuraba resumirle a Celaya lo acontecido hasta el momento, sin entrar en detalles, sobre todo, de su relación con Erik.

—¿Puedo preguntar a qué ha venido el numerito en el desayuno? — Erik dejó el plato que estaba secando dentro del armarito que tenía sobre su cabeza y miró a Celaya de reojo.

Los tres hombres se encontraban en el interior de la cabaña después de que Gene manifestara su intención de salir a pasear junto al lago.

Por supuesto, los tres, cada uno a su manera, habían tratado de persuadirla. Vagar sola por el bosque no era una buena idea, no sin

protección. El alegato más vehemente, sin duda, había sido el de Celaya, que había estallado nada más oír las intenciones de la mujer. Erik no había alzado la voz en ningún momento, pero se atrevió a interponer su cuerpo entre Gene y la puerta cuando el argumento de Sam también fracasó.

—Apártate. Chasquearé los dedos si te necesito. —Fue la destemplada respuesta de la pelirroja al inútil intento de Erik por detenerla.

Así que Gene se había salido con la suya, y ahora Erik y Celaya recogían los restos del desayuno mientras Sam hablaba con Emily por teléfono informándole de su situación actual y el estado de salud de los implicados.

—¿Davis no te lo ha dicho?

—No tuvo mucho tiempo para darme explicaciones y, además —José se encogió de hombros y guardó las tazas limpias en su sitio—, parecía más interesado en convencerme de que estabas aquí para protegerla que en darme detalles sobre lo ocurrido.

—Entonces te contó lo único que necesitas saber.

Así que el policía no había entrado en detalles con Celaya. Tal vez fuera mejor así. Gene tampoco lo había hecho. A diferencia de Sam, Erik entendía el español con la suficiente soltura como para seguir la conversación que había mantenido con ella durante el desayuno. La mujer se esforzó en explicarle el tema de la maldición y lo que Stone había hecho hasta el momento para conseguir el retrato. Al contrario de lo esperado, el español no dudó una sola vez que lo que ella le contaba era verídico.

La fe ciega que Celaya tenía en la pelirroja le reveló a Erik todo lo que precisaba sobre el español. Ese hombre daría su vida por la mujer. La quería para él.

—¿Os habéis peleado? —Al no obtener respuesta, José insistió—. Dave dijo que tú la salvaste de esos tipos que querían llevársela.

Silencio.

—Es la primera vez que la veo tratar a alguien con tanta frialdad. Debes haber hecho algo muy gordo para que esté tan enfadada. Y más si te debe la vida.

—Escúchame bien. —Erik se volvió hacia Celaya apuntándole al pecho con el dedo índice y una expresión furibunda en el rostro—. Gene no me debe nada. En absoluto. Ella tiene derecho a hacer y decir lo que le venga en gana. Y sea lo que sea lo que haya pasado, no es asunto tuyo. Déjame en paz y déjala en paz a ella.

—Te equivocas en algo. —Celaya no era la clase de tipo que se dejaba asustar, ni siquiera aunque su contrincante le sacara casi una cabeza de altura y varios kilos de puro músculo de diferencia—. Todo lo concerniente a Gene es asunto mío. No voy a permitir que ni tú ni nadie le hagan daño.

—¿Voy a tener que separaros? —Sam, atraído por el ascendente tono de la conversación, se había situado junto a ambos hombres y ahora hacía un gesto con las manos alejándolas hacia los extremos para que José pudiera entenderlo.

—No. Gene no necesita más de... esto —concluyó Celaya sin encontrar una palabra mejor para definirlo.

El español arrojó el trapo sobre la encimera, se alejó de la cocina y tomó asiento en el sofá. Extrajo el móvil y se sumergió en la marea de correos y mensajes pendientes de responder que le mostraba el monitor.

Erik se frotó el puente de la nariz con frustración. No quería perder los papeles con aquel tipo. No debía olvidar que estaba allí para mantener segura a Gene, y eso, ahora, era lo único importante.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, Sam. No te preocupes. No volverá a suceder.

—Me extrañaría mucho. —Erik lo miró sin comprender—. Es obvio. Sois como dos perros peleando por la misma salchicha. Claro que los perros no pueden preguntarle a la salchicha con quién prefiere quedarse, y vosotros sí.

—Eso no será necesario.

—Si pretendes quedarte con ella...

—No. Cuando esto termine regresaré al retrato y le pediré a Gene que lo destruya. No tendrá que volver a preocuparse por mí y mi maldición jamás.

—No lo lograrás. No convencerás a Gene de que acabe con tu vida. Ella no es así.

—Por eso no le pediré que me mate. Solo la dueña del retrato tiene el poder de acabar con mi vida. En cambio, si lo destruye, quedaré atrapado en su interior para siempre.

—¿Para toda la eternidad? ¿Ese para siempre?

—Sí. Con eso estará a salvo y podrá ser feliz y recuperar su vida.

—No. No lo será. Ella jamás te condenaría...

—Pues tendrá que hacerlo o no estará a salvo nunca, y eso, Sam, no pienso consentirlo.

XXIV

Ambrose Avery palpaba el monitor de su iPhone 5S con el dedo pulgar de su mano derecha. Estaba muy concentrado tratando de hacer triplete con los caramelos rojos y verdes de la pantalla, sin prestar atención a la conversación que tenía lugar al otro lado del enorme escritorio de caoba, del despacho del juez Gibbs.

Estaba habituado a realizar ese tipo de visitas, aunque supusiera salir de casa a horas intempestivas de la noche. Cargaba siempre con su maletín. Una bolsa de cuero negro con un cierre hermético que requería de una combinación numérica de cinco dígitos para abrirse. Allí guardaba los valiosos sobres con los que ganaba gran parte de sus batallas. Era un gran negociador. Claro que, con un patrón como el suyo, las negociaciones adquirirían una ligera inclinación a su favor muy apreciada.

Giró el cuello e hizo crujir los huesos de hombros y espalda sin apartar la vista del monitor. Llevaba más de dos horas allí sentado, batiendo un nuevo récord que pronto publicaría en Facebook. Sus amigos no entendían de dónde sacaba el tiempo para lograr semejante puntuación si estaba todo el día trabajando. O al menos eso pensaban cada vez que lo veían conducir su flamante Bentley Continental GT Speed color lima. Nadie podría pagarse semejante coche sin dejarse antes la piel.

También tenía un BMW gigantesco de color azul oscuro que apenas si podía manejar con sus setenta y cinco kilos de peso y un Mini con el que solía bajar las dos calles que lo separaban del núcleo comercial de su barrio para comprar el pan.

Y es que Ambrose Avery tenía un gusto exacerbado por el dinero y un trastorno obsesivo compulsivo que lo obligaba a comprar todo aquello que caía en su punto de mira.

En ocasiones se sorprendía pensando si su afición por los coches caros, los trajes de firma y los Rolex se debía al hecho de no haber tenido ni un solo juguete cuando era niño. En realidad, decir que no había tenido ni un solo juguete no era del todo exacto. Hasta que cumplió trece años, su mayor

tesoro fue una pelota hecha con bolsas rellenas de papeles usados y bolas de papel de aluminio. Pasaba horas golpeando el balón de un lado a otro del minúsculo patio del orfanato donde se había criado.

Soñaba con convertirse en un futbolista de élite, ganar millones. Se compraría una mansión con varios criados y una rubia imponente lo estaría esperando cada noche desnuda sobre la cama *King size* que pensaba adquirir.

Por supuesto, cuando Brent *el gordo* le pateó la rodilla con la fuerza suficiente como para quebrarla, todos sus castillos en el aire se desinflaron y tuvo que buscar nuevas metas en la vida. Así que a los trece años cambió el balón de desperdicios por los libros, y unos años más tarde se graduó en Oxford con una de las notas más altas y un título de derecho bajo el brazo. Y todo habría quedado ahí de no ser por un golpe de suerte que lo puso en el punto de mira de Edgar Stone.

Al principio, no entendía por qué un hombre tan íntegro como Edgar Stone se había fijado en un muchachito enclenque, recién salido de la universidad y con una ética profesional bastante discutible. Más tarde lo comprendió todo. Stone tenía una legión de abogados a su servicio, de uno de los mejores bufetes de Londres, pero necesitaba a alguien que no tuviera el menor inconveniente en saltarse unas cuantas normas y trabajara en la sombra para conseguir lo que quería. Y Avery siempre conseguía lo que quería, sin importar a quién tuviera que llevarse por delante para lograrlo.

En un primer momento, recibía una nómina bastante respetable por tareas sencillas, documentación administrativa sin la menor importancia. Con el paso de los años, sus tareas se fueron multiplicando, al igual que su nómina, y en ocasiones, su trabajo no era exactamente legal, como el que tenía entre manos en ese momento.

Enterarse de los trapos sucios de la gente poderosa era otro de sus muchos talentos. Por eso Stone se había cerciorado de cubrirse muy bien las espaldas. Y, por otro lado, Avery no estaba interesado en traicionar a su patrón. Las malas noticias volaban y él no quería arriesgarse a perder la clase de cliente que representaba Stone. Traicionarlo solo conllevaría su caída en desgracia y que nadie de las altas esferas se sintiera interesado por contratarlo, y Avery no estaba dispuesto a volverse honrado ni a perder su suculenta nómina.

El abogado sonrió mostrando una ristra de dientes blancos y perfectamente alineados cuando un nuevo nivel cayó, reflejando la máxima puntuación. Estaba en racha. Una tonada aguda brotaba del altavoz de su

móvil y obliga a Gibbs a taparse el oído libre con una mano mientras sostenía el auricular con la otra.

Lanzaba miradas asesinas a Avery cada dos minutos, pero el abogado tenía una capacidad de abstracción asombrosa y no se daba por aludido.

Gibbs colgó el teléfono por enésima vez aquel día, y recuperó su posición frente al escritorio. La postura erguida, las manos entrelazadas y los antebrazos apoyados sobre la mesa. Carraspeó un par de veces para llamar la atención del abogado.

Avery se hizo de rogar un poco más. Gibbs le duplicaba la edad, ganaba en experiencia, y hasta ese momento en poder. Pero ya no, ahora Avery era quien tenía la sartén por el mango y podía jugar con él como haría con el personaje de un videojuego cualquiera.

El juez resopló haciendo vibrar las aletas de su enorme nariz como un búfalo enfurecido. La papada tembló bajo su garganta como una vela cayendo del mástil roto en un día de tormenta. Entrecerró los diminutos ojillos grises tras sus gafas de carey y alzó una mano para arrebatarse el molesto aparato de manos del abogado.

El teléfono se deslizó hábilmente en el bolsillo derecho de su americana Dior y el juez hubo de sujetarse la mano alzada con la otra para detener el movimiento.

Avery aún pasó un tiempo más alisándose el corto cabello rubio y estirando las arrugas de su carísimo traje azul marino con raya diplomática sobre su esbelto cuerpo. Cuando por fin alzó la mirada, sus ojos azules se clavaron en los grises de Gibbs. Unos ojos que reflejaban la fuerza de la juventud, frente a los arrugados y sombreados ojos de la experiencia.

Gibbs pensó que aquel imberbe muchacho que no alcanzaba la treintena debería estar haciendo de becario en uno de sus juzgados en lugar de hallarse ahí, sentado en el moderno escritorio de su despacho, chantajeándolo y haciéndose con el control de la situación.

Apenas le restaban un par de años para jubilarse, había visto pasar todo tipo de indeseables por su sala de juicios. Había emitido muchas condenas y entregado a la justicia a muchos maleantes, criminales, impostores, asesinos... y ahora allí estaba, sometido a la voluntad de un muchachito, que más se asemejaba a su sobrino adolescente que a un abogado de éxito a punto de convertirse en uno de esos indeseables que tanto aborrecía.

Desvió de nuevo la mirada hacia el sobre que lo incriminaba. Un

único error, uno muy antiguo, ya olvidado, que regresaba para recordarle que el mal nunca triunfa y que siempre pagamos por nuestros pecados.

—¿Y bien?

—Está hecho. —Avery levantó la ceja dándole a entender que esperaba más detalles—. Mi contacto en el departamento de policía acaba de eliminar todo rastro de los secuestradores. No hay nada sobre ellos en el sistema que los relacione con su cliente. Y me acaban de informar que los documentos que se encontraban en la comisaría de Brandsbury han sido destruidos. En unas horas los sacarán de prisión y los harán desaparecer.

—¿Y qué pasa con ese hombre? ¿El capitán Cox?

—Dudo que ceje en su empeño por llevar a Stone a prisión, pero aún puedo darle largas unas horas más hasta que esté todo el asunto zanjado. Cuando regrese a su comisaría, todas las pruebas habrán desaparecido y no tendrá nada con lo que recurrir a otro juez, ni siquiera a la prensa.

—Estupendo. ¿Y el retrato?

El juez se frotó las manos con nerviosismo y desvió la mirada hacia un pequeño marco que descansaba sobre la mesa. Avery sabía de quién era la foto que aparecía ahí y supo que la respuesta que iba a oír no era la que quería escuchar.

—No lo han... —Carraspeó para liberar el nudo de su garganta— no lo han encontrado. No estaba en la comisaría. Cox debe de haberlo ocultado.

—Mi cliente va a sentirse muy defraudado con esto, señor Gibbs. —La mano de Avery sostuvo un pequeño sobre entre los dedos, deslizándolo en el bolsillo interior de su chaqueta. Antes de que desapareciera por completo, Gibbs extendió el brazo y lo detuvo cogiéndole por la muñeca.

—El médico ha ido a verlo esta mañana. —Avery encogió los hombros con indiferencia y Gibbs tuvo que presionar más para que se detuviera—. Llegó con las manos vacías y se marchó con una bolsa de plástico enorme.

Ambrose sonrió y le tendió el sobre al juez. Gibbs lo sostuvo contra el pecho y dejó escapar un suspiro de alivio entre los amarillentos dientes.

—¿Cómo sé que es la única copia?

—¿Dónde está el médico ahora? —Gibbs maldijo por lo bajo.

—Le perdieron la pista. Iba con un extranjero, un español. Cogieron el coche y se dirigieron hacia la carretera norte. No tenían órdenes de seguirlos —concluyó a modo de disculpa.

No importaba. Avery estaba bastante seguro de lo que contenía

aquella bolsa y su localización actual. Más bien, con quién estaba ahora, no el lugar. Pero no importaba. Eso no formaba parte de su trabajo. Ya tenían otro equipo para encargarse de esos menesteres. Él solo tenía que realizar una corta llamada y su cuenta bancaria aumentaría unos cuantos miles más. Perfecto. Justo ahora acababa de encapricharse de un Patek Philippe que quedaría de lujo con su último Armani.

—¿Cómo sé...? —El juez volvió a la carga y una sonrisa ladina en el rostro de Avery lo detuvo.

—No lo sabe. Pero puede que lo vuelva a necesitar más adelante y, solo por eso, su secreto está a salvo conmigo.

Brandsbury, 1710

Mirar a su padre a los ojos mientras la huesuda mano de la muerte lo agarraba por el cuello y tiraba de él hacia la nada no le proporcionó el menor desahogo.

El anciano Blair yacía sobre su enorme y señorial cama en la residencia principal en Londres. Erik había entrado sin llamar a la puerta y se encargó de deshacerse del médico y las dos enfermeras que cuidaban de él. Quería estar a solas con su padre.

Stephen estiró la mano hacia su hijo. Una sonrisa cálida bañaba sus avejentados rasgos. Era la primera vez que esa expresión iluminaba el rostro de su padre y Erik no supo a ciencia cierta si lo estaba viendo a él o creía que era otra persona quien acababa de cruzar el umbral.

—Acércate, Erik.

El aludido cerró los ojos mientras su corazón hacía un doble salto mortal en su pecho y caía a peso contra la boca de su estómago. Su voz era tan débil, tan llena de sentimiento. Miró a su izquierda, la chimenea estaba apagada. La ventana abierta dejando entrar una suave brisa templada. No lo bastante para explicar la extraña desaparición de la escarcha en el pecho de Stephen Blair.

Físicamente, su padre era todo lo que esperaba encontrar cuando viajó de regreso a Londres tras recibir el aviso de su enfermedad. En lo demás, no parecía él mismo. Había imaginado una torva sonrisa en su rostro, crueles ojos enrojecidos mirándolo llenos de desprecio, creyendo que volvía arrastrándose por algún motivo: recuperar su herencia. El hombre que anhelaba su contacto, hundido en las sábanas blancas... no era su padre, y a la vez sí lo era.

Erik avanzó un paso y luego otro. Lentamente, se aproximó al lecho donde su padre esperaba con el esquelético brazo estirado, envuelto en la

camisola de dormir que semejaba una bandera al viento. No le ofreció su mano, ni siquiera lo tocó.

Stephen dejó caer el peso sobre el colchón y respiró con dificultad, como si llevara horas corriendo. No apartó la mirada de su hijo.

—Entiendo —murmuró antes de comenzar a toser—. La fábrica es tuya ahora —concluyó cuando pudo volver a hablar.

—Me habéis desheredado, padre. ¿No lo recordáis?

Tan calmado. Tan frío. Erik nunca hubiera imaginado sentirse de esa manera. Su padre siempre le infundía miedo. Pero ahora, al verlo así, débil, pequeño, encogido entre los metros de algodón que cubrían la cama, solo le daba lástima y le hacía preguntarse a qué le tuvo tanto terror.

No era nada. Un vago recuerdo del hombre que fue. Y seguía sonriendo. Sonreía a su hijo como si fuera lo más preciado que tenía en el mundo.

Demasiado tarde.

—Nunca llegué a firmar esos papeles. —Se inclinó para oírlo mejor, apenas le salían las palabras entre sus agrietados labios—. Sabía que, de un modo u otro, acabarías volviendo a mí. —Una honda inhalación—. La casa de Brandsbury es para Rowena y los gemelos. Esta casa y la fábrica son tuyas. Siempre fuiste muy inteligente, Erik, más que ningún otro hombre que haya conocido. Sabrás llevar el negocio mucho más lejos de lo que yo hubiera podido hacerlo.

Todos esos halagos, el reconocimiento a sus capacidades, la ternura de su voz, el amor paternal que destilaba al hablar llegaban tan tarde. ¿Dónde estaba todo eso cuando su madre murió, cuando esa odiosa mujer se apoderó de su hogar y le hizo la vida imposible, cuando el tutor alzaba la vara y le desgarraba la piel? ¿Dónde estaba su padre entonces? ¿Dónde? Cuando la oscuridad lo atenazaba hasta ahogarlo, ¿dónde estaba él?

—Renuncio a ella.

Esas tres palabras tuvieron el poder de mutar el rostro de su padre en una expresión de puro terror y desconcierto.

—¿Por qué?

Erik se sentó al borde de la cama. Tomó la frágil mano de su progenitor entre las suyas. Estaba frío y rígido, como el cadáver que pronto sería. No le costaría nada romperle todos los huesos, ni siquiera tendría que esforzarse para conseguirlo. Sería como sostener una pieza de cristal y dejarla caer. Así de fácil.

—Os lo explicaré, padre, cuando nos reunamos en el infierno. Pues no me cabe duda de que es allí a donde ambos iremos.

La piel de Stephen se tornó aún más lívida. Los párpados se dispararon hacia arriba, perdiéndose bajo sus grisáceas cejas, dejando los enrojecidos ojos expuestos a punto de salirse de las órbitas. Su respiración se volvió agitada e irregular. Tembló entre las manos de su hijo. Su boca se abrió para no decir nada, volvió a cerrarla y repitió el proceso una y otra vez, como un pez fuera del agua que tratara de respirar.

—Lo sé. Sé que no hay tiempo de cambiar el testamento. No importa. Dejaré que se hunda por sí sola. —Acarició el cabello blanco y recortado de su padre con la mano libre.

Tomó un paño seco de la mesita de noche y lo usó para limpiarle la saliva que resbalaba por la comisura de su boca. Con infinito cuidado, casi con cariño, le colocó el cuello de la camisola y le ahuecó las almohadas para acomodarle la cabeza.

—Habéis dedicado tanto tiempo de vuestra vida a esa fábrica. Mis hermanos y yo apenas os hemos visto en todos estos años. No os echaremos en falta. Y vuestra esposa... —Lo arropó hasta el cuello, asegurándose que quedaba bien cubierto hasta la barbilla para que no se enfriara. Aunque los temblores que sacudían su cuerpo no se debían a la temperatura—. Rowena nunca ha sido feliz en esa casa. Siempre extrañó Londres. Tranquilizaos. Yo mismo me ocuparé de decirle que Dark Garden será su tumba. Me complacerá mucho ser el emisario de tan feliz noticia.

Stephen se agitó bajo el peso de las mantas incapaz de emitir sonido alguno. Sudaba, le fallaba la respiración y un dolor punzante le subía por el brazo izquierdo. Estaba sufriendo un infarto. Erik lo sabía.

—Padre, por favor. —Se inclinó hasta que sus narices casi se rozaron—. Cuando muráis, decidle a Gilliam que la extraño, si es que sois capaz de reconocer a vuestra propia hija cuando la veáis.

Difícilmente. Stephen Blair nunca había visitado a Gilliam. Podría habérsela cruzado una decena de veces por la calle y jamás habría adivinado quién era. La niña nunca se lamentó por ello. Ni una queja, ni una pregunta, ni un sollozo. Nada. Ella era feliz con lo poco que tenía. Erik, en cambio, jamás se lo perdonó. Como tantas otras cosas.

La mención a su hija fallecida fue la estocada final.

El corazón de Stephen Blair descarriló y fue a parar directo al acantilado. Rodó precipicio abajo golpeándose con cada arista, cada borde,

hasta que llegó al final del recorrido y entonces se detuvo por completo.

En todo ese tiempo, los ojos de Erik no se apartaron de los de su padre. Fijo en sus pupilas, como si pudiera embeberse de su sufrimiento. Observando cómo la piel se volvía cada vez más gris y una capa lechosa le cubría la vista. La boca, abierta en un mudo grito; los puños, crispados contra el pecho; la espalda, rígida, arqueada contra los almohadones de plumas.

Su último aliento cayó en el rostro de su hijo y fue este quien usó la palma de su mano para cerrar los párpados del muerto.

Erik se puso en pie y caminó en dirección a la puerta. Ni siquiera se volvió una última vez antes de abandonar la habitación. Recorrió el pasillo en penumbras, iluminado escasamente por alguna palmatoria encendida aquí y allá. Bajó las escaleras acariciando el frío mármol de la barandilla a su paso con los tacones de sus botas de soldado golpeando los escalones, uno a uno, con inusitada lentitud, hasta que llegó abajo.

Había esperado una especie de catarsis liberadora. Hacer daño a su padre en su lecho de muerte para que llevara con él parte del sufrimiento con que revistió a su hijo durante toda su vida. Algo que siempre soñó que haría.

La dulce venganza que arrastraría todo el dolor, el miedo, la pérdida de su inocencia, que lo lavaría por dentro, convirtiéndolo en un hombre nuevo.

En cambio, no sentía nada. Estaba vacío y... perdido.

La joven señorita Childe sustituía desde hacía unos cinco años a la vieja ama de llaves. Llevaba un pañuelo blanco, muy sencillo entre los dedos, y se secaba el borde del ojo con él. Al ver descender al nuevo señor de la casa, la mujer guardó apresuradamente el pañuelo y se cuadró.

Erik se detuvo frente a ella. Llevó una mano a su brazo y la apretó sin hacerle daño para transmitirle algo... no estaba seguro el qué. Él se sentía tan... nada.

—No merece ni una sola de sus lágrimas —le dijo con suavidad—. Deles cartas de recomendación a todos, yo redactaré la suya, y continúe ocupándose de que todos reciban sus asignaciones hasta que encuentren otra casa donde emplearse. Pero que se apresuren. Los quiero fuera lo antes posible.

—Señor Blair. Esta es una casa muy grande para ocuparse una sola persona.

—Voy a echarla abajo.

La señorita Childe se llevó una mano a la boca para ahogar su gesto de sorpresa.

Erik ya había retirado la mano que tenía en su brazo y ahora miraba en dirección al salón principal, a la pared sobre la chimenea, donde, cuando era niño, colgaba el retrato de su madre. Un vasto espejo de marco dorado ocupaba ahora su lugar. Allí no había nada para él. Nada que quisiera conservar o recordar. En absoluto.

—Dígame una cosa. —Ella lo miró, pero no encontró sus ojos—. *Aparte de sus pertenencias, si tuviera que llevarse algo de esta casa consigo, ¿qué sería?*

El ama de llaves arrugó la frente contrariada. No estaba segura de qué clase de respuesta querría él de ella.

Había vivido y cuidado de esa casa durante cinco largos años. Estaba familiarizada con cada habitación, cada pasillo, cada rincón de la vivienda. Podría hacer un inventario completo de cada mueble, objeto de decoración y utensilio que se encontraba entre sus paredes. Si alguien cometía el error de cambiar algo de sitio o girarlo levemente, ella lo sabría. Siempre lo sabía.

—No sé qué queréis que...

—*La verdad, señorita Childe, como si tuviera usted que elegir un regalo para sí. Para recordar esta casa. ¿Qué sería? ¿Habría algo que quisiera conservar?*

Ella no necesitó ni un segundo para pensar sobre ello.

—*Si se me permitiera algo semejante, señor Blair, solo hay algo que desearía llevar conmigo. —Señaló hacia el salón.*

Erik la acompañó y dejó que lo guiara hacia el piano de cola que ocupaba una parte en el extremo más alejado de la puerta, junto a la ventana. Sobre la pulida superficie negra que ocultaba el mecanismo se disponían figuras de bailarinas en diferentes posiciones, pequeños cestos con flores y, en una esquina, una colección de diminutas figurillas de animales. Ninguna de esas pequeñas representaciones tenía mucho valor. Fruslerías que gustaba de exhibir su madrastra cuando aún vivían allí y que nadie se atrevió a tirar cuando marchó a Dark Garden para no volver.

La joven tomó una entre sus dedos y se la mostró. Era un gatito tallado con sumo detalle. Las pequeñas orejas vueltas hacia delante, los ojillos cerrados sobre un hocico rosado con forma de corazón, el cuerpo

envuelto sobre sí mismo con la larga cola grisácea enroscada sobre las patas. Era bonito, cándido en realidad. Pero no valía nada.

—Es igual que el gato de mi abuela —explicó la joven.

—¿La echa de menos?

—Mucho, señor Blair.

—Deje de llamarme así. El señor Blair yace ahí arriba, muerto.

—Lo lamento, señor B... —Se mordió los labios a tiempo y depositó la figurita en su lugar, exactamente en la misma posición en que estaba antes de cogerla.

Se quedaron en silencio mucho rato. Ella no se atrevió a moverse del sitio y él parecía tan distante, como si se encontrara a millones de millas de allí.

Erik reaccionó al fin. Alzó la mano y recogió el diminuto gato para mirarlo de cerca. Sus rasgos no mostraron nada, ni curiosidad, ni comprensión, nada.

Se volvió hacia el ama de llaves, le tomó el brazo y depositó la figura en la palma de su mano.

—Quédeselo. Y el resto, si lo desea. Son suyos ahora.

—Pero, señor...

—Erik, ese es mi nombre. Si alguno de los criados desea llevarse algo más, son libres de tomarlo. Estoy seguro de que usted sabrá hacerse cargo de ello. Reparta el resto, ropas, mantas, lo que sea. Llévelo a las monjas o lo que usted crea conveniente. Cuando se marchen todos, no quedará nada en pie que pueda aprovecharse. ¿Lo ha entendido?

Ella asintió.

Erik dio media vuelta y caminó hacia la puerta dispuesto a dar por finalizada la visita.

—Erik. —Se detuvo con la mano sobre el pomo y se volvió a mirarla por encima del hombro—. ¿No deseáis llevar nada con vos? Puedo pedir que os lo envíen a...

—Nada. No hay nada en esta casa que desee conservar.

La joven señorita Childe contuvo las lágrimas al oírlo hablar así. Había tanto pesar en su voz, tanta añoranza, tanto dolor.

No lo conocía muy bien. Solo historias que los empleados de más edad contaban de vez en cuando. No eran buenas historias. Todas hablaban del endemoniado señorito Blair que hacía de las suyas volviendo loca a su madrastra y que había partido a la guerra en contra de los deseos de su

padre. Aquella era la primera vez que lo veía y sintió lástima por él. No parecía haber sido feliz en su vida. Lo cual, tal y como declaraba su anciana abuela siempre que podía, demostraba que el dinero no daba la felicidad. Ni mucho menos. Se necesitaba más que eso.

—Me encargaré de que vuestro padre sea atendido apropiadamente.

—Bien. Hágalo.

Y desapareció, dejando una ráfaga de infelicidad tras él que hizo que la joven ama de llaves tuviera que cruzar los brazos sobre el pecho y abrazarse a sí misma para darse calor.

De repente, la casa entera parecía estar helada.

Sacudió la cabeza alejando viejas historias de fantasmas de su mente y se dispuso a traer de vuelta al médico y a quien hiciera falta para encargarse del cadáver de su señor.

XXVI

Erik se quedó sentado en el porche con la cabeza entre las manos, tratando de seguir los pasos de la mujer en la distancia. Le aterraba perderla de vista durante tantas horas, pero no había nada que pudiera hacer por impedirlo. Ella deseaba estar sola y él tenía que amoldarse a sus deseos.

A su alrededor, el canto de las aves y el viento soplando sobre las ramas de los árboles eran lo único que lo distraía del infernal silencio que se había asentado en su cabeza. En algún momento, la pelirroja le había vetado el paso a su mente y ya no era capaz de escuchar sus pensamientos. Por eso ahora debía concentrarse para seguir el paso de sus emociones, las cuales le permitieron situarla en algún punto al otro lado de la laguna, demasiado lejos para correr en su ayuda, pero no para aparecerse si lo necesitaba.

Prefería concentrarse en hallar el modo de contactar con Stone y acabar con la situación de una vez por todas, pero para ello hubiera necesitado que Gene permaneciera encerrada en la cabaña o dentro de su campo visual, y no estaba dispuesta ni a lo uno ni a lo otro.

Maldijo nuevamente para sus adentros.

«Estúpido, lamentarte no va a ayudarla».

Sam salió y tomó asiento junto a él sobre los escalones. Alargó el brazo y le tendió una taza de té humeante. Sorbió de la suya y se quedó mirando la línea de árboles que tenían enfrente.

Erik sostuvo la bebida dejando que el calor se extendiera desde la palma de sus manos a sus muñecas y al pecho contra el cual la apretaba. Aún se sorprendía de lo reconfortante que resultaba experimentar de nuevo aquellas pequeñas sensaciones.

—¿Por qué estás aquí, Sam? —El médico alzó las cejas sorprendido.

—¿No ha quedado claro? Vine a cuidar a mi reina.

—No. Me refiero —Se aclaró la garganta antes de continuar—, quiero decir... aquí. Conmigo.

—¡Oh! Eso. El ogro que piensa que no merece tener amigos.

—No estoy bromeando.

—Tampoco yo. Y lo lamento. Si esperabas ganarte mi desprecio por lo que crees haber hecho, te vas a llevar un chasco.

—No lo creo. Sé perfectamente lo que hice.

—Los jóvenes siempre pensáis que lo sabéis todo.

—¿Eres consciente de que tengo cerca de trescientos años más que tú?

Sam se atragantó con el té, el líquido le subió por la nariz y tosió un rato antes de empezar a reír a carcajadas. Al recobrar el aliento, el médico palmeó la espalda de Erik con una amplia sonrisa aún en su rostro.

—Bien mirado, hijo. Bien mirado.

El silencio los envolvió y Erik se concentró de nuevo en encontrar a Gene. Sus pasos se habían detenido. Parecía que iba a tomárselo con calma para regresar.

—Dime una cosa. —Erik asintió, con la vista fija aún en el horizonte, para que prosiguiera—. ¿Tú la amas?

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en usar esa palabra?

—No. No lo sé. Yo...

El hombre frunció el ceño y se frotó la nuca con la mano. Era una pregunta que llevaba esquivando desde que llevó a Gene con él al interior del retrato. ¿Acaso sabía él algo del amor? Probablemente no. Si lo golpeara ni siquiera lo reconocería. ¿Cómo iba, entonces, a contestar a esa dichosa pregunta? La deseaba. Sí. Le divertía estar a su lado. También. Se sentía protector con ella, posesivo. Pero ¿amor?

—Bobadas. Claro que lo sabes. No busques la respuesta aquí. —Le tocó la sien con dos dedos de la mano y, a continuación, le colocó la palma sobre el pecho, a la altura del corazón—. Aquí, este es el lugar donde debes hallarla.

Erik se llevó su propia mano al esternón y cerró los ojos un instante. Cuando los volvió a abrir, su mirada se había suavizado.

—Aquí dentro, en este momento solo siento un inmenso vacío. He conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, de mi extensa vida, y ninguna era como Gene. Ella consigue que desee ser mejor persona, digno de estar a su lado, me hace ver mi pasado con otra perspectiva. Y si dar mi vida sirviera para acabar con su sufrimiento, lo haría sin pensarlo un instante. Sam. —El médico no apartaba la vista de él con una sonrisa indulgente en los labios—. Creo que... sí. Sí, Sam, la amo. Amo a esa mujer como jamás he querido a nadie, pero no la merezco.

—Bueno, hijo, eso es algo que debe decidir ella, ¿no crees?

—No. Yo solo atraigo la desgracia sobre quienes me rodean. Y ella debe ser feliz. Ya lo ha pasado bastante mal. Merece una vida mejor que la que yo pudiera darle. Además —Suspiró con gesto derrotado—, no hay modo de vencer la maldición. ¿Cómo podría atarla a algo así? ¿Qué clase de futuro tendría? Siempre sería mi dueña y yo su esclavo. Por mucho que se esfuerce, eso es algo que no va a poder cambiar, ni yo tampoco. No, Gene debe estar con alguien que sea libre, que pueda vivir una vida de verdad junto a ella. Yo no tengo nada que ofrecerle.

—Los seres humanos somos únicos buscando excusas para huir de lo que nos da miedo.

Erik estaba a punto de contestarle que él no tenía miedo a nada. Llevaba tanto tiempo repitiéndose eso a sí mismo... desde que apenas era un niño y su padre quería que fuera un hombre. Cuán equivocado estaba. Su padre no soportaba la muerte de su esposa. Ese era su mayor temor. Y se hizo realidad. Ahora lo veía con total nitidez porque él también temía perder a Gene y no sabía cómo podría seguir viviendo si a ella le sucedía algo.

Su padre se había encerrado en sí mismo, en su trabajo. Apartándose de todos los que significaban algo para él. Borrando todo rastro de la mujer que amó y perdió. Alejándose de una hija a la que también iba a perder. No lo soportaba. Él no soportaba mirar a Gilliam con el conocimiento de que su muerte estaba próxima rondando. Por eso nunca se acercó a la niña desde que diagnosticaron su enfermedad.

Erik lo odió por ello. Más que por lo que le hizo a él, lo odiaba por abandonar a su única hija, por no regalarle ni una sola caricia, ni una sonrisa, ni un gesto de amor paternal. Ahora que lo comprendía todo, supo que su padre había sido el mayor cobarde de todos.

—Emily tiene edad para ser mi hija, hace algunos años hubiera sido tachado de pederasta simplemente por fijarme en ella. ¿Crees que no sé lo que la gente piensa cuando nos ve juntos? Dónde irá ese hombre con una niña tan linda como esa. Seguro que ella está con él solo por su dinero. En qué universo una joven tan hermosa como ella querría estar con un vejstorio como ese. ¿La has visto? Tiene la belleza de un ángel, es etérea. —Erik se dio cuenta de que a Sam le brillaban los ojos hablando de la muchacha—. Y no solo eso. Es dulce, cariñosa, inteligente, divertida. Podría buscar a un muchacho de su edad, alguien que aún tuviera la energía y las fuerzas suficientes para seguirle el ritmo. Las chicas como ella deberían viajar,

recorrer el mundo, salir de fiesta, escalar montañas... no quedarse encerradas en casa marchitándose al lado de un hombre que casi les triplica la edad.

Ambos guardaron silencio durante varios minutos. Erik sabía que Sam tenía razón. Emily era muy joven, y él sabía que las mujeres jóvenes tienen necesidades que un hombre de la edad del médico no podían satisfacer. Lo había visto en muchas ocasiones. Jovencitas obligadas a casarse con hombres mucho mayores que ellas, condenadas a languidecer en la penumbra de su hogar, sin amor, sin ilusión. Envejeciendo prematuramente. Entendía que Sam no quisiera eso para Emily.

—Sí, yo hace un tiempo también pensaba como tú. —Sam colocó una mano sobre el hombro de Erik y contempló el fondo de su taza con una sonrisa comprensiva en su rostro—. Pensaba que ella debería estar con alguien mejor, alguien que siguiera a su lado cuando envejeciera, que cuidase de ella. Pero la vida no es ideal. Se nos ha concedido un tiempo finito para estar en este mundo, Erik, y debemos aprovechar ese tiempo lo mejor posible y ser tan felices como podamos. Yo no le he puesto una pistola en la sien, no la he obligado a quererme, pero lo cierto es que, por raro que parezca, ella me quiere. Es ella quien ha elegido estar a mi lado y es libre de marcharse cuando quiera. Y yo también la quiero con locura. No puedo llevarla a bailar hasta la madrugada, tampoco la acompaño cuando sale de acampada con sus amigos. Además, odio dormir en tienda de campaña, mi espalda ya no es lo que era. Pero ¿sabes una cosa? —Erik negó con la cabeza y esperó a que el médico prosiguiera—. Ambos esperamos con ansia ese momento, por la noche, cuando ya todo está quieto y tranquilo y podemos hablar de nuestras cosas acurrucados en el sofá, viendo viejas películas y comiendo palomitas. Es el mejor momento del día.

—Entiendo lo que dices, Sam. Sin embargo, esto es mucho más complicado que la diferencia de edad. Yo no envejeczo. No puedo conseguir un trabajo, no puedo darle hijos. A mi lado jamás tendría una vida normal. ¿Crees que ella podría ser feliz así con el peso de la maldición siempre sobre nuestras cabezas?

—Tal vez no. Puede que tengas razón. Aun así, hazle caso a este viejo tan joven. No prives a Gene de poder tomar esa decisión, ella es quien debe elegir si quedarse junto a ti o no.

—Bueno —Alzó la comisura del labio y se encogió de hombros—, supongo que ahora no tengo de qué preocuparme. Ella me odia, y tiene motivos de sobra para hacerlo. Probablemente es mejor así. Hallaré el modo

de que Stone la deje en paz y recuperará su vida. Todo volverá a ser como siempre debió ser. Será feliz, encontrará a alguien. Alguien mejor. Celaya. Él podría hacerla feliz. La ama, Sam, lo he visto en sus ojos. Él cuidará de ella, puede darle una vida, hijos, envejecer a su lado, protegerla. Yo —Suspiró encogiendo los hombros—, no puedo darle nada de eso.

Sam se encogió de hombros y se puso en pie para regresar al interior de la cabaña. Con la mano sobre el pomo de la puerta se volvió para mirar a Erik, que mantenía la vista fija en un punto en la lejanía, a través de los árboles. El médico era un casamentero nato, no soportaba ver dos almas que se amaban tan distantes.

—Recuerda algo, hijo. La salchicha tiene derecho a elegir. —Erik sacudió la cabeza sin volverse—. Sabes, cualquiera podría pensar en la luna y el sol como una pareja imposible, tan distantes, tan distintos. Pero existen los eclipses, hijo. Existen los eclipses.

—Avery ha llamado. El policía está solo.

—¿Y el retrato?

—El médico lo ha sacado del pueblo.

—Así pues, todas las piezas están ocupando la misma casilla.

Edgar se reclinó hacia atrás llevando consigo la mascarilla de oxígeno para cubrirse la boca con ella. Aspiró hondo un par de veces y emuló una mueca que pretendía ser una sonrisa. William se estremeció con un escalofrío.

El joven Stone se situó junto a su padre, dejando vagar la mirada por el amplio ventanal del despacho. Los establos, la pista por la que solía competir con su hermana Eve con los caballos, el jardín que se desplegaba antes de llegar a la pista. Sus ojos fueron saltando de un punto a otro sin detenerse en nada en especial. Lo único que quería era mantener la mirada lejos de su decrepito progenitor.

Sencillamente no soportaba mirarlo. Una vocecilla interior, que no sentía el menor aprecio por él, insistía en recordarle que un día podría verse así. Le asqueaba pensar en ello, por eso pasaba el menor tiempo posible en su presencia.

—Me ocuparé de ellos.

—No. —A pesar de su ronquera, la voz de su padre aún tenía energías

para silenciarlo—. Ya hemos visto cómo te ocupas de las cosas. Si te hubieras limitado a hacer lo que te pedí, no estaríamos envueltos en este lío.

William cerró los puños a ambos lados del cuerpo e hizo un gran ejercicio de autocontrol para evitar lanzarse sobre el viejo y llenarle la cara de golpes. Probablemente, lo mataría con el primero y eso no lo ayudaría a desahogarse. Tampoco quería ensuciarse la camisa. Volver a casa cubierto de sangre alertaría a Karen y a su pequeña princesa, y ellas eran lo más importante en su vida, junto con Arya.

—Tienes razón. Tus métodos han sido mucho más productivos que los míos.

—No seas condescendiente conmigo, William. Si no hubieras decidido hacer esto a tu manera, la señorita Hanglin no habría invocado a Blair en primer lugar.

—Ella no debía estar en la casa —murmuró William entre dientes. Su padre no podía dejar de repetirle todos sus fallos una y otra vez, y eso lo sacaba de sus casillas. Si la casa hubiera estado vacía tras la muerte de la anciana Boudin, el retrato y el contrato de compra estarían ahora en sus manos y se habrían ahorrado muchos problemas—. No quería venderla. Jamás se hubiera desecho de ella y su tía tampoco. Robar el retrato era el mejor modo de hacer esto.

—Tal vez, pero no contratando la clase de escoria con la que tú trabajas. No había necesidad de hacerle daño a la mujer. Ella no tenía nada que ver en esto. Si Avery no fuera tan diestro haciendo su trabajo, ahora mismo podrías estar en prisión. Y ¿quién cuidaría de tu hija entonces? No haces más que remover la basura. Incendiar la casa hubiera destruido el retrato, y esos tipos que enviaste a por ella han fracasado estrepitosamente. Están todos muertos.

William hubo de morderse la lengua para no replicar a su padre. Enfrentarse a él solo le acarrearía más problemas y no lograría convencerlo de su valía. Ni siquiera logró unas palabras de afecto cuando averiguó que el retrato volvía a estar en Dark Garden. Siglos buscándolo y él en unas pocas semanas había acabado el trabajo. Pero su padre ni siquiera lo valoró. Él solo había amado a uno de sus hijos. A Evangeline. Y a sus nietas. Arya y Camille eran las únicas que todavía lograban rozar su corazón, esa negra y dura piedra que seguía palpitando en su pecho.

—Dame otra oportunidad. Los encontraré y traeré el retrato y a la chica de vuelta. Tengo a alguien que...

—Tus oportunidades se han terminado.

Un pitido interrumpió la contestación de William. Edgar pulsó un botón en el interfono que tenía sobre el escritorio y la voz de una mujer sonó al otro lado.

—Señor Stone, la visita que esperaba acaba de llegar.

—Hágalo pasar de inmediato. —Stone sonrió llevándose la mascarilla a la boca para inhalar y luego fijó la vista en la puerta—. Ahora aprenderás cómo deben hacerse las cosas.

Al abrirse la puerta, una figura alta y amenazadora ocupó todo el marco, justo antes de dar un largo paso adelante y cerrar tras de sí. Se cuadró con eficacia militar e inclinó levemente la cabeza hacia Edgar.

Tenía el cabello gris rasurado casi al cero. Los ojos de un azul eléctrico vibrante, casi glaciario, contrastando con las espesas cejas también grises. La mandíbula dura, acabada en pico y las mejillas angulosas y pronunciadas. A William le recordó al comandante Chip Hazard, de aquella película infantil que tanto le gustaba ver a Camille, *Pequeños Guerreros*. Salvo por la mandíbula, claro está, y que aquel tipo medía algo más de treinta centímetros y no estaba tallado en plástico, aunque quizá sí lo estuviera en mármol.

—¿Los han localizado?

—No ha sido difícil. Cox tiene una cabaña al norte. Hemos rastreado la señal del médico y el extranjero. Solo deme la orden e iremos a por ellos.

—Excelent... —La tos cortó sus palabras e hizo que el anciano Stone hubiera de agarrarse el pecho con una mano.

Se ahogaba. Los ataques eran cada vez más violentos y lo dejaban más agotado.

La enfermera, que había guardado silencio manteniéndose en un segundo plano en un extremo del despacho, se puso en pie rápidamente y avanzó hacia él. Lo ayudó a anudarse la mascarilla tras la nuca y lo movió en la silla para facilitar su respiración. Luego preparó una jeringa que llevaba en el bolsillo de su bata, pero Stone la detuvo con un gesto.

Tras unos agónicos minutos en que solo se escuchaba la trabajosa respiración del hombre, Stone se retiró la mascarilla dejándola caer inerte sobre la huesuda barbilla. Se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz y miró al hombre que continuaba firme frente a su escritorio, sin inmutarse, como si no hubiera sido espectador de lo que acababa de pasar.

—Quiero el retrato y a la mujer. No deben matarla bajo ningún

concepto. La quiero viva.

—¿Y el resto?

—Con Blair hagan lo que quieran, excepto dañar el retrato. No quiero bajas. Si alguien se interpone, ocúpese, sin víctimas. Sin pruebas.

—Lo avisaré cuando estén en nuestro poder.

—Como hemos acordado.

El hombre asintió con un seco cabeceo y abandonó el despacho con la misma eficacia de movimientos con que había entrado en él.

Edgar Stone se dejó caer en su silla e hizo un gesto cansado a la enfermera. La mujer procedió a dejar al descubierto la vía insertada en su brazo. Todo huesos y piel pálida y arrugada. William apartó la vista mientras la mujer se hacía cargo con la inyección que tenía en la mano derecha.

Apretó los puños a ambos lados de sus muslos. El mercenario que su padre había contratado se encargaría de todo. Pero cuando el retrato estuviera a su alcance, sería él, William Stone, y no su padre, quien se ocuparía de acabar con la maldición. Y se haría a su manera.

Tamborileaba con los dedos sobre la repisa de la cocina, vigilando el reloj y el horno que funcionaba a sus pies. El paseo había logrado alinear sus chacras, como diría Sara. El problema es que se volvieron a desalinearse en cuanto se cruzó con Erik.

El hombre la esperaba sentado en los escalones de acceso a la cabaña. Se puso en pie en cuanto la vio y se mantuvo junto a la puerta con las manos cruzadas al frente y la cabeza gacha, una pose que le recordó la de un viejo sirviente. Cuando le dio la bienvenida haciendo una pequeña venia, se juró a sí misma que acabaría ahogándolo con sus propias manos.

¿A qué estaba jugando ahora?

Tenían cosas que discutir, además, estaba dispuesta a hacer las paces con él, sentarse como dos adultos y hablar de lo sucedido. Las palabras de Sam no cayeron en saco roto y lo que había descubierto después... bueno, eso merecía un capítulo aparte.

En lugar de eso acabó echándolo a patadas de su cocina incapaz de soportar tanto servilismo. Que si “Permíteme que te ayude con eso”, “Deja que me encargue de aquello”. “Disculpa por existir”.

Celaya y Sam eran hombres inteligentes. Vigilar los alrededores y

realizar algunas llamadas fueron excusas perfectamente válidas para salir por pies y dejarlos a solas.

Por suerte, Erik pilló la indirecta... Bueno, en realidad la directa, porque Gene prácticamente le dio una patada en el culo de camino a la puerta. Y gracias a la larga charla que acababa de tener consigo misma, al menos lo sacó de allí con un propósito en mente.

El hombre debía encontrar y limpiar la mesa y las sillas de camping del cobertizo y conseguir que se parecieran más a una agradable mesa donde comer, sin tanto polvo y telarañas.

—No puedo creerlo. ¿Es la vieja receta de Margerite?

—Su famosa lasaña de verduras. —Sam se situó junto a Gene olisqueando el aire con adoración.

—Aún va a tardar en estar lista y he pensado coronarla con su tarta de zanahoria.

—Eso son palabras mayores, majestad. Podría explotar de puro gozo solo con saborearla.

Genevieve rio y sacudió la cabeza. Sam no tenía remedio, gozaba de buen apetito y los platos de Margerite siempre fueron sus preferidos.

—Sam. Necesito un momento para hablar con Erik. ¿Crees que podrías convencer a Celaya para ir al pueblo a por unas cervezas para la comida?

—También puedo convencerlo para practicar inglés junto al lago. —Gene le suplicó algo de comprensión bajo sus espesas pestañas cobrizas—. No creo que sea seguro que estéis solos.

—Está controlado, Sam. Desconecté mi móvil nada más salir de la gasolinera y le di al encargado una dirección falsa por si nos seguían. No tienen modo de saber dónde estamos, y a vosotros no os buscan. Aquí estamos seguros. Y de verdad que necesito esto.

—Todo sea por que triunfe el amor.

—Sam. —Gene puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. No se trata de eso.

—Por supuesto, majestad. Vos nunca le diríais al rey lo mucho que queréis a sir Lancelot.

El médico guiñó un ojo comprensivo. No insistió. Cogió las llaves del todoterreno y salió en busca del español, que estaba sentado en el porche respondiendo correos desde su móvil como si le fuera la vida en ello.

Gene se sentía en deuda con José. No obviaba el hecho de que su jefe

y amigo había viajado durante varias horas solo para estar con ella, para ofrecerle su ayuda. Hasta llegar a Brandsbury no tenía idea del lío en el que se metía. No le importó.

Por un momento, se permitió pensar en lo que eso significaba. Tampoco olvidaba el modo en que Celaya la recibió al bajar las escaleras. Mientras paseaba por la laguna pensó mucho en ello.

Sara la picaba a veces insinuando que José no era solo un amigo, aunque Gene no la creía. Celaya era un hombre íntegro, respetuoso, que siempre la trataba con profesionalidad. Al menos eso pensaba hasta que se presentó en la cabaña muerto de la preocupación y la estrechó entre sus brazos de esa manera...

—Gene, es Sara. Creo que deberías cogerlo.

La mujer dio un respingo al oír al objeto de sus pensamientos llamándola desde la entrada. José le tendía su móvil con medio cuerpo dentro y el resto fuera. Se apresuró a tomarlo de sus manos y antes de poder llevárselo al oído él le retuvo la mano obligándola a prestarle atención.

—Está hecha un basilisco, y con razón. —Gene agachó la cabeza con consternación. ¿Sara enfadada? Se avecinaba un cataclismo—. Quédatelo, puedes devolvérmelo cuando Sam y yo volvamos. Gene —insistió antes de que ella se alejara—, por favor, quédate en la cabaña con Erik hasta que regresemos.

—No voy a moverme de aquí. Palabra de consultora.

—Es una promesa, preciosa.

—Sí.

Celaya sacó su torso dejando que la hoja golpeará contra la jamba y Gene pudo oír sus fuertes pasos camino del Range Rover. Con él sería todo tan fácil.

Cuando escuchó el vehículo moverse sobre la tierra que bordeaba la cabaña, se llevó el móvil al oído y saludó a su amiga.

—¡Por el amor de Dios, Ginebra! —La voz de su amiga Sara le chirrió en los oídos y tuvo que despegarse el auricular para evitar quedarse sorda—. ¿Se puede saber dónde has estado? Llevo dos días intentando localizarte. No contestas mis WhatsApps, ni mis mensajes, ni me coges el teléfono. Casi cojo un avión esta noche para ir a buscarte. —Igual que Celaya, pensó Gene—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Estás bien? José no quiere decirme nada. ¿Y cómo es que él está ahí contigo y a mí no me has llamado? Ginebra, empieza a hablar o juro por Dios que me presento allí

ahora mismo.

—Sara. Sara, no. Escucha, no hace falta que vengas. Estoy bien. ¿Me estás oyendo?

—Ginebra Geraldine. —Sara siempre la llamaba así cuando estaba enfadada con ella, lo cual no era muy a menudo o sus oídos no hubieran soportado el tono agudo con que solía reprocharla—. O me dices ahora mismo lo que está pasando o pienso ir allí *ipso facto*.

—Sara. Te repito que estoy bien, oye, ahora no puedo hablar, pero...

—¿Gene? ¿Va todo bien? —Erik acababa de asomar la cabeza por la puerta, mirándola con gesto preocupado, al tiempo que se sostenía una mano envuelta en un trapo contra el pecho.

Gene le hizo gestos para que guardara silencio, pero ya era tarde. Sara, que tenía un oído finísimo, solo para lo que le interesaba, ya lo había oído.

—¿Quién es ese? Serás perra. ¿Por eso no me respondías? ¿Estás haciendo un trío con tu jefe y un bomboncito inglés? Tía, me lo tienes que contar todo ahora mismo. ¡Ay! No, no, no, no. Por Dios, no me lo digas. ¿No os habré interrumpido? ¿Por eso José no quería decirme nada? ¿Estabais...? Madre mía. ¿Este sabrá usarla? Imagino que sí si no has tenido ni un minuto desde hace días para escribirme. ¿Cómo es? Tienes que mandarme una foto. Si está mejor que el novato, lo descarto, prometido. ¿Y José? ¿Tiene un buen paquete? ¿Cómo es que no me has dicho nada?

Sara sufría un claro problema de verborrea, sobre todo si se trataba de tíos. Gene apartó el teléfono de su oído y se llevó la mano a los ojos a punto de bramar en arameo. Le empezaba a doler la cabeza. Si en algún momento había estado pensando lo difícil que resultaría explicarle a su amiga la historia de Erik, su imaginación no llegaba ni de lejos a lo que realmente le iba a suponer.

Mientras Sara hablaba, Gene trataba de cortarla para explicarse, pues la imagen que su amiga estaba formándose en su cabeza era cada vez más rocambolesca e iba a resultar casi imposible desembrollar todo ese lío y ponerla en antecedentes. Por no decir que no era lo que Gene necesitaba en ese momento. Ya tenía una conversación infernal pendiente, no podría con dos.

Trataba de encontrar las fuerzas necesarias para detener el parloteo de su amiga cuando sintió que Erik le arrebatava el teléfono de las manos. Antes de poder detenerlo, el hombre se llevó el aparato al oído.

—Me temo que la señorita Genevieve está muy ocupada en estos momentos —empezó a decir él en español y con un tono tan seductor en la voz que sintió ganas de desayunárselo allí mismo—, me ocuparé personalmente de que se ponga en contacto con usted tan pronto le sea posible. Gracias por su paciencia.

Dicho lo cual colgó y le devolvió el teléfono a Gene.

La mujer lo miró ojiplática. Él se limitó a encogerse de hombros y alejarse en dirección a las escaleras.

El móvil sonó, esta vez con un mensaje de WhatsApp entrante. Lo leyó intrigada antes de sonreír maliciosamente, sacudir la cabeza, que ya le dolía horrores, y dejar el aparato sobre el mostrador de la cocina.

“¿Quién es ese? ¿En serio estás haciendo un trío? ¡Ay! No. No me contestes ahora, sigue con lo que... Pero si está bueno, por lo que más quieras, ¡¡mándame una foto!! Y escribe de vez en cuando o me presento allí. Prometido. Llámame luego”.

El mensaje incluía varios emoticonos que la hicieron reír.

Debía admitir que el sistema de Erik para silenciar a su amiga daba resultados extraordinarios.

Se inclinó para sacar la lasaña del horno y dejarla a un lado mientras volvía a tomar el bol en el que estaba mezclando los ingredientes para la tarta de zanahoria. No había girado el cucharón ni dos veces cuando los ruidos que se oían en el piso de arriba llamaron su atención. ¿Acaso no había visto a Erik con algo en la mano?

Dejando el bol en la repisa se encaminó escaleras arriba siguiendo los sonidos hasta el cuarto de baño.

—¿Qué tienes ahí?

Erik mantenía una mano bajo el chorro del agua fría del lavabo y rebuscaba en el armarito que tenía en frente, desperdigando los botes y cajas por el suelo. Un pedazo de tela manchado de sangre descansaba en un hueco entre el grifo y la pared.

—Lo siento, lo recogeré en cuanto acabe.

Mierda, aquella postura sumisa y controlada la estaba desquiciando. Sus sienas rechistaron cuando una coza de mula las golpeó y apretó los dientes para no chillar.

—Trae. Déjame ver eso.

—Puedo ocuparme.

Gene no lo ponía en duda. Solo que iba a destrozar el baño primero si

seguía así.

Rodeando el enorme cuerpo del hombre, lo tomó de la muñeca y sacó su diestra del chorro de agua. Una larga línea le marcaba el lateral del dedo índice y dejaba escapar la sangre entre la piel lacerada. El corte no parecía profundo.

—¿Con qué te has hecho esto?

—Un clavo. No es nada, solo busco algo para taponarlo o lo pondré todo perdido de sangre.

—Estate quieto, Erik. —Él dejó lo que estaba haciendo y miró hacia el suelo—. Para. Yo lo hago.

Gene volvió a sumergirle la mano bajo el agua, le aplicó jabón y frotó con fuerza para asegurarse de limpiar bien la incisión. Luego cerró el grifo y le secó la mano con una toalla, sin importarle que esta acabara con manchas de sangre.

—Mantenla quieta.

Erik no movió un músculo mientras la mujer volvía a colocar todo en su sitio, recogiendo los botes del suelo y poniéndolos de regreso a su lugar. Mantuvo la mirada fija en el suelo, maldiciendo su torpeza, aunque así, al menos, pudo disfrutar con su contacto. Las manos de Gene eran muy suaves y, aunque frotó con energía, no le hizo daño. Seguía sin poder oír sus pensamientos, pero al menos ya no parecía tan enfadada.

—Lo lamento.

—Bobadas. No creo que te hayas herido adrede. —Su silencio la puso nerviosa. Ni siquiera quería mirarla a la cara.

Gene le puso una tirita en el dedo y recogió la toalla del lavabo para limpiarla más adelante.

—Ven. Vayamos abajo.

—Gracias. Terminaré con lo que me has pedido ahora.

—Bueno, ya está bien.

El hombre casi choca con Gene cuando esta paró en seco en mitad del pasillo y se giró para encararlo.

—Deja de disculparte y ser... ser... tan servicial. No eres mi esclavo. Así que deja de comportarte como tal.

—¿Y cómo prefieres que me comporte? Será como tú desees.

Gene tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no sacudirlo a ver si de esa forma su cerebro volvía a funcionar correctamente.

—Tú, simplemente, sé tú mismo. Maldita sea.

Al llegar al piso de abajo arrojó la toalla en un cesto y recuperó el bol de la encimera. Mantener las manos ocupadas era lo único que evitaría que acabara estrellándolas en la cara del hombre si seguía portándose como el esclavo que creía ser.

—Siéntate, quiero contarte una historia. —Erik no se atrevió a contradecirla esta vez, así que tomó asiento en una de las banquetas y guardó silencio esperando a que ella continuara—. Antes de empezar, necesito que me contestes a algo. Bastará un sí o un no, y quiero que seas sincero. Te pido, no te ordeno, para que quede claro, que seas sincero conmigo.

—¿Y cómo estarás segura de que soy sincero sin desearlo?

Gene alzó una ceja y frunció los labios resoplando a través de ellos.

—Tú solo contesta la maldita pregunta.

—¿Qué quieres saber? —Gene dejó de batir mientras hablaba. Las palabras de Sam seguían dando vueltas en su cabeza.

—Cuando me dijiste todas aquellas cosas ayer, ¿tu intención era que te dejara ir con Stone para protegerme?

Mierda. Con razón no necesitaba desearlo. Ella ya sabía la respuesta a esa pregunta. Estaba seguro. Solo necesitaba oírla de sus labios. ¿Mentir la mantendría a salvo? Gene no lo forzó a hablar. Estaba allí, dándole la espalda, removiendo otra vez y añadiendo ingredientes a la mezcla. Parecía tranquila, al menos sus emociones así lo sugerían, al igual que la falta de tensión en los hombros y la inclinación ladeada de su rostro mientras trabajaba con sus manos en la tarta.

La quería lejos de él. No cambiaría de opinión. Gene estaría segura cuando el retrato quedara destruido en manos de Stone. ¿Acaso sería más fácil conseguirlo negándose a decir la verdad cuando ella ya la conocía?

—Sí.

Su respuesta no produjo ningún cambio en la mujer. Removía la mezcla, añadía un poco más de azúcar, trozos de zanahoria y luego empezó a hablar.

—Érase una vez —Esas tres palabras hicieron que Erik se estremeciera recordando la pesadilla. Logró aguantar el impulso que le hacía querer girarla y comprobar si su labio estaba desgarrado y sangrando. En lugar de eso, permaneció quieto escuchando el relato de Gene—, un joven investigador que, siguiendo la pista de una escultura perdida, viajó a Madrid desde Londres a la universidad de Bellas Artes. Allí no solo encontró la figura que andaba buscando, sino también al amor de su vida, por lo que

decidió quedarse a vivir en un país que no era el suyo y ganarse su corazón. Le costó un largo año y dos más que ella aceptara casarse con él. Su boda fue sencilla, pues no tenían mucha familia con quien compartir su dicha y eran pocos los amigos verdaderos con quienes deseaban hacerlo. Del matrimonio nació una hija y fueron felices, al menos, durante un tiempo.

Gene vació la mezcla en un recipiente de cristal untado en mantequilla y lo colocó en la rejilla del horno antes de hacer girar el botón del tiempo y la temperatura y enderezarse aún de espaldas a su interlocutor.

—Un día, un misterioso hombre llamó al investigador desde Londres requiriendo sus servicios. Quería que localizara un objeto muy particular. Un antiguo retrato de un hombre moreno de ojos como carbones que llevaba siglos perdido y que, una vez, perteneció a su familia. El investigador pasó largos meses viajando solo por todo el mundo, recabando información. Hasta que, un día, finalmente, lo halló.

—Gene...

Ella lo detuvo levantando la cabeza por encima de su hombro y cortando lo que fuera que fuese a añadir después. Tenía la mirada brillante de lágrimas que no iba a derramar, pero estaba serena. Se aproximó a la barra de la cocina y tomó asiento frente a él antes de retomar el hilo de su historia.

—Todos los veranos el investigador viajaba muchos kilómetros por aire y por tierra para llevar a su familia a Brandsbury al hogar de su querida tía Margerite. Su hija adoraba esos viajes. Solo iban allí dos veces al año y pasaba cada mes separada de la anciana, soñando con que llegaran las vacaciones para estar junto a ella. Preparaba su equipaje con antelación para no olvidar nada mientras imaginaba los juegos que jugarían, los lugares que le mostraría, los dulces que le enseñaría a preparar. La noche antes de subir en el avión que los llevaría a Dark Garden no podía dormir de puro nervio, pero no le importaba. Pronto estaría con su tía, y eso era lo único en lo que podía pensar. Ese año, cuando solo tenía ocho, fue diferente al resto. Al descender del avión, el coche de alquiler no los llevó directamente a casa de su tía, como de costumbre. Se desvió hacia las afueras de Londres, pues su padre debía entregar un paquete a uno de sus clientes.

Erik tragó saliva y echó el cuerpo hacia atrás consciente del curso que estaba tomando la historia. Gene tenía la mirada perdida en algún punto de su memoria, dejándose llevar por los recuerdos.

—La niña estaba muy enfadada con su padre. La habían obligado a vestir su mejor traje y ponerse los zapatos que tanto le apretaban. Ella no

entendía por qué papá tenía que trabajar en vacaciones. Tan solo quería llegar lo antes posible con su tía, beber limonada, comer galletas en el porche y correr por el amplio jardín con su muñeca favorita, averiguando los cambios que el entorno habría sufrido en los meses que hacía que no se veían. Su madre le agarró la rodilla desde el asiento delantero y su padre soltó el volante con una mano para acariciar la de su esposa. La niña sonrió. Al llegar a una encrucijada papá detuvo el coche para consultar qué camino debían tomar a continuación. El vehículo volvió a moverse. La niña miró por la ventanilla y vio un camión enorme que se abalanzaba sobre ellos. Se asustó y cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, estaba tirada en el asfalto. La pierna sangraba y le dolía mucho y no podía ver a sus padres porque el fuego le hería la vista.

—Gene, para, por favor. No es necesario...

—A su lado había un retrato. —En ese punto, sus ojos se cruzaron y la mano del hombre quedó sobre la suya incapaz de apartarla. Ella no le prestaba atención—. No me acordaba hasta esta mañana mientras leía los papeles de mi tía. No sabía que el retrato viajaba con nosotros en el maletero. Lo oí chocar contra el asiento trasero, al lado del mío, cuando el camión nos golpeó. El respaldo se vino hacia delante e hizo de barrera entre el camión y la sillita de seguridad en la que iba sentada. Luego el cinturón se soltó y salí despedida por la ventanilla, arañándome la pierna con los cristales rotos de la ventana. El retrato también saltó despedido por algún punto y acabó a mi lado, justo antes de que el coche y el camión se incendiaran. Tu rostro fue lo primero que vi al despertar y me mantuvo serena hasta que alguien llegó al lugar del accidente. Luego todo lo demás está borroso en mi memoria. Me salvaste la vida ese día, Erik. De algún modo, sé que fue así.

—Oh, Geney, no. —La romántica idea de que él hubiera podido intervenir en el accidente no hacía más que complicar la situación—. Eso no fue... no estaba conectado a ti entonces. Es una idea bonita. Un sueño infantil que te sirvió entonces, pero yo no tuve nada que ver con eso. No hice nada para salvarte la vida. Al contrario. De no ser por mí, si no hubiera tomado siempre las decisiones equivocadas, la maldición no existiría y, sin ella, tus padres aún seguirían con vida. En todo caso, fui el causante de su muerte. No puedes atribuirme el papel de héroe cuando fui el villano. Siempre he sido el villano.

—Creo que siempre has tenido una nefasta opinión de ti mismo. Si de algo eres culpable es de no ver quién realmente eres. Lo lamento, Erik, pero

no puedo creer que de verdad la dejaras morir solo por tener un orgasmo. No el hombre que yo conozco, el hombre que eres no sería capaz de algo así. Y ese es el único que me importa.

—Eso es porque el hombre que conoces quiere ser mejor persona para ti. Pero no lo soy, nunca lo he sido y nunca lo seré. Todo lo bueno que ves en mí se debe a ti. Tú me haces querer ser así.

Gene negó vehementemente con la cabeza. Erik se equivocaba. No sabía cómo, pero era cierto. Él nunca había sido el monstruo que creía ser. No le importaba cuánto tardara, lo convencería de ello.

—Durante el accidente, el collar de mi madre se perdió. —Su mano rozó la delicada cadenita en su cuello—. Era una herencia familiar. En esa carpeta —Señaló una carpetita azul que había dejado sobre el sofá al volver de su paseo— hay algunos documentos interesantes. Mi tía logró recuperar algunos de los papeles que se salvaron del accidente. En uno hay una carta manuscrita de Stone a mi padre, dándole algunas señas para empezar su búsqueda. También está el catálogo de la casa de subastas y el contrato de compra, donde consta que mi tía adquirió el colgante de mi madre y el retrato. Los vecinos del pueblo me contaban que mi tía tuvo una fuerte discusión con la dueña de la casa de antigüedades que hizo la subasta. Esa mujer no quería venderle el retrato, por lo visto no debió aparecer en el catálogo, pero mi tía sabía que era el cuadro que mi padre había encontrado y por eso quiso conservarlo. Ella lo llevó a casa para mí, no fue capaz de encontrar a Elsa, mi muñeca, y pensó que podría compensarlo con el retrato; ahora lo sé, por eso me dejó colgarlo en mi dormitorio, porque tenerlo cerca me hacía sentir segura. Estoy convencida de que esa mujer sabía qué era el retrato en realidad. Lo que no entiendo es, si lo sabía, por qué no se lo dijo a Stone de inmediato. De haberlo hecho, estoy segura de que él hubiera pagado cualquier cosa por recuperarlo entonces y no habría esperado tantos años para intentarlo conmigo. Si la oferta de Carlson hubiera llegado antes... quién sabe. No sé si hubiera sido capaz de venderlo antes de saber lo que era. Pero así nunca hubiera llegado a manos de mi tía, y él se habría ahorrado muchos problemas.

—Tal vez esa mujer quería usar el retrato. O no conocía su relación con Stone.

—Es posible.

—Tengo que hablar con él. Averiguar por qué cambió de idea con respecto a comprártelo y qué es lo que quiere de ti. Podrías...

—No.

—¿No?

—Vas a pedirme que te envíe con él. La respuesta es no, con retrato o sin él. Y puedes decirme lo patética y lo estúpida que soy tantas veces como quieras o contarme lo horrible que crees que eres. Esta vez no cambiaré de opinión. Resolveremos las cosas de otro modo, y lo haremos juntos.

Para dar más énfasis a sus palabras, sus pensamientos volvieron a flotar hacia la mente de Erik, que los recibió con cierto alivio, aunque se guardó muy mucho de demostrarlo abiertamente. Volver a estar conectado a ella le devolvía parte del control que tenía sobre la mujer, y eso le templaba el ánimo.

—¿Y qué planeas hacer entonces?

—Arreglar lo nuestro en primer lugar. Así como estamos no vamos a poder...

—Gene, nunca ha habido un “lo nuestro”. Solo te manipulé para no volver al retrato y divertirme un poco mientras estuviese fuera. El hecho de que no quiera hacerte daño, de que quiera ser mejor para ti, es solo porque tú no eres como las demás. No quieres usarme y por eso te estoy agradecido, pero nunca ha habido ni habrá un “lo nuestro”.

La mujer levantó la ceja y soltó el aire por la nariz. Si él necesitaba convencerse de que no existía una relación entre ellos, bueno, ella no lo obligaría a admitir sus verdaderos sentimientos. No por ahora, al menos.

Apoyó la cabeza entre las manos, se sentía como si tuviera un bateador practicando movimientos con sus sienes.

—Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Erik desapareció escaleras arriba mientras ella vigilaba que la masa de la tarta no se calentara demasiado.

Una agradable comida al aire libre era lo que todos necesitaban para calmarse un poco, y ella iba a proporcionársela. Quería agradecer a Sam y Celaya que hubieran acudido en su ayuda, y era el mejor modo en que podía hacerlo.

Celaya no era solo su jefe. También lo consideraba un amigo. Un buen amigo. Sara a veces bromeaba cuando salían todos juntos. Decía que José no podía apartar la vista de ella, pero cuando Gene miraba, él siempre estaba centrado en otra cosa, sin prestarle especial atención. Su amiga se equivocaba. Disfrutaba haciendo de casamentera y poniéndola en aprietos, pero eso no significaba que Celaya estuviera realmente interesado en ella.

Pues ha perdido el culo por ir en tu ayuda.

Ya podía oír la voz de Sara murmurando en su oído como un diablillo travieso sobre su hombro que disfrutara hostigándola.

Y su expresión al verte bajar esas escaleras. Sam no te ha mirado así.

Basta ya.

Te mira como lo hace Erik.

La pelirroja se mordió los labios y agitó una mano sobre su hombro, como si así pudiera alejar la presencia de su amiga de su cabeza.

Erik regresó, llenó un vaso con agua en el fregadero y se sentó otra vez tendiéndole la bebida y un par de pastillas que tenía en la mano.

—¿Cómo sabías que...?

Bueno, sí, sus pensamientos. Pero teniendo en cuenta cómo había desordenado el armarito del baño un rato antes, le sorprendió que fuera capaz de encontrar las pastillas apropiadas sin destrozar nada en el proceso.

—Te duele la cabeza, he visto el nombre de las pastillas en tu mente y sabía que estaban en tu neceser porque yo... bueno, lo sabía y ya está.

Sí, porque cuando tiró su neceser al suelo la otra mañana, el vibrador no fue lo único que salió despedido por el suelo, pero no iba a mencionar el juguete ahora delante de ella.

Gene debía hacerse una ligera idea de por dónde discurrían los pensamientos del hombre porque se mordió el labio inferior y el puente de su nariz adquirió un bonito tono sonrosado.

No dijo nada, sin embargo, y se llevó las pastillas a la boca, tragándolas con un largo sorbo de agua, antes de dejar de nuevo el vaso sobre la barra.

En su definición de hacer las paces, arrastrarle al piso de arriba y arrojarlo sobre el colchón para desnudarlo lentamente, no había estado incluido en un principio. Pero que le rapasen la cabeza y la dejaran calva si no se moría de ganas por hacerlo. Sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo, la calidez, las caricias. Ah, vale, sus malditos pensamientos la volvían a traicionar, porque él acababa de apartar la mirada y carraspear con incomodidad, y eso le recordó que hacía solo unos instantes había vuelto a abrir esa puerta para él.

Abrió la boca para sugerirle continuar la conversación arriba cuando el móvil de Celaya dejó escapar un campanilleo de lo más irritante.

Gene alargó el brazo y leyó el nombre que aparecía dibujado en la pantalla.

—Es Dave. —Descolgó. La voz de su amigo sonaba cansada—. Soy Gene, Dave. ¿Estás bien? ¿Claire y la niña...?

—Sí. Estamos todos bien. Y al parecer lo seguiremos estando. —Eso parecían buenas noticias, aunque, por el tono que empleó, en realidad sonó más a derrota.

—¿Qué ha ocurrido? Espera —Pulsó el manos libres—, ahora. Dinos, ¿qué ha pasado?

—Alguien ha entrado en la comisaría y ha eliminado todas las pruebas. Demphthon, los pirómanos y los que te atacaron ayer, todos, han desaparecido. Los informes del laboratorio, el historial de pruebas, la documentación, los vídeos con las declaraciones, las grabaciones, todo. Ha volado. Ni pruebas físicas, ni digitales. Alguien logró entrar en el sistema y borrar todo lo que teníamos de ambos ataques. He intentado que el servicio técnico recupere la información, llevo horas al teléfono con ellos y con el juez Gibbs. No logran recuperar las pruebas y sin ellas el juez insiste en que no hay caso. No va a ayudarnos contra Stone. Ha amenazado con expulsar del cuerpo a cualquiera que se acerque a menos de diez kilómetros de él o cualquier miembro de su familia. No hay caso, Gene. Acaban de atarme de pies y manos con esto. Yo... —Gene sabía que estaba mesándose el cabello y maldiciendo por dentro.

—Está bien, Dave. No te preocupes —dijo consiguiendo que no le temblara la voz al percatarse de que el violador también formaba parte de aquello—. Has hecho todo cuanto has podido. Era de prever que un hombre de su posición haría algo así. Fuimos muy ingenuos pensando que podríamos acusarlo formalmente de esto. La ley no va a servirnos ahora.

—Ha comprado al juez.

—Eso es obvio.

—Gene. Esta madrugada hubo un accidente en el ayuntamiento. Tuvo a todos mis chicos allí durante un par de horas. Cuando volvimos, las celdas estaban vacías y el resto, desaparecido.

—Es obvio que utiliza a profesionales. Ninguno de los chicos se habría prestado a algo así.

—Todos aquí te aprecian y son agentes íntegros.

—Lo sé. Escucha, dales las gracias de mi parte y que se olviden de todo. Erik y yo lo arreglaremos. No quiero que os veáis involucrados en esto.

—¿Crees que voy a dejarte sola con ese maníaco millonario?

—Sí. Lo vas a hacer. Porque si insistes en ayudarme de algún modo y

Stone se entera, puede intentar llegar a ti a través de Claire o la niña y ni tú ni yo nos lo perdonaríamos si les pasase algo. Así que quiero que te olvides de esto y nos dejes a nosotros. Sam y Celaya estarán volviendo ahora del pueblo, los he mandado a por bebidas. Esta tarde los enviaré a Brandsbury también.

—Gene, no podéis quedaros solos. ¿Qué piensas hacer? Ese hombre trabaja con profesionales y no pone límite a sus métodos.

—Tengo un plan, pero no puedo contártelo. No quiero ponerte en peligro más de lo que ya lo estás. Tú solo confía en mí. Cuando Celaya y Sam se marchen, estaremos incomunicados un tiempo, no quiero que rastree mi móvil. ¿Podrás entretener a Sara por mí?

—Gene.

—Dave, escucha. —Gene desactivó el altavoz, se llevó el móvil al oído y se alejó unos pasos para poder hablar con su amigo—. Ya no soy una niña asustada y solitaria que necesita que cuiden de ella. Puedo librar mis propias batallas. Has cuidado de mí desde que nos conocimos, siempre. Eso ya te ha causado bastantes problemas, ¿recuerdas?

Dave lo recordaba. La noche en que estrelló su puño contra el hijo de puta que había intentando forzar a Gene. Todavía tenía pesadillas con eso. Nunca había vuelto a perder los papeles de esa manera y no deseaba que ocurriera. Con todo, si era por protegerla, no dudaría en volver a hacerlo, por mucho que le pesara después. Lo haría, por todas y cada una de las personas que había en su vida y que le importaban.

—Tienes que cuidar de Claire y Lea. Ahora las tienes a ellas y deben ser lo primero en tu vida. Además, ya no estoy sola. Erik está conmigo y va a quedarse. —No podía decirse que estuviera segura de esto último, pero tranquilizaría a Dave, y ella lo sabía.

No es que su amigo fuera un troglodita que aún pensaba que una mujer necesitaba tener un hombre al lado para estar segura. Ni mucho menos. Pero de algún modo siempre se sintió responsable de ella, como lo haría con una hermana pequeña. Y saber que Gene tenía a alguien de confianza que podría encargarse de cuidarla cuando él no estuviera, bueno, no podía evitar que eso lo aliviara.

Hablaron un rato más, antes de que la mujer se despidiera y colgara el teléfono. No sin antes prometer que lo mantendría informado.

Stone era muy poderoso. Tarde o temprano averiguaría dónde se escondían e iría a por ellos. Tampoco podían pasarse la vida huyendo. No deseaba dejar su casa y su trabajo, ni tampoco a sus amigos.

Emitió un hondo suspiro y se volvió a mirar al hombre que no había abierto aún la boca. Erik miraba al infinito con los puños apretados y una profunda preocupación reflejada en su rostro.

—Estamos solos, pequeño —dijo la mujer con tono pesaroso.

XXVII

Mayo, 1810

Paseaba aburrido por los alrededores de la mansión. Caía la nieve, como cada día desde hacía ni sabía ya los años. Vestía los pantalones de su viejo uniforme militar y la camisa blanca a medio abrochar.

¿Por qué molestarse?

No sentía el frío. Los pies descalzos arrastraban la capa blanca que había cuajado sobre el jardín y la gravilla que se acumulaba debajo, pero no le hacía daño. Alzó la mirada. El sol brillaba con fuerza, pero su color era apagado y muerto, como si no tuviera vida.

Sintió de nuevo aquel desagradable tirón. La fuerza inhumana que lo obligaba a abandonar el retrato y postrarse bajo los deseos de una nueva ama. Con el tiempo había aprendido a controlarlo. No podía negarse, pero bien era cierto que de no haber urgencia en sus deseos, podía demorarse levemente a su llamada.

Aquel día, sin embargo, no tenía fuerzas para luchar, por lo que se dejó arrastrar sin más e hizo acto de presencia con la más seductora de sus sonrisas, más por hábito que por apetencia.

Descubrió que aquel sencillo gesto desarmaba a la mayoría y le facilitaba iniciar su juego de seducción. No tardó en pulir sus habilidades y pronto pasaron a formar parte de su particular arsenal de supervivencia.

Frente a él lucía una muchacha joven, de mirada asustada, vestida con ricos ropajes color verde. Se encontraba en una habitación palaciega ricamente decorada, donde el oro y el lapislázuli brillaban en cada rincón. Junto a ella, una anciana cuya mirada le resultó familiar.

—Mírate —exclamó la anciana con añoranza—, no has envejecido un ápice. Yo en cambio... —El desencanto asomó a sus ojos y dejó la frase incompleta. Tomó del brazo a la joven que tenía a su lado y la obligó a ponerse en pie y enfrentarse al hombre.

—Mirelle —reconoció Erik por fin a la anciana.

La brusquedad con que se movía y la semejanza de la muchacha con su abuela cuando era más joven le dieron las pistas que necesitaba.

—Esta es mi nieta, Erik. Ahora el retrato le pertenece a ella. —El hombre observó a la joven.

No debía tener más de dieciséis o diecisiete años. Temblaba como una hoja en pleno invierno y no se atrevía a sostenerle la mirada.

Alargó una mano para tomar la suya, se inclinó levemente y se la llevó galante a los labios para besar su dorso. Ella se estremeció al contacto, pero no retiró la mano.

—Es un placer conoceros, mi lady. —Erik jugaba con ella.

Mirelle lo sabía, sabía lo peligroso que era.

Ella también cayó bajo sus hábiles armas de seducción al principio hasta que descubrió que no era él quien tenía el control, sino ella, y entonces cambiaron las tornas y empezó a usarlo para divertirse cómo y cuándo ella quería. Lo mantenía oculto en el retrato el resto del tiempo haciendo que él anhelara los escasos momentos que le permitía estar fuera y disfrutar de cuanto lo rodeaba.

—Necesito que hagas algo. —Él se enderezó y prestó atención a la anciana.

No importaba lo que esa mujer dijera, el cuadro ya no le pertenecía y por tanto no tenía obligación de obedecerla, pero se abstuvo de recordárselo por el momento.

—Decid pues.

—Mi nieta, Ebony, acaba de contraer matrimonio con el duque de Walles. Un hombre mucho mayor que ella y bastante despreciable a mi entender.

—No sé si tenemos el mismo sentido de lo despreciable, mi querida Mirelle. —La puya no pasó desapercibida a la anciana, pero lo ignoró y continuó su relato.

—No quiero que mi querida niña pase por lo mismo que pasé yo con su abuelo. Quiero que su primera vez sea memorable y que la acompañe durante su noche de bodas.

—¿Me estáis pidiendo que la desvirgue para su marido? —Su petición no le sorprendía. No era la primera en requerir aquel servicio de él, y probablemente no sería la última.

La muchacha parecía muy entretenida tratando de usar el escote de

su vestido de caparazón y ocultar el rostro en su interior, como si fuera una tortuga. De haber estado más roja, hubiera sido imposible distinguirla de la tela acolchada de las sillas.

Se apiadó de ella.

Había tenido que probar en carne propia la humillación que se sentía al no ser dueño de tu propio cuerpo, de tu vida, para comprender mejor a esa niña asustada. A todas las mujeres con quienes había estado a lo largo de los años, antes de ser atrapado por la maldición.

Y el sexo era un tema importante.

Antes no se habría parado a pensar en ello. Las mujeres con las que trataba no eran más que objetos, un recurso para satisfacer sus necesidades y aliviar su perversión. Pagaba por ello y eso le daba derecho a usarlas como quisiera. No sentía que estuviera mal. Unas pocas monedas serían suficientes para lavar sus lágrimas y remendar sus almas.

Cuán equivocado estaba.

Nada era capaz de limpiar la suya, aunque, claro estaba, sus pecados se sumaban a las humillaciones y la pérdida de su libertad. Difícil lavar la persona que fue, la persona que era.

Aunque todo cuanto hacía ahora era por su supervivencia, algo que se repetía a sí mismo muy a menudo, en cierta forma, no sentía que esto realmente fuese una justificación a sus actos. Al fin y al cabo, seguía utilizándolas para un fin, uno que solo le beneficiaba a él.

Él, que siempre se jactaba de lo rápido que era capaz de aprender, había tardado siglos en asimilar esa lección. Ah, pero claro, las mujeres que iban a Dark Garden no eran prostitutas, ¿cierto? Ellas deseaban estar allí. Acudían por voluntad propia, entregándose a sus juegos, a sus degenerados actos. No había nada de malo en ello. Solo que las palabras de Justine se le clavaban como clavos ardientes en el cerebro. El poder, el miedo, ¿acaso no eran otra forma de manipulación?

¿Cuántas veces él o sus hermanos amenazaron con dejar arruinada a una familia para obtener lo que querían? Revelar sus sucios juegos a un marido celoso o negarse a contribuir para aliviar la pesada carga económica que causaba la enfermedad de un padre o una hija.

Era incapaz de llevar la cuenta.

Y el hecho de que no todas las damas que pisaron el salón de su sala de juegos fueran obligadas, no les hacía ser mejores personas. No los disculpaba. En absoluto.

Trataba de no pensar en ello muy a menudo, ya estaba pagando por sus pecados. Fustigarse a sí mismo con la culpa no era un requisito indispensable. Ya se sentía lo suficientemente rastrero y miserable sin recordarse constantemente la clase de persona que fue, que era. Porque aún hacía daño si eso le permitía salvarse de recibirlo él a cambio.

Pudo haberse negado a la petición de Mirelle. Detestaba a aquella mujer, pero la mirada de horror que tenía la joven Ebony en su rostro le hizo replantearse su decisión. Aquella indefensa niña no había hecho nada para ganarse su odio o su desprecio. Todavía.

Mirelle no podía ordenarle nada y bien sabía él que la pequeña niña que tenía frente a sí tampoco sería capaz. Estaba aterrorizada. Se compadeció de ella. Suspiró para sus adentros, miró a la vieja y asintió.

—Podéis ir tranquila, me ocuparé de vuestra nieta.

—No pienso dejarla sola. No me fío de ti. —Erik sonrió zalamero y se aproximó a Ebony con tranquilidad.

Le rozó la mejilla, que ardía de vergüenza y deseo al mismo tiempo, con el dorso de la mano, y le tomó suavemente la barbilla para obligarla a mirarlo.

—¿No os han dicho nunca que sois una dama muy hermosa? —Bastó una sola de sus miradas y aquella simple frase para tener a la joven muchacha comiendo de su mano—. Decidme, mi señora —Prosiguió él haciendo gala de todo su encanto—, ¿deseáis yacer conmigo bajo la atenta mirada de vuestra abuela? Si eso os complace, no pondré objeción, pero — La muchacha a aquella altura de la conversación solo podía pensar en enterrar la cabeza y el resto de su cuerpo bajo tierra muy lejos de allí— puedo haceros gozar mucho más si nos quedamos a solas.

Mirelle bufó enfurecida, consciente de que había perdido.

Su nieta no iba a atreverse a echarla de la habitación. Adoraba y respetaba a su abuela, que la había cuidado y mimado desde niña. No se veía capaz de ponerse en su contra. Pero el deseo que Erik acababa de despertar en ella era tan fuerte que no había que estar presa de una maldición para saber lo que la joven quería.

Sin más, la anciana abandonó la estancia dejándolos solos, no sin antes dedicar una mirada de advertencia al hombre.

Sabía que Erik podría vengarse de ella a través de su nieta, pero

esperaba que los deseos de la joven lo obligaran a darle lo que realmente quería y, de no ser así, no podría ser peor que lo que el duque le deparaba para aquella noche.

La muchacha temblaba entre sus manos.

Por un instante pensó que si era rudo con ella, Mirelle sufriría lo indecible. Pero en cuanto aquel pensamiento cruzó su mente supo, en ese mismo instante, que no sería capaz de hacerle daño a la muchacha.

La joven era pura e inocente, algo que ni Mirelle ni él eran ya, y no merecía pagar por sus pecados ni por los de su abuela. Bastante le esperaba si, como decía la anciana, aquel duque no era capaz de complacerla.

Por supuesto, eso no duraría. Nunca lo hacía. La niña aprendería antes o después lo que implicaba poseer el retrato. Bien. Cuando lo hiciera, Erik la haría formar parte de su larga lista, y acabaría arrodillada entre sus piernas, llorosa y con el cabello fuertemente aferrado entre los dedos de él, y eso lo excitaría o, al menos, haría que la repetición de esa nefasta noche fuera un poco más soportable.

¿Quería una noche inolvidable? Pues él se la daría. Tal vez así la joven se sintiera en deuda con él y le permitiera gozar de cierta libertad. Durante un tiempo, al menos, mientras siguiera siendo maleable. Y por qué no, él también podía divertirse con aquello.

Mientras trataba de tranquilizarla con palabras susurradas tiernamente en su oído, iba desnudándola con delicadeza hasta dejarla solo con el corsé y la enagua puesta. Los zapatos y las medias yacían pulcramente colocados en un rincón de la habitación. Se había descalzado antes de invocarlo.

El hombre trató de leer sus deseos, ella solo rogaba que no le hiciera ningún daño. No tenía experiencia con los hombres, no le habían hablado de ello y no sabía lo que quería y, por tanto, no podía desear que él hiciera nada. Era libre para tomar decisiones por ella, al menos por el momento. Sabía que eso cambiaría muy pronto, pero hasta entonces, él tendría todo el control.

—¿Alguna vez habéis visto como es un hombre desnudo? —La joven abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

Erik sonrió y, soltándola, se separó de ella lo justo para comenzar a desvestirse.

Se sacó la camisa por la cabeza y la dejó caer al suelo antes de desabrocharse el pantalón y hacer otro tanto con él. No llevaba nada debajo

y pronto la joven enrojeció y apartó la vista contrariada, sin atreverse a mirarlo, pero, como bien sabía él, deseando mirar.

—No debéis tener miedo. No voy a haceros daño y ni mucho menos vais a convertirlos en piedra por mirarme.

La joven volvió el rostro hacia él e hizo un amago de sonrisa ante lo absurdo de sus palabras. Sabía que nadie podía convertirse en piedra, pero una señorita no miraba así a un hombre cuando no estaba vestido. Eso no era cierto. No lo miraba y punto.

Erik se aproximó y le tomó la mano con delicadeza, dirigiéndola hacia su torso y permitiéndole que ella lo acariciara. La dureza de sus pectorales y el calor de su cuerpo la impresionaron y, tímidamente, volvió la vista y contempló lo que su mano tocaba. El vello oscuro se le enredaba entre los dedos y sintió cómo su respiración se agitaba y algo extraño la calentaba por dentro.

Él tomó su otra mano y la dirigió hacia su miembro, que aún estaba relajado entre sus piernas. La joven se apartó como si hubiera tocado fuego y quedó sentada en la cama que ocupaba la mayor parte de la habitación.

—Dejad que os vea. —Ebony empalideció de golpe llevándose las manos al pecho y apretando los brazos con desesperación.

Erik no iba a forzarla para que se desnudara, pero eso ella aún no lo sabía.

Apretó la mandíbula ante su expresión de terror porque ahora se veía a través de sus ojos y eso no le gustaba. No cuando ella todavía no había hecho nada para merecerse su odio.

Y siempre era así. Casi siempre. Existían unas pocas excepciones entre las que Justine ocupaba un lugar privilegiado a la cabeza de todas ellas. Por fortuna para él, el resto no eran ni remotamente parecidas a ese diablo de mujer.

Se agachó frente a la muchacha y deslizó los dedos hasta rozar sus tobillos, subió lentamente por sus piernas hasta alcanzar la rodilla y se detuvo ahí, acariciador y seguro en sus gestos. Recostó la cabeza sobre su regazo y le pidió que le acariciara el cabello.

Oírlo así, pidiendo en lugar de demandando, tuvo un efecto balsámico en ella y no tardó en obedecer y enredar sus finos dedos en los oscuros cabellos de él, que seguía acariciándole la pierna con suavidad hasta notar que empezaba a relajarse.

Alzó el cuerpo para mirarla y su sonrisa llenó de luz la habitación

para ella. Apartó la mano de su pierna y, cogiéndola por las muñecas, con suavidad, hizo que le sostuviera el rostro perfectamente afeitado que lucía siempre cuando estaba en el retrato. La joven parecía divertida con aquello. Así agachado y recibiendo sus caricias, no parecía más amenazador que un perrito, y consiguió lo que se proponía.

Unos instantes después notó el deseo, el deseo que ella tenía de dejarse acariciar por él porque era atractivo a sus ojos y dulce y tierno, y se sentía segura a su lado. Pobre criatura engañada, había dado con el diablo, aunque uno muy distinto del que iba a encontrar en su noche de bodas.

—¿Queréis desnudaros para mí ahora? —Volvió a tentarla.

Esta vez ella cedió.

—¿Me ayudáis? —inquirió sin apenas alzar la voz.

Erik asintió y se puso en pie lentamente arrastrándola con él. La volvió de espaldas y empezó a desanudar el corsé acariciándole los hombros, los brazos y la espalda. Lo dejó caer a sus pies antes de proseguir con la enagua, deslizándola hasta el suelo, dejándola como su madre la había traído al mundo.

Se cubría los senos con el largo cabello caoba y la entrepierna con las manos. La tomó en brazos y la depositó en la cama para, a continuación, colocarse sobre ella.

—Dejad que os vea.

Ella retiró la mano con la que cubría su sexo, insegura, temblorosa. Sus mejillas, enrojecidas. La respiración, entrecortada. Tensa como la cuerda de un arco hasta que él sonrió y pareció complacido con lo que veía. Entonces ella se atrevió a sonreír un poco también.

Erik le tomó la mano y la condujo hacia su miembro, cerrando el puño sobre el de ella para que lo tomara y pudiera acariciarlo. La muchacha hizo desaparecer los párpados bajo sus finísimas cejas castañas, al notar cómo crecía y se endurecía entre sus dedos.

—¿Os gusta? —La joven asintió—. Eso quiere decir que vos también le gustáis —bromeó justo antes de inclinarse para besarla dulcemente en los labios.

Y qué bien sabía. Olía al frescor y candor de la juventud, a inocencia y belleza y sus labios eran tiernos, tersos y dulces. Y temblaba con cada roce de su cuerpo.

Sus senos eran diminutos, pero sus pezones eran oscuros y estaban erectos y suplicando ser besados. Erik la complació. Se dejó caer sobre su

pecho y besó las tersas protuberancias con delicadeza mientras ella empezaba a gemir de deseo. Un deseo que se estaba despertando al fin y que él podía leer con facilidad.

Deseó que la besara de nuevo, y él lo hizo. Deseó que le besara el pecho, el ombligo y el cuello, donde tenía cosquillas, y él la satisfizo dejándose guiar por lo que ella quería en cada momento. Era fácil seguirla. Pero ella aún no sabía todo lo que él podía ofrecerle. Así que, cuando se aseguró de que estaba receptiva a sus sugerencias, volvió a tomar el control.

Llevó la mano a uno de sus muslos. Lo acarició con paciencia, subiendo hacia su sexo, despacio, hasta que sintió cómo separaba las piernas y deseaba saber qué podía sentir si él iba más allá. Los dedos acariciaron el rizado y oscuro vello de su entrepierna, los diminutos labios y el pequeño pero inflamado clítoris de la muchacha. Esta arqueó el cuerpo ahora presa de la excitación y poco a poco su mente dejó de ser capaz de pensar en nada y él volvió a sentirse libre para decidir.

Enseguida acompañó sus caricias de la húmeda lengua que empezó a hacer estragos en la joven. Sus jadeos eran cada vez más seguidos y más intensos. Estaba seguro de que la anciana podía oírla al otro lado de la puerta, pues no le cabía duda de que estaría allí, atenta por si su niña la necesitaba.

El primer orgasmo la asustó. Se sintió bien, pero no estaba segura de que debiera sentirse así hasta que vio como el hombre la miraba complacido y volvía a introducir su mano entre sus piernas buscándola y volviéndola loca de deseo.

—Basta —suplicó.

—¿Por qué habría de detenerme, mi señora?

—No es posible que haga eso otra vez. Estoy exhausta.

—Eso, mi señora, se llama correrse. Y os aseguro que haré que os corráis una vez más antes de marcharme.

Esta vez, sus palabras, en lugar de atemorizarla la excitaron. Y se dejó llevar por él, que ya estaba listo para empezar a penetrarla. Dirigió el miembro hinchado despacio hacia ella, lo situó en su entrada y empezó a abrirse paso lentamente hasta que topó con la barrera de su virginidad.

Le haría daño, estaba seguro, él era grande para aquella criatura tan joven y delicada. Apenas una niña aún y aunque no solía mostrar interés en criaturas tan jóvenes, lo que hacía ahora no solo era por su propia supervivencia fuera del retrato. Era un acto de caridad porque lo que le

esperaba a aquel dechado de virtudes que tenía frente a sí era una vida miserable y carente de deseo con un vejestorio al que no amaba y que no sabría complacerla. O al menos eso se dijo a sí mismo para convencerse de que obraba bien.

—Ahora, mi lady, es el momento de que os agarréis a algo —le advirtió.

La joven aferró las sábanas con fuerza y lo miró expectante. Con un seco movimiento de sus caderas Erik la atravesó y se deslizó hasta el fondo sintiendo cómo aquella caverna húmeda y estrecha le constreñía el pene e intentaba sacarlo de sí.

Ebony se alzó como impulsada por un resorte y se agarró a su cuello con un grito de dolor y lágrimas en los ojos.

El hombre se quedó quieto esperando a que el cuerpo de la joven se acostumbrara a su invasión, y mientras susurraba palabras tiernas en su oído y le besaba los hombros, la barbilla, acariciándola con sus labios.

Cuando la muchacha se hubo relajado y sin soltarse de su cuello, Erik comenzó a entrar y salir de ella despacio, pero sin detenerse. Llevó una mano a su clítoris y lo presionó con delicadeza buscando incrementar así la excitación de la joven para que dejara de pensar en lo mucho que le estaba doliendo aquella intrusión. Con la otra mano le separó el rostro de su cuello y la besó en los labios, empujó la lengua entre sus dientes y buscó la de ella para sentirla y poseerla. Se estaba tan a gusto dentro de aquella muchacha tierna y candorosa que le abrazaba el miembro con fuerza que hizo todo lo posible para alargar el momento del orgasmo.

Por un instante, temió que con sus gemidos pudiera alertar a medio palacio, así que se afanó en mantener su boca ocupada con la suya propia tanto como pudo. Cuando la joven se contrajo a su alrededor, supo que se estaba corriendo como una bendita y aceleró él sus investidas para acompañarla, pues nada le prohibía disfrutar de aquello a su vez. Empujó tan a dentro como pudo y con una última estocada salvaje se vació dentro de ella, quedando satisfecho.

La recostó sobre la cama y salió de ella despacio acariciándole los muslos y el abdomen son suavidad.

Ella aún temblaba bajo sus dedos y tenía los ojos cerrados disfrutando de su orgasmo.

Erik sonrió.

De algún modo extraño, verla disfrutar de aquella manera le

satisfizo. Antes no se fijaba en esas cosas, le bastaba con saber que él disfrutaba y que recibía el placer que merecía. Cuán equivocado había estado y durante cuánto tiempo.

La besó una última vez, la cubrió con la sábana y se puso el pantalón antes de dirigirse a la puerta y abrirla para saludar a la anciana.

—Os recomiendo que la dejéis dormir. Está agotada.

La mujer entró como un huracán y fue directa a ver a su nieta.

La joven había caído profundamente dormida y con una sonrisa de placer en su aniñado rostro. La anciana pareció tranquilizarse y volvió junto al hombre, que había recuperado su camisa y se la estaba metiendo por la cabeza en aquel momento.

—Gracias, Erik. —Él alzó una ceja sorprendido.

Era la primera vez que Mirelle le daba las gracias por algo.

—¿Por qué me las dais? Solo he cumplido con sus deseos, como siempre.

—Ambos sabemos que esa niña no tenía poder para obligarte a hacer nada. No me trates por tonta, soy vieja, Erik, y he aprendido mucho en estos años.

El hombre se encogió de hombros y aceptó su agradecimiento.

Mirelle lo acompañó a su propia habitación, que se encontraba al final del pasillo.

Sobre una mesa había una jarra de vino y varias copas. Le sirvió una a Erik y se la ofreció. Él miró extrañado, tampoco le había permitido comer ni beber nada antes. Pero no se hizo de rogar, ansiaba probar el vino y paladear su sabor, hacía años que no se lo permitían y en el retrato... Ahí nada tenía sabor con que saciar su sed. Tomó la copa y se la llevó a los labios deleitándose con cada sensación.

Mirelle lo vio por primera vez entonces. Lo que era, lo que realmente había tenido entre sus manos era una vida. Una vida miserable y anodina sin posibilidad de sentir o disfrutar y ella se había portado mal con él, terriblemente mal.

—¿Qué hiciste para acabar ahí dentro? —También aquella era la primera vez que se interesaba por él, por su historia.

El retrato llegó a ella por casualidad, lo tuvo un tiempo en su alcoba porque le gustaba mirarlo hasta que una sacudida de la tierra hizo que cayera al suelo y entonces encontró algo en la parte posterior. Unas letras garabateadas con tinta con unas sencillas instrucciones de uso. “Él

obedecerá todos tus deseos". El terremoto la asustó tanto que deseó que aquellas frases fueran ciertas y él estuviese ahí abrazándola y consolando su temor. Y así fue.

Se apareció y la arrastró a su lado hasta que el temblor cesó. Al separarse vio que tenía un bebé en brazos. Una niña de meses que lo miraba todo sin inmutarse y a la que vio en pocas ocasiones desde entonces.

—¿Acaso importa eso ahora? —La preciosa Ebony y aquella copa de vino estaban mejorando su humor, no había motivo para estropearlo con oscuros recuerdos.

—Supongo que no. —Mirelle tomó asiento junto a él y se sirvió otra copa—. Si se quedara embarazada, le ahorraría muchos problemas, la verdad.

—Siento decepcionaros. Pero ese es un deseo que no tengo la más mínima posibilidad de cumplir. —La anciana quedó sorprendida e inclinó la cabeza invitándolo a continuar—. No soy más que un ser pintado en un cuadro, Mirelle, no tengo poder para dejar encinta a ninguna mujer. Pensé que ya lo habríais adivinado. Al menos no os preocupaba mientras estuvimos juntos.

—Eso fue porque después de tener a Johana no podía tener más hijos. Ni tuyos ni de nadie. —Sin duda, aquello era una vieja herida no sanada aún—. No me queda mucho en este mundo, Erik, y sabe Dios que el padre de Ebony es un cobarde inútil. No tengo derecho a pedirte nada, pero complace a esta anciana, miénteme si es necesario, no me daré cuenta.

—Lo haré —la interrumpió consciente de a dónde iba a desembocar la conversación.

—No es muy lista, ¿sabes? No tiene la culpa, pero es muy buena y van a hacerle mucho daño. Sé bueno con ella, ¿le harías ese favor a una anciana? —Las lágrimas brotaban de sus arrugados ojos y le caían por las pálidas mejillas coloreadas.

Erik se sintió conmovido a pesar de que no pensaba que nada tuviera ya el poder para hacer eso con él. Pero no pudo negarse. Al fin y al cabo, sería mucho más divertido para ambos si eso hacía que la muchachita lo tratara bien a él.

Había tenido tiempo de sobra para pensar que le gustaría hacer con Mirelle para devolverle todos los malos ratos que le hizo pasar. Tiempo era algo que tenía a espuertas. Como la mayoría, ya formaba parte de sus fantasías en el salón de baile. Como la mayoría, aquello nunca era

suficiente.

Al reconocerla, allí de pie, temblorosa por la edad, casi había dado gracias al cielo de que no fuera su dueña y tener vía libre para hacer con ella cuanto había soñado. Pero no pudo. Y después de verla llorar por su nieta, supo enseguida que jamás podría llevar a cabo su venganza. Volvía a ser aquella mujer débil y asustadiza que encontró sujetando un bebé y protegiéndolo del terremoto y él ya no disfrutaba haciendo que tuvieran miedo o dolor cuando estaban con él. No le causaba el más mínimo placer. En realidad, casi nada tenía ya ese poder sobre él.

Y en cuanto a sus sentimientos de venganza, sentía cómo se iban diluyendo año tras año sustituidos por algo más cercano a la... ¿culpa? No. Desechó ese pensamiento de su mente. Hastío. Puro, frío e infinito hastío. Eso era.

Incluso hubiera dejado de imaginarlas arrodilladas entre sus piernas en la sala de baile, si no necesitara aquello para soportar cada noche de su encierro.

—Lo haré —repitió de nuevo, esta vez tomándola de las manos para dar más énfasis a sus palabras.

Y con Ebony no fue tan malo. Aunque, siguiendo los consejos de su sabia abuela, solo le permitiera salir en contadas ocasiones para aliviarla, consolarla y alejarla de su anodina e inútil existencia junto a su marido. Y él se portó bien. Solo porque era más divertido. Solo por eso.

—¿A dónde vas?

Erik se detuvo con una mano en el picaporte de latón.

—Aún quedan unas horas para su boda. ¿Cierto?

—Al atardecer. Sí.

—Tiempo de sobra.

—¿Para qué?

—Estoy convencido de que su marido apreciará sus conocimientos esta noche y tu nieta agradecerá no tener que meterlo dentro de ella. Al menos no hoy.

La anciana sonrió.

Se quedó muy quieta sentada a la mesa, vigilando a través de la puerta que él dejó abierta de par en par. Había deseado a ese hombre, todavía lo hacía. Viéndolo caminar con ese paso firme, resonando por todo el pasillo a pesar de ir descalzo, su mente hizo el camino de ida y vuelta pasando por cada episodio que compartió con él. Envidió su sempiterna

juventud. Añoró los años pasados y perdidos.

La copa de vino que le había ofrecido estaba sobre la mesa. Vacía. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no tomaba una y se lamentó por el modo en que lo había tratado, segura de que el Creador, allá donde estuviera, tendría un modo de hacerla pagar por ello.

—Que así sea.

XXVIII

Te lo he dicho. Iré yo solo. Sin el retrato. Hablaré con él...

—Y yo te he dicho a ti que eso no va a pasar.

—¿Puedes hacerme caso por una vez? Gene.

La mujer se había puesto en pie y caminaba haciendo un amplio círculo por todo el espacio de que disponía.

Cocinar. Necesitaba cocinar algo más, algo que la mantuviera ocupada y le centrara la mente. Pero las manos le temblaban demasiado para acertar a blandir cualquier clase de utensilio de cocina.

Erik se frotó la cara con frustración antes de ponerse en pie y bloquearle el paso. Tuvo que agarrarla por los hombros para evitar que ella lo esquivara.

—Escúchame, Gene.

—No porque sé lo que vas a decir. Quieres ir allí tú solo y enfrentarte a él, hacerlo recapacitar, y eso no servirá de nada. El único modo de que toda esta locura acabe es liberarte de la maldición.

—¿Crees que eso lo detendrá? Si me quiere muerto o encerrado, eso solo va a cabrearlo como la mierda.

—¿Y tu idea es mejor? Claro, porque el objeto de todo su odio va a ser capaz de convencerlo de hacer las paces, borrón y cuenta nueva.

Ambos estaban gritando ahora, inclinados el uno sobre el otro, creyéndose en posesión de la verdad y no estando verdaderamente seguros de que su idea fuese a funcionar.

Erik sabía que Gene estaba a punto de desmoronarse, que no de dar su brazo a torcer. No podía verlas aún, pero las lágrimas amenazaban con aflorar en los próximos minutos y la imagen de ella con las mejillas húmedas otra vez por su culpa fue lo único que le hizo replantearse toda la cuestión.

Dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, echándose hacia atrás para no atosigarla. Por suerte, Gene no parecía dispuesta a seguir haciendo surcos con los pies por todo el suelo de la cabaña.

—Hay una tercera opción. Podemos volver al plan original.

—No. Eso no servirá. Vinieron a por mí igualmente. Y no voy a dejar que te inmoles. Por amor de Dios, Erik, ¿no crees que ya es hora de acabar con esto? Ya has pagado suficiente.

Ni de lejos.

Gene se empeñaba en ver en él una especie de ángel protector. Pero los ángeles no dejaban que hombres malos hicieran daño a las niñas buenas. Los ángeles siempre hacían lo correcto, proteger y servir a los inocentes. Él era de todo menos un emplumado con un aro dorado flotando sobre su cabeza.

¿Hacerla cambiar de opinión a ella? No parecía posible.

Si supiera manejar el maldito coche podría ir por su cuenta a ver a Stone. Es posible que con el móvil de Cox lograra encontrar la dirección, el policía se la daría de no ser así y conduciría hasta allí para interceder por Gene. Luego volvería al retrato usando su poder, saldría y se encargaría de destruirlo él mismo. Solo cuando se hubiera asegurado que eso haría que Stone la dejara en paz, no antes.

Por eso estaba intentando convencer a la mujer de que lo mandara hasta allí con un deseo. Sería mucho más rápido que encontrar por su cuenta la manera de viajar tan lejos. Si al menos tuviera a Savage. Pero no, Gene no iba a hacerlo. Ni siquiera aunque ignorara el hecho de que Erik destruiría el cuadro. Daba igual.

Se abrazó a él. Enterró la cabeza en su cuello y se hubiera fundido con su piel de haber podido. Mierda. Lo quería dentro de ella, fuera, por todas partes. Quería ahogarse en él.

Erik la apartó con delicadeza, ignorando la pulsante necesidad que ella le despertaba entre las piernas y se hizo a un lado, dando gracias de que Gene no estuviera usando su poder para obligarlo a permanecer juntos. No quería tocarla. Así no. No otra vez.

Necesitaba causarle la misma aversión que sentía hacia sí mismo. Gene se negaba a ver la verdad, estaba cegada por una falsa imagen de él y Erik se retorció tratando de encontrar el modo de que ella lo viera tal y como realmente era. Cuando lo hiciera, no querría volver a acercarse a él y entonces es posible que lo dejara seguir adelante con su plan de ir a ver a Stone.

Había comenzado a narrarle su propia historia desde el principio. Sin saltarse ningún detalle ni ocultarle nada esta vez. Sin disfrazar la verdad. Tenía que hacerle entender que no había ninguna relación entre ellos, más

que la de ama y esclavo. Y Gene lo había estado escuchando todo el tiempo, sentada en el sofá y dando su propia opinión sobre cada suceso. Era como darse contra un muro.

La historia de la mofeta tuvo un nuevo significado cuando Erik le contó el motivo que le impulsó a torturar de ese modo a su madrastra, siendo plenamente consciente de lo que implicaría para ella cuando recibiese la visita de sus parientes. No quedó como una simple trastada infantil, sino como un plan perverso y planificado que obtuvo el resultado requerido, al igual que todos los demás con que pasaba los largos días en Dark Garden y que enumeró uno a uno sin dejarse nada en el tintero.

Gene no se dejó impresionar por nada de eso. A su modo de ver, no era más que un niño al que los adultos fallaron sistemáticamente y creció aprendiendo a defenderse a sí mismo del mejor modo que supo. ¿Que no era el correcto? Bueno, Rowena tampoco es que fuera un dechado de virtudes, y a los niños hay que educarlos, no limitarse a enseñarles materias. Las matemáticas en nada podrían haberlo ayudado en su desarrollo a la edad adulta cuando lo único que buscaba era un poco de cariño y comprensión.

Al decirle que ella fue la primera mujer que despertó el apetito sexual en él y con la que descubrió lo mucho que disfrutaba dañando a las mujeres, Gene no lo creyó, convencida de que Rowena, más mayor y experta en esas cuestiones, debía haberse aprovechado de él.

—Tú no lo entiendes. —El hombre paseaba arriba y abajo, frente al sofá donde ella estaba sentada mientras le contaba el más vergonzoso de sus secretos. El que nadie, excepto Rowena, conocía—. La amenacé con mi espada. Después de que intentara encerrarme en la buhardilla, tras lo de la mofeta, la amenacé con mi arma. Tenía miedo de mí, y eso me gustó. La hice llorar, le desgarré el camisón para asustarla. Estaba aterrorizada y disfruté sabiendo que era yo quien causaba ese terror en ella. Yo me... —No podía mirar a Gene a la cara con lo que iba a decir a continuación. Era la primera vez que hablaba de eso con alguien y que fuera ella lo hacía todo más difícil — me excitó. Tuve una erección porque sabía que me tenía miedo, que estaba a mi merced, humillada, temblorosa. No quería que la tocara, y me endurecí aún más al saberlo.

Erik no podía apartar los ojos del suelo mientras hablaba. Estaba tenso, inquieto, como si fuera a saltar en cualquier momento.

Genevieve, en cambio, no podía apartar la mirada de él. Erik le estaba contando su primera experiencia sexual cuando no era más que un niño, un

adolescente al que todos los adultos que había conocido llevaban años humillando y maltratando sin motivo. Ellos eran los que deberían sentirse avergonzados y culpables, no él.

—Pero no le hiciste daño, ¿verdad? —Erik no le había dicho que después de amenazarla se marchó sin tocarla.

Gene no necesitaba que se lo dijera. Estaba segura de que no lo hizo. Debió sentirse avasallado por las sensaciones y las reacciones de su cuerpo en ese momento. Y no había ido hasta allí con la intención de matarla. Solo quería asustarla, como ella hizo con él al encerrarlo en la buhardilla a oscuras. Asustarla porque era el único modo de no volver a sentirse amenazado por ella.

¿Y qué otra cosa podría haber hecho? No tenía a nadie a quien recurrir. Ningún adulto que lo protegiese o cuidara de él. Hizo lo único que sabía que lo mantendría a salvo.

Erik sacudió la cabeza y le dio la espalda antes de proseguir.

—Le dije que la cortaré en pedazos si volvía a intentar algo semejante.

—Te protegiste de ella —dijo, enunciando un hecho obvio.

Él volvió a negar con la cabeza, sin mirarla, agarrándose con las manos al mueble sobre el que estaba el televisor. Respirando con dificultad mientras trataba de hacer brotar las palabras.

—Volví a mi habitación y... me toqué. Lo hice. Me corrí recordando la expresión de su rostro al sentir el filo de mi arma sobre su cuerpo.

Si Dios existiera, Gene habría salido corriendo de la cabaña, asqueada al oírlo. Pero no había nadie ahí arriba cuidando de los pobres humanos perdidos en la tierra. Así que ella se quedó y le habló con una paciencia infinita y un tono comprensivo que hacían que la culpa aflorara aún más en su alma y lo ahogara.

—No debes castigarte por eso. Tu cuerpo estaba lleno de hormonas en ese momento, estabas fuera de control y viviste una experiencia por la que nadie debería pasar a esa edad. No fue culpa tuya sentirte así. Y no hiciste nada malo. No podías entender lo que le estaba pasando a tu cuerpo, pensaste que...

—Sabía perfectamente lo que estaba pasando. —Se giró tan rápido que ella dio un respingo en el asiento. Pero no vaciló al mantenerle la mirada—. Había leído cientos de libros sobre ello. Supe lo que mi cuerpo hacía en el instante que empezó y no me importó. Sabía que estaba mal y aun así me

masturbé y no una vez, muchas veces, pensando en ella, en su miedo. Porque eso me gustaba.

—Eso son bobadas. Asociaste lo que le estabas haciendo a ella en ese momento con tu excitación. Probablemente, tu cuerpo sencillamente reaccionó a su desnudez o a la adrenalina. Era tu primera vez, y tu cuerpo te jugó una mala pasada. Pensaste que era su miedo lo que te causó la erección y diste por hecho que eso era lo que te excitaba. Es algo normal, pudo haber...

—Por todos los santos, Gene, ¿qué clase de persona tiene una erección viendo algo así? Aunque su desnudez fuera el desencadenante, su miedo, verla así debió... yo no debí...

Era inútil. No había el menor rastro de asco, repulsión, odio o incompreensión en ella. Permanecía serena, como si estuviera hablándole del tiempo y no de algo terrible y vergonzoso.

¿Su larga lista de visitas a prostíbulos después de eso durante la guerra? ¿Disfrutar con el dolor y la humillación de esas mujeres durante todos esos años? Más palabrería psicol... lo que fuera. Le daba igual. Gene tenía respuestas para todo.

—Maté a esos hombres con mis propias manos. Los destrozaba.

—Ellos querían matarte a ti. Eran el enemigo. Te defendías.

—Disfrutaba arrancándoles los miembros del cuerpo.

—Lo siento, pero no te vi disfrutar ni un solo momento con aquellos tipos que incendiaron mi casa. Ni siquiera cuando le partiste el cuello a ese hombre que trató de secuestrarme. No te gustó hacerlo.

—¿Cómo puedes saber eso?

—¿De verdad, Erik? ¿Crees que necesito leer en tu mente o sentir tus emociones para saberlo? Párate un minuto, sé sincero contigo mismo y verás que tengo razón.

Mierda. Casi se arranca a tiras la piel de la cara cuando ella se negó a creer que había dejado morir a Azalea. Si el retrato funcionara igual con ella en su interior, Erik la habría arrastrado hasta allí para mostrárselo.

—Y aunque así hubiera sido —argumentó Gene—, ninguna condena dura trescientos años. Y tú no harías algo así ahora. Lo sé. Serías incapaz. Ya no eres ese hombre, si es que alguna vez lo fuiste, y me cuesta mucho creerlo. Le salvaste la vida a ese crío cuando pudiste haber escapado. No me importa lo que pasó hace tres siglos, sé que ahora serías incapaz de permanecer impasible ante algo así.

Sí. Había estado a punto de golpearse la cabeza contra la pared hasta abrirse un agujero lo bastante amplio en el cráneo como para que ella pudiera contemplar por sí misma la verdad directamente de la fuente.

—Las prisiones, Erik, existen para rehabilitar a los condenados, no para castigarlos eternamente. Y tú no deberías seguir encerrado por más tiempo.

—¿Intentas hacerme creer que ahora les dais un cursillo de buen comportamiento a los asesinos y los dejáis ir con una advertencia? ¿Así de simple?

—Por supuesto que no es tan simple. No estás escuchando lo que digo. Tres siglos, Erik. Tres. Cumpliendo deseos, siendo maltratado, humillado, castigado. Sin posibilidad de escapar a esa noche, reviviéndola una y otra vez. ¿Y aún crees que mereces seguir pagando por lo que hiciste?

Vale. Eso dolía. Si ella le hubiera atravesado el pecho con su puño, arrancándole el corazón y dejando que lo viera latir entre sus dedos sanguinolentos, antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con esas tiernas zapatillas de gatitos, no hubiera dolido tanto. Ni por asomo.

Habían tenido que dejarlo en ese punto. El *ding* del horno la reclamó a ella, y Gene no estaba dispuesta a dejar que su tarta se quemara. Tampoco había zanjado la cuestión. Él, en cambio, sí. Quizá hubiera pagado por la muerte de Azalea. Estaba dispuesto a admitir eso. En cuanto a pagar por todo lo que le estaba haciendo a Gene desde que se conocieron... causar la muerte de sus padres, jugar con ella, hierirla para apartarla de él, ponerla en peligro llevando a Stone tras su pista... ¿ese delito? Eso se merecía otros trescientos años por lo menos. Aunque pagaría gustoso por toda la eternidad con tal de protegerla.

El olor de la tarta penetró en sus fosas nasales aguándole la boca. Delicioso, como todo lo que Gene preparaba. Habría podido pasar el resto de sus días paladeando cada bocado que ella quisiera cocinarle. El destino, en cambio, tenía otros planes.

Ella echaba por tierra todos sus argumentos. Y ni oír hablar de mandarlo a ver solo a Stone. No logró convencerla. Se les agotaba el tiempo, no era finito. Stone había movido todas sus fichas en el tablero, y a ellos les quedaban pocas posibilidades de ganar la partida. Cox se lo dijo. Estaban solos y debían ponerse de acuerdo en el mejor modo de actuar. Gene quería mantenerlo a salvo y él a ella, y así no avanzaban porque para ganar la partida uno de ellos debería sacrificarse y Erik no estaba dispuesto a permitir que su

niña pelirroja lo hiciera por él. Ella no pagaría por sus pecados.

—Deberías dejar que te libere. —Gene se había abrazado a sí misma cuando Erik la soltó para evitar que le contagiara la necesidad que ella tenía de dejarse desnudar por él.

—Ya lo hemos hablado. —Erik se dejó caer abatido en el sofá con la cabeza entre las manos—. No hay modo de que eso ocurra y, aunque lo encontraras, no me querrías contigo. Así que ¿por qué liberarme? Deja que hable con Stone...

—¿Que no te querría conmigo? ¿Es que todavía no te has dado cuenta? Lo que no soporto es la idea de perderte.

Sí. Eso también dolía. Porque él lo sabía. Conocía los sentimientos de Gene mejor que los suyos propios y lamentaba tener que destrozarle el corazón para salvarla. No quería ver la maldad en él, así que tendría que ser de otro modo. Cuando supiera todo lo que sus amas habían hecho con él, con su cuerpo, Gene no soportaría la idea de dejar que la tocara.

—Mereces algo mejor. Mírame. —Se volvió hacia ella sin levantarse, con los brazos abiertos a los lados—. Estoy tan usado que podría arrancar la piel de todas esas mujeres de la mía. —La pelirroja casi lo fulminó con la mirada—. ¿Querías que te hablara de Justine? ¿Quieres saber qué me hizo?

—No necesito saberlo, Erik. —Gene quiso detenerlo. Esa, de entre todas sus dueñas, seguía fustigándolo en sus pesadillas. No quería que sufriera recordándola.

—Sí. Lo necesitas para comprender. Justine no era como ninguna otra mujer que haya conocido. Hacía su voluntad, siempre. Y era... cruel, hasta límites que no puedes imaginar. Ella fue la primera. Conocía las reglas, los límites y los aplicaba con maestría siempre para hacer daño. Tenía otros hombres en su morada, mendigos, gente a quien nadie echaría de menos. Ellos no tenían obligación de cumplir sus deseos, pero no podían negarse a obedecer. Los forzaban. Justine tenía gente que trabajaba para ella, que cumplían sus órdenes porque la veneraban y admiraban lo que ella hacía. A los demás... esa mujer se excitaba amputando partes de ellos, y nos hacía mirar. A mí no podía dañarme de esa manera. Era el único requisito que Stone le había impuesto para entregarle el retrato.

El rostro de Gene mutó en una pálida máscara horrorizada. Podía oír los gritos en su cabeza e imaginar las escenas de la amputación y debía hacer verdaderos esfuerzos para no recrear cada detalle en su vasta imaginación. No quería seguir escuchando, pero Erik no estaba dispuesto a detenerse.

—Debía cumplir todos sus deseos, así que me obligaba a mantener relaciones sexuales con los otros prisioneros, no solo con ella. A veces lo hacía mientras... —Demonios. Hacía siglos que había logrado borrar las imágenes de sus recuerdos y volver a ellas le causaba náuseas. La bilis subió tan deprisa por su garganta que pensó que iba a ahogarse. Logró recomponerse lo bastante para seguir hablando—. La mayoría eran hombres. ¿Entiendes lo que te digo?

Sí. Ella lo entendía. Y eso no le hacía desmerecer a sus ojos. No le importaba que fuesen mujeres u hombres. Erik no había elegido aquello, y no podía culparse por eso. Quiso detenerlo, intentaba que ella lo aborreciera, pero se dio cuenta que también le servía de desahogo. Imaginó que nunca habría hablado de Justine con nadie antes de hoy. Así que lo dejó seguir. Y mientras él hablaba y le narraba todas las aberraciones a las que fue sometido, ella contenía las lágrimas por respeto a su dolor. Si él no las derramaba, ella tampoco lo haría.

—No estoy limpio, Gene. No soy adecuado para ti —logró articular, poniendo punto y final al horror que había dejado fluir entre ellos.

Y en cuanto acabó de pronunciar aquellas sencillas palabras y alzó la vista hacia ella, supo, sin temor a equivocarse, que no había logrado su propósito y que de ningún modo Gene lo vería como era en realidad. Dijera lo que dijera e hiciese lo que hiciese, esa batalla estaba perdida.

Tan solo les restaba ponerse de acuerdo, por tanto, en cómo seguirían a partir de entonces. Al margen de lo que ella quisiera pensar de él, sus planes eran inamovibles. Stone lo tendría a él y al retrato y Gene recuperaría su vida.

A Gene le hubiera gustado tener una varita mágica, de esas que agitabas en el aire y hacían desaparecer todas las cosas feas del mundo. Quería cambiar los pensamientos de Erik con solo chasquear los dedos. Besarle y hacerle ver lo hermoso que era. Que entendiera que era valioso y querido, que no había nada sucio en él.

Imaginó que sería fácil hacer su pedido en Amazon. Un par de clics y podrían entregárselo hoy mismo con su cuenta Premium. Varitas mágicas a domicilio.

Chasqueó la lengua, molesta. Por más que se exprimía el cerebro no hallaba el modo de hacerle entender a Erik lo equivocado que estaba. Pero

claro, más de trescientos años repitiéndose a sí mismo que estaba manchado y era diabólico, no podían arreglarse en tres minutos. No había la más mínima posibilidad. Y mientras no lo consiguiera, la posibilidad de romper la maldición no estaría a su alcance.

Vio cómo inclinaba el cuerpo hacia delante, dándole la espalda, sumido en sus pensamientos. Oscuros, sin duda. Se frotaba la nuca con la mano derecha con demasiada fuerza. Tal vez él, a su manera, también estuviera buscando el modo de hacerla entrar a ella en razón.

Quería acercarse a él, tomarlo por las muñecas y llevarlo arriba, a su habitación. Desnudarlo lentamente y llenarle el cuerpo de besos y caricias. Quería hacer que se sintiera amado, demostrarle lo mucho que le importaba. Devolverle una parte de lo que él le entregó mientras le hacía el amor en el interior del retrato. Deseaba que se sintiera liberado, exactamente igual que ella, gracias a su paciencia y su cariño.

Pero usar los deseos no estaba bien. Y Gene no iba a obligarlo a subir las escaleras, por mucho que ardiera en deseos de sentirlo en su interior otra vez. De eso ya se habían encargado todas y cada una de las dueñas que tuvo. Ella no sería la siguiente. Antes se haría una lobotomía que obligarlo a hacer cualquier cosa que él no quisiera hacer.

—¿Sabes? Podrías haberme mandado de regreso al retrato y haberlo destruido después. Desear que me arrojara de cabeza a las llamas o por una ventana o... —Gene solo veía la nuca inclinada y sus dedos enredados con las hebras de su cabello oscuro. Su expresión, solo la intuía—. En lugar de eso, tu deseo fue que saliera de tu casa. Nada más. Después de todo lo que te dije, ni siquiera así pensaste en destruirme, aunque tenías un buen motivo y los medios para hacerlo. Yo no sé si, después de algo así, hubiera sido tan magnánimo.

—Creo que, en el fondo, una parte de mí sabía que lo hacías para protegerme. No soy ningún ángel, Erik. Yo también cometo errores. Hace unos días, sin ir más lejos, me encargué de darle una patada en su enorme ego a un tío con el que trabajo. Y te aseguro que disfruté y lo haré aún más cuando vuelva y tenga que arrastrarse por el suelo si quiere que lo ayude a sacar el proyecto adelante. Te lo aseguro. Yo también puedo ser mala si me lo propongo.

Erik lo dudaba. La clase de maldad de la que ella hablaba no era más que un juego de niños comparado con sus actos. No pudo evitar sonreír al girarse y ver cómo se erguía toda digna, con una mirada malévolamente en sus

preciosos ojos esmeralda.

—No sé de qué te ríes. Te estoy hablando muy en serio. —Protestó con un fingido mohín de disgusto que le hizo fruncir los labios—. Pregunta a quien quieras. Te dirán que tengo un hombre esclavizado al que obligo a cumplir todos mis deseos. Cruella de Vil a mi lado, un corderito.

Erik se había puesto en pie, y ahora estaba frente a ella con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa derrotada en los labios. Aquella mujer era imposible. Mierda. Sí. La amaba. Más de lo que estaba dispuesto a admitir para no perder la cordura.

Y si el mundo fuera de color de rosa, la levantaría en sus brazos, la echaría sobre la cama de matrimonio del piso de arriba y le haría el amor hasta que lo dejase seco y ella estuviera satisfecha. Y luego se comerían la lasaña y la tarta de zanahoria, darían largos paseos entre los árboles, le enseñaría a no temer a Savage. Cabalgarían durante horas, donde quiera que quisieran ir, y luego volvería a hacerle el amor en las profundas aguas del lago a la luz de la luna.

Pero el mundo no era de color de rosa y a él nunca le habían acompañado los hados.

—Qué extraño.

—¿El qué? —Gene estaba mirando el reloj que pendía de su muñeca.

—Sam y José ya deberían haber vuelto. No se tarda tanto en ir y volver de la tienda. Voy a llamarlos.

La mujer sacó el móvil de Celaya del bolsillo y comenzó a buscar en la agenda, antes de darse cuenta de que él no tendría el teléfono de Sam memorizado. Iba a tener que marcar de memoria y no estaba segura de...

—¿Qué...?

—Shhhh.

Erik estaba tenso de repente con la mirada fija al otro lado de la ventana. Gene dirigió la vista hacia el mismo punto sin distinguir nada que resultara amenazador.

Esperaba escuchar el ruido del Range Rover aproximándose a la casa, pero lo cierto es que no se escuchaba nada en absoluto.

—No oigo nada —dijo en un susurro.

—Precisamente.

Erik se había movido para ponerse delante de la mujer y estaba sacando el arma de Dave de la cinturilla de su vaquero. Gene vio el brillo de la pistola cuando él la dejó al descubierto y movió el brazo para apuntar con

ella hacia la entrada.

Entonces se dio cuenta de lo que tanto había alterado a Erik. No había ningún sonido. Los alegres trinos de los pájaros se habían silenciado por completo, y eso solo podía significar una cosa. Un depredador.

—Quédate tras de mí y no te separes —indicó en un quedo susurro.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —dijo Gene haciendo, por una vez, lo que él le pedía y sin elevar el tono de voz.

Los ojos oscuros barrían la arboleda a través de la ventana. Ningún movimiento anómalo, solo el silencio. Y la creciente sensación de estar siendo acechados, poniéndole los pelos de punta.

Cuando sintió la punzada en la base del cuello, supo que había dejado que los sorprendieran. Al caer al suelo, su único pensamiento era para la mujer que lo miraba aterrorizaba intentando que no se golpeará la cabeza contra el duro suelo. Sus labios no se movieron, ni sus músculos, pero sintió el golpe que hizo reverberar cada hueso de su espalda, a pesar de que ella logró atraparlo y proteger su cabeza del impacto.

El sonido de campanillas que oía de fondo le hizo pensar que debía haber resultado herido, a pesar de todo. Las malditas campanillas no dejaban de reverberar en sus tímpanos. Tan molesto.

Lo último que vio, antes de que sus ojos se cerraran y perdiera todo sentido de consciencia, fue la expresión de terror en dos ojos del color de las esmeraldas.

Godzilla era japonés. Un monstruo de varios metros de longitud similar a un dinosaurio, un T-Rex o alguno semejante, una bestia que podría verse asomando la cabeza por encima de la copa de los árboles. De pesadilla. No. De película. Porque Godzilla era una invención, una criatura que llenaba las salas de cine de millones de personas dispuestas a ver cómo hacía arder Tokio o quizá incluso Nueva York.

La condenada bestia arrasaba todo a su paso, coches, edificios. Vale. Estaba claro que si salía de un bosque repleto de arbolado no iba a limitarse a arrojar un único tronco sobre la carretera por muy grande y grueso que este fuera. No. Habría muchos más, decenas.

Celaya se rascó detrás de la oreja mientras sus ojos hacían el camino de ida y vuelta otra vez. Primero arriba, muy arriba y luego abajo de nuevo.

Una mole. Eso es lo que aquel maldito árbol era. Y un obstáculo que una hora antes no estaba ahí.

La copa asomaba por un lateral de la carretera. Frondosa, verde, muy verde, con centenares de millares de gotitas de polvo flotando y revoloteando a su alrededor. Su nube, solo apreciable bajo la iluminación directa del sol.

—¿Hay otra carretera?

Sam negó con la cabeza, contrariado.

—¿Me prestas tu móvil?

El médico le alargó el aparato y esperó. Celaya marcó el número de su móvil y contó los tonos. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos. Golpeó el suelo con la punta del pie mientras sus dedos aflojaban el botón superior de su camisa. Siete tonos. Ocho tonos. Cuatro más y saltaría esa odiosa melodía.

Apartó el teléfono del oído cuando la música estuvo a punto de reventarle el tímpano con su estruendoso volumen. Volvió a marcar y contó otra vez. En esta ocasión, no dejó que el doceavo tono sonara.

—¿Hay teléfono en la casa? —Casa, porque no tenía ni la más remota idea de cómo coño se decía cabaña en inglés.

Sam asintió y le pidió de vuelta el móvil. Buscó el contacto en la agenda del aparato, deslizando rápidamente los números que tenía almacenados hacia arriba. Y le devolvió la cosa a Celaya.

—Nada. Mierda. ¿Cuántos kilómetros hay desde aquí?

—Seis, siete a lo sumo. Estamos muy cerca. ¿Por qué?

Celaya anotó su propio número en la agenda del médico y le devolvió el teléfono. Se sacó la chaqueta de vestir ligera que llevaba puesta y la arrojó por la ventana en el asiento trasero del Range Rover. Se miró los pies. Sus mocasines brillantes con escobillas no eran, ni de lejos, el mejor calzado para iniciar una carrera por la carretera. Menos aún para trepar el tronco de un árbol. Bueno, seguramente podría bordearlo, la copa estaba allí mismo y el terreno parecía llano.

—Iré corriendo. —Tenía un mal presentimiento—. Llama a Davis, y luego sigue intentándolo con mi número y el de la casa.

—No vas a llegar muy lejos así —dijo señalando los lustrosos zapatos.

Celaya se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia las ramas caídas. No había mucho que hacer al respecto y no iba a quedarse allí de brazos cruzados, no era eso a lo que había venido. La hora diaria que dedicaba a correr cada noche por fin tendría un sentido que el meramente

estético. Bueno, sí, también lo hacía por su salud. Y un cuerno. Quería estar bien para Gene. Eso era. O al menos por eso había empezado. La crisis de los cuarenta no tenía nada que ver, por mucho que le valiera como excusa. Era por ella, todo era por ella. Menudo imbécil.

Rodear el árbol le llevó unos diez minutos. Cuando por fin estuvo al otro lado del tronco, de pie sobre el asfalto, se había desgarrado un lado de la camisa blanca, estaba llena de suciedad y tenía el pelo alborotado. ¿Su respiración? Perfecta, sincronizada con los pausados latidos de su corazón.

La última carrera en la que participó en Madrid fue de cinco kilómetros lisos y tardó unos treinta minutos en terminarla, no era una gran marca, pero tampoco quedó de los últimos. La que tenía frente a sí. En cuesta, parte cruzando el camino terroso del bosque, sin unas buenas zapatillas de deporte... no tenía caso preocuparse por eso ahora.

Sus pies golpearon el asfalto con un soniquete similar al que hacían los bailarines de claqué. *Clap-clap*. Resbaló un par de veces, lo que hizo que deseara haber raspado las condenadas suelas en cuanto los compró. Forzó a sus muslos a hacer el recorrido, sin apenas precalentamiento, ni bebidas isotónicas durante el paseo. Solo un tipo vestido con pantalón ejecutivo y camisa de oficina, haciendo resonar los tacones de sus zapatos contra el suelo.

Gene estaba en peligro. ¿Qué otro motivo habría para que ella no contestara al teléfono sino? Sí. Puede que hubiera otro buen motivo por el que ella no pudiera hacerse cargo de eso.

Sacudió la cabeza, lo cual casi le hace caer rodando por la cuneta. No quería imaginarse a la pelirroja en posición horizontal, desnuda y con ese modelo de revista masculina echado sobre ella. Demonios. Le ardía el pecho solo con imaginarlo. Por no hablar de sus instintos asesinos disparándose hacia un único objetivo. Erik.

Entrar en tromba en la cabaña y encontrárselos fornicando sobre la encimera de la cocina, o arriba, en los dormitorios, o sobre el sofá, o en el lago. Mierda. No podía pensar en eso. Aunque, tal y como estaban las cosas cuando él y Sam se marcharon en busca de la bebida, era difícil pensar que esos dos se dirigieran siquiera la palabra.

Siguió corriendo aplicando todo lo aprendido en los años que llevaba practicando aquel deporte o tortura china, según se viera. Sus pulsaciones apenas agitadas por el esfuerzo, nada de sudor todavía. Los pies plantándose con firmeza en el suelo, uno tras otro, evitando los guijarros sueltos y el resto

de obstáculos que la ajada carretera ponía en su camino.

Miró el Rolex de su muñeca, el que una vez perteneció a su padre. Podía hacerlo. Cuarenta minutos, máximo. Sí que podía hacerlo. Por Gene. Siempre por ella.

Erik se había llevado la mano al cuello antes de poner los ojos en blanco y empezar a tambalearse. Gene alargó los brazos y se dejó caer sobre las rodillas atrapándolo a duras penas y colocando su cabeza en su regazo.

El hombre hacía esfuerzos por hablar y moverse. Imposible. Sus ojos giraban sin ver y su boca se movía sin pronunciar sonido alguno.

Tenía un dardo amarillo clavado en el cuello, justo sobre la clavícula izquierda. Gene lo sujetó y tiró de él con fuerza, arrojándolo a un lado y luego recuperó el arma de su mano laxa.

La miró. ¿Tendría seguro? ¿Estaría puesto? No tenía la menor idea. Al menos no era la primera que disparaba e imaginó que la sensación sería parecida, solo que... no quería herir a nadie con ella.

Escuchó pasos fuera. Botas pesadas que aplastaban el terreno acercándose hasta ellos. Ruido de motores que se aproximaban.

Arrastró el cuerpo inerte de Erik hasta la entrada y la bloqueó antes de acurrucarse bajo una ventana por la que poder espiar el exterior.

Allí afuera, como en un sincronizado baile, unos diez hombres, todos vestidos con alguna clase de uniforme militar de color negro, se movían posicionándose frente a la cabaña, armados y, sí, peligrosos.

—No deis un paso más o disparo —bramó ella.

Claro, Gene, como si ellos no tuvieran pistolas o rifles o AK-47, o lo que demonios fueran esos chismes. Lo que ella tenía era más como usar un matamoscas para detener una legión de elefantes. Si al menos tuviera un ratón...

Movió los dedos de su mano libre para palpar la yugular del hombre. Vivo. Seguía teniendo pulso y parecía que respiraba. Somníferos o algo así. Él solo dormía. Y ¿no le había dicho que solo ella podía acabar con su vida? Eso debería tranquilizarla, pero no lo hacía.

Sacó su móvil del bolsillo y lo encendió mientras vigilaba la distancia que aún les faltaba por recorrer allí afuera. Sin señal. Frunció el ceño. La cobertura de la cabaña siempre había sido perfecta.

Se metió el aparato, ahora inútil, de vuelta al bolsillo y rodó hacia la barra de la cocina donde descansaba el teléfono inalámbrico. Lo alcanzó sin levantar el cuerpo del suelo. Volvió hasta Erik y marcó. Sin señal. Mierda.

El de Celaya, sin cobertura también. Miró hacia las ventanas traseras, suficientemente amplias para salir por ellas, pero estaban lejos, Erik era muy pesado y no tenía la suficiente seguridad de que funcionara como para arriesgarse. ¿Qué iba a hacer...?

—Ríndase, señorita Hanglin. Tengo órdenes de llevarla hasta el señor Stone viva, pero no intacta.

—¿Por qué no nos dejan en paz? —gritó ella con el arma en la mano y la espalda contra la pared.

—Tengo órdenes.

Esa voz sonaba como un gruñido.

Los pasos resonaron contra el porche. Gene tembló de frustración y rabia. Aunque ellos no fueran armados daría igual. No podría dispararles a todos. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de hacerlo, no con los ojos abiertos, en todo caso. Y con Erik inconsciente en su regazo no es que tuviera muchas opciones. Aunque pudiera meter al hombre de vuelta al retrato, llegar a las escaleras, subir al piso de arriba y recuperar el objeto, ¿luego qué? Sin salida, rodeada probablemente. No iba a ir a ningún sitio. Y si se liaban a tiros y Sam y Celaya aparecían entonces...

—Sesenta segundos, señorita Hanglin.

Le sobraron cincuenta.

Apartando al hombre a un lado, con cuidado, dejó el arma sobre el mostrador y abrió la puerta saliendo con las manos levantadas a ambos lados de su cabeza. Ir a ver juntos a Stone y tratar de razonar con él era su segunda mejor idea. Sencillamente, ahora tenían un chofer y varios acompañantes dispuestos a echarles una mano con eso.

La recibió un hombre alto, de pelo gris rapado casi al cero, ojos azul eléctrico y profundos y un porte claramente militar. La saludó con un leve movimiento de la cabeza y una sonrisa victoriosa que le puso los pelos de punta. No había alma detrás de esos ojos. Un oscuro y frío vacío. Al contrario de los de Erik, que eran cálidos y luminosos.

La tomó por el brazo y la obligó a hacerse a un lado.

—Me alegro de que haya decidido cooperar. Esto lo hará todo mucho menos difícil para usted. Confíe en mí.

Al despejar la entrada una tromba de soldados, seis en total, se

abrieron paso al interior de la cabaña apuntando a todos lados con sus fusiles y las manos enguantadas a pesar de estar en verano.

—No deje que le hagan daño, por favor.

—Esas son mis órdenes. Siempre que no me dé problemas. ¿Dónde guarda el cuadro? —Su voz parecía la de un robot, sin la menor entonación, sin una pizca de comprensión o amabilidad en ella.

—Arriba, en el dormitorio de la izquierda. El contrato de compra está en la carpeta azul que hay en la mesa, frente al sofá.

Un séptimo hombre recibió la información y entró en busca de los objetos indicados mientras los otros seis ya sacaban a Erik en volandas de la casa. Lo cargaban entre dos, dos más apuntándolo con sus rifles o metralletas o lo que demonios fueran esas cosas largas y amenazantes. Otro más abrió las puertas de un furgón oscuro sin matrícula y el sexto subió tras el volante.

Cuando arrojaron el cuerpo de Erik al interior, Gene esperaba escuchar sus huesos chocando contra el duro metal del vehículo. En su lugar un ruido sordo y corto cuando golpeó contra algo menos rígido.

—Me está haciendo daño. —Gene se quejó y tiró de su brazo para soltarse, pero la férrea garra que la mantenía sujeta no cedió un milímetro.

—Es usted muy escurridiza, señorita Hanglin. No correré ningún riesgo.

—Coronel. —Un octavo hombre descendió de un vehículo a su derecha con una especie de portátil diseñado a la moda militar bajo el brazo.

Se cuadró llevándose la mano a la frente y la bajó cuando su jefe, el tal Coronel, hizo lo mismo con la suya libre, la que no sostenía a Genevieve.

—Informe.

—Mientras accedíamos a la vivienda, se ha activado un tercer aparato.

El Coronel miró detenidamente a Gene de arriba abajo. Ella hizo lo posible por alejarse, pero era complicado con él manteniéndola cerca de aquel modo. Disparó la mano libre hacia la cintura de ella, que dio un respingo y forcejeó hasta que se percató de que lo único que le interesaba al Coronel era el móvil que conservaba en su bolsillo.

El aparato fue dejado caer al suelo y aplastado con el tacón de la bota de combate ante la pasmosa mirada de su propietaria.

—Eso no era necesario —bramó ella.

Él ni se molestó en contestar.

—Coronel. —El hombre que estaba en el interior de la cabaña salió

llevando con él el retrato y la carpeta con los documentos.

El Coronel hizo una señal y en menos de un minuto todos ocupaban de nuevo los vehículos, excepto uno de ellos, que se aseguraba de recoger el móvil destrozado del suelo y revisar los alrededores, eliminando las pruebas de su presencia allí. Incluso se molestó en cerrar la puerta a su espalda.

—¿Por qué demonios están haciendo esto? —protestó Gene de nuevo.

—Órdenes.

—A la mierda con sus órdenes. No pueden ir por ahí secuestrando a la gente, eso no es legal. Le digo que me suelte ahora mismo.

Pero nadie la oía.

En cuanto el Coronel logró arrastrarla hasta la entrada del furgón, Gene fue arrojada al interior y las puertas se cerraron, dejándola sumida en la más completa oscuridad.

Minutos después, el vehículo arrancó con un fuerte tirón que la hizo caer de culo contra el suelo y dar con las piernas estiradas del hombre que yacía junto a ella.

El suelo era inestable. Por algún motivo, no habían tomado la carretera y se movían dando bandazos contra un camino sin asfaltar. Ni siquiera pudo sentarse, su trasero se deslizaba por la superficie de metal de la furgoneta y se golpeaba los costados contra los laterales del vehículo, maldiciendo cada vez que sus heridas se resentían ante semejante maltrato.

La marcha pareció calmarse un momento y ella lo aprovechó para gatear hasta una especie de tela de loneta arrugada en la que habían arrojado a Erik. Se agarró del hombre y se recostó contra él, enterrando la cabeza en el hueco de su garganta.

—Erik. Por favor, despierta.

El hombre no se movía, su respiración era tranquila y el pulso parecía regular y pausado. Al parecer, sus deseos podían verse limitados si él estaba drogado.

Gene apretó los dientes, rabiosa. Esto no podía estar pasándole a ella. Que un grupo de mercenarios la sacaran a una arrastras de su casa, sin atender a razones y la encerraran en un coche camino de ver al villano, esa clase de cosas solo pasaban en las películas. O eso creía antes de ahora.

Y para colmo de males, Sam y Celaya no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Rezó por que se encontraran sanos y salvos.

Sin el apoyo de la policía probablemente ahora estaban perdidos. Cox no podría hacer nada para liberarlos. Probablemente, ni siquiera sería capaz

de encontrarlos después de lo que quiera que Stone fuera a hacer con ellos.

Se apretujó más contra el cuerpo de Erik y sollozó quedamente abrazada a él, dejando que el aroma a eucalipto y brisa del mar la envolviera como una manta.

Esto era tan injusto. No quería perderlo. No quería perder a nadie más. Quería que los dejaran en paz, encontrar el modo de romper la maldición y poder vivir una vida plena y feliz a su lado. Por desgracia, ese deseo no estaba en manos de Erik cumplirlo.

Dos vehículos todoterreno militares y un furgón negro, todos ellos sin matricular, estaban aparcados en la carretera de acceso a la cabaña. Se oían voces a lo lejos, movimiento, pero no disparos. Esperaba que eso fuera una buena cosa.

Un ruido de estática dentro de uno de los vehículos, una orden que no llegó a escuchar y un segundo más tarde los tres se pusieron en marcha en dirección a la casa de Dave.

Celaya los siguió a pie ocultándose entre los árboles y matorrales, fuera del camino principal. Respiraba con dificultad después de la carrera, tenía la blanca camisa sudada adherida a la piel, el pelo húmedo pegado a la frente y los pantalones grises de vestir manchados de tierra allí donde se había apoyado al tropezar durante el ascenso.

Y odiaba los mocasines. En todas sus formas, colores y diseños. Jamás volvería a correr con algo así en los pies.

Se agachó al llegar a la linde, ocultándose lo mejor que supo. Los vehículos rodeaban el Mustang de Gene. El jodido Chip Hazard hecho persona, vestido de oscuro, la mantenía sujeta por el antebrazo y, por la expresión de dolor de la mujer, debía estar haciéndole daño.

Palpó el bolsillo de su pantalón y maldijo entre dientes. Una palabrota muy poco apropiada en su vocabulario habitual. Gene se habría escandalizado al escucharla. El móvil lo tenía ella. No había modo de contactar con Sam o Dave y avisarlos de lo que estaba sucediendo en ese momento.

Seis hombres salieron de la cabaña. Dos de ellos cargaban con todo el peso de Erik, que parecía estar sin sentido, aunque no herido. Lo cual cambiaría tan pronto abriera los ojos si decidía enfrentarse a los dos que lo

apuntaban con sus armas.

Lo estaban metiendo en el furgón.

Celaya miró a su alrededor, como si la solución a todos sus problemas fuera a presentarse mágicamente en forma de hada del bosque o algo así. Apretar los puños y descargar su frustración contra un tronco tampoco iba a servir de nada, por no decir que, con toda probabilidad, le destrozaría los nudillos si lo intentaba.

Estaban metiendo a Gene en el furgón con Erik mientras uno de ellos arrastraba el retrato y una carpeta en sus manos.

—Bastardos —murmuró en voz baja cuando la mujer quedó atrapada en el interior del maletero.

No había forma humana de que se subiera a uno de esos vehículos sin que lo pillaran, pero no quería perder a Gene de vista. Debía averiguar dónde se la estaban llevando. Ojalá fuera tan fácil rastrear personas, como lo era encontrar un móvil con un localizador GPS, pero Gene no llevaba ningún chip de seguimiento bajo la piel.

¿Un chip de seguimiento?

Celaya se tumbó en el suelo y arrastró el cuerpo haciendo uso de los antebrazos y los pies. Su fino pantalón y la delicada camisa quedarían inservibles después de eso, lo cual le importaba un pito.

Uno de los todoterrenos estaba aparcado muy cerca de donde él se encontraba, si lograba alcanzarlo.

Los vehículos se pusieron en movimiento y abandonaron el claro por el camino que llevaba al lago. No iban a recorrer el camino de vuelta por la carretera. Al parecer, esos tipos sí que conocían otra forma de llegar allí sin usar la carretera principal. Los dejó ir manteniéndose agachado hasta que el sonido de los motores se diluyó en la nada.

Tras asegurarse de que se habían marchado, Celaya se enderezó y salió caminando hasta el claro, frente a la cabaña. Abrió la puerta y revisó el salón y las habitaciones. Su móvil estaba allí, sobre la barra, al igual que el teléfono fijo. Sonrió corriendo a recogerlos para llamar a Sam y advertirle. El uno no tenía tarjeta SIM, debían haberla extraído aquellos tipos, y el fijo tampoco parecía funcionar.

Maldiciendo de nuevo se apresuró a rebuscar hasta encontrar las llaves del Mustang de Gene, que gracias al cielo no se había llevado con ella, y recorrió todo el camino de vuelta al coche. Sam y él tenían que avisar a Dave. Rezaba porque entre los tres encontraran el modo de conectarse con el

localizador que logró ocultar en el bajo de uno de los vehículos. Al parecer, algunos animales, incluso después de morir, eran capaces de cuidar de sus dueños.

Wiked tenía la manía de jugar al escondite entre el enorme bloque de edificios de la urbanización donde residía. La mayoría de sus vecinos mantenían cerrados los balcones, pero en ocasiones el gato lograba encontrar una forma de colarse y echar un rápido vistazo al resto de viviendas.

Sabía que debía haber instalado una verja en todas sus ventanas, pero nunca tenía tiempo para hacerlo y el condenado gato seguía escapándose siempre que él se despistaba y dejaba algún hueco abierto para que corriera el aire. ¿Encontrarlo después? Ni la búsqueda del Arca Perdida dio para tanta película.

Genevieve no podía parar de reír ante las calamidades de su jefe. Incluso se ofreció a ir un fin de semana y ayudarlo a cubrir todas las ventanas, pero él nunca sacaba tiempo para hacerlo por mucho que deseara ver a Gene en su casa. Eso sería un sueño que le alegraría el día, desde luego.

Así que al final, la joven le había regalado un collar con rastreador que había encontrado en internet. Solo tenía que instalar una aplicación en su móvil y sabría en todo momento dónde se escondía el aventurero *Wiked*.

Cuando el gato murió, un par de años más tarde a causa de la vejez, Celaya no había sido capaz de deshacerse del colgante, así que lo arregló para poder usarlo de llavero y llevarlo siempre encima. Conectarlo al portátil para recargar la batería era una sencilla estrategia para no olvidar las llaves encima de la mesa cada vez que salía corriendo con su ordenador de una reunión a otra.

Gene se había burlado de él por eso en más de una ocasión.

—Seguro que ahora te parecería una idea genial, ¿verdad, preciosa?

Mierda. El alcance era bastante limitado, pero quizá con un poco de ayuda de rastreo policial y el llavero... bueno, era lo único que tenía. No era un buen plan. Ni siquiera podía atribuírsele esa categoría, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿Enfrentarse él solo a todos esos soldados que, a todas luces, eran profesionales, peligrosos y estaban armados? Dejar que Gene lo viera caer con una bala en el pecho no era su idea de ser un héroe.

No. Volvería con Sam y juntos llamarían a Dave y encontrarían una forma de localizar a la pareja. Solo esperaba no llegar demasiado tarde.

XXIX

“La venganza ... es como una piedra rodante, que, cuando un hombre la ha movido hasta la cima de una colina, volverá sobre él con mayor violencia y romperá esos huesos cuyos nervios le dieron movimiento”.

Jeremy Taylor

“El problema con la venganza... es que, aunque sin duda puede causar dolor en la otra parte, no consigue curar las heridas que uno siente. Así que al final todos acaban siendo desgraciados”.

Peter May, The Blackhouse

Se encontraba mareado y somnoliento. Su tacto parecía limitado, como cuando estaba en el interior del retrato, solo que las sensaciones que le devolvía su cuerpo eran muy nítidas, y eso solo ocurría cuando estaba fuera de él.

Forzó sus sentidos a concentrarse en lo que lo rodeaba antes de abrir los ojos, tal y como aprendió cuando formó parte de los Casacas Rojas. Necesitaba información de la situación antes de revelar al enemigo que estaba despierto.

Los terremotos no duraban tanto tiempo, por lo que el constante traqueteo al que estaba siendo sometido debía tener otra explicación. Y no era solo el hecho de que su cuerpo parecía dar sacudidas por sí mismo sin que pudiera detenerlas. Se movían. Debía estar en el interior de alguna especie de vehículo mucho más grande y menos confortable que el que usaba Gene.

Estaba recostado de espaldas sobre alguna clase de tela gruesa y arrugada. No sentía frío, aunque no podía detener los temblores. El aire tenía un ligero olor a metálico y a combustible, como en la estación de servicio donde habían parado de camino a la cabaña. No oía voces, pero sí un golpe contra el metal, enfrente, a poca distancia.

Ni su oído, ni su olfato le devolvían más información, por lo que era

el momento de usar la vista. Abrió un párpado, despacio o al menos creía haberlo hecho porque seguía sin ver absolutamente nada. Abrió ambos de par en par. Nada. Todo estaba oscuro. Alzó una mano y se la llevó a la cara. Tenía que asegurarse. Sí. Tenía ambos ojos abiertos.

Maldición. Oscuridad. Pura, cruda y absoluta oscuridad.

Dio un respingo y acabó sentado en una esquina, la espalda contra la pared, sacudiéndose como si le estuvieran suministrando descargas eléctricas de bajo voltaje.

El corazón se le disparó en el pecho, lo cual no contribuyó a aliviar los temblores. Apretó los dientes, cerró los ojos y se obligó a respirar hondo antes de volver a abrirlos y contar despacio. Su vista se aclararía y podría distinguir bultos, sombras, algo. No fue así.

De repente, volvía a ser aquel niño asustado, acurrucado en el interior del escobero donde lo encerraba el ama de llaves si se portaba mal. El sudor empapó sus palmas y el pulso se aceleró. Se encogió sobre sí mismo, con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor, manteniendo precariamente el equilibrio entre tanto traqueteo.

El vehículo saltó, despegando sus nalgas del suelo de lona donde se apoyaba, haciendo que su cabeza golpeará dolorosamente contra el techo del habitáculo, aunque él ni siquiera lo notó.

Trataba de repetirse el condenado mantra de su padre, algo sobre los hombres de verdad y el miedo y que era un adulto y que los muertos no se levantaban de sus tumbas en la oscuridad y... pero nada surtía efecto.

Escuchó su nombre, pronunciado por la voz de una mujer. No la reconoció, no podía centrarse en los matices de su tono lo bastante como para pensar en quién era ella. Solo quería que alguien abriera la puerta del escobero. Salir de allí antes de que los gélidos dedos lo alcanzaran. Los susurros velados imponiéndose a cualquier otro sonido a su alrededor.

Gene había intentado despertar al hombre en varias ocasiones antes de darse finalmente por vencida. La droga, el sedante o lo que demonios le hubieran inyectado iba a tardar un buen rato en perder efecto. Y ella no pensaba quedarse quieta entretanto.

El interior del furgón estaba completamente a oscuras. Si ese malnacido no le hubiera arrebatado el teléfono, al menos, podría haber

empleado la linterna del aparato para ver algo. Eso no iba a detenerla.

Se aseguró de dejar a Erik acomodado sobre la loneta arrugada que cubría una esquina del maletero. Luego usó su tacto para palpar cada centímetro cuadrado que tenía a su alcance.

Cuando la arrojaron allí dentro no había tenido mucho tiempo para fijarse y memorizar su nuevo entorno antes de que cerraran las puertas. Había estado demasiado pendiente de Erik. Asegurarse de que llegaba a él y podía palpar su cuello, sentir el pulso y la respiración. Seguía dormido, ileso. Gracias al cielo.

Así que ahora tenía que buscar un arma o una forma de abrir esas puertas con solo su sentido del tacto. Genial. Ella siempre había odiado esa clase de juegos cuando los veía en televisión. Esos en que obligaban al invitado famoso de turno a meter la mano en una caja sellada y averiguar qué escondía dentro. Normalmente eran cosas inocuas, como calcetines, piedras, un trozo de paño. Pero otras, allí dentro, insectos, asquerosas montañas de insectos trepando unos sobre otros y agitándose en pulsaciones por todas partes.

Vale. Tenía que alejar esa imagen de su cabeza antes de empezar a gritar. No había modo de que allí dentro hubieran arrojado una caja entera de cucarachas, así que no era para que se pusiera histérica ni nada por el estilo. Sacudiéndose el escalofrío de la espalda, comenzó a palpar y arrastrarse de rodillas por todo el espacio.

Aparte de la loneta sobre la que Erik yacía, había un bidón de plástico lleno de gasolina que reconoció por el olor. Una caja metálica que contenía herramientas de algún tipo. Una parecía un destornillador, el resto, bueno, ella no era mecánica, no tenía ni la menor idea de lo que eran.

No encontró nada más, pero pensó que quizá pudieran servirle para hacer saltar la cerradura. Aunque saltar rodando del furgón y tratar de escapar a pie desde solo Dios sabía dónde no sonaba a plan brillante.

Por otro lado, armarse con ellas y con el bidón y tratar de herir a sus captores que estaban armados hasta los dientes... no, eso no sonaba mejor ni por asomo.

No sabía qué tan lejos iban a llevarlos. Stone tenía una casa a las afueras de Londres, eso podría llevarles unas seis horas. Si era así, se verían obligados a parar en algún momento, ¿no? Bueno, tal vez ellos pudieran aguantar sus vejigas seis horas, pero ella no, de ningún modo.

Vale, tampoco quería pensar en eso ahora.

Al menos, probaría si podía forzar la cerradura del furgón. En algún momento, ese conocimiento podría resultarle útil.

Pasó la media hora siguiente probando todo lo que encontró en la caja contra la maldita y condenada puerta. Cuando se dio por vencida, todo lo que le quedó fue golpearla para descargar parte de su frustración. Y así hizo hasta que un contundente sonido en la parte de atrás llamó su atención.

—¿Erik?

Nada. Ni un murmullo.

Soltó lo que fuera que tenía entre las manos y gateó hacia la loneta con un brazo extendido, buscando las piernas estiradas del hombre, que no estaban donde las había dejado un rato antes.

—Erik. —Volvió a llamarlo, sin resultado.

Siguió moviéndose hasta que sus manos encontraron la punta de su zapatilla. Palpó ascendiendo por su pierna, sin dejar de llamarlo y cada vez más preocupada por su silencio. Cuando sus manos se rozaron, él la apartó con un rápido movimiento de su brazo y soltó un quejido lastimero que la dejó sin resuello.

—Erik, tranquilo —dijo usando su voz más suave—, soy yo, soy Gene. Deja que...

La volvió a rechazar.

Dado lo cerca que estaba del fondo del maletero, Gene se imaginó que el hombre debía estar acurrucado contra la esquina. El porqué ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Volvió a intentarlo, esta vez solo con su voz, al menos hasta asegurarse de que él la reconocía.

—No voy a tocarlo. Solo escucha mi voz, ¿vale? —Silencio—. Erik, necesito que digas algo, al menos para saber que me estás escuchando. ¿Puedes...?

—¿Geney?

La voz del hombre sonaba ronca y baja, como si tuviera los dientes apretados y estuviera haciendo un gran esfuerzo por pronunciar cada sílaba.

—Sí. Soy yo. Aquí no hay nadie más. Nos han encerrado en el maletero de un furgón. ¿Recuerdas? Esos coches grandes y largos que vimos la otra mañana.

Esperó un instante, por si él necesitaba un minuto o dos para acordarse de cómo eran o, simplemente, para traer a la memoria cómo debía juntar las palabras para formar alguna clase de oración. Cuando siguió sin obtener respuesta, tuvo que insistir. Los sedantes no causaban afasia, ¿no?

Correcto.

—Erik, ahora voy a acercar mi mano y voy a tocarte, pero solo si tú me dejas hacerlo. —Le dio un momento y luego siguió—. ¿Puedo tocarte?

—Sí.

El sonido le vino amortiguado, pero lo entendió. Se arrastró sobre las rodillas hasta una distancia que esperó fuera lo bastante cerca y luego alargó el brazo, despacio, hasta que sus dedos rozaron la piel del hombre. Erik dio un respingo, pero esta vez no la apartó.

Cerró la mano alrededor de su muñeca y le acarició con el dedo pulgar mientras se pegaba más a él e intentaba usar la diestra para abrazarlo. Temblaba con fuertes sacudidas.

—No puedo parar —masculló él con un gemido antes de dejar que ella le envolviera por completo y lo atrajera hacia sí.

—Tranquilo. Debe ser por el sedante. Se te pasará en un rato si te calmas. Solo es el frío después de la anestesia.

Gene recordaba la única vez que había estado en un quirófano. Una operación rápida y sencilla, aunque requería usar anestesia general. No estaba asustada. De algún modo, a ella esas cosas nunca le habían dado miedo. Entró en el quirófano por su propio pie, bromeando con el cirujano y los enfermeros. Se recostó y dejó que le llenaran la cabeza con bucólicas escenas paisajistas antes de que la inyección con el sedante hiciera su trabajo.

Le había molestado horrores que la despertaran. Estaba calentita y cómoda bajo un montón de mantas en un mullido colchón, y era de noche. Quería dormir. Pero el médico no la dejaba. Y esos molestos temblores hacían que se sacudiera bajo las sábanas a pesar de que no sentía frío.

Luego supo que el frío estaba en su interior. Una jeringuilla en su hombro y un segundo después los temblores se habían ido. Un viajecito a planta traqueteando por los pasillos y los ascensores, negándose a abrir los ojos, y minutos después tenía a Sara encima de ella, con los ojos llorosos y necesitada de palabras de consuelo.

No pegó ojo en toda la noche.

Para ser enfermera, su amiga era demasiado emotiva con esa clase de cosas.

Ahora recordaba los temblores. Si lo que le habían suministrado a Erik era similar a la anestesia de la operación que usaron con ella, acabarían pasándose y él podría relajarse entre sus brazos. O eso esperaba.

De todos modos, parecía tan alterado que calmarlo le pareció más

importante que asegurarse de no estar equivocada.

La voz, la voz dulce y femenina seguía insistiendo, abriéndose paso poco a poco hacia su abotagado cerebro. Le recordó a Gilliam y a su madre. La sensación cuando la escuchaba era igual que con ellas. Entonces lo supo. Geney, tenía que ser Geney. Los habían capturado en la cabaña. Sintió alivio cuando ella se lo confirmó.

Quería tocarlo. Mierda. Podía sentir las frías manos cerca de él, queriendo atraparlo, los susurros eran muy fuertes un momento antes, pero la voz de ella parecía alejarlos. Si la dejaba acercarse lo bastante es posible que las manos de los muertos se apartaran.

Le dio su consentimiento y enseguida un contacto cálido y seguro se deslizó por su muñeca y lo acarició y un momento después ella lo tenía abrazado contra su pecho. La barbilla apoyada en su cabeza y los brazos envolviéndolo. Las otras se apartaron, pero no por eso dejó de sentir las cerca, al acecho, esperando a que estuviera solo de nuevo para abalanzarse sobre él.

Si tan solo pudiera controlarse. Una pizca de luz, por tenue que fuera, eso ayudaría. La droga que le habían suministrado lo empeoraba todo, lo hacía sentir débil, temblaba y el corazón estaba a punto de saltar por su boca e irse a la otra punta del mundo por sus propios medios.

—¿Estás bien? Aparte de los temblores.

Maldijo entre dientes. Eso tendría que preguntárselo él a ella. Él era quién debía cuidarla y no al revés.

—Está muy oscuro.

Vaya. Eso sí que había sonado de lo más varonil. Se reprendió a sí mismo. Gene también debía de estar asustada. Era obvio que esos hombres los habían secuestrado y ahora irían camino a ver a Stone. Debía recuperarse, dejar atrás su absurdo temor y consolarla, hacer que ella se sintiera bien. Solo que no pudo moverse ni un milímetro.

—Lo sé. Espera. —La sintió moverse sobre él, juntando las manos y...—. ¿Por qué no habré caído antes?

De su muñeca, como si por fin uno de sus deseos se hubiera hecho realidad, surgió una diminuta luz azulada. Era tan minúscula que apenas daba para iluminar la muñeca de la mujer, pero a Erik le proporcionó un punto al cual podía sujetarse y recuperar parte de la compostura.

—Gracias.

—Ni te molestes. No se puede ver nada útil con esto. Pensé que sería más intensa con toda esta negrura.

—¿Puedes dejarlo encendido?

Gene pareció sorprenderse, pero no lo apagó. Manipuló la cosa, lo que fuera, y luego volvió a centrarse en abrazarlo. Como si al pegarlo a ella pudiera detener los temblores que lo recorrían por todo el cuerpo.

—Encontré unas herramientas mientras estabas inconsciente. Pensé que podría forzar la puerta con ellas, pero no hay manera. Aunque tampoco creo que eso fuera de utilidad. Al menos tienen órdenes de mantenernos con vida.

Soltó una áspera carcajada. Como si eso sirviera de mucho.

—¿Tienes frío? Podría usar la tela para...

—Gene.

—Estoy aquí.

—Lo siento.

—¿Qué?

—Siento haberte metido en esto. Siento que —La voz del hombre sonaba entrecortada por los continuos temblores— por mi causa te hayan hecho daño, que estuvieran a punto de quemar tu hogar. Siento que tus padres murieran por culpa de mi maldición...

—Eh. Espera un poco. ¿No hemos tenido ya esta conversación? No quiero que te disculpes. No te hago responsable de nada de eso. Y tú no deberías hacerlo tampoco. No eres responsable de lo que Stone haya decidido hacer con el cuadro, podía haberse limitado a olvidarse de él. Y lo de mis padres fue un accidente. El conductor del camión se quedó dormido al volante y mi padre no lo vio venir. Eso es todo. No tuviste nada que ver en eso.

Erik se incorporó hasta quedar sentado en el suelo junto a ella. Los temblores cesando poco a poco, y la pequeña esfera brillante en la muñeca de Gene manteniendo alejados mágicamente a los muertos. No se habían ido. Solo estaban allí esperando, agazapados, hasta que la luz se apagara, y entonces volverían a saltar sobre él.

Pensó en las ratas de la prisión en que Stone lo tuvo preso antes de meterlo en el retrato. Aquella vez se planteó dejarse caer y permitir que ellas lo devoraran para acabar con todo. Miró la esfera. Si dejaba que Gene la apagara y se quedaba muy quieto, serían los muertos los que pondrían fin a

todo.

Sacudió la cabeza. Ese pensamiento no tenía ninguna base científica. Él sabía que allí no estaban más que ellos dos. No iba a morir y nada lo atraparía si se quedaban sin luz de nuevo. Solo que sus gélidos alientos seguían rozándole la coronilla, aunque no existieran.

—No quiero perderte —dijo Gene al cabo de un rato.

—Criatura. —Él tampoco quería dejarla.

—¿Todavía soy dueña del retrato?

—¿Por qué lo preguntas?

—Si deseo que nos lleves ahora a su interior, Stone jamás podrá tenerte porque no hay manera en que yo vuelva a dejarnos salir de ahí para dárselo a él.

—No hablas en serio —soltó Erik alarmado—. Lo destruirá y quedaremos atrapados en su interior para siempre.

—Juntos. Y no podrá hacernos más daño.

—No. No voy a permitir que hagas eso.

—Toda mi familia ha muerto, Erik, no voy a renunciar a ti también. No quiero hacerlo.

—Tu familia... Geney... Sam, Dave, Claire, Betty, Celaya —El nombre se le atragantó— y esa amiga tuya, la del teléfono. Ellos son tu familia. ¿Estás dispuesta a dejarlos? ¿A hacer que te extrañen? ¿Crees que ellos serán felices si saben que estás atrapada ahí dentro conmigo? Por toda la eternidad, Geney. Eso es mucho tiempo.

La mujer se mordió los labios. Aunque él no podía verlo, las emociones y sensaciones que flotaban de ella hacia él le decían todo lo que necesitaba saber. No requería ver para saber lo que bullía por su mente.

—No quiero perderte —repitió ella con la voz emocionada.

Erik se adelantó y la atrapó, dejando que se acurrucara sobre su pecho y se desahogara. La luz desapareció tras la nuca de él, pero no le importó. En ese momento, toda su atención estaba puesta sobre ella.

El porqué Dios permitía que una criatura tan pura y maravillosa se hubiera enamorado de un ser cómo él era algo que escapaba por completo a su entendimiento. Le partía el alma verla sufrir de aquella manera, debatiéndose entre perderlo a él o al resto de sus amigos, quedando atrapada en el retrato. No anhelaba ninguno de los dos destinos. No importaba porque sería él quien tomaría la decisión final por ella. Era lo mejor.

En la cabaña, mientras le contaba una a una todas sus fechorías,

esperaba que ella volviera a tenerle miedo, que lo odiara, causarle asco, desprecio. Lo que fuera. Pero no logró nada de eso. Ni el trato a su madrastra, ni cómo se había comportado con todas aquellas prostitutas, ni el modo en que él y sus hermanos jugaron con las damas en Dark Garden. Nada parecía escandalizarla. En todo caso, parecía que todas esas historias la unían más a él.

Así que le habló de Justine. Le contó las humillaciones y vejaciones a las que había sido sometido con la esperanza de repugnarle y que no quisiera volver a tocarlo.

Y su mente había respondido con una sarta de impropiedades más propios de una pandilla de marineros borrachos que de una señorita bien educada. Quería matarla, arrancarle la piel a tiras y hacerle tragar sus propias tripas.

No iba a insistir. Gene era incapaz de ver la maldad en él, toda la ponzoña que fluía por sus venas y le hacía un ser despreciable que no merecía que un ángel como ella lo amara. Porque solo un ángel sería capaz de seguir amando a alguien tan vil como él.

Se ocuparía de Stone. Llegado el momento él sentaría las bases y haría cuanto fuera necesario para que saliera sana y salva de esta pesadilla. Daba igual si ella lo quería así o no. No le daría elección. Debía protegerla incluso de sí misma. Hasta entonces... que pensara lo que quisiera, por suerte ella no podía leerle la mente a él.

—¿Quieres oír algo gracioso? —Ella asintió contra su pecho—. Me aterra la oscuridad desde que era un niño. Siempre le he tenido un miedo atroz.

Ella se separó de inmediato de él e interpuso la luz brillante de su muñeca entre ambos. Forcejeó con ella un instante y se la tendió.

—No lo sabía. Es decir, dijiste que de niño, pero no pensé... ah... bueno, puedes quedártelo si te hace sentir mejor. ¡Ay! No. No debí decir eso, ¿verdad? No quería que tú... bueno, es que yo no...

Erik comenzó a reírse. Soltó una carcajada larga y profunda y luego ya no pudo parar. Los ojos se le humedecieron y su cuerpo se sacudía tratando de contenerse. Gene lo acompañó un poco después y finalmente cayó de nuevo contra su torso, manteniendo, esta vez, el reloj de pulsera frente a ellos, a la vista.

—Bueno, te dije que era algo gracioso —dijo él secándose las lágrimas del rostro.

—A mí me aterran los bichos. Todos. Una vez se coló una araña enorme en casa. Pasé dos noches enteras sin poder dormir hasta que Sara la encontró y se ocupó de sacarla fuera. Son asquerosas. Creo que es porque una vez, cuando era muy pequeña, tropecé en un nido de hormigas y se me subieron encima y me picaban y no podía quitármelas. Desde entonces siempre que pienso en que algo escale por mi cuerpo... Brrrrrrr.

—Me quedé encerrado a oscuras en un mausoleo cuando tenía tres años. No lo recuerdo, pero se lo oí decir a una de las cocineras. Fue en el funeral de mi abuelo. El padre de mi madre. Tardaron varias horas en encontrarme. Y creo que no tenía muy buena pinta cuando lo hicieron. Era invierno y el sitio estaba helado, los ataúdes abiertos, no debió ser divertido.

—Por favor, dime que estaban vacíos.

—Ojalá pudiera. —Se encogió de hombros y un escalofrío le recorrió el cuerpo, lo cual hizo que Gene se pegara más a él—. Bueno, parece que los dos le tenemos miedo a algo. ¿En qué lugar nos deja eso?

—Supongo que estamos hechos el uno para el otro. Yo me encargo de que nunca falten bombillas en casa y tú de matar cualquier cosa diminuta que se cuele dentro.

—Debes de pensar que soy un jodido cobarde —dijo él al cabo de unos minutos. Renegando para sus adentros.

—¿Por qué dices eso?

—Por temerle a la oscuridad. Eso es cosa de niños, no de hombres.

—De verdad, Erik. Si entra un saltamontes en casa, te juro que voy a gritar. Y los dos sabemos que podría darle un pisotón en cualquier momento y que no va a comerme. ¿Me hace eso a mí una cobarde?

—Tú eres la persona más valiente que conozco, Geney.

—Yo no pienso que seas un cobarde. Creo que eres increíble. Cualquier otra persona habría perdido la cabeza si tuviera que repetir el mismo día una y otra vez. Y tú estás aquí y estás bien, y has soportado esa tortura durante todos estos siglos. Es imposible que te consideres un cobarde. A mí me pareces una persona muy especial.

Erik no supo qué contestar. Seguía pensando que tener miedo de la oscuridad lo alejaba mucho de la definición de hombre que quería inculcarle su padre, pero, por otro lado, gracias a Gene, había empezado a considerar que su padre, en el fondo, había tenido miedo toda su vida. Miedo por perder a su esposa, miedo por no saber cómo criar a un hijo solo, miedo por ver su trabajo destrozado. Tal vez Gene tuviera razón sobre él.

—¿Qué te decía tu madre cuando eras pequeño y estaba oscuro?

—Ella decía que, mientras estuviera conmigo, nada en la oscuridad podría dañarme.

—Y entonces, ¿por qué le sigues teniendo miedo? —dijo ella con la voz suave y comprensiva mientras recorría su piel con los dedos.

—Porque ella no está, Gene. Se fue hace mucho. Ella me abandonó. Solo tenía cinco años y me abandonó. Los niños malos no tienen derecho a tener una madre que los quiera.

—Tú no eres malo.

—Sí, lo soy. Si no, ¿por qué ella no vino a buscarme nunca? Ni en mis sueños. No volví a verla después de morir. Nunca.

—No te das cuenta. Que no puedas ver u oír algo no significa que no exista. Ella siempre ha estado a tu lado, aunque tu vida haya sido dura, ella siempre te ha protegido. No has perdido la razón, sigues vivo y a salvo.

—Prisionero.

—Sé que no lo crees, pero mientras hay vida, hay esperanza, y estoy segura de que hay un modo de acabar con esto, de que seas libre. Solo que no tenías a la persona adecuada para ello. Y estoy convencida de que te ha traído hasta mí, te ha protegido hasta ahora para que tú y yo nos encontremos y podamos acabar con esto.

—Tienes tanta fe. Ojalá yo también pudiera pensar así.

El hombre le acarició la mejilla mientras ella se movió para abrochar la fina pulsera de su reloj en la ancha muñeca de él. No podía darle fe, pero al menos, tendría algo que iluminaría sus días, algo para recordarla.

—Eso no era necesario.

—Quiero que te lo quedes. No es muy varonil, pero así tendrás algo mío por si... —No pudo acabar la frase, pero no hacía falta que dijera nada más. Erik sabía lo que de verdad la atemorizaba.

En el silencio que se instaló entre ellos, lo único de lo que Gene fue consciente es del momento en el que abandonaron los caminos de tierra para alcanzar el suave y rígido asfalto. El furgón dejó de traquetear, manteniéndose firme, y el ensordecedor sonido de las ruedas machacando piedra y tierra dejó de envolverlos para convertirse en un ligero zumbido.

Una hora. Llevaban casi una hora allí atrapados sin saber a dónde los llevaban, ni qué era lo que Stone les tenía preparado para cuando alcanzaran su destino.

—Ahora entiendo al fin a mi padre. —Gene movió la cabeza sobre su

pecho, indicándole que lo escuchaba—. Nunca fue un hombre especialmente cariñoso, solo con mi madre. Cuando ella entraba en la habitación, a él se le iluminaban los ojos. Hacía mucho que no recordaba eso.

—La quería.

—Sí. Creo que sí. La amaba muchísimo. Cuando ella enfermó, debía de saber que moriría y se asustó. Tenía miedo de perderla. Creo que no sabía cómo seguir adelante sin ella. Por eso se comportó de ese modo. Se aisló, se encerró en sí mismo, buscó una mujer de la que no podía enamorarse, imagino que por la presión social de entonces. Ocurrió lo mismo cuando Gilliam nació. Desde el primer momento supimos que no viviría mucho. De hecho, superó las expectativas iniciales. Mi padre nunca fue a verla. No pasó ni un solo instante con ella. Ni tampoco al final. No podía enfrentarse a ello porque la quería.

—¿No has pensado que tal vez por eso no quería que fueras a la guerra?

—Dijo que si lo hacía, me desheredaría. Me avisaron poco antes de que muriera. Fui a verlo, quería... quería hacerle daño, igual que él me lo había hecho a mí durante tantos años. Me había dejado el negocio y la casa a mí. Mintió.

—Te quería entonces.

—No lo entendí. No sabía por qué de repente el hombre que llevaba décadas ignorándome, del que nunca recibí la más mínima palabra de cariño o reconocimiento, de repente estaba ahí sonriéndome como si fuera lo máspreciado que tenía. —A Gene se le encogió el pecho al oírlo hablar así de su padre—. Y lo único que yo deseaba era hacerle pagar por todo. Fui muy duro con él. Juré que destrozaría la empresa que tanto le había costado levantar. Le dije lo mucho que Rowena odiaba Dark Garden y... Gilliam... fui cruel justo antes de que él muriera.

—Los dos cometisteis errores. No puedes culparte eternamente por eso. Él te quería. No supo demostrártelo y tú simplemente actuaste en consecuencia. No estuvo bien. Ahora lo sabes. Pero tienes una segunda oportunidad para ser mejor que él, para hacer mejor las cosas.

Erik cerró los ojos con una expresión de dolor que ella no pudo ver. Podría haber tenido una segunda oportunidad si las cosas fueran distintas, si lo hubiera comprendido antes de que la maldición recayera sobre él. Ahora ya no le quedaba tiempo. Pronto llegarían con Stone y entonces él se encargaría de destruir el retrato y liberar a Gene. Esa sería su forma de compensar tantas

malas elecciones y todo el daño causado en su larga y extensa existencia. Lo único que podría hacer.

Se moría de ganas de decirle que el motivo por el cual por fin logró comprender a su progenitor era porque él, ahora, por fin sabía lo que era amar a alguien y temer perderla. No haría eso. No se lo pondría más difícil a ella.

Nunca le había dicho que la quería y jamás lo haría. Aquel sería un secreto que se llevaría a la tumba, pues confiaba en que Sam jamás se lo revelara a ella. Por el bien de Gene, nunca lo sabría.

—Quiero besarte.

—Gene... no.

Erik sabía que un beso no iba a bastarle, ella quería más. Quería sentirlo dentro por última vez, aunque no se atrevía a decirlo, en el fondo sabía que aquellas eran sin duda sus últimas horas juntos. Y ella no quería dejarlo marchar.

Él tampoco lo deseaba. Habría dado cualquier cosa por poder permanecer a su lado el resto de sus días, pero mantenerla a salvo era ahora su prioridad. Si la besaba, si dejaba que ella lo arrastrara a donde realmente quería tenerlo en ese momento, no iba a poder detenerse, no podría dejarla ir. Y eso no iba a permitirlo.

—¿Por qué? Solo quiero un beso.

—No es el beso lo que me preocupa. Y debemos estar alerta por si esta cosa se detiene. No sabemos qué vamos a encontrar después.

—Es solo un beso. Tú y yo no... bueno. Tuvimos nuestra primera pelea seria y no hemos hecho las paces debidamente.

Erik elevó la comisura del labio. El modo en que Gene quería hacer las paces no incluía un apretón de manos o firmar un tratado de paz precisamente. La besó en la coronilla y luego se recostó con ella aún sujeta contra su torso sobre la arrugada loneta.

—Por qué no intentas dormir un poco. Puede que este sea un viaje largo. Debemos recuperar fuerzas.

La pierna de la mujer, pasando por encima de sus muslos, permitiendo que su abdomen se apretara contra su cadera, le dijo que ella no estaba dispuesta a ceder. Su nariz haciéndole cosquillas en el cuello y sus labios rodando en busca de su clavícula, por encima del polo que llevaba puesto, remarcaron este punto.

—¿De verdad estás dispuesta a arriesgarte a que nos pillen con los pantalones bajados? —dijo él para contenerla.

Gene resopló de pura frustración y apartó la pierna y también su deliciosa nariz de él. Cosa que lamentó. Pero uno de los dos debía mantener el control allí dentro.

—Puedes solo abrazarme y...

Vale, no iba a insistir en lo del beso, es solo que necesitaba sentirlo con ella. No quería admitirlo, pero lo cierto es que estaba aterrada y odiaba sentirse así.

Erik apretó su abrazo y encontró su barbilla con los dedos. Alzándole la cara hacia él, se inclinó y dejó que sus labios se encontraran.

Era como tirarse al vacío sin red. Estaba seguro de que acabaría estrellándose contra el suelo y ahí abajo no sería todo plano y alfombrado, más bien lleno de rocas afiladas, aristas cortantes y todo eso. Y aun así dejó que su boca encontrara la de ella y sus lenguas se acariciaran haciendo el recorrido dentro y fuera mientras Gene gemía y su miembro se endurecía bajo los gruesos pantalones vaqueros.

Permanecieron así un largo rato, abrazados, unidos por sus labios, incapaces de separarse. Las lágrimas de Gene floreciendo y rodando por las mejillas, mezclándose con la saliva de ambos cuando se colaban por la comisura de sus labios.

Paladear su tristeza hizo que se le encogiera el estómago y una furia ciega llameara en su pecho. Quería destrozar, desgarrar algo, lo que fuera; hacerse daño a sí mismo por abocarlos a ambos a esa situación; volver al pasado y salvar a Azalea de las garras de su hermano; huir de su padre y su madrastra, vivir en las calles, cualquier cosa con tal de poder evitar el destino que se les venía encima. Pero el poder del retrato no permitía retroceder tanto y Dios hacía mucho tiempo que había dejado de escuchar sus plegarias.

Morir o quedar atrapado por siempre. No dudaba que una de esas dos opciones sería la elegida por Stone. Rezaba por la segunda, porque Gene jamás le entregaría el retrato y odiaba pensar que pudieran obligarla a matarlo ella misma. Eso la destrozaría. En cualquier caso, él iba a estar preparado para arrojar el condenado marco al fuego si era necesario. Siempre tendría una foto y el reloj que le acababa de dar para recordarla. Y, aunque no fuera así, nada en el mundo sería capaz de hacerle olvidarla.

Ella, por otro lado, no tendría nada con que recordarlo. Mejor así.

Separarse de sus labios fue lo más duro que hubiera hecho en sus largos años de vida. El dolor en su entrepierna, recordándole lo bien que se estaba dentro de ella y el de su pecho alertándole de que era hora de parar.

Gene se resistió un poco, y luego dejó caer la cabeza sobre su hombro, el que había resultado herido hacía un par de noches y que, gracias a su corto viaje al retrato para demostrar a Cox que no mentía, estaba prácticamente curado. Parecían años.

—Nunca me has contado qué pasó con tus hermanos.

Erik detuvo la mano con que había estado haciendo círculos en la base de su espalda al oírla hablar. Esperaba que el llanto la dejara exhausta y su contacto la calmara hasta que cayera rendida, pero lo cierto es que ninguno de los dos fue capaz de conciliar el sueño ni un solo segundo. Permanecieron abrazados, dándose mutuo consuelo, cada uno perdido en sus propios pensamientos durante mucho rato.

—Murieron.

—Cuéntame qué sucedió.

—De verdad no quieres oír eso, Geney.

Ah, no. Sí que quería. Solo que, al parecer, había decidido que no iba a volver a discutir con él en el poco tiempo que les quedaba.

—Había una gran chimenea coronando la sala de baile —empezó él al cabo de unos minutos—. Cuando Stone descubrió el cadáver de su hija, la ira le arrebató la cordura e hizo que arrojaran a ambos a las llamas.

—Tú... —Gene se estremeció entre sus brazos antes de poder seguir hablando—... ¿Tú lo viste?

—Me obligó a mirar. Sí.

—¿Cada noche? —inquirió con un agudo sofoco.

—Sí.

Genevieve no podía imaginar lo crudo que debía ser revivir un día y otro el momento exacto en que tu vida se había ido a la mierda sin poder hacer nada por impedirlo. Si le añadía el horror de ver morir a alguien a quien querías de un modo tan espantoso, sencillamente su mente era incapaz de abarcar semejante crueldad.

—No lo entiendo —dijo poco después.

—¿El qué?

—Aaron mató a Azalea, y tú insistes en que lo dejaste hacerlo. ¿Qué hizo Bernard?

Erik abrió la boca para contestar, pero no fue capaz. No era capaz de recordarlo a pesar de que había revivido aquella noche día tras día durante los últimos trescientos años. Lo último que recordaba era que Bernard estaba disfrutando de la compañía de las damas al otro lado de la sala. Lo perdió de

vista, centrado en la mujer que tenía entre las piernas y luego se abrió la puerta y ella entró y... No. Bernard no formaba parte de ninguno de esos recuerdos.

—¿Él también participó en su muerte?

—No. Yo... no lo creo. Es extraño, no puedo recordar lo que él estaba haciendo cuando Azalea llegó.

—Y entonces... ¿por qué a ellos los mató de un modo tan... y a ti te encerró en el cuadro? No lo comprendo.

Una daga helada le atravesó el pecho. Una fría sensación, como si hubiera olvidado algo importante, algo vital. Como cuando te das cuenta de que has dejado a tu bebé dormido en casa y la llave puesta en el interior o cuando temes que el fuego se haya quedado encendido sin nadie en casa para vigilarlo. Solo que, en su caso, no conocía el motivo de su malestar.

—No lo sé —se limitó a exhalar.

Gene iba a añadir algo más, pero en ese momento el furgón se detuvo con una sacudida y las puertas se abrieron, cegándolos mientras unas manos fuertes y rudas los sacaban de allí a la fuerza.

Instalar la aplicación de seguimiento en el móvil de Sam no supuso ningún problema. A pesar de que hacía años que no empleaba el dispositivo, sería imposible para Celaya olvidar la clave de rastreo. Tal y como Sam adivinó sin mucho esfuerzo, los números se correspondían con el cumpleaños de Genevieve.

El relojito de arena giró durante lo que a Celaya le parecieron varios siglos antes de conectar con Google Maps y mostrar el lugar exacto donde se hallaba el dispositivo. Lograron registrar las coordenadas exactas justo antes de que una nueva actualización de las mismas les indicara que estaba fuera de rango. Celaya soltó un buen número de tacos en español mientras se controlaba para no golpear algo, lo que fuera, y descargar su ira.

Sam permanecía recostado sobre el capó del Range Rover con el aparato en la mano, sin perder la calma.

Se encontraban a un lado de la carretera, en la cuneta, contemplando como una gran concurrencia se arremolinaba en torno al árbol caído. El médico apartó el coche a un lado cuando la zona empezó a llenarse de viajeros y curiosos. El Mustang había quedado del otro lado, también en un lado del arcén, retirado del árbol para que no saliera perjudicado si trataban de moverlo. No mucho más tarde, un equipo técnico especializado estudiaba el terreno haciendo cálculos y mediciones para deshacerse del enorme obstáculo.

—Es hora de llamar a Dave —anunció Sam pulsando varios iconos sobre la pantalla y llevándose el teléfono a la oreja.

El mayor problema era adivinar hacia dónde se dirigían y encontrar el modo de interceptarlos. La única carretera que subía hasta la cabaña también terminaba ahí. El asfalto solo corría en un sentido, y era de vuelta a donde ellos se encontraban.

Ni los todoterrenos ni, desde luego, el furgón tenían alas con que saltar el tronco que cortaba la carretera, así que obviamente debía haber otra ruta. Eran demasiado profesionales para cometer el error de encerrarse a sí

mismos en mitad de la montaña. Google no tenía todas las respuestas, pero los viejos mapas topográficos de Dave...

Cox tenía varios planos antiguos en la comisaría y creía recordar algo sobre un antiguo camino de tierra que atravesaba la montaña y conectaba con una carretera secundaria al oeste. Colgó poco después de recibir las descorazonadoras noticias, prometiendo que los llamaría en pocos minutos.

Celaya contaba diez y empezaba a perder la paciencia. Quedarse allí sentados esperando lo estaba sacando de quicio. Paseaba arriba y abajo por el embarrado arcén con las manos apoyadas en las caderas para evitar que le temblaran.

Quienes se habían desplazado hasta allí lo miraban con una mezcla de curiosidad y recelo. Parecía que hubiera estado revolcándose en el barro y el desgarrón en el costado de su camisa empeoraba la imagen que daba.

Moviéndose de aquel modo, Sam pensó que parecía una fiera enjaulada. Era un hombre grande, no tanto como Erik, pero estaba claro que se mantenía en forma. Los músculos de sus hombros y espalda se contraían marcándose por debajo de la camisa. Los bíceps no quedaban atrás, parecían dispuestos a desgarrar la tela en cualquier momento y, aunque estaba empapado en sudor después de la carrera, no iba a desmoronarse por el esfuerzo. El médico estuvo convencido de que Celaya sería capaz de repetir el recorrido sin sufrir un desmayo por cansancio.

La melodía de campanillas rompió el silencio y detuvo el deambular del español, que permaneció rígido con la vista fija en el aparato.

—¿Qué has averiguado, Dave?

—Tal y como recordaba, hay un camino de tierra que cruza al otro lado, conecta con la B5056 entre el camping de caravanas y Goodeaves Farm. Es el único modo de bajar de ahí. Si se dirigen a la A515 podéis alcanzarlos o al menos usar el dispositivo para encontrarlos.

Mientras Dave seguía hablando, Sam ya había introducido los datos necesarios en el GPS del vehículo y Celaya estaba terminando de abrocharse el cinturón.

—Vamos de camino.

—No os acerquéis demasiado, no sabemos qué pretenden y si lo que dice José es cierto, están fuertemente armados y son muy peligrosos. Averiguad dónde se detienen y dejad que yo me ocupe del resto.

—¿Qué piensas hacer?

—Reunir a la caballería. No os acerquéis y llamadme en cuanto los

tengáis.

—Bien. Ahora tengo que colgar.

—Tened cuidado.

Sam le tendió el móvil a Celaya y le indicó que conectara de nuevo la aplicación para localizar el llavero. Rezaba porque el español hubiera sujetado bien esa cosa al vehículo, con el movimiento que iba a sufrir rodando entre piedras es posible que acabaran encontrándolo tirado en mitad de la montaña.

Una pena que el Mustang no estuviera hecho para caminos no asfaltados, les habría ahorrado mucho tiempo.

Arrancó el poderoso motor del Range Rover y dio la vuelta para llegar hasta la salida a la A515. Pisó el acelerador al máximo que era capaz de controlar y siguió la señal del GPS sin perder de vista la calzada.

—Vamos a encontrar a nuestra niña.

—Sea como sea.

El helicóptero sobrevoló la zona en círculos hasta que el piloto recibió la señal para aterrizar. Al descender, el aparato levantó una nube de polvo marrón que chocó contra las ventanas y el fuselaje, uniéndose al ensordecedor sonido del motor de la hélice sobre sus cabezas.

El aparato dio un tirón al posarse sobre el suelo, pero solo necesitó un intento para lograrlo. Gracias a Dios. Las aspas se fueron deteniendo poco a poco, con un *plaf-plaf* que fue haciéndose cada vez más marcado y distanciado.

Arya esperó un poco a que la densa polvareda se asentara de nuevo a sus pies. Desde su asiento, junto a su tío William, se giró para vigilar el aterrizaje del segundo helicóptero. En él viaja su abuelo y la enfermera con todo el equipo necesario para mantenerlo estable.

Todo aquel asunto era una locura. Su abuelo no estaba en condiciones de viajar. El médico se lo advirtió varias veces. Debía permanecer en cama conectado a la bomba de oxígeno y dedicarse a mirar el paisaje si quería arañar unos años más de vida a la poca que ya le restaba.

La mano de su tío la sobresaltó. Era hora de descender. Se sacó los pesados auriculares de la cabeza y necesitó dos intentos para soltar el cinturón que la mantenía sujeta al asiento.

El piloto mantenía la puerta abierta para ella y se encargó de colocar su mano sobre la cabeza para que la mantuviera agachada y no se golpeará con las hélices que parecían contrarias a detenerse del todo.

La arena se coló por los laterales de sus bailarinas negras y se le clavó en la planta de los pies, pero lo ignoró. Delante de ella, junto a un viejo almacén abandonado, dos vehículos todoterreno y un furgón con ruedas que no parecían pertenecerle estaban aparcados frente a la puerta.

Un grupo de soldados vestidos de oscuro, fuertemente armados, rodeaban dos figuras arrodilladas en el suelo.

Arya no necesitó verlas para saber de quién se trataba. Erik y Gene habían sido capturados y el Coronel Stockwell había cumplido con su parte del acuerdo.

Reprimió el impulso de correr hacia la pareja, antes de que su tío alargara la mano para impedirlo. Mantenerse serena era lo único que podía hacer por el momento hasta que fuera su turno para intervenir. Solo esperaba no llegar demasiado tarde, pues se lo estaba jugando todo a una sola carta.

La silla de ruedas descendió del segundo helicóptero y los dos pilotos se encargaron de poner a su abuelo sobre ella mientras la enfermera coordinaba cada uno de sus movimientos. Edgar no permitió que ninguno de los tres se moviera del sitio, así que Arya tuvo que correr hacia él y encargarse de empujar la silla los siguientes cien metros hasta que por fin estuvo lo bastante cerca para ver las caras de Erik y Genevieve.

El hombre tenía un profundo corte en la sien, pero se mantenía erguido sobre sus rodillas y alerta, a pesar de que la sangre debía habersele metido en uno de los ojos, obligándolo a mantenerlo cerrado. El odio que reflejaba el que permanecía abierto era suficiente para hacer que se congelara el infierno y le dio escalofríos a Arya. Se percató de que todas las armas apuntaban hacia él. Por lo que dedujo que debía haber tratado de escapar o defender a la mujer en algún momento, y los soldados no lo habían tenido tan fácil para detenerlo.

Genevieve, por su parte, mostraba un aspecto mucho peor. También había sido herida en la frente en algún momento, pues tenía un moratón que el maquillaje no lograba disimular. Sus ojos parecían apagados, fijos en el suelo con bolsas oscuras que la hacían parecer enferma. Tenía los labios reseca y la blanca camiseta holgada que llevaba, sucia de tierra, al igual que los pantalones vaqueros. Su cuerpo estaba inclinado hacia Erik, como si buscara consuelo en él, inconscientemente.

Odió verlos así. No tendrían que haber llegado a ese extremo, pero su abuelo no atendía a razones y su tío tampoco. Si tan solo lo hubieran encontrado unos años antes. Antes de la enfermedad de su abuelo. En aquel tiempo, él sí que la habría escuchado y esto se estaría resolviendo de un modo completamente diferente.

Pensó en la vieja Ada Pottery. Su abuelo la contrató cuando Evangeline fue lo suficientemente madura como para retarlo a encontrarlo por sus propios medios. Eve no iba a tirar la toalla. Ella siempre quiso dar con el cuadro y destruirlo, convencida de que era el único modo de acabar con la maldición que asolaba a los Stone.

Su padre, temiendo que la obsesión de su hija por la reliquia familiar pudiera condenar su futuro, decidió contratar a la señora Pottery para encontrarlo. El padre de Ada tuvo noticias del retrato cuando era muy joven, casi un niño y Ada se creyó capaz de tirar de ese hilo hasta dar con él. Desgraciadamente, esto no fue así. Su investigación no era más que un callejón sin salida y estuvo tentada de dar por finalizada su relación con Stone en varias ocasiones. La sustanciosa mensualidad a la que llegaron en su acuerdo era lo bastante jugosa como para que la vieja Pottery mantuviera el acuerdo.

Cuando por fin el retrato llegó a sus manos de manera fortuita, no cabía en sí de gozo. Tenía intención de presentarse con el retrato en la mansión Stone, victoriosa, después del largo transcurrir de los años. Sin embargo, esperaría unos meses más para hacerlo. La situación económica de la casa de Subastas no era lo que podría decirse muy boyante. Ada tenía deudas, y la mensualidad que cobraba de Stone la mantenía a flote. Si entregaba el retrato, su trabajo estaría concluido y por tanto dejaría de cobrar tan generosa nómina, así pues, decidió retrasar la entrega un poco más.

Y todo hubiera salido bien si su ayudante no hubiese confundido el catálogo de subastas esa semana y no le hubiera vendido el retrato, junto con el colgante, a la anciana Boudin.

Margerite se llevó el retrato y Ada se vio obligada a guardar el secreto durante muchos años. No siendo hasta su muerte, que su nieto encontró la confesión escrita y se puso en contacto con Edgar Stone, cerrando por fin el círculo y poniendo al fin el retrato de nuevo en su camino.

Cuán fácil hubiera resultado todo si Margerite le hubiese devuelto el cuadro a Ada.

Arya sabía que el destino era caprichoso y lleno de recovecos que,

rara vez, nos permitían vislumbrar el final del sendero. A ella misma le costó unir todas las pistas hasta averiguar cuál sería la forma adecuada de romper la maldición y ahora, cuando todas las piezas habían realizado sus movimientos sobre el tablero, entendía por fin cada paso del camino y el lugar en el que desembocaba.

Los ojos de Genevieve conectaron con los suyos un segundo antes de deslizarse hacia la encorvada figura de su abuelo. No había miedo en ellos, ni repulsión, ni odio, solo una férrea determinación que parecía ser la principal responsable de que aún permaneciera erguida.

Erik, por el contrario, no apartaba la vista de los hombres armados que los rodeaban, los músculos tensos, listo para saltar en cualquier instante.

Un ataque de tos hizo que Arya desviara su atención hacia su abuelo. Se inclinó para ayudarlo a colocarse la mascarilla de oxígeno sobre la boca y la nariz antes de proseguir con su tarea de empujar la silla por la polvorienta superficie hasta el hangar.

Stockwell se separó del grupo y caminó en dirección a ellos, haciéndose cargo de la silla en cuanto estuvo a su alcance. Los músculos del coronel estaban mejor dotados para esa tarea que los inexistentes de Arya, que no pudo evitar esbozar una sonrisa de agradecimiento a pesar de que el hombre no pareció advertirla.

El retrato y la carpeta azul aparecieron en manos de uno de los mercenarios y acabaron copando la vista de Stone. Todo en él era una gran e imponente expresión de triunfo que ni las arrugas ni la enfermedad lograban disimular. Alargó una mano frágil y temblorosa para rozar el marco y su rostro mostró tal satisfacción que Stockwell pensó que acababa de correrse en los pantalones. Luego, con un gesto de la cabeza lo dejó ir.

Hubo un gran revuelo cuando obligaron a los prisioneros a alzarse sobre sus pies y caminar al interior del hangar que permanecía abierto de par en par, como esperando la llegada de un enorme jumbo desde el cielo. Erik interponía su cuerpo entre Gene y las armas y los soldados le pinchaban con las bocas huecas de los fusiles para obligarlo a caminar.

La pelirroja mantenía sus brazos enlazados con los de él, serena, controlada y sin dejar de vigilar sus movimientos.

Arya estaba convencida que Gene controlaba la ira de Erik para evitar un daño mayor. En sus visiones, la mujer se mostraba enorme y poderosa, le sorprendió encontrar un cuerpo menudo y ligero que, en realidad, sí que albergaba toda esa fuerza. Veía las olas de su aura alrededor, rojas, fuertes,

hondeando en anillos concéntricos y brillantes.

La de Erik no era así. Debió serlo en algún momento. Su aura era gris, estática y sin brillo. Le hubiera gustado verla antes de ser presa del retrato. Estaba segura de que era fuerte también, aunque contaminada por las dudas y el odio que se tenía a sí mismo.

La silla de ruedas chirrió al ser empujada dentro del hangar sobre el suelo de cemento pintado en azul claro. Uno de los mercenarios se había adelantado, colocando el retrato y la carpeta sobre un caballete de madera que alguien debía de haber depositado allí con anterioridad.

Stockwell condujo a Edgar Stone con mano firme, sin detenerse cuando el anciano tosía o parecía estar a punto de ahogarse. Como si el hecho de que el hombre pudiera morir en esa silla no le preocupara lo más mínimo.

Arya se mantuvo tan cerca como le fue posible, vigilando a su abuelo de reojo y a la pareja que caminaba a cierta distancia frente a ellos.

Los mercenarios se fueron dispersando a lo largo del recinto, ocupando posiciones previamente establecidas. A excepción de cuatro de ellos, que continuaron el recorrido a espaldas de la pareja, apuntando con los fusiles, sin perderlos de vista.

Gene se había preparado mentalmente para abordar a Stone en cuanto lo tuviera a su alcance. Tenía un discurso preparado y no iba a permitir interrupciones durante el mismo.

Planes. Mientras yacía con su cuerpo pegado al de Erik, en el furgón, a oscuras, Gene había hecho planes. Concienzudos y directos para poner al condenado tipo en su sitio llegado el momento.

No esperaba encontrar un esqueleto con piel arrugada cubriendo los huesos angulosos, oculto en el interior de un carísimo traje de chaqueta oscuro. Ni tampoco esperaba toparse con su silla de ruedas o la bombona de oxígeno que portaba a la espalda de esta y que era la encargada de mantenerlo con vida.

Alzarse sobre aquel hombre enfermo y deteriorado y vociferar en su oído no le pareció correcto. A pesar de que era el causante de todos los ataques, de las heridas que cubrían su piel, del desgarrador dolor que sentía en el pecho al pensar que iba a perder a Erik. Toda su determinación se enfrió al verlo tosiendo, luchando por llevar un poco de aire a sus maltrechos

pulmones.

Se dejó empujar hacia el interior del hangar, anudando sus manos entorno a Erik.

El hombre ya había saltado una vez, cuando uno de los tipos se atrevió a azuzarla con la punta de su arma. Llovieron puños y patadas y al final, tuvieron que golpearlo en la cabeza con la culata del fusil para detener la pelea. El mercenario no salió bien parado, lo cual le hizo sentir algo de orgullo por su arrojado y poderoso vikingo. Aquellos tipos serían muy profesionales, pero Erik era único en su especie.

Tuvieron que llevar al herido hasta uno de los vehículos y ocuparse de él.

Aparecieron muchas más armas, todas ellas apuntándolo a él y los hicieron caer de rodillas mientras esperaban.

Gene imaginó que se trataría de Stone, aunque no esperaba ver los dos helicópteros sobrevolando el cielo. Nunca había visto uno tan cerca, mucho menos dos. No se permitió admirarlos demasiado, sin embargo, pues prefería centrar su atención en Erik. Temía que el hombre sintiera el impulso de defenderla en cualquier momento y esta vez recibiera una bala. Ya habían tenido bastante de aquello para toda una vida. Al menos por su parte.

Mantenerlo calmado a él le hacía sentir que tenía algo de control sobre una situación que, en realidad, escapaba a sus manos.

Ahora solo cuatro de esos tipos de oscuro los vigilaban, y el Coronel y la silla de ruedas se acercaban arrastrando al hombre que tenía en su mano la llave de su liberación.

—Imagino que es usted Stone. —Su voz sonó firme a pesar de que cada célula de su cuerpo estaba luchando por huir de allí.

—Señorita Hanglin, siento que nos conozcamos en estas circunstancias. —La de Stone era rasposa y baja, pero igualmente firme y seguramente él no estaba muerto de miedo.

—Permítame dudarle. —El anciano esbozó una desdeñosa sonrisa—. De ser así, podríamos haber arreglado esto como personas civilizadas. En casa, con un té y galletas y no en mitad de la nada rodeados de armas.

—No me dejó elección.

—Bobadas, usted nunca me dio la oportunidad de elegir nada. Mandó a ese hombre a mi casa, ese vi... ese... tipo no debió estar allí. —Al cuerno con todo, al final había decidido que gritar sin volcar sus puños sobre él era todo cuanto estaba dispuesta a hacer por su frágil anatomía—. Y los hombres

que querían incendiar mi casa, eso también fue cosa suya y ¿quiere ver algo más? —Gene agarró el borde de su camiseta y tiró hacia arriba mostrando su amoratado y verdoso abdomen—. ¿Qué tal si me explica dónde estaba la elección ahí? Usted es el único que no ha querido darme ninguna oportunidad, así que no se haga la víctima conmigo.

Los ojos de Stone volaron de los esmeralda de Gene a los azules de su hijo con una desabrida expresión en los labios.

Arya, a la diestra de su abuelo, despegó mucho los párpados cuando la pelirroja les mostró la herida de su torso. Se llevó la mano a la garganta y ahogó un gemido. No es que no supiera lo que le habían hecho, es que verlo en persona era mucho más impresionante que en sus visiones, e hizo que los ojos se le humedecieran ante tanto sufrimiento.

William, al otro lado de la silla de su padre, se limitó a atusarse el cabello y desviar la mirada cuando ella alzó la camiseta.

—Maldito cobarde bastardo —ladró Erik al ver el gesto.

Gene se inclinó a un lado para retenerlo y mantenerlo a espaldas de ella. No lo quería en medio, quería ser ella quien hablara con Stone.

El joven Stone se sobresaltó al ver la furia que Blair desprendía, pero no dijo nada. Esta vez su padre sería capaz de pegarle un tiro si se atrevía a intervenir sin su consentimiento.

—Lamento sinceramente haber llegado a este extremo, aunque usted no me crea. Mi hijo —Levantó una mano hacia William— siempre ha tenido la mala costumbre de hacer las cosas por su cuenta sin pensar en las consecuencias. Debo pedirle perdón por eso y me aseguraré de que reciba una cuantiosa compensación por las molestias que le haya podido ocasionar.

La cara de asombro de Gene no pudo ser más impactante. Tanto que la hizo retroceder un paso y llevarse una mano al colgante que pendía de su cuello, mientras la otra, echada hacia atrás, contenía a Erik, que era un insondable pozo de rabia a punto de estallar.

—¿Así piensa arreglar esto? ¿Va a pagarme? Es verdad lo que dicen de los hombres ricos, piensan que todo se soluciona con dinero.

—Señorita Hanglin, no estoy aquí para discutir sobre la ética o la moral que supone esta cuestión. Entiendo que todo este asunto le dejará secuelas psicológicas, las físicas ya se ha encargado usted de mostrármelas. El dinero no la sanará, pero le proporcionará toda la ayuda que necesite para ello cuando hayamos acabado.

—¿Vas a dejarla libre? —Había escepticismo en la pregunta de Erik.

Edgar Stone fijó sus lechosos ojos en él y asintió con solemnidad.

—Solo hay una vida en la que yo esté interesado, y no es la de la señorita. La policía y el juez están fuera de esto y si firma el documento de confidencialidad que traigo conmigo, recibirá su dinero y mis hombres la llevarán sana y salva a casa, donde podrá recuperar su vida. No volverá a oír hablar de mi familia ni del retrato. Eso puedo prometérselo. Y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Y qué pasa con él?

—También firmará un documento por el que me traspasa a mí la posesión del retrato. El señor Blair me pertenece.

—Se equivoca. Es un ser humano y no le pertenece a nadie. Nunca firmaré ese documento.

—Gene, no seas estúpida. Es lo mejor.

—Ni lo sueñes. —Erik la retuvo por los hombros, tenía los dedos tan crispados que se le clavaban en la piel, pero ni él se daba cuenta, ni ella emitió la más mínima protesta.

—Podrás recuperar tu vida. Es como debe ser y es como yo deseo que sea. Dijiste que no era tu esclavo, Geney. Si somos iguales, mi opinión también cuenta, y yo quiero que cojas ese dinero y te marches de aquí.

—No puedes pedirme eso...

—No hará falta. —Ambos se volvieron hacia Stone—. Aún hay algo que debemos hacer aquí. No la he traído hasta este lugar solo para firmar unos papeles, como podrá comprender. Cuando mi sobrina acabe con usted, señorita Hanglin, coger el dinero y devolverme lo que es mío será lo único que desee hacer.

A una señal suya, Stockwell avanzó hasta agarrar a Gene del brazo y tirar de ella mientras dos de sus hombres sostenían a Erik por los hombros y los otros dos le apuntaban a la cabeza. Eso no impidió que el hombre se revolviere recibiendo un culatazo en el abdomen, que hizo que acabara doblado sobre sí mismo, con las manos entorno a su estómago y sin poder respirar.

—Ya basta. Deje de lastimarlo o no cooperaré.

Gene se dejó arrastrar hasta estar frente a Stone. Tuvo que agachar la cabeza para poder enfrentarle la mirada.

—Él no puede morir, señorita Hanglin, a no ser que sea por su mano, y entiendo que eso es algo que no la motiva en absoluto. No se preocupe por él, es por usted misma por quien debería estarlo.

Gene tragó saliva y tensó el cuerpo ante la velada amenaza que encerraban sus palabras.

—¿Qué vas a hacerle? —demandó Erik en un resuello.

—Mi querida Arya va a llevarla al interior del retrato para que ocupe el lugar de Azalea.

—Hijo de...

—Eso será una pérdida de tiempo —le cortó Gene—. Erik ya me ha contado lo que le ocurrió a Azalea. Sé que él insiste en que la dejó morir a manos de su hermano Aaron. No voy a ver nada que ya no sepa.

—¿Nunca ha oído la expresión, *una imagen vale más que mil palabras*? Cuando sufra el tormento en carne propia sabremos si aún sigue tan dispuesta a proteger al señor Blair y, si eso no es suficiente, creo que tiene toda una colección de escenas de cama que le encantará revivir.

—No lo hagas. Stone, no es necesario. Destruye el retrato y me tendrás preso por siempre. No es necesario hacerle daño a ella.

—Por desgracia, ahora esa es la única forma de hacer esto. —Y Gene creyó que lo sentía, no entendía el porqué, pero sí le pareció que aquel hombre, avejentado y enfermo, lo lamentaba.

—Le causarás un daño irreparable. No tiene sentido. Sé que no tengo derecho, pero —Erik dejó caer todo su peso hasta que logró ponerse de rodillas, aún sujeto por los soldados—, por favor. Te lo suplico. Haz conmigo lo que quieras, pero deja que ella se vaya. Por favor.

—Arya, procede.

El desgarrador grito de Erik resonó por todo el recinto repitiéndose como un eco hasta desvanecerse por completo. Gene ni siquiera lo miró. Tenía la vista fija en la tal Arya.

Solo era una muchacha. Podía estar en la universidad. Desde luego sería un lugar mucho más apropiado para ella que un polvoriento hangar perdido de la mano de Dios. Y la expresión de dolor que cruzaba sus rasgos hacía juego con su vestido negro, parecía vestida para un funeral.

—Voy a poner mi mano en tu sien —le dijo la joven esbozando una dulce sonrisa.

Gene se inclinó hacia atrás cuando Arya comenzó a levantar la mano. William se situó tras ella tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar y puso sus manos contra su espalda, dirigiéndola hacia Arya.

—Tío, eso no va a ser necesario. Te ruego que te apartes y me dejes esto a mí.

El interpelado reculó unos pasos, parpadeando como si saliera de alguna clase de trance, pero mantuvo los brazos abajo y dejó a las dos mujeres en paz.

—Escúchame, Gene. —El tono susurrante de Arya le recordó al que Sam empleaba cuando era pequeña y le aterraban las agujas—. Solo voy a poner mi mano en tu sien. Tienes que dejarme entrar, por favor. No te resistas. Eso no me impedirá hacer lo que debo, pero a ti te dolerá, y no quiero hacerte más daño. Por favor.

Gene se vio a sí misma desde fuera, como en un sueño, asintiendo y dejando que aquella muchacha que le hablaba como si la conociera de toda la vida, colocara sus dedos a un lado de su cabeza, acariciándola con ellos en suaves círculos mientras mantenía la vista prendida en la de ella.

—Ya has estado ahí. Esto será más fácil. Piensa en una habitación. Tu preferida. Dentro del retrato.

Edgar estaba empezando a perder la paciencia. Sabía que su nieta podía hacer aquello mucho más rápido y sin tantos remilgos. Se sacudió la mascarilla de oxígeno de encima para ordenarle ir más deprisa, pero entonces algo en el aire que los rodeaba cambió. No era algo que pudiera verse, olerse o sentir en la piel. El cambio era mucho más sutil, algo que se percibía por dentro, en el mismo origen de la consciencia, en el corazón, en el alma.

—Geney. —El quejido de Erik pasó desapercibido para todos.

Ahora ya no podría alcanzarla. Gene estaba muy lejos de allí e iba a revivir la peor noche de su vida. Estaría en el lugar de Azalea, con su hermano Aaron dentro de ella, con sus dedos apretando su delicada garganta hasta la muerte y con los ojos prendidos en él mientras sonreía esperando la llegada de su orgasmo y no hacía nada por ayudarla.

Si había deseado repugnarla, que ella lo odiara, Stone sí iba a conseguirlo. Y si Azalea no bastaba, cualquiera de las otras mujeres lo haría. Era imposible que Gene resistiera algo así.

Cuando los dedos de Arya rozaron su piel, Gene, automáticamente, se vio envuelta en una cálida sensación de bienestar que le sacudió la tensión del cuerpo e hizo que el aire circulara tranquilamente por su organismo, entrando y saliendo de sus pulmones.

Un momento después todo desapareció. El hangar, el resonante

sonido de las voces chocando con las paredes de metal y el suelo de cemento. La fresca brisa que le sacudía los bucles cobrizos, el olor a gasolina y a tierra húmeda, el olor a descomposición que brotaba del cuerpo de Edgar Stone, tan suave, que no fue hasta que dejó de notarlo que supo que siempre había estado ahí.

Quedó envuelta en penumbras, solo la presencia de Arya frente a ella permanecía.

La muchacha apartó la mano y le sonrió con amabilidad mientras una escena se formaba poco a poco a su alrededor: el dormitorio de Erik en el interior del retrato. Con los fragmentos de espejo sobre el suelo, el vestido rojo extendido sobre el colchón, la copa de vino aún llena, junto a la cama.

—Me alegra conocerte al fin en persona.

—Siento no poder decir lo mismo. Hazme un favor, no trates de endulzarlo. Acabemos con esto cuanto antes, Erik va a estar malditamente preocupado mientras esto dure.

—Sí que lo amas.

—¿Disculpa?

—A Erik. Tú lo amas. Lo amas de verdad.

—Sí. Aunque eso no es asunto tuyo.

—Entiendo que me veas como una enemiga, Genevieve, pero no es así. No vas a estar en el lugar de Azalea, esa nunca ha sido mi intención.

—Pero Stone dijo...

—Por desgracia, mi abuelo hace años que se perdió a sí mismo. Ojalá lo hubieras conocido antes. Era tan dulce, tan cariñoso. Se preocupaba por quienes lo rodeaban y todos lo querían. Era un buen hombre, Genevieve, tienes que creerme.

La vehemencia con que había pronunciado las últimas palabras hizo que Gene la creyera. Si Erik insistía en que antes era un monstruo, bien pudo ser Stone una hermanita de la caridad. Como fuera, no tenían tiempo para discutir sobre ello.

—¿Qué es lo que vas a hacerme?

—Nada más que mostrarte la verdad. La que lleva oculta más de trescientos años. La que Erik ha borrado de su memoria.

—No entiendo. ¿De qué verdad me estás hablando? ¿Y por qué tiene tu abuelo tanto interés en esto?

—Oh —Arya pareció seriamente compungida entonces—, eso es culpa mía. Cometí un terrible error. Tenía la esperanza de poder recuperar a

mi *bubu*, pero él ya está perdido, aunque no quería admitirlo.

—Sigo sin comprender.

—Déjame que empiece por el principio.

La muchacha miró en derredor y finalmente se decantó por la cama. Apartó el vestido a un lado y tomó asiento en un lateral, indicando a Gene que se uniera a ella.

—Debo estar perdiendo la cabeza —murmuró la pelirroja dejándose caer sobre el mullido colchón.

—Lewis Stone era mi antepasado. Tenía tres hijas. Todas ellas, al igual que él y al igual que yo, heredaron el don. La historia del don se remonta muchos siglos atrás y no es relevante ahora.

—¿El don de crear cuadros malditos y encerrar gente en ellos?

—No, Gene. El don de la magia. Cada generación lo hereda de distinta manera. Es una responsabilidad y tiene un propósito que, cada cual, debe averiguar por sí mismo. No surgió para hacer daño y, cuando lo causas, tiene terribles consecuencias.

Gene se acomodó un poco más interesada por la historia que Arya tenía que contar. La muchacha tenía el cabello negro y los ojos más profundos y azules que hubiera visto antes.

—Todos los que poseemos el don en mi familia nacemos con el pelo oscuro y los ojos azules.

—¿Tú también lees la mente?

—Gene. Estamos dentro de la tuya.

La pelirroja puso los ojos en blanco, pero se negó a sorprenderse.

—Lewis era un hombre leído y conocía la responsabilidad que conllevaba poseer el don. Había educado a sus hijas con respecto a ello y los cuatro lo utilizaban para realizar buenas acciones. La pequeña, Azalea, era la más diestra. He oído que era capaz de hacer crecer las flores y sanar las hojas marchitas y los troncos de los árboles. Y se enamoró.

—De Aaron —aventuró Gene.

Arya asintió.

—Era un hombre muy hermoso que la colmaba de atenciones y presentes. Con él, ella se sentía querida, se sentía especial. Se mostraba correcto y encantador, y ella era tan joven que no podía resistirse. Pero también encerraba una parte que era peligrosa, cargada de misterio. Las habladurías giraban en torno a él, pero nada llegaba a sus candorosos oídos. El germen perfecto para la tragedia. Una noche escapó de su casa y siguió el

rastro de Aaron hasta una granja a las afueras de Brandsbury. Su don la protegía de las miradas y pudo colarse y espiarle. Aaron había ido a visitar a una mujer que compartía sus mismos gustos por...

—El sexo —la ayudó Gene.

Arya asintió de nuevo, agradecida.

En cierto sentido, la muchacha era muy parecida a Azalea. Siempre encerrada en casa junto a su abuelo, sin vivir su propia vida, protegida bajo su ala, sin apenas relacionarse con nadie. Así que había cosas con las que no se sentía cómoda.

—Los observó con miedo al principio y curiosidad. La mujer no parecía padecer dolor alguno. Azalea registraba sus emociones, la excitación, el placer y se sintió inmediatamente atraída por lo que Aaron estaba haciéndole. Lo siguió en otras ocasiones, y por el día él seguía tratándola con caballerosidad y galantería. Se enamoró, sin importar lo mucho que su padre y sus hermanas trataron de impedirlo.

—Por eso fue aquella noche, ¿verdad?

—Azalea quería formar parte de su mundo, por extraño que este fuera.

—¿Y Aaron?

—Se sentía atraído por ella, por su virtud, su belleza. Su inocencia. Él nunca había tenido nada como eso antes. A su manera, él la quería. Se negó en muchas ocasiones a jugar con ella de ese modo por miedo a que saliera lastimada. Azalea no se daba por vencida, lo quería por entero, todo lo que él pudiera ofrecerle lo quería para sí misma. Estaba convencida de que entregarse a sus juegos y satisfacerlo era el único modo de tenerlo solo para ella, de que no necesitara recurrir a las demás.

—Aaron no quiso matarla, ¿verdad?

—No. Fue un terrible accidente. Un juego que fue demasiado lejos porque Azalea no supo darle la señal a tiempo. Ella no conocía las reglas, pero lo convenció de lo contrario. A veces, los seres humanos hacemos cosas muy estúpidas por amor.

—¿Cómo enfrentarse a un poderoso multimillonario con un ejército de mercenarios?

—Oh, no, no quise decir...

—Lo sé. Continúa.

—Fue una de las sirvientas la que avisó a Lewis de que su hija había desaparecido. Él sabía lo de las fiestas. Montó y cabalgó tan rápido como le

fue posible. Cuando llegó, Azalea acababa de expirar su último aliento. Aaron ni siquiera sabía aún que estaba muerta. Y aunque trató de reanimarla, Lewis, cegado por su dolor, no lo permitió. Lo apartó y no dejó que nadie se le acercara.

—Y luego quemó vivos a Aaron y Bernard y se llevó a Erik preso para lanzarle la maldición. Todo eso ya lo sé.

—Ven conmigo.

Arya se puso en pie y salió del cuarto en dirección a las escaleras. La visión de una sábana arrugada sobre el descansillo hizo que Gene se sonrojara y avanzara más deprisa tras la chica, dejando los intensos recuerdos lo más lejos posible.

La joven la conducía a lo largo del pasillo de la planta baja en dirección a la sala de música, el lugar donde había tenido lugar la trágica fiesta.

Gene se detuvo a mitad de camino. Temía que las bondadosas palabras de Arya acabaran conduciéndola a convertirse en Azalea, tal y como Stone quería y, aunque dudaba que esto la hiciera cambiar de opinión con respecto a Erik, no era una experiencia que quisiera vivir en carne propia.

—Gene. Necesito que confíes en mí.

—¿Por qué debería hacerlo? No sé nada de ti, excepto que eres nieta del hombre que quiere arruinarle la vida a Erik y casi consigue que me maten. ¿Cómo sé que esto no es justo lo que él quiere?

—¿Recuerdas la noche que Dark Garden ardía?

—¿Cómo sabes...? Eso no llegó a pasar.

—Claro. Porque Erik hizo retroceder el tiempo para ti y evitó que sucediera. Pero yo viví ese momento. Soy la única que sabe lo que de verdad pasó.

—Vale. Esto empieza a parecer un episodio de la *Dimensión desconocida*.

—No sé qué es eso.

—¿Qué tiene que ver el incendio con la confianza?

—Estuviste a punto de no acompañar a Erik al interior del retrato. Todavía no te fiabas de él. Hubo algo que te dio el empujón en el último momento. ¿Recuerdas qué fue?

Gene trató de recordar el momento exacto en que decidió a travesar el portal y entrar en el mundo del cuadro. Sentía el calor del fuego en la piel, el olor de la madera quemada, el humo que se le metía en los pulmones

haciéndola toser. Estaba muy asustada. Las sirenas del camión de bomberos la ataban a la realidad, a lo conocido mientras que lo que Erik le proponía no tenía cabida en su reducido mundo. Ella no creía entonces en la magia.

Por su mente pasaron toda clase de escenas de su vida en Dark Garden, momentos que hicieron que le picaran los ojos y extrañara a su tía. Y entonces una imagen la calmó y la ayudó a tomar su decisión.

—La pintura —susurró la mujer al acordarse.

—Sí. Un dibujo de una mujer pelirroja cruzando a través de un portal con una casa al fondo ardiendo en llamas.

—Lo has visto en mi mente —la acusó.

—No, Gene. Ese dibujo, junto con la representación de la fiesta que se vivió aquella noche, ambos, fueron dibujados por mi madre el mismo día que me dio a luz a mí.

—Y ¿cómo llegaron esos dibujos a mi casa?

—Ben los puso allí a petición mía.

—¿Ben? ¿Mi Ben? ¿Owen?

—Sí. Mi abuelo me llevó a Brandsbury una vez. Ben arreglaba juguetes en la plaza para los niños.

—Me acuerdo de eso.

—Claro. Tropezaste con una niña morena que llevaba una mochila rosa colgada a la espalda cuando salías de comprar nata montada para tu tía.

—Sí. Lo había olvidado. Salí corriendo de la tienda y al pasar por la plaza ella se giró y casi acabamos las dos en el suelo. ¿Eras tú?

—Sí. Los juguetes rotos solo eran una excusa. En la mochila llevaba escondidos los dibujos de mi madre. Le pedí a Ben que los guardara. Debía ponerlos en un libro que había en la biblioteca de tu casa en una fecha muy concreta.

—Eso fue hace seis días, ¿verdad?

—Correcto. A veces tengo visiones. Una me mostró quién debía hacerlo, cómo y en qué momento. No supe su significado hasta que mi abuelo averiguó que tú tenías el retrato. Una de las imágenes te ayudaría a viajar al interior del retrato, la otra te mostraría una parte de Erik que, de otro modo, él jamás se hubiera atrevido a revelar.

—Pero ¿por qué? Es decir, si no lo hubiera hecho, ahora Dark Garden no existiría, pero...

—Gene. Lo sabes. Erik y tú estabais predestinados a conoceros y... a amaros.

—Y ¿de qué va a servirnos eso ahora? Tu abuelo se saldrá con la suya, destruirá el retrato si yo no se lo vendo. Nuestro amor no puede evitar eso, solo hacernos sufrir a ambos.

—Ven conmigo, Gene. Lo entenderás todo cuando veas lo que he de mostrarte.

Algo reticente, Genevieve dio un paso adelante y luego otro y otro más hasta que ambas estuvieron frente a la puerta del salón de baile.

Arya hizo girar el picaporte y empujó la hoja a un lado dejando que la pelirroja accediera al interior en primer lugar.

Lo primero que Gene notó fue el olor. Era dulce y pesado, el olor de una masa cocándose en el horno y limón y... sí, chocolate. También olía a pimientos asados. Todo era delicioso y casi se le hizo la boca agua. Ni siquiera los habían dejado almorzar y su estómago gruñó en señal de protesta. Lo ignoró. Lo siguiente fue un sonido, una voz que reconoció al instante e hizo que su corazón hiciera un triple mortal, se asomara por su boca abierta y acabara sumergiéndose de nuevo en su lugar.

Era Erik.

—No pueden vernos ni oírnos —dijo Arya a su espalda haciéndose hueco para seguirla.

—Un momento, ¿cómo hemos llegado aquí? Se suponía que íbamos a entrar en la sala de música o de baile, como sea, y esto es la cocina.

—No estamos en un espacio físico, sino en uno metafísico. Las cosas aquí no funcionan del modo que estás acostumbrada.

—¿Dónde estamos? Quiero decir...

—Sé lo que intentas decir. No estamos en tu mente ahora, sino en la de Erik.

—¿Él lo sabe?

—No. Eso sería peligroso. Reaccionaría y mi abuelo sabría que no estoy cumpliendo sus órdenes y nos interrumpiría. Por eso no voy a dejar que lo sepa, a pesar de lo mucho que eso pueda asustarlo. Mientras estés conmigo, él no podrá sentirte ni oír tus pensamientos. Es el único modo de hacerlo.

Gene asintió y avanzó hasta quedar cerca del hombre. No había cambiado nada en absoluto, llevaba los mismos ropajes que la noche que la rescató del incendio. Uno de los gemelos entraba justo en ese momento. Lo reconoció por la pintura que había visto de él y su hermano. Le llamó la atención su sonrisa. Cuando el hombre sonreía se parecía mucho a Erik,

aunque fueran distintos en todo lo demás.

Erik era más viril, tenía los rasgos más marcados, más duros. En cambio, los gemelos eran más delicados, más estilizados, más... femeninos, de algún modo, aunque atractivos a su manera.

Erik estaba recostado contra la encimera de la cocina. Una de las doncellas acababa de servirle una taza de té y él lo degustaba con la mirada perdida en sus pensamientos.

Su hermano Aaron llevaba puesta una camisa larga de dormir y caminaba descalzo por el suelo sin que pareciera importarle que los baldosines estuvieran fríos o el hecho de poder ensuciarse. Agarró una manzana asada de una bandeja y se apoyó sobre la encimera, muy cerca de él.

—¿No te satisfizo?

—¿Qué? —Erik volvió al presente y se giró a mirarlo. Al contrario que Aaron, él solía vestirse antes de salir de su habitación.

A excepción del mayordomo y el jardinero, todo el servicio de la casa era femenino, y se mostraban turbadas cada vez que alguno de los hermanos dejaba ver sus encantos por la casa. No es que la camisola ocultara mucho.

A Erik no le gustaba como esas mujeres rehuían mirarlo a la cara. Lo hacían sentir incómodo en su propia casa y eso lo enfurecía. Le recordaba lo mal que Rowena lo hacía sentir cuando vivía allí.

—La rubia dijo que era capaz de tragar cualquier cosa. ¿No te gustó?

Erik chasqueó la lengua con desagrado y sacudió la cabeza a ambos lados antes de llevarse de nuevo la taza a los labios. Aaron malinterpretó el gesto y se hizo nota mental de no volver a invitarla a una de sus fiestas.

—Te encontraré una mejor esta noche. Tendremos señoritas de alta alcurnia, vienen las primas de Escocia a pasar aquí unos días, seguro que puedo persuadirlas para que participen de nuestros juegos esta noche. Y las dos son rubias, como a ti te gustan.

Si Aaron supiera a qué se debía esa inclinación, pensó Erik, es posible que prefiriera buscarle un cadalso y no una mujer.

—Dime una cosa. —Erik resopló con cansancio y se inclinó hacia su hermano—. ¿No te cansas nunca de tantas fiestas? —Aaron lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué dices, hermano? Comer, dormir y fornicar. Los animales lo

hacen a todas horas. ¿Has visto algún animal triste, cansado acaso o deprimido? Somos afortunados por poder dejarnos llevar por los instintos.

—¿No sientes inquietudes? ¿No te gustaría probar cosas nuevas? ¿Hacer algo más con tu vida?

—Creo, hermanito, que estás sufriendo una crisis existencial. — Aaron rio divertido, llevándose la manzana a la boca y saboreándola con deleite—. Pero no creas que no te entiendo. Por eso —dijo situándose delante de él con gesto teatral— he encargado un juguete nuevo.

Erik se había hecho ilusiones pensando que su hermano podía llegar a comprender cómo se sentía, pero al escucharlo hablar de un nuevo juguete toda su esperanza se evaporó de un plumazo.

—... y tiene argollas para el cuello, las muñecas y los tobillos — seguía hablando el rubio—. Imagínatelas. Atadas, indefensas y totalmente expuestas. ¿No te excitas con solo pensarlo?

—Lo cierto, Aaron —dijo Erik rindiéndose pesaroso—, es que no me excita en absoluto.

—Si no fuera porque conozco bien tu hombría, me asustarías, querido hermano.

Erik depositó la taza sobre la encimera, bajó al suelo de un salto y se alejó hacia la puerta incapaz de continuar con aquella conversación.

—Vamos. Puedo encargarte cualquier otra cosa. ¿Qué te gustaría para esta noche?

—Ojalá lo supiera. —Y sin mediar una sola palabra más, la figura de Erik desapareció por la puerta, dejando a Aaron solo y molestando a las doncellas con sus largas manos de afilados dedos.

La cocina se disolvió como una acuarela bajo la lluvia, dejando a Gene mareada e intrigada por lo que se estaba formando ahora.

Ni siquiera estaban en Dark Garden. Una taberna. Estaba apoyada en la barra de madera. Volvió la cabeza buscando a Erik y hallándolo enseguida. Estaba sentado junto a uno de los gemelos. Gene no era capaz de distinguir cuál. Ambos comían alguna clase de guiso en cuencos de barro y charlaban.

Erik mantenía los hombros hundidos y, más que comer, parecía estar jugando a marear la comida. La cuchara se agitaba en círculos sin acabar de decidirse por llevársela a la boca. Era la viva imagen del abatimiento. Perdido, estaba perdido. Ella lo supo porque ya había visto esa expresión en su cara antes. Lo que realmente la sorprendió fue adivinar un gesto similar en

su hermano.

Debía ser la hora del almuerzo, pues el sol entraba a raudales por las ventanas y el local estaba lleno a rebosar. Al fondo, un muchacho realizaba malabares con cuchillos haciéndolos girar sobre su cabeza y tras la espalda sin apartar la vista de ellos, pero Erik no le prestaba atención.

¿Cuánto tiempo hacía desde la muerte de su padre? ¿Tres, cuatro años? No estaba seguro. Demasiado tiempo sin un propósito. Algo por lo que levantarse cada mañana. Si su cuerpo no estuviera acostumbrado a levantarse al alba, probablemente dormiría tanto como sus hermanos, pero ni con las largas fiestas nocturnas era capaz de conciliar el sueño tantas horas.

Aquella mañana, sin embargo, él no era el único que deambulaba por la mansión a tan temprana hora. Aaron revolvía unas gachas de avena con la mirada perdida en un desconchón de la mesa de la cocina. Su expresión no era la habitual, ni el modo en que dejaba caer su cuerpo sobre los codos, apoyado en el tablero. Además, estaba vestido con la misma ropa con que lo vio irse a la cama la noche anterior.

—¿Puedo acompañarte en tu paseo?

Erik tomó algo de fruta de un cesto y asintió. Aaron ni siquiera se molestó en acabar el desayuno, dejó el tazón a un lado y se dispuso a seguir a su hermano al exterior.

Estuvieron caminado en silencio a lo largo del embarrado camino que separaba Dark Garden de Brandsbury, sin importarles lo lejos que estaba o lo mucho que tendrían que andar.

Callejearon por el pueblo durante horas hasta que sus estómagos reclamaron algo de atención y se decidieron por entrar en esa taberna y saciar sus cuerpos, aunque ninguno estuviera especialmente interesado en la comida. Sus pensamientos eran lo único importante aquella mañana.

Erik daba vueltas a lo de siempre. El modo en que se había vengado de su padre y lo vacío que eso lo dejó por dentro. Nada de un enorme peso abandonando sus hombros, alivio, alegría, ganas de vivir. Solo una oscura e inmensa cantidad de nada. Justo en el centro de su pecho.

Rowena murió poco después mientras Erik continuaba en Londres. Se encargó de despiezar la empresa de su padre y venderla en porciones, asegurándose de que no quedara nada de su legado en pie.

Aaron y Bernard le escribieron, querían tener a su hermano de vuelta

en casa y la idea le pareció bien, al principio. Incluso tuvo unos meses de cierta dicha al reencontrarse con los gemelos. Los tres poseían ahora una gran fortuna, eran jóvenes y tenían toda la vida por delante. Mujeres, fiestas y alcohol.

Brandsbury era un pueblo pequeño, pero en los últimos años se había convertido en una de las residencias predilectas de los ricos londinenses y pasaban allí largas temporadas de descanso o dejaban a sus mujeres e hijas disfrutando del campo y la naturaleza. Había mucho donde elegir y con qué divertirse, y los hermanos eran lo bastante zalameros y atractivos como para conseguir todo aquello que querían. Erik se beneficiaba de eso, pues no tenía mucha práctica seduciendo mujeres. Todas las que hasta ese momento habían pasado por sus manos lo hicieron a cambio de un buen puñado de monedas, no había mucha conversación.

Ahora, en cambio, nada parecía satisfacerle. Ni el sexo, ni las fiestas, ni la bebida, ni siquiera las bromas con los gemelos. La casa le recordaba constantemente a su madrastra. Seguía descargando su ira del mismo modo, pero ya no parecía suficiente. Hacer daño a las rubias que querían jugar con él no le conllevaba ninguna clase de desahogo.

Por eso empezó a caminar. Daba larguísimos paseos alrededor de la finca, las afueras del pueblo, sus calles. Observaba la vida a su alrededor buscando algo que parecía querer permanecer escondido, le rehuía y se ocultaba, y él pasaba las horas tratando de perseguirlo y aferrarse, aunque fuera a un jirón que le permitiese intuir su naturaleza.

—No eres feliz con nosotros, ¿verdad?

Erik levantó la cabeza del cuenco y se quedó mirando a Aaron con las cejas levantadas.

—No hace falta que contestes. Sé bien que no lo eres.

—No tiene que ver con vosotros. Soy feliz de teneros en mi vida. — Aaron elevó la comisura del labio y sacudió la mano quitándole importancia.

—Lo sé. Yo siento lo mismo. Pero no es suficiente, ¿verdad? Es como si faltase algo.

Erik se irguió cada vez más intrigado por las palabras de su hermano. Aaron hizo rodar algo brillante entre sus dedos. Era un broche. Un delicado broche de oro y zafiros. Era de esa muchacha, Azalea. Él vio como la joven se lo entregaba a escondidas en casa de su padre, durante una comida a la que fueron invitados hacía varias semanas.

—¿Estás pensando en ella? ¿Es eso?

—Ella es... no es como las demás. No es como ninguna que haya conocido. Ella es... pura. Sí. Eso es. Es pura. ¿Qué tengo yo para ofrecerle?

—¿Te lo estás planteando? Pedir su mano, quiero decir. ¿Lo haces?

—No. —Aaron negó abatido y metió el broche en un bolsillo mientras su mano agarraba la jarra de cerveza y la llevaba a sus labios—. Ella no es como yo. No entendería mis peculiaridades. Es... solo es una cría.

Erik ya venía fijándose en el modo en que su hermano miraba a la joven Azalea. Y, sobre todo, en cómo lo miraba ella a él. Aaron podía ser verdaderamente encantador cuando se lo proponía. Era él quien solía conseguirles a todas las mujeres, mantenía al servicio contento, por incómodo que estuviera a veces con lo que ellos hacían en la mansión y se libraba de los maridos suspicaces.

Con Azalea era distinto. Como si se interesara de verdad por ella, no solo por su cuerpo y lo que pudiera ofrecerle en la cama.

—Soy un maldito degenerado, ¿qué iba a poder ofrecerle yo?

—Creí que había insistido en participar en los juegos.

Aaron sacudió la cabeza a uno y otro lado con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea.

—No sabe lo que dice. No podría... sencillamente, no con ella en todo caso.

—Tal vez te sorprenda.

—No hablas en ser...

El golpe de una mesa cayendo al suelo los sobresaltó.

No muy lejos, un par de parroquianos discutían sobre un juego de azar en el que se habían hecho trampas. Uno de ellos estaba en pie y era el responsable de la mesa volcada. El otro no tardó en seguirlo, arrojando la silla hacia atrás y sacando una pistola de su cinto. El primero hizo otro tanto con la suya. Dispararon a la vez, tan ebrios, que ambos fallaron, con tan mala suerte que una de las balas dio de lleno en el abdomen del malabarista. Este dejó caer los puñales al suelo con un tremendo estruendo, justo antes de quedar tendido en el suelo y sangrando.

Erik dejó el plato a un lado y se acercó al muchacho. Tomó el delantal de una de las camareras que se había acercado en su auxilio y le cubrió la herida con él.

—No dejes de apretar —le indicó a la muchacha haciéndose a un lado para que ella lo sustituyera.

Sin perder un minuto, tomó el puñal que solía llevar al cinto y ordenó

al tabernero que hirviera agua y trajera paños limpios. Colocó el puñal sobre la chimenea unos minutos y, a continuación, procedió a apartar a la camarera de la herida, que no dejaba de sangrar.

La limpió como pudo con los trapos que el tabernero le aproximó. Usó el puñal para extraer la bala bajo la atenta mirada de Aaron, que se había aproximado portando un candil en la mano y lo iluminaba desde arriba. Por suerte, la herida no era profunda ni afectaba a órganos internos.

A continuación, sin que en ningún momento le temblaran las manos, usó el atizador incandescente de la chimenea para sellar la herida.

Le resultó fácil sujetar al muchacho con la zurda mientras aplicaba el candente hierro con la diestra. Él era mucho más grande y robusto que el malabarista. Después indicó a la camarera que hiciera varias tiras con los paños, usó el agua hervida para limpiar de nuevo la herida y lo vendó con rapidez y pericia.

—¿Sois médico? —inquirió la doncella con los ojos abiertos como platos.

—Soldado —le explicó él mientras ayudaba a un grupo de parroquianos a levantar al muchacho para que lo llevaran a su habitación.

—Sois muy diestro —lo alabó ella sin poder apartar la mirada.

Erik se puso en pie y usó el resto del agua para lavarse las manos cubiertas de sangre. Sonreía complacido.

Se le hinchaba el pecho con cada palmada que recibía en el hombro y cada felicitación lanzada por alguno de los parroquianos, que quedaron maravillados ante la rapidez y saber hacer del hombre. Y aunque no dejó de restarle importancia a su actuación —al fin y al cabo, quién no hubiera hecho lo mismo que él en esa situación—, era incapaz de dejar de sonreír. Incluso su hermano estaba maravillado y no se reprimió en alabanzas pidiendo el mejor vino de la casa para celebrar su hazaña.

Erik trataba de pasar desapercibido, aunque no podía evitar sentirse orgulloso y pleno por primera vez en mucho tiempo.

Era feliz.

Gene nunca lo había visto tan orgulloso de sí mismo. Parecía satisfecho con lo que acababa de hacer. Tenía un brillo especial en los ojos, un brillo nuevo que lo hacía resplandecer. Le agradó verlo así y lamentó que no se sintiera de aquel modo más a menudo.

De nuevo todo se emborronó frente a ella. Arya no estaba por ningún

sitio, aunque creyó notar su presencia.

Odió el sonido de la música que le taladró los oídos, los instrumentos, dos violas y tres violines deberían entonar una dulce melodía, pero a ella le puso los pelos de punta y la obligó a moverse para alejarse del ruido.

El olor almizclado y denso del sexo llenaba la habitación.

Tropezó con algo, un corsé de encaje color verde, medias, zapatos... La dama estaba desnuda recostada entre cojines de colores y bordados dorados. Un hombre rubio, sobre ella, entre sus senos. Gene apartó la mirada. No se consideraba una amante del voyerismo, por lo que la escena no le interesaba.

Se escurrió entre las damas allí reunidas. Sabía que no podían tocarse, pero pasar atravesándolas como si fuera un fantasma no la seducía. Quería encontrar a Erik. A los gemelos los localizó rápidamente, aunque no sabría decir cuál de ellos era Aaron y quién Bernard.

Llegó al centro de la sala. Al fondo estaba una gigantesca chimenea con un enorme espejo de marco dorado sobre ella. Al recordar que allí fue donde los gemelos iban a acabar la velada, Gene tuvo que contener una náusea.

Frente a la chimenea se situaban dos butacones de respaldo alto y brazos acolchados de color verde bosque, con borlones dorados. Muy recargado para su gusto, aunque no estuviera allí para admirar la decoración. En uno de ellos había un hombre sentado.

Gene se aproximó. La temperatura de la sala era asfixiante, pero no fue el calor lo que le reseco la garganta.

Arrodillada entre las piernas del hombre, una rubia de exuberantes senos, vestida de rojo de los pies a la cabeza, paseaba sus manos por los muslos varoniles en dirección a la cinturilla del pantalón.

—Vivian, parad. Ya os he dicho que no estoy de humor. —El cuerpo de Erik se inclinó hacia delante apartando las trepadoras manos de sí.

Gene casi sintió alivio al ver cómo él la apartaba. Odiaba sentirse celosa de un recuerdo.

—Dejad que aplaque a la bestia, mi lord. Yo sé exactamente lo que necesitáis. —La rubia volvió a la carga deshaciendo el moño alto con gestos tan sensuales como los de una víbora.

Tomó la mano de Erik entre las suyas y la condujo hasta su melena, permitiendo que él enroscara los dedos alrededor de los dorados cabellos.

—Ahora, mi señor, tirad con fuerza.

—No.

—Los dos sabemos que eso es justo lo que necesitáis y yo lo ansío. Adelante, Erik. Hacedme daño.

El hombre dudó un momento y finalmente apartó la mano de ella aferrándose a los brazos del butacón y volviendo el rostro hacia las llamas.

—Arya. Sácame de aquí, por favor.

—Observa, Gene. Tienes que ver lo que él no puede.

Que viera ¿qué? Esa horrible mujer le estaba desabrochado el pantalón y metiendo sus manos bajo la cintura. No quería ver cómo le hacían una felación al hombre del que estaba enamorada. Y Erik no parecía demasiado interesado en detenerla esta vez. En eso ni en ninguna otra cosa para ser sinceros.

—¿Seguro que esto servirá para algo?

—Sigue mirando.

Era obvio que Arya sabía lo que vendría a continuación. El por qué no se limitaba a contárselo y la hacía pasar por esto escapaba a su entendimiento. Pero si era lo que se necesitaba para ayudar a Erik, ella podía sacrificarse y mantenerse firme hasta el final. O eso esperaba, porque la bilis seguía empeñada en subir por su garganta y tragar saliva como si estuviera en una competición contra su estómago no ayudaba.

Trató de no fijar demasiado la vista en lo que ocurría de cintura para abajo. El oído y la imaginación ya hacían bastante por ella. Erik no apartó la vista del fuego hasta que su mano fue conducida de regreso al cabello de la mujer. Esta vez lo enredó en la palma y cerró los dedos en un apretado puño que mantenía el cabello tirante clavándosele en la piel.

Miraba hacia abajo, con los dientes apretados, como si estuviera debatiendo consigo mismo, tratando de contener lo que sentía. Gene rezó por que no fuera el modo en que él contenía su orgasmo para alargar aquello. No soportaba la idea de que le estuviera gustando ser tomado por alguien que no fuese ella, aunque ese Erik, el del siglo dieciocho, no la conociera aún. Además, a ella no le había dejado hacerle eso y ver que no tenía inconveniente en que la rubia lo hiciera la estaba matando.

La rubia estaba gimiendo, una mezcla de dolor y placer. Las mejillas, húmedas de lágrimas derramadas. Erik la sujetaba tan fuerte por el cabello que Gene estaba segura de que acabaría por arrancárselo, y ella sabía bien lo desagradable que resultaba aquella sensación por propia experiencia. No podía imaginarse al hombre haciéndole eso a ella. No quería imaginarlo.

El estruendo de la puerta principal al abrirse y chocar contra la pared la sobresaltó y se volvió a mirar.

Azalea. Esa mujer debía de ser Azalea.

Acababa de llegar, aunque nadie parecía prestarle atención por el momento, demasiado ocupados en su propio placer. La muchacha arrojó al suelo la capa con que se cubría y quedó completamente desnuda, a excepción de los chapines azules que calzaba.

Caminó atravesando el salón, dirigiéndose hacia su derecha, donde uno de los gemelos fustigaba con una vara de madera el trasero de una mujer morena. Al verla, Aaron —pues Gene estuvo segura de que ese debía de ser Aaron— se detuvo y apartó a la dama a un lado.

—¿Qué hacéis aquí? Ya hemos hablado de esto, volved a casa.

—No. No voy a marcharme. Esto es lo que os gusta y estoy dispuesta a probaros que puedo servirlos.

—Deberíais volver a casa —le advirtió él acariciando uno de sus senos con el dorso de la mano—. A mí solo me interesan las mujeres, no las chiquillas asustadizas e inexpertas.

Gene imaginó que aquella era una gran mentira. Pero notó la advertencia en su voz. Le estaba dando una oportunidad para marcharse de allí.

Aaron se inclinó frente a Azalea, recogió la capa del suelo y se la colocó sobre los hombros. Ella apretó los labios en una fina línea y se desembarazó de la tela. Bajó la vista hacia la vara que aún estaba en manos de Aaron. Dándole la espalda se inclinó apoyando las manos en sus muslos y le mostró el trasero a él.

—Estoy dispuesta. Os quiero a vos, y si este es el único modo de teneros, así os tendré. No os tengo ningún miedo.

Aaron soltó la vara sin preocuparse por dónde caía y puso a la mujer recta, cara a él. Gene pensó que iba a rechazarla de nuevo. Abrió la boca para decir algo, pero no salió nada de sus labios. Miraba hacia la mesa que tenía junto a él y a la muchacha como si tuviera dudas.

—Me odiarás después de esto. Y yo me odiaré también.

—Os equivocáis. Yo os amo y no hay nada que podáis hacer que yo pueda lamentar.

Mierda, aquellas palabras. A Gene le recordó su última conversación con Erik. Él, tratando de protegerla de sí mismo y ella, negándose a ceder, deseando permanecer con él. Era tan similar que resultaba inquietante y

desgarrador a un tiempo.

La tomó en brazos y la recostó cuidadosamente sobre la superficie de madera lacada. Le acarició el abdomen plano y resiguió la curva de sus pechos con sus largos y delicados dedos. Azalea se arqueaba buscando sus caricias y suspiraba como si estuviera sumida en un profundo trance erótico.

Rendición. Eso es lo que reflejaba la mirada de él mientras la recorría suavemente, palpando cada centímetro de su piel, y empezaba a besarle la cadera, el ombligo, los senos...

—No me tratéis como si fuera una muñeca de porcelana. Esto no es lo que les hacéis a ellas.

Aaron maldijo entre dientes y fue en busca de una soga. La utilizó para anudar las muñecas de la joven sobre su cabeza y atarlas a las patas de la mesa, de modo que ella no podía bajar los brazos, ni huir.

Pero él no iba a hacerle daño. Había metido una mano entre las piernas de ella y la estaba excitando, cubriendo su boca con la zurda para que ella no pudiera hablar o quejarse de algún modo.

Aaron no quería hacerle a ella lo mismo que a las demás. Y Gene leyó eso en su rostro, como si fueran las instrucciones de una bolsa de patatas fritas. Abrir y comer.

Cuando la montó y entró en ella no pareció dolerle, por lo que Gene supo que él lo había hecho bien.

Sus manos, fuertes a pesar de lo delicadas que parecían, se cerraron en torno al cuello de ella.

Gene no quería mirar, pero tampoco podía apartar la vista.

—¿Conocéis la seña?

—Lo sé todo sobre vos. Hacedlo ya.

Él se mantuvo quieto un minuto más, como si tuviera la esperanza de que la muchacha fuera a arrepentirse y obligarlo a parar aquel absurdo juego. Pero no fue así, Azalea no se quejó, al contrario, estaba expectante, sonrojada, con el pecho subiendo y bajando rápidamente. Y él la deseaba. Así que apretó más las manos y empezó a moverse dentro de ella. De sus bocas entreabiertas escapaban gemidos de placer. Azalea sonreía sumida en el acto erótico y se dejaba hacer hasta que el aire empezó a llegar en cortas y escasas bocanadas a sus pulmones y ella notó que se estaba asfixiando.

—Se está ahogando —susurró Gene alargando los brazos y tratando de detener al hombre.

Pero sus manos lo atravesaron sin causar el menor efecto. Aaron no la

estaba mirando a ella, oía sus gemidos y seguía balanceándose sobre el cuerpo de la mujer. Las piernas femeninas atrapadas bajo su colosal peso, incapaces de hacer nada por apartarlo.

—¿Por qué no la mira? ¿Es que no se da cuenta?

—Hazlo tú, Gene. Mira bien.

—¿Que mire el qué? No quiero ver cómo la mata. —Las lágrimas rodaban por sus pómulos, oscureciendo el verdor de sus ojos.

No podía pararlo, no la oían ni la sentían, y no quería seguir mirando. Apartó la vista y la volvió hacia Erik, pero no podía verlo desde donde se encontraba, junto a la desafortunada pareja. El respaldo del butacón y el brillo de la chimenea era lo único que alcanzaba a ver desde ahí.

Aaron seguía entrando y saliendo, acelerando sus embestidas mientras que Azalea no podía hacer nada para detenerlo. Se inclinó sobre ella, con el pecho pegado cerca de su rostro, a escasa distancia, y su boca enterrada en la curva entre su cuello y el hombro, pero seguía sin mirarla.

—No puedo... esto es... —Volvió a mirar hacia donde Erik se encontraba, desesperada porque él se volviera y detuviera toda esa locura.

Aunque sabía que ese no era el final de la historia.

Un momento.

¿Volverse?

Se desplazó de regreso junto a la chimenea. La rubia seguía haciendo su trabajo. Erik mantenía la mirada perdida en las llamas. Alzó la vista y recorrió la sala hasta localizar a Bernard. Luego cerró los ojos y dejó que su oído captara y registrara todos y cada uno de los sonidos de la sala, absolutamente todos, buscando uno muy concreto que no logró discernir.

Y entonces la puerta de la sala se abrió y ella volvió a prestar atención con sus cinco sentidos.

Lewis Stone estaba gritando desconsolado una sola palabra.

Asesino.

—Arya. —La voz de Gene era firme ahora. Se secó las lágrimas y tomó aire, consciente de lo que acababa de presenciar—. ¿Podemos saltarnos esta parte?

La bruma ascendió desde sus pies envolviendo todo a su alrededor y cuando volvió a disiparse estaban de regreso en el cuarto de Erik, sentadas ambas sobre la cama con el vestido rojo arrugado a un lado.

—¿Cómo es posible que él no lo sepa?

Dave nunca había forzado tanto el motor de un coche. Ni siquiera en las prácticas de conducir cuando fingían ir en una persecución. Estaba seguro de que tarde o temprano el vehículo acabaría resintiéndose y empezaría a echar humo, pero no había forma de que él redujera la velocidad.

Miró de nuevo por el espejo retrovisor, los otros dos automóviles lo seguían de cerca. No sabía si sentirse orgulloso de ellos o estar terriblemente avergonzado de meterlos en este lío.

Justo después de hablar con Sam y decirle cómo encontrar la carretera, salió de su despacho, sacó su placa del bolsillo, la insignia de su camisa y el arma reglamentaria de su cinturón y los depositó sobre la recepción, delante de Betty.

La mujer había dado un respingo, como una tostada saltando del tostador y luego una exclamación ahogada brotó de sus gordezuelos labios llenos de carmín rojo.

Algunos agentes se detuvieron en sus quehaceres para interesarse por lo que había alterado tanto a la mujer, y al bajar la vista hacia la recepción sus ojos parecían huevos duros asomando sobre un plato plano.

—¿Es por Gene? ¿Verdad?

Dave se limitó a asentir. Había planeado salir dignamente de allí, armarse con su arsenal particular, la caballería y salir despedido hacia las montañas.

No se lo permitieron.

Rick, Emily y otros cuatro agentes más depositaron sus placas y sus armas junto a la suya. Keith seguía en el hospital y, por supuesto, nadie iba a decirle nada. Todos ellos conocían a la mujer, muchos crecieron con ella, habían compartido colegio y degustado los dulces de su tía.

No necesitó dar muchas explicaciones. Todos en la comisaría conocían los ataques que Gene había sufrido desde su llegada a Brandsbury para hacerse cargo de la casa de su tía. También sabían que las pruebas y los detenidos habían desaparecido de sus instalaciones y que Dave no lograba

ayuda del juez. Varios agentes más se unieron dejando atrás sus placas. Dave tuvo que hacer una criba, pues no podían dejar la comisaría vacía y no iba a permitir que los que más tenían que perder, lo acompañaran. La discusión fue corta y acalorada, pero finalmente llegaron a un acuerdo.

Genevieve iba a enfadarse mucho. Ella no quería implicar a nadie más, pero no había forma humana de que Dave la dejara a su suerte. Incluso Claire estuvo de acuerdo. Se armaron y pisaron a fondo el acelerador.

Emily iba junto a él. Sam y Celaya llevaban más de hora y media en el lugar. Un viejo hangar abandonado rodeado de campo en varios kilómetros a la redonda. Les acababan de enviar algunas fotografías e información sobre el número de mercenarios. Apenas se distinguía gran cosa, pero acercarse tanto no era una opción, y menos para un par de civiles. Aun así, las cosas no pintaban bien, iban a necesitar mucha ayuda por parte del Creador si querían salir con bien de esa.

Dave detuvo el coche a pocos kilómetros del hangar. Desde ahí deberían continuar a pie para no alertarlos de su presencia. El Range Rover de Sam estaba allí entre los árboles.

—Está bien. Última oportunidad. Nos superan en número, sus armas son mejores y tratamos con profesionales a sueldo. No tenemos respaldo y es posible que perdamos el empleo.

—Capi, estamos perdiendo el tiempo. Vamos a por nuestra chica.

—Sí, y demostremos a ese ricachón que nadie se mete con el departamento de policía de Brandsbury y sale impune.

Un asentimiento general dejó a Cox sin palabras. Ajustó el cinto con las pistolas que llevaba a la cadera y encabezó la marcha. No tardaron en alcanzar el lugar y localizar a los dos hombres que los recibieron como si fuera la lluvia tras un año de sequía.

Cox dispersó a sus hombres antes de ir junto a Sam y Celaya con Emily siguiéndolo de cerca. Los cuatro se arrastraron tras unos arbustos desde los que vigilaban la entrada del hangar. Y Emily se mantuvo muy cerca del médico, aunque no se besaron ni se saludaron de ningún modo especial. La mujer estaba en modo policía, y eso estaba bien.

—¿Cómo vamos?

—Están todos dentro. Hemos oído gritar a Erik una vez, pero desde hace casi dos horas el silencio es prácticamente total. Cada diez minutos dos hombres se asoman desde ahí y registran el perímetro antes de volver a desaparecer dentro. No hay salida trasera. Celaya lo ha comprobado. Esa es la

única forma de entrar y salir, no hemos encontrado un lugar mejor desde el que vigilar sin que nos encuentren, y no sabemos qué está pasando en el interior, pero al menos no se oyen disparos. Los helicópteros no estaban en tu cabaña, así que no sabemos cuántos mercenarios más puede haber ahí dentro. No es mucho.

—Tranquilo, Sam. No se podía hacer nada más.

—No pinta bien, ¿verdad?

—Si me preguntas por las posibilidades, no voy a engañarte, tenemos pocas. Pero no vamos a dejar que...

Cox no pudo seguir porque justo en ese momento del interior del hangar un grito de mujer y un disparo le cortaron el aliento.

Era como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en el mando a distancia, congelando a las únicas mujeres presentes en aquella sala, que permanecían estáticas frente a su audiencia.

Arya con las manos sobre las sienes de Gene y la pelirroja levemente inclinada hacia delante para facilitarle la tarea. Ambas permanecían con los ojos cerrados y tan quietas que ni siquiera se notaba la respiración haciendo subir y bajar sus pechos.

Erik se debatió contra los hombres que lo mantenían sujeto, quería llegar hasta la mujer, apartarla de la morena y evitar lo que Stone quería que ella viviera. Solo de pensar que Gene estaba ocupando ahora el lugar de Azalea, con los dedos de su hermano entorno al cuello, su miembro dentro de ella y que estaría rogándole a él por una ayuda que no iba a obtener, le partía el alma.

Hacía unos minutos rezaba porque la pelirroja entrara en razón. Que admitiera el horrible ser que era él y decidiera dejarlo ir, pero ni en sus peores pesadillas habría orquestado un plan semejante para lograr su propósito. Porque él jamás la lastimaría, nunca si podía evitarlo. No otra vez.

No podía apartar los ojos de ella. Intentó leer en su mente, captar sus emociones, pero es como si hubiera dejado de existir. No había nada fluyendo de la dueña del retrato hacia su esclavo, ni lo más mínimo. Y eso lo inquietaba más que cualquier otra cosa, pues su rostro no mostraba dolor, ni ningún otro tipo de emoción, lo cual le había aliviado en un primer momento, pero el hermetismo absoluto lo estaba volviendo loco. Tampoco podía entrar

en su mente, es como si ya no fuera su dueña. El único motivo porque el que sabía que esta no era la razón es que no sentía ninguna otra presencia.

Por primera vez en su vida, después de más de trescientos años, Erik estaba solo en su propio cuerpo. Y en lugar de sentirse agradecido y disfrutar la sensación, el terror que lo embargaba era tan poderoso que el oscuro escobero de su niñez era un parque de atracciones a su lado.

El tiempo se alargó. Los minutos se estiraron hasta convertirse en horas. Transcurridos los sesenta primeros, William había comenzado a perder la paciencia.

—¿Cómo pueden tardar tanto? —increpó paseándose alrededor de las dos mujeres—. Solo es un polvo, por el amor de Dios.

—Haznos un favor a todos, William. Quédate en silencio y detente.

—¿Y si ella ha tomado el control? ¿Y si le hace daño a Arya? No sabemos los trucos que este malnacido le ha podido enseñar.

El anciano Stone se llevó una mano al puente de la nariz, por debajo de la montura de sus gafas, cerró los ojos y tomó aire de la mascarilla antes de contestar.

—Está entrando en su mente, manipulando sus sentidos, sus recuerdos, sus emociones. No se han sentado a ver una maldita obra de teatro —ladró con un carraspeo que se tornó en una seca tosecilla que aumentó hasta estar a punto de ahogarlo.

La enfermera corrió a su lado, moviendo su frágil cuerpo y anudándole la mascarilla en torno a la boca para que respirara por ella. Dándole instrucciones al oído y vigilando sus constantes con la mano envolviendo su muñeca.

Stone la apartó a un lado y se deshizo de la mascarilla, dejándola colgar bajo su barbilla.

—Lleva tiempo. Las conexiones llevan tiempo. Deja que haga su parte. —Las palabras apenas brotaban de sus resacos labios, eran como un silbido que arrastrase arena al hablar.

William se detuvo tomando asiento sobre los escombros que estaban desperdigados por todo el hangar. Los brazos cruzados sobre el pecho, sin perder de vista a su sobrina.

—Deberíamos habernos limitado a destruir el retrato y pegarle...

—Por supuesto, ya sabemos cómo solucionas tú todo. Y luego tendría que enviar a Avery para sacarte las castañas del fuego. Nadie va a tocarla. La señorita Hanglin volverá a su casa sana y salva y más que satisfecha con su

cheque. Luego nos llevaremos el retrato y ocupará el lugar que le corresponde con nosotros. Él debe seguir pagando.

Los fríos ojos azules de Stone se fundieron con los negros de Erik, que lo miraba de rodillas sobre el duro suelo de cemento.

—No lo hago por ti —escupió el anciano a Erik, que parecía estar agradecido por algo—. A diferencia de tu estirpe, yo no soy ningún monstruo. La señorita Hanglin jamás debió verse envuelta en nuestra guerra. Si esa vieja estúpida de Ada Pottery no me hubiera escondido el retrato, movida por su avaricia, si no hubiera dejado que Margerite Boudin lo adquiriera, nada de esto habría pasado. Y tú no debiste dejar que se enamorara de una mentira, eso lo haría todo mucho más fácil y Arya no tendría que hacer lo que está haciendo.

—Traté de impedirselo —susurró Erik—. Pero ella es muy especial. No es como las demás. Rezo —Alzó más la voz—, rezo porque el dolor que ella le está causando ahora sirva para dejarla libre.

—Haces bien. No quiero perjudicarla aún más, pero si no me deja opción...

No hubo de concluir. Erik sabía bien que Stone no dudaría en acabar con la vida de Gene si no le quedaba más remedio. Dudaba que Dios aún prestara oídos a nada que él pudiera pedirle, aun así, lo intentó, porque esta vez no pedía para él, solo para ella, para que recuperase la vida que él le había arrebatado y pudiera ser feliz.

Las manos de Arya cayeron a plomo hasta quedar colgando a ambos lados de sus caderas. Parpadeó una, dos, tres veces hasta fijar su vista en Genevieve, que todavía no había hecho el menor movimiento.

—Gene. Es hora de volver.

El cuerpo de la pelirroja se estremeció antes de que sus párpados se agitaran como diminutas alas de mariposa revoloteando entre las flores. Tomó una honda bocanada y se enderezó, un instante antes de que las rodillas le fallaran y acabara en el suelo, con las palmas de las manos y las rodillas deteniendo el golpe.

Stone tenía una brillante sonrisa en su arrugado rostro. Al ver como la muchacha caía al suelo visiblemente alterada y sin fuerzas, supo que el daño ya estaba hecho y que no tardaría en firmar y entregarle el retrato a su legítimo propietario. Le costaba volver a la realidad y temblaba de rodillas en el suelo, así que alargó la mano, solícito, para que tuviera algo a lo que aferrarse.

Cuando la mujer alzó el rostro, sus ojos se desviaron momentáneamente hacia Blair, antes de fijarlos en los de Edgar Stone. El anciano hubiera deseado poder tomar una instantánea del momento exacto en que ella mutara su rostro, aterrada por lo que Blair había hecho.

Pero Gene no estaba aterrada, estaba... preocupada por él.

Edgar Stone hacía mucho tiempo que había olvidado lo que era el calor corporal. Su sistema circulatorio no funcionaba como debía y debido a esto su temperatura estaba siempre un par de grados por debajo de la debida, con lo que, incluso en pleno verano, vestía camiseta interior, camisa de invierno y chaqueta de vestir. Necesitaba mantener el calor de algún modo.

En ese momento, Stone podría haber estado desnudo sobre la maldita silla de ruedas y no hubiera notado más que el infierno sacudirse bajo su piel.

Al ver la expresión de la mujer fue como si un volcán le estallara en las entrañas, derramando lava ardiente por cada arteria, cada vena, cada fibra de su frágil ser. Sentía la piel en llamas, los órganos licuándose.

Sentía tanta rabia, tanto odio, que, de haber tenido fuerzas, él mismo habría cogido la silla, lanzándola al otro lado del recinto, y con un solo golpe habría dejado un enorme agujero en el cemento.

Pero su cuerpo no respondía igual que su mente y sus emociones. Así que tuvo que conformarse con emitir un bronco quejido que casi lo dejó sin aliento y volverse airado hacia su sobrina.

—Arya, ¿qué has hecho?

—Lo que debía hacerse —susurró ella.

En ese momento, William sacó su arma y sin mediar palabra alguna apuntó en dirección al retrato.

Al ver el gesto, Gene, que estaba recuperando sus funciones vitales tras viajar al interior de la mente de Erik, reaccionó del único modo posible. Interponiéndose entre el arma y el retrato. El estallido resonó justo en el momento que William perdió de vista su objetivo y se topó con los ojos esmeralda de Genevieve.

—¿Qué ve cuando está dentro del retrato?

—Solo lo que Lewis quiso que viera.

—Pero ¿por qué encerrar a Erik? Él no tuvo nada que ver. ¿Y Bernard? ¿Por qué matarlo a él?

—Cuando Lewis apareció en la sala de baile, solo tenía ojos para su niña. Azalea yacía muerta, atada a aquella mesa, bajo el cuerpo desnudo de Aaron, así que lo siguiente que hizo, cegado por el dolor, fue arremeter contra él. Fueron sus gritos los que detuvieron la fiesta. Lewis arrastró a Aaron hacia la chimenea sin permitir que el joven ayudara a Azalea. Erik había saltado hacia ella en cuanto se percató de lo sucedido y estaba tratando de tomarle el pulso y reanimarla. Cuando Lewis comenzó a pronunciar los versos de un conjuro, el fuego ardió con más intensidad y brazos como lenguas de fuego emergieron del hogar hacia Aaron. Bernard se interpuso y ambos acabaron envueltos en llamas. Lewis no tenía intención de hacer daño más que a Aaron, pero no se contuvo ni trató de hacer desaparecer el fuego cuando Bernard se metió en medio.

—¿Y Erik?

—Los gritos de sus hermanos lo alertaron, pero poco pudo hacer por ellos. Se enfureció y trató de herir a Lewis, fue de ese modo como acabó preso en su mansión.

—¿Y por qué castigarlo a él? Erik trataba de salvarle la vida a Azalea.

—Porque el dolor, Gene, a veces nos nubla la razón y no nos permite ver el sendero correcto. Lewis estaba lleno de resentimiento hacia él mismo, hacia Aaron, hacia sus hermanos, por el tipo de vida que llevaban, por seducir a Azalea. Pero, sobre todo, estaba dolido con ella por desoír sus palabras y exponerse a tamaño peligro. No podía admitirlo, sin embargo, y su dolor se convirtió en ira, y la ira en odio que, finalmente, desembocó en un sentimiento de venganza insatisfecho. Y fue dicho sentimiento lo que descargó sobre Erik. No es más que una víctima inocente. Lugar equivocado, momento equivocado. Mientras el retrato existiera, él encontraría un modo de paliar su dolor.

—¿Y Erik no lo sabe? Dijo que revivía esa noche cada día.

—En el retrato, Erik está frente a Aaron y Azalea, observando, sin molestarse en ayudarlos, tal y como Lewis sintió que ocurrió cuando el odio lo devoró por dentro. Y después de trescientos años, Erik está convencido de que esa, y no otra, es la verdad. No tiene más recuerdos que los que él mismo ha desvirtuado al residir dentro del cuadro y convertirse en esclavo de los deseos de sus poseedoras. El encierro no lo enloqueció, pero cambió una parte muy importante de él y avivó el desprecio hacia sí mismo que siempre lo acompañó desde muy pequeño.

—Sabía que él no pudo ser capaz de algo así. —Gene sonrió sintiendo

que su corazón florecía al conocer la verdad del hombre al que amaba—, pero esto no cambia nada. Él no quiso creerme, no está dispuesto a pensar bien de sí mismo. Y aunque lo hiciera, ¿cómo va eso a ayudarnos con tu abuelo?

—Tienes que mostrarle lo que has visto. Lo creará si lo ve en tu mente porque confía en ti, y sabe que jamás le mentirías sobre algo así. Es como en los cuentos, Gene, pero con una complicación de la vida real. No basta solo con el amor verdadero, también tiene que perdonarse a sí mismo y quererse tal y como es. Tu amor ya lo tiene, eso es lo que mi abuelo trataba de destruir poniéndote en el lugar de Azalea. Ahora debe ver la verdad y perdonarse. Tú tienes la conexión con él, haz que lo vea y comprenda. Es el único modo de romper la maldición.

—Eso sigue sin sacarnos de este hangar.

—Bueno, sé de buena tinta que están llegando refuerzos ahora mismo. Y yo voy a ayudaros también. Cuando regresemos, es posible que te encuentres un poco desorientada, debes contactar con Erik en cuanto despiertes sin que mi abuelo o mi tío se den cuenta, hazle ver la verdad y cuando sea libre, yo me encargaré del resto.

—¿Eres consciente de que tu plan está cogido con pinzas?

—Sí, y lo lamento. Debíais viajar al mundo del retrato para que aprendieras a confiar en él y necesitabais tiempo para enamoraros. Cuando quise intervenir, todo se precipitó y tenías que verlo por ti misma para poder mostrárselo a él. Las palabras no le hubieran bastado.

—¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Y cuánto tiempo llevamos aquí?

—Dos horas, pero no necesitas tanto —explicó enseguida al ver que la pelirroja se llevaba la mano a la garganta y estaba dispuesta a quejarse—. Lo he alargado para dar tiempo a que tus amigos lleguen, solo se necesita un instante. Los pensamientos vuelan rápido, Gene, más que las palabras. Podrás hacerlo, pero hay que ser precavidos, un error y todo se irá al traste.

—Dime algo.

Arya inclinó la cabeza a un lado y se mordió el labio inferior con cierta tristeza.

—La venganza de Lewis es un sentimiento que ha afectado a mi familia desde entonces. Durante siglos, después de que el retrato se perdiera, todos han querido recuperarlo de un modo u otro y asegurarse de que Erik siguiera pagando su castigo, y eso nos ha destruido. Solo quiero paz, Gene. Quiero que esto se acabe de una vez. También quiero que seamos libres.

—Pues vamos a liberarlos a todos. Llévanos de vuelta, Arya,

acabemos con la maldición.

Gene abrió la boca para tomar una larga bocanada y soltó el aire con fuerza antes de enderezar la cabeza y mirar a su alrededor. Tenía los ojos vidriosos y, por unos agobiantes instantes, solo percibía sombras y bultos. Se frotó los ojos con el dorso de las manos e intentó centrar de nuevo la mirada, que se le fue aclarando paulatinamente.

Stone estaba frente a ella. Sonriente, tendiéndole una mano de dedos largos y arrugados, llenas de manchas oscuras y temblorosa. Lo miró como si fuera un extraterrestre. Adormecida y desorientada y se apartó de él hasta que fue capaz de mantenerse erguida por sus propios medios. Edgar no se lo reprochó. Arya tenía instrucciones precisas de hacerla salir antes de que Azalea, Gene en este caso, muriera a manos de Aaron, pero no antes de que pudiera sentir el pánico de verse indefensa y falta de oxígeno. La experiencia debía ser traumática y era lógico que la joven necesitara un minuto para reponerse.

Gene tardó unos segundos más en aclarar su visión. Cuando lo hizo, sus ojos buscaron algo conocido, algo que la hiciera sentir segura y a salvo, buscaban a Erik, aun cuando su yo consciente sabía que debía evitarlo a toda costa. No fue un acto premeditado, más bien un reflejo impulsivo, una necesidad acuciante por saber que estaba bien. Sintió un nudo en el estómago al ver cómo sangraba por una brecha reciente en la nuca, pero se obligó a apartar la mirada y mantener la expresión más neutra posible. Por desgracia, ya era tarde, porque Stone estaba pendiente de cada una de sus reacciones, y no se le pasó el cruce de miradas, por imperceptible que este hubiera sido.

—Arya —Dejó ir el nombre de su nieta entre los dientes—, ¿qué has hecho?

El metal brilló en la mano de William copando toda la vista de Gene que ya no pudo apartarla del arma, siguiendo el curso lógico que tendría la bala, supo, como si ella misma fuera a disparar, que el hombre quería destruir el retrato.

No pensó en nada. La única idea que cegaba cualquier otro pensamiento era saber que, si el disparo daba en el blanco, perdería a Erik para siempre. Su cuerpo tomó la decisión por ella. William estaba a menos de medio metro, saltó con los brazos extendidos y recibió la bala que iba

destinada al retrato, justo en el pecho, cerca del corazón.

Lo siguiente que sintió fue el suelo acercándose a ella o ¿era ella la que se aproximaba al suelo? En todo caso, acabó de espaldas sobre el cemento, con la cadera y cada músculo de su cuerpo dolorido. Con una sensación de quemazón en el pecho y un repentino cansancio que hacía que los ojos se le cerraran. También tenía frío o al menos estaba tiritando.

Oía voces a su alrededor, amortiguadas, como cuando sumergías la cabeza dentro del agua, solo que tampoco era consciente de escuchar los latidos de su corazón. Es como si estuviera encerrada dentro de su propio cuerpo, con los sentidos fallando, funcionando sin nitidez o precisión.

Hasta que algo asaltó su olfato. El olor del eucalipto. La zarandearon o eso pensó ella. Estaba cómoda tirada en el suelo, se estaba quedando dormida, y eso le gustaba. Se echaría una larga siesta y cuando despertara estaría mejor. Mejor que ahora, al menos, más despejada, fresca como una lechuga.

Erik. Era Erik. La estaba apretando contra su cuerpo. Algo frío y húmedo le caía sobre las mejillas y los labios. Lloraba. Erik estaba llorando. ¿Por qué? Espera, el disparo. Claro, la bala le había dado a ella. Por eso Erik estaba allí y lloraba. Un momento. Ella tenía que decirle algo. ¿Por qué no recordaba lo que era? Algo sobre el retrato. No. Sobre sus recuerdos. Sobre la verdad.

Entonces lo vio todo claro de repente.

—Erik, hay un modo... un modo de... —La tos le cortó el aliento y la dejó dolorida y con un zumbido desagradable en la cabeza.

Parecía que se oían más disparos, pero a ella no le importaba nada más que Erik y liberarlo de la maldición. Por desgracia, se estaba ahogando y no podía hablar con fluidez. El tiempo se agotaba. Oh, Dios mío. El tiempo se le estaba agotando rápidamente y había tanto que decir, tanto que hacer todavía. No podía irse sin liberar a Erik. No podía.

Alargó el brazo hasta conseguir posarlo en su mejilla. La incipiente barba le raspó la palma de la mano, y sus dedos resbalaron con la humedad de sus lágrimas, que no dejaban de brotar. Él hablaba, le hablaba a ella, pero apenas podía oírlo. Tenía que hacer que él lo viera antes de perder la conciencia, tenía que conseguir que Erik lo comprendiera todo. Un deseo, tal vez un deseo.

—Yo deseo... —La sangre escurriendo por sus labios—... deseo que...

Sus ojos se cerraron, y entonces ya nada importó. Solo la oscuridad cálida y acogedora que vino en su busca.

Erik supo que Gene estaba regresando por que se mareó como si hubiera ingerido una gran cantidad de alcohol, todo en un instante. De no ser porque dos de los mercenarios lo tenían agarrado por los brazos y ya estaba de rodillas, habría caído con todo su peso. Su cabeza se despejó casi al mismo momento que la de la pelirroja y lo primero que hizo, cuando alzó el rostro, fue cruzar sus miradas.

Mierda. No. Gracias. Gracias a Dios por escuchar sus plegarias.

Porque en esas esmeraldas brillantes y claras no había dolor, ni el menor atisbo de miedo. Solo amor, puro amor, y lo dirigía todo a él. No sabía lo que aquella muchacha le habría hecho a su niña, pero Gene no parecía haber mutado su opinión con respecto a él. Tampoco parecía afectada, y estaba seguro que ser asfixiada mientras un desconocido te folla sin clemencia no era una experiencia que nadie quisiera experimentar por sí mismo, ni mucho menos una de la que salir, como si se tratara de un agradable paseo por el campo.

Su niña estaba bien. Estaba entera.

Por desgracia, él no fue el único que se dio cuenta y la paciencia de William, que había paseado en círculos durante la última hora golpeado el suelo con sus pies, aporreado su móvil y tironeado de su pelo como si tratara de quedarse calvo, estaba rozando el límite.

Ni la orden ladrada por su padre, ni el grito de horror que Erik lanzó, ni los brazos de su sobrina tratando de alcanzarlo fueron capaces de detener el dedo presionando el gatillo.

La bala abandonó la pistola con una explosión grave, directa hacia el centro del retrato. Erik no estaba preocupado por eso, se necesitaba mucho más que un disparo para desgarrar el retrato. Un hacha hubiera sido más precisa. Gene no debía saber esto, porque Erik tuvo que presenciar como el cuerpo de la pelirroja se interponía entre la bala y el retrato, recibiendo de lleno el proyectil, que le atravesó la espalda, desviándose lo justo para acabar comiéndose la corona de hojas que adornaban el marco de madera.

Los soldados que lo agarraban soltaron sus brazos para tomar sus fusiles y apuntar a William. Al verse libre, se enderezó para atrapar a la

mujer, pero llegó tarde y su cuerpo chocó con el cemento y rebotó dos veces en una macabra danza. La levantó en cuanto la tuvo a su alcance y la enterró en su pecho.

La pesadilla. La horrible pesadilla se estaba haciendo realidad. La sangre, el disparo. Los labios cubiertos de líquido rojo de la mujer. Todo.

—No. Gene. Maldita sea.

—Erik, hay un modo... un modo de...

Tosió, y al hacerlo escupió sangre que era casi tan roja como sus cabellos, pero mucho menos brillante y hermosa. Le manchó los labios y se deslizó por la comisura hacia su barbilla.

—No hables. Mi amor, por favor, no hables. Aguanta, criatura. Quédate conmigo.

Atrapó la mano femenina y la dejó sobre su mejilla. Sabía que debía estar arañándola con la barba, pero no pensaba apartarla. La quería por todo él, fundiéndose con su piel, si esto la mantenía con vida.

Se oyeron más disparos, muchos más, de todas partes. Y luego un silencio sepulcral y una onda de energía que lo barrió todo cuando Arya tomó el control y detuvo a los mercenarios con el poder de su mente. Pero no podía apartar los ojos de su niña pelirroja. La vida se le estaba escapando rápidamente por la herida que tenía en el pecho y que ya teñía de rojo su camiseta blanca. Ni siquiera levantó la mirada cuando sintió desgarrarse el retrato. William debía haberlo logrado.

—Yo deseo...

—Aguanta, preciosa. Por favor, aguanta... Gene... ¡Sam! —gritó cuando sintió la presencia del médico acercándose a ellos—. ¡Sam, deprisa!

—... deseo que...

Los ojos de Gene se cerraron y Erik no pudo seguir contemplando el verdor que se apagaba tras sus párpados. Lo que sí sintió, más que ver, fue como su propio cuerpo se iba desintegrando, haciéndose cada vez más intangible, más transparente, deshaciéndose.

—Tienes que vivir por los dos. Tú tienes que vivir, Geney. Tienes que vivir.

El cuerpo de Gene chocó contra el suelo al perder el sostén de los brazos de Erik que, junto con el retrato, acababa de desmaterializarse en el aire.

XXXII

Dave no estuvo seguro de que era lo que le había impulsado a dar la orden para entrar.

El disparo sonó cortando el aire y dejando un inquietante silencio después cuando el eco de la explosión se hubo disipado. Todos los que estaban agazapados fuera del hangar parecían estatuas congeladas con la vista fija en el edificio rectangular y gris por cuya abertura principal, una puerta por la que cabría un jumbo, no se veía el menor movimiento.

Sus instintos de policía, todo lo que había aprendido en la academia y por propia experiencia personal, le gritaban que se mantuvieran a cubierto e hicieran una labor de reconocimiento antes de aventurarse a entrar en un recinto donde, varios soldados armados, profesionales contratados por Stone, aguardaban listos para detener cualquier interrupción.

El grito de Erik fue lo único que salió de la enorme abertura, acompañando el ruido de la detonación. Sabía que era Gene. Ella era la implicada en el disparo. Y de algún modo, saber que ella estaba en peligro, si no muerta, no fue tampoco el motivo que lo impulsó a dar la voz de ataque.

Pero eso hizo. Se puso en pie, alzó el puño con el que no sostenía su arma y con una orden clara dada en voz alta, alentó al resto a seguirlo.

No tenía muchos recuerdos del momento en que había llegado al interior del hangar. Lo único que sabía es que las balas habían comenzado a volar entre los mercenarios y los policías. Sam se había quedado en la retaguardia y Celaya, que había recuperado el arma de la cabaña y ahora la blandía dispuesto a utilizarla, corría a su lado con el rostro desencajado, más propio del de un fiero gladiador romano que el de alguien acostumbrado a lidiar con ordenadores.

El tiroteo no duró demasiado. Los mercenarios, uno a uno, habían dejado caer las armas y doblado las rodillas hasta tocar el suelo con las manos tras la cabeza. Así que Dave se vio obligado a detener el ataque y dar orden de que todos fueran desarmados y esposados.

No comprendía nada. Los mercenarios habían herido a Emily y a

Rick. Él mismo tenía un feo raspón en un brazo ensuciándole la impoluta camisa que Claire le había planchado aquella misma mañana. El enemigo, en cambio, ni el menor arañazo. Y aun así, eran ellos los que se estaban rindiendo.

Luchó contra la lógica un minuto más, antes de que Celaya se atravesara en su camino como una exhalación en dirección al cuerpo de Genevieve.

La pelirroja yacía de espaldas en el suelo. El rojo cabello esparcido por el cemento gris, la piel pálida y cetrina, con surcos morados entorno a los ojos y sobre los labios. La camiseta cubierta de sangre, al igual que el suelo a sus espaldas y su barbilla. Los brazos lánguidos a ambos lados de su cuerpo. La pierna derecha estirada y la izquierda doblada hacia afuera en un ángulo de noventa grados por la rodilla.

No parecía estar respirando.

Del retrato y de Erik no había rastro.

Con paso torpe caminó los pocos metros que lo separaban de Celaya y Gene. El español tenía a la mujer cogida entre sus brazos y la llamaba a voces mientras que trataba de cubrir la herida con una de sus enormes manos.

El resto estaba borroso en su memoria.

Sam, corriendo para atender a los heridos, sin saber con cuál empezar. Los agentes que podían mantenerse en pie, esposando y sacando a los mercenarios fuera, al furgón y encerrándolos allí. Él mismo, tratando de mantenerse alejado de la pelirroja. Una absurda idea le decía que, si se acercaba demasiado, la muerte se la llevaría y él quería conservar a su amiga a su lado. Así que había ido hasta el joven Stone para desarmarlo y ponerle las esposas. Edgar no iba a ir a ningún sitio con su silla de ruedas y su estado. Tampoco la enfermera, ni los pilotos, que estaban inclinados en el suelo en estado de shock.

Stone parecía ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, con la mirada prendida en la mujer que yacía en brazos del español. Dave creyó ver lágrimas rodando entre los pliegues que formaban las arrugas de su piel. Una muchacha de cabello oscuro y ojos azules posaba sus manos en los hombros del anciano y lloraba a su vez, murmurando una letanía entre dientes. Algo sobre la culpa y llegar demasiado tarde.

Alguien consiguió que trajeran una ambulancia, un helicóptero en realidad, que se encargó de evacuar a Gene con Celaya fuertemente aferrado a su mano y a Rick, que eran los que se encontraban en estado más grave.

Sam también iba con ellos dando instrucciones.

Dave no recordaba cómo habían salido los demás de la montaña. Ni siquiera sabía cómo había salido él mismo del hangar. Aunque recordaba vagamente la figura de Emily a su lado, tocándolo incluso.

Cuando volvió a tener algún signo de conciencia, Claire estaba abrazada a él y ambos estaban sentados en la sala de espera del hospital.

Las puertas batientes se abrieron y un hombre vestido de verde, con una mascarilla azul claro cubriéndole la cara y un gorro del mismo tono la cabeza, salió haciendo chirriar sus Crocs blancas sobre el linóleo del pasillo.

Celaya dio un brinco a su lado y Claire tuvo que tomarlo de la mano para hacer que se levantara él también. Sam y Emily estaban allí. La rubia, con un vendaje en el brazo.

—¿José Celaya o Davis Cox?

Dave alzó la mano, como cuando pasaban lista en el colegio y la señorita Mildred lo nombraba por el apellido a pesar de que era el único Davis de la clase.

Celaya también se acercó al médico.

—No dejaré que la operen hasta que hable con uno de ustedes.

Dave se hizo a un lado y dejó que fuera Celaya quien acompañara al médico a través de las puertas blancas. No se planteó la posibilidad de ir él, nadie habría podido impedir que José corriera junto a Gene.

El español siguió la figura verde por los pasillos blancos y azules, con el sonido de su propia respiración martilleándole los oídos y una sensación de irrealidad cubriéndolo todo.

—Entienda que esto es muy inusual. Tiene que convencerla para que deje que la anestesemos y empiece la operación. Está muy grave y hay que intervenir enseguida.

José asintió. No entendía la gran mayoría de las palabras, pero no había que ser un genio para saber lo que el médico quería de él.

Una enfermera lo ayudó a ponerse una bata, algo para cubrir sus zapatos y una mascarilla.

—No toque nada y no se quite la mascarilla de la boca. —Él asintió buscando a Gene al otro lado del cristal que separaba el quirófano de la habitación donde se encontraba.

La sala que se abrió frente a él estaba llena de complicados equipos médicos. Un total de doce personas rodeaban una camilla, agitándose en torno a ella como las hormigas sobre un dulce que quisieran devorar. Una ola

de verdes y blancos que se hizo a un lado para dejar que se aproximara.

—¿Gene?

La pelirroja abrió los ojos una rendija al escuchar su nombre. Sacudió la cabeza hasta que una mano enguantada le retiró la mascarilla de la boca y luego volvió a cerrarlos con una expresión de dolor cruzándole los rasgos.

Cera. La piel de la pelirroja le recordó a la cera.

—¿Erik?

—Gene, tienes que dejar que te operen. Hablaremos después. —Ella negó con la cabeza y sus ojos se humedecieron.

—Se ha ido. Atrapado... para siempre.

El hombre no supo qué contestar a eso. Y ella ni siquiera tenía fuerzas para mirarlo.

—Cree que... que estoy muerta.

La agonía que conllevaba esa afirmación hizo que Celaya se estremeciera de pies a cabeza. Gene no soportaba pensar que Erik hubiera quedado atrapado en el retrato por toda la eternidad pensando que ella había muerto. Sencillamente, eso la estaba quemando por dentro.

—Llegamos a tiempo, Gene —le dijo cuando por fin fue capaz de tragar el nudo de su garganta y hablar. Se inclinó sobre ella, muy cerca de su oído y le susurró—. Sam le dijo que te ibas a poner bien. Él sabe que ibas a vivir. Y ahora tienes que hacerlo. No puedes dejarlo por mentiroso, Gene. ¿Me oyes?

Ella dejó escapar el aire con un suspiro de alivio y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Póngale de nuevo la mascarilla —indicó Celaya al equipo médico, en español, pero señalando con las manos—. Ahora dejará que la operen.

Y sin más se marchó por donde había venido. Con un pedazo menos de su corazón.

Sam, Dave y él iban a tener que hacer una promesa porque jamás, mientras vivieran, Gene sabría que Erik no estaba allí cuando ellos llegaron y que muy bien podía estar ahora derramando lágrimas por el cadáver de la mujer.

No. Definitivamente, Gene jamás lo sabría.

XXXIII

El hospital St. Merci que daba servicio, entre otras poblaciones, a Brandsbury, era un enorme edificio con forma de equis que se alzaba a una distancia prácticamente equidistante de los pueblos que tenía a su alrededor. Con un total de dieciocho plantas, había sido construido en mil novecientos ochenta y cinco y modernizado hacía apenas cinco años, por lo que sus instalaciones eran de las más nuevas y sus equipos contaban con la más alta tecnología. La más puntera.

Disponía de cuatro helipuertos, situados en la azotea, en cada uno de los extremos de la equis, para abastecer de servicio a toda la población que dependía de él y solventar los casos más urgentes que las ambulancias no podían atender en el tiempo adecuado.

Sam lo conocía bien. Había pasado allí muchos años atendiendo la planta de trauma antes de darse cuenta de que la ambulancia era el lugar en el que realmente quería estar.

Aquella era la primera vez que Sam recorría los pasillos del St. Merci como visitante y no como empleado. Se sentía extraño enfundado en sus pantalones vaqueros holgados y con una sencilla camisa blanca de manga corta en vez de llevar su pijama azul y la bata blanca con la que solía trabajar. Era como un pez fuera del agua. Incluso hubo un momento en que se sintió como si estuviera viendo una película en lugar de vivir él mismo la experiencia.

Pero no era ninguna película. El tiroteo, las heridas de bala, la sangre, los gritos, todo eso fue real. Muy real.

Contactó con el hospital en cuanto sonó el primer disparo. Los tenía sobre la pista antes incluso de que Dave se alzara sobre sus pies y corriera al interior del hangar, seguido del resto de agentes y de Celaya. Emily apenas se detuvo un segundo a mirarlo antes de ir tras su jefe.

El médico no se asustaba fácilmente, no podías hacerlo si trabajabas en una ambulancia atendiendo urgencias y calmando a los parientes del herido. Siempre debías mantener la calma y concentrarte en tu trabajo. Claro

que cuando la mujer que amas y tus mejores amigos se ven envueltos en una encarnizada lucha con armas de fuego, la cosa cambia.

Pasó del alivio más absoluto al ver a Emily en pie con una herida leve en un brazo al horror más terrorífico cuando distinguió a Gene tendida en el suelo en brazos de Celaya. Por suerte, los años de experiencia acumulados lo hicieron reaccionar a tiempo y logró mantenerla con vida hasta que el helicóptero sanitario alcanzó el lugar.

No recordaba mucho del traslado, excepto que pasó la mayor parte del viaje pendiente de sus constantes vitales y contemplándose las manos cubiertas de la sangre de la mujer. Tanta sangre. Y el cuerpo tenía una cantidad limitada, ¿verdad?

Las zapatillas chirriaron sobre el linóleo mientras caminaba a lo largo del pasillo pintado de blanco, con puertas a ambos lados en un suave color crema. La de Gene estaba justo al fondo, al lado de la puerta que daba a la terraza donde tanto pacientes como personal médico salían para dar alguna que otra calada.

Empujó la hoja sin molestarse en llamar. Celaya estaba recostado en una butaca de color beige, tenía los ojos cerrados y una de sus enormes manos cubriendo la más pequeña de Gene.

El español no se había apartado de su cama desde que la subieron a planta hacía dos días. Había pedido a Cox que le dejara algo de ropa para cambiarse la suya destrozada. Se duchaba en la habitación y picaba lo que sacaba de la máquina expendedora que había junto al ascensor. Era imposible sacarlo de allí más de cinco minutos. Diez, cuando alguna enfermera pasaba a lavar a la paciente o el médico hacía la ronda y comprobaba las heridas. Y en esos escasos momentos permanecía pegado a la puerta como un perro al que su dueño hubiera expulsado a la fría noche en mitad de una llovizna. Inquieto por volver al interior lo antes posible.

No necesitaba hablar con los sanitarios, no los hubiera entendido, para eso ya estaba Sam, que estaba al tanto de toda la evolución y lo mantenía al corriente como podía.

—No debí dejar que viniera sola —se quejó una voz femenina a espaldas del médico.

Celaya dio un brinco en su asiento y parpadeó varias veces tratando de enfocar la vista. No había pretendido dormirse. Claramente, su cuerpo tenía otros planes. Maldito traidor.

Sam acababa de llegar y a sus espaldas se alzaba una mujer morena y

ojerosa que dejaba escapar gruesos lagrimones, sin apartar la vista de la cama donde reposaba Genevieve.

—Sara.

Celaya se puso en pie de inmediato y abrazó a la muchacha, que se dejó arropar en su inmenso cuerpo, lloriqueando como una niña, con la mano cubriéndose la boca para no molestar a la paciente.

—Os dejo solos un rato, voy a hablar con la enfermera.

No hizo falta que Celaya contestara. Los dos hombres habían aprendido a hablar utilizando solo la mirada.

—Sara, tranquilízate. Se va a poner bien. Ya está fuera de peligro.

—No debió venir sola. No debí dejarla.

—Los dos sabemos que nada podría haberla detenido. No te culpes por eso.

La muchacha se apartó lo justo para secarse las lágrimas con las palmas de las manos y tomar aliento. Luego se abrazó al cuello de Celaya un minuto y finalmente se apartó, dirigiendo sus pasos hacia la cama donde yacía su amiga.

—Esto no está bien.

Alargó las manos y ajustó el gotero que tenía puesto en el brazo a través de una vía intravenosa. Celaya no osó detenerla. Sara era enfermera en el Hospital Jiménez Díaz de Madrid y sabía algo más que él sobre ese tipo de cosas.

—Había un hombre con ella cuando llamé hace dos días.

—Ya no está.

Sara lo miró por encima del hombro y alzó las cejas, inquisitiva.

—Es una historia muy larga, Sara. Y ni siquiera yo estoy seguro de comprenderla del todo. Dave llegará en un rato, creo que él podrá contártela mejor que yo. Ha estado desde el principio.

—Debió llamarme. En cuanto todo esto empezó. Debió avisarme. Habría venido. Debiste decirme que venías.

—No quería preocuparte. No conocía el alcance del problema hasta que llegué y Gene, bueno, ella no me dejó.

—Da igual. Es como mi hermana, José. Si algo le pasa a ella, yo debería saberlo. La dejé venir con esa condición, maldita sea.

El hombre dejó escapar el aire ente los dientes y agachó los hombros como si soportara una gran carga.

—Vamos a cuidar de ella. La llevaremos a casa y estará bien. Ahora

te va a necesitar. Ha perdido a alguien.

—¿Ese hombre? —Celaya asintió—. ¿Por qué nunca se lo has dicho?

—¿A qué te refieres?

—Estás enamorado de ella.

—Eso no...

—No trates de negarlo. Yo sé ver esas cosas, aunque los demás no.

Tú la quieres.

—No creo que sea momento para hablar de esto.

—Quizá. ¿Se lo dirás?

Tras un largo silencio, Celaya tomó otra inspiración honda, se guardó las manos en los bolsillos de un pantalón de chándal oscuro que Dave le había prestado, y sacudió la cabeza.

—Ella lo amaba. Lo suyo era... especial.

Sara acarició el cabello de su amiga, apartándoselo de la frente y la cara. Luego se dio la vuelta y acercó una silla a la butaca donde Celaya había pasado la mayor parte del tiempo y golpeó la clara superficie para indicarle que tomara asiento a su lado.

—Cuéntame lo que sepas. Dave ya rellenará los espacios después. Ahora quiero saberlo todo.

¿Alguna vez habéis soñado que os caíais y al despertar estabais justo al borde de la cama? ¿Esa sensación, como si os aspiraran el corazón y estuvierais ingravidos justo antes de que el colchón pare la caída? Ahora multiplicad esa sensación por cien. Intensa, ¿verdad?

El despertar de Gene no fue mucho más agradable. Había abierto los ojos en diversas ocasiones sin ser verdaderamente consciente de ello, aún sumida en el sueño que daban la anestesia y los sedantes que desfilaban por su sistema nervioso. Un sueño que no le permitía soñar, ni despertar.

Cuando al fin lo logró, todos los recuerdos de lo sucedido acudieron a ella en tromba, como si la presión del agua hubiera hecho ceder las compuertas de la presa que mantenía el líquido a raya, y ahora el aluvión fuera directo a su memoria.

Lo primero que hizo fue gritar llamando a Erik; lo segundo, llorar al ver que no estaba ahí; lo tercero, volver a dormirse cuando la enfermera le suministró el sedante mientras Celaya, Sara y Dave la sujetaban para que no

saliera de la cama y se arrancara los tubos que recorrían todo su cuerpo entrando y saliendo de él.

La segunda vez, todo fue mucho más tranquilo, aunque no más alegre.

—¿Dónde está?

Dave se enderezó al oír la débil voz que salía de su garganta. Él y Sam consiguieron convencer al personal sanitario de que no le pusieran restricciones para mantenerla atada a la cama, pero eso no quería decir que la pelirroja fuera a abrir los ojos calmadamente después de su primer arrebato. El policía se puso en pie para que ella lo viera y la tomó de la mano.

—Hola, enana. Celaya y Sara están en el pasillo, han ido a por algo de beber. Tú tienes agua aquí si quieres un poco.

Gene asintió y Dave le alargó una botella de plástico de la que sobresalía una pajita que le aproximó a los labios. La mujer tomó un par de sorbos para aclararse la garganta y apartó la cabeza cuando no quiso más.

—Hacía mucho que no me llamabas así.

—Porque lo odiabas. —Ella sonrió un poco.

—Dave. ¿Dónde está Erik? ¿Está bien? ¿Por qué no está aquí?

Gene debía haberlo olvidado. Antes de que la operasen, Celaya tuvo que mentirle, tranquilizarla diciéndole que Erik sabía que ella estaría bien, justo antes de que el retrato y él desaparecieran. Ahora no parecía recordarlo. Tragó saliva antes de aventurarse a responder.

—Stone destruyó el retrato y él —Las palabras se le trababan en la lengua—, él desapareció, Gene. No está.

El dolor que se reflejó en el rostro de su amiga no tenía que ver con las heridas de las que todavía estaba recuperándose. No. Ese dolor se debía al hecho de saber que no llegó a tiempo para liberar a Erik. Saber que había estado tan cerca de lograrlo y, de algún modo, al final, todo se había torcido y ahora Erik estaba atrapado en el interior del retrato para toda la eternidad, y seguía pensando que él había dejado morir a Azalea. Viéndose como el monstruo que no era.

Intentó contenerse, incluso cuando Dave le aseguró que Erik sabía que ella estaba bien, pero al final había necesitado que le suministraran otro sedante. Era incapaz de dejar de llorar, y se estremecía con sacudidas tan fuertes que los médicos temían que la herida volviera a abrirse. Así que tuvieron que dormirla.

Los días siguientes los pasó entre la inconsciencia de los sedantes y la pena más honda. Ninguna palabra parecía capaz de consolarla. No soportaba

la idea de que el hombre estuviera prisionero de la maldición sin merecerlo. Nada de lo que Dave, Sam, Celaya o Sara pudieran decir la aliviaba. Ni siquiera la visita a escondidas de la pequeña Lea, que Claire coló con ayuda de Sam en su habitación. Nada.

Tan solo se ocupó de un asunto el primer día que estuvo consciente y lo bastante despejada como para prestar atención al mundo que la rodeaba. Envío a Dave con la misión de retirar cualquier cargo que la policía tuviera contra Arya Stone. La muchacha, al igual que ella y Erik, no era más que una víctima de la sed de venganza de su familia.

Arya accedió a visitarla una semana después de ser puesta en libertad.

La joven se había mantenido apartada del hospital, ocupándose de los cabos sueltos que la actuación de su tío y su abuelo habían dejado tras de sí. Todas ellas con consecuencias legales que había que solucionar.

La comisaría de David no tenía jurisdicción en la montaña donde se encontraba el hangar. Pero eso no quería decir que, siendo agentes de la ley, él y sus hombres no pudieran viajar armados a cualquier parte del país. Verse envueltos en un tiroteo, donde únicamente desenfundaron y dispararon sus armas para protegerse, solamente los convertía en víctimas de un desafortunado incidente.

De algún modo, el arma que Cox le había dado a Celaya apareció de vuelta a su cinto y la que Sam portaba atada al tobillo ni siquiera se hallaba en el lugar de los hechos.

Alguien había dado aviso a la policía local de un posible secuestro, y estos se habían personado en el lugar poco después de que el helicóptero médico partiera con Gene en su interior. Agradecieron la intervención de Dave y los suyos, que se encontraban en el lugar buscando a su amiga desaparecida la cual, desgraciadamente, había resultado herida al disparar William Stone sobre ella.

Detuvieron a los mercenarios, a William, a Edgar Stone, a Arya y arrastraron con ellos a la enfermera y los pilotos. Edgar había pasado rápidamente a un hospital penitenciario dado su frágil estado de salud. La enfermera y los pilotos también dejaron la cárcel con prontitud. Arya fue liberada poco después, cuando Dave se encargó de hacer llegar la documentación firmada por Genevieve.

Cox se ofreció a llevarla de regreso a Londres y Arya aceptó agradecida. Durante el viaje le relató todo lo sucedido en el interior del hangar y le narró la historia completa del retrato, de Erik Blair y de su

familia. Al llegar a casa, Arya prometió que se encargaría de que los tipos que atacaron a Gene fueran a prisión y arreglaría todo lo que su tío y su abuelo habían ocasionado.

Con ayuda de Avery, la documentación del caso reapareció, los detenidos fueron apropiadamente juzgados y encarcelados y, aunque no hubo nada que pudiera hacer por evitar que su tío William cumpliera condena, al menos pudo conseguir que su abuelo regresara a casa para pasar con ella sus últimos días.

Tampoco habría repercusiones para la actuación del departamento de policía de Brandsbury, ni para el juez Gibbs que, tal y como Avery demostró, solo hacía cumplir la ley, al no tener prueba alguna en ese momento para juzgar a Stone.

—Siento que tu tío no pueda volver con su familia. —Arya acababa de sentarse al borde de la cama, con la mano de Gene entre las suyas y sonriendo con afabilidad a la pelirroja.

—Él conocía las consecuencias de sus actos, tomó las decisiones equivocadas y ahora tiene que pagar por ello —respondió la joven encogiéndose de hombros—. Me alegra ver que te recuperas bien. Siento tanto no haberlo visto venir. Ojalá hubiera podido detener a mi tío. Oh, Gene, de verdad que lo siento.

Y la pelirroja la creía. No hacía falta más que ver la emoción en sus ojos azules y cómo le temblaba el labio inferior, incapaz de mantenerle la mirada.

—Está bien. Yo también fallé. No pude contener la necesidad de averiguar si Erik estaba bien, y ellos lo supieron. Si hubiera sido más hábil ocultando la verdad, tal vez hubiera tenido una oportunidad.

—Esto no ha sido culpa tuya, Gene.

—Sí. Sí lo fue. Me advertiste que ellos no debían saber que los habíamos engañado, y no fui capaz.

—Si alguien ha fallado, he sido yo. Yo averigüé cómo romper la maldición, cuando estuvisteis en el interior del retrato lo supe. Debí encontrar el modo de hacértelo saber antes. No confiar en que mi abuelo al final haría lo correcto. Y lo siento.

—Sabes, esto no nos va a ayudar a ninguna de las dos. Solo hay una

cosa que...

—Dejé de sentirlo cuando el retrato se destruyó. Desapareció junto a él, así que solo puedo pensar que está en su interior. Es la única explicación posible.

—¿No hay modo de contactar con él? ¿Alguna forma mágica de hablarle, de liberarlo?

—Lo siento, Gene. Sin el retrato no tenemos ningún tipo de conexión con él. Si hubiera algún modo de traerlo de vuelta y romper la maldición ahora, sería la primera en intentarlo. Lo juro. Pero no lo hay.

—No me das ninguna esperanza. Nada a lo que agarrarme.

—Gene... yo. Ojalá pudiera.

—Esto no tenía que acabar así. Nunca debió acabar así.

Minutos después, la enfermera de guardia había entrado en la habitación al dispararse las constantes de Gene, y había tenido que suministrarle un sedante para que se calmara.

A Arya se le partía el alma viéndola así. Hubiera dado cualquier cosa por tener mejores noticias para darle a la mujer. Lo que fuera.

Heridas. Todo trataba de heridas, las que dejaba la venganza y alcanzaba a aquellos a quienes se quería. Heridas que no podían remendarse.

Definitivamente, Erik estaba perdido para siempre. Y Gene no volvería a ser la misma después de aquello.

Heridas.

El aeropuerto de Heathrow siempre le había gustado, con sus enormes ventanales de cristal que daban a las pistas y sus techos metálicos con forma de ala de avión; el alboroto de las masas de gente que deambulaban por las terminales, haciendo las interminables colas para el embarque; incluso el olor a desinfectante y limón con el que limpiaban el suelo y los baños. Todo le recordaba al hogar, pues era su punto de unión entre la ciudad en la que había elegido vivir y el hogar donde había pasado su infancia.

La última vez que lo había pisado, sus emociones estaban demasiado revueltas como para disfrutar de la sensación que solía transmitirle. Pasó por sus instalaciones como un fantasma, con el piloto automático puesto, sin prestar atención a nada ni a nadie.

Esta vez, sin embargo, era diferente. Nunca se había sentido más

arropada en su vida. Claire, Dave, Sara, Celaya, Sam, Emily, los chicos de la policía, todos habían viajado con ella hasta la terminal del aeropuerto para despedirla. Sara y Celaya viajarían con Gene de regreso a Madrid. La mujer estaba muy agradecida, aunque algo incómoda por tantas atenciones.

Sus amigos se habían ido turnando para estar con ella y atender sus asuntos en España durante el mes y medio que había tardado en salir del hospital, cerrar la vieja mansión y recuperarse lo bastante como para dejar todo aquello atrás y viajar de regreso a Madrid.

Celaya es el que más tiempo había pasado a su lado. Y cuando estaba fuera del país, se mantenía permanentemente en contacto a través del teléfono y las videoconferencias. No la dejaba ni a sol ni a sombra, y se había convertido en un gran apoyo, pero Gene sabía lo que toda esa desmedida preocupación escondía. Ahora lo sabía y debía hacer algo al respecto.

Arya también había viajado hasta el aeropuerto. Junto con su tía Karen, manejaba ahora todos los asuntos de su tío y su abuelo, y estaba cambiando las cosas. Los negocios de su abuelo eran legales, pero los de su tío, en cambio, no lo eran tanto y debía ocuparse de ello para que no afectara a su tía y su prima. La niña también había heredado el don, y Arya iba a ocuparse de que aprendiera a manejarlo como debía. De algún modo, acabarían con la maldición sobre su familia.

—No sé cómo puedo daros las gracias. Os habéis arriesgado tanto y hecho tanto por nosotros... Casi se me hace amargo el dejaros.

—No hay nada que agradecer. Somos familia. —Claire abrazó a la pelirroja y ambas se miraron tratando de contener las lágrimas.

Últimamente, lloraba mucho, por todo, en realidad. Y le hubiera gustado detenerlo, de no ser porque la ayudaba a conciliar el sueño.

—Aun así, os debo mucho, a todos.

Sonrió con cariño a Keith, que ya estaba completamente recuperado. El muchacho se pasó la mano por la nuca con el puente de la nariz sonrojado y encogió los hombros restándole importancia.

Rick la había abrazado. Su herida resultó ser mucho menos grave de lo que pareció en un primer momento y había dejado el hospital una semana después de ingresar.

—Vamos, llevamos con las despedidas desde ayer. Marchaos ya o perderéis el avión —increpó Sam haciendo gestos con la mano para que se fueran sin dejar de rodear la cintura de Emily con la otra.

El día anterior, Gene había organizado una comida en Dark Garden.

El día estuvo nublado y los obligó a comer en el amplio salón del interior, pero no faltaron risas, cariño y buena comida. Incluso se les unieron Carlson y su esposa Veda y Betty con su familia. Todos querían despedir a Gene y asegurarse de que estuviera bien.

La mujer había permanecido muy callada tras su conversación con Arya. Después de constatar que Erik estaba atrapado y nada podía hacerse por él hablaba poco y ninguno de sus amigos logró que la mujer revelara lo que pasaba por su cabeza.

Dave y Sara estaban preocupados, y el policía le hizo prometer que no la dejaría sola ni un minuto cuando volvieran a Madrid. No temía que intentara algo tan tremendo como quitarse la vida, pero eso no evitaba que pudiera hacerse daño de algún modo.

Sus ojos ya no brillaban como antes y, cuando sonreía, la emoción no le llegaba a la mirada. Intentaron hacerle hablar sobre Erik, pero ella se cerraba en banda y negaba con la cabeza. Eran sus recuerdos, y temía perderlos si los expresaba en voz alta. Serían privados y solo de ella.

Sara también se había percatado que evitaba los espejos. Los que adornaban alguna de las habitaciones de la casa estaban cubiertos con sábanas o trapos. La sala de música, cerrada con llave, al igual que el dormitorio de su tía, donde no permitía que nadie más entrara. Pasaba muchas horas encerrada en su habitación y cuando salía, se metía en la cocina y hacía galletas, bizcochos y todo tipo de comestibles.

No pisaba el jardín ni el invernadero. El Mustang había vuelto a su sitio en el garaje frente a la entrada principal y solo conducía el SUV de alquiler.

Una semana antes de regresar a Madrid, Sara había aprovechado unas horas en que Gene había ido a casa de Sam para una revisión rápida de sus heridas ya casi curadas, y subió a su dormitorio. Allí el espejo del baño y el que había en el interior de la puerta de su armario estaban cubiertos.

La cama mostraba huellas de haber sido ocupada por dos cuerpos. A su lado, en el suelo, Gene había dispuesto un colchón que había arrastrado hasta allí desde otro dormitorio. Y allí era donde dormía sin atreverse a deshacer la huella de Erik de su cama.

Y ahí seguía la marca. Mientras esperaban la llamada del vuelo que debían tomar de regreso a Madrid.

Mientras veían como el suelo se alejaba de ellos y las figuras se hacían cada vez más pequeñas hasta ser prácticamente indistinguibles, Gene

murmuró:

—Ni siquiera tengo una foto suya para recordarlo.

Tuvo esperanzas de recuperar el móvil destrozado y poder salvar la tarjeta micro SD donde guardaba sus fotografías y otros archivos. Por lo que una mañana Celaya la llevó de regreso a la cabaña en el SUV mientras Sara estaba volando desde Madrid para reunirse con ellos. Dave también estaba allí. El móvil estaba destrozado y lo que había en su interior también.

Lo único que tenía era el dibujo que la madre de Arya hizo y que estaba ahora en el libro donde se narraba la construcción de Dark Garden. No era capaz de mirarlo. Tampoco la ilustración que lo representaba en el libro, junto a su padre, sus hermanos y su madrastra. El que estaba ahí, huraño, apartado, no era su Erik. No se vio capaz de dañar el libro, pero los dibujos acabaron hechos añicos en el tonel donde solían quemar los rastrojos del jardín. No quería volver a verlos.

Así pues, ella no tenía nada para recordarlo, excepto un montón de ropa aún con las etiquetas puestas y sus recuerdos.

Horas después, cuando el taxi que los había llevado del aeropuerto hasta casa de Gene se detuvo junto a la acera, Sara fue la primera en salir y dirigirse a la parte de atrás para ocuparse del equipaje.

—Sara va a quedarse contigo esta noche. Mañana vendré a recogerte si insistes en volver al trabajo. Ya sabes que me pillas de paso.

—Si me quedo encerrada en casa sin hacer nada, voy a volverme loca.

—Lo entiendo.

—José, yo no sé cómo darte las gracias por... por todo. Estas semanas, todos estos días. Yo...

—Está bien, Gene. No tienes que darme las gracias. —Celaya le tomó las manos y se las besó con una amplia sonrisa en su rostro—. Volvería a hacerlo. Por ti, siempre.

—Pero yo no... —Se quedó callada un minuto y luego habló de nuevo—. Sabes que te quiero. De verdad. Eres alguien muy importante en mi vida. —Él asintió—. Pero lo nuestro...

—Está bien. —Celaya la detuvo posando un dedo sobre sus labios—. No tienes que decirlo. Lo sé. Vi cómo lo mirabas a él. Y sé que tú no vas a mirarme de la misma manera. —Celaya se frotó la cara con las manos y

renegó entre dientes—. Demonios, oye. No necesitas esto ahora. Tú solo asegúrate de reponerte y sabes que tienes un amigo en mí para lo que quieras.

—¿Estás usando la canción de *Toy Story* conmigo, jefe? —Gene le sonrió, y algo de su antiguo brillo se agitó en el fondo de sus pupilas.

Él se rio a su vez haciendo rodar los ojos.

—Ya sabes. Adoro los clásicos.

—Gracias.

—Te recogeré mañana a las ocho y media en punto.

Se inclinó para abrazar a su amigo y se movió para salir del taxi.

Poco después, las dos mujeres despedían el vehículo con la mano y subían a casa de Gene cargando con las maletas.

El olor a cerrado le golpeó la nariz nada más abrir la puerta, todo estaba envuelto en penumbras, y esto hizo que Gene se apresurara a pulsar el interruptor que iluminaba el pasillo principal. Erik odiaba la oscuridad. Y ella había prometido tener siempre bombillas a mano.

Tardaron un rato en deshacer las maletas y acondicionar el piso de Gene para que Sara pudiera quedarse a dormir con ella. Por suerte, tenía un cuarto de invitados que solían usar cuando la enfermera pasaba el fin de semana con ella.

—Él no querría verte así.

Gene se había quedado sentada en una silla del comedor con la mirada perdida en punto indeterminado del gotelé de la pared como si hubiera perdido el fuelle, con el cuerpo laxo contra el respaldo de la silla. Había terminado de guardar la ropa que llevaba en las maletas, puesto la lavadora y tendido. Y cuando no tuvo nada más que hacer, simplemente se había dejado caer en la silla como una muñeca a la que se le hubiera acabado la cuerda.

La pelirroja suspiró, pero no hizo el menor comentario.

—¿Por eso has tapado los espejos? ¿Piensas que puede verte a través de ellos?

—Yo nunca he sabido cuándo estaba conectado a mí. Dijo que podía verme cuando era niña, antes de ser la dueña del retrato, pero yo no lo sentía entonces. Tampoco sabía cuándo estaba en mi mente o cómo hacía para sentir mis emociones. Así que ahora no sé si puede hacerlo. Arya tampoco lo sabía.

—¿Y tapar los espejos es una solución? ¿No crees que va a darse cuenta?

—No sé qué otra cosa hacer. No quiero que vea mi cara reflejada en

uno de ellos. No como estoy ahora. No así. No quiero que se preocupe.

Ver a su amiga tan deprimida y perdida le cortaba la respiración. Gene era la sensata, la que siempre sabía qué hacer y cómo debía hacerse. Ella solucionaba los problemas y mantenía a su alocada amiga en la senda correcta. Sara siempre la llamaba cuando algo no marchaba bien, era a ella a quien recurría y verla tan destrozada le resultaba doloroso e inquietante, como si estuviera fuera de lugar.

—Bueno. Yo quiero que sigas adelante. Que recuperes tu vida y encuentres el modo de ser feliz. Y si Erik era como dices, estoy segura de que querría lo mismo.

—No sé cómo hacer eso...

—Como lo has hecho siempre. Con tus padres, con tu tía. Poco a poco, Gene. Y vamos a empezar por pedir una pizza, porque no pienso fregar los platos y vas a obligarme a hacerlo si cocinas.

—No hay nada en la nevera.

—Mejor me lo pones. Primero, pizza; luego, compra. Ya tienes algo por lo que empezar —dijo tendiéndole el teléfono inalámbrico a su amiga.

—Voy a necesitar otro móvil.

—¿Ves? Ya tienes tres cosas que hacer. Y vamos a encontrar más. Te lo prometo. Saldrás adelante. Poco a poco.

XXXIV

Madrid, un año después.

—No. No, ni hablar. —Gene miró horrorizada a Sara. La enfermera tenía una minifalda negra en una mano y un corsé rojo en la otra.

—Gene. Prometiste acompañarme, no puedes ir vestida de monja. Prometo espantarte a todos los moscones antes de que se te acerquen.

—Dijiste que solo iríamos a tomar una copa.

—Y solo tomaremos un par de copas. De verdad. Pero no nos dejarán entrar así. Es una fiesta temática. Y hace mucho que no vamos a una. Oh, Gene, por favor, por fi, por fi.

Odiaba cuando Sara le rogaba. La chica podía ser muy persuasiva. Se le dilataban las pupilas tanto como al gato de *Shrek* y hacía pucheritos con los labios como un cachorrito abandonado. Además, no tenía fuerzas para discutir y aunque Sara no cumpliera su promesa, su halo de tristeza solía ser suficiente para evitar que nadie se le aproximara. Se tomaría una copa, dos a lo sumo, y regresaría en taxi a casa si ella prefería quedarse a disfrutar de la fiesta.

Por suerte, Celaya había rechazado la invitación esa vez, no le apetecía nada ponerlo en la incómoda situación de acabar con una camiseta de rejilla y kohl negro en los ojos.

Se alegraba de que su relación volviera a ser como siempre. Eran amigos, muy buenos amigos, y junto con la loca de Sara formaban una piña indivisible. Mucho más unidos que nunca.

Los primeros meses, ni él ni Sara se habían atrevido a dejarla sola un minuto. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para demostrarles que estaba bien, o al menos lo estaría, y que no necesitaba cargar con niñera a todas horas. Y aunque logró que le dieran algo de espacio, lo cierto es que entre los dos se encargaban de organizar salidas y veladas para cerciorarse de que no pasara mucho tiempo sola sumida en sus pensamientos.

Les debía mucho. Igual que a Sam, Dave, Claire y Betty. Todos ellos

llamaban cada cierto tiempo para interesarse por ella y demostrarle que no estaba sola, que seguía teniendo una familia, una muy especial y muy unida. Y Gene se propuso disfrutarla porque al menos les debía eso. Y porque estaba segura de que Erik no querría otra cosa de ella.

—Está bien. Trae acá. —Gene le arrebató la ropa de las manos y empezó a desabrocharse el abrigo.

—Eres la mejor. Te juro que no te vas a arrepentir. —Sara la abrazó hasta dejarla sin aire y se dirigió a la puerta de los vestuarios—. Echa el cerrojo cuando salga, el siguiente turno no entra hasta dentro de media hora. Te veo en la puerta de urgencias.

Gene maldijo entre dientes mientras se desabrochaba el vaquero y lo dejaba caer por sus piernas hasta el suelo. Al menos se había puesto tacones. Intercambiar ropa con Sara era fácil, ambas estaban hechas de una hechura similar, pero los zapatos hubieran supuesto un serio problema. Como si a ella le importara no ir correctamente vestida a esa absurda fiesta... Y no porque estuviera deprimida o dejando que sus pensamientos negativos tomaran el control, es que ella, sencillamente, odiaba todo ese rollo de los disfraces y los roles y cómo demonios se llamara. Preferiría una cena tranquila y una agradable conversación, pero no siempre podían hacer lo que a ella le gustaba, y esta vez era el turno de Sara.

Suspiró mirándose en el espejo mientras pasaba la ajustada falda por sus piernas hasta fijarla en su cintura. Ya había pasado un año desde que había perdido a Erik. Celaya lo sabía y Sara lo sabía. Y aunque ella hubiera podido olvidarlo, que no era posible, ellos se lo habrían recordado, porque de repente estaban mucho más pendientes de ella. Hacía algunos meses que su vida había vuelto a ser normal, o tanto como era posible. Sara regresó a su piso y ahora disfrutaba de sus momentos de soledad sin sentir que se asfixiaba o que las lágrimas la iban a ahogar. Procuraba mantenerse ocupada, no obstante, para no pensar demasiado, ya que eso no solía ayudar. Y daba gracias porque sus amigos le echaran una mano con eso.

Pero los últimos días, Sara había decidido fumigar su apartamento y trasladarse con Gene mientras le permitían volver a él y Celaya la necesitaba a todas horas para consultas sobre uno u otro proyecto. Las invitaba a cenar o comer y, en definitiva, no la dejaban sola ni un minuto. Comenzaba a resultar agobiante. Y, de hecho, en cuanto hubiera cumplido el ritual de tomar las primeras copas juntas, pensaba desaparecer camino de casa, donde tomaría un largo baño de burbujas frente al espejo y aprovecharía para hablar con la

única persona con la que de verdad necesitaba hacerlo después de un año.

—Sabes, deben de pensar que voy a volarme los sesos para celebrar nuestro aniversario o algo así —bromeó la mujer mirando de frente el espejo del vestuario.

Le parecía increíble que Sara hubiera cargado con todas aquellas prendas de ropa y adornos hasta el trabajo. Claro que si le hubiera dicho esa mañana de qué iba la fiesta, Gene no habría aparecido por el hospital. Bien jugado. Por un momento, se preguntó si podría llegar hasta su coche y marcharse a casa sin que Sara la siguiera echa una furia.

—Probablemente no —dijo en voz alta—. Que conste —Prosiguió mirando fijamente hacia el espejo— que esto solo lo hago por ti. Al menos uno de los dos lo disfrutará.

Gene se quitó el jersey y el sostén y esperó un momento antes de deslizar el corsé sobre su torso y ceñírselo con los lazos y la cremallera oculta a un lado. Sonrió con picardía y se inclinó para calzarse los tacones y estirar las medias negras, justo antes de enderezarse y dar una vuelta completa con los brazos extendidos a los lados.

—¿Qué tal estoy? —Silencio—. Lo imagino. Es casi tan escotado como aquel estúpido vestido de prostituta que tanto te gusta. Si te portas bien, prometo quitarme esto muy lentamente cuando volvamos a casa.

Le tiró un beso al espejo y guiñó un ojo antes de enfundarse el abrigo y colgarse el bolso cruzado por encima.

No estaba segura de que él la estuviera viendo. Ni tenía modo de comprobarlo, pero no iba a perder la esperanza. No soportaba la idea de que él siguiera conectado con ella y se sintiera abandonado. Esa idea, y no las palabras de sus amigos, fue la única capaz de sacarla de su depresión y obligarla a sonreír y retomar su vida. Quería que Erik supiera que estaba bien y, para asegurarse de que él no se sintiera olvidado, Gene comenzó a hablarle. Primero delante de los espejos y superficies reflectantes y más tarde en su mente, a todas horas, como si estuviera a su lado.

Le contaba todo, desde lo que había hecho en el trabajo hasta las anécdotas del supermercado o con quién se había cruzado al bajar a tirar la basura. Cualquier cosa, lo que fuera, por evitar que se sintiera solo. Y rezaba, cada día, para que no estuviera a oscuras, por que pudiera verla y sentirla y estuviera bien.

No dejaba de pensar en lo que él le contó. Aquella vez, cuando trató de colgarse en uno de los árboles del jardín. Y pensar que pudiera intentar

algo parecido de nuevo, llegar a ese nivel de desesperación, rezaba cada noche para que no fuera así, porque sus palabras fueran lo suficientemente poderosas para mantenerlo a salvo y entero. Por eso siempre sonreía, siempre, para que él viera que estaba bien y no se preocupara por ella.

Si fuera a un psicólogo le diría que estaba loca, que aquella no era forma de rehacer su vida. Pero mataría a cualquiera que le impidiera mantener la esperanza y hacer lo posible para que él estuviera bien por absurdo o inútil que pudiera parecer. Ella se ocuparía de él.

El parking del hospital estaba inusualmente tranquilo a aquellas horas de la noche. Ni siquiera el tipo que solía rondar la máquina con la que se pagaba la estancia seguía allí. Lo cual la alegró. Solía mostrarse muy insistente para conseguir unas pocas monedas y a Gene le ponía los pelos de punta.

Un par de enfermeros daban una calada apoyados en la puerta de entrada al edificio en lo alto de las escaleras mientras que el acceso a urgencias permanecía vacío.

Caminó hacia su coche haciendo resonar los tacones sobre el pavimento. Pensó esperar a Sara sentada en el interior, pero la noche, aunque fresca, era agradable y dentro de poco estaría rodeada de gente, apretados unos contra otros, sin apenas poder moverse y respirando el aire viciado de la discoteca de turno. Así que se limitó a arrojar el bolso dentro, manteniendo las llaves en el bolsillo del abrigo, y tomó asiento sobre el capó, dispuesta a revisar los mensajes de su móvil para hacer tiempo.

Ahora su móvil ardía con los constantes sonidos de sus numerosos grupos de WhatsApp, que no eran más que variaciones unos de otros. En uno de ellos, solo los más allegados y conocedores de la verdadera historia, como Dave, Celaya, Sam, Sara y Arya. Otro solo de chicas, todas ellas. Un tercero donde estaba medio Brandsbury, Sara y Celaya, otro en el que... Gene sonrió, ciento treinta y seis mensajes en total. No estaba mal para haber pasado tan solo un par de horas desde que lo revisara por última vez.

Recorrió los grupos moviendo el pulgar sobre la pantalla evitando los chistes que, inevitablemente, acabarían mostrando al famoso “negro del WhatsApp” y borrando los vídeos repetidos y fotografías que pasaban de uno a otro sin filtro alguno.

Definitivamente, esa nueva familia suya, que siempre había estado allí con ella, estaba loca. Y le habría encantado decirles que estaba bien y que no tenían que preocuparse tanto por ella, que podían retomar sus vidas, pero sabía que eso los ofendería y era lo último que quería. Además, en el fondo, que le gastaran la batería del móvil cada día era algo que debía admitir que le gustaba. No los hubiera cambiado por nada en el mundo. A ninguno de ellos.

El rápido taconeo de los zapatos de Sara por el asfalto hizo que levantara la vista del móvil para mirarla. Cuando lo hizo, distinguió una figura mucho más alta que la joven a su lado. Al parecer, no venía sola. No podía distinguir sus rasgos porque en ese momento la luz del cartel de urgencias lo iluminaba desde atrás ocultando su rostro y las farolas del aparcamiento todavía no habían recibido la orden de encenderse, haciendo que Gene tuviera que guiñar los ojos para ver algo.

—Espero que no te importe —le decía ya la morena a voces—. Le he prometido al novato que lo acercáramos a su casa. Pilla de camino a la fiesta. ¿No te importa verdad? Justo hoy ha tenido un accidente y la grúa se ha tenido que llevar su coche al taller.

Gene alzó una mano para protegerse los ojos de la luz. Por algún motivo, los latidos de su corazón se habían disparado, taladrándole el pecho. Le costaba respirar y se sentía algo mareada. Debía estar cogiendo algún virus. Era lo que pasaba cuando te acercabas tanto a un hospital, que los virus flotaban por todas partes pensando dónde irían a trasladarse.

Los andares de aquel tipo le resultaban familiares. Se llevó una mano a la frente, tenía la palma sudorosa, pero la piel estaba fría, a temperatura ambiente. Sin fiebre. La luz iluminó ahora la silueta de su rostro cuando él se volvió de perfil hablando con Sara. Le llegó su voz como en un eco y su corazón se saltó varios latidos. ¿Qué le estaba pasando?

—Gene, ¿has oído lo que te he dicho? —insistió Sara justo cuando estuvo lo bastante cerca para que pudiera distinguir su rostro en la penumbra.

Se había maquillado con los ojos color caramelo muy ahumados y una barra de labios roja, y llevaba el pelo recogido en un moño alto, lleno de plumas de colores.

—No hay problema —contestó, consciente de que esperaban que dijera algo.

La vista se le desenfocó, dejó el móvil en el bolsillo del abrigo y se sujetó al capó con ambas manos para evitar caer de rodillas al suelo. No iba a dar un espectáculo delante del amigo de Sara.

—Gene, el novato. Novato, esta es mi queridísima amiga Genevieve. Se mira, pero no se toca —lo amenazó sacudiendo un dedo largo frente a su rostro cuando al fin estuvieron lo bastante cerca de la pelirroja como para hacer las presentaciones.

Solo que, cuando él estuvo al fin frente a ella, Gene ya no podía oír nada de lo que Sara estaba diciendo.

El día no había empezado como él esperaba. La máquina de café decidió volverse en su contra y escupirle todo el contenido de la cápsula sobre su blanquísima camisa nueva, la suela de sus zapatos se despegó de repente y, para colmo de males, la tormenta que había sacudido su edificio durante la noche había hecho algo más que empapar las calles y sacudir las hojas de los árboles y el tendido eléctrico.

Una rama descomunal se había desprendido de uno de los nogales de su calle y había ido a caer justo encima de su coche. Resultado, luneta frontal destrozada, capó abollado y una lluvia de cristales salpicándolo todo.

Bien. Esto lo había cabreado mucho. Tenía una reunión a primera hora, una reunión muy importante y tuvo que llamar para avisar de que llegaba tarde.

Además, lo habían nombrado, unas semanas antes, jefe de urgencias en funciones, justo después de que el departamento abriera un expediente disciplinario a Ramírez, quien ocupaba el puesto en ese momento. Y ahora tenía un montón de papeleo acumulado además de su trabajo en boxes.

El puesto en sí no lo entusiasmaba, él estaba hecho para la acción. Listo cuando todas las alarmas sonaban y debía salir corriendo a recibir a algún paciente a la puerta. Era el trato con el paciente lo que realmente le llenaba. Saber que podía remendar cualquier herida y enviarlos sanos y salvos de vuelta a casa.

Ramírez era un gilipollas en urgencias y un gilipollas en su despacho. No había entregado los últimos informes, ni realizado las revisiones de rendimiento a su equipo y ahora todo el trabajo se acumulaba sobre su escritorio en dos altas pilas, como torres bamboleantes a punto de derrumbarse.

Al llegar al hospital, las sorpresas no dejaban de sucederse. Ramírez iba a ser destituido de su puesto y degradado, y el hospital lo había elegido a

él para sustituirlo de manera oficial. Lo de “en funciones” tirado a la basura y una placa con su nombre y apellido grabado en oro ya lo estaba esperando en la puerta de su nuevo despacho.

No había pedido el puesto, y no lo quería. No aspiraba a dirigir nada, pero le gustaba que las cosas se hicieran bien y, sobre todo, algo que Ramírez obviaba continuamente, se tratara a los pacientes como personas y no como simples trastos que esperaban ser arreglados.

Y luego, para empeorar aún más su magnífico día, había olvidado retirar la tapa del *tupper* antes de meterlo en el microondas y la maldita cosa se había derretido hasta formar parte de la salsa de su comida. Tampoco es que fuera especialmente comestible antes de meterlo en el micro, pero al menos no lo mataría.

Acababa de tirar su cena a la basura cuando una melena oscura se interpuso entre él y la máquina de sándwiches, haciendo que se preguntara si lo habría mirado algún tuerto, si había roto un espejo que no recordara o derramado un salero porque tenía que haber un maldito motivo para todo aquel descomunal pedazo de mierda en que se había transformado su día.

La voz aguda y pizpireta de Sara se abrió paso, poco a poco, hasta obligarlo a prestar atención.

—¿Qué?

—Digo que si nadie te ha dicho que el plástico no es un buen condimento. —El hombre miró hacia el cubo de la basura y encogió los hombros.

Temía a aquella enfermera por encima de cualquier otra. Aunque nunca hubiera prescindido de ella, pues su trato con los pacientes y su profesionalidad eran envidiables, lo cierto es que, en el ámbito personal, prefería mantenerla lo más lejos posible de sí.

Hablaba por los codos y se tomaba demasiadas confianzas para su gusto. Incluso una vez juraría que le había tirado los trastos. Pero él no estaba interesado en relaciones de ese tipo. En ningún tipo de relación, para ser sinceros.

Había pasado la mayor parte de su vida centrado única y exclusivamente en sus estudios. Sacarse una carrera y ganar dinero suficiente para mantenerse a sí mismo porque depender de las ayudas sociales y la caridad lo hacían sentir inútil, y él no soportaba sentirse de ese modo. Quería tener un propósito, algo que llenara su vida.

De niño tenía mal genio. De adolescente estuvo a punto de acabar

recluido en un centro de detención de menores. Pasaba muchas horas de su vida en la enfermería del orfanato, porque se peleaba con todos los chicos del centro. La monja que ejercía de enfermera solía decir que tenía demasiada energía acumulada y que no sabía explotarla adecuadamente. Y no es que fuera un camorrista o algo así. El chico sacaba las mejores notas de toda la clase sin apenas estudiar. Obviamente, se aburría. Pero los fondos del estado no daban para cubrir más que las necesidades básicas y un trato especial, que era lo que aquel chico necesitaba, estaba fuera de esas necesidades.

Era la única que no le reñía. Lo curaba, se interesaba por conocer su parte de la historia, además de la del otro muchacho, y luego lo dejaba en paz. A veces, cuando tenía que permanecer una o dos noches en la enfermería, la monja le enseñaba alguno de los instrumentos que utilizaba y cómo funcionaban para hacerle más amena la espera. Incluso le traía libros de medicina que el chico devoraba con intenso interés.

Fue ella quien le dio una última oportunidad antes de mandarlo a un centro de menores. Permanecería en el orfanato, asistiría a clases, sus horas de estudio serían vigiladas y todo su tiempo libre lo pasaría ayudando en la enfermería.

Gracias a ella decidió que iba a estudiar medicina. Se reformó, estudió mucho y muy duro y se convirtió en uno de los cirujanos cardiotorácicos más jóvenes de su promoción.

Y si Sor Mary no hubiera fallecido un mes antes de graduarse, le hubiera encantado visitarla y agradecerle todo lo que había hecho por él. Porque aunque hablaban regularmente, no sentía que le hubiera dado las gracias tanto como merecía.

Con el tiempo, sin embargo, el trabajo no parecía ser suficiente. Se había centrado tanto en los estudios y su carrera que sus relaciones sociales eran prácticamente nulas. Y sentía que algo le faltaba. Un hueco, un agujero que notaba en el pecho y que nada era capaz de llenar, haciéndose más grande con los años.

Hacer amigos en el hospital no le resultó tan difícil como pensó en un principio. Hacían barbacoas los fines de semana e iban de viaje juntos, pero el agujero seguía allí. Un par de relaciones fallidas tampoco lograron llenarlo y tras el tercer intento, había decidido darse por vencido.

Sara volvía a taladrarlo con su aguda voz aflautada.

—Lo ha hecho mi amiga Gene. Ya sabes, te he hablado de ella un montón de veces, novato.

—¿Qué?

—Hoy parece que estás en las nubes. —Le echó ella en cara mientras paseaba un recipiente de cristal frente a su nariz.

Joder. Olía deliciosamente bien. Su estómago protestó y Sara soltó una carcajada antes de tomarlo por los hombros y obligarlo a acompañarla a una de las mesas del comedor del personal sanitario.

Normalmente, las enfermeras se sentaban con las enfermeras, los auxiliares con los auxiliares y los médicos con los médicos, pero a la morena eso se la traía al fresco. No solía cumplir esas absurdas normas no escritas.

Mientras que el resto del personal solía referirse a él como doctor Smith, o incluso Jefe, desde que le habían dado ese papel en urgencias, Sara seguía llamándolo novato. No le molestaba, sin embargo, y, aunque otros colegas le habían advertido que debería pararla o acabaría en insubordinación, él no lo creía así, y no iba a detenerla. En el fondo le hacía gracia y no quería perderla, era muy buena en su trabajo.

La morena puso un plato de plástico frente a él y vertió parte del contenido del recipiente.

—Vamos, pruébalo. Te aseguro que nunca has comido nada igual. —Le acercó un tenedor y él lo tomó sabiendo que era imposible discutir con ella.

Cuando la comida tocó su lengua y los sabores de las especias y las verduras se deslizaron por su paladar, creyó que iba a llorar del gusto. Y no era solo que, como Sara afirmaba, fuera lo más delicioso que hubiera comido en su vida. Es que aquel plato lo golpeó como si alguna clase de recuerdo de su niñez intentara abrirse paso en su memoria. Por desgracia, no fue capaz de retenerlo y tuvo que quedarse solo con la sensación de algo que le transmitió calor y cariño.

—Me han dicho que un árbol ha aplastado tu coche.

—Sí, se ve que el vendaval de anoche arrancó una rama y esta fue a estrellarse contra el parabrisas.

—Qué mala pata. ¿Y cómo has venido esta tarde?

—Taxi.

—¡Venga ya! ¿No tienes metro?

—Llegaba tarde y el metro hasta aquí tarda casi hora y media. —Se encogió de hombros y siguió comiendo.

Mataría por tener a la cocinera delante y llevarla secuestrada a su cocina. Al menos comería algo más que carne a la plancha y platos

precocinados.

—Mi amiga viene a recogerme esta noche. Vamos a ir a una fiesta. ¿Por qué no te apuntas? Pilla cerca de tu casa, así no tendrás que volver en metro. Hoy tenemos el mismo turno, ¿no?

El nuevo jefe de urgencias, doctor Smith, había hecho todo lo humanamente posible para evitar ir a esa fiesta. No le gustaban las fiestas. No le gustaba intimar con el personal del trabajo y desde luego no estaba interesado en conocer mujeres, ni hacer amigos. Nada de eso funcionó en Londres y demonios si pensaba que iba a funcionarle aquí en España.

Esa noche aprendió por qué nadie discutía con la enfermera Sara.

No había modo de ganar.

Así que unas horas después, tras darse una ducha rápida en el vestuario y mudarse el pijama de color verde con el que había estado trabajando en el quirófano por unos sencillos vaqueros azules y un jersey de color verde oscuro, había acabado acompañando a Sara hacia el parking, rezando para que su amiga no se molestara mucho al verlo allí.

Los gritos de Sara al salir a la fría noche madrileña le confirmaron que la tal Gene no sabía nada del cambio de planes. Mierda, ahora iba a tener que disculparse con una completa desconocida. El día mejoraba por momentos. Tal vez no debió levantarse de la cama aquella mañana para empezar.

Frunció el ceño, la mujer no parecía encontrarse demasiado bien. Estaba hiperventilando y se había puesto pálida de repente. Aferraba el capó del coche como si estuviera a punto de desplomarse. Y sus ojos... sus ojos eran de un precioso tono esmeralda, su color favorito. Y le eran tan... familiares. Y de pronto, como si alguien le hubiera atado un par de cables pelados a la cabeza, una descarga pareció liberar algo en él. Algo que llevaba oculto en su memoria durante mucho, mucho tiempo.

—¿Geney?

Esos rasgos. Ella conocía perfectamente aquel rostro. Los ojos oscuros y profundos, las largas pestañas, las cejas anchas, los pómulos marcados, la mandíbula fuerte y varonil. Se había cortado el pelo, muy corto en los lados y algo más largo en la parte de arriba, y lo llevaba peinado hacia atrás sin gominas ni lociones.

Y ese olor le inundó las fosas nasales con fuerza y la dejó noqueada al instante. Se le secó la boca y sintió la entrepierna húmeda.

Parpadeó un par de veces. Sus ojos le debían estar jugando una mala pasada, no era posible. Entonces, él habló.

—¿Geney? —Nadie la llamaba así. Nadie excepto una persona.

Las rodillas dejaron de sostenerla. Hubiera caído al suelo de no ser por esos portentosos brazos que se entrelazaron en su cintura y la pegaron a su abdomen estrechándola con fuerza. Entonces se giró con ella en brazos y la luz le dio de lleno en la cara.

—¿Erik?

Una oleada la sacudió por dentro cuando él se inclinó para besarla. Sus labios apresaron los suyos con desesperación, la lengua apretó para introducirse en su boca y encontrarse con la de ella, acariciadora, anhelante, como dos amantes que se encontraban después de años separados.

Sara los miraba como si fueran extraterrestres. Pero no se atrevió a interrumpirlos con preguntas absurdas. Se hizo discretamente a un lado y esperó a que se separaran.

—Por Dios, Erik, creía que... Arya dijo que tú... ¿Cómo es posible? El retrato... —Hablabla atropelladamente, pisándose unas palabras con otras.

Mantuvo sus brazos alrededor del cuello del hombre sin atreverse a soltarlo por si volvía a perderlo.

—Geney, yo no sabría explicarlo. No recordaba nada hasta ahora.

—¿Recordar? —Y Gene se percató de que Sara llevaba meses hablándole de él.

El novato que entró a trabajar en urgencias poco después de que Erik y ella se conocieran en Dark Garden y que tanto le gustaba a su amiga. El que sacó un once en su escala de hombres *empotrables*. Vaya. Iba a tener que hablar con ella seriamente sobre eso, ahora.

Le había estado contando anécdotas sobre él durante el último año. A Sara le gustaba, estaba segura de que pronto le darían un puesto importante porque era brillante, y todas las enfermeras se quedaban embelesadas cuando él estaba cerca. Su forma de tratar a los pacientes, de dirigir urgencias ahora que le habían dado el puesto en funciones. Los tenía a todos anonadados. Y llevaba allí más de un año.

—Llevas aquí todo este tiempo.

—No lo sabía, Geney. No era yo. —Entonces, ella bajó la mirada y la posó sobre la identificación que pendía de su cuello. Rezaba: “Dr. John E.

Smith. Urgencias”.

—¿John Smith?

—John —Hizo una pausa y le sonrió antes de seguir— Erik Smith. Lo siento, Geney, no sabía quién eras hasta que te he visto hoy. Entonces me ha venido todo a la memoria de pronto.

Eso hizo que el hombre la apartara de él y tratara de separar las solapas de su abrigo para revisar su torso. La bala, el disparo. Erik necesitaba cerciorarse de que ella estaba bien. Es como si un minuto antes estuviera arrodillado en el suelo con ella entre sus brazos, agonizando por un disparo y en menos de un parpadeo se encontrarán allí de pie a miles de kilómetros de distancia. Necesitaba saber que ella estaba bien.

Gene no se lo impidió. Y gracias al ajustado corsé que llevaba puesto, la cicatriz que le había dejado la bala se hizo visible enseguida.

—Sobreviví.

Erik deslizó la yema de sus dedos por la cicatriz e inhaló con fuerza, cerrando los ojos y dejando escapar el aire lentamente entre los labios.

—Creí que habías muerto.

—Celaya me dijo que habló contigo justo antes de que desaparecieras —murmuró ella confusa—. Dijo que sabías que iba a ponerme bien.

—Recuérdame que le dé las gracias por ello. —Erik sonrió y volvió a abrazarla. Incapaz de creer que realmente estuvieran allí, que la tuviera de nuevo en sus brazos.

—No lo entiendo —susurró ella con la cabeza enterrada en su cuello—. Fallé. No llegué a tiempo, no pude mostrarte la verdad antes de que el retrato fuera destruido y Arya dijo que seguías atrapado en su interior, que no podíamos sacarte. —Los ojos se le humedecieron y se aferró a él con más fuerza.

—No he vuelto al retrato desde que estuvimos allí juntos. —Ella lo miró sorprendida. Entonces, Erik se explicó—. Te oí, Geney. Escuché tu deseo. Deseaste que viera lo que Arya te había enseñado, mis verdaderos recuerdos de esa noche, y lo entendí todo. Y lo que es más importante, recobré mis recuerdos, los de verdad. Recordé el vacío que sentí después de que mi padre muriera, quería cambiar. Aaron quería cambiar, los dos habíamos decidido ser mejores personas. Él amaba a Azalea, no quería hacerle daño, y yo no, no los vi. No pude salvarla porque no sabía que estaba en peligro. No lo sabía.

Cuando Lewis lo encerró, no entendía qué había hecho él de malo

para merecer ese trato. Pero Stone no atendía a razones, el dolor por la pérdida de su hija lo cegaba y matar a sus hermanos no palió aquel pesar. No llenó el vacío que ella dejó.

—La venganza. Yo lo hice. Hice sufrir a mi padre en su lecho de muerte. Le dije cosas horribles porque quería vengarme por todo el daño que me causó de niño, por su desprecio, su impasibilidad, por borrar el recuerdo de mi madre de nuestras vidas. No lo entendía. No quise hacerlo, y preferí herirlo. Pero eso no me hizo sentir mejor, al contrario. Me dejó vacío. Porque mientras planeaba mi venganza tenía un propósito para seguir viviendo, una meta. Cuando la cumplí, ya no me quedó nada que me moviera y me di cuenta de que la venganza no era el camino, aunque entonces no supiera qué debía hacer. Stone también deseaba vengarse, pero Aaron estaba muerto y Bernard, así que lo pagó conmigo, dio forma al retrato, lo dotó de poder y me encerró en él. Aunque dudo que eso le sirviera de algo. Conmigo no funcionó.

Gene y Sara lo escuchaban totalmente perdidas en sus palabras, su cadenciosa voz y su historia. La pelirroja se aferraba a él negándose a dejarlo ir de nuevo y Sara contemplaba la escena lo bastante cerca como para oírlos y lo suficientemente lejos como para darles algo de privacidad.

—Él me lo dijo. Lo supe todo el tiempo, pero lo había olvidado. La maldición sí podía romperse. Solo necesitaba que una mujer me amara por lo que realmente soy, libremente, y aprender a perdonarme a mí mismo por todo el mal que causé antes de quedar preso. Por eso Stone quería hacerte daño, necesitaba que dejaras de amarme porque tenía miedo de que fueras capaz de romper la maldición. Y tú me amabas, Gene, de un modo que yo no era capaz de comprender debido a mi sentimiento de culpa. Te quería, pero no me permití amarte, no me sentía digno de ti hasta que me hiciste recordar. Entonces te amé más de lo que mi corazón podía soportar, pude perdonarme a mí mismo, librarme de mi culpa, y la maldición se rompió. Me sentí liberado, dejé de leer tus pensamientos, no tenía la necesidad de obedecer a nadie más que a mí mismo. Me embargó una paz como jamás había sentido hasta que recordé que estabas gravemente herida. Pero no podía hacer nada, algo me nublaba poco a poco la conciencia, creí que moriría, pues ya había vivido más vidas de las que me correspondían, hasta que me hundí en ella por completo. Y luego no podía recordar nada sobre mi vida, ni el hecho de haberte conocido.

—Hasta ahora —concluyó ella sin poder apartar la vista de él.

—Hasta ahora. —Sonrió él y la volvió a besar hasta que un sutil carraspeo los devolvió a la realidad.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando?

Gene y Erik rieron. Se separaron y la mujer hizo al fin las presentaciones. Sara tardó un buen rato en asimilar que aquel tipo, el médico novato de urgencias, era en realidad Erik Blair, el hombre que había robado el corazón de su amiga y que estaba preso en un retrato maldito.

Erik les resumió su vida, su nueva vida, desde que era un niño en el orfanato en Londres. Les habló de Sor Mary, de cómo empezó a estudiar medicina y lo incompleto que se sintió después durante muchos años pensando que algo le faltaba y sin ser capaz de llenar ese hueco, a pesar de que tenía una carrera prometedor y era muy alabado por sus compañeros de profesión. Su vida sentimental no le resultaba importante, por lo que pensó que el problema era su trabajo.

Una tarde un compañero compartió un vídeo que había sido grabado en un hospital madrileño en el área de oncología pediátrica. Varios médicos y enfermeros cantaban y bailaban una conocida canción veraniega, acompañados de los niños que allí residían.

Esa noche no pudo dormir, algo le impelía a viajar a Madrid. Se había hartado del ambiente londinense y necesitaba un cambio, o al menos eso se dijo a sí mismo y a sus compañeros cuando abandonó la ciudad camino a España.

—¿Todavía tienes ese vídeo? —inquirió Sara, a quien una idea acababa de cruzarle la mente.

Erik asintió y sacó su móvil del bolsillo. Pulsó varios iconos en la pantalla. Tardó un rato en encontrarlo, no solía vaciar la memoria de su teléfono muy a menudo y estaba plagado de fotos y vídeos que le enviaban sus compañeros de trabajo. Cuando finalmente lo localizó, le tendió el aparato a Sara y ella lo cogió con premura pulsando el *play*.

La musiquilla llenó el silencio del aparcamiento mientras la pareja se miraba embelesada.

—Veo que has aprendido a usarlo —bromeó Gene.

—Y aunque no te lo creas, también sé conducir. —Ella rio divertida—. Pero he echado de menos tus platos. Soy un desastre en la cocina.

La mujer le acarició la mejilla rasposa con los dedos y le pasó la mano por el cabello oscuro.

—Me gusta mucho cómo te queda el corte. Estás muy guapo, señor

Blair.

Él pasó una mano entre los senos que se asomaban bajo el apretado escote del corsé, y una lujuria contenida brilló en el fondo de sus ojos oscuros.

—Tú estás preciosa, criatura.

Gene enrojeció hasta la raíz del cabello. De haber sido otro hombre, otra situación, otro momento, se habría cerrado las solapas del abrigo, pero por su hombre, él podía comérsela con los ojos siempre que quisiera, y ya habían perdido un año, algo que pensaba solucionar lo antes posible.

—¡Lo sabía! —El grito triunfal de Sara la sacó de su embelesamiento y se giraron a mirarla al unísono.

—¿Qué es, Sara? ¿Qué sabías?

—Miradlo vosotros mismos.

La mujer les tendió el móvil y pulsó el *play* cuando se aseguró de que ambos prestaban toda su atención a la pantalla.

El baile prosiguió y pudieron contemplar como varios sanitarios y un grupo de niños cantaban y meneaban el esqueleto al son de la música. De repente, Erik y Gene contuvieron el aliento a la vez. No era posible.

—¿Lo habéis visto?

—Es demasiada casualidad —dijo Erik rebobinando la grabación y volviendo a pasarla.

—No hay duda. Recuerdo ese día. Sara me lió para echarles una mano con el ordenador de la recepción. Había mucho alboroto. Pero no creí...

—Lo volveré a pasar.

Allí, al fondo del pasillo, sobre la mesa de recepción que quedaba en un plano secundario del vídeo, Gene se inclinaba sobre un teclado intentando concentrarse en su tarea sin prestar atención al baile que estaban grabando a escasos centímetros de su posición.

—Fuiste tú, Geney —dijo el hombre lleno de amor por aquella hada pelirroja que seguía entre sus brazos—. Tú me trajiste aquí. Te vi, aunque mi mente consciente no lo registrara, y eso fue lo que me impulsó a viajar hasta aquí. Debía encontrarte.

—Parece magia —susurró ella sobrecogida.

—Pues es una magia que ha vuelto a unirnos. Y esta vez no pienso dejar que nos separen.

EPÍLOGO

—Dime. ¿Nos queda alguna habitación más por limpiar?

La sensual cadencia en la voz de Erik, unida al modo en que hacía rodar los dedos alrededor de uno de sus senos desnudos, la hicieron reír.

—Mmmmm. No puede ser que todavía te queden energías. Estoy muerta —se quejó Genevieve cubriéndose los ojos con el brazo y acurrucándose más en la mullida alfombra.

—Bueno. Diría que esta sala no está lo bastante reluciente. No hace falta que te muevas, puedo encargarme.

Dio un respingo al notar los dientes del hombre sobre su pezón, pero no apartó el brazo. El hecho de no usar su sentido de la vista tenía grandes ventajas, como la de poder concentrarse únicamente en lo que él hacía con su cuerpo. Apretó los muslos cuando un agradable dolorcillo se implantó entre sus piernas y gimió suavemente cuando él sacó su lengua para aliviar el escozor que había dejado con sus dientes.

Curiosamente, la antigua sala de baile, convertida por el tío de Gene, Ethan, en una adusta sala de música, resultó ser su preferida. El incendio de mil ochocientos cincuenta había reducido el espacio a la mitad. La chimenea ya no existía, lo cual era un gran alivio, y las vidrieras de colores fueron sustituidas por ventanas de cristal transparente mucho más sencillas. Un enorme piano de cola ocupaba el extremo derecho, y varias butacas y un sofá de tres plazas, el izquierdo.

La parte favorita de Erik era la mullida alfombra de gruesas y largas hebras blancas que ocupaba la parte central. El cuerpo desnudo de Gene hacía un contraste perfecto con sus cobrizos bucles esparcidos por toda la superficie. Lástima que ella se hubiera negado a dejarle hacer fotos. La quería en su fondo de pantalla, aunque si alguien la miraba así, probablemente le arrancaría los ojos, así que la idea no era tan buena como pensaba.

Llevaban tres días en Dark Garden. Tres preciosos días de finales de verano con un sol radiante y una agradable temperatura de veintiún grados. Trabajaron muy duro para arreglar el jardín y devolverle su esplendor de

antaño. Compraron farolillos, que anudaron entre los árboles y dispusieron una mesa bajo ellos, una larga, larguísima mesa. Pronto tendrían invitados a cenar. Invitados muy importantes que hacía mucho tiempo que no veían.

Habían adecentado la casa, puesto sábanas limpias en todos los dormitorios y cocinado. En realidad, Gene cocinaba y Erik hacía lo que podía, o más bien lo que ella le mandaba. Sus órdenes, dadas en voz alta, eran música para sus oídos.

Después de pasar más de trescientos años bajo el dominio de decenas de mujeres cuyos deseos y pensamientos se filtraban en su mente como parásitos contra los que no podía luchar, el silencio en su cabeza resultaba tranquilizador. Y que Gene tuviera que pedirle las cosas usando su voz, esa preciosa voz que no se cansaba nunca de escuchar, era como estar en el paraíso. Y estaba con ella. Con la mujer más comprensiva, dulce e inteligente del mundo.

Miró el reloj de pared de reajo mientras su lengua alcanzaba ya el ombligo de la mujer, haciendo que se encogiera y tensara los músculos de su abdomen. Quedaba tiempo. Todavía podía darle un buen par de orgasmos a su pelirroja antes de subir siquiera a la ducha, donde pensaba darle alguno más por mucho que ella protestara. Luego tendrían que vestirse y acabar de preparar la cena de esa noche.

Todas esas personas, a su manera, contribuyeron a que él y Gene estuvieran juntos. Para la mayoría de ellos, aquella sería la primera vez que iban a verse después de muchísimo tiempo. Quería que todo estuviera perfecto, pues se sentía muy agradecido con todos ellos, también por ocuparse de cuidar de Gene cuando él no pudo hacerlo.

—¿Dónde has ido? —Erik levantó la mirada hacia su hada.

—Estoy aquí.

—Tu cabeza no. Te has parado —dijo ella, pasándole la mano por el cabello que ahora llevaba corto.

—Tengo ganas de verlos. Es curioso. Siempre me he sentido mejor en soledad y ahora estoy deseando que esta casa esté llena de gente.

—Eso es porque ahora estás rodeado de amigos y gente que te quiere. Una familia.

—Lo son, ¿verdad? —Se le iluminó la mirada y recostó la mejilla sobre el vientre de ella, haciéndole cosquillas con la barba de dos días que se había dejado mientras trabajaban en el jardín.

Le gustaba ver esos cambios en su cuerpo, ya que, junto con la

desaparición de sus cicatrices, le recordaban que ya no estaba preso. Al igual que las pequeñas molestias en la espalda después de operar durante cinco horas seguidas, la quemadura del sol sobre sus hombros, el hielo haciendo estragos en sus encías al morderlo.

Mientras había vivido como John Smith, no se percató de ese tipo de cosas. Pero al recuperar su memoria fue como si acabara de salir del retrato y tenía muchas sensaciones que experimentar y disfrutar. Esta vez, aprovecharía el tiempo que le habían concedido.

—Sí. Y van a llegar hambrientos, así que deberíamos movernos y acabar de prepararlo todo.

Él volvió a mirarla de un modo que la dejó muda e hizo que un agradable calorillo le recorriera el bajo vientre.

—En ese caso, voy a asegurarme de estar saciado antes de que lleguen. No queremos que los deje sin cenar, ¿verdad?

Dicho lo cual, se deslizó por su piel abriéndole las piernas con los brazos y dejándose caer entre ellas para tomar lo que sabía que era suyo.

Sus labios y su lengua hicieron que Gene se estremeciera y tratara de huir, pero él no se lo permitió. La tenía firmemente sujeta entre sus manos y no pensaba parar hasta que ella estallara y las contracciones hicieran que se tensara. No se cansaba de ver la expresión de placer recorriendo sus facciones, ni cómo se dejaba caer laxa entre sus brazos cuando todo concluía.

Ya no había duda en sus ojos, ni miedo. Siempre que lo miraba lo hacía con amor y confianza, y eso lo hacía sentir el hombre más poderoso del mundo.

La ducha se alargó más de lo que tenían pensado. O al menos más de lo que Gene esperaba. El hombre era insaciable, incapaz de mantener sus manos apartadas de ella y, aunque no lo admitiría en voz alta, esto a Gene le encantaba. No quería volver a separarse de él nunca. Perderlo una vez había resultado suficiente para toda una vida.

Erik era rápido arreglándose, se había vestido mientras ella terminaba de retocarse el maquillaje frente al espejo, y cuando salió del baño le sorprendió verlo vistiendo la ropa que ella había guardado en el ático.

—La has encontrado.

—Cuando subí a buscar la mantelería que me pediste. No esperaba

que lo hubieras guardado todo.

—No tuve fuerzas para deshacerme de ello. No tenía nada más tuyo. Pero tampoco era capaz de mirarlo, así que lo guardé aquí.

Erik acortó la distancia entre ellos y la rodeó con los brazos.

—Siento tanto que tuvieras que pasar por eso.

—Hicimos un trato. ¿Recuerdas? Nada de lamentaciones por el pasado. Nunca más.

—Me encanta esta ropa.

—En casa tienes algunos conjuntos que te quedan realmente bien — dijo ella apartándose y sacando un vestido verde de su armario para empezar a vestirse.

—Nunca me habían regalado nada antes. Aquella foto que imprimiste y esta ropa significaron mucho para mí. Por eso es especial. Es una pena que la foto se perdiera y tu reloj.

Gene tuvo que morderse los labios para no llorar. Decidió que Brandsbury la ponía demasiado emotiva. En Madrid nunca lloraba. En cambio, allí siempre le apetecía hacerlo.

Erik se acercó y la besó en los hombros desnudos, soltó la toalla con la que se envolvía, dejando que cayera al suelo, y la pegó contra su cuerpo, sin dejar de pasar sus labios por los hombros, la curva de su cuello, la garganta. Ella giró el rostro y sus bocas se encontraron en un cálido y tierno beso.

También se estaba acostumbrando a eso. Muestras de afecto sencillas, sin la lujuria del sexo de fondo. Algo que solo había experimentado cuando Gilliam estaba viva. El cariño, simple y puro.

Cuando bajaron, tuvieron que darse mucha prisa para concluir los preparativos de la cena. Pero todo estuvo listo a tiempo y aún les sobraron unos minutos para sentirse satisfechos con su trabajo.

El jardín nunca había lucido tan esplendoroso como ahora, con las delicadas luces de los farolillos iluminando el ambiente, la fragancia de las flores y el delicioso aroma de la comida. Parecía un lugar de ensueño.

Muy pronto, las sillas fueron llenándose con la presencia de todos sus amigos. Dave, Claire y la pequeña Lea. Sam y Emily. El viejo Ben, Carlson y su mujer, Veda. Betty con su marido, Rick con su esposa y sus dos hijos, Keith, que había llevado a su madre, y el resto de agentes que participaron en el incidente del hangar. Todos estaban allí brindando y vaciando los platos de canapés y entremeses repartidos por la amplia mesa del jardín.

Los últimos en llegar fueron Sara, Celaya y Arya, que venían desde Londres. Gene le había pedido a Arya que le hiciera el favor de traer a sus amigos desde el aeropuerto. Era un modo seguro de hacer que la muchacha viajara también a Brandsbury para disfrutar de la cena.

La joven se había mantenido en contacto telefónicamente con ella. También había hecho varias visitas a Dave para terminar de cerrar el caso y no dejar ningún cabo suelto, con los repetidos ataques que Gene había sufrido en Dark Garden. A pesar de todo, lo cierto es que no parecía sentirse del todo cómoda como para acudir a la cena. En realidad, había tratado de excusarse un par de veces, así que Gene no tuvo más remedio que usar a Sara y Celaya para que se encargaran de traer a la muchacha.

—Tenía tantas ganas de verte —le dijo Gene cuando salió a recibirlos a la puerta.

La pelirroja la había envuelto en un fuerte abrazo y Arya no dudó en devolvérselo. Creyó que se sentiría incómoda, pero lo cierto es que el viaje con Sara y José había resultado muy agradable.

Celaya era un hombre estupendo, muy correcto y afable. Sara no había parado de hablar en todo el viaje, llenando el coche con sus anécdotas y sus risas. Curiosamente, ella y Arya habían hecho migas desde el primer momento, tal era así que la enfermera había conseguido liarla para que fuera a Madrid en unas semanas y la acompañara a visitar a sus padres a A Coruña. Gene y Erik también irían, y esta vez José se les uniría. Unas largas vacaciones de playa, excursiones por el bosque y toneladas de marisco y albariño de la tierra. Imposible decir que no.

—Lamento mucho lo de tu abuelo. —Erik la abrazó también, después de besar a Sara en las mejillas y estrechar la mano de José.

—Gracias. Al menos logró reconciliarse con sus demonios antes de dejarnos. Agradezco que hablaras con él. Sé que no debió de resultarte fácil.

—Todos merecemos una segunda oportunidad. Estoy feliz de saber que él tuvo la suya.

Un mes después de que Erik y Genevieve se reencontrasen en el aparcamiento del hospital, les llegaron noticias del estado de Edgar Stone. Increíblemente, el anciano había logrado sobrevivir todo aquel tiempo después de ser juzgado por el secuestro de Gene.

Dada su salud el juez permitió que pasara sus últimos días en libertad vigilada, sin posibilidad de salir de la mansión más que para viajar al hospital y siendo Arya responsable de que no tuviera acceso a ninguno de sus

contactos anteriores. La muchacha asumió la carga y se había ocupado de los negocios de su abuelo desde entonces.

El anciano Stone había comprendido muy tarde lo que hacía años ya sabía, que la venganza y el rencor no llevaban a nada bueno. Se alegraba de que Gene hubiera sobrevivido al disparo y ninguna vida se perdiera en el tiroteo. Lamentaba que su hijo William acabara encerrado en prisión, algo de lo que se sentía responsable, como padre, por no haber sido capaz de ver a tiempo en qué se estaba convirtiendo. Eso, junto con el encierro a perpetuidad de Blair y el daño causado a su nieta y a Gene, eran espinas que llevaría clavadas hasta la muerte.

Cuando Gene llamó a Arya para decirle que Erik estaba vivo y libre de la maldición, Stone rogó porque le permitiera hablar con él. Al principio, Erik no se sintió capaz. La vuelta no fue todo lo feliz que pudiera pensarse.

Las pesadillas lo asaltaban cada noche, el recuerdo de sus largos siglos esclavizado. Tenía que luchar cada día contra el sentimiento de culpa, recordarse a sí mismo que no hizo nada malo. Gene estaba allí para ayudarlo a superarlo, pero a veces pagaba su frustración con ella y luego se sentía miserable por eso. Porque ella no tenía que aguantar su mal humor, sus problemas para reconciliar la persona que creía ser, con la que realmente fue y con quien era ahora. Y odiaba seguir lastimándola después de todo lo que había sufrido ya por su causa.

Al mes de su reencuentro, supieron que Stone no viviría mucho más y Gene lo convenció para que hablara con él. Tenían que cerrar ese capítulo en sus vidas. Si él moría antes de que pudieran hacerlo, Erik no iba a perdonárselo.

Ni Erik ni Stone quisieron desvelar nunca lo que ambos se dijeron por teléfono. Y tanto Arya como Gene lo respetaron. Solo necesitaban saber que ambos estaban en paz ahora. Eso era suficiente.

—Será mejor que os deis prisa en entrar antes de que acaben con todos los canapés —bromeó Gene haciéndolos pasar al jardín.

Los discursos no eran necesarios cuando estabas rodeada de tu familia, así que Gene olvidó todas las palabras que pensaba dedicarles y se limitó a servirles la comida y la bebida y disfrutar de esa hermosa noche.

Cada vez que el vino se derramaba, los comensales se deseaban salud

y volvían a brindar. Y Gene contemplaba como el mantel se iba poblando poco a poco de manchas de vino y salsa que cubrían su superficie. Así es como le gustaban a su tía los manteles. Decía que eso demostraba que había vida y alegría. Gene no lo entendía, sacar las manchas después resultaba costoso y molesto. En cambio, ahora, rodeada de todos sus seres queridos, al abrigo de su hogar, con la presencia de Margerite flotando en el ambiente, Gene supo exactamente lo que quería decir su tía.

Erik se llevó la copa a los labios y se detuvo a medio camino, observando las caras que rodeaban la mesa. Todas sonrientes. Todas felices.

Había vivido una noche parecida una vez, cuando descubrió los planes de Risk y toda su compañía lo había celebrado con cerveza, reunidos alrededor de las hogueras del campamento después de su victoria en el campo de batalla. Fue la primera y única vez que sintió que formaba parte de algo hasta ahora.

Dave le daba galletas a escondidas a su hija mientras Claire charlaba animadamente con Sara sin dejar de mirar de reojo a su marido. La enfermera se volvía constantemente hacia un hombre rubio con gafas que se sonrojaba cada vez que ella lo besaba. No entendía como alguien tan vergonzoso y serio como ese tipo podía haberse fijado en el torbellino de color y risas que era la amiga de Gene. Y aun así, ahí estaban, una pareja unida que se quería. Al igual que Sam, sentado a su izquierda y Emily. La edad acabaría separándolos más pronto que tarde, pero Erik sabía que el tiempo que estuvieran juntos lo vivirían al máximo y serían felices mientras durara.

Arya charlaba animadamente con Keith y otro joven agente, cuyo nombre no recordaba. Los dos muchachos parecían pavos reales mostrándole sus largas plumas de colores a la joven, que los atendía con educación y que, al finalizar la noche, seguramente los rechazaría con elegancia, y sin ganarse más que su amistad y cariño. Era una chica muy especial que apenas había empezado a vivir ahora que estaba libre de la obsesión de su abuelo. Al menos, tenía a su tía Karen, la esposa de William, que la adoraba, y a su pequeña prima, que veía en ella una hermana mayor y maestra para aprender a controlar su don.

El inglés de Celaya había mejorado mucho. Lo cual implicaba que iba a ser condenadamente difícil separarlos a él y a Dave, tan enfrascados como estaban en su conversación.

Erik lo admiraba. En los meses que llevaban juntos Gene y él, Celaya, al igual que Sara, habían resultado un apoyo en todo momento. Sabía que

José había estado enamorado de Gene, y a pesar de que ella lo rechazó, Celaya siempre estuvo a su lado, animándola y cuidando de ella. Erik le debía mucho, aunque él se hubiera negado a cobrarlo. Ahora le gustaba pensar que él y el español eran buenos amigos. Su primer amigo de su nueva vida.

Emily se había levantado para ayudar a Erik con las bandejas vacías y Sam se inclinaba hacia Gene, dejando que ella le diera un beso en la mejilla.

—Dime, ¿ya has tomado una decisión con respecto a la casa?

La pelirroja contempló a sus amigos allí reunidos, comiendo, hablando y riendo en torno a la mesa. Felices, juntos, más unidos que nunca.

—Sí, Sam. Lo he hecho.

El médico asintió con la cabeza y dirigió la vista hacia la casona.

—Puedo pasar a echarle un ojo de vez en cuando. Me jubilaré en unos meses. La clínica que tengo en casa y el mini rancho no me robarán mucho tiempo.

—Te haré una copia de la llave. Claire tiene otra. Se ha estado encargando de la casa desde que mi tía murió. Erik y yo también vendremos más a menudo.

—No pensé que él estuviera de acuerdo en mantenerla.

—No lo estaba al principio. No sentía ningún apego por este lugar. Al contrario que yo.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea? —Gene sonrió. En realidad, ambos estaban dispuestos a vender la casa, después de muchas y muy arduas discusiones, hasta esa noche.

—Vosotros, Sam. Todo esto —dijo recorriendo la mesa en la que estaban reunidos con una mano—. Los dos queremos más noches como esta. —Y más tardes revolcándose en la alfombra de la sala de música, pero eso el médico no tenía por qué saberlo—. Hemos decidido forjar nuevos y mejores recuerdos aquí para el futuro. Con nuestra familia.

—Brindo por eso —dijo Sam alzando su copa y entrechocándola con la de Gene.

—¿Qué tal si me devuelves a mi mujer y yo hago lo propio con la tuya? —Erik había tomado a Emily de la mano, ofreciéndosela al médico, mientras no apartaba la vista de Gene.

—Por supuesto, me parece un trato de lo más justo.

Las mujeres se miraron poniendo los ojos en blanco y luego retomaron sus conversaciones con el resto de invitados.

Llevaban horas allí sentados y aún quedaban los postres por probar. Los entrantes desaparecieron en un parpadeo, la lasaña de verduras de Margerite triunfó como plato fuerte de la noche y, en breve, Gene serviría la tarta de zanahoria, las galletas y los pastelillos de coco. La fiesta se alargaría varias horas aún, por eso Erik y ella habían acondicionado los dormitorios de la casona para que, quien quisiera, pudiera pasar allí la noche.

Sara, Arya y Celaya se alojarían allí con ellos. Sam y Emily ya habían dejado caer que los acompañarían en el desayuno también. Seguramente seguirían celebrando la mañana siguiente y, si fuera por Erik, no dejarían de hacerlo más que para poder encargarse debidamente de su pelirroja en posición horizontal o bajo el grifo de la ducha. Tan a gusto se encontraba entre toda aquella gente. Su familia.

—¿Qué haces aquí sola? —La voz de Erik la sorprendió.

Gene dejó la mesa con la excusa de ir a la cocina a por los postres. Tenía una bandeja repleta de pastelillos entre las manos y contemplaba la mesa desde la cristalera del salón. Una sonrisa le bailaba en los labios.

Erik se le aproximó desde el porche sigilosamente, tratando de no despertar al bebé que dormía plácidamente en el cochecito. Le quitó la bandeja de las manos, apoyándola en un estante cercano, y se inclinó para besarla.

Gene le devolvió el beso con ternura y dejó que él la recostara contra su pecho, rodeándole la cintura con los brazos.

Viéndolos así, nadie diría que cuatro días antes habían tenido una monumental pelea, discutiendo sobre si debían o no vender Dark Garden. Porque sí, las peleas también formaban parte de su vida. Normalmente por tonterías como el modo de estrujar el bote de la pasta de dientes, el desorden del baño, en cómo se debía doblar la ropa en el armario y otras cosas sin importancia. Otras eran más serias, como el tema de la casa, pero no importaba. Porque siempre encontraban el modo de solucionarlo y hacer las paces. Y porque nada de lo que pudieran decirse el uno al otro menguaba en lo más mínimo el amor que se profesaban. Aún quedaban heridas por cerrar, pero tenían toda la vida juntos para sanarlas.

Todavía le costaba creer que esa mujer lo hubiera elegido a él para pasar el resto de sus días. Sonrió complacido al ver brillar el anillo de compromiso en el dedo anular de ella.

—Creí que ibas a esperar hasta mañana. —Iban a anunciarles a todos su compromiso al día siguiente, en una comida en su restaurante italiano favorito.

—No podía pasar un minuto más alejada de él. Me gusta lo que significa.

—Es mucho menos de lo que mereces, pero me gusta cómo te queda.

Se lo había regalado poco antes de su viaje a Dark Garden. Gene lo había encontrado en el cajón donde escondía su vibrador mientras Erik la esperaba recostado sobre la cama sin perder detalle de las reacciones de ella al encontrar una cajita de terciopelo negra en lugar de la brillante vara de color rosa que había ido a buscar.

—¿Esto es... es lo que creo que es?

—Ábrelo.

Y ella lo había hecho, encontrando un delicado aro de oro blanco con un pequeño zafiro y cristales de Swarovski alrededor. Igual que el colgante que pendía de su cuello y que era lo único que conservaba de su madre.

Hubiera preferido regalarle una joya familiar. El anillo que su madre lucía en el dedo cuando él era pequeño, pero resultaba imposible conservar algo así tras tantos siglos. Al menos, logró encontrar algo lo bastante similar al colgante al que tanto apego tenía para hacer más especial el detalle.

Y fue extraño verla derramar lágrimas, esta vez de felicidad. Se las secó de las mejillas a besos mientras deslizaba el anillo en su dedo.

—Por favor, di que sí.

Y entonces ella se había levantado de la cama y había desaparecido en el salón, dejándolo confuso y algo asustado. Porque sí, ahora Erik tenía miedo y se asustaba de vez en cuando, porque los hombres de verdad, como cualquier persona, también tenían miedos que afrontar.

Gene volvió un minuto después cargando con un paquete primorosamente envuelto.

Erik había rasgado el papel de regalo con un ligero temblor en las manos. No era lo que esperaba cuando escondió el anillo en el cajón. Ni

mucho menos. Pero siguiendo sus silenciosas órdenes, desgarró el papel y abrió la cajita de cartón para descubrir lo que guardaba en su interior.

Era un portarretratos de plata rectangular, muy sencillo, sin filigranas. Lo que le dejó sin aliento fue la imagen que se encontraba enmarcada. Era una fotografía, una copia en realidad de un cuadro, de una mujer de cabello y ojos oscuros, muy hermosa, que sonreía y posaba una mano sobre su abultado vientre.

—¿Cómo has...? ¿De dónde...? Es mi... pero yo pensé...

Gene soltó una carcajada y se abrazó a él, que no dejó de balbucear, abrazado a ella y sosteniendo el retrato de su madre entre las manos.

—Bueno, mientras tú estabas de guardia he tenido tiempo para investigar un poco. El cuadro pertenece a una colección privada. De momento, solo he podido sacar la foto de internet y hacer que la enmarcaran. No quería decirte nada hasta estar segura de que podíamos conseguirlo. He estado hablando con Arya y ella con ese abogado suyo, Avery. Van a tratar de conseguir el cuadro para ti. El original.

—¿Geney?

—¿Qué?

—¿Es esto un sí?

—Sí, Erik, me casaré contigo.

Y entonces él lloró, como un condenado niño pequeño, pero eran lágrimas de felicidad, como las de Gene y, por tanto, merecían ser derramadas.

Arya había estado encantada de usar su inmensa fortuna para adquirir el cuadro, en pocas semanas se lo harían llegar a ella y, en cuanto lo tuviera, se lo enviaría a Gene y Erik a Madrid.

La pelirroja ya tenía un espacio reservado en el salón de casa para colgarlo. De ese modo, Erik jamás volvería a temer la oscuridad y tendría algo de su pasado con él.

—¿Quieres uno? —Gene desvió la mirada del cochecito de Lea hacia Erik, tratando de descifrar a qué se refería. Erik señaló a la pequeña con los ojos.

—Si es contigo, sí, sin dudarlo. —Él la apretó más fuerte embebiéndose de su dulce olor y la suavidad de su piel bajo sus brazos.

—Geney.

—¿Qué?

—Si es una niña... —Dudó un momento.

—Sí.

—¿Sí? —Aún no había tenido ocasión de preguntar.

—Sí, Erik. Si tenemos una niña, se llamará Gilliam.

El rostro del hombre se iluminó. Jamás había sido más feliz en toda su vida. Al fin tenía una familia de verdad y a alguien que era capaz de amarlo con todo su corazón. Y sentirse querido tras tantos siglos era lo que siempre había deseado.

El Retrato

Patricia Villanueva Polo

Si te ha gustado esta novela, no dudes en dejar tu comentario en Amazon o en cualquiera de mis canales:

- <https://patriciavillanuevaotra.wordpress.com/>
- <https://www.facebook.com/patricivillanueva.a>
- <https://twitter.com/PatriciaVautora>
- <https://www.instagram.com/patricivautora/>

Gracias.